

la **estafeta** literaria 1968

EXTRA

15 SEPTIEMBRE

NUMS. 402-403-404

50 PTAS.



**MAPA LITERARIO DE
ASTURIAS**

INDICE GENERAL

	Páginas		Páginas
«Asturias, cuarto mapa literario»	3	ALEJANDRO CASONA	
«Visión sintética de Asturias y los asturianos», por Juan Uría Riu	4	«Un gran dramaturgo y poeta asturiano: Alejandro Casona», por Federico Carlos Sainz de Robles	44
«Rasgos originales del arte en Asturias», por Magín Berenguer	8	«La Asturias de Alejandro Casona», por Juan José Plans	48
		(Y tres fragmentos de <i>La dama del alba</i> , págs. 46-47.)	
JOVELLANOS		«Un raro de nuestro teatro: Valentín Andrés Álvarez», por Juan Emilio Aragonés	50
«El gran asturiano», por José María Pemán	12	«La última gran figura teatral del Siglo de Oro», por Juan Emilio Aragonés	51
«Jovellanos y la nueva religiosidad», por José Caso González	14	(Tres fragmentos poéticos del teatro de F. Bances Candamo, página 51.)	
«Asturianismo de Jovellanos. Su raíz, su obra, su nostalgia», por Gaspar Gómez de la Serna	18	«Las publicaciones literarias de la Universidad de Oviedo», por M. C.	52
(Y textos de Jovellanos en págs. 13, 15, 16-17, 18 y 20.)		SEIS NARRADORES ASTURIANOS DE HOY	
LEOPOLDO ALAS, «CLARÍN»		«Réquiem», por Alejandro Núñez Alonso. Ilustra Estruga	53
«Leopoldo Alas, narrador (sus cuentos, sus novelas, "su único hijo")», por José María Martínez Cachero	21	«La escombrera», por Manuel Pilares. Ilustra Plans	55
«Críticas que fueron. Una pelea de gallos», por José García Mercadal	92	«El capitalismo, ¿es pecado? Situaciones de lujo», por Julián Ayesta. Ilustra Izquierdo	56
(Textos de «Clarín»: <i>Palique del palique</i> , pág. 22, y <i>¡Adiós, Cordera!</i> , págs. 24 a 26.)		«En las brañas», por Dolores Medio. Ilustra González Collado	60
		«El horno está encendido», por Mauro Muñiz. Ilustra Goñi	63
CAMPOAMOR		«La nave de las semillas», por Juan José Plans. Ilustra Ríos	65
«Campoamor, poeta de su tiempo», por Leopoldo de Luis	27	«Geopoesía de Asturias. Su paisaje en dos planos», por Juan Antonio Cabezas	68
(Y texto de <i>El gaitero de Gijón</i> , pág. 28, y selección de la poética, pág. 30.)		«Fernando Vela», por José Ortega Spottorno	71
		«La cocina de Asturias», por Juan Perucho	72
RAMON PEREZ DE AYALA		«Floresta de romances y canciones de Asturias», por Patricio Adúriz	74
«Ayala, un clásico moderno», por Gerardo Diego	31	«Literatura Bable», por Carmen Díaz Castañón	78
(Textos de <i>Tigre Juan</i> , págs. 32-33, y de <i>El sendero andante</i> , pág. 34.)		«Algunos refranes asturianos», por Luciano Castañón	80
		«En torno a los vaqueiros de Alzada», por Angeles Villarta	82
VITAL AZA		«Los novelistas asturianos de hoy», por Dámaso Santos	84
«Vital Aza», por Juan Pérez Creus	35	«Variaciones sobre la poesía viva asturiana», por Luis Jiménez Martos	89
(Textos: <i>Tres poesías de Vital Aza</i> , pág. 36.)		«Un texto de Menéndez Pelayo sobre Covadonga» (manuscrito)	91
		«Serenos y escritores», por Francisco Umbral	93
PALACIO VALDES		«Memorias de mi infancia», por Sebastián Miranda	94
«La creación novelística de Palacio Valdés», por Joaquín de Entrambasaguas	38	«Siglo y medio de prensa asturiana», por José Altabella	96
(Y un texto de <i>La novela de un novelista</i> , págs. 41 a 43.)		«Las revistas literarias de Asturias», por J. A.	97
		«Dos asturianos frente a frente en los umbrales de la España contemporánea», por José Navarro Latorre	98
		«La pintura asturiana actual», por A. M. Campoy	100
		«Pintura y escultura del siglo XX en Asturias», por Carlos Areán	102
		«La pintura de Antonio Suárez», por Carlos de Castro	103
		ESCRITORES ASTURIANOS	
		Fichas bibliográficas	104
		(Los retratos de Jovellanos, «Clarín», Campoamor, Pérez de Ayala, Vital Aza, Palacio Valdés y Alejandro Casona son originales de Alfonso Iglesias.)	

la
estafeta
literaria 1968

Director: RAMON SOLIS Subdirector: JUAN EMILIO ARAGONES
Redactor Jefe: ELADIO CABAÑERO. Redactores: ANTONIO IGLESIAS LAGUNA y JUAN JOSE PLANS. Secretario de Redacción: MANUEL RIOS RUIZ. Confeccionador: JUAN BARBERAN RUANO

Redacción: Calle del Prado, 21. Madrid-14 • Teléfonos: 222 85 14 y 232 33 74
Administración: Castellana, 40 • Edita: EDITORA NACIONAL • Suscripción anual: ESPAÑA, 300 ptas. Resto de EUROPA, 550 ptas. (avión), 400 ptas. (ordinario). OTROS PAISES, 1.150 ptas. (avión), 660 ptas. (ordinario).

Impreso en el BOE. Madrid

Depósito legal: M 615/1958



ASTURIAS, CUARTO MAPA LITERARIO

Después de los "Mapas" centrados —por orden cronológico de aparición— en TIERRA DE CAMPOS, LITORALES DEL ATLANTICO SUR DE ESPAÑA y GALICIA, llega ahora el de ASTURIAS.

En atención al ruego formulado por no pocos suscriptores o lectores altamente interesados por esta serie monográfica que LA ESTAFETA LITERARIA emprendiera en agosto de 1963, hemos resuelto unir en una sola entrega todo el material que constituye este "Mapa Literario", en la certidumbre de que la forzosa incomunicación de mes y medio con nuestros lectores, resultante de tal determinación, ha de verse sobradamente compensada con la mayor facilidad que para la consulta de artículos, fichas bibliográficas, etc., supone su acoplamiento en este volumen único.

También ahora seguimos el criterio inicial de incluir en los "Mapas Literarios" a los escritores nacidos en los límites de la comarca o región acotada, en el caso de ASTURIAS con una sola y resaltable excepción: la de Leopoldo Alas. "Clarín" nació, por un mero accidente—accidente viajero—, en Zamora, pero tanto su vida como su obra están de tal modo vinculadas a la región astur, que no hay forma ni razón de excluir de ella al autor de "La Regenta". Esta es una de las excepciones que justifican con creces cualquier regla.

Desde aquel lejano primer número de marzo de 1944, los escritores y artistas periféricos han sido tenidos en cuenta por LA ESTAFETA en sus páginas dedicadas a provincias que, bajo diversos epígrafes, han permanecido en todas sus etapas. Nos complace consignarlo así y también la coincidencia de criterios que en ello se advierte con la tesis de García de Castro, catedrático de Filosofía del Instituto "Jovellanos", de Gijón, en su artículo "Hombres de la periferia", aparecido recientemente en "Horizonte Astur", publicación escolar de dicho Centro: "Hay que conocer a los hombres de la periferia, en estos momentos en que mucha prensa nacional pide la descentralización en múltiples órdenes, incluido el cultural". Y bien, la creación y publicación de estos "Mapas Literarios" procura a los hombres de la periferia el protagonismo en nuestra publicación. La multitud de fichas que censan a los escritores asturianos de todas las épocas, recopilada en este número, supone un cabal indicio de hasta qué punto preocupa al equipo de LA ESTAFETA su función de puente entre los lectores de nuestra revista y esos hombres que, desde su rincón provincial, realizan una tarea creadora.

Función que nos ha sido facilitada grandemente por autoridades, entidades y estudiosos de la propia región astur. Que conste aquí nuestro agradecimiento por su colaboración.

Visión sintética de ASTURIAS y los ASTURIANOS

Por JUAN URÍA RIU

GEOGRAFIA

A Asturias actual se halla limitada de Norte a Sur, respectivamente, por el mar y la cordillera cantábrica, con algo más de 300 kilómetros de extensión en cada uno de estos dos accidentes contados en línea recta. Por el Este limita con Santander en la margen izquierda del río Deva, en el espacio de 20 kilómetros en línea recta, y al Oeste con Lugo con línea análoga de 75 kilómetros. La superficie, de unos 10.600 kilómetros cuadrados, ofrece un relieve complicadísimo, a extremo de que, sería difícil encontrar en toda Europa una extensión equivalente, tan complicada. Esta es su principal característica geográfica.

La cordillera cantábrica alcanza una altitud total de 2.642 metros al Este (Picos de Europa), y otras superiores a 2.000 en toda la extensión hasta su extremo occidental. Entre esta cordillera y la costa existen algunas montañas más bajas, que limitan pequeñas vertientes con riachuelos que desembocan en el mar. Hay entre ellas paisajes de extraordinaria belleza.

Se pueden establecer como regiones naturales más o menos definidas: una **Zona Oriental**, que podría comprender las cuencas del Cares y del Sella, hasta Infiesto y el puerto de Tarna, más la faja costera de Llanes y Rivadedeva, con Cabrales y Peñamellera Alta y Baja. Otra **Central**, que llegaría por el Oeste desde la desembocadura del Nalón al valle de Belmonte-Somiedo. Y la **Occi-**

dental, extendida hasta la provincia de Lugo. Pero estos límites tienen sólo un valor relativo.

De Norte a Sur podrían distinguir: una **Zona montañosa principal**, con alturas superiores a los 1.500 metros aunque algunos de los valles sean más bajos. Otra, intermedia entre ésta y la **Zona costera o marítima**, se podría denominar de los **Valles interiores**, comprendiendo los cursos medios de los ríos más caudalosos. Y por último, la **Zona costera**, en la que se incluyen las vertientes de pequeños ríos que vierten al mar, entre las desembocaduras de los principales. En los extremos oriental y occidental de esta última zona existe un paisaje de pequeñas **mesetas o rasas**, y de suaves y bajos valles con la mayor extensión en el centro.

La costa es poco sinuosa y generalmente acantilada, no existiendo en ella otro puerto natural de refugio de alguna importancia, que el de Avilés. A fines del siglo pasado comenzaron las obras del puerto del Musel, al oeste de Gijón, que han sido posteriormente ampliadas y aseguradas por grandes amontonamientos de bloques de cemento sobre el fondo del mar, que hoy continúan, pudiendo fondear en él buques de gran tonelaje.

El clima de Asturias es templado, con isoterma de 14 °, que baja en la montaña a la media de 6 °. El mar proporciona lluvias abundantes, sobre todo con los vientos fríos del Noroeste, pero también los del Suroeste, más templados, las traen. Las precipitaciones son de más de 1.000 m. en la costa, pasando de 1.900 en la montaña alta.



ETNOLOGIA

La etnología de Asturias, en su sentido más amplio, la constituyen en buena proporción —probablemente a causa de su aislamiento— los descendientes de los hombres prehistóricos del paleolítico superior, que grabaron y pintaron en sus cavernas, con ligeros vestigios del tipo de Cro-Magnón. A este fondo común a todo el norte de España y oeste de Francia, cuyos porcentajes en los cuatro grupos sanguíneos son bastante semejantes, hay que sobreponer algunas aportaciones de los períodos prehistóricos posteriores, entre los que podrían destacar ciertos grupos de braquicéfalos de los que se han encontrado restos esqueléticos en algunas minas de cobre explotadas en la época del bronce. Se trata de los denominados por algunos antropólogos **armenoides**, y también **prospectadores**, gentes de origen oriental que habrían llegado hasta Asturias, enseñando a los indígenas la técnica de la explotación de aquel metal. Aparte de éstos existen también otros braquicéfalos de tipo alpino, siendo Asturias la provincia española en que existe —aunque en minoría— la mayor proporción de braquicéfalos. A estos elementos hay que agregar los proporcionados por las infiltraciones célticas del siglo VI al V a. de J. C. Apenas habrán existido en cambio aportaciones étnicas romanas, y menos aún visigodas, siendo desde luego nulas las musulmanas.

ECONOMIA

De la superficie de Asturias, sólo el 9,20 % se dedica a labor: forrajes, patatas, maíz, trigo, hortalizas, manzanas y otros frutos, lo que expresa la pobreza agrícola del país. Esta se halla compensada por la existencia de un 58 % destinados a prados y pastos, más de la mitad de estos últimos alternando con arbolado. La parte de monte sin pastos cubre un 18 %, y la totalmente improductiva el 14,56 %. Se cazan en ella el rebeco, el oso y el urogallo.

La principal riqueza de Asturias, por consiguiente, es la ganadera, especialmente la vacuna, que con 354.000 cabezas, ocupa el segundo lugar en la nación después de Lugo, produciendo 418 millones de litros de leche.

La industria asturiana más importante es la minero-siderúrgica, que produce el 50 % del carbón español. La configuración vertical de las capas, y su escasa potencia, hacen muy escasa la explotación, lo que unido a un sistema y utillaje anticuados, junto con la elevación de los salarios, ha determinado una grave crisis en estos últimos años. Los técnicos han informado que si no se renuevan las instalaciones para aumentar la producción, que había llegado a los siete millones de toneladas, habría que importar carbón y petróleo por valor de muchos millones de dólares.

La producción de acero, que era de 181.000 toneladas en 1957, pasó a 954.000 en 1962, de las que más de la mitad fueron producidas por la gran factoría de la ENSIDESA de Avilés. En 1966 ésta llegó a las 803.000, que sumadas a las obtenidas por las fábricas de Mieres, Langreo y Moreda, hoy fusionadas en la UNINSA que se establece cerca de Gijón, se proponen producir dentro de cuatro años hasta 1.700.000 toneladas, que unidas a las fabricadas por la ENSIDESA, darán el 50 % de la producción nacional.

Los ríos asturianos, poco caudalosos en general, y de gran pendiente —Sella, Nalón, Narcea y Navia— son en buena parte salmoneros, y producen algo más de un millón de kilovatios hora anuales de energía.

Si en el aspecto industrial las perspectivas del futuro parecen favorables, no sucede lo mismo en el agrario. Se oponen a su progreso en este aspecto —aparte de la inferior calidad de la mayor parte de las tierras— la gran división de la propiedad, con la existencia de numerosos minifundios; la falta de preparación del agricultor, y de capacidad para el esfuerzo colectivo (insolidaridad), como lo prueba la inexistencia casi absoluta de cooperativas. Las demás industrias tienen poca importancia, pero la de la leche y sus derivados, y la de la sidra y el dulce extraído de la manzana, que tienen alguna, podrían mejorar considerablemente. Existen algunas fábricas de conservas de pescado de mediana importancia, pero la pesca de altura no se practica en Asturias en la escala que se practica en el país vasco y en Galicia.

Inconveniente para el desarrollo de las industrias es la deficiencia de las comunicaciones. Sólo una vía férrea comunica a Asturias con el interior, pasando por el puerto de Pajares. Ocho carreteras atraviesan la cordillera cantábrica por otros tantos puertos de montaña, desde el Pontón, Tarna y San Isidro, al Este; Pajares y Ventana, en el centro, y Somiedo, Leitiriegos y Cerrredo al Oeste.

CULTURA

EN Asturias existen pocos analfabetos (el 1,89 por 100), siendo en su mayor número ancianos o trabajadores emigrados de otras provincias. Existen en la actualidad en la provincia 4.000 escuelas de primera enseñanza, con 117.355 alumnos, y 83 centros de segunda enseñanza con una matrícula total de 36.142. La Universidad de Oviedo, inaugurada en el año 1608, ha desarrollado una acción educativa, cuyos frutos se recogieron principalmente a partir del siglo XVIII. Allí explicó en su primera mitad el benedictino padre Jerónimo de Feijóo, espíritu abierto a la investigación científica y gran impugnador de las supersticiones nacionales existentes en su tiempo.

En los comienzos del pasado siglo enseñaban en ella distinguidos profesores como Guillermo Estrada, Leopoldo Alas, Rafael Altamira, Adolfo Posada, Fermín Canella, Adolfo Alvarez Buylla, Félix Aramburu, Aniceto Sela y otros, creándose la Extensión Universitaria, que difundió por medio de conferencias la cultura hasta en algunas villas asturianas. Hoy la Universidad de Oviedo está dotada de facultades de Derecho, Letras, Ciencias y Veterinaria (esta última establecida en León).

HISTORIA

TRAS de las guerras de los años 27 al 19 antes de Jesucristo, los romanos vencieron a los astures, que llegaban hasta el Duero por el Sur. La Asturias actual correspondía a los denominados **astures tramontanos**, que se extenderían por el Este hasta la vertiente entre Ribadesella y el puerto de Tarna.

Refugiados al norte de la cordillera cantábrica los visigodos fugitivos de la invasión musulmana, crearon un núcleo de resistencia, eligiendo como caudillo a Pelayo, que en el año 722 derrotó a los musulmanes en la batalla de Covadonga. Así se instauró la monarquía asturiana, que fue gobernada durante unos dos siglos por doce monarcas, entre los que sobresalieron Alfonso II, edificador de Oviedo, y Alfonso III, que llegó a dominar a comienzos del siglo X hasta el Duero, y desde no lejos de Estella hasta el norte de Portugal. Trasladada después de su muerte la corte a León, Asturias continuó viviendo una historia oscura, sin otra importancia que la que logró alcanzar Oviedo como lugar de peregrinación (conjugada con la de Santiago), para venerar el tesoro de reliquias que se guardaban en la Cámara Santa de su Iglesia mayor. Interesa destacar que el arte prerrománico asturiano (iglesias de Santullano, Naranco y Valdediós, etc.) se adelantó cerca de dos siglos a las soluciones arquitectónicas fundamentales del románico.

Los fueros de Oviedo y Avilés otorgados a fines del siglo XI, y las cartas pueblas de algunas villas en el XIII y el XIV, concedieron libertades a sus habitantes. En el aspecto nacional, la baja Edad Media asturiana ofrece escaso interés en el aspecto político.

Al casar el heredero del reino de Castilla, don Enrique —luego Enrique III— con la infanta doña Catalina de Lancaster en 1388, se instituyó el **Principado de Asturias**, que desde entonces fue título honorífico de los infantes primogénitos, dotado con algunas rentas de aquel país.

De fines del siglo XIV procede la **Junta General del Principado**, asamblea de representantes de los concejos, que proponía al poder central medidas de administración, interviniendo en la ejecución de las que aquel aprobaba. Celebraba dicha Junta una de sus reuniones en el año 1808, cuando al tener noticia de los acontecimientos del 2 de mayo en Madrid, tomó el acuerdo de declarar la guerra a Napoleón, solicitando inmediatamente la ayuda de Inglaterra por medio de una embajada. Asturias fue la primera provincia española que se levantó contra Francia.

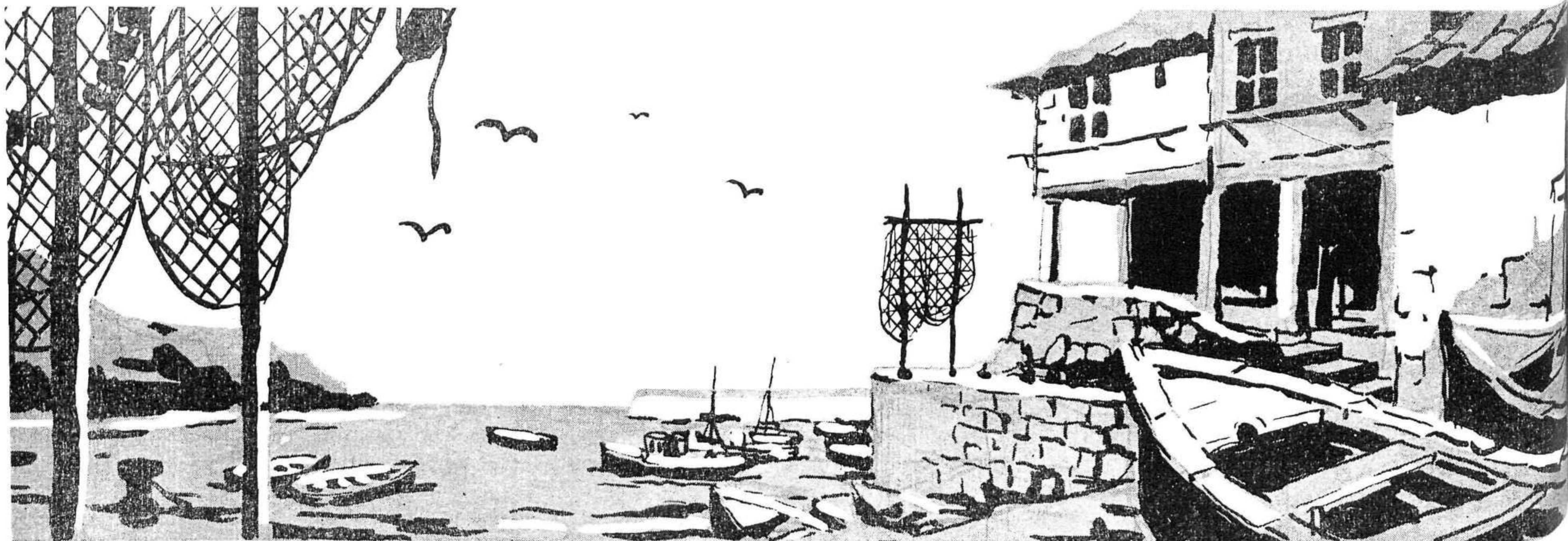
RASGOS DEL CARACTER ASTURIANO

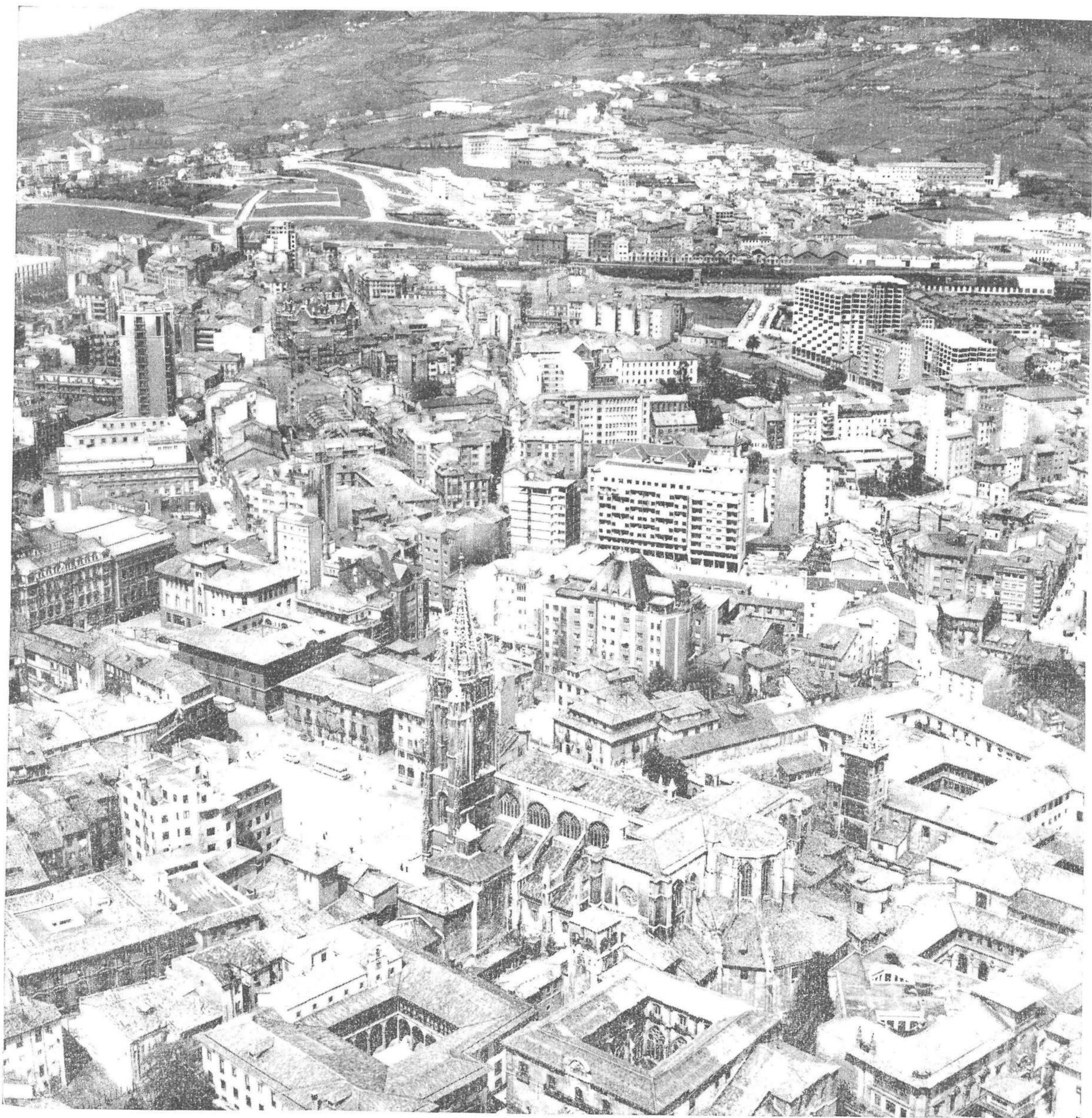
POR su secular aislamiento, el campesino asturiano ha conservado hasta no hace muchos años, cierto fondo supersticioso con la creencia en algunos mitos populares, como las **xanas**, especie de hadas, el **trasgu** o genio burlón, la **guesta**, misteriosa procesión nocturna relacionada con los muertos, y otros.

Comparada con la de Castilla, la religiosidad de los asturianos fue menos profunda, y aunque la predicación de dominicos y jesuitas en los siglos XVI y XVII, juntamente con la del clero parroquial, consiguieron inculcar cierta instrucción doctrinal en una buena parte del pueblo, ella debió llegar debilitada a los rincones montañeses de algunas comarcas.

Más bulliciosos e inquietos que los habitantes de la meseta, los asturianos fueron mirados por ellos como gentes que no se hallaban del todo en sus cabales, y como por otra parte éstos solían vanagloriarse de ser los creadores de la nacionalidad, manifestando con harta frecuencia la excelencia de su calidad nobiliaria que tanto contrastaba con su general pobreza, los castellanos inventaron aquel refrán que dice «asturiano loco, vano y mal cristiano», que en el fondo debía responder a cierta realidad en los defectos de su carácter. El calificativo de **poco fiel**, que algunos incluyen en el refrán no es general, y debió ser agregado posteriormente. Precisamente les es reconocida a los asturianos la característica de la fidelidad por muchos escritores de los siglos pasados.

El clima templado y húmedo de Asturias, sin grandes contrastes, debió influir favorablemente en la psicología de sus naturales, en los que suele predominar cierto equilibrio mental —que





Oviedo

a veces rompen ciertos impulsos hacia la aventura—lo que les permite poseer ideas claras y espíritu crítico bien desarrollado, en opinión de pensadores autorizados (Feijóo, Ortega, Madariaga). No obstante padecen el defecto lamentable de la insolidaridad mostrándose particularistas en alto grado.

Pero los asturianos son los únicos españoles con personalidad regional bien acusada, que jamás han sentido la menor veleidad separatista, a lo que tal vez contribuyó la opinión bastante arraigada de haber sido Asturias la cuna de la nacionalidad.

De carácter abierto y comunicativo, y acuciado por su principal vicio, la pobreza, hasta los primeros años del siglo actual, el asturiano emigra con facilidad, y se encuentra bien en todas partes, aunque lleve en el fondo de su alma el amor a la tierra natal a la que suele volver sintiendo su nostalgia, pero no tan intensamente como el gallego, pues como se ha dicho acertadamente (R. Pérez de Ayala) el asturiano lleva consigo la tierra a donde quiera que va.

ASTURIANOS ILUSTRES

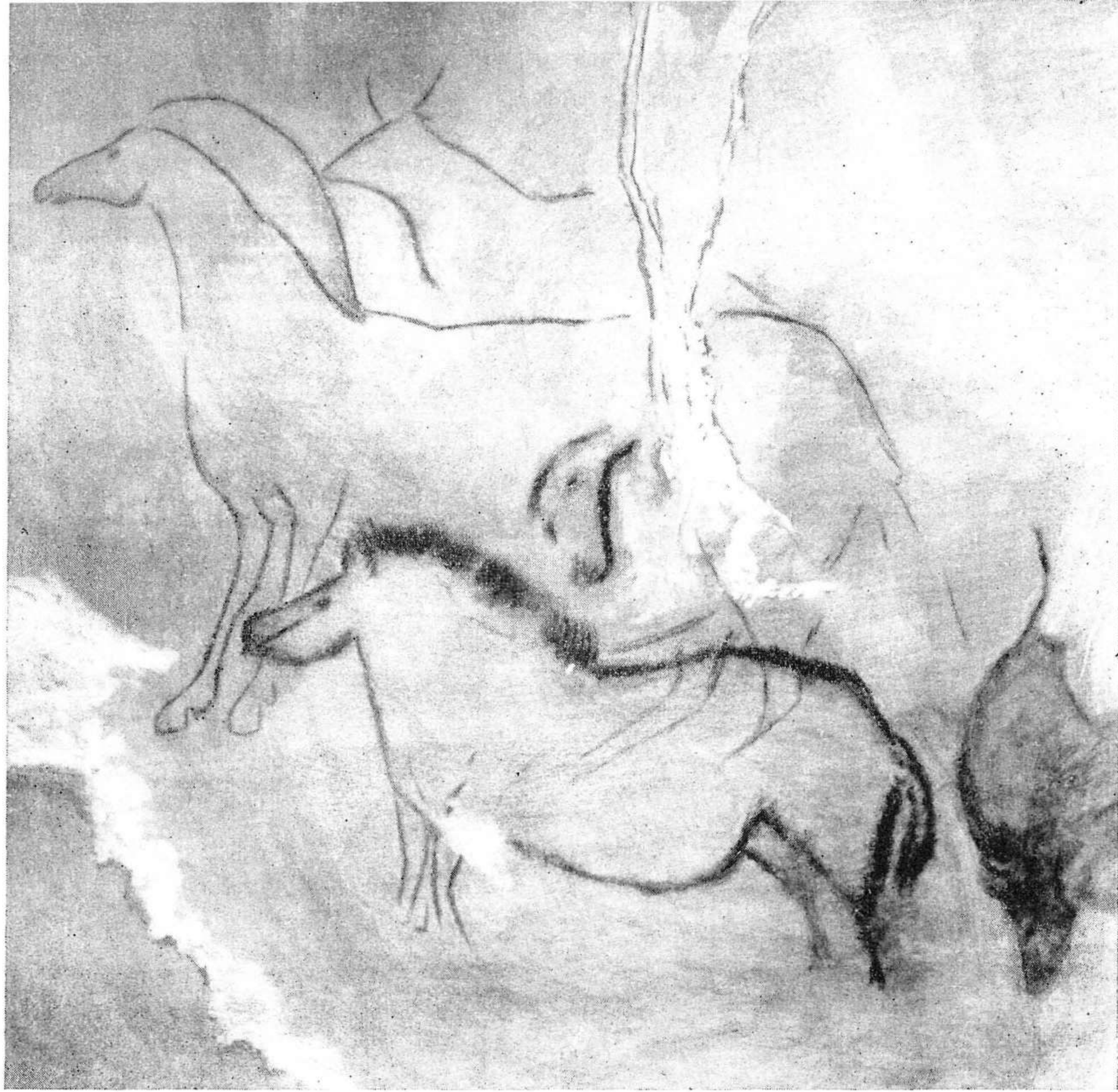
HIJOS ilustres de Asturias fueron: Alfonso de Quintanilla, ministro de los reyes Católicos; Pedro Menéndez de Avilés, marino ilustre, conquistador de la Florida (en el siglo XVI) donde fundó la ciudad de San Agustín, la primera que se estableció en América del Norte; el comediógrafo Francisco Ban-

ces Candamo, y el pintor de cámara Juan Carreño Miranda (ambos del siglo XVII). En el XVIII se distinguieron el político, historiador y economista Pedro Rodríguez de Campomanes, conde de Campomanes; Alvaro Navia Osorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado, militar cultísimo autor de las **Reflexiones militares**, obra que se tradujo a los principales idiomas europeos, y el gran polígrafo Gaspar Melchor de Jovellanos, el español más ilustre de su tiempo.

En el siglo XIX Asturias fue uno de los focos más importantes del liberalismo español, distinguiéndose Rafael del Riego, Agustín Argüelles, Alvaro Flórez Estrada, José María Queypo de Llano, conde de Toreno, Pedro José Pidal, Alejandro Mon y José Posada Herrera, todos ellos políticos y en su mayoría escritores. Pero también fue asturiano Pedro Inguanzo y Rivero, el más sabio contradictor del liberalismo en los debates de las Cortes de Cádiz, luego cardenal y arzobispo de Toledo.

En los últimos años del siglo florecieron: Leopoldo Alas, gran crítico, cuentista y novelista; Armando Palacio Valdés, cuyas novelas fueron traducidas en Inglaterra y Francia, y el poeta Ramón de Campoamor.

En el siglo actual se distinguieron: Ramón Pérez de Ayala, uno de los mejores prosistas que tuvo España en todos los tiempos, ensayista, crítico, novelista y poeta; Alejandro Casona, destacado dramaturgo, y un eminente científico, Severo Ochoa, premio Nobel de Medicina.



Pinturas en el «Camarin» de la cueva de la Peña de San Román de Candamo. (Según Magín Berenguer.)

RASGOS ORIGINALES del ARTE en ASTURIAS

Por MAGIN BERENGUER

La configuración geográfica era, hasta no hace muchos años, influyente factor en el desarrollo y difusión de la cultura. Asturias en este aspecto no es una excepción, pero, además, recibe ese condicionamiento geográfico de forma acusadísima, por cuanto que el tremendo movimiento geológico del mediodía asturiano—que aprieta, arruga e impele hacia el Cantábrico esta parcela peninsular—aparte de definir categóricamente unas fronteras naturales para el territorio, la dota de un relieve, un clima, un agro y una fauna variadísimos y originales que, en cierto modo, son causa-origen de las originalidades que presenta el Arte en Asturias.

No son todas ellas originalidades en exclusiva, pero sí de reducidas zonas geográficas que no corresponden, precisamente, al corazón de España, ya que la asequibilidad de Asturias se formula a través de una estrecha manga que va en dirección E. O., o viceversa. Pero aun formando parte de una originalidad con zonas extrarregionales, tiene toques personalísimos circunscritos a la propia Asturias. Por ejemplo: su arte prehistórico está integrado dentro del llamado Grupo cantábrico, que, a su vez, está dentro del que viene jalonando el mediodía francés; pero—aquí está el matiz personal—Asturias es la estación de término. Mas al occidente, nada. Al menos conocido. Y entonces se plantea la pregunta: ¿es ciertamente Asturias el punto final en la difusión de esta cultura del Paleolítico Superior, o es el punto de arranque hacia el oriente?

De cualquier forma Asturias, país frondoso, rico en caza, cruzado por innumerables ríos con abundantes peces y varios kilómetros de costa marisquera, es lógico que retuviera el nomadismo del hombre primitivo—tan supeditado a las reservas de la Naturaleza—al coincidir en esta región favorables circunstancias.

Es en la interesante etapa del Paleolítico Superior cuando se genera una importantísima evolución en los conocimientos del hombre. El utillaje se enriquece con novísimas y muy útiles formas: desde la punta de hoja de Gravette en el auriñaciense, pasando por la auténtica superación solutrense en el tallado de la piedra; hasta el nuevo descubrimiento, en materia prima, del magdaleniense: el hueso. Y es en este período cuando el hombre manifiesta su capacidad sensitiva, con las extraordinarias formulaciones artísticas. Los parietales de las cavernas se cubren de pinturas, no con un sentido de suntuosidad sino en razón de unas creencias; la «magia simpática», que dicen los etnólogos. Pero a ella debemos el poder decir hoy, que entre los ingredientes del hombre estaba ya, desde el principio, su capacidad de «sentir» con la misma inten-

sidad y sutileza que el hombre de todos los tiempos. Aún diría más: capacidad de «sentir» como hombre occidental; porque la decisión y arranque, la valentía de mano en el planteamiento de estas composiciones; su expresivo naturalismo, despejado y sereno; su fidelidad y agudeza de visión no exenta de personalidad, son, evidentemente, contraseña del arte occidental, el cual siempre se distinguió por su oposición a los amaneramientos y recetas —salvo en inevitables períodos de decadencia—; y, aun cuando otras culturas adelantadas y superiores se alzaban al este, en la Historia de la Humanidad, en Arte, en lo que tiene de sensible y creadora, siempre fue el occidente pionero y superior.

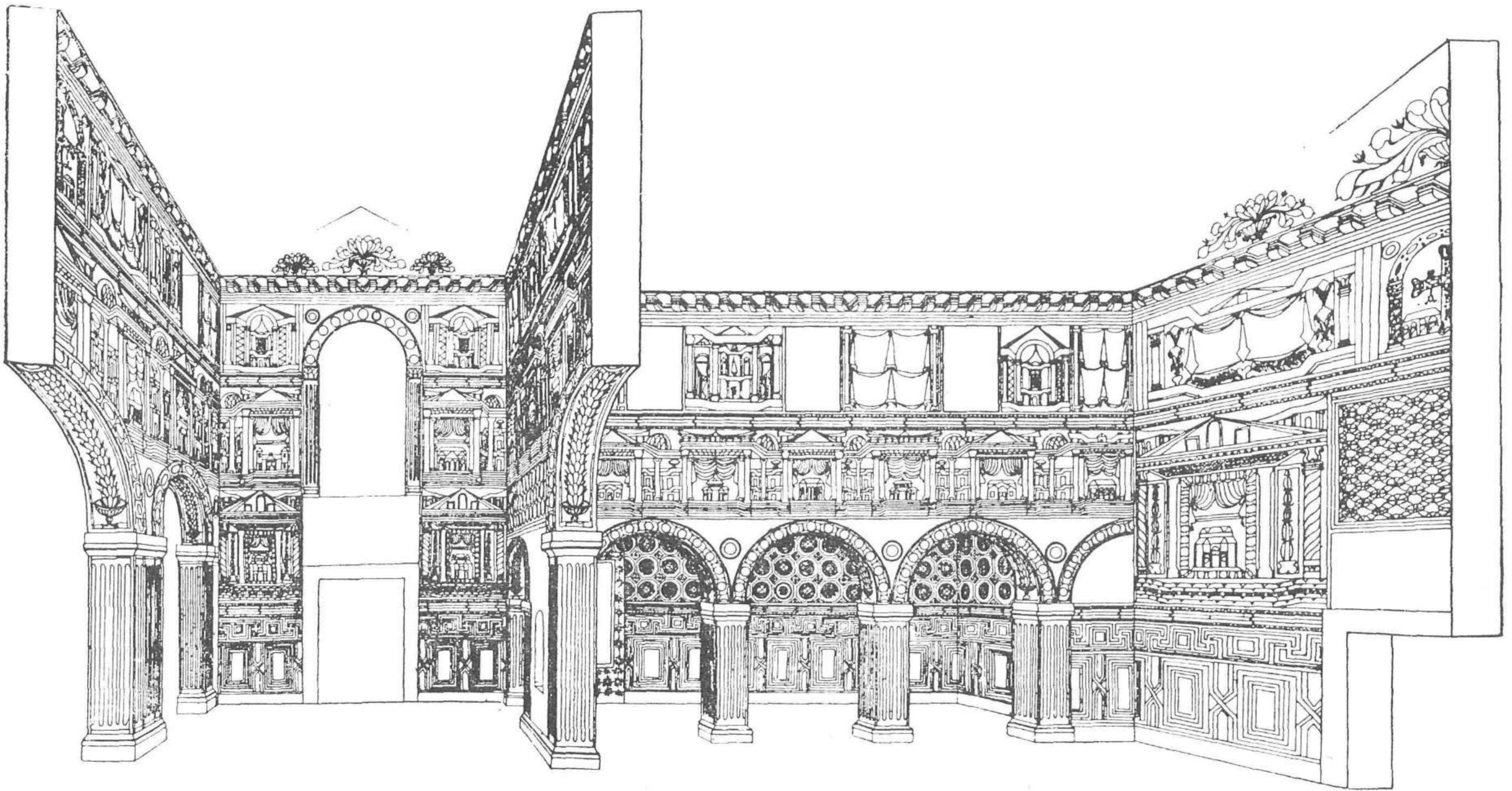
Auriñaciense, solutrense y magdalenense están íntimamente ligados y forman «una» unidad evolutiva de unos veinte mil años, evolución cultural que está representada en Asturias por docenas de cavernas con material prehistórico. Pero, además, tiene las muestras de Arte en los parietales de las cavernas de El Pindal, S. Román de Candamo y el Buxu, con grabado y pintura solutrenses y magdalenenses; en la de La Loja, con grabados solutrenses; en la de la Moría —o Lloseta—, con pintura magdalenense; en la muy discutida de Lledías que, a mi juicio, es auténtica en las formulaciones artísticas; y en la de «Tito Bustillo», recientemente descubierta en Ribadesella, que es, sin duda, la más importante de todas, con ser muy importantes las otras.

Esta caverna, aún sin estudiar, es uno de los hallazgos más impresionantes del arte prehistórico. Lo es, tanto por el número de figuras representadas, como por el tamaño de ellas (algunas pasan de los dos metros de longitud). Lo es, también, por la magistral mano con que están hechas, así como por reunir en un mismo lugar pintura y grabado auriñaciense, solutrense y magdalenense; conclusión a la que he llegado y cuyo planteamiento trato de concretar para un trabajo monográfico.

Vaya en estas líneas la noticia de su descubrimiento que llevó a cabo un grupo de jóvenes exploradores del subsuelo: el Grupo Torreblanca, integrado en el federativo G.E.S.A. En recuerdo de uno de sus descubridores, falleció años más tarde del hallazgo en accidente deportivo, se le nominó la cueva «Tito Bustillo».

Otra originalidad de la cultura prehistórica en Asturias es la industria asturiense. Así la bautizó el conde de la Vega del Sella, su descubridor. En Asturias están los más importantes yacimientos de este tipo de industria lítica, muy tosca y en lo que sobresale como pieza más caracterizada el llamado pico asturiense, trabajado sobre canto rodado aguzado en uno de sus extremos por rudos golpes laterales.

El conde de la Vega del Sella lo situaba después del aziliense, pero José Cerdá, basándose en pruebas de estratos por él excavados, lo lleva al acheulense; y, ciertamente, que ello explicaría la semejanza que existe entre el material asturiense y los guijarros tallados acheulenses.



San Julián de los Prados. Sección longitudinal de las naves central y transversal. Esquema (Segura Magín Berenguer)

Asturias parece ser la piedra clave donde convergen dos etapas culturales sucesivas. Del E. llega la renovación paleolítica, que se sume aquí, y del O., en largo peregrinaje siguiendo la costa atlántica y Galicia, la minería y los megalitos.

Asturias minera es una adjetivación que califica a esta región desde la protohistoria. Los naturales desarrollaban su trabajo entonces, con pleno desconocimiento de ulteriores aprovechamientos —para eso estaban los expertos negociantes del S., adquirentes del material—; pero, conforme el tiempo pasa, los secretos profesionales de elaboración son conocidos y así vemos aparecer en Asturias a un pueblo habilísimo prospector de metales, para más tarde convertirse en elaborador de los mismos y conocedor del bronce allá por el año mil a. de J. C.

Al paso, con ello, desde su iniciación, las construcciones dolménicas y las prodigadísimas necrópolis tumulares. Los dólmenes son abundantísimos y hay algunos sobre los que se construyó, pasado el tiempo, un templo cristiano (p. ej. la ermita de la Santa Cruz) en un afán de cristianizar recuerdos paganos.

Las estimaciones procélticas, filocélticas, o como mejor quieran llamarse, atribuyeron a este pueblo infinidad de manifestaciones e hicieron que hasta hace poco tiempo se hablara y se escribiera sobre lo puritanamente celtas que eran Asturias y Galicia; cuando, en realidad,

Asturias, Galicia y el N. de Portugal participan en común de una cultura autóctona, antes y cuando los celtas se manifiestan acusadamente establecidos al N. de la meseta. Sí; llegan a Asturias, pero después de un largo peregrinar a través del E. y Centro de la Península, para, remontando la costa portuguesa, arribar a la región asturiana. Pero cuando llegan al N. de Portugal y efectúan el paso a la región gallega, ya son pocos los restos de su primigenio orden. Por ello la «celtización» de estas regiones fue mucho menor que en Castilla, por ejemplo, y ya, francamente, de postrimerías.

En el NO. peninsular hay por entonces núcleos urbanos establecidos, que formulan un carácter propio, brillante y organizado; sin paralelos —al menos conocidos— consecuencia de una evolución con raíces profundísimas, cuyos orígenes no podemos más que intuir, pero que tienen tanto vigor, una tan aguda fuerza, que aún hoy perduran, en determinados sectores rurales, resonancias de aquellas formas. Esta cultura local es muy anterior a la llegada de los emigrantes de Centroeuropa y, en todo caso, cuando llegan asimilan su contenido.

Los poblados protohistóricos del NO. peninsular, son conocidos con el nombre de «castros». Los hay a centenares y sólo un pequeño porcentaje fue explorado. En Asturias pasan de doscientos los que a través de los relieves topográficos pueden localizarse por su forma cónica aplastada, de remate blando de línea. El día que sean excavados y estudiados estos castros, podrá ser la suya una de las culturas mejor conocidas.

Uno de los poblados que mejor tipifican la cultura del NO. peninsular es el castro de Coaña, repuesto a la superficie tras las campañas de excavación llevadas a efecto bajo los auspicios de la Diputación Provincial.

Este núcleo protohistórico escala las suaves laderas de un cerrete, a cuyos pies vivaquean pequeños riachuelos. Dista unos seis kilómetros de la villa de Navia y tan solo unos metros de la de Coaña.

Los edificios están realizados en pizarra de lajas anchas y no gruesas, que se amoldan perfectamente a un tipo constructivo de mampostería en cierto modo cuidada. Las plantas son, en su mayoría, circulares, aunque a veces deriven a formas elípticas y otras a las rectangulares, pero cuando esto ocurre, los ángulos tienen vértices muertos en arcos. El poblado se divide en dos partes bien diferenciadas; una corresponde al barrio extramuros, que se rodea a su vez de un pequeño muro, y la otra es el recinto amurallado, con corredores para la vigilancia y defensa, que se extiende por la altiplanicie que corona al cerro. Entre los hallazgos —aparte de los edificios tanto civiles como militares— figuran una posible cámara de incineración; una pila monolítica de casi tres metros de longitud, probablemente relacionada con ritos mágico-religiosos de la muerte, y unas piedras graníticas en cuya superficie se incrustan tres y hasta cuatro hoyos o cazoletas semiesféricas, que pueden haber sido utilizados para moler granos de cereales. También se hallaron cerámicas.

Noticias de cuando nace esta cultura, no las tenemos; pero su iniciación ha de ser muy remota, casi diría que data de cuando el hombre abandona el natural refugio de las cavernas, estableciéndose en agrupadas chozas de ramas trenzadas y barro; arquitectura leñosa cuyos vestigios no nos llegan por el carácter corruptible de sus materiales, pero que sin duda corresponde a una larga y primera fase de la génesis de esta aldea, cuya estructura petrificada es, ciertamente, período final.

Este es otro de los originales matices del Arte en Asturias.

Saltando sobre los restos romanos y visigodos, que nada tienen de especial, porque los primeros se integran dentro de las fórmulas provinciales menos ricas y los segundos son escasísimos y, por supuesto, nada extraordinarios; entramos de lleno en otra impresionante etapa.

Si diría antes, que el relieve del suelo asturiano sigue influyendo en su Historia y, como consecuencia, en sus manifestaciones artísticas, así hasta el año 19 a. de J. C. —transcurrido un siglo largo desde la caída de Numancia— no es dominada Asturias por los romanos, siendo el propio Augusto quien ha de venir a dirigir las operaciones militares para que esta ocupación llegue a buen fin, demasiado tiempo demorada por una larga y cruenta guerra de guerrillas.

Estas mismas difíciles condiciones orográficas, son las causantes de la nula influencia visigoda, con lo que Asturias, durante ese período, sigue viviendo sus circunstancias romanas, con la misma tesonera condición que antes había retrasado su influencia.

El siglo VIII está en sus primicias. Ha ocurrido el estrepitoso derrumbamiento del reino visigodo. En España se prepara un siglo de agitado quehacer, rebosante de acontecimientos de enorme trascendencia. Los años setecientos estarán jalonados con felices iniciativas —que serán auténticas realidades en el siglo IX— y en los que no tendrá sitio el tedio.

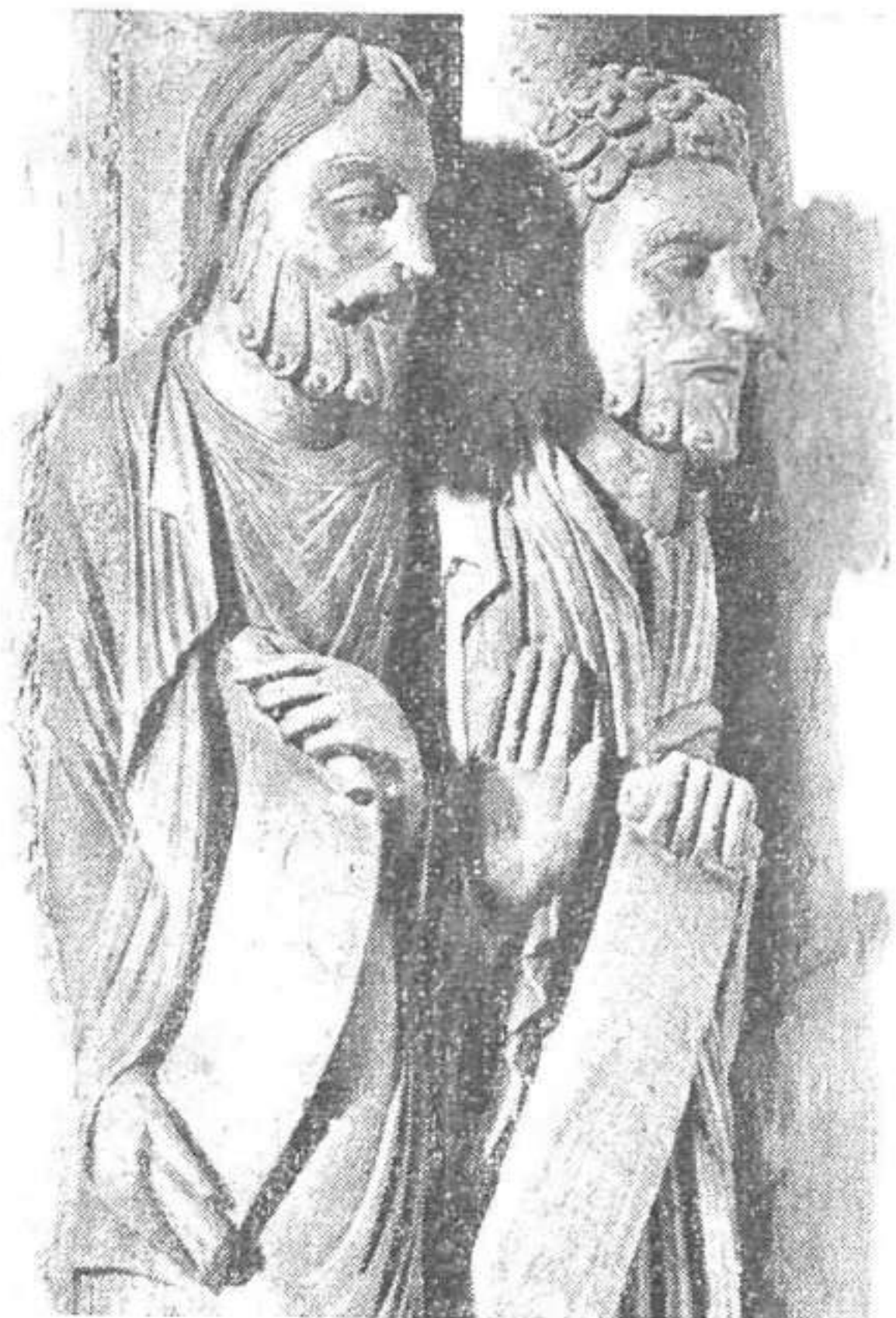
En el territorio peninsular se concitan las culturas y el genio de un invasor lleno de fantasía en su orientalismo —que aún exacerbará más en sus creaciones artísticas, con el sedimento local romano-visigodo— y de un pueblo que, aunque derrotado, todavía tiene aliento para remozarse con los bríos de los astures.

Aún no había pasado el primer cuarto del siglo VIII, cuando Asturias se convertía en madre de España; de una España renacida, nacionalizada. Porque su masa orográfica, siempre propicia a defensas inverosímiles, había hecho posible en Covadonga, que una guerra de guerrillas, con vigencia precaria de algunos años, adquiriera el carácter de guerra formal, plantando los fundamentos de una monarquía cristiana frente al conquistador musulmán.

Tras los primeros triunfos, el naciente reino siente la necesidad de hacer patente con ejemplos de cierta permanencia, tanto el credo de su religión como el vigor de sus victorias; y así funda ciudades y las dota de edificios religiosos y civiles y, como consecuencia, asistimos al nacimiento de unas fórmulas artísticas infiliables, rodeadas del misterio de su gestación; hijas, quizá, de influencias con distinta procedencia pero que aquí se funden, acabando por expresarse con maneras originalísimas y evolucionadas, precisamente en unos años en que el arte de construir atraviesa una grave crisis en el resto de Europa. Estamos enfrentados a una de las más trascendentales etapas, donde nuevamente vuelven a manifestarse los acentos personalísimos del Arte en Asturias. Y digo trascendentales por las repercusiones que más tarde tienen estas fórmulas pre-románicas en relación con el románico.

El arte pre-románico asturiano no es un arte conservador, tal y como si casualmente hubiera topado con una manera y la explotara hasta el amaneramiento. No, no es eso. Es un descontento, un ambicioso descontento lleno de afanes de superación. Por ello, aun cuando su vida como tal pre-románico está limitada a un período de unos cien años, sus avances son rapidísimos y fulminantes. Así la iglesia de San Julián de los Prados, que manda erigir Alfonso II (792-842), manifiesta en su arquitectura dos tónicas dominantes; de una parte, vigorosas tradiciones constructivas romanas, dimanadas, sin duda, de talleres provinciales que se conservaron inverosímilmente a través del tiempo, precisamente por esa tesonera condición a que anteriormente hacía referencia, y que mantenía en aislamiento a la Asturias romana durante el período de dominación visigoda, sin admitir sus influencias, gracias, en gran parte, a su geografía.





Ahora bien, no es todo romano en San Julián de los Prados, sino que hermanada algunos toques de carácter visigodo, con lo que la construcción recibe una desconcertante y particular apariencia.

El fenómeno observado en las partes arquitectónicas, también se manifiesta en su decoración pictórica—con la que, al igual que todas las iglesias de este período, cubre la totalidad de sus muros—pero aun con más fidelidad hacia las fórmulas romanas. En definitiva, el arte de la iglesia erigida por Alfonso II, es como un eco tardío de la Baja Antigüedad, que se manifiesta en este templo como en su última y sorprendente etapa.

En el año 848 Ramiro I, sucesor de Alfonso II, manda edificar un palacio en la falda del monte Naranco—palacio que actualmente se conoce bajo el nombre de Santa María del Naranco—y, a unos trescientos metros de él, una iglesia: San Miguel de Liño. Pues en estas construcciones, pese a que en alguna de sus partes hay evidentes puntos de contacto con los edificios de Alfonso II, los avances constructivos son enormes, manifestándose Ramiro I como un renovador genial en el arte de construir. Bóvedas, arcos de resalto combinados con arquerías ciegas en los muros, y contrafuertes al exterior, logran crear un complejo arquitectónico «descubierto» dos siglos más tarde por las construcciones románicas. En sus temas decorativos hay influencias orientales y lombardas. La pintura mural ramirense, manifiesta también un despegue prodigioso de las decoraciones inmediatamente anteriores de San Julián de los Prados. Así como en esta iglesia los temas decorativos se limitan a la representación de motivos arquitectónicos, tal como en las decoraciones pompeyanas; en cambio, en las decoraciones ramirenses, juegan principalísimo papel las figuras humanas. Ellas son las primeras figuras del arte pictórico de la España nacionalizada. Son formulaciones llenas de una bárbara ingenuidad; pero, también, plenas de vigor y expresividad, rotundas mensajeras proféticas de la bríosidad que habrá de presidir el arte español.

Por fin, en las postrimerías del siglo IX, Alfonso III nos deja testigos de que el acontecer del arte pre-románico asturiano sigue evolucionando. La iglesia de San Salvador de Valdediós, que el monarca erige en el año 893, nos muestra cómo aprovecha los adelantos constructivos conseguidos por sus antecesores, pero en el orden decorativo incorpora al repertorio motivos de la España del sur, arabizada.

Alfonso III une los precedentes occidentalistas de sus antecesores, con esa otra corriente orientalista del invasor, unión que tantas etapas del arte español habrá de caracterizar.

Trece monumentos pre-románicos dan hoy fe de ese racimo de originalidades que es el arte pre-románico asturiano. Pero, además, él con sus precoces soluciones, denuncia su paternidad sobre el románico al mostrarnos ejemplos importantísimos, a pesar de su modestia, como San Julián de Viñón (finales del Siglo X), San Salvador de Fuentes (año 1021), así como San Pedro de Teverga, al que yo considero precedente de la genial anticipación leonesa.

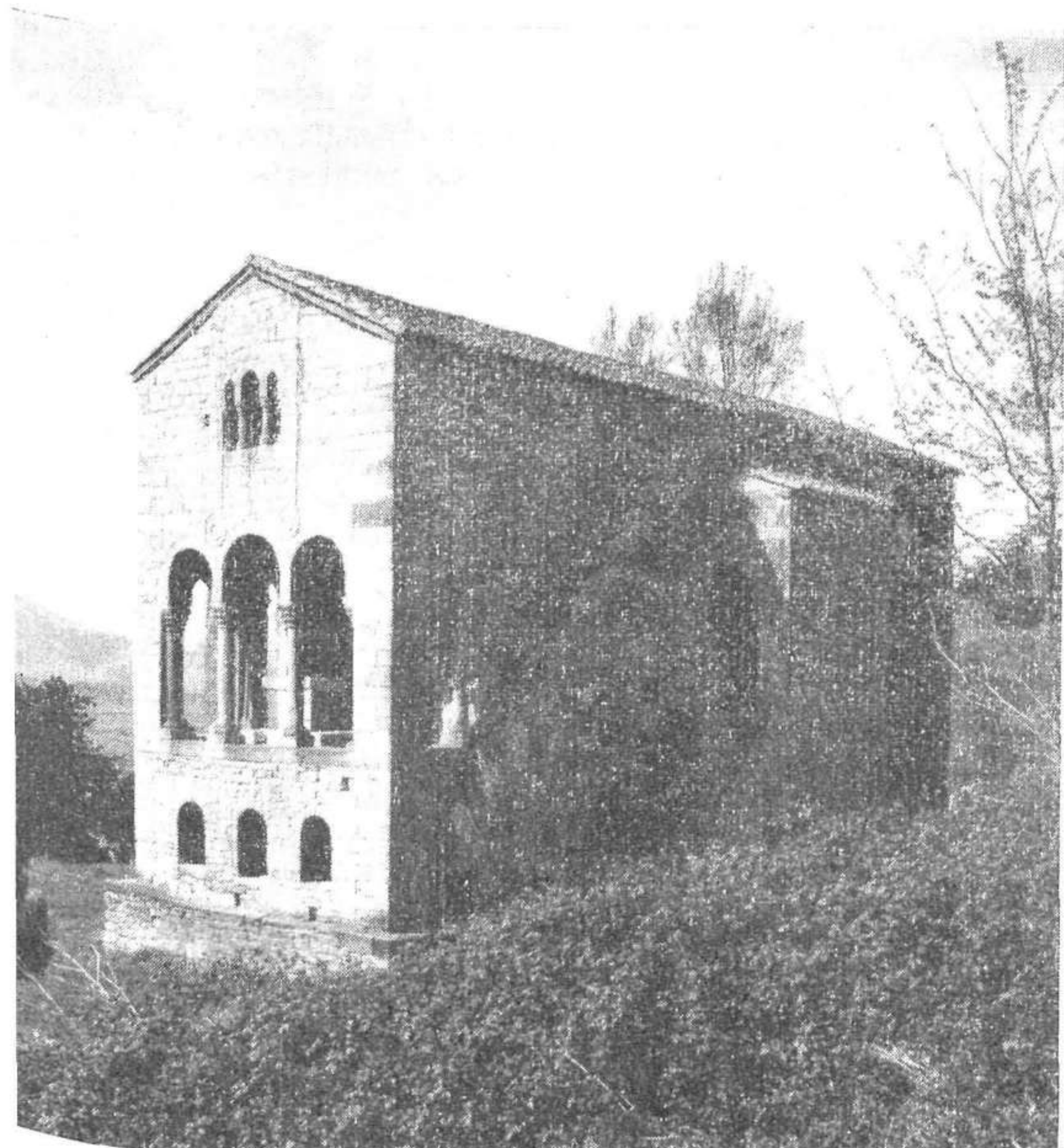
Por ello, quizá, pese a todas las vicisitudes que Asturias vivió a partir de la Baja Edad Media—o quizá por ello—conserva actualmente diseminados por su paisaje unos sesenta edificios románicos, cuyo interés no está precisamente centrado en su etapa de pleno desarrollo, aunque haya templos de la importancia del monasterio de San Pedro de Villanueva, San Juan de Amandi, o la Cámara Santa; porque esa etapa ya evolucionada—si exceptuamos ejemplos como los precedentes—carece de ambición y de atrevimiento en el planteamiento de las soluciones. No obstante en sus temas decorativos quedan muestras de gran interés escultórico debidas a artistas locales que exponen sus maneras de hacer sin academicismos ni modelos, con fórmulas vírgenes, tan de acuerdo, en esencia, con el momento artístico actual.

El interés del arte románico en Asturias, reside en las particularidades tradicionales a que se aferra, por ser herencia de aquel extraordinario albor del siglo IX.

La importancia del arte románico en Asturias está en su formación embrionaria, porque, como antes decía, cuando se estrangula la escuela pre-románica, sus soluciones son retenidas formulando nuevos caminos.

Estos son los principales rasgos de las originalidades que presenta el Arte en Asturias.

El palacio erigido por Ramiro I, hoy conocido como Santa María del Naranco



San Salvador de Valdediós; del reinado de Alfonso III





EL GRAN ASTURIANO

Por JOSE MARIA PEMAN

HAY un equívoco, de raíz, tratándose de España, en el manejo de las nociones de «clásico» y «romántico». Porque se da el caso especialísimo de que los clásicos españoles son románticos. Clásicos, con su sentido escolar, textos de «clase», son Lope o Calderón. Pero lo que esos textos enseñarán a sus alumnos, tanto en el sentido de creación romance o nacional, como en el sentido de desorden pasional e intuitivo, será una enseñanza cargada de romanticismo.

Esto es así hasta en el siglo neoclásico, por esencia. En los fines del XVIII y principios del XIX, las figuras españolas que por mucho tiempo se clasificaron de «clasicones», e incluso de afrancesados, actúan hacia fines de modernidad reformista, pero dentro de una atmósfera prerromántica.

Así don Gaspar Melchor de Jovellanos. He aquí una figura menos popular y atrayente para el español medio que las figuras ardientes de la meseta: Santa Teresa, Lope o Quevedo. Pertenecen plenamente a esa periferia española, más europeizante y universalista: Balmes, en Cataluña; Luis Vives, en Valencia; Feijoo, en Galicia y la misma Asturias; el conde de Peñaflores y los «caballeritos de Azcoitia», en el país vasco. Sin embargo, don Gaspar Melchor despegaba para su pasión reformadora y clasicista desde un antecedente típicamente romántico. *El delincuente honrado* es una comedia del género «larmoyant», lacrimoso, que cumple con el tono suspirante a lo Rousseau, y contiene dentro una idea de reforma penal, tomada de Beccaria. Por otra parte, lo mejor de su producción poética, su *Oda al Pájar*, aun con su forma exterior de endecasílabos blancos, está transida de un absoluto romanticismo, con sus temas canónicos de bosques, ruinas y hasta fantasmas. Toca por una punta con lo que será Lamartine y por otra punta en lo que será el «Tenorio» de Zorrilla, con su «funeralismo» de tumbas y apariciones. De igual modo sus estudios en su destierro de Mallorca, sobre la cartuja o el castillo de Bellver, pertenecen de lleno al romanticismo histórico de Ponz, Cean, Piferrer que buscan a España en las piedras, como Burriel, Sarmiento o Flórez la buscaban en los archivos. Porque la pretendida época que expeditivamente se calificó de «afrancesada» es la época en que España se empeña en «conocerse a sí misma» a fuerza de una renovada atención y sensibilidad para el paisaje y el archivo.

Y no hay incomunicación ninguna, sino, al revés, contacto muy explicativo, entre este aparcamiento romántico

de Jovellanos y su pensamiento deseoso de reformas. El instante en que Jovellanos da toda su medida y revela íntegramente su pensamiento, es en el gran «test» de la Independencia y las Cortes de Cádiz. Aun los más progresistas de la renovación política y social de esa hora decisiva, como nadores que se echan al mar, tratan de no abandonar la seguridad confortante de la playa, de la tradición. La Constitución de Cádiz no puede negarse que tiene una abundante dosis de afrancesamiento. Pero Argüelles, en su preámbulo, y Martínez Marina, en su exégesis doctrinal, tratan de emparentarla con las venerables Cortes de Castilla y de Aragón. ¿Cómo no iba a ser así si hasta la «masonería», a la que trata de españolizar don Bartolomé Gallardo, se viste de guardarropía romántica en su nomenclatura, de modo que las «logias» y «talleres» pasan a ser «merindades» y «castillos»?

Cuando van a reunirse las Cortes, Jovellanos opina documentadamente que sean convocadas, según la fórmula tradicional, por estamentos. Es decir, que se reúnan Cortes con un sentido orgánico y tradicionalista. Pierde la batalla. Las Cortes se reúnen con una voluntad liberal y de democracia inorgánica y hacen una constitución inviable para el momento español. Pero todavía revelará Jovellanos de modo más explícito su españolismo radical. Su máxima obra, romántica en su patriotismo, clásica en su empaque romanista, es su correspondencia con el general Sebastiani, cuando éste trata de lograr el fichaje del español más prestigioso del momento, dándole a don Gaspar un ministerio en la Corte del rey José. Las contestaciones del gran asturiano alcanzan el airoso desplante de las mejores actitudes de «Cinna» o de «Británicos».

Y, sin embargo, todo aquello no bastaba para lograr una verdadera modernidad; sin afrancesamiento, sin absolutismo y sin inmovilización. Hay un instante en que Jovellanos, que llevaba un «diario», hace una anotación expresiva que por un momento ilumina, como un haz de faro, una profundidad inmensa de reformismo y futuro. Va Jovellanos en una diligencia: en Cañizares, en una zanja o desmonte, la diligencia vuelca. Acuden los aldeanos al salvamento de los afectados por el accidente. Y Jovellanos anota, con melancolía, en su «diario», que los aldeanos acuden, ante todo, a salvar presurosamente a los «suyos»: cocheros, lacayos, postillones. Cuando ven a Jovellanos, con sus ropas mundanas y casi de «petimetre», apenas se ocupan de él. Jovellanos ha medido hasta el fondo toda la moraleja de esa parábola. No bastará el despotismo ilustrado para renovar a España. Las clases populares no sólo quieren la renovación, sino que quieren «hacerla ellas». Don Gaspar ha vislumbrado, de pronto, toda la extensión de la democracia futura y hasta de la «dictadura del proletariado». El pueblo quiere una política «popular». Desea acudir, como los aldeanos de Cañizares, antes que nada, a los «suyos». El despotismo ilustrado es una jerarquía secular que se emplea en bien del pueblo. Pero ocurre que lo que el pueblo quiere es invertir esa jerarquía y atenerse a otra que empieza por él.

Don Gaspar Melchor no logró ser del todo popular; a pesar de sus esfuerzos fue en buena parte un teórico. Se llamaba así —Gaspar Melchor— porque había nacido la noche de la Epifanía. Fue un regalo de esos que de cuando en cuando le hacen los Reyes Magos a España. Y ocurrió lo que ocurre siempre con los juguetes. España lo rompió para ver lo que llevaba dentro. Y lo que llevaba dentro era el futuro.

A ARNESTO

¿Quis tam patiens ut feneat se?

JUVENAL

Déjame, Arnesto, déjame que llore los fieros males de mi patria, deja que su ruina y perdición lamente; y si no quieres que en el centro obscuro de esta prisión la pena me consuma, déjame al menos que levante el grito contra el desorden; deja que a la tinta mezclando hiel y acíbar, siga indócil mi pluma el vuelo del Bufón de Aquino. ¡Oh! ¡Cuánto rostro veo a mi censura de palidez y de rubor cubierto! Anímo, amigos, nadie tema, nadie su punzante aguijón, que yo persigo en mi sátira al vicio, no al vicioso. ¿Y qué querrá decir, que en algún verso encrespada la bilis tire un rasgo, que el vulgo crea que señala a Alcinda; la que olvidando su orgullosa suerte, baja vestida al Prado, cual pudiera una maja con trueno y rascamoño, alta la ropa, erguida la caramba, cubierta de un cendal más transparente que su intención, a ojeadas y meneos la turba de los tontos concitando? ¿Podrá sentir que un dedo malicioso, apuntando este verso, la señale? Ya la notoriedad es el más noble atributo del vicio, y nuestras Julias más que ser malas, quieren parecerlo. Hubo un tiempo en que andaba la modestia dorando los delitos; hubo un tiempo en que el recato tímido cubría la fealdad del vicio: pero huyóse el pudor a vivir en las cabañas. Con él huyeron los dichosos días que ya no volverán; huyó aquel siglo en que aún las necias burlas de un marido las bascuñas crédulas tragaban: mas hoy Alcinda desayuna al suyo con ruedas de molino. Triunfa, gasta,

pasa saltando las eternas noches del crudo enero, y cuando el sol tardío rompe el oriente, admírala golpeando, cual si fuese una extraña, al propio quicio; entra barriendo con la undosa falda la alfombra, aquí y allí cintas y plumas del enorme tocado, siembra y sigue con débil paso soñolienta y mustia, yendo aún Fabio de su mano asido hasta la alcoba, donde a pierna suelta ronca el cornudo, y sueña que es dichoso. Ni el sudor frío, ni el hedor, ni el rancio eructo le perturban. A su hora despierta el necio: silencioso deja la profanada Holanda, y guarda atento a su asesina el sueño mal seguro. ¡Cuántas, oh Alcinda, a la coyunda uncidas tu suerte envidian! ¡Cuántas de himeneo buscan el yugo por lograr tu suerte! Y sin que invoquen la razón, ni pese su corazón los méritos del novio, el sí pronuncian, y la mano alargan al primero que llega! ¡Qué de males esta maldita ceguera no aborta! Veo apagadas las nupciales teas por la discordia con infame soplo al pie del mismo altar; y en el tumulto, brindis y vivas de la tornaboda una indiscreta lágrima predice guerras y oprobios a los más unidos. Veo por mano temeraria roto el velo conyugal, y que corriendo con la impudente frente levantada, va el adulterio de una casa en otra: zumba, festeja, ríe, y descarado canta sus triunfos, que tal vez celebra un necio esposo, y tal del hombre honrado hieren con dardo penetrante el pecho, su vida abrevian, y en la negra tumba su error, su afrenta y su despecho esconden.

¡Oh viles almas! ¡Oh virtud! ¡Oh leyes! Oh pundonor mortífero ¿qué causa te hizo fiar a guardas tan infieles tan preciado tesoro? ¿Quién, oh Themis, tu brazo sobornó? Le mueves cruda contra la debil huérfana, del hambre y del oro acosada, o al halago, la seducción y el tierno amor rendida; la espías, la deshonoras, la condenas a incierta y dura reclusión; y en tanto ves, indolente, en los dorados techos cobijado el desorden, o los sufres salir en triunfo por las anchas plazas, la virtud y el honor escarneciendo. ¡Oh infamia! ¡Oh siglo! ¡Oh corrupción! [Matronas castellanas, ¿quién pudo vuestro claro pundonor eclipsar? ¿Quién de Lucrecias en Lais os volvió? ni el proceloso Océano, ni lleno de peligros el Lylibeo, ni las arduas cumbres De Pyrene pudieron guareceros del contagio fatal? Zarpa preñada de oro la nao gaditana, aporta a las orillas gálicas, y vuelve llena de objetos fútiles y vanos; y entre los signos de estrangera pompa ponzoña esconde y corrupción, compradas con el sudor de las iberas frentes; y tú, mísera España, tú la esperas sobre la playa, y con afán recoges la pestilente carga, y la repartes alegre entre tus hijos. Viles plumas, gasas y cintas, flores y penachos te trae en cambio de la sangre tuya: de tu sangre ¡oh baldón! y acaso, acaso de tu virtud y honestidad.

JOVELLANOS

JOVELLANOS

y la

nueva

religiosidad

Por JOSE CASO GONZALEZ

ESPAÑA tuvo un momento en que pudo ponerse casi a tono con Europa: fue la época de Carlos III, la de los Ilustrados. Múltiples acontecimientos nacionales e internacionales de un lado, y por el otro la cerrazón de lo que podríamos llamar la derecha del tiempo, hicieron fracasar los nobles intentos de un grupo de hombres, intelectuales en su mayor parte, tanto laicos como eclesiásticos, que habían hecho del progreso de su patria un problema que les preocupaba.

El punto más vidrioso de ese problema era el de las ideas religiosas, ligado naturalmente a los privilegios de casta y a concretas situaciones económicas. Pero que los ilustrados moderados, como Jovellanos, tenían razón lo demuestra precisamente la interesante, movida y a ratos confusa historia religiosa de estos últimos años. Porque esta historia religiosa es únicamente la culminación de una cadena de hechos y de ideas que empieza en el siglo XVIII (con antecedentes en el anterior). El no ver ese largo camino recorrido lleva a creer, como tantos creen, que las cosas ocurren ahora por primera vez, cuando no se trata más que de la etapa final de una época que está abriéndose al futuro.

De entre los muchos temas que se podrían espigar en las obras de Jovellanos, relacionados con el problema religioso, voy a tratar aquí sólo de sus ideas sobre la superstición y de las líneas generales de la nueva religiosidad que él deseaba. Pero quisiera advertir de antemano que Jovellanos no es un hombre aislado en su época, encerrado en su torre de marfil, sino todo lo contrario, miembro, uno de los más activos, de una comunidad de ilustrados, que profesional y políticamente vive entregado a una tarea de reforma. Tanto como lo que él piensa y hace interesa lo que piensan y hacen los otros ilustrados. La lógica limitación de un artículo me impedirá encajar lo que sigue en ese ambiente.

LA SUPERSTICION

Los ilustrados extendían el campo de su crítica negativa a temas directamente enlazados con el abuso del culto externo. El más importante de ellos era la superstición. La lucha contra la superstición era herencia que les habían legado los autores de la primera mitad del siglo, principalmente Feijoo; pero los duros ataques del periodo propiamente crítico no habían bastado para acabar con las prácticas supersticiosas. Por eso se continúa la lucha abierta, dirigida en dos direcciones: la primera y más importante, tendente a corregir las ideas; la segunda, más práctica, dirigida a señalar las más relevantes costumbres supersticiosas.

Las dificultades eran grandes. Si sólo se hubiera tratado de rectificar las creencias erróneas del vulgo cristiano, acaso en pocos años se habría llegado a un resultado aceptable; pero el verdadero obstáculo estaba en la ignorancia y en los intereses de la cabeza rectora.

Muchos textos de entonces hablan de la culpa que tocaba al clero en la propagación de las prácticas supersticiosas. En esta parte la mayor culpa se carga sobre los regulares, especialmente sobre los mendicantes.

Es cierto que la superstición era un tópico de época y que en algunos escritores la palabra equivale simplemente a «religión católica». De aquí la precaución con que muchos críticos han leído obras en las que se trata de la superstición, directa o incidentalmente, y de aquí el que en seguida se busque y se encuentre la segunda intención. Sin embargo, la palabra superstición fue un tópico, porque era totalmente cierta la extensión que había adquirido. Apenas si se podía registrar un sólo acto de religión sin que en él tropezara el menos escrupuloso con tal vicio.

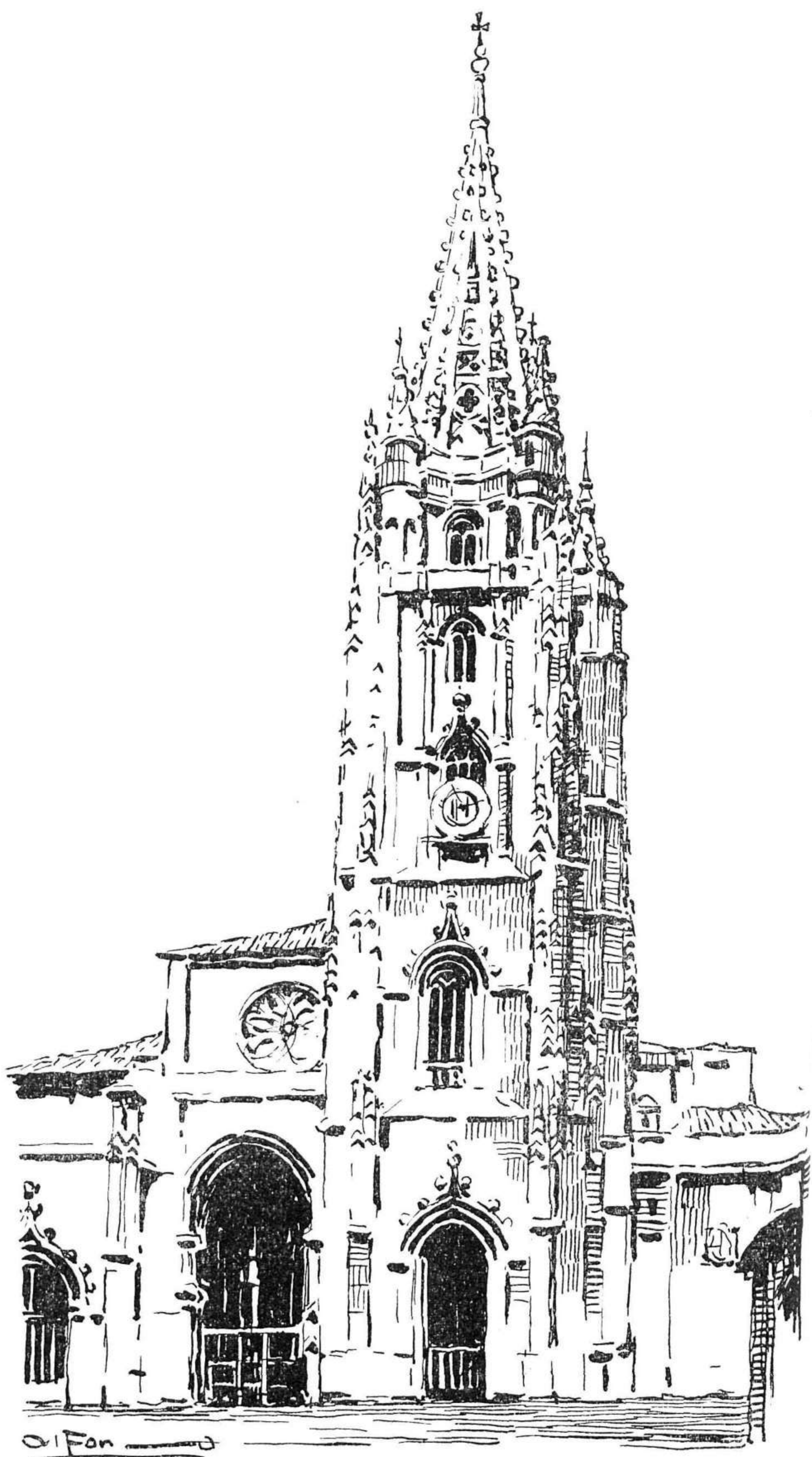
Dentro del mismo catolicismo se elevaban las voces de todos los hombres rectos para protestar contra un estado vergonzoso que hacía

a la religión despreciable, además de degradarla. Pero al abrir los labios, la ignorancia y el interés caían sobre ellos para condenarlos. Si se emprendiera la lucha contra los abusos de la piedad, escribe Cañuelo en *El Censor*, «¿cuál sería nuestra suerte? En realidad, y para los sabios, dichosa; pero para el común, la más desgraciada. Apenas daríamos la cara al combate cuando se presentaría un numeroso ejército de combatientes que nos oprimirían, aun cuando no fuese más que con la desentonada grito: seríamos en sus bocas impíos, libertinos, blasfemos, destructores de la religión y de las más santas prácticas». Efectivamente, así era. No se pueden leer hoy muchas páginas entonces condenadas con dictérios semejantes, sin admirarse de que la verdad haya podido encontrar tantos contradictores.

Más prudente que otros autores de la época, aquí como en otras cosas, era Jovellanos. En sus obras se habla con bastante frecuencia de la superstición. Pero Yaben Yaben se ha encargado ya de poner en claro que en su pluma tiene esta palabra el mismo sentido que en los teólogos.

Jovellanos la define en el siguiente párrafo:

«Con ideas y sentimientos del todo diferentes [a la impiedad], la superstición produce males no menos funestos cuando, so color de obsequio al Ser Supremo, pretende consagrar todos los errores del espíritu y todas las ilusiones del corazón humano. Porque, ¿quién no verá con espanto los horrendos e indecentes cultos que estableció en los antiguos pueblos, y los atroces males y miserias a que sujeta aún a los que se hallan en estado de barbarie e imperfecta cultura? Sometiendo de una parte a los hombres a vanas y ridículas creencias y a horribles ilusiones y temores, y de otra multiplicando sus leyes morales y rituales y las reglas de su conducta religiosa y civil, degrada a un mismo tiempo el augusto carácter de la Divinidad y la dignidad de la especie humana, robando a sus individuos hasta la



escasa porción de felicidad que pudieran gozar en la tierra. Hija de la ignorancia, es madre del fanatismo, si acaso el fanatismo no es la misma superstición puesta en ejercicio, y arrojada por otro derrumbadero a los mismos males que produce la impiedad.»

Varios puntos merecen atención en este breve, pero profundo análisis de la superstición:

1.º Su origen es la ignorancia, puesto que sólo ésta engendra el error y desvía los sentimientos; de aquí que la superstición se encuentre generalmente en gentes de cultura inferior.

2.º La superstición sujeta al hombre con creencias ridículas y con horribles temores y multiplica las leyes morales y rituales. En consecuencia, la superstición priva al hombre de su libertad de espíritu o por lo menos se la condiciona. Esto equivale a degradar la dignidad humana.

3.º Pero al mismo tiempo degrada a la Divinidad, porque su augusto carácter es lo más opuesto a las aberraciones en que la superstición cae, haciendo concebir ideas de Dios contrarias a la justicia, la bondad y la omnipotencia que le son inherentes.

4.º Otro efecto sobre el individuo es el de robarle la escasa porción de felicidad que puede gozar en esta tierra al someterle a prescripciones que constantemente le coartan y le atemorizan.

5.º Un último efecto de ella es el fanatismo. O mejor dicho, el fanatismo es la misma superstición pasando de la mente a la acción, y llevando a las mismas consecuencias que la impiedad por caminos distintos. Quizá sea ésta la idea más fecunda de todo el párrafo de Jovellanos. Era entonces el fanatismo, cubierto con el manto de celo religioso, uno de los males que querían remediar los innovadores. Ellos pretendían instaurar el principio de la libertad humana sobre la base de la tolerancia religiosa, cosa que entonces llegó a considerarse herética o al menos con sabor de herejía. Si se juzgan aquellas ideas a tenor de las que hoy rigen se comprende muy bien la profunda revolución llevada a cabo. La Inquisición española, por ejemplo, ha prohibido bastantes libros por el sólo crimen de profesar sus autores tal tolerantismo. Claro está, la propia Inquisición estaba condenada a muerte si aceptaba semejante principio, porque ya no sería crimen ni contra la religión ni contra el Estado profesar ideas no aceptadas por la Iglesia católica. Y como el Tribunal de la Fe se fundaba sobre la intransigencia religiosa, tan fácil de degenerar en fanatismo, o condenaba la tolerancia o se condenaba a sí mismo.

Otro párrafo de Jovellanos que debe tenerse en cuenta es aquel en que se habla de ciertas costumbres y creencias de los vaqueiros de alzada. Después de enumerarlas, añade:

«Pero ¿qué vale todo esto a los ojos de la filosofía? La superstición ha sido siempre la legítima de la ignorancia, y los pueblos tienen más o menos en razón de su mayor o menor ilustración. Yo no veo aquí otra cosa que aquella especie de vanas y supersticiosas creencias de que también abundan otros pueblos de nuestras más cultas provincias, modificadas de este o el otro modo, pero siempre derivadas de un mismo origen, esto es, de costumbres tan antiguas que tocan en los tiempos más oscuros y bárbaros y que no ha podido borrar del todo la luz de la verdadera fe, o porque, bebidas en la niñez, es muy difícil deshacer su impresión, o acaso porque, familiarizados con tales objetos, ni echamos de ver su fealdad ni aplicamos a su remedio todo el desvelo que merecen.»

Interesa subrayar una idea, porque de ella se deduce la diferencia entre la superstición por degeneración y la superstición tradicional. Esta idea es la de que entre los vaqueiros, como en las demás provincias españolas, se conservan costumbres muy antiguas que la verdadera fe no ha podido borrar todavía y que se transmiten de padres a hijos, sin que se eche de ver su fealdad. El concepto de la tradicionalidad de las costumbres apunta también al futuro, porque sólo en el siglo XIX empezará a cuajar la idea de una cultura tradicional, enlazada con las costumbres y las creencias de los primeros pobladores, lo que llevó en el terreno religioso a interesantísimos estudios de historia de las religiones. El concepto de Jovellanos no es muy claro, puesto que él supone que la verdadera fe y el desvelo pueden hacer desaparecer la superstición tradicional, mientras que la realidad es que en su mayor parte se transforma sin desaparecer y que sólo se elimina aquello que al chocar violentamente contra otra realidad no puede seguir existiendo. Jovellanos cree posible la superación de la etapa supersticiosa, de acuerdo con su concepto del progreso indefinido del hombre. Nuestra idea de la tradicionalidad me lleva a estar en desacuerdo con él, porque no se puede llamar superación a lo que se modifica para poder seguir viviendo, y para mí la costumbre tradicional revive constantemente bajo formas múltiples o se conserva por lo menos durante periodos de tiempo inmensos hasta que unas condiciones de vida radicalmente distintas extinguen su llama por inoperante. Precisamente porque en los siglos primeros del cristianismo se intuyó así, los más celosos pastores, por sí o reunidos en concilios, procuraron cristianizar las más arraigadas costumbres paganas, logrando con esto que tuviera verdadera vigencia el cristianismo, sin enfrentarse con una tradición que no hubieran podido eliminar.

A perfilar el concepto jovellanesco de la superstición puede ayudarnos otro párrafo de la *Descripción del castillo de Bellver*, en el que se habla de la casa de la Joana:

«Dase este nombre a una cueva excavada en la peña, pero cerrada de pared, con su puerta y ventana y pozo al exterior, su habitación alta y baja, su horno, su cocina y otras piezas dentro; todo ruinoso, abandonado y aún detestado. La tradición vulgar dice que moró en ella no ha mucho tiempo la

Y O NO TENGO EMPACHO de decirlo: la nación carece de una historia. En nuestras crónicas, anales, historias, compendios y memorias, apenas se encuentra cosa que contribuya a dar una idea cabal de los tiempos que describen. Se encuentran, sí, guerras, batallas, conmociones, hambres, pestes, desolaciones, portentos, profecías, supersticiones, en fin, cuanto hay de inútil, de absurdo y de nocivo al país de la verdad y de la mentira. Pero ¿dónde está una historia civil que explique el origen, progresos y alteraciones de nuestra constitución, nuestra jerarquía política y civil, nuestra legislación, nuestras costumbres, nuestras glorias y nuestras miserias? ¿Y es posible que una nación que posee la más completa colección de monumentos antiguos; una nación donde la crítica ha restablecido el imperio de la verdad y desterrado de él las fábulas más autorizadas; una nación que tiene en su seno esta academia, llena de ingenios sabios y profundos, carezca de una obra tan importante y necesaria? Permittedme, señores, que yo sea el órgano de los deseos públicos: todos esperan de vosotros este beneficio tan provechoso; los que cultivan las ciencias, los que estiman su patria, los que aman la verdad; pero, sobre todo, aquellos a quienes su ministerio obliga al estudio de unas leyes que no se pueden comprender sin el auxilio de la Historia.

JOVELLANOS

(Del «Discurso pronunciado en su recepción en la Real Academia de la Historia sobre la necesidad de unir al estudio de la legislación el de nuestra historia y antigüedades».)

Joana, grande hechicera, que en vida solía convertirse en gato y tomar otras formas a su placer, y que ahora su sombra se complace de visitarla de tanto en tanto. Esto se dice; dos higueras, que yo he visto plantadas o nacidas casualmente cerca de su puerta, pueden haber confirmado esta vulgaridad, pues su fruto, aunque de buena apariencia, se avanece y pudre sin llegar a sazonar, sin duda por hallarse estas plantas en una umbria y estar del todo descuidadas. No obstante, los simples pastores y cabreros cuentan y creen que cierto canónigo antojadizo murió de haberlos comido, y he aquí la ridícula historia forjada sobre el abandono de esta casilla, que probablemente no tuvo otra causa que la esterilidad y fragosidad del terreno inmediato, destinado antes al cultivo, de que aún hay indicios. Sea lo que fuere, la fuerza de la superstición la hace mirar con horror y aleja de ella a pastores y ganados, por más que ofrezca algún pasto y un abrigo seguro contra la inclemencia. ¡Notable prueba de su poder cuando no le vencen el interés ni la necesidad!»

Esta constatación de la fuerza de la superstición tiene su importancia, y, aunque el texto citado sea de 1806, Jovellanos contó siempre con ella. La superstición sería una de las preocupaciones vulgares, con las que, dice él, hay que enfrentarse con prudencia por el poder inmenso que tienen, pues el que luchara abiertamente con ella fracasaría totalmente. Hay aquí una indirecta crítica al método seguido por *El Censor*, que gritando verdades sin descanso no consiguió más que ser abucheado y combatido por todos lados.

Asimismo, frente a la casa de la Joana, Jovellanos intenta la explicación racional de los hechos motivadores de la superstición. Era la única forma de terminar con una superstición concreta. Jovellanos sabe de antemano racionalmente que todo lo que se cuenta de la casa es falso, y si hubiera venido a cuento es muy posible que hubiera demostrado materialmente la ridiculez de la historia comiendo los higos, cuidando las higueras y cultivando las tierras.

Un episodio curioso, que merece algún comentario, es el del Santo Cristo de Burgos. Lo visita Jovellanos el 24 de abril de 1795. Al narrar esta visita en los *Diarios* no escatima palabras para subrayar el carácter supersticioso de todo aquello: el bien inventado aparato para mover a devoción, los exvotos, y sobre todo el carácter mercantil. He aquí el texto:

«Ayer tarde vimos también el Santo Cristo de Burgos en el convento de los agustinos; su capilla, una gruta por la forma y la oscuridad; cincuenta lámparas, las nueve de enorme tamaño, dos arañas, frontal, retablo y dosel de plata maciza; tres cortinas corridas, una en pos de otra, con mucho aparato; mucho encendido de luces, mucha espera y un fraile con sobrepelliz, todos aparatos bien inventados para provocar la de-

voción del vulgo; al fin, una efigie de malísima y hórrida forma; la mayor parte de las lámparas, dotadas; dentro y fuera de la capilla y por todo el claustro, carros de muletas, de piernas y brazos y tetas de cera, y aun de plata; votos, testimonios de estupidísima superstición. El fraile vende cruces de plata de varios tamaños y labores, estampas, medidas, todas tocadas a la efigie, en que ganará ciento por ciento; las cruces son desde cuatro a cien reales de valor.»

Y a continuación cambia el tono para burlarse volterianamente de otro Cristo, el de los Trinitarios. Nos cuenta sin comentarios el milagro que se le atribuye, nos dice que la señal del milagro se ve aún. Y termina con estas palabras:

«Este milagro, librado sobre la je de un albañil y una beata presentes, no ha bastado para exaltar el Santo Cristo de los Trinitarios sobre su rival o el de sus rivales.»

Cualquiera esperaría, después de todo esto, que Jovellanos no volviera a acordarse del Santo Cristo de Burgos. Sin embargo, de vuelta en Gijón, el 4 de julio de 1795, escribe en los *Diarios*: «Distribución de estampas, medidas y cruces de plata del Santo Cristo de Burgos.» El que conozca a Jovellanos tiene que descartar inmediatamente la posibilidad de que esta distribución y la previa compra hubiera sido una condescendencia de don Gaspar. No cabía en él tal cosa. La única explicación posible es la de que no confunde la piedad in-

genua de sus gentes con la superstición, que una cosa es el vil comercio del fraile y otra los recuerdos piadosos que pueden servir de consuelo o de alegría a sus familiares. ¡Qué raro este equilibrio y esta mesura que aquí demuestra Jovellanos! Del Santo Cristo de Burgos no había citado milagro alguno, porque no se trataba de milagros, sino de una imagen que provocaba a la piedad. Sin embargo, se burla del milagro fingido del otro Cristo, que no alcanza, a pesar de ello, a derrocar la fama, o, digamos, los ingresos del primero.

Hablando de imágenes hay que referirse a las aparecidas. Un día, el 25 de junio de 1792, al volver de León a Asturias por el Luna y el puerto de Ventana, atraviesa Campo Sagrado, a 22 kilómetros de León, donde apenas hay más que un santuario al que se hace romería el 8 de septiembre. Jovellanos pregunta a los naturales sobre veinticinco tazas o cráteres, que duda lo que fuesen, y los naturales «dicen ser tradición de haber escondido allí el infante Pelayo veinticinco hombres en cada uno y desde esta emboscada atacado a los moros y destruidolos. Esta hablilla, el nombre de Campo Sagrado, la aparición creída de la imagen de este nombre y la propensión de la ignorancia a buscar en todo orígenes maravillosos, han fomentado la superstición del vulgo, que aún dura». Un nuevo detalle para completar el análisis de la superstición: la ignorancia propende a buscar en todo orígenes maravillosos. Nuevo argumento también para la necesidad que los ilustrados sentían de que la verdad fuera conocida lo más ampliamente posible, porque así dejarían de creerse muchas cosas maravillosas y ridículas, fundadas sólo en la propensión a sobrenaturalizar lo que no tiene explicación aparente.

SOBRE DIVERSIONES PUBLICAS

PARA EXPONER MIS IDEAS con mayor claridad y exactitud, dividiré el pueblo en dos clases: una que trabaja y otra que huelga; comprenderé en la primera todas las profesiones que subsisten del producto de su trabajo diario, y en la segunda, las que viven de sus rentas o fondos seguros. ¿Quién no ve la diferente situación de una y otra con respecto

Un día de fiesta claro y sereno, en que pueda libremente pasear, correr, tirar a la barra, jugar a la pelota, al tejuelo, a los bolos, merendar, beber, bailar y triscar por el campo llenará todos sus deseos y le ofrecerá la diversión y el placer más cumplidos. ¡A tan poca costa se puede divertir a un pueblo, por grande y numeroso que sea!



a las diversiones públicas? Es verdad que habrá todavía muchas personas en una situación media; pero siempre pertenecerán a esta o aquella clase, según que su situación incline más o menos a la aplicación o a la ociosidad. También resultará alguna diferencia de la residencia en aldeas o ciudades y en poblaciones más o menos numerosas; pero es imposible definirlo todo. No obstante, nuestros principios serán fácilmente aplicables a todas clases y situaciones. Hablemos primero del pueblo que trabaja.

Este pueblo necesita diversiones, pero no espectáculos. No ha menester que el Gobierno le divierta, pero sí que le deje divertirse. En los pocos días, en las breves horas que puede destinar a su solaz y recreo él buscará, él inventará sus entretenimientos, basta que se le dé libertad y protección para disfrutarlos.

Sin embargo, ¿cómo es que la mayor parte de los pueblos en España no se divierten en manera alguna? Cualquiera que haya corrido nuestras provincias habrá hecho muchas veces esta dolorosa observación. En los días más solemnes, en vez de la alegría y el bullicio que debieran anunciar el contento de sus moradores, reina en las calles y plazas una perezosa inacción, un triste silencio que no se pueden advertir sin admiración ni lástima. Si algunas personas salen de sus casas no parece sino que el tedio y la ociosidad las echan de ellas y las arrastran al ejido, al humilladero, a la plaza o al pórtico de la iglesia, donde, embozados en sus capas, o al arrimo de alguna esquina, o sentados, o vagando acá y acullá, sin objeto ni propósito determinado, pasan tristemente las horas y las tardes enteras sin espaciarse ni di-

vertirse. Y a esto se añade la aridez e inmundicia de los lugares, la pobreza y el desaliño de sus vecinos, el aire triste y silencioso, la pereza y falta de unión y el movimiento que se nota en todas partes, ¿quién será el que no se sorprenda y entristezca a la vista de tan raro fenómeno?

No es de este lugar descubrir todas las causas que concurren a producirle; sean las que fueren, se puede asegurar que todas emanarán de las leyes. Pero, sin salir de nuestro propósito, no podemos callar que una de las más ordinarias y conocidas está en la mala policía de muchos pueblos. El celo indiscreto de no pocos jueces se persuade a que la mayor perfección del gobierno municipal se cifra en la sujeción del pueblo, y a que la suma del buen orden consiste en que sus moradores se estremezcan a la voz de la justicia, y en que nadie se atreva a moverse ni respirar al oír su nombre. En consecuencia, cualquiera bulla, cualquiera gresca o algazara recibe el nombre de asonada y alboroto; cualquiera disensión, cualquiera pendencia es objeto de un procedimiento criminal, y trae en pos de sí pesquisas y procesos, y prisiones y multas, y todo el séquito de molestias y vejaciones forenses. Bajo tan dura policía el pueblo se acobarda y entristece, y sacrificando su gusto a su seguridad renuncian a la diversión pública e inocente, pero, sin embargo, peligrosa, y prefiere la soledad y la inacción, tristes a la verdad y dolorosas, pero al mismo tiempo seguras.

De semejante sistema han nacido infinitos reglamentos de policía no sólo contrarios al contento de los pueblos, sino también a su prosperidad, y no por eso observados con menos rigor y dureza. En unas partes se prohíben las músicas y cencerradas, y en otras, las veladas y bailes. En unas, se obliga a los vecinos a cerrarse en sus casas a la queda, y en otras, a no salir a la calle sin luz, a no pararse en las esquinas, a no juntarse en corrillos y a otras semejantes privaciones. El furor de mandar, y alguna vez la codicia de los jueces, ha extendido hasta las más ruines aldeas

LA VIDA RELIGIOSA DE JOVELLANOS

Al analizar todos los aspectos del problema religioso de Jovellanos podría decirse que su religiosidad pecó de frío racionalismo. Incluso se ha escrito que fue poco piadoso, por lo menos hasta su encarcelamiento en 1801. Desde luego, la persecución y la desgracia avivaron su religiosidad, pero nada tiene de extraño. Lo tendría si la conducta o las ideas de Jovellanos hubieran sufrido con la persecución un cambio tan profundo como para poder hablar de conversión. Pero nadie podrá usar esta palabra. Lo que ocurrió fue, por el contrario, natural en quien venía practicando asiduamente el catolicismo: buscar consuelo en Dios cuando los poderes humanos parecían querer aniquilarle. Léase la *Epistola primera a Pusidonio*, consagrada toda ella a cantar la tranquilidad de su espíritu ante los males que le causan la envidia y la calumnia porque se sabe inocente, porque sabe que en su vida pasada no hay nada que le haga merecer humanamente tal castigo:

*Sabes que mis días,
partidos siempre entre Minerva y Temis,
corrieron inocentes, consagrados
sólo al público bien. Viste que en ellos,
sumiso y fiel, la religión Augusta
de nuestros padres, y su culto santo
sin ficción profesé; que fui patrono*

*reglamentos que apenas pudiera exigir
la confusión de una corte; y el infeliz
gañán, que ha sudado sobre los terrenos
del campo y dormido en la era toda la
semana, no puede en la noche del sábado
gritar libremente en la plaza de su
lugar ni entonar un romance a la puerta
de su novia.*

*Aun en el país en que vivo, aunque tan
señalado entre todos por su laboriosidad,
por su natural alegría y por la inocencia
de sus costumbres, no ha podido librarse
de semejantes reglamentos, y el disgusto
con que son recibidos, y de que he sido
testigo alguna vez, me sugiere ahora estas
reflexiones. La dispersión de su población
ni exige ni permite, por fortuna, la
policía municipal, inventada para los
pueblos agregados; pero los nuestros se
juntan a divertirse en las romerías, y allí
es donde los reglamentos de policía los
siguen e importunan. Se ha prohibido en
ellas el uso de los palos, que hace aquí
necesarios, más que la defensa, la
fragosidad del país; se han vedado las
danzas de hombres, se ha hecho cesar a
media tarde las de mujeres, y, finalmente,
se obliga a disolver antes de la oración
las romerías, que son la única diversión
de estos laboriosos e inocentes pueblos.
¿Cómo es posible que estén bien hallados
y contentos con tan molesta policía?*

*Se dirá que todo se sufre, y es verdad:
todo se sufre, pero se sufre de mala gana;
todo se sufre, pero ¿quién no temerá las
consecuencias de tan largo y forzado
sufrimiento? El estado de libertad es una
situación de paz, de comodidad y de
alegría; el de sujeción lo es de agitación,
de violencia y de disgusto; por consiguiente,
el primero es durable; el segundo, expuesto
a mudanzas. No basta, pues, que los
pueblos estén quietos; es preciso que estén
contentos, y sólo en corazones insensibles,
o en cabezas vacías de todo principio de
humanidad y aun de política, puede
abrigarse la idea de aspirar a lo primero
sin lo segundo.*

JOVELLANOS

(De «Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas, y sobre su origen en España».)

*de la verdad y la virtud, y azote
de la mentira, del error y el vicio;
que fui de la justicia y de las leyes
apoyo y defensor; leal y constante
en la amistad; sensible, compasivo
a los ajenos males; de la pura
y cándida niñez padre, maestro,
celoso institutor; y de la patria...
¡oh cara patria!, de tu bien, tu gloria
adicto, ciego promotor y amigo.
Di, ¿son otros mis crímenes?*

No le quedaba más remedio que acudir al consuelo de la religión. Igualmente, cuando Posada le transmite en junio de 1807 la triste noticia de haber muerto en Gijón su hermana doña Josefa, entonces madre San Juan y priora del convento de agustinas, Jovellanos, a quien la pena y la soledad debían de ahogar, escribe estas maravillosas palabras, nacidas de una serenidad de espíritu que de seguro no tenían entonces ni Godoy ni Caballero:

«Es preciso buscar en la religión el mayor de todos [los consuelos], o más bien el único, pues que fuera de ella, nada hay que no agrave la pena de ver la sucesiva desaparición de una familia tan numerosa y santa, habiéndose llevado Dios lo mejor de sus individuos, y dejando para llorarlos a uno que no existe ya para el mundo y a una hermana achacosa y más vieja, que tampoco existe para el mundo ni para él. Vae soli!, dijo el texto sagrado; pero también él mismo dice que no está solo aquel a quien Dios asiste; y Kempis, el nunca bien admirado Kempis, quiere que se le diga: In te super omnia sperare, fortissimum solatium servorum tuorum.»

Jovellanos no había dejado de rezar el oficio divino desde que recibió la primera tonsura hasta que renunció en 1774 los beneficios eclesiásticos que disfrutaba. Su vida religiosa no era tan intensa como la que hizo en el castillo de Bellver; pero solía oír misa diaria y hasta en ocasiones se retiraba, al llegar la Semana Santa, a Valdediós, para pasar allí los días grandes con «sus hermanos cistercienses» y cumplir con el precepto lateranense. Pero en la prisión comulga cada quince días y lee constantemente la Biblia y el Kempis, «el mejor de los libros no canónicos, mi antiguo amigo», además de «haber decorado un psalterio, acomodado a su solitorio», es decir, de haberlo parafraseado y recitado de memoria.

De estas paráfrasis sólo una pasó al papel, que sepamos. Es la del salmo 42 de la Vulgata, *Judica me, Deus*. De ella transcribo sólo los siguientes párrafos:

«Pero ¡oh buen Dios! Tú sabes que no son las culpas contra Ti cometidas, y de las cuales Tú sólo eres el juez supremo, las que pretenden los hombres castigar en mí, que ni de ellas hacen cuenta, ni por ellas fuera yo desagradable a sus ojos; antes bien, me persiguen por culpas que ellos mismos han inventado y que no he cometido ni conozco, y en que han buscado un pretexto para saciar su cólera. No pudiendo arrastrarme a sus consejos de iniquidad, han conspirado contra mí, y a falta de motivos, por oprimirme y perderme, su maldad los ha fraguado, buscando en la calumnia los que no hallaban en la verdad...»

Sácame de sus manos, adonde pueda yo adorarte y servirte en compañía de los que te reconocen y adoran, y, sobre todo, sácame de las garras del hombre falso y malvado, que, sordo a la voz de la compasión y la humanidad, oye sólo la de mis perseguidores, para agravar noche y día la amargura de la situación en que me han puesto...

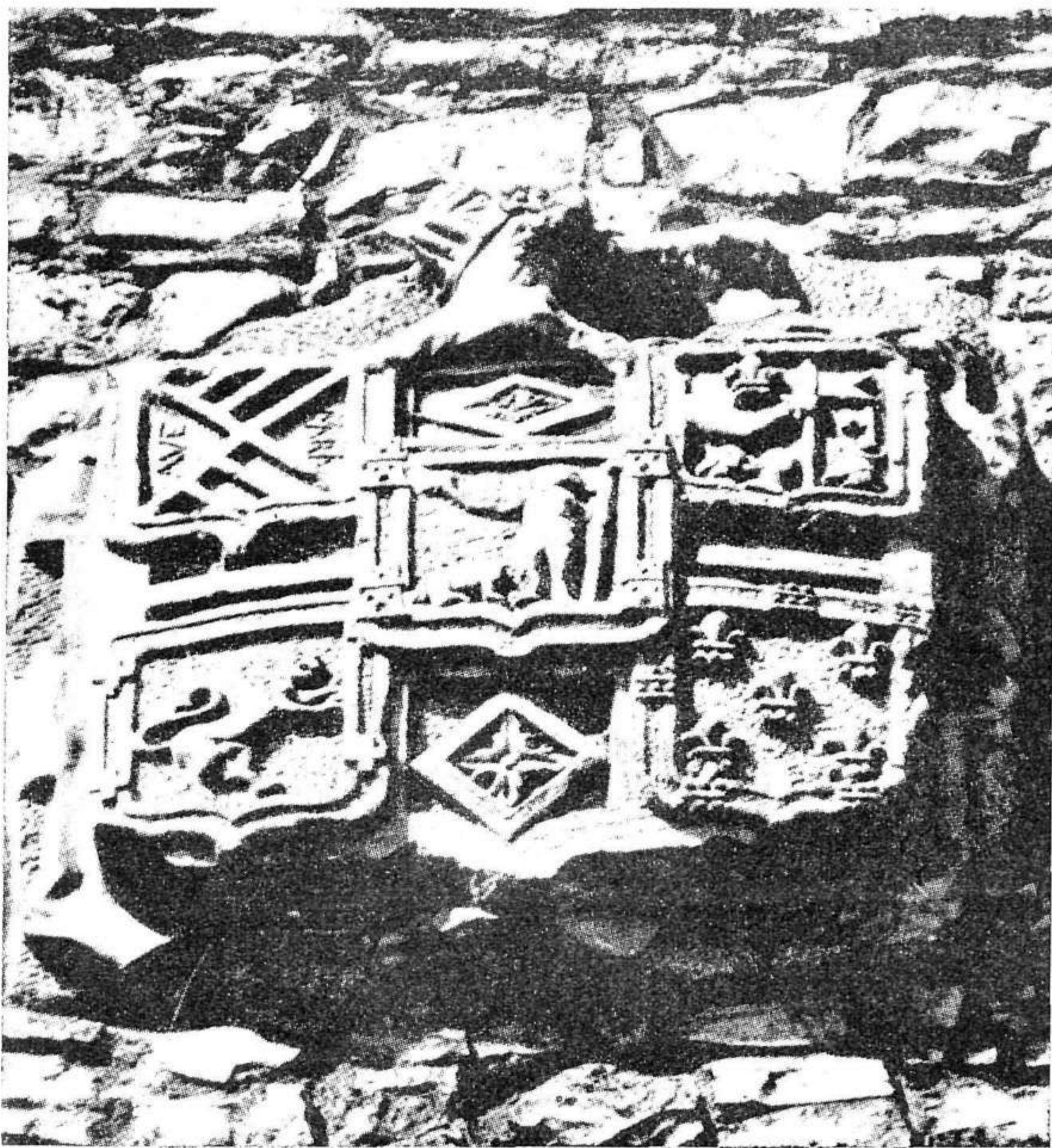
Así lo harás, Señor, porque Tú eres mi único apoyo. Tú lo eras aún cuando mi alma andaba extraviada de los senderos de la virtud. Entonces, aunque agobiada con el peso de tantas culpas como contra Ti cometía, todavía acostumbraba a volverse a Ti y te miraba como a su Dios y misericordioso Salvador. Tú lo eres ahora más que nunca: ahora que solo y abandonado de toda la tierra, y cercado de horror y de tinieblas, me sostienes y me haces hallar consuelo y reposo en el seno de la tribulación...

Tú sabes, Señor, que en medio de los errores y devaneos que me rodearon en mi juventud, y de la ciega docilidad con que los seguí en los senderos del placer y la disipación, ellos me guiaban continuamente hacia Ti, me hacían acudir a tu santo templo a lavar mis culpas en las santas aguas de la penitencia, y acercarme, aunque indigno, a aquella mesa inefable donde tu bondad divina distribuye el pan purísimo de los hombres frágiles y pecadores...»

Este era el Jovellanos religioso. Su catolicismo no quiso ser comprendido por sus enemigos, los de entonces y los que después se han dedicado a calumniarle, atribuyéndole lo que no pasó jamás por su mente. Si hubo aristas, ellas hicieron daño a aquellos que no veían los nuevos tiempos que se avecinaban o a aquellos que no deseaban llegar a ellos. Pero, pasados los años, Jovellanos aparece como precursor o como flecha lanzada al futuro, y por lo mismo muy nuestro. Innovador, pero con mesura. Luchador infatigable del bien y la verdad, pero sin perder de vista la justicia y la caridad. Anuncio de nuevos tiempos y de nuevas ideas, pero sin romper los lazos con la tradición, de la cual emana el vigor de lo nuevo.

Asturianismo de Jovellanos: su raíz, su obra, su nostalgia

Por GASPAR GOMEZ DE LA SERNA



Escudo existente en la casa donde nació Jovellanos

VERDADERAMENTE fue Jovellanos tan grande asturiano de condición como de **ejercicio**, nunca aminorado ni siquiera por la dimensión más universal de su pensamiento filosófico ni tampoco por su manera, profunda y ejemplar, de profesar su patriotismo militante, su **compromiso** de ilustrado regenerador de la nación española. Quiero decir, en primer lugar, que su talante intelectual, de hombre, prototipo de la cultura de su tiempo, que bebió lo más directamente que pudo en las mismas fuentes del movimiento científico y en especial de la filosofía política y económica procedentes de Francia e Inglaterra y que, por tanto, hubo de habituar su mentalidad a los grandes planteamientos de carácter abstracto y universal —**humano**— del siglo de las luces, no dejó nunca de tener al genio local despierto, soplándole al oído. Y hay que añadir que gracias a él se mantuvo de por vida en Jovellanos, no sólo su amor al terruño y la consiguiente preocupación viva y continua por los problemas, asuntos y personas de su patria chica, sino también una cierta sana manera provincial, reposada, arraigada, directa y hasta elemental de afrontar la existencia en sus más difíciles avatares. Probablemente esa manera que digo provincial fue, en la hora más dramática y vacilante del siglo —la de elegir partido entre el afrancesamiento, que traía entre las bayonetas napoleónicas, legalizadas por la deserción de Fernando VII, todo el programa de reformas soñado por los ilustrados, y el patriotismo ciego que las condenaba en el mismo bloque indiscriminado en el que confundía al invasor—, la que inclinó a Jovellanos del lado de su arraigo real en el pueblo que moría luchando, con el coraje del «¡no importa!» a punta de cuchillo, en vez del lado de la razón.

Porque la raíz de su persona estaba bien hundida en su tierra gijonesa. No sólo porque efectivamente él hubiera nacido allá, como sus padres y sus abuelos, sino porque era consciente y cuidadosamente orgulloso de su legítima hidalguía asturiana y de la nobleza y antigüedad con que estaba entroncado en el país. El mismo se ocupó con dedicada atención de su genealogía y sus vinculaciones asturianas: las uniones familiares, las concordias y discordias que fueron acarreado hasta su casa solariega la sangre que desde ella misma le vino. Aquella casa, cuya vieja raíz gijonesa le parecía que se revitalizaba, afirmándose aún más jugosa y renovadoramente en su propia tierra, con las de los famosos árboles plantados frente a ella por su hermano mayor, Francisco de Paula, y por él mismo.

Y en realidad a los trece años tuvo ya que abandonar su ciudad natal para marchar a Avila y Alcalá a cursar los estudios eclesiásticos a que en un principio le dedicara su familia; y había cumplido ya los veintitrés de su edad cuando, al cambiar la profesión religiosa por la de la magistratura, volvió a Asturias para despedirse de los suyos antes de instalarse, definitivamente expatriado, en su primer destino de Sevilla. Y tal vez los diez años felices y jóvenes de Sevilla, en los que maduró su formación y se asomó al amor, fueron los únicos de su vida que lograron distraerle un tanto de las memorias de su tierra; pues en cuanto arribó a Madrid y empezó a pesar con fuerza en la vida intelectual y política española, le vemos ya actuar como apasionado y eficaz mentor y valedor de hombres y asuntos asturianos.

Porque, como decía, no sólo su nacimiento, ni por supuesto una mera afición a las cosas de su familia y de su casa, distinguieron el asturianismo de Jovellanos. Su obra de escritor, y más

TEATROS

ESTA REFLEXION me conduce a hablar de la reforma del teatro, el primero y más recomendado de todos los espectáculos; el que ofrece una diversión más general, más racional, más provechosa, y por lo mismo el más digno de la atención y desvelos del Gobierno. Los demás espectáculos divierten hiriendo fuertemente la imaginación con lo maravilloso, o regalando blandamente los sentidos con lo agradable de los objetos que presentan. El teatro, a estas mismas ventajas, que reúne en supremo grado, junta la de introducir el placer en lo más íntimo del alma, excitando por medio de la imitación todas las ideas que pueden abrazar el espíritu y todos los sentimientos que pueden mover el corazón humano.

De este carácter peculiar de las representaciones dramáticas se deduce que el Gobierno no debe considerar el teatro

solamente como una diversión pública, sino como un espectáculo capaz de instruir o extraviar el espíritu, y de perfeccionar o corromper el corazón de los ciudadanos. Se deduce también que un teatro que aleje los ánimos del conocimiento de la verdad, fomentando doctrinas y preocupaciones erróneas, o que desvíe los corazones de la práctica de la virtud, excitando pasiones y sentimientos viciosos, lejos de merecer la protección, merecerá el odio y la censura de la pública autoridad. Se deduce, finalmente, que aquella será la más santa y sabia policía de un gobierno que sepa reunir en un teatro estos dos grandes objetos: la instrucción y la diversión pública.

No se diga que esta reunión será imposible. Si ningún pueblo de la Tierra, antiguo ni moderno, la ha conseguido hasta ahora, es porque en ninguno ha

sido el teatro el objeto de la legislación, por lo menos en este sentido; es porque ninguno se ha propuesto reunir en él estos dos grandes fines; es porque la escena en los estados modernos ha seguido naturalmente el casual progreso de su ilustración, y debióse al ingenio de algunos pocos literatos, sin que la autoridad pública haya concurrido a ella más que ocasionalmente. Entre nosotros un objeto tan importante ha estado casi siempre abandonado a la codicia de los empresarios o a la ignorancia de miserables poetastros y comediantes, y acaso el Gobierno no se hubiera mezclado jamás a intervenir en él si no le hubiese mirado desde el principio como un objeto de contribución.

JOVELLANOS

(De «Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas, y sobre su origen en España».)



Gijón

aún la específica de economista y reformador —de sociólogo—, está llena de ejemplos egregios de esa directa dedicación a su patria chica. Fue así, como es sabido, promotor de no pocos mejoramientos en la explotación de la economía asturiana, en particular del carbón de sus minas, de su agricultura y de sus vías de comunicación: el puerto gijonés y la carretera de Pajares que unió el Principado a Castilla; para lo cual desempeñó sobre el terreno, por orden del Rey, las correspondientes **comisiones** y produjo luego importantísimos **informes** sobre cada una de esas materias. Mas no por ello se limitó a especialidad determinada, sino que cubrió con sus trabajos, estudios y memorias, todo ese amplio frente en el que cabía —para emplear el título tan dieciochesco, utilizado por él mismo en uno de sus discursos a la Real Sociedad Económica de Amigos del País— cuanto pudiera «promover la felicidad de Asturias»; desde el fomento de la marina mercante, al estudio de las diversiones públicas, pasando por el de las Ciencias naturales y la naturaleza de la región.

Sus **Diarios** guardan puntual referencia del amor con que recorrió su tierra asturiana palmo a palmo, recogiendo por dondequiera, con fervor infatigable de reformador, notas, apuntes, referencias que le sirvieran para llevarlas después al terreno de la propuesta concreta de acción económica, administrativa o social. Sin olvidar lo que esas jornadas rendían al benemérito caballero ilustrado en el ramo de las letras y las artes, cuando

recorría viejos conventos y palacios olvidados para explorar y «vendimiarse», como él decía, cuantas noticias podía en sus archivos, **descubrir** su tesoro monumental y promover toda clase de estudios, desde la arqueología o la genealogía hasta la pintura y la arquitectura. Quiso así crear una Academia asturiana de las buenas letras, primero en Oviedo y luego en Gijón, y no descuidó, por supuesto, la tarea de hacer la nómina de los hombres ilustres que Asturias tuvo a lo largo del tiempo, ni el pequeño tesoro familiar de su dialecto bable, sobre el cual produjo dos obras importantes: un «Plan para la formación de un Diccionario del dialecto de Asturias», en 1790, y, diez años más tarde, una «Instrucción» para la efectiva composición del mismo. También se debió a Jovellanos una «Instrucción para la formación de un Diccionario geográfico de Asturias», producida, ya desde el destierro de Bellver, en 1804.

Y claro es que también, desde todos los elevados puestos que ocupó en la vida política e intelectual de la Corte, ejerció su paisanismo efectivo, orientando y apoyando con su influencia a los pretendientes y adoctrinando a todos los que desde el Principado acudían a él. Ese paisanismo suyo fue tan auténtico y vivo, que hasta llegó a participar, siendo como él era un hombre universal, de las pequeñas y eternas rivalidades provincianas entre las dos ciudades, Oviedo y Gijón, que se disputan con celo la primacía de la región; y ni que decir tiene que su corazón le inclinaba siempre por la segunda.

Pero su obra predilecta fue el Real Instituto Asturiano de Gijón, ideado, promovido, fundado y casi materialmente erigido por él piedra a piedra y texto a texto, como modelo de las nuevas orientaciones que era necesario dar a la enseñanza, dentro no sólo de lo que competía a una escuela de náutica, sino alcanzando también a lo que después se llamarían instituciones políticas. El Instituto fue la niña de sus ojos; yo creo que en él empeñó la mejor y más alegre parte de su vida y también le costó envidias inevitables y persecuciones injustas, que no hicieron sino fortalecer la tenacidad y el verdadero heroísmo civil con que lo sacó adelante. Es conmovedor comprobar cómo su última obra, escrita ya a un paso de la muerte, en 1811, fue aquella «Exhortación al público para reparar los daños causados en el Real Instituto Asturiano», víctima de penosa devastación cuando la francesada.

Tal vez, sin embargo, lo más entrañable de su asturianismo se revele, más aún que en la obra realmente cumplida e intentada, con ser mucha, en la declarada nostalgia que en sus largas ausencias fue alimentando su amor a la tierra natal. Porque **vivir**, lo que se dice vivir a gusto, en ninguna parte lo lograba como en su querido Gijón; viendo crecer los árboles plantados por su mano al mismo tiempo que las ideas y las experiencias docentes de su Instituto Asturiano; conversando con sus amigos y parientes; o recluso en la soledad fecunda de aquel «cuarto de la torre nueva» de su casa, cuidadosamente aderezado por él, donde trabajaba con amor durante los veranos: «un cuarto lindísimo, con bellas vistas al mar y al mediodía». Y también, ¿por qué no? holgando en paz y buena compañía, como cuando festejaba en las noches de Reyes al santo de su nombre en aquellas

comidas «de setenta comensales, con mucha bulla y alegría»; o, sencillamente, paseando las tardes floridas por el campo y junto al mar astur.

Toda su abundante correspondencia está cuajada de esa nostalgia enarmonada de su tierra; ella, por ejemplo, le hace decir a su amigo y pariente don Carlos González Posada: «Ya no me hallo sino en Gijón», u otra vez, repetirle, desde lejos: «¡Si pudiéramos tener juntos otro invierno en Asturias!» La verdad es que desde Madrid, en pleno ejercicio de su papel de faro intelectual de la Corte, o en el poder, rodeado por los requerimientos y la admiración de los grandes, como desde el largo y penoso destierro de Mallorca, siempre tuvo a Asturias en el horizonte de su recuerdo como una línea de confortación, de consuelo o de esperanza.

Y cuando, a última hora, las convulsiones de la Guerra de la Independencia y de la crisis política de España llegaron a inutilizar estúpida y trágicamente, entre la revolución y la reacción, el ponderado artilugio de su ideología ilustrada, desplazando violentamente su noble serenidad en aquel clima demagógico y revuelto, Jovellanos fue a refugiarse al campo de su querida patria, que lo acogió con amor y con honor; entonces se reintegró a ella, cuidando como el último consuelo el fruto más directo y entrañable de su esfuerzo —el Instituto Asturiano—, no sin antes defender con energía indomable sus últimas cotas doctrinales y políticas, en aquella «Memoria en defensa de la Junta Central», escrita desde Galicia, que es uno de los documentos políticos menos seriamente estudiados y más necesariamente reveladores, para entender bien la crisis y evolución de la España contemporánea.



NADA ES MAS CONSTANTE ni acreditado por la experiencia que la viveza con que se imprimen en nuestros ánimos las ideas que se les inspiran en la niñez, y la facilidad con que las recibe, y la tenacidad con que conserva nuestra memoria cuanto se le presenta en esta tierna edad. Pero de esta observación no se ha sacado hasta ahora todo el partido que se pudiera, o por lo menos se ha perdido de vista en la elección de los libros y de las muestras por donde se enseña a leer y escribir. Estos libros y estas muestras debieran contener un curso abreviado de doctrina natural, civil y moral, acomodado a la capacidad de los niños, para que al mismo tiempo y paso que aprendiesen las letras se fuesen sus ánimos imbuyendo en conocimientos provechosos y se ilustrase su razón con aquellas ideas que son más necesarias para el uso de la vida. Por este método podrian los niños, desde muy temprano, instruirse en los deberes del hombre civil y el hombre religioso, y recibir en su memoria las semillas de aquellas máximas y de aquellos sentimientos que constituyen la perfección del ser humano y la gloria de las sociedades.

Bien sé yo que no existen tales libros, y que probablemente tardarán en existir; porque requiriendo gran fondo de talento, de instrucción y piedad, serán pocos los que poseyendo estas dotes no se hallen interrumpidos por sus empleos y ocupaciones, y menos los que quieran consagrar sus vigilias a obras que no prometen utilidad ni gloria. Mas si el Gobierno, conociendo el influjo que puede tener en la prosperidad pública, estimulase los ingenios al desempeño de esta empresa con premios proporcionados a su importancia; si no les escasease aquellas distinciones y recompensas a que anda siempre unida la gloria literaria, ¿quién sería el sabio que no corriese en su auxilio? La empresa no es acaso ardua como puede parecer; ¿y quién sabe si la gloria de alcanzarla estará reservada a nuestra sociedad?

JOVELLANOS

(De «Memoria sobre educación pública, o sea tratado teorico-práctico de enseñanza, con aplicación a las escuelas y colegios de niños».)



LEOPOLDO ALAS, NARRADOR

(SUS CUENTOS, SUS NOVELAS, "SU UNICO HIJO")

Por JOSE MARIA MARTINEZ CACHERO

CADA día que pasa gana estimación crítica y beneplácito entre los lectores la obra narrativa de Leopoldo Alas, integrada por novelas, novelas cortas y cuentos. Puede que los méritos intrínsecos, excepcionales, de esos relatos (de su conjunto) no hayan sido vistos adecuadamente en su tiempo, cuando el crítico «Clarín», incisivo y combativo, se dejaba sentir con poderosidad (1) se ha dicho que, a la manera de Stendhal, Alas

fue un extranjero en su siglo literario. Pero desde hace algún tiempo las cosas han cambiado bastante.

Tempranamente comenzó a ejercitarse el talento narrativo de Alas: en el *Juan Ruiz* (1868 a 1869) encontraba Adolfo Posada, tal vez el único lector moderno de este periódico unipersonal y manuscrito, cuatro relatos breves. Hasta los últimos días de su vida pensó «Clarín» en la composición de novelas y de cuentos, proyectando continuar *Su único hijo* o reuniendo el material del volumen *El gallo de Sócrates*. Afición, pues, siempre mantenida y bien dilecta, apoyada por relevantes dotes para su cultivo y feliz logro.

Si hojeamos *Solos de «Clarín»* (1881), que recoge trabajos de crítica literaria, llamará nuestra atención el hallazgo de hasta cinco piezas que no son tal cosa y, si, más bien, cuentos. Avanzando en el tiempo, advertiremos que otro tanto sucede en *Sermón perdido* (1885) en *Palique* (1894) y en *Siglo pasado* (1901). ¿Por qué tal mezcla?, nos preguntamos. Quizá porque en el ánimo del autor tales piezas guardaban alguna relación con el tono específico de los volúmenes en que se integran: su aspecto de

sátira-crítica puede fundamentar semejante creencia. Pero también —en el caso de *Solos...*, debido a que el autor pretendió una cierta variedad en los temas y en la estructura de esos conjuntos, variedad que beneficiase al presunto lector. Pudiera pensarse, asimismo, que por ser estas narraciones de base argumental bien inmediata y libresca, retratos más que creación personal, el autor, consciente de lo que podía hacer en la modalidad, no estimó oportuno concederles vida exenta.

Sea lo que sea, la sátira-crítica es lo que prepondera en tales narraciones. Son malas costumbres, encarnadas en seres humanos poco recomendables por lo general, lo que, con vigor y rabia, se saca a relucir. Una intención española ha de señalarse y por ello más de una vez he creído advertir el rastro de Larra, preocupado costumbrista. Estamos en una como primera época de Leopoldo Alas, época del humor impiadoso (aunque no puede silenciarse que *Palique* es volumen de fecha más tardía); es, diremos para entendernos aproximadamente, la época de la implacable novela de Vetus-ta, *La Regenta*. Se trata, sin embargo, de efusiones suyas en las que cerebro y corazón tie-

(1) He aquí algunas curiosas muestras de esa incompreensión contemporánea. Sobre *Su único hijo* escribía Emilio Bobadilla, «Fray Candil», en su libro *Triquitraques*: «Pudiera reducirse a la mitad de la mitad, y todavía sobra. ¡Qué cansada, qué gris, qué fastidiosa es! Parece escrita por alguien que, habiendo sido hortera en su juventud, diese en la flor de hacer novelas en las postrimerias de su vida...» Por su parte, Luis Bonafoux en *Huellas literarias* menospreciaba así las tres novelas cortas de Alas: «Doña Berta, Cuervo, Supercheria, son agradables cuentos de Oviedo, a lo Juan Bobo y Bertoldo, excelentes para pasar las largas veladas del invierno en familia, cerca de la camilla olorosa a espliego.» Bien conocida resulta la injusta denostación del agustino Blanco García relativa a *La Regenta*, «disforme relato de dos mortales tomos que alguien calificó de arca de Noé, con personajes de todas las especies, y que si en el fondo rebosa de porquerías, vulgaridades y cinismo, delata en la forma una premiosidad violenta y cansada, digna de cualquier principiante cerril.»

nen su parte; responden a su enemiga declarada a los *seudos* y a la confusión, a su deseo de exigencia rigurosa para que, como consecuencia, se abra paso y se imponga la verdad.

Los relatos agrupados en *Pipá* (1886) caen todavía dentro de esa atmósfera satírico-crítica donde el figurón y el esperpento encuentran acomodo propicio. No quiere decir esto que la calidad se resienta, pues difícilmente puede darse dentro de sus específicos límites narración tan espléndida como la que abre y nombra la colección; *Avecilla* y *Zurita* tampoco son piezas para menospreciar. Pero es el caso que me parecen relatos compuestos desde afuera o desde muy por encima de los personajes protagonistas, si bien con don Casto Avecilla se inicia la galería «clariniana», tan poblada y humanísima, de *pobres gentes*, juguetes de los demás y de la vida. Alas no se ha derramado en aquellos o se ha derramado con restricción notable y, desde luego, no ha convertido en estímulo narrativo vivencias propias como las que dan cuerpo y alma incomparable a tantos relatos de *Cuentos morales*. Aunque pueda parecer intrascendente, creo no lo es el hecho de que el paisaje asturiano, con su peculiar ternura, con el universo de sus gentes campesinas, aún no hace acto de presencia otorgando al conjunto poesía y jugosidad, erigiéndose a veces—caso de *¡Adiós, Cordera!* (que es también, en novela corta, el de *Doña Berta*)—en personaje nada desdeñable. Mas el lento proceso evolutivo continúa ascendente.

Por todo ello, y acaso además por algunos valores estilísticos, las colecciones narrativas de Leopoldo Alas que poseen mayor relevancia son las aparecidas en 1893 (*El Señor y lo demás son cuentos*) y 1896 (*Cuentos morales*). Añadir que son las más genuinamente suyas tal vez fuera poner en olvido la indesgarrable unicidad de su talante vital y estético, donde ternura e ironía alternaban compensándose; veras y burlas son por igual propias de Alas, vertientes unidas en la raíz de arranque, y aunque luego separadas distintamente, impregnándose bastantes veces en recíproca y fecunda interacción. Además, retoños de esa anterior atmósfera satírico-crítica se hallan en el volumen póstumo de 1901, *El gallo de Sócrates*, en compañía de relatos de signo hartamente diferente.

Leopoldo Alas, cerebro y corazón (o viceversa) en entrañable ser único, se puso más por entero él mismo en estos relatos de la última década del siglo. En títulos como *Cambio de luz* (inserto en *El Señor...*), o *Viaje redondo y Un grabado* (de *Cuentos morales*) aparece claro que comunicó al respectivo protagonista (Jorge Arial, el hijo, el doctor Glauben) sus propios pensamientos y sentires, sus estados de conciencia. Cuando se publicó en la prensa (año 1896) el cuento *El gallo de Sócrates*, Unamuno, de talante a veces no muy disímil al de nuestro autor, le escribía (2): «me dio muchas insinuaciones (...). Y me ha parecido evocar en mí al leerlo el estado de conciencia en que usted lo escribiría, por haber pasado yo por estados muy análogos.»

Hablar de sí propio en abierto y efusivo desahogo y comunicarse por este medio a los otros, sugiriéndoles, inquietándolos, utilizar como telón de fondo o, más exactamente, como personaje vivo paisajes que resultaban dilectos, entrañables; otorgar a cuanto ahora relata una atmósfera más fresca y respirable, trae como consecuencia el que la pluma de Leopoldo Alas camine con intrépida y jugosa alegría. Una expresión fluente y matizada, llena de nobleza y de poesía, impar, desde luego, en su tiempo. Es entonces cuando se alcanza evidente su condición de poeta esencial o radical a quien la forma rimada se le resistía; ciertamente no le pasaba lo que a «muchos particulares que hasta ahora jamás se habían creído con aptitudes para inventar fábulas en prosa con el nombre de novelas, que han roto a escribir cuentos, como si en la vida hubieran hecho otra cosa. Creen que es más modesto el papel de cuentista y se atreven con él sin miedo. Es una aberración. El que no sea artista, el que no sea poeta, en el alto sentido, no hará un cuento...» (3).

Doña Berta y sus compañeras en el volumen de 1892 son novelas cortas, pero no las únicas

muestras de cultivo por L. Alas de semejante modalidad narrativa; *Pipá* o *El cura de Vericuetto*, pongo por caso, aunque agrupadas en tomos de cuentos, son, dada su extensión material y el desarrollo obtenido por el argumento, novelas cortas cabales. Acaso haya en las colecciones atrás consideradas más piezas que pudieran presentarse asimismo como novelas cortas, lo cual testimonia en el narrador Leopoldo Alas una amplia variedad de registros. Era perfectamente hacedero que en sus manos asuntos muy pensados, muy elaborados, fueran ocupando, sin truncamiento ni desorden, páginas y páginas, dejando de ser la ceñida historia de un momento o anécdota para convertirse en el sincopado panorama de una existencia vista desde alguno de sus instantes decisivos. Excelentes son, por lo general, las novelas cortas de Alas; alguna de ellas—*Doña Berta*—puede estimarse modelo de la especie.

Narraciones sólo un tanto diversas entre sí son las que integran el dicho volumen de 1892, y la salvedad restrictiva se atenuaría aún más si del conjunto excluyéramos a *Cuervo*. A algún comentarista le ha parecido que *Cuervo* es un relato fracasado, y lo explica habida cuenta de que el autor no experimentó al componerlo esa corriente de simpatía indispensable para un logro feliz; podría argüirse diciendo que otros relatos de Alas tampoco acusan por parte de éste estado creacional de simpatía, y son, no obstante, relatos felices. Ciertamente *Cuervo* se nos aparece como trunco, menesteroso de ulterior desarrollo y acaso llamado a tenerlo, pero una línea de puntos suspensivos es lo que sirve de remate. Inferior, desde luego, a sus compañeros, esta historia de una extraña manía representa una faceta de la personalidad de su autor que no ha de ponerse en olvido.

Una línea común, atadura indisoluble de las tres narraciones, creo podría indicarse. No es otra que la presentación y corroboración por vía de sucedidos verosímiles del radical desvalimiento del ser humano frente a la existencia implacable y sin entrañas, lo que determina los sufrimientos de doña Berta de Rondaliego, enfrentada con su asombro y su sordera nada menos que a la urbe populosa y

ajena que, en imagen de tranvía, acabará por aplastarla; o, en *Superchería*, las congojas, a su modo las de cada uno, de Nicolás Serrano y de Catalina Porena, traídos y llevados por la vida sin que encuentren hijo y grato reposo; o (¿por qué no?) la manía necrológica de Angel Cuervo, el caso máximo de desvalimiento, quien se enfrenta día a día con una temerosa e ineludible realidad igualadora. Producen honda pena las vicisitudes de los protagonistas de estas tres historias, si bien la de doña Berta diríase más natural y eficazmente poseedora del don de las lágrimas.

Dada la época de su composición no sorprende advertir en *Doña Berta* y en *Superchería* algunos de los rasgos que dijimos distintivos de los cuentos «clarinianos» de la última década del siglo XIX. El paisaje campesino de Guimarán, donde el autor se refugiaba gustoso durante las vacaciones estivales, es el mismo de Susacaca y alrededores, jugosa y amorosamente descrito, elevado en el relato a la categoría de personaje familiar, silencioso confidente de la protagonista, opuesto al ajeno y ruidoso bárrato urbano de la capital de España adonde la señora habrá de trasladarse en pos de su apasionada manía; Leopoldo Alas ha puesto en el aplanamiento madrileño de la Rondaliego el propio aplanamiento de sentimental adolescente recién llegado a la villa y corte para cursar en su Universidad. En *Superchería* es la delicada e inocente presencia del niño Tomasuccio, bien pronto maltratado por la vida; o es Catalina Porena, otro caso de *pobre gente* que, como algunos de sus compañeros de galería, se gana el pan que come con actuaciones faranduleras; y es, por último, el filósofo Nicolás Serrano, en cuyo espíritu, solidario en medio de la vida, para él acaso más dura en virtud de su inteligencia y sensibilidad, puso Alas bastantes cosas de su propio ánimo. Autobiografismo que moja y cala jugosamente, conmovedoramente este par de narraciones, elogiadas ya en su día por Ortega Munilla en las prestigiosas columnas de *El Imparcial*.

Publicada su segunda novela extensa, *Su único hijo* (1890), Alas remitió ejemplar a Menéndez Pelayo, cuyas autorizadas palabras atendía siempre, sirviéndole en ocasiones de

PALIQUES • Palique del palique

COSAS pretenden de mí, bien contrarias en verdad, mi médico, mis amigos y los que me quieren mal... que también suelen llamarse mis amigos. El romance de Moratín puedo hacerlo mío, no porque la propiedad sea un robo, sino por lo pintiparado que me viene. También a mí los médicos... espirituales me dicen: «¡No trabaje usted tanto!» Es decir, no escriba usted tanto, no desparrame el ingenio (muchas gracias) en multitud de articulejos... no escriba usted esas resmas de crítica al pormenor; haga novelas, libros de crítica seria... de erudición... y sobre todo menos articulillos cortos... ¡Esos paliques!... Pobres paliques. Como quien dice: ¡pobres garbanzos!

Otros exclaman: —Eso, eso, venga de ahí... vengan *paliques*; *palo* a los académicos; *palo* a los poetastros y a los novelis...*tastros* o *trastos*; en fin, palo a diestro y siniestro. Algunos de los que esto piden deben de creer que palique viene de palo.

Yo quisiera dar gusto a todos; pero, mientras cumpla o no cumpla con este ideal, procuro satisfacer los *pedidos* de los editores de mis cuartillas humildes. Porque aquí está la madre del cordero, como decía un químico, explicando el gasómetro en el Ateneo de Madrid, al llegar a no sé qué parte del aparato.

Si me pregunta por qué escribo para el público, no diré como el otro, «que se pregunte

por qué canta el ave y por qué ruje el león y por qué ruje la tempestad—que también ruje—, etcétera». Mentiría como un bellaco si dijese que no puedo menos de cantar, quiero decir, de escribir, que me mueve un *quid divinum*. El *quid* está en que no sé hacer otra cosa, aunque tampoco ésta la haga como fuera del caso. ¡Si yo sirviera para notario! Entonces no escribiría, a no ser en papel sellado. Me ganaría miles de duros declarando a troche y moche que ante mí habían parecido D. Fulano y D. Zutano que conmigo firmaban, y otras cosas así que no son de la escuela sevillana, ni plagios del Intermezzo de Heine, aunque no sean originales, a pesar de constar en aquel original, o dígame *matriz*. Pero, no señor; no sirvo para notario. Acabo de presenciar unas oposiciones a cierta notaría vacante en mi pueblo. ¡Qué humillación la mía! ¡Qué sé yo, ni podré saber nunca de aquella manera de doblar y coser el papel (y cobrar las puntadas) ni de *pestañas* y márgenes, y... y no hay que darle vueltas; no sirvo más que para *paliquero*, en mayor o menor escala; la diferencia estará en citar o no citar a los *hermanos Goncourt*, como decía una preciosa caricatura de *Madrid Cómico*, en ponerme serio con los serios y escribir párrafos largos y hasta algo poéticos, si cabe, o no ponerme serio ni *adjetivar*, pero al fin siempre seré un *paliquero* más o menos disimulado. Así nací para las letras, así moriré. Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano, como dice Sancho.

(2) Carta fechada en Bilbao a 28-IX-1896; páginas 68-69: Menéndez Pelayo, *Unamuno, Palacio Valdés, Epistolario a «Clarín»* (Madrid, 1941).

(3) Pág. 29 de *Palique*.



Ribadesella

ayuda y confortación en la tarea emprendida; desde Santander, don Marcelino respondió elogiosamente al envío: «(...) en la cual [en la novela que nos ocupa] admiré de nuevo el talento y la penetración psicológica de su autor, si bien por ser yo más optimista que usted encontré la novela un poco dura y despiadada con las necedades y torpezas del pobre género humano, y excesivamente saturada de tristeza *decadentista*. Pero en medio de todo, bien se ve que al autor le queda mucha poesía en el alma y mucha fe en el ideal, y otra cosa creo que han de mostrarse más libremente en la segunda y tercera partes de esta trilogía novelesca (...)» (4). Tales asertos pueden servirnos de introducción al comentario de la novela.

El autor ofrece sin contemplaciones el espectáculo de unas aburridas y envilecidas gentes provincianas a las que se unen algunos miembros de una tronada compañía de ópera, novedad refrescante en un principio y, después, ganados por la ciudad, incorporados a su ambiente. El grupo humano así formado no es muy copioso y, socialmente hablando, es distinguido; grupo desagradable, sí, pero nada inverosímil. Tanto o más que asco y desprecio, lo que con sus hechos y actitudes producen tales gentes es honda tristeza, compasión. Quizá lo que más irrita es ver cómo los del grupo maltratan al protagonista, Bonifacio Reyes, «un alma de Dios», mejor que ellos, superior a su modo, el cual comunica a la novela esa poesía e idealidad que impregna tantas de sus páginas, efusión del autor como señalaba Menéndez Pelayo. La potente capacidad satírica de Alas zarandea a estas sus criaturas, que se mueven en tragicómica danza; no siente el autor simpatía por estos seres mezquinos y enlodados; los contempla desde arriba, a sus pies, como muñecos risibles. Del conjunto se salva, y cada vez más a medida que la acción transcurre, Bonis, porque una inocente sinceridad humana ha comenzado a invadirle.

(4) *Su único hijo* era el volumen primero de una tetralogía novelesca continuada por *Una mediana*, proseguida en *Juanito Reseco*—desenfadado periodista que aparece fugazmente en las páginas de *La Regenta*—y cerrada por *Speraindeo*, amigos ambos personajes de Antonio Reyes, la «mediana», el hijo de Bonifacio Reyes.

Lo que no admito es que se sostenga, como se ha sostenido, que quiero formar escuela. Lo que yo quiero formar es cocina. Una cocina económica pero honrada. Yo no soy rico por mi casa ni por la ajena; *pulso la opinión*, como los diputados; y por conducto de los empresarios de periódicos veo que la *opinión* quiere *paliques* y hasta los paga, aunque no tanto como debería... pues allá van, ¿qué mal hay en ello? «Que me gaste» ¿Qué me he de gastar? Más me *gastaría* si me comiera los codos de hambre.

Además, no parece sino que los paliques y sus similares tienen peste. ¿Qué culpa tienen ellos, ni yo, de que muchos lectores necesiten que las ideas con verdadera sustancia, serias *per se*, lleven un rótulo que diga: «ojo ¡esto es grave!» Mi amiga, doña Emilia Pardo Bazán, siempre benévola y parcial en mi provecho cuando se trata de mis humildes papeles, reconoce que la seriedad de las cosas ha de ir dentro, y que la formalidad, ella misma lo dice, es cosa formal; pero añade que pierde no poco para con muchos por tanto paliquear; que si no fuera por eso me tendrían por un doctor en estética, no; y que lo que es ella me tiene... etc. Muchas gracias; pero ni lo de doctor en estética me seduce, ni yo he de escribir jamás para dar gusto a cierta clase de aficionados a quien (1) detesto, no por nada, sino porque son tontos más o menos instruidos. Esto de llamar tontos a muchos, ya sé que es cosa antigua, y que en París la última moda entre ciertos críti-

cos de lo que se titulaba antes la *goma*, es hacerse vulgo, pensar como el *burgués* y reírse de los Flaubert, los Goncourt (ya que parecieron Goncourt) y demás *románticos realistas* que se reían o ríen de los burgueses, pero yo entiendo, como los diputados dicen también, aunque no siempre con exactitud, que efectivamente, ahora y siempre, y sea moda lo que quiera, hay muchos tontos, y que lo son los que se meten a pedir cotufas en el golfo y que todos escribamos *lectorem delectando*, *pariterque monendo*, y largo y tendido y citando todo lo que sepamos y pueda hacer al caso, aunque no tengamos gracia, ni seriedad, ni intención, ni fuerza, ni trastienda... ¡Ah, la trastienda, mi simpática doña Emilia! Hace falta mucha trastienda; una trastienda que sea un almacén de muchas más cosas de las que se ven en el escaparate. El verdadero crítico ha de ser además de un literato un *hombre* (macho o hembra); y cuando los demás literatos (o literatas) crean que los está estudiando como tales, debe estar *analizándolos* en cuanto *hombres* también.

Los paliques, pues, no son malos, si hay trastienda; si no la hay, lo serán... como los discursos académicos y las *Summas* y las *Operas omnia*, que decía el otro, cuando tampoco tienen trastienda.

Así, pues, el que quiere ser franco, que me discuta a mí *per me*, pero no ataque los inocentes paliques, que *per se* no han hecho mal a nadie.

Atáquese de frente como un señor que no dice digo sino *Diego*, el cual Diego asegura que unas veces soy un águila, otras veces otra ave, pero siempre una serpiente de cascabel.

Ya Bremón, sin nombrarme, me había *sacado* en muchas fábulas (algunas bonitas de veras) vestido de mosquito, o de hormiga, o de pólipo o cualquier animalejo de poco viso, pero de serpiente no me han visto salir hasta ahora.

Vaya por *Crotalus*; en fin, yo tendré todo el veneno y todos los cascabeles que se quiera, pero digo al señor de Diego y al mundo entero, que los paliques no tienen la culpa de nada, y que con ellos no aspiro a formar escuela ni *crear* un género.

El palique no tiene más definición que ésta. «Es un modo de ganarse la cena que usa el autor honradamente, a falta de *pingües* rentas.» Conque... *paliquemos*, sin ofensa del arte, ni de la moral, ni de la religión, ni del culto... y clero. Y dispensen, mis médicos, mis amigos, y los que me quieren mal.

LEOPOLDO ALAS «CLARIN»

(1) A propósito de este «quien». Unos señoritos de Valencia me han escrito un anónimo, o mejor, un pseudónimo, censurando el «quien» por «quienes». No les he contestado porque ya lo hizo la gramática hace muchos años. Que la lean.

El escenario de la acción podría ser otra Vestusta no muy diferente a la regentina en su talante y en su estructura urbana, pero limitada a unos cuantos lugares (prácticamente a dos: la casa de los Valcárcel y el teatro, aunque algún otro sirva de emplazamiento a capítulos o pasajes) y sin salidas del perímetro ciudadano (salvo la breve de Bonis ya al final de la novela). No se le da nombre literario a esta poco populosa población, ni se menciona el suyo propio; solamente que «(...) el pueblo (...) era una melancólica y aburrida capital de tercer orden», y estos caracteres anímicos y físicos habían de pensar en la manera de ser y comportarse de los nativos y asimilados. Pensamos en lluvia y en cielo gris, en horizontes cerrados, en atraso y somnolencia como en factores de vario orden que condicionan lastradoramente.

En el tiempo que se supone ser el de los acontecimientos referidos había pasado ya el ímpetu del Romanticismo y todavía aquellos habitantes del innominado lugar continuaban afectos a lo que había sido revolucionaria tendencia, a lo más encimero y ridículo de ella. Leopoldo Alas, romántico entrañablemente, pero de cabeza bien firme sobre los hombros y con el corazón siempre a punto, había de reirse y de molestarse por aquella burla de cosas venerables: el ideal, la pasión, etc. El protagonista, débil, solo y desolado, se evade por la música a otros mundos mejores y sueña en romántico, pero tal movimiento de su espíritu es un movimiento *seudo*; otro tanto ocurre a sus amores con la cantante Serafina Gorgheggi, para Reyes algo así como la pasión fatal a cuyas peripecias había asistido más de una vez en los libros que leía, engendros todos del tiempo romántico. Va «Clarín», con clara intención crítica, subrayando en cursiva términos del léxico romántico o entrecomillando expresiones de idéntico signo que muestran en Bonis la existencia de algo pegadizo y no de buena ley, aunque él estimase otra cosa.

Sin necesidad de falsos sobrepuestos aflorará el sentimiento en el protagonista y llenará su pensamiento y sus acciones cuando sepa que va a ser padre, siquiera sea la suya una paternidad hartamente incierta. El hijo que le nacerá es vida nueva para él, que ahora se vuelve hacia el hondón de su alma y se cree otro, fuera del mundo vil que le olvida y menosprecia, evadido en futura y gozosa realidad: el hijo, su único hijo, amigo, hermano, hasta padre quizá, porque aún no es y ya está revelando a Bonifacio lo mejor de su ser, lo que hasta entonces había permanecido tristemente en la sombra. El hijo es la regeneración moral ante sí mismo y ante Dios; el hijo es la familia, el hogar «templado, dulce, sereno», que le une con sus antepasados en cadena de muchos eslabones cuya consideración hace derramar lágrimas verdaderas. El canijo Bonifacio Reyes se fortalece ante los ojos del lector, y poco importa que en las espléndidas páginas últimas su antigua amante, la Gorgheggi, le descubra que la criatura bautizada, *su único hijo*, tiene por padre a Minghetti: «Serafina..., te lo perdono... porque a ti debo perdonártelo todo... Mi hijo es mi hijo. Eso que tú no tienes y buscas, lo tengo yo: tengo fe, tengo fe en mi hijo. Sin esa fe no se podría vivir... Yo no he tenido tiempo de explicarte lo que ahora pasa por mí; lo que es esto de ser padre...» Leopoldo Alas, para quien la cadena de las generaciones familiares importaba mucho, para quien un hijo era un testimonio fehaciente de la irrefrenable ansia humana de inmortalidad—más, desde luego, que un libro—, vierte efusivamente en este inerte Bonifacio Reyes, protagonista engrandecido, algunas de sus más sentidas vivencias.

Se echa de ver el gusto creciente con que Alas va escribiendo ya roto el fuego, descubiertas ya las posibilidades del protagonista. Llama nuestra atención el uso frecuente de un especialísimo (por vigilado y decantado) monólogo interior o «soliloquio», como escribe el autor, denso de contenido, ajustado de expresión y extenso (de páginas y páginas). Bonifacio Reyes, con su vida anterior a cuestras, recuerda, piensa y siente para sí mismo; o merced a ello se revela más hondamente o presenta perspectivísticamente a sus compañeros de vida y de novela.

Dicho está, aunque sea entre líneas, que *Su único hijo*, la segunda y última novela larga de Leopoldo Alas, distinta en bastantes extremos a *La Regenta*, no queda tan por debajo de ella ni, menos, es una fallida reincidencia de su autor en el cultivo del género.

¡ADIÓS, CORDERA!

Por LEOPOLDO ALAS
«CLARÍN»

ERAN tres, ¡siempre los tres! Rosa, Pinín y la Cordera.

El *prao* Somonte era un recorte triangular de terciopelo verde tendido como una colgadura cuesta abajo por la loma. Uno de sus ángulos, el inferior, lo despuntaba el camino de hierro de Oviedo a Gijón. Un palo del telégrafo plantado allí como pendón de conquista, con sus *jicaras* blancas y sus alambres paralelos a derecha e izquierda, representaba para Rosa y Pinín el ancho mundo desconocido, misterioso, temible, eternamente ignorado. Pinín, después de pensarlo mucho, cuando a fuerza de ver días y días el poste tranquilo, inofensivo, campechano, con ganas, sin duda, de aclimatarse en la aldea y parecerse todo lo posible a un árbol seco, fue atreviéndose con él, llevó la confianza al extremo de abrazarse al leño y trepar hasta cerca de los alambres. Pero nunca llegaba a tocar la porcelana de arriba, que le recordaba las *jicaras* que había visto en la rectoral de Puao. Al verse tan cerca del misterio sagrado, le acometía un pánico de respeto y se dejaba resbalar deprisa hasta tropezar con los pies en el césped.

Rosa, menos audaz, pero más enamorada de lo desconocido, se contentaba con arrimar el oído al palo del telégrafo, y minutos, y hasta cuartos de hora, pasaba escuchando los formidables rumores metálicos que el viento arrancaba a las fibras del pino seco en contacto con el alambre. Aquellas vibraciones, a veces intensas como las del diapasón, que, aplicado al oído, parece que quema con su vertiginoso latir, eran para Rosa los papeles que pasaban, las *cartas* que se escribían por los *hilos*, el lenguaje incomprensible que lo ignorado hablaba con lo ignorado; ella no tenía curiosidad por entender lo que los de allá, tan lejos, decían a los del otro extremo del mundo. ¿Qué le importaba? Su interés estaba en el ruido mismo por su timbre y su misterio.

La *Cordera*, mucho más formal que sus compañeros, verdad es que, relativamente, de edad mucho más madura, se abstenía de toda comunicación con el mundo civilizado y miraba de lejos el palo del telégrafo como lo que era para ella, efectivamente, como cosa muerta, inútil, que no le servía siquiera para rascarse. Era una vaca que había vivido mucho. Sentada horas y horas, pues, experta en pastos, sabía aprovechar el tiempo, meditaba más que comía, gozaba del placer de vivir en paz bajo el cielo gris y tranquilo de su tierra, como quien alimenta el alma, que también tienen los brutos; y si no fuera profanación, podría decirse que los pensamientos de la vaca matrona, llena de experiencia, debían de parecerse todo lo posible a las más sosegadas y doctrinales odas de Horacio.

Asistía a los juegos de los pastorcicos encargados de *lindarla* como una abuela. Si pudiera, se sonreiría al pensar que Rosa y Pinín tenían por misión en el prado cuidar de que ella, la *Cordera*, no se extralimitase, no se metiese por la vía del ferrocarril ni saltara a la heredad vecina. ¡Qué había de saltar! ¡Qué se había de meter!

Pastar de cuando en cuando, no mucho, cada día menos, pero con atención, sin perder el tiempo en levantar la cabeza por curiosidad necia, escogiendo sin vacilar los mejores bocados y, después, sentarse sobre el cuarto trasero con delicia a rumiar la vida, a gozar el deleite del no padecer, del dejarse existir; esto era lo que ella tenía que hacer, y todo lo demás, aventuras peligrosas. Ya no recordaba cuándo le había picado la mosca.

«El *xatu* (el toro), los saltos locos por las praderas adelante... ¡Todo eso estaba tan lejos!»

Aquella paz sólo se había turbado en los días de prueba de la inauguración del ferrocarril. La primera vez que la *Cordera* vio pasar el tren se volvió loca. Saltó la sebe de lo más alto del Somonte, corrió por prados ajenos y el terror duró muchos más días, renovándose, más o menos violento, cada vez que la máquina asomaba por la trinchera vecina. Poco a poco se fue acostumbrando al estrépito ino-

fensivo. Cuando llegó a convencerse de que era un peligro que pasaba, una catástrofe que amenazaba sin dar redujo sus precauciones a ponerse en pie y a mirar de frente, con la cabeza erguida, al formidable monstruo; más adelante no hacía más que mirarle, sin levantarse, con antipatía y desconfianza; acabó por no mirar al tren siquiera.

En Pinín y Rosa la novedad del ferrocarril produjo impresiones más agradables y persistentes. Si al principio era una alegría loca, algo mezclada de miedo supersticioso, una excitación nerviosa que les hacía prorrumpir en gritos, gestos, pantomimas descabelladas, después fue un recreo pacífico, suave, renovado varias veces al día. Tardó mucho en gastarse aquella emoción de contemplar la marcha vertiginosa, acompañada del viento, de la gran culebra de hierro, que llevaba dentro de sí tanto ruido y tantas cartas de gentes desconocidas, extrañas.

Pero telégrafo, ferrocarril, todo eso, era lo de menos: un accidente pasajero que se ahogaba en el mar de soledad que rodeaba el *prao* Somonte. Desde allí no se veía vivienda humana; allí no llegaban ruidos del mundo más que al pasar el tren. Mañanas sin fin, bajo los rayos del sol a veces, entre el zumbar de los insectos, la vaca y los niños esperaban la proximidad del mediodía para volver a casa. Y luego, tardes eternas, de dulce tristeza silenciosa en el mismo prado, hasta venir la noche con el lucero vespertino por testigo mudo en la altura. Rodaban las nubes allá arriba, caían las sombras de los árboles y de las peñas en la loma y en la cañada, se acostaban los pájaros, empezaban a brillar algunas estrellas en lo más oscuro del cielo azul, y Pinín y Rosa, los niños gemelos, los hijos de Antón de Chinta, teñida el alma de la dulce serenidad soñadora de la solemne y seria naturaleza, callaban horas y horas después de sus juegos, nunca muy estrepitosos, sentados cerca de la *Cordera*, que acompañaba el augusto silencio de tarde en tarde con un blando son de perezosa esquila.

En este silencio, en esta calma inactiva, ha-

bía amores. Se amaban los dos hermanos como dos mitades de un fruto verde unidos por la misma vida, con escasa conciencia de lo que en ellos era distinto, de cuanto los separaba; amaban Pinín y Rosa a la *Cordera*, la vaca abuela, grande, amarillenta, cuyo testuz parecía una cuna. La *Cordera* recordaría a un poeta la *zavala* del Ramayana, la vaca santa; tenía en la amplitud de sus formas, en la solemne serenidad de sus pausados y nobles movimientos, aires y contornos de idolo destronado, caído, contento con su suerte, más satisfecha con ser vaca verdadera que dios falso. La *Cordera*, hasta donde es posible adivinar estas cosas, puede decirse que también quería a los gemelos encargados de apacentarla.

Era poco expresiva; pero la paciencia con que los toleraba cuando en sus juegos ella les servía de almohada, de escondite, de montura y para otras cosas que ideaba la fantasía de los pastores, demostraba tácitamente el afecto del animal pacífico y pensativo.

En tiempos difíciles, Pinín y Rosa habían hecho por la *Cordera* los imposibles de solicitud y cuidado. No siempre Antón de Chinta había tenido el prado Somonte. Este regalo era cosa relativamente nueva. Años atrás, la *Cordera* tenía que salir a la *gramática*, esto es, a apacentarse como podía, a la buena ventura de los caminos y callejas de las rapadas y escasas praderías del común, que tanto tenían de vía pública como de pastos. Pinín y Rosa, en tales días de penuria, la guiaban a los mejores altozanos, a los parajes más tranquilos y menos esquilmados y la libaban de las mil injurias a que están expuestas las pobres reses que tienen que buscar su alimento en los azares de un camino.

En los días de hambre, en el establo, cuando el heno escaseaba y el narvaso para *estrar* el lecho caliente de la vaca faltaba también, a Rosa y a Pinín debía la *Cordera* mil industrias que la hacían más suave la miseria. ¡Y qué decir de los tiempos heroicos del parto y la cría, cuando se entablaba la lucha necesaria entre el alimento y regalo de la *nación* y el interés de los Chintos, que consistía en robar

a las ubres de la pobre madre toda la leche que no fuera absolutamente indispensable para que el ternero subsistiese! Rosa y Pinín, en tal conflicto, siempre estaban de parte de la *Cordera*, y en cuanto había ocasión, a escondidas, soltaban el recental, que, ciego y como loco, a testaradas contra todo, corría a buscar el amparo de la madre, que le albergaba bajo su vientre, volviendo la cabeza agradecida y solícita, diciendo a su manera:

—Dejad a los niños y a los recentales que vengan a mí.

Estos recuerdos, estos lazos, son de los que no se olvidan.

Añádase a todo que la *Cordera* tenía la mejor pasta de vaca sufrida del mundo. Cuando se veía emparejada bajo el yugo con cualquier compañera fiel a la gamella, sabía someter su voluntad a la ajena, y horas y horas se la veía con la cerviz inclinada, la cabeza torcida en incómoda postura velando en pie mientras la pareja dormía en tierra.

Antón de Chinta comprendió que había nacido para pobre cuando palpó la imposibilidad de cumplir aquel sueño dorado suyo de tener un *corral* propio con dos yuntas por lo menos. Llegó, gracias a mil ahorros que eran mares de sudor y purgatorios de privaciones, llegó a la primera vaca, la *Cordera*, y no pasó de ahí: antes de poder comprar la segunda se vio obligado para pagar atrasos al *amo*, el dueño de la *casería* que llevaba en renta, a llevar al mercado a aquel pedazo de sus entrañas, la *Cordera*, el mayor de sus hijos. Chinta había muerto a los dos años de tener la *Cordera* en casa. El establo y la cama del matrimonio estaban pared por medio, llamando pared a un tejido de ramas de castaño y de cañas de maíz. La Chinta, musa de la economía en aquel hogar miserable, había muerto mirando a la vaca por un boquete del destrozado tabique de ramaje, señalándola como salvación de la familia.

«Cuidadla, es vuestro sustento», parecían decir los ojos de la moribunda, que murió extenuada de hambre y de trabajo.



El amor de los gemelos se había concentrado en la *Cordera*; el regazo, que tiene su cariño especial que el padre no puede reemplazar, estaba al calor de la vaca en el establo, y allá, en el Somonte.

Todo esto lo comprendía Antón a su manera, confusamente. De la venta necesaria no había que decir palabra a los *neños*. Un sábado de julio, al ser de día, de mal humor Antón, echó a andar hacia Gijón llevando la *Cordera* por delante, sin más atavío que el collar de esquila. Pinín y Rosa dormían. Otros días había que despertarlos a azotes. El padre los dejó tranquilos. Al levantarse se encontraron sin la *Cordera*. «Sin duda, *mío pá* la había llevado al *xatu*.» No había otra conjetura. Pinín y Rosa opinaban que la vaca iba de mala gana; creían ellos que no deseaba más hijos, pues todos acababa por perderlos pronto, sin saber cómo ni cuándo.

Al oscurecer, Antón y la *Cordera* entraban por la *corrada* mohinos, cansados y cubiertos de polvo. El padre no dio explicaciones, pero los hijos adivinaron el peligro.

No había vendido, porque nadie había querido llegar al precio que a él se le había puesto en la cabeza. Era excesivo: un sofisma del cariño. Pedía mucho por la vaca para que nadie se atreviese a llevársela. Los que se habían acercado a intentar fortuna se habían alejado pronto echando pestes de aquel hombre que miraba con ojos de rencor y desafío al que osaba insistir en acercarse al precio fijo en que él se abroquelaba. Hasta el último momento del mercado estuvo Antón de Chinta en el Humedal, dando plazo a la fatalidad. «No se dirá, pensaba, que yo no quiero vender; son ellos, que no me pagan la *Cordera* en lo que vale.» Y, por fin, suspirando, si no satisfecho, con cierto consuelo, volvió a emprender el camino por la carretera de Candás adelante, entre la confusión y el ruido de cerdos y novillos, bueyes y vacas, que los aldeanos de muchas parroquias del contorno conducían con mayor o menor trabajo, según eran de antiguo las relaciones entre dueños y bestias.

En el Natahoyo, en el cruce de los caminos, todavía estuvo expuesto el de Chinta a quedarse sin la *Cordera*; un vecino de Carrió que le había rondado todo el día ofreciéndole pocos duros menos de los que pedía, le dio el último ataque algo borracho.

El de Carrió subía, subía, luchando entre la codicia y el capricho de llevar la vaca. Antón, como una roca. Llegaron a tener las manos enlazadas, parados en medio de la carretera, interrumpiendo el paso... Por fin, la codicia pudo más; el pico de los cincuenta los separó como un abismo; se soltaron las manos, cada cual tiró por su lado; Antón, por una calleja que, entre madre selvas que aún no florecían y zarzamoras en flor, le condujo hasta su casa.

Desde aquel día en que adivinaron el peligro, Pinín y Rosa no se separaron. A media semana se *personó* el mayordomo en el *corral* de Antón. Era otro aldeano de la misma parroquia, de malas pulgas, cruel con los *caseros* atrasados. Antón, que no admitía reprimendas, se puso lívido ante las amenazas de desahucio.

El amo no esperaba más. Bueno, vendería la vaca a vil precio, por una merienda. Había que pagar o quedarse en la calle.

Al sábado inmediato acompañó al Humedal Pinín a su padre. El niño miraba con horror a los contratistas de carnes, que eran los tiranos del mercado. La *Cordera* fue comprada en su justo precio por un rematante de Castilla. Se la hizo un señal en la piel y volvió a su establo de Puau ya vendida, ajena, tañendo tristemente la esquila. Detrás caminaban Antón de Chinta, taciturno, y Pinín, con ojos como puños. Rosa, al saber la venta, se abrazó al testuz de la *Cordera*, que inclinaba la cabeza a las caricias como al yugo.

«¡Se iba la vieja!»—pensaba con el alma destrozada Antón, el hurraño.

«Ella ser, era una bestia, pero sus hijos no tenían otra madre ni otra abuela.»

Aquellos días en el pasto, en la verdura del

Somonte, el silencio era fúnebre. La *Cordera*, que ignoraba su suerte, descansaba y pacía como siempre, *sub specie aeternitatis*, como descansaría y comería un minuto antes de que el brutal porrazo la derribase muerta. Pero Rosa y Pinín yacían desolados, tendidos sobre la hierba, inútil en adelante. Miraban con rencor los trenes que pasaban, los alambres del telégrafo. Era aquel mundo desconocido, tan lejos de ellos por un lado y por otro el que les llevaba su *Cordera*.

El viernes, al oscurecer, fue la despedida. Vino un encargado del rematante de Castilla por la res. Pagó; bebieron un trago Antón y el comisionado, y se sacó a la *quintana* la *Cordera*. Antón había apurado la botella; estaba exaltado; el peso del dinero en el bolsillo le animaba también. Quería aturdirse. Hablaba mucho, alababa las excelencias de la vaca. El otro sonreía, porque las alabanzas de Antón eran impertinentes. ¿Que daba la res tantos y tantos *xarros* de leche? ¿Que era noble en el yugo, fuerte con la carga? ¿Y qué, si dentro de pocos días había de estar reducida a chuletas y otros bocados suculentos? Antón no quería imaginar esto; se la figuraba viva, trabajando, sirviendo a otro labrador, olvidada de él y de sus hijos, pero viva, feliz... Pinín y Rosa, sentados sobre el montón de *cucho*, recuerdo para ellos sentimental de la *Cordera* y de los propios afanes, unidos por las manos, miraban al enemigo con ojos de espanto. En el supremo instante se arrojaron sobre su amiga; besos, abrazos: hubo de todo. No podían separarse de ella. Antón, agotada de pronto la excitación del vino, cayó como en un marasmo; cruzó los brazos, y entró en el *corral* obscuro. Los hijos siguieron un buen trecho por la calleja, de altos setos, el triste grupo del indiferente comisionado y la *Cordera*, que iba de mala gana con un desconocido y a tales horas. Por fin, hubo que separarse. Antón, malhumorado, clamaba desde casa:

—¡Bah, bah, *neños*, acá vos digo; basta de *pamemes*!—Así gritaba de lejos el padre con voz de lágrimas.

Caía la noche; por la calleja oscura que hacían casi negra los altos setos, formando casi bóveda, se perdió el bulto de la *Cordera*, que parecía negra de lejos. Después no quedó de ella más que el *tin-tan* pausado de la esquila, desvanecido con la distancia, entre los chirridos melancólicos de cigarras infinitas.

—¡Adiós, *Cordera*!—gritaba Rosa deshecha en llanto—. ¡Adiós, *Cordera*, de *mío* alma!

—¡Adiós, *Cordera*!—repetía Pinín, no más sereno.

—Adiós—contestó por último, a su modo, la esquila, perdiéndose su lamento triste, resignado, entre los demás sonidos de la noche de julio en la aldea...

Al día siguiente, muy temprano, a la hora de siempre, Pinín y Rosa fueron al *prao* Somonte. Aquella soledad no lo había sido nunca para ellos triste; aquel día, el Somonte sin la *Cordera* parecía el desierto.

De repente silbó la máquina, apareció el humo, luego el tren. En un furgón cerrado, en unas estrechas ventanas altas o respiraderos, vislumbraron los hermanos gemelos cabezas de vacas que, pasmadas, miraban por aquellos tragaluces.

—¡Adiós, *Cordera*!—gritó Rosa, adivinando allí a su amiga, a la vaca abuela.

—¡Adiós, *Cordera*!—vociferó Pinín con la misma fe, enseñando los puños al tren, que volaba camino de Castilla.

Y, llorando, repetía el rapaz, más enterado que su hermana de las picardías del mundo:

—La llevan al Matadero... Carne de vaca, para comer los señores, los curas... los indios.

—¡Adiós, *Cordera*!

—¡Adiós, *Cordera*!

Y Rosa y Pinín miraban con rencor la vía, el telégrafo, los símbolos de aquel mundo enemigo, que les arrebataba, que les devoraba a su compañera de tantas soledades, de tantas

ternuras silenciosas, para sus apetitos, para convertirla en manjares de ricos glotonos...

—¡Adiós, *Cordera*!...

—¡Adiós, *Cordera*!...

Pasaron muchos años. Pinín se hizo mozo y se lo llevó el Rey. Ardía la guerra carlista. Antón de Chinta era casero de un cacique de los vencidos; no hubo influencia para declarar inútil a Pinín, que, por ser, era como un roble.

Y una tarde triste de octubre, Rosa, en el *prao* Somonte, sola, esperaba el paso del tren correo de Gijón, que le llevaba a sus únicos amores, su hermano. Silbó a lo lejos la máquina, apareció el tren en la trinchera, pasó como un relámpago. Rosa, casi metida por las ruedas, pudo ver un instante en un coche de tercera multitud de cabezas de pobres quintos que gritaban, gesticulaban, saludando a los árboles, al suelo, a los campos, a toda la patria familiar, a la pequeña, que dejaban para ir a morir en las luchas fratricidas de la patria grande, al servicio de un rey y de unas ideas que no conocían.

Pinín, con medio cuerpo fuera de una ventanilla, tendió los brazos a su hermana; casi se tocaron. Y Rosa pudo oír entre el estrépito de las ruedas y la gritería de los reclutas la voz distinta de su hermano, que sollozaba, exclamando, como inspirado por un recuerdo de dolor lejano:

—¡Adiós, Rosa!... ¡Adiós, *Cordera*!

—¡Adiós, Pinín! ¡Pinín de *mío* alma!...

«Allá iba, como la otra, como la vaca abuela. Se lo llevaba el mundo. Carne de vaca para los glotonos, para los indios; carne de su alma, carne de cañón para las locuras del mundo, para las ambiciones ajenas.»

Entre confusiones de dolor y de ideas, pensaba así la pobre hermana viendo al tren perderse a lo lejos, silbando triste, con silbido que repercutían los castaños, las vegas y los peñascos...

¡Qué sola se quedaba! Ahora sí, ahora sí que era un desierto el *prao* Somonte.

—¡Adiós, Pinín! ¡Adiós, *Cordera*!

Con qué odio miraba Rosa la vía manchada de carbones apagados; con qué ira los alambres del telégrafo. ¡Oh!, bien hacía la *Cordera* en no acercarse. Aquello era el mundo, lo desconocido, que se lo llevaba todo. Y sin pensarlo, Rosa apoyó la cabeza sobre el palo clavado como un pendón en la punta del Somonte. El viento cantaba en las entrañas del pino seco su canción metálica. Ahora ya lo comprendía Rosa. Era canción de lágrimas, de abandono, de soledad, de muerte.

En las vibraciones rápidas, como quejidos, creía oír, muy lejana, la voz que sollozaba por la vía adelante:

—¡Adiós, Rosa! ¡Adiós, *Cordera*!

(De «El Señor y lo demás son cuentos».)



CAMPOAMOR, POETA DE SU TIEMPO

Por LEOPOLDO DE LUIS

ME hubiera gustado ser don Ramón de Campoamor. Ahí es nada, ganarse la afición del público medio, que es el gran público, cualesquiera que fuesen las críticas de algunos intelectuales. A su fabuloso éxito entre las mujeres no se han aproximado sino Bécquer y Rubén Darío o, más tarde, García Lorca y, hoy día, García Nieto, con la desventaja para éstos del abismo actual entre poesía y público.

En casa de mi abuelo, farmacéutico e inventor, premiado en la primera exposición de Barcelona de 1888, no se leían más versos que las «Doloras», las «Humoradas» y «Los pequeños poemas». Todavía siendo yo pequeño, un cuarto de siglo después de morir don Ramón, me recitaba mi abuelo aquello de «cultivando lechugas Diocleciano / ya decía en Salerno / que no halla mariposas en verano / el que mata gusanos en invierno», lo que ingenuamente tomaba yo como alusión a mi caja de zapatos llena de gusanos de seda. Luego comprendí que la sonrisa burlona de mi difunto ascendiente discurría por el doble filo inserto en la «humorada».

Lo mismo ocurría si la criada, que era de un pueblo de Palencia—donde parece ser que la familia tenía unas tierrecillas compradas cuando la desamortización y expropiadas luego a un lejano pariente en virtud de la ley de responsabilidades políticas—recibía carta del novio. Se procuraba que el

hecho pasase inadvertido de mis tías solteras, pero si salía a relucir, era arropado, para quitarle malicia, por las primeras estrofas del «Escribidme una carta, señor cura...». Ni que decir tiene que mis tías recitaban de corrido «La carta» de «El tren expreso».

Viví varios años en casa de mi abuelo, y en ese ambiente me cogió el bachillerato. Un día le espeté a una compañera de curso—recién implantada la República, en los institutos se practicaba la coeducación—«aunque tú por modestia no lo creas / las flores en tu sien parecen feas», y le gustó horrores, la verdad. Lo malo fue que don Narciso Alonso Cortés me destrozó la eficacia del piropo el día que se le ocurrió poner ejemplos de parados en la clase de Preceptiva Literaria.

Hasta sexto, y ya en casa de mi padre, no descubrí, con su ayuda y sus libros, la poesía moderna. De manera que he vivido la enorme vigencia campoamoriana en una familia decimonónica de burguesía acomodada. Los versos de Campoamor, como los del Tenorio, se implicaban en el lenguaje diario. A veces, salían a colación sin parar mientes en su procedencia. La máxima profundidad de un comentario en gentes que eran relativistas sin saberlo se plasmaba en el «todo es según el color / del cristal con que se mira». El año que nació Campoamor: 1817, había escrito Comte: «Tout est rela-

tif; voilà le seul principe absolu». El positivismo y la beatería del progreso hacían a Bécquer delicuescente y a Zorrilla imaginativo y arcaizante. Para el acomodo burgués, Espronceda pecaba de rebelde. Campoamor, en cambio, era un traje a la medida. Debían de sentirse cómodos en la profundidad metafísica de escaso calado, en el asequible y doméstico filosofar, en la nada encaramada retórica. Era como andar por el pasillo de casa, como moverse por el gabinete con butacas de peluche y cortinones emborlados. A Campoamor se le podía leer, bien a gusto, en pantuflas, mientras le traían a uno la jícara de chocolate y el azucarillo. Y luego, esa fina y burlona manera de no creer en nada sin pecar de descreído. Una suerte elegante de ser escéptico, con el buen conformar acomodaticio: «entre oír misa y oír a mi mujer, es mejor oír misa», como dicen que dijo el de Navia. A cientos, a miles de maridos de aquella burguesía les nació en los labios la frase, sin percibirlo.

Lances entre caballeros, de Ceballos Escalera, creo recordar que era otro de los libros que yo veía en el estante de mi abuelo. ¿Que no guarda relación con el tema? Pero si ni eso le faltó a nuestro poeta, anticlerical y antimilitarista, que se batió en duelo a sable con el capitán de navío don Juan Bautista Topete. Una burguesía encumbrada por la especulación mercantil,

EL GAITERO DE GIJÓN

(A mi sobrina Guillermina Campoamor y Domínguez)

I

Ya se está el baile arreglando.
Y el gaitero, ¿dónde está?
—Está a su madre enterrando,
pero en seguida vendrá.
—Y ¿vendrá? —Pues ¿qué ha de
Cumpliendo con su deber [hacer?
vedle con la gaita..., pero
¡cómo traerá el corazón
el gaitero,
el gaitero de Gijón!

II

¡Pobre! Al pensar que en su casa
toda dicha se ha perdido,
un llanto oculto le abrasa,
que es cual plomo derretido.
Mas, como ganan sus manos
el pan para sus hermanos,
en gracia del panadero
toca con resignación
el gaitero,
el gaitero de Gijón.

III

No vio una madre más bella
la nación del sol poniente...
pero ya una losa, de ella
le separa eternamente.
¡Gime y toca! ¡Horror sublime!
Mas, cuando entre dientes gime,
no bala como un cordero,
pues ruge como un león
el gaitero,
el gaitero de Gijón.

IV

La niña más bailadora,
—¡Aprisa! —le dice—, ¡Aprisa!
Y el gaitero sopla y llora,
poniendo cara de risa.
Y al mirar que de esta suerte
llora a un tiempo y los divierte,
¡silban, como Zoilo a Homero,
algunos sin compasión
al gaitero,
al gaitero de Gijón!



V

Dice el triste en su agonía,
entre soplar y soplar:
—¡Madre mía, madre mía,
cómo alivia el suspirar!—
Y es que en sus entrañas zumba
la voz que apagó la tumba,
¡voz que, pese al mundo entero,
siempre la oirá el corazón
del gaitero,
del gaitero de Gijón!

VI

Decid, lectoras, conmigo:
¡cuánto gaitero hay así!
¿Preguntáis por quién lo digo?
Por vos lo digo y por mí.
¿No veis que al hacer, lectoras,
doloras y más doloras,
mientras yo de pena muero,
vos las recitáis al son
del gaitero,
del gaitero de Gijón...?

RAMON DE CAMPOAMOR

(«Doloras»)

con afanes nobiliarios. Con razón la Reina Gobernadora le dijo a uno de ellos: «Te hice duque pero no he podido hacerte caballero».

No veo manera más fiel de cumplir un destino poético que esa identificación con la sociedad a la que se pertenece. Habrá otra más heroica: la del que se desvive—por lo general inútilmente, para qué vamos a engañarnos—por despertar las conciencias, por alentar un mundo más justo. Habrá otra más artística: la del que va a contrapelo del gusto reinante y, a prueba de incomprendiones y desprecios, ensaya fórmulas nuevas. Pero ninguna es más fiel. Y tal es el quid de su éxito: leer a Campoamor para sus contemporáneos era mirarse al espejo. Envidiable consecución. ¿Son espejo de esta época los poetas de hoy? ¿Merecen o aceptan ese destino? Se ha dicho que Campoamor contó con un público que llegaba a su filosofía por no ser filosofía y que gustaba de su poesía por no ser poesía. Ganas de hacer frases. Al hombre medio, sencillo, sin complicaciones, le interesa la filosofía cuando la entiende y se aficiona a la poesía cuando se siente expresado en su idiosincrasia por el poema.

Campoamor liquida el romanticismo en una sociedad que ya no es romántica. Impianta una poética realista en una sociedad donde cuentan Pedro Mata Fontanet, José Miguel Guardia y Santiago Ramón y Cajal. Escribe unos poemas narrativos cuando el arte todo se narrativiza y triunfa, con Rosales, con Moreno Carbonero, la pintura de historia. Respira ambiente mesocrático cuando la novela, con Galdós, es la epopeya de la mesocracia. Campoamor, es el trasunto de medio siglo XIX. La filosofía—él quiso ser filósofo—estaba ya, por entonces, haciendo de la realidad el objeto del conocimiento. La metafísica que va a tocar a la poesía campoamoriana no es un afán trascendente hacia un mundo ideal, sino una meditación sobre la experiencia práctica. Hay entre sus poemas uno que me parece particularmente explícito, cuyo fondo no desdeñaría una zona de nuestra poética actual. Antes he aludido a cuatro versos suyos que, así, fuera del contexto, suenan a chascarrillo. Se titula «La santa realidad». Ya el título es revelador. Encierra una defensa nada menos que de lo impuro: de lo impuro precisamente por humano. Lo que da «almas al cielo y flores a la tierra» son «las santas impurezas de la vida». El mundo sería estéril si no fermentase la materia. No debe despreciarse lo real por lo soñado porque los ideales sólo son valiosos, sólo «se elevan hasta el cielo», cuando han nacido a ras de tierra, acompañando a un hombre de carne y hueso, cuando han logrado «la dicha de arrastrarse por el suelo». Como casi siempre, Campoamor echa mano del recurso conversacional. El poema es un monólogo dirigido a una tal Inés, dada, por lo visto, a idealidades románticas en el ámbito de cursilería que orlaba a las jóvenes de la buena sociedad decimonónica. Pero Campoamor, como broche alegórico convincente, apostilla sus argumentos afirmando que en la vida «no puede haber sin larvas mariposas». Ya había escrito al principio del poema el increíble ripio, casi jocoso, de Dioclesiano: «que no halla mariposas en verano / el que mata gusanos en invierno». Pero lo que más me importa hoy de esta metáfora es su actualización por un poeta moderno. León Felipe ha resaltado la profundidad ejemplar que, en el asombroso mecanismo del orbe, ofrece el misterio del gusano que se convierte en mariposa. Para Campoamor, si matamos lo real (el gusano), perdemos la posibilidad de belleza y de sueños (la mariposa), porque lo más hermoso de la vida parte del hombre real. Para el autor de *Versos y oraciones de caminante* lo importante es que el hombre, como el gusano, llegue a

ser falena, ascienda, sin distinción de razas ni color, a mayor perfección moral.

La verdad es que releiendo hoy, después de haber llovido tanto—y tan bien—en nuestra poesía española, no es posible desconocer su papel precursor en una corriente prosaizante, realista y de tejas abajo que fluye en nuestra posguerra, saltando por encima del esteticismo puro, del onirismo surrealista y de los fastos rubenianos. En la pugna entre poesía de la imagen y poesía del concepto, Campoamor se vuelca, como cualquier poeta social de nuestros días, por lo segundo. «Me desagrada el arte por el arte», dijo en más de una ocasión. Necesitaba la poesía, pues, no para recreo estético, sino para decir algo, para expresar algo. (La entidad de lo que dijera no hace ahora al caso, no estoy juzgando calidades; me importa destacar actitudes.) Su actitud es, bien claramente, la de una poesía útil y necesaria, no un refinado lujo para nada y para pocos. «Al tema debe imprimírsele un carácter general y trascendente», es otra afirmación suya. Se ve que rechaza la pura introspección, el poema-narciso. Y una tercera declaración que me parece importante resaltar: «No es posible vivir en un tiempo y respirar en otro». Recordemos estas otras palabras escritas por un poeta de hoy, José Hierro: «Quién no vibre con su tiempo, renuncie a crear».

Campoamor destruye el mito del *lenguaje poético* casi un siglo antes de que vuelvan a la misma aventura los poetas de posguerra. En ese lapso, grandes poetas tornaron a mitificarlo hasta las más frondosas enramadas, hasta las más bellas decantaciones, hasta las más arbitrarias subconsciencias. Acaso, cíclicamente, siempre sea así: arrancar desde las raíces del hombre un gran arte hasta deshumanizarlo, para tornar a darle

luego realidad y sencillez de raíz. O, como el propio don Ramón dijo a otro propósito:

*Te pintaré en un cantar
la rueda de la existencia:
pecar, hacer penitencia
y luego vuelta a empezar.*

Por él, la poesía hizo penitencia del pecado de énfasis, cuando para algunos dogmáticos de la estética el énfasis es virtud substancial de la poesía. Por ejemplo, para don Eugenio d'Ors, quien añadía, como característica del arte todo, la victoria sobre la dificultad. Campoamor vencía la dificultad de la rima, en efecto, pero tirando por la calle de en medio del ripio. Lo que hacen los poetas prosaizantes de hoy, tirando por la calle del versolibrismo a cualquier riesgo. Ignoran algunos que ripio no es sólo consonante espurio sino también verso arrítmico y contrahecho. «Algo que no es música es la poesía», afirmó don Miguel de Unamuno, mas que no sea música no sobrentiende que sea prosa. *Clarín* dijo de Campoamor que era un excelente prosista en prosa y en verso, cuchillada con guante blanco que podría clavarse en más de un poeta actual.

Vivió mucho el famoso asturiano: ochenta y cuatro años. Pudo decir aquello de «las hijas de las madres que amé tanto / me besan ya como se besa a un santo». Un santo no era el bueno de don Ramón, aunque no parece que sus aventuras pasasen—al menos públicamente—más allá de la picardía puesta en algunos poemas. Un poeta genial, tampoco. Pero sí un escritor que poseyó el secreto de gustar a sus contemporáneos. Cuando ahora lo releemos se nos queda, a trozos, en un poeta festivo. Pero no pensaban así nuestras abuelas y eso tiene su mérito. Que no es poco. Para sí lo quisiera uno.



POETICA

(Fragmentos)

CONSIDERADOS en su esencialidad, no hay más que dos géneros de poesía en el mundo, que son *el de más acá* y *el de más allá* de las cosas.

Yo sé bien que quedan fuera de este círculo poético que yo prefiero, producciones admiradas que encantan a muchas gentes por su misma objetivación e infecundidad. Pero yo que admito, aunque sin entusiasmo, el género que ve en la forma, no el continente, sino el contenido del arte, pido un poco de tolerancia para el que pretende que a la sencillez de la forma se una un poco de malicia en el fondo.

Respeto la admiración que a algunos les produce en las obras de ingenio la delimitación empírica de esas líneas que pueden ser comprendidas por los sentidos corporales del tacto y de la vista, con tal de que me permitan reservar mi gusto especial por las reverberaciones que iluminan las sinuosidades del corazón humano y los horizontes que caen del otro lado de la vida material.

Uno de los economistas contemporáneos más notables ha escrito un artículo muy filosófico titulado: «Lo que se ve y lo que no se ve». Este título, mejor que aplicado al comercio de las habichuelas, se podía relacionar con los sistemas poéticos, el viejo y el nuevo; el viejo, que se puede llamar el de *lo que se ve*; y el nuevo, que lo llamaremos el de *lo que no se ve*. El viejo no necesita explicación: el nuevo consiste en ver intuitivamente lo que no se alcanza a primera vista, en hacer notar al lector el punto en que las ideas iluminan los hechos, mostrándole el camino que conduce de lo material a lo ultra-ideal.

Y ¿qué es *humorismo*?

Una crítica inconsiderada que cruza a campo traviesa los dominios de la literatura sin el freno de la correspondiente instrucción, a fuerza de oírlo repetir, ha adquirido la costumbre de llamarme *escéptico*, sin tener en cuenta que el *escéptico*, ya subjetivo, ya objetivo, ya absoluto, es el que tiene la duda por sistema, y que yo, bien avenido con la vida real, creo en lo único en que se debe creer, que es en las ideas. ¿Qué noción tendrán estos clasificadores de lo que es *es-*

cepticismo? ¿Me llaman *escéptico* porque yo me suelo reír de cosas que ellos creen que son de llorar? Esto de reírse del dolor propio y del ajeno, más bien se podría llamar *estoicismo*. Pero como no quiero enfadarme mucho con estos calificadores, que cogen la ciencia al oído, porque sé que es muy común confundir el *escepticismo* con el *humorismo*, y el *humorismo* con la *excentricidad*, les diré que es el colmo de la injusticia llamar *escéptico* a un *espiritualista* tan exagerado como yo, que cree que lo que hay más natural en el mundo es lo sobrenatural.

Si el *escepticismo* no cree en lo que dice, el *humorismo* hasta se ríe de lo que cree, no dejando de creer nada de lo que dice.

¿Qué es *humorismo*? La contraposición de situaciones, de ideas, actos o pasiones encontradas. La posición de las cosas en situación antitética suele hacer reír con tristeza.

César, tapando con sus cenizas el hueco de una pared, y Don Quijote, volviendo a su casa molido a palos por defender sus ideales, mientras su ama y su sobrina, representantes del sentido común, lo reciben cómodamente comiendo pan candeal y haciendo calceta, son los rasgos de *humorismo* que, además de hacer reír, llenan los ojos de lágrimas.

La frase *buen humor*, genuinamente española, ha creado un género literario, que sólo es peculiar de los ingleses y de los españoles, y en el que, mezclando lo alegre con lo trágico, se forma un tejido de luz y sombra, al través del cual se ven en perspectiva flageladas las grandezas y santificadas las miserias, produciendo esta mezcla del llanto y de la risa una sobreexcitación nerviosa de un encanto indefinible.

El *humorismo* francés es satírico; el italiano, burlesco, y el alemán, elegíaco. Sólo Cervantes y Shakespeare son los dos tipos del verdadero *humorismo*, serio, ingenuo y candoroso.

NO hay nada sublime que no sea breve. Cuando se acabe el mundo, ¿qué quedará de nuestras agitaciones, deseos, esperanzas, ambiciones y temores? Nada o casi nada. De todas nuestras habladerías sólo

quedarán cuatro frases célebres, hasta que algún Homero sideral, señalando con el dedo el vacío que deje el mundo en el espacio, reduzca las cuatro expresiones que flotarán sobre el planeta extinto a una sola frase parecida a ésta: «¡allí fue Troya!»

LOS artistas deben encarnarse en su tiempo por medio de afecciones literarias y vínculos históricos, asociando a sus asuntos los modos de decir y de pensar hijos de las circunstancias. Cada siglo tiene su corriente de ideas que le son propias y que, al vestirse, toman el traje de moda de su tiempo. El corsé higiénico moderno no sé si viste mejor, pero de seguro da más facilidad a los movimientos que la vieja cotilla de nuestras abuelas.

Es cierto que los antiguos poetámbulos tendieron más a ocuparse de lo pasado y de lo porvenir, que en las necesidades de lo presente. Al pasado y porvenir se les puede calumniar, sin que aquél se queje, ni éste pueda hablar todavía, pero el fotografiar lo presente ofrece la dificultad de que todos los lectores se erigen en jueces sobre el parecido de las cosas pintadas. Este inconveniente es lo que hace que hayan abundado tanto los cantores épicos o legendarios y los poetas visionarios, porque, como dice la copla,

*El mentir de las estrellas
es muy seguro mentir;
porque ninguno ha de ir
a preguntárselo a ellas.*

Pero la poesía verdaderamente lírica debe reflejar los sentimientos personales del autor en relación con los problemas propios de su época. En todas las edades soplan unos vientos alisios de ideas que se estilan, y hay que seguir su impulso si no se quiere parecer anacrónico. Los incidentes y las ideas de la *Iliada* y de la *Eneida* no sólo no son asimilables, pero ni siquiera son concebibles en nuestra moderna vida europea.

No es posible vivir en un tiempo y respirar en otro.

RAMON DE CAMPOAMOR





AYALA, UN CLASICO MODERNO

Por GERARDO DIEGO

I UN CLASICO MODERNO

QUE Ramón Pérez de Ayala haya sido —mejor dicho, sea, porque los clásicos lo son para siempre—, un escritor clásico está fuera de toda duda. No es fácil ser en estos tiempos un clásico, sobre todo si exigimos para que la palabra adquiera toda su magnitud y calidad un clasicismo no sólo de mérito, sino de contenido y de forma. Ayala lo era, lo es, gracias a su temperamento de equilibrio y de gusto, a su enorme talento y copiosa sabiduría y, por último, al beneficio de una educación de primera clase (clásico se deriva de clase).

No es fácil convencer al vulgo de la utilidad del estudio de las Humanidades clásicas. El esfuerzo y el tiempo que exigen el latín y el griego parece a muchos tiempo y esfuerzo malgastados. Piensan, los que así piensan, que empleados en otros sectores educativos e informativos resultan mucho más eficaces y verdaderamente compensan de la energía gastada, mientras que no aciertan a ver para qué puede servir el tra-

bajo de estudiar lenguas muertas e inútiles para la vida. No es este el momento adecuado para discutir tales pareceres ni para romper una lanza en defensa de las clásicas Humanidades. La verdad no ha de estar íntegramente en ninguno de los dos campos que se disputan el derecho a la rectoría de los estudios de la niñez y de la juventud. Pero en todo caso se sufre un equívoco cuando se piensa que la instrucción tiene como único objetivo la utilidad inmediata y también cuando se cree que el aprendizaje del latín, con todo lo que él comporta de educación de la mente, haya de ser forzosamente inútil.

El mismo Ramón Pérez de Ayala ha escrito a este respecto páginas admirables. Y, además, ha predicado con el ejemplo. En cuanto a escritor artista, a poeta y novelista creador, el autor de *Belarmino y Apolonio* ha demostrado, con matemática evidencia, la utilidad de los estudios clásicos, los por él recibidos en su niñez y hasta el umbral de la juventud. En efecto, Ayala recibió educación de los Padres jesuitas en Carrión de los Condes y en Gijón, y de esa educación formativa y sólida supo derivar un arte de escribir sostenido por

un sistema de pensar que le habilitó para su egregia obra de escritor. Nadie como Ayala, entre los españoles de nuestro siglo, se ha aproximado tanto al arquetipo de escritor clásico. Su lengua, su estilo, tan vivos y pintorescos cuando dejaba hablar a sus personajes del pueblo o de la clase media, eran puros dechados de elegancia y conocimiento del idioma, y en sus transparentes aguas se contemplaba clarísimo el fondo arcaico y la almendra etimológica como guijarrillos o pepitas entre la arena del álveo fluvial. Y cuando el alcance y propiedad semántica y tradicional de la palabra no aparecía tan clara, él, prudentemente, se encargaba de advertírselo al lector para ayudarlo a gozar con el autor en la delicia de la expresión española.

Pertenecía Ayala a una verdadera generación, o promoción, para ser más exactos, que era como hermana menor de la generación del 98, pero que si en ciertos rasgos la continuaba, en otros la rectificaba. Por ejemplo, en su gusto por la disciplina autocrítica. Diez años después que los grandes maestros del 98 —nacidos, pues, Ayala y sus compañeros hacia 1880 u 82—, empiezan hacia

1908 ó 1910 a acreditarse y definirse como personales escritores y estilistas Eugenio d'Ors, Concha Espina, Ramón Pérez de Ayala, Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez y Gabriel Miró. Si prescindimos de los dos primeros, los otros cuatro fueron discípulos de los jesuitas, y en su obra, de modo más o menos expreso, quedan confesiones, a veces protestas, pero esto a la larga es lo de menos, de la eficacia de las lecciones recibidas. El peor libro novelesco de Ayala es una pintura malévola del internado en los colegios de jesuitas. El autor hubo después de rectificar noblemente. Aun así, la impregnación de humanismo que recibió en sus años de niñez y pubertad le quedó para siempre fertilizando su obra de madurez. Presentemos una muestra breve del arte de escribir de Ayala. Una marina. Una marina a la vez clásica y moderna, es decir, con la Odisea al fondo, pero vista como parodia con un guiño de ironía. El protagonista de la novelita *Prometeo*, profesor de Griego, imita a Ulises fabricándose una balsa para huir de un amor que le tiene esclavo.

«Era una noche de agosto, diáfana e hirviente en constelaciones de oro. El mar fosforecía y suspiraba. Odysseus, sutil en artificios, erigió un mástil en el centro de la balsa y, con otro palo en travesaño y la sábana, aderezó una vela a modo de estandarte. Bebió con holgura una botella de rojo néctar y se echó a dormir. Y así fue navegando, bajo las estrellas vigilantes, sobre el henchido y muelle mar. Despertó bien entrada la mañana. El sol caía a plomo. Odysseus se desperezó y respiró con tanta furia como si quisiese beber el firmamento. Desayunó con blanca ambrosía y unos fiambres que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. (...) La tierra se retraía hacia el horizonte, de un color verde plateado, como el olivo. Las gaviotas volaban, dando al aire largos alaridos, y, de vez en vez, algún pato silvestre, con el cuello alargado y bruñido, como una obra de las artes cerámicas. De la parte del mar se veía una hilada de barcas boniteras, las velas de ocre amarillo. Y Odysseus experimentaba una maravillosa plenitud, como si fuese señor de cielos y tierra.»

II

LA POESIA DE AYALA

La poesía de Ramón Pérez de Ayala, la poesía en verso, no es, a mi juicio, lo más importante y significativo de su obra total. Creo que vale más su prosa. Pero lo que su prosa vale, lo vale precisamente en función de la calidad auténtica de poeta que hay en el hombre Ayala. Este es un posible equívoco que conviene cuanto antes desvanecer. ¿Quién duda que Cervantes es un altísimo poeta, aunque sus versos no sean precisamente, y en tanto que versos, que palabras sujetas a ritmo, especialmente afortunados? El propio Cervantes terminó por darse cuenta de su fracaso como poeta en verso y aludió en su «Viaje del Parnaso» a su frustrada vocación:

*Yo que siempre me afano y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo.*

En otra ocasión nos cuenta cómo un editor rechazaba sus comedias en verso, sus comedias de poeta, elogiándole en cambio su prosa. Ramón Pérez de Ayala



ADAGIO

LA PLAZA DEL MERCADO, en Pilares, está formada por un ruedo de casucas corcovadas, caducas, seniles. Vencidas ya de la edad, buscan una apoyatura sobre las columnas de los porches. La Plaza es como una tertulia de viejas tullidas que se apuntalan en sus muletas y hacen el corrillo de la maledicencia. En este corrillo de viejas chismosas se vierten todas las murmuraciones y cuentos de la ciudad. La Plaza del Mercado es el archivo histórico de Pilares. La historia íntima de las familias se conoce allí al pormenor; así los sucesos del día, apenas consumados, y aun en vías de gestación, como la suma innumérica de hechos que pertenecen al antaño. Nada hay que se haya olvidado. El caudal histórico, embalsado en este pequeño recinto, es historia viva, narración oral, que va circulando de boca en boca y de una en otra generación. No hay en la ciudad hogar tan arcano cuyas interioridades no sean averiguadas, referidas y glosadas en este corrillo de viejas fisgonas. El secreto, aun el más púdico, de cada hogar se escapa por la cocina en derechura al mercado. Una casuca con dos ventanas, tuerta de una de ellas, que se la cubre, como parche de tafetán, una persiana verde, y la otra chispeando de malicia alegre, a causa de un rayo de sol crepuscular, y con la boca del único balcón torcida en mueca cazarra, parece que acaba de dar alguna nueva noticia sabrosa. Otra de las casas, o de las viejas, a quien la pesadumbre de años y desengaños hace apática frente a las picardías del mundo, se alza de hombros desdeñosamente. Otra vieja, en señal de escándalo, eleva al cielo los brazos esqueléticos y tiznados, que son dos chimeneas. Las demás viejas se encogen sobre sí y componen raros visajes, riéndose con fruición disimulada. En medio de la Plaza, una fuente pública mana y chichisbea, símbolo de la murmuración inagotable. El agua, que sale pura de una cabeza granítica de dragón, rebosa de la taza y circula, cenagosa, entre guijarros y basuras.

Pues este corrillo, que todo lo sabe, apenas ha conseguido apresar un husmillo, vago e incierto, de la vida y milagros de Tigre Juan.

Todo en redor de la Plaza del Mercado, al fondo de los soporales, hay tiendecillas angostas y profundas: la mayor parte establecimientos de tejidos catalanes; luego, abacerías, carnicerías, talabarterías, alguna cerería, comercios de paquetería al detalle. Lo más del tiempo, estas tiendecillas permanecen sumergidas en reposo y mudez, huecas, negras, como nichos, vacíos aún, en un muro de cementerio; salvo jueves y domingos, días de mercado, que desde la hora prima de la mañana la Plaza comienza a borbollar con espumosa muchedumbre de puestos del aire, con toldos de lona agarbanzada, al modo de un campamento o una flota de galeones a toda vela.

El puesto de Tigre Juan se distinguía de los demás por varias particularidades. No estaba situado en el hueco central de la Plaza, sino en un ángulo, entre dos columnas cuadradas de granito; mitad bajo los porches, mitad en abertal. Era un puesto permanente: todas las horas del día y todos los días del año. En vez de toldillo de lona, como los demás, poseía a manera de caparazón, acoplado con tres enormes paraguas de varillas de ballena, regatón de bronce y puño de asta; uno, morado, color del estandarte de Castilla; otros dos, rojo y gualda, los tonos del pabellón nacional. No se sabe si la selección de colores era obra del acaso o alarde de patriotismo. Por fuera de los paraguas se alineaban, con zigzag de baluarte, unos cestos



formidables o maconas, abarrotados con diversidad de leguminosas y granos: garbanzos de Fuentesauco, lentejas y titos mejicanos, judías del Barco, maíz argentino y de la tierra, guisantes, castañas pilongas, avellanas. Algún barril, además, con sardinas arenques prensadas, que se despliegan adheridas unas a otras, en hechura de semicírculo, semejantes a un abanico de plata sobredorada, desvaída. Había también unos cajones, convertidos en estantería, con libros usados; y un comodín de muchos cajoncitos, rematado en pupitre, donde campeaban dos plumas verdes de ganso, espetadas en un tintero frailuno de loza azul. Por último, de uno de los paraguas colgaba un cartelón, con este anuncio:

TIGRE JUAN

MEMORIALISTA, AMANUENSE Y SANGRADOR

Escribense epístolas y misivas para las aldeanas y criadas con novio o deudo en Cuba y Ultramar. Solicitudes y últimas voluntades. Cambios de moneda extranjera. Negóciense letras de cambio. Libros de lance. Testos y novelas de alquiler. Amas de cría a elegir. Las mejores nodrizas. Especialidad en esta industria. Leche garantizada. Médico homeopático. Consulta gratias; melecinas económicas. Tinturas, extractos y atenuaciones del propio cosechero. Consejos sobre el régimen de purgas y sangrías. Cuatro perronas el consejo. Más baratura no cabe. El que no sepa leer pregunte a Tigre Juan lo que dice esta relación.

Tigre Juan, de cintura arriba, iba vestido a lo artesano: camisa sin corbata, almilla de bayeta amarilla, que le asomaba por el chaleco, y éste de tartán a cuadros. De cintura abajo se ataviaba como un labriego de la región: calzones cortos, de estameña; polainas de paño negro, abotonadas hasta la corva; medias de lana cruda y zuecos de haya, teñidos de amatista, con entalladuras ahuesadas. Andaba siempre a pelo. Su pelambre era tupido, lanudo, entrecano, que casi le cubría frente y orejas, como montera pastoril de piel de borrego. Al hablar, que encaraba o fruncía las cejas con metódico ritmo y rapidez, este recio capaceté piloso resbalaba, de una pieza, hacia adelante y hacia atrás, como lubricado, sobre la gran bola del cráneo. También al hablar se le agitaban, en ocasiones, las orejas. En el pescuezo flaco, rugoso, curtido, avellanado y retractil, tan pronto largo de un palmo como enchufado entre las clavículas (al encogerse de hombros suprimía el cuello), estaba espetada, afirmada, la testa con rara energía, mostrando, en una manera de altivez, el rostro cuadrado, obtuso, mongólico, con mejillas de juanete, ojos de gato montés y un mostacho, lustroso y compacto, como de ébano, que pendía buen trecho por entrambas extremidades. Su piel, así por la entonación como por la turgencia (piel jalde, tirante, bruñida), parecía de cobre pulimentado. Cuando una emoción fuerte o el humor de la cólera, que tal vez le domeñaba, se le subían a la cabeza, la dura cara de cobre se ponía bronceada, verde cardenillo, como si de súbito se oxidase con la acidez de los sentimientos.

RAMON PEREZ DE AYALA

(De «Tigre Juan».)

sentía vivamente vocación de poeta. Como Cervantes, como Unamuno, como Valera, si bien éste no persistió y abandonó pronto el verso, lo mismo que le sucedió a Menéndez Pelayo. Ayala persistió, como Unamuno (no tanto en verdad, porque la proporción de poesía en verso fue aumentando en la producción de don Miguel conforme los años pasaban, mientras que en Ayala más bien parece disminuir).

Empieza Ayala publicando en plena mocedad su libro *La paz del sendero*, libro de un discreto y moderado modernismo, modernismo de segunda etapa, no ya lujoso, sino interior y provincial. Después de cantar la tierra natal y la tierra en general, regazo en que el hombre habita, cantará al final de su juventud *El sendero innumerable*, esto es, el mar y las navegaciones y ambiciones de un humanismo total. Ya en su madurez, publicará el tercer tomo de la trilogía, *El sendero andante*, es decir, el río, el camino que une o cose la tierra a la mar, con acentos fuertemente intelectualizados.

Además, Ayala ha sido traductor magnífico de poesía clásica. En los últimos años ha publicado más o menos disimuladamente, a veces escribiéndolas todo seguido como prosa, versiones admirables de Horacio, de Juvenal o de otros clásicos de primer orden. Valdría la pena de formar un volumen con estas versiones que demuestran la profundidad de la cultura humanística de Ayala.

Todavía hay otra sección curiosísima de su obra de poeta en verso: la que forman los poemas o poesías que sirven como de lemas al principio de cada capítulo de sus novelas. No sabemos si fueron escritos a la vez que la prosa o agregados después. Más bien parece, al menos en ciertos casos, esto último. Pero en ningún caso son superfluos.

Por de pronto demuestran la sustancia y la vocación poética que encierran y dan sentido a sus narraciones en sus sucesivos trances. Actúan a modo de coros como los de la tragedia griega que comentan o preludian los azares de la acción, insistiendo sobre su alcance simbólico o fatal. Son por ello una muestra del espíritu religioso que alienta en la obra toda de Ayala.

Muy interesante es también la técnica de su verso. Su verso es muy personal y aprovecha las conquistas y libertades del modernismo, separando los recursos del ritmo y los de la rima y a la vez que mantiene siempre una disciplina interior perfecta, permitiéndose excepciones y licencias que aligeran la carga de cultismo intelectual, a veces excesiva, que en su verso, como también en su prosa, dificultan la comunicación emocional. Le faltó a Ayala una condición inexcusable de la gran poesía: la gracia, la felicidad rítmica y expresiva directa. Su maravillosa prosa dice mejor lo que su verso canta. Sin embargo, pueden espigarse en sus estrofas aciertos evidentes. Como en esta intensa evocación de Hamlet que sirve de lema poético a un capítulo de *La caída de los limones*:

*¡Amor! ¡Amor! Antorcha inmarcesible
que un viento huracanado desmeleno.
Sin tu insensata luz fuera invisible
cuanto acontece en la mundana escena.
¡Amor, como la vida viejo!
¡Mozo como la vida, Amor!*

*Esta noche es de gran festejo
en el castillo de Elsingor.
El Rey y la Reina, en su silla,
miran a los faranduleros.
Está de pies la camarilla
de cortesanos lisonjeros.
Y está Ofelia, la candorosa,*

*Ofelia, la amante y la pura.
Y Hamlet, de faz tenebrosa
donde se asoma la locura.
Hamlet empuña de repente
la antorcha que alumbra la escena,
y la gira furiosamente,
como una honda con una piedra.*

*¡Amor! Alumbra, manso o furibundo,
antorcha roja o recogido foco,
la tragicomedia del mundo...
Pero estás en las manos de un loco.*

III

AYALA, NOVELISTA Y ENSAYISTA

Que Ramón Pérez de Ayala sea uno de los más importantes novelistas españoles parece fuera de toda duda. Sus novelas, cortas o largas, están narradas con fluidez de simpática ironía, rasgo éste de la ironía común a los escritores asturianos y que merecería un largo estudio. Por otra parte, encierran una galería de caracteres humanos, de hombres y de mujeres, que si no es tan copiosa como la de otros creadores novelescos, no deja de ser importante y, cuando la novela no se desvía hacia la tesis, la pedagogía o el ensayo cultural, respiran vida y viven envueltos en una atmósfera maravillosamente evocada y pintada. No hay que olvidar el artista, el pintor o escultor que pudo ser Ayala. Justamente yo le conocí formando parte de un grupo de catedráticos en el Museo de Arte Moderno, en cuyas salas nos regaló con una luminosa explicación del arte de nuestro siglo.

En sus novelas, el sondeador de almas rivaliza con el pintor de cuerpos, de retratos. Y el coro de la naturaleza, el paisaje hecho también hombre más que cuadro, termina por cerrar el círculo de la totalidad creadora. Desde *Tinieblas en las cumbres* hasta los dos volúmenes del *Tigre Juan*, su novela, ya jugosa y hasta suntuosa —y no sólo en riqueza de lengua y estilo, sino en visión del mundo y en pintura de la naturaleza agreste o ciudadana—, desde sus comienzos, no cesa de profundizar y de ensancharse, aunque prescinda del desfile de tipos del natural que hace tan amenas las páginas de *Troteras y danzaderas*, con sus artistas, poetas y mujeres de la corte madrileña y más o menos troteras, cupletistas o danzaderas.

A mí las novelas que me parecen mejores de él son *Belarmino y Apolonio* y *Tigre Juan*, estudio este último de un carácter llevado con singular maestría y hasta con el ensayo de bipartición de la página, adelantándose a la técnica de los guiones del cine o a la de ciertos autores del teatro moderno que nos hacen ver el mismo hecho desde diferentes vértices simultáneos. De Cervantes todos preferimos, claro, el *Quijote*, pero añadimos, creo que todos también, algunas novelas ejemplares, aunque ya en la estimación predilecta podamos diferir. Quiénes gustan más del *Coloquio*, otros de *La Gitanilla* o del *Celoso* y no faltan votos aislados para las novelas a la italiana, como por ejemplo *La española inglesa*. Los libros de novelas cortas, poemáticas, de Ayala son preciosos, y confirman con su condensación el arte completo y consumado del novelador. Joya imperecedera en que se aprieta y fulge toda la compasión de Ayala por los seres inermes y puros es *Luz de domingo*.

En cuanto al ensayista, a mi juicio no alcanza por difusión de pensamiento y regodeo excesivo en el verse escribir como en un espejo—algo al modo de

Valera—la categoría del novelista ni tampoco la de sus geniales y rigurosos contemporáneos. Quizá sobresale más en los artículos o ensayos cortos donde no tiene pista para el vuelo demasiado repetido en espirales. Algunas de sus páginas mejores en el género hay que extraerlas de sus novelas, como ya se hizo en una curiosa antología. En todo caso, siempre es un maestro del concepto y no hay que decir que de la palabra.

Pero lo más asombroso es que mientras que el ensayista persiste hasta su ancianidad escribiendo y colaborando, el novelista se calla de modo increíble.

Siempre lo ha sido para mí, como para muchos admiradores y amigos de Ramón, un silencio tan pertinaz cuando acababa de ascender a la cumbre de su novelar. Recuerdo una conversación suya con un periodista cuando publicó *Tigre Juan*, en que declaraba un sinnúmero de temas, de obras empezadas y en proyecto. Todo ello se quedó en nada o poco menos. Como novelista, en nada. Y hoy resulta triste contrastar con la realidad de un silencio tan inexplicable, la esperanza manifiesta de su crítico Francisco Agustín en el libro *Ramón Pérez de Ayala. Su vida y obras*, Madrid, 1927, al terminar su biografía y

retrato: «Es el autor español que más legítimas esperanzas infunde, por no haber producido ninguna obra mediocre, pero sobre todo, porque en nadie como en él adviértese tan abundosa, desinteresada y exquisita preparación. Ayala es un perfecto y libérrimo escolar. Me han contado una anécdota taurina que, en cierto modo, deja al descubierto el espíritu creador de Ayala. Ocurrió que, apesadumbrados algunos amigos por cierta mala racha belmontista, nuestro autor alivió el ánimo decaído con estas o parecidas palabras: "No os preocupéis, Juan está preparándose. Dejád que cristalice". En efecto, en la tarde inmediata, Belmonte cristalizó en facetas de emoción, valor y sabiduría. En las obras de Ayala nótase, asimismo, un proceso de cristalización. Con ser el autor de *El sendero innumerable*, las *Tres novelas poemáticas*, *Belarmino y Apolonio* y *Tigre Juan*, los que le admiramos y queremos, aguardamos con entera seguridad la hora de la faena absoluta y definitiva, aquella que le incorpore a la perenne historia de la literatura española, asentándole en cumbre altiva y señera. Cronológicamente, Ayala no ha llegado todavía a la edad de la plenitud intelectual. Tiene cuarenta y seis años.»

CASTILLA

LOS BUHONEROS

Cruzan por tierra de Campos, desde Zamora a Palencia
—que llaman tierra de Campos lo que son campos de tierra—.
Hacen siete la familia: buhonero, buhonera,
los tres hijos y dos burras, flacas las dos y una ciega.
En un carricoche renco, bajo la toldilla, llevan
unas pocas baratijas y unas pocas herramientas
con que componer paraguas y lañar vajilla en piezas;
tres colchoncillos de estopa, tres cabezales de hierba
y tres frazadas de borra: toda su casa y hacienda.
Cae la tarde. La familia marcha por la carretera.
Dan rostro a un pueblo de adobes que sobre un teso se otea.
Dos hijos, zagales ambos, van juntos, de delantera.
Uno, bermejo, en la mano sostiene una urraca muerta.
El padre rige del diestro las borricas, a la recua.
Viste blusa azul y larga que hasta el tobillo le llega,
la tralla de cuero al hombro, derribada la cabeza.
A la zaga del carrillo, despeinada, alharaquenta,
ronca de tanto alarido, las manos al cielo abiertas,
los pies desnudos a rastras, camina la buhonera.
Pasa la familia ahora junto al solar de las eras.
Este trilla, aquél aparva, tal limpia y estotro aecha.
Un gañán, riendo, grita: ¿Hubo somanta, parienta?
La familia sube al pueblo y acampa junto a la iglesia.
¿Qué ocurre, buena señora? ¿Por qué así gime y reniega?
Mi fija que se me muere, mi fija la más pequeña.
¿Dónde está que no la vemos? Dentro del carrico pena.
Anda más muerta que viva. Nunca tal cosa dijera.
Van las mujeres de huída, clamando: Malhaya sea.
La peste nos traen al pueblo. Echalos, alcalde, fuera.
Suban armados los mozos. Llamen al médico apriesa.
El médico ya ha llegado. Mirando está ya a la enferma:
una niña de ocho meses que es sólo hueso y pelleja.
Vecinas, ha dicho el médico: no hay peste, esto es, epidemia.
La niña se ha muerto de hambre. Y al que se muere lo entierran.

«Lleva la bisutería; alma, vida, princesa.
Lleva la bisutería contigo bajo la tierra.
Pendientes de esmeraldas en las orejas.
Al cuello el collar de turquesas.
En el pelo dorado las doradas peñas.
Llévalo todo, todo. Nada, nada nos queda.»

Campanas tocan a gloria. Marchan por la carretera,
cruzando tierra de Campos, desde Zamora a Palencia.

RAMON PEREZ DE AYALA
(De «El sendero andante».)



VITAL AZA

Por JUAN PEREZ CREUS

LA mejor nota biográfica que pudiéramos hacer de don Vital Aza y Builla, nacido en Pola de Lena el 28 de abril de 1851, en el reinado de doña Isabel II, médico sin ejercicio y comediógrafo y poeta de humor con abundancia de él, sería pálida si la comparamos con la que el propio don Vital redactó en 1896 y que aparece abriendo su libro *Bagatelas*, editado en Barcelona—en plena serie de atentados anarquistas—por el librero Juan Gili, que habitaba en Cortes, 223, quien mandó imprimirlo a los Talleres Litográficos de España y Compañía, donde se terminó el día 20 de noviembre del citado año.

(Siempre es bueno, cuando se escribe sobre alguien ya fallecido, dar muestras de erudición.)

Don Vital decía en sus versos, titulados *Ego sum*:

*Al despuntar la mañana,
tras una noche serena
y en fecha no muy lejana
nací en la Pola de Lena,
hermosa villa asturiana.
Cómo nací, no lo sé;
no recuerdo la postura,
porque yo no me fijé;
pero hay gente que asegura
que yo he nacido de pie.
Quizá la gente no acierte;
mas ni me quejo, ni soy
de los que piden la muerte,
porque, la verdad, estoy
muy contento con mi suerte.*

Don Vital nos cuenta que la primera idea que le vino a la cabeza en cuanto a su futura profesión fue la de hacerse sacerdote, pero...

*Perdida la vocación,
dejé sermones y pláticas;
tiré el Nebrija a un rincón,
y empecé las Matemáticas
en la villa de Gijón.*

Don Vital, que seguramente pasearía por las calles gijonesas con muchachas de ojos dulces y entrecortados suspiros, gracias a las *Doloras* de Campoamor, se hizo delineante, hasta que se cansó de las obras del ferrocarril de Oviedo y de cubicar «en el campo y la oficina». Abandonando, de nuevo, se instala en Madrid y decide matricularse en la Facultad de Medicina. El nos lo cuenta:

*Seguí mi nueva carrera
con decisión verdadera.
Hoy soy todo un licenciado,
y juro que no he matado
a un solo enfermo siquiera.*

Y sigue:

*A San Carlos asistía
de ardor y entusiasmo lleno,
y aunque el tiempo compartía
entre Galeno y Talía,
venció Talía a Galeno.*

(Otra nota para los amigos de la erudición: Aza, que por consejo de su gran amigo Miguel

Ramos Carrión, su colaborador también en muchísimas obras teatrales, abrazó definitivamente el camino del arte, había prohibido que en su casa, y sobre todo delante de su esposa, se hablase de teatro. La señora de Aza, doña Maximina Díaz Sampil, hubiese preferido para don Vital el ejercicio médico, que le parecía más serio que el uso de la pluma, aunque este uso fuese bastante remunerador. Don Vital decía que con el bisturí podrían hacerse heridas mortales, pero que con la pluma, aunque podía herirse y zaherirse, había muchas más posibilidades de curación.)

Algunas antologías y algunos autores han afirmado a este respecto que don Vital ejerció su carrera durante algún tiempo. En ocasión del centenario de su nacimiento, su hijo, también Vital, ginecólogo insigne, académico de la de Medicina, me decía que no era cierto que su padre hubiese ejercido alguna vez, aunque sí se ocupaba de sus hijos sobre todo en materia de alimentación y en pequeñas dolencias sin importancia. El mismo don Vital, hijo, me facilitó—y lamento confesar que lo perdí—su discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina, y el de contestación de don Enrique Slocker, en el que este famoso especialista de huesos se refería a don Vital, padre, resaltando que, pese a no haber ejercido nunca, pese a sus burlas contra médicos y medicinas sentía una inmensa confianza en ellos y en ellas, hasta el punto de llamar a un compañero ante cualquier molestia ligera, cosa que ocurría con harta frecuencia, pues fue hombre de muy delicada salud.

TRES POESIAS DE VITAL AZA

MISTERIO

La noche está obscura, obscura;
sobre fogoso alazán
atraviesa la espesura
del bosque, el Conde don Juan,
sumido en honda amargura.
Llega al borde de un torrente...,
piensa en su amor y su gloria...,
limpia el sudor de su frente...,
lanza un grito..., acude gente...
¡Y aquí se acaba la historia!

FABULA TRASCENDENTAL

Mi amigo Blas Cereza
se comió treinta panes sin corteza...
¿Hay alguno que diga
que esta fábula tiene poca miga?

EL COMPAÑERO DE VIAJE

—Buenas tardes, caballero.
Perdone usted.

—No hay de qué.
—¿Usted, por lo que se ve,
es el único viajero?

—Que yo sepa, sí, señor.
—Lo celebro. Estoy rendido.
¡Jesús, lo que yo he corrido!
¡Cómo vengo de sudor!

Tomé un simón, y por poco,
junto a la plaza de Oriente,
me mato. Indudablemente,
el caballo estaba loco.

Me he tenido que apearse
porque me estaba temiendo
un vuelco, y vine corriendo
con temor de no llegar.

Porque si llego a perder
el tren, ¡valiente perjuicio!
Pero ¡cómo está el servicio
de los coches de alquiler!

Yo no he visto abuso igual,
ni policía como ésta...
Si es que a usted no le molesta,
voy a subir el cristal.

¡No! Ya no viene más gente.
¡En marcha! ¡Gracias a Dios!
Vamos a pasar los dos
la noche admirablemente.

Esto es casi un reservado.

Da gusto viajar así.

¿Prefiere usted ir ahí,
o quiere usted este lado?

Creo que irá usted mejor
yendo de espaldas al tren.

—Muchas gracias: estoy bien.

(¡Lo que habla este buen señor!)

—Usted me perdonará,
pero a mí se me figura
conocerle. ¿Por ventura
vive usted en Alcalá?

—No, señor.

—Pues lo creí.

Se parece usted bastante
a un tal Ruiz, un comerciante
muy rico, a quien conocí
en Trillo el año pasado.

Quizá le conozca usted.

Se llama don Bernabé,
y creo que está afiliado
al partido sagastino,
y tiene un primo carnal,
diputado provincial
casado con la de Pino...

¡Caramba! Pues cuando entré
en este departamento
y le vi a usted, al momento
me dije: ¡Don Bernabé!

Pero no: me he equivocado,
aunque se parecen mucho.

El es gordo y morenucho,
y usted rubio y muy delgado.

Yo soy buen fisonomista
y no se me escapa nada;
pero hace una temporada
que estoy muy mal de la vista.

Tengo una aprensión tremenda.
Usted no sabe lo que es
estarse cerca de un mes
a obscuras con una venda.

¡Eso es terrible!

—(¡Qué lata!)

—Yo no sé lo que será.

Para mí, que se me está
formando una catarata.

Me hace daño la impresión
repentina de la luz.

Ya me han visto Santa Cruz
y Cervera y Calderón...

¡Y nada! Ninguno sabe
lo que es, o se lo han callado.

Así, que estoy escamado.

Créame usted que esto es grave.

—(¡Es insufrible esta charla!)

—¿Usted es madrileño?

—No.

—Yo tampoco: es decir, yo
soy de cerca. Soy de Parla.

—¿De Parla? (¡Ahora me lo explico!)

—Allí mi niñez pasó.

Le voy a contar a usted...

—¡No, gracias! ¡Se lo suplico!

Voy a ver si duermo un rato.

Me estoy cayendo de sueño.

—¡Corriente! Es usted muy dueño.

¡Feliz usted! Yo, aunque trato
de dormir yendo de viaje,
nunca logro mi deseo.

Me marco al traqueteo
monótono del carruaje.

¡Y mire usted que este tren
anda menos que un simón!

¿Va usted lejos?

—A Gijón.

—¿De veras? ¡Pues yo también!

—¿Usted también? (¡Qué castigo!

¡Pues me voy a divertir!)

—Si trata usted de dormir,
échese usted más abrigo.

Está muy fría la noche
y es necesario arroparse,
pues no es lo mismo acostarse
en la cama que en un coche.

Siguiendo con la autobiografía, don Vital dice:

*¡No escribo mal, no, señor!
¡Vaya si soy escritor!
Créanme ustedes a mí.
Hay eximios por ahí
que escriben mucho peor.
Tengo gracia y humorismo...
Me dirán que esto es cinismo...
Lo será; no lo discuto.
Pero no he de ser tan bruto
que hable yo mal de mí mismo.*

Continúa confesándose «negado» para la música:

*En mi vida pude yo
entender, ni entenderé,
lo que algún genio expresó
con esas latas en re
y esos infundios en do.*

Pero, de seguido, afirma que sentía una extraña emoción:

*... cuando oigo al caer el día
esa vaga melodía
del canto de mis montañas.*

Fisicamente fue Vital Aza hombre de gran corpulencia y desarrollada estatura. Nos dice:

*Y por sabido me callo
que de Trujillo a Tafalla
y de Castellón a Suances,
no hay otro autor de más talla,
ni otro hombre de más alcances.*

*Y bien merezco el respeto
pues, sin pecar de indiscreto,
y sin pretensiones raras,
puedo meterme, y me meto,
en camisa de once varas.*

VITAL POETA DE HUMOR

Escribo el titulillo sin coma, deliberadamente. Podía haber escrito: Vital, poeta de humor. Pero lo que quiero decir es que, entre los poetas que entonces se llamaban «festivos», él era principal, señor, vital como su nombre.

Su fecundidad extraordinaria, su facilidad de versificación, su fina ironía sin jamás pasarse un punto del buen gusto, su humor alegre y jovial, fustigaban, ¡cómo no!, las costumbres de su época, y era capaz de ridiculizar con cuatro versos los más empingorotados tópicos. Una nota característica suya fue que supo mantener el género sin una sola concesión al mal gusto y sin ataques personales, cosa muy corriente en los años anteriores a su nacimiento y en los años de su niñez y juventud.

No tuvo Vital Aza el apasionamiento político, la agresividad terrible de un Juan Martínez Villergas, muy de moda en la niñez del poeta, ni la mordacidad—dentro de un tono realmente magistral—de don Manuel del Palacio, veinte años mayor que él. Vital Aza era impersonal en sus críticas, limpio en su pensamiento, y poco amigo de satirizar a las gentes con notas que pudieran interpretarse como ofensivas.

Se burló, naturalmente, de los enfáticos poetas que le habían precedido, le gustaba

Bécquer, y no tenía tanto respeto por Campoamor, su comprovinciano. Los poetas románticos le traían sin cuidado y se mofaba de ellos.

Así, en *La venganza del moro*—leyenda—dice:

*... Abdel, ciego de coraje,
corre, le sigue, le alcanza,
y fiero y con la esperanza
de vengar tamaño ultraje,
al fin, sobre el bulto da;
ceba en él su saña impía,
y empuñando la gumia,
dice:*

*(Se continuará
la leyenda cualquier día.)*

También en *Cuestión de correo* lanza sonrisas compasivas contra los poetas «llorones». El poeta llorón, sufriendo de amor por Inés, cuenta a la luna sus amarguras y...

*Creyó el pobre, ¡qué tontuna!,
que a Inés se lo contaría,
y, hasta la fecha, la luna
no dijo esta boca es mía.*

Después se lo contó al céfiro,

*Pero, ay, Inés ignoró
de su amante el padecer
pues el céfiro le oyó
como quien oye llover.*

Vital Aza empezó a cultivar la poesía en su provincia natal, y siempre con la vena festiva. Su firma se encuentra en las colecciones de *El Norte de Asturias*, *El Eco*, *La Estación* y *El Federal*, de Oviedo; en *La República Es-*

Yo tengo mucha aprensión
y procuro estar en todo.
—¿De veras? (Pues ya sé el modo
de quitarme este moscón.)

¿Con que es usted aprensivo?
—¡De una manera horrorosa!
Cuando siento cualquier cosa
ya no descanso ni vivo.

Ha poco, cuando venía,
sentí un dolorcillo aquí,
y en seguida me temí
que fuera una pulmonía.

Me mudé de la plazuela
del Cordón, el mes pasado,
porque un vecino de al lado
tuvo un chico con viruela.

¡Esto, amigo, no es vivir!
—¡No, señor! Yo, por fortuna,
no tengo aprensión ninguna.
Vine a Madrid a asistir
a un primo mío carnal,
y a su lado me acosté.
¡Ayer se murió!

—¿De qué?
—¡De tifus abdominal!
—¡Caracoles!

—¡Pobrecito!
Con el disgusto me siento
desde ayer calenturiento,
y he perdido el apetito
y me duelen los riñones
y la frente me molesta...

—¿Una estación? ¿Cuál es ésta?
Voy a ver... ¡Torrelozones!

¡Hombre! ¡Va aquí don Manuel
y no me había enterado!
¡Vaya, abur! Voy a su lado,
pues tengo que hablar con él.

Le abandono a usted con pena;
pero es amigo, y no quiero...
Buenas noches, caballero.

—¡Vaya usted enhorabuena!
¡Dios bendiga su aprensión!
¡Fue una idea salvadora!
¡A dormir! ¡Lo que es ahora,
no despierto hasta Gijón!

pañola y *El Productor Asturiano*, de Gijón... Cuando llegó a Madrid se dio a conocer en la revista *El Garbanzo*, cuyo director era otro poeta de humor, muy político por cierto, Eusebio Blasco. Esto ocurría en 1872, en plena segunda guerra carlista. Por entonces también empezó a colaborar en otras publicaciones madrileñas, como *El Cohete*, *Jaque Mate* y *Gil Blas*. También en prosa, aunque predominando sus escritos en verso, Vital Aza vio su firma en otras publicaciones, muchas de ellas muy importantes, como *La Ilustración Española*, *El Día*, *La Gran Via*, *Madrid Cómico*, *Heraldo de Madrid*, *Nuevo Mundo*, *Blanco y Negro* y *ABC*. En Barcelona su pluma fue muy cotizada, colaborando en *Barcelona Cómica* y *El Gato*, entre otras publicaciones.

He aquí el elenco de las obras poéticas, en verso, de don Vital Aza:

Todo en broma, 1891; *Teatro Moderno*, 1894; *Bagatelas*, 1896; *Ni fu, ni fa*, 1898; *Pamplinas*, 1899; *Plutarquillo*, 1901 (también en prosa); *Frivolidades*, 1909; *Broma y más broma*, 1912 (obra póstuma).

Jacinto Octavio Picón, el notable novelista y crítico, puso un prólogo a una de las varias ediciones de *Todo en broma*, y aunque confiesa al terminarlo que, por razón del título, no debía escribir el prólogo en serio, la verdad es que dice que «Vital Aza se aproxima a Pindaro, por la jovialidad; a Quevedo, por la melancolía, y a Leopardi, por la profunda fe en los destinos de la humanidad».

(La melancolía fue la enemiga de los últimos años de la vida de nuestro poeta. Una melancolía que degeneraba en crisis de neurastenia. Buscando un clima más apropiado, deseando



la luz, el sol, la paz, Vital Aza visitó con frecuencia las playas de Málaga. Málaga vio los últimos inviernos del poeta. Y Málaga le rindió homenaje. Y hasta un teatro tiene su nombre.)

VITAL AZA, COMEDIOGRAFO

El 7 de febrero de 1874, en la «segunda función» del teatro Variedades, se estrenó *Basta de matemáticas*, juguete cómico en un acto, original y en verso, cuyo autor era un estudiante de Medicina, al que había apoyado el famoso autor teatral Miguel Ramos Carrión. Se dijo por entonces «que no había un mes sin un buen golpe». El 3 de enero, el general Pavia entró en las Cortes y dio un golpe definitivo contra la primera República. Un mes y cuatro días después, Vital Aza dio un golpe al teatro ampuloso. El estreno fue un éxito. Ramos Carrión instó a Vital Aza a que siguiera escribiendo y que abandonase la Facultad. Vital oyó el consejo, pero terminó la carrera. Después colgó su título sobre su mesa de trabajo y se puso a escribir.

Estos días he visitado en la Sociedad de Autores a don José Ramos Martín, hijo de Ramos Carrión, y él me dio la relación completa de las obras teatrales de Vital Aza, que figuran en el archivo de la Sociedad.

De Vital Aza, autor, dijo Clarín, crítico durísimo, que no tuvo amigos en el ejercicio de sus tareas: «Vital Aza cobra el arte, no lo vende. No prostituye la musa por ganar dinero.» Como en sus poesías, en sus sainetes, en sus comedias, en sus zarzuelas, en el género chico, Aza no recurrió jamás a la «sal gruesa».

Sus personajes eran catedráticos, estudiantes, bedeles, médicos, enfermos, patronas, abogados, curas, poetas... Todo el mundo por él bien conocido.

Según Cejador, Vital Aza escribió un total de 63 piezas teatrales. Constantino Suárez, «Españolito», autor de un índice bibliográfico de escritores y artistas asturianos, dice que las obras dramáticas de Vital Aza son 65. Pero en la Sociedad de Autores hay relacionadas 77. Por cierto, que cuando esta Sociedad se fundó, por el también autor cómico Sinesio Delgado, fue Vital Aza el primer presidente que la rigió.

A *Basta de matemáticas* siguieron, en el mismo año, *El pariente de todos* y *La viuda del zurrador*, primera comedia que escribió en colaboración con Ramos Carrión. No es cosa de hacer aquí un elenco de la obra teatral vitalaziana, pero sí creo conveniente decir que aunque escribió muy buenas comedias y zarzuelas, la principal característica de su teatro es el sainete, en el que brilló tanto como Ricardo de la Vega y José López Silva.

Su obra, mucha de ella en colaboración, sobre todo con Ramos Carrión, le hace figurar entre los saineteros más destacados de nuestro repertorio nacional. Colaboró también con Santiago Rusiñol, Miguel Echegaray, José Estremera y Emilio Mario, hijo.

Citaremos, de su repertorio, *San Sebastián Mártir*, *Parada y fonda*, *Perecito*, *El sombrero de copa*, *Zaragüeta* y *La Rebotica*, así como las zarzuelas, con música de Chapí, *Adiós, Madrid*, *La calandria* y *El rey que rabió*.

El teatro de Vital Aza fue traducido a varios idiomas, y él se sentía muy orgulloso de que *Parada y fonda* se hubiese traducido al esperanto. También le hacía mucha gracia haber sido traducido al sueco y al alemán.

Estrenó dos traducciones. La primera fue un rotundo éxito, pero la segunda, titulada *La incógnita*, fue un fracaso. Realmente, el primero y el último. Me contaba Ramos Martín que la noche del estreno el pateo fue de clamor. Vital Aza recogió al apuntador y a los traspuntes el texto de la comedia. El empresario creyó que el autor iba a modificar algunas escenas, pero lo que hizo fue romper y destrozarse los ejemplares. Lleno de amargura —la melancolía le rondaba ya—, cuando llegó a su casa, destruyó igualmente todos los originales que encontró a mano. Por ello, me decía Ramos Martín, es tan difícil encontrar manuscritos de don Vital.

Vital Aza fue, sin duda, el autor más aplaudido de su tiempo y el que más dinero ganó de todos ellos.

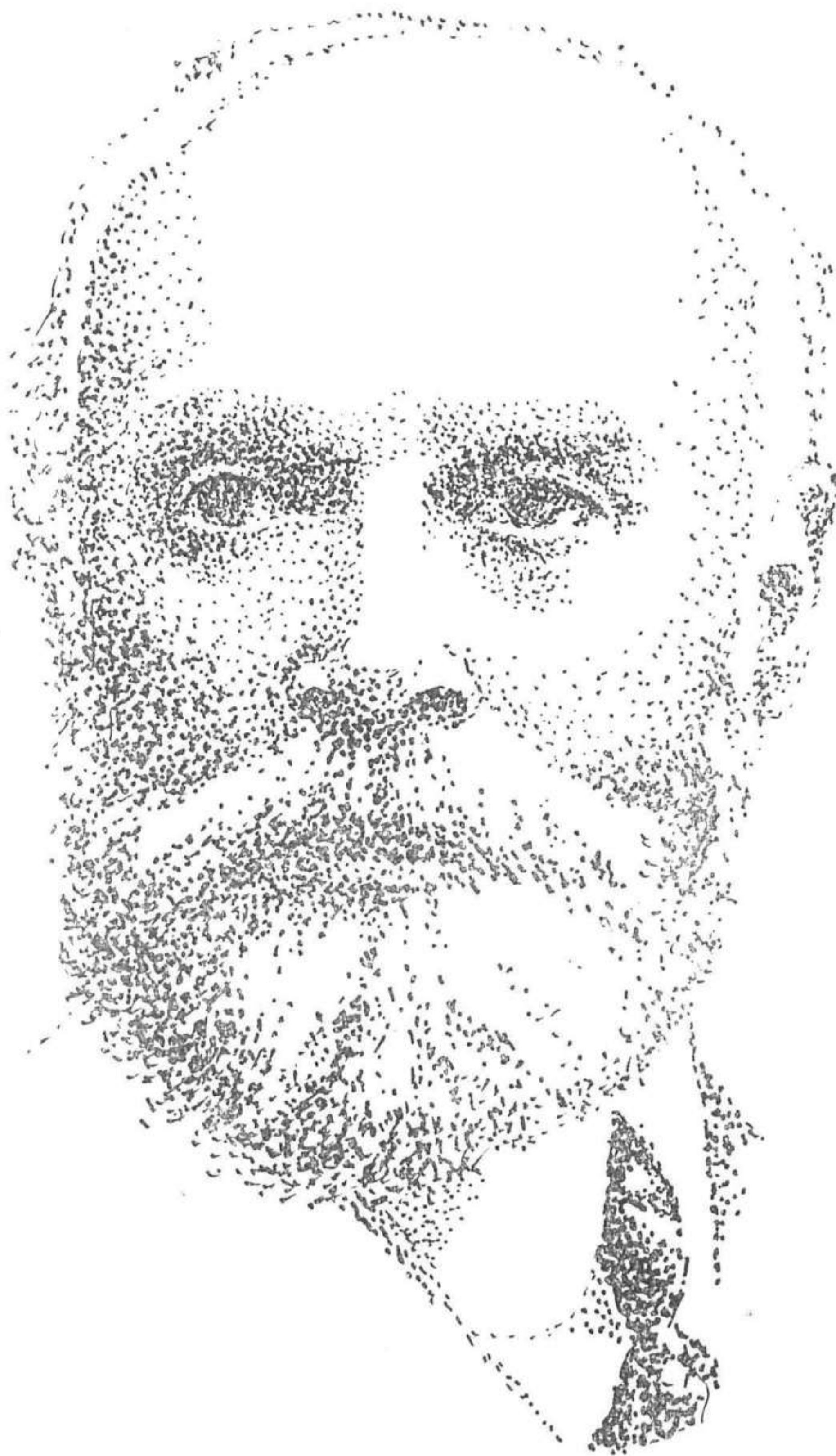
VITAL AZA, EL HOMBRE

No quiero acabar sin referirme a Vital Aza como hombre. Tuvo siempre un excelente carácter y no perdió los estribos sino en una sola ocasión. Su coetáneo, el poeta festivo Luis Bonafoux, publicó unos comentarios bastante mortificantes para Vital Aza, que, ante la gravedad de tales comentarios, pensó en dar unas cuantas bofetadas a Bonafoux. Se fue a un café de la Puerta del Sol, donde Bonafoux se reunía con sus amigos, preguntó por él, ya que no le conocía personalmente, y, al verle, Vital Aza se frenó. Bonafoux era un hombrecín de escasisima talla... Se le quedó mirando fijamente y le dijo: «Venía dispuesto a darle a usted unas bofetadas, pero desisto. No veo sitio para ellas.» Y se alejó con su gran humanidad a cuestas.

No fue Vital Aza hombre de tertulias ni de café. Relacionado con todos sus coetáneos, dotado de extraordinaria simpatía, teniendo muchos y buenos amigos, salía poco. Era hombre de vida hogareña. Contrajo matrimonio en 1882 con doña Maximina Díaz Sampil, también asturiana, y tuvo tres hijos varones: Luis, ingeniero industrial; Pedro, de igual profesión, y Vital, famoso ginecólogo, del que ya hemos hablado. Los tres escribieron, si bien sobre cuestiones técnicas de su profesión, aunque el mayor publicó cuentos y crónicas en la Prensa madrileña y americana. Tuvo asimismo una hija: doña Carmen.

El decía, en todas cuantas ocasiones venía a cuento, que sus mejores amigos eran sus hijos.

Vital Aza falleció en Madrid el día 13 de diciembre de 1912. Fue enterrado en Mieres. (Y el que firma se siente orgulloso de que lo cataloguen como poeta festivo y de haber nacido, él también, un 28 de abril, pero bastante después que Vital Aza.)



LA CREACION NOVELISTICA DE PALACIO VALDES

Por JOAQUIN DE ENTRAMBASAGUAS

POR azares de esas clasificaciones absurdas que de la literatura hace la crítica, más absurda aún bastantes veces, la novela creada por don Armando Palacio Valdés, hombre respetable y aburguesado, cabeza de familia modelo y hasta con su aspecto venerable; quizá a causa de todo esto, y no de lecturas un poco penetrantes, se la ha considerado y considera todavía como perteneciente a ese género, si no rosa, blanco al menos, que «puede ponerse en todas las manos», lo cual ha empujado literariamente la obra novelística del gran escritor asturiano.

Sin embargo, nada más lejos de la verdad. Palacio Valdés, con mucho de morboso y no poco de destructivo en su ideología, pese a ciertos remilgos de tono beato en los prólogos de sus novelas—a que era muy aficionado para justificarse—, dista mucho de ese tipo de literatura anodina, generalmente, en que encasillan la suya, y como Gabriel Miró—por otras razones y puntos de vista distintos—no puede considerarse como lectura inocua para quienes se preocupan no de la belleza literaria, sino de un

sentido moral, muy discutible, sea con el propósito e ideología que sea.

La violencia y aun virulencia que demostró Palacio Valdés en las críticas que escribía en su juventud, antes de dedicarse casi exclusivamente a la novela, no predecía un autor contenido y circunspecto en el sentido citado, que vino a corroborar en los comienzos de su vida, coincidentes con aquel período literario. La actitud audaz y sincera de Palacio Valdés para exponer su ideología tomó matices distintos en el novelista, pero respondiendo a unas mismas tendencias, no aminoradas a lo largo de su vida, sino cada vez más prudentemente expuestas—incluso con recursos en que no ya la prudencia, sino el disimulo, por no decir la hipocresía, tenían su parte—, con vistas claras a la consecución de un público español de su época, envuelven todo atrevimiento, que surge latente de continuo.

Palacio Valdés, en sus creaciones novelísticas como en su ideología fundamental, fue un discípulo de Emilio Zola, de un auténtico naturalismo, con todas sus consecuencias, al que no renunció en ningún momento, sino

que supo limarle sus aristas, para la España de su tiempo y a llanarlo para un público que se escandalizaba con la cuestión palpitante de la Pardo Bazán. Y si ésta con notable habilidad y desconocimiento, entonces, del realismo literario de la Edad de Oro, prescindió de la ideología naturalista para no limitar su público, por la misma razón, Palacio Valdés, con mayor habilidad todavía, supo suavizar todo para ese gran público, dejándolo intacto para el otro, de minoría, que encontró en él lo que en realidad había. Esto explica la preponderancia de Palacio Valdés en el extranjero, donde una novela del tipo que se le supone al autor de *El maestrante* ya no interesaba.

Lo cierto es que Palacio Valdés se dedicó a la novela porque le llevaba a ella una vocación no ya decidida, sino irresistible, como es fácil de comprobar en todo momento cuando se lee su obra, en que el arte de narrar, el contar con amenidad e interés lo que acontece es una de sus virtudes literarias más indiscutibles.

«Para mí—decía en una ocasión—ha sido tan fácil escribir novelas como a un tenedor

de libros efectuar sus operaciones aritméticas. Cuando un amigo comerciante me dice que le sería imposible escribir una novela, me sorprende, y cuando le comunico en secreto que me siento incapaz de efectuar una división de muchas cifras sin equivocarme varias veces, le dejo estupefacto. ¡Cuán fácil es dejarnos arrastrar por aquello que nos es fácil! Así, yo puesto a escribir novelas me hallé cautivo de ellas y tan contento como el pez en el agua.»

Y años después insiste sobre esa evidente inclinación suya para novelar que le acompañó durante toda su vida de escritor:

«Las acciones privadas me han interesado siempre más que las públicas; las disputas y las alegrías en el seno de las familias me han atraído más poderosamente que las guerras y los tratados diplomáticos. Por eso quizá he sido novelista, porque la urdimbre tan complicada de la humana existencia ha solicitado desde muy temprano mi atención y el espectáculo vario y pintoresco de las costumbres ha cautivado mis ojos...»

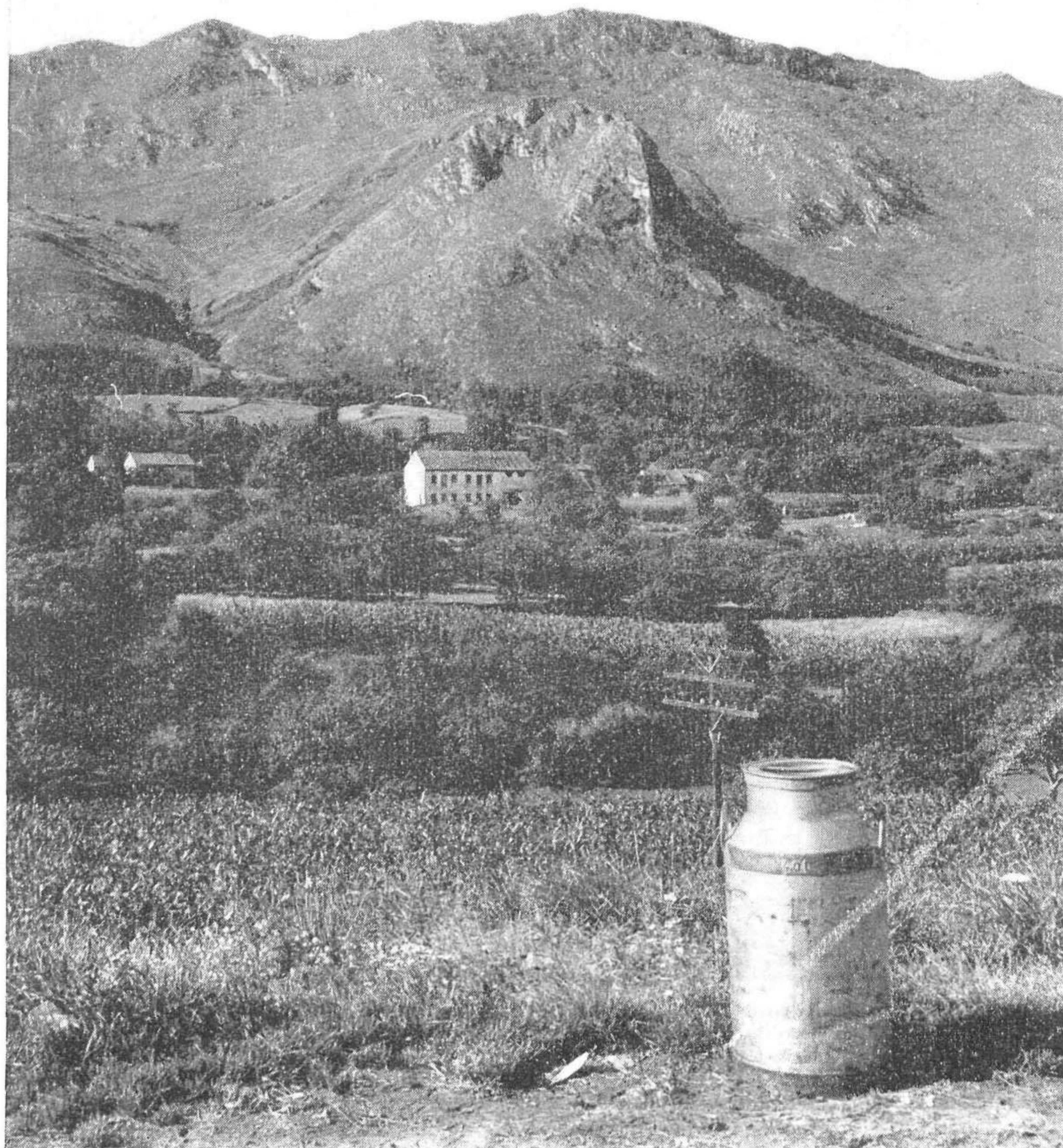
Aun reconociendo cierta limitación, o, mejor, exclusivismo, en su concepto de la novela, la verdad es que su mensaje no puede ser más expresivo, ya que lleva implícito en la interpretación del mundo que prefiere un inevitable naturalismo que él supo exaltar con arte y una observación que casi obligadamente le llevó a la morbosidad de que hay tantas muestras en sus novelas y cuentos, como ya he advertido antes.

Esta clara actitud de Palacio Valdés en la novelística de su tiempo se manifiesta ya con absoluta seguridad de líneas en su primera novela, *El señorito Octavio* (Madrid, 1881), que encuentro, por ello, en extremo significativa del autor, aunque literariamente sea inferior a otras.

Palacio Valdés la subtitula «novela sin pensamiento trascendental», guardando un poco la ropa; pero no es exacto este juicio. La novela no es ciertamente una novela filosófica, pero tampoco tiene más o menos pensamiento que cualquiera de las corrientes al uso de su época. Creo que más debe interpretarse la indicación del autor como advertencia de que no se trata de una novela de las llamadas «de tesis», que empezaron a apasionar entonces. Y eso es verdad. En *El señorito Octavio* no hay tesis ninguna. El argumento, un adulterio entre seres que no se entienden, con la intervención, al margen, del protagonista—muy desdibujado y sin interés, entre romántico, chismoso y tonto—, se desarrolla en una acción muy superior a él, completamente naturalista no solo en tema, sino en expresión, donde ya se revela el novelista que va a ser el autor.

También asoma, completando la visión novelística de Palacio Valdés en *El señorito Octavio*, el afán del autor por complicar la trama, para darle más cuerpo—creyendo que en ello está la técnica novelesca por antonomasia—con acciones y episodios accesorios, así como ya se delinea firme, aunque sin las calidades que luego adquirirá, una naciente morbosidad—que cada vez mejor encauzada por la influencia del naturalismo francés nos acompañará a lo largo de casi toda la producción del autor—en el brutal martirio a que el conde de Trevia somete a un pobre zorro, satisfaciendo su resentimiento de marido fracasado.

Lo más logrado de esta novela inicial de un buen novelista y representativa de sus características esenciales—más digna de estudiarse que de leerse por puro placer, como arranque clarísimo de los rasgos esenciales del autor que luego ha de ir expandiendo y perfeccionando técnicamente—son sus cuadros de la vida cotidiana, en los que se revela el excelente observador y ponderado discriminador de lo que puede literaturizarse que será luego Palacio Valdés. Y lo menos logrado, lo más frágil de ella, débil en ge-



neral, el desenlace artificiosísimo y espectacular, sin los latidos humanos que eran imprescindibles en tema semejante. Asimismo se percibe la influencia inicial, pero perdurable, con mayor intensidad en muchas obras posteriores, de las lecturas de novelas «por entregas» por Palacio Valdés, que Baroja, con más acierto y valentía, reivindicó en las suyas tantas veces, y que aquí no alcanzan la altura que en el novelista vasco. Por último, los personajes accesorios de esta primera novela de Palacio Valdés, cuya huella de técnica naciente se percibirá madura en las posteriores, cerrado cada uno en su círculo propio, se escurren del relato y reflejan tipos vistos y observados, más anecdóticos que novelescos, como los encontraremos más adelante en la novelística del autor.

Siguiendo esta esquemática ruta y enriqueciéndola con mayores aciertos, Palacio Valdés se consagró como novelista dos años después, con la publicación de una de sus más famosas novelas, *Marta y María* (Barcelona, 1883), donde se ven magníficamente desarrolladas sus ideas sobre la novela y su ensayo precedente, con una continuidad que explicará la de Palacio Valdés en su producción novelesca, ajeno casi a las tendencias literarias que van animando la novela a través de los tiempos.

En *Marta y María* centra Palacio Valdés su regionalismo, que, a diferencia de los demás novelistas de su tiempo, no se limita a una determinada comarca, sino que en cada novela—no obstante se reitera a veces—presenta una diferente, que suele conocer bien, aunque no sea Asturias ni Madrid, aquellas que le son más familiares.

Fundándose en el título y en sus líneas generales pudiera considerarse como una valoración alegórica del amor humano y divino,

pero bien se echa de ver en seguida que la interpretación de los dos personajes evangélicos, de las dos hermanas de Betania, es superficial y caprichosa en las dos de Nieva o Avilés—ciudad en la que al parecer transcurre la novela—, y que el problema que se plantea entre ambas dista mucho de serlo. El problema verdadero hubiera sido que Marta se enamorara de su cuñado después de haberse casado con María. La solución se prevé inmediatamente de comenzada la novela. Marta pudiera ser un humano reflejo de la figura inspiradora, pero María no. Palacio Valdés logra hacer de ella una mojonera de ascendencia moratiniana y por ello mismo de soplo volteriano, en que al no ridiculizarse la farsa—ya que María es sincera siempre—se combate la actitud vocacional desde el esencial punto de vista religioso, que no siempre se conserva a la altura que debiera exigírsele para no caer como cae a menudo en irreverentes rasgos de burla o en vulgarísima chabacanería, nada armonizados con lo que parece proponerse el autor, a quien algunos lectores, cuando apareció la novela, se lo pusieron de manifiesto, aunque Palacio Valdés procurara disculparse luego en un prólogo de retorcidas razones que a nadie pueden convencer.

Desde el punto de vista literario, *Marta y María* es un avance definitivo de la creación literaria de Palacio Valdés. El cuadro provinciano que en ella se retrata merece todo elogio y también el desarrollo del argumento en una acción en la que ya el novelista ha cuajado plenamente, así como en la afirmación psicológica de los personajes, en las descripciones y los episodios principales, en que hay tonalidades certeras de emoción valiosísimas.



Picos de Europa

No siguió Palacio Valdés la ruta progresiva iniciada al publicar *El idilio de un enfermo* (Madrid, 1884), sino que en verdad retrocedió en su técnica de novelar, empeñado en volver a la artificiosidad inútil de su primera obra, aunque ya abundan más los aciertos novelescos, que no bastan a superar el conjunto de la novela, desde el argumento ingrato, que sólo sostiene en su falsedad la acción bien desarrollada, hasta el efectista desenlace, en que el autor se siente dominado por la técnica de los novelones «por entregas», aunque sin su vivo interés innegable.

Por fortuna, cuando había llegado a este punto muerto de no eliminar defectos de sus características y no desarrollar los aciertos que ya había iniciado apareció José (Madrid, 1885), muy superior a todo lo anterior salido de la pluma del novelista asturiano y acogida con entusiasmo por público y crítica con absoluta razón.

Alguien ha comparado esta obra de Palacio Valdés con *Sotileza*, de Pereda, sin haber entre ambas más afinidades importantes que su acaecer en dos pueblos de pescadores del Cantábrico. A lo más podría admitirse la sugerencia en el novelista asturiano de un ambiente que podía novelar de modo análogo.

En José logra crear Palacio Valdés con la figura del protagonista un verdadero personaje cuyo valor humano y literario, intentado antes en sus otras novelas, logra en ésta delinearse de modo magistral, en un argumento en que el artificio ha desaparecido para dar paso al tema hondo de la lucha entre el amor y la caridad en torno a dos enamorados, que adquiere potencia insospechada, embellecida por el desarrollo de la acción y los personajes que para ello va creando y las descripciones de observación espléndida a que le llevaba su concepto del novelar, en que la poesía humana adquiere una madurez definitiva.

José es sin duda la novela de Palacio Valdés de tipo regional más puro, sin pintores-

quismos, como en *Marta* y *María*, ya eliminados. La novela, a diferencia de otras de Palacio Valdés, se ofrece con una vitalidad que no imagina problemas ni ambientes, ni seres ni ideas siquiera, que no sean los recibidos del existir cotidiano. El arte de Palacio Valdés se descubre ya pleno en su narrar de modo admirable, con una acertada sutura estética, momentos diversos que ha observado en el vivir, en que transcurre el suyo y sabe elevar a la categoría de epopeya emocional de una comarca, reducida y reiterada si se quiere, pero en la cual ha descubierto el autor de la obra, por su vocación invariable, una serie de elementos novelescos perdurables y unos delicados matices espirituales que sabe transformar en acción y poesía, los cuales han mostrado, en posteriores casos, un camino a seguir para muchos autores, aunque casi ninguno haya sido capaz luego de avanzar airoso e independientemente por él.

En *Riverita* (Madrid, 1886-87) y su segunda parte, *Maximina* (Madrid, 1887), en total una larga novela en cuatro tomos, Palacio Valdés se propuso sin duda llevar a cabo una creación novelesca al tono de algunas de las mejores de Galdós, incluso en el ambiente madrileño, tan predilecto del novelista canario, pero falta en la larga narración un nervio poderoso que la mantenga en el interés y la tensión de la acción, resultando ésta lenta y pesada en consecuencia. Es una obra en la que Palacio Valdés, no obstante, avanza en ampliar sus radios de novelista, solidificando todavía más sus personajes, aun los de segunda línea, y, sobre todo, interpretando las costumbres que retrata con una nueva aportación satírica.

Más se acentúa todavía este costumbrismo de descripciones minuciosas y valoración aguda en *El cuarto poder* (Madrid, 1888), donde satiriza —a veces envarándolo la exageración— el poder de la prensa liberal, en que a menudo se vivía un continuo chantaje,

que culminó en Francia en el asunto Cail-laux.

Pero La hermana San Sulpicio (Madrid, 1889), sin duda la más popular de las novelas de Palacio Valdés, que ha transmitido a toda su obra su especial carácter, casi de «novela rosa», representa quizá la meta que se propuso su autor creando una novela para un gran público, pero de original argumento, desarrollado en una acción viva y variada, con tipos muy de su gusto, escenas de indudable gracia y su observación penetrante, reflejada no ya en descripciones, sino en las almas de los personajes. La elegante manera de contar las cosas de Palacio Valdés, su habilidad para mantener el interés sin caídas peligrosas y la serie de valores literarios que en todo momento presenta dan a esta empresa novelística toda una indiscutible dignidad aun con sus concesiones a casi la masa de lectores.

Si Palacio Valdés hubiera terminado aquí su labor novelística nadie le podría negar un puesto destacado en la novela del siglo XIX ni una obra en que sus primeros propósitos habían alcanzado toda su plenitud; pero el novelista asturiano aún quiso desarrollar el naturalismo, hasta donde pudiera —y logró el límite—, en su horrenda y excelente novela *El maestrante* (Madrid, 1893), en que toda morbosidad imaginativa tiene su asiento, que ya en sus comienzos le había atraído e identificaba con el realismo hispánico con evidente claridad crítica.

De este nuevo período novelístico de Palacio Valdés son características dos obras, aún más representativas de él que la citada, donde la exageración deslumbra, borrando los mejores matices, que son *La espuma* (Madrid, 1890) y *La fe* (1892).

En *La espuma*, crítica de la alta sociedad de Madrid, a la manera de *Pequeñeces*, del padre Coloma, pero agudizando todo para compensar el evidente desconocimiento del ambiente, que, en cambio, era familiar al

novelista jesuita, desarrolla hasta el máximo la satirización de las costumbres, con justa crueldad muchas veces, pero sin evitar el tópico otras. En *La fe*, la interpretación religiosa que apuntaba en *Marta y María* deriva a satisfacer una turbia ideología no en el protagonista, que es de los más logrados personajes del autor, sino en los malos ejemplos, donde carga la mano innecesariamente. En el final de la novela alcanza sin duda Palacio Valdés la cúspide de este tema, en que queda indecisa la ideología del autor entre lo monstruoso, que presenta con una delectación descriptiva casi morbosa, y lo supremo, que al fin se alcanza.

El movimiento modernista, que halló en Valle-Inclán el mejor intérprete novelístico, en nada alteró la técnica del novelista Palacio Valdés. Apenas si se refleja algo, más negativo que positivo, en su vocabulario y en sus personajes. *Tristán* o el pesimismo (Madrid, 1906), menos morbosa que *El origen del pensamiento* (Madrid, 1893), pero ya en esta otra línea —donde destacarán *Los majos de Cádiz* (Madrid, 1896) o *La alegría del capitán Ribot* (Madrid, 1899) en diversos aspectos— parece la más sujeta a la época en los personajes, en el ambiente, pero en modo alguno se infunde del nuevo movimiento hispanoamericano, sino que sigue el sistema de novelar de su autor, ya iniciado en sus comienzos, pero cada vez más perfeccionado y más amplio en sus aspectos.

Quizá *La aldea perdida* (Madrid, 1903), no ya regional, sino autobiográfica, con toda su violencia y crueldad, típicas de la morbosidad de lo que escribe Palacio Valdés muchas veces, puede considerarse como el punto de partida de una nueva aportación a la producción novelesca de Palacio Valdés: las memorias, que en diversas novelas —desde *los Papeles del doctor Angélico* (Madrid, 1917) a *Testamento literario* (Madrid, 1929)— constituyen las obras predominantes en la última época del escritor, quien cumpliendo sus iniciales propósitos, llevados a feliz término en los períodos anteriores, refleja las mismas observaciones suyas, descritas magistralmente en sus novelas anteriores, que aquí conservó Palacio Valdés sin transformarlas en literatura hasta que el recuerdo se las puso sobre las cuartillas.

Vida y obra fecunda la de don Armando Palacio Valdés, en que podían separarse hasta tres novelistas por lo menos perfectamente definidos y con relieve y méritos suficientes cada uno para existir sin los otros, pero también una absoluta unidad en la técnica de su creación novelística, que parte de sus primeros intentos de novelar hasta llegar a sus últimas novelas finales, como *Sinfonía pastoral* (Madrid, 1931), por ejemplo, en que la curva se cierra sin esfuerzo, aunque en otras producciones suyas de esta época Palacio Valdés no mantenga ya el impulso creador de su madurez a comienzos del siglo actual.

Al examinar críticamente la creación novelística de Palacio Valdés nos enfrentamos sin confusión posible con un naturalista que se identifica en parte con el realismo tradicional español, procurando no adaptar aquel movimiento al mundo literario de España y su público, como la Pardo Bazán, con notable distorsión de él, sino suavizando sus tendencias ideológicas y compensando con la morbosidad en que a menudo se recrea precisamente para alcanzar, como alcanza la expresión naturalista. Y este camino que se trazó desde el primer momento se sigue en adelante sin variar su dirección, pero ensanchando con nuevos aspectos propios sus márgenes, ajeno en absoluto a lo que no sea su caminar mismo.

Escenas de la infancia y adolescencia

ANTES DE EMPEZAR

LOS niños encuentran siempre el mundo nuevo y jugoso. Para los viejos como yo, se cae a pedazos de puro seco. ¿Quién tiene razón? Ellos; sin duda, ellos. Todo pierde su valor con el tiempo, pero no es culpa de los manjares, sino de la boca y la lengua. «Preguntad a los niños y a los pájaros cómo saben las cerezas», dice un proverbio alemán. Ignoro cómo sabrán a los pájaros, pero en cuanto a mí me sabían tan bien hace sesenta años que cuando veía una cesta de ellas caía inmediatamente en éxtasis como Santa Teresa en presencia del Sacramento.

La historia de la infancia es igual siempre a sí misma. Es la felicidad. Todo niño es feliz si una mano brutal no se interpone entre él y la felicidad. Aire, luz, libertad, un poco de arena o de barro. No necesitamos entonces más para ser felices. Todo eso lo da Dios. Sólo en la infancia percibimos el sabor de los elementos creados. Las cosas tienen verdadera significación para nosotros: el mar, la lluvia, la aurora, las montañas y los ríos, las fisonomías de los hombres y los animales entran por los ojos en nuestra alma y allí se pintan con caracteres indelebiles.

Recuerdo la profunda impresión que me causaba en mi niñez el mar. Cuando me acercaba a él todo mi diminutivo ser se estremecía; la brisa salina me enajenaba, el fragor de las olas me enardecía, los barcos que se balanceaban a la orilla me dirigían amables invitaciones, las gaviotas volando sobre la inmensa llanura despertaban en mi corazón ansias locas de lo infinito. Era una mezcla de terror y de gozo. No podía hartarme de mirar y de sentir. Había una especie de fascinación en este abismo azul, verde, argentado que me hacía esperar siempre algo inefable y divino. ¿Qué nueva felicidad llegaría para mí? ¿Dónde se escondería en este momento? Mi espíritu daba vueltas, trazaba círculos como aquellas gaviotas sobre la fúlgida llanura. Pensaba ver surgir de las olas figuras adorables, rostros divinos que me sonreían. Era el templo de Dios aquel abismo líquido y transparente de donde se alzaba una música que me inundaba de dicha y llenaba mis ojos de lágrimas...

¡Ay!, ahora me acerco al mar como si fuese a la Puerta del Sol. Contemplo las volutas argentadas de sus olas con la misma indiferencia que los chorros de las mangas de riego. Su estruendo temeroso me deja impasible como el ruido de los coches, y me parece que las gaviotas, con sus graznidos, pregonan los periódicos de la tarde.

Al meditar sobre tal contraste llama a mi puerta con fuerte campanillazo el idealismo trascendental: «¡Todo está en ti, iluso, todo está en ti!» Todo no; algo queda fuera, y por este algo es posible la vida y se hace imposible la muerte.

En realidad, sólo en la niñez somos sabios; sólo entonces establecemos las verdaderas relaciones entre los hombres y las cosas: el odio es odio, el orgullo es orgullo y la justicia es justicia.

Por eso escribo la historia de mi infancia, porque sólo entonces me encuentro original y sincero. El niño no se acerca a un general, ni a un ministro, ni a un clérigo, ni a un mendigo; se acerca siempre a un hombre. En todas las figuras y con todos los disfraces vemos al hombre y a él nos ligamos o lo repelemos. Como salimos frescos de las manos de Dios sabemos que todos somos imágenes de El y que no son los zapatos y el sombrero lo que nos aproxima más al original.

Los niños creen absolutamente en la bondad del Universo. Vinendo de lo Infinito no pueden concebir la maldad más que como locura. Creen en la salud moral, creen en la simpatía desinteresada y en la fidelidad. Cuando un sujeto guapo que frecuenta su casa les besa cariñosamente y les trae golosinas, no se les pasa por la mente que aquel sujeto hace sólo esto por conquistar a su mamá.

El amor es confiado. Por eso, de niños, no nos cansamos jamás de creer y confiar. Porque en nuestra alma se halla entonces presente la paz indescriptible, la justicia limitada, la bondad infinita del Señor. Se necesita que el mundo nos arranque cruelmente la fe y con ella pedazos del corazón para que desconfiemos de los que nos rodean. En mi casa hay unas niñas que cuando van al colegio le piden todos los días a su mamá que envíe a buscarlas media hora antes de la salida reglamentaria. La madre se lo promete y jamás lo cumple; pero ellas se marchan tranquilas confiando en su palabra, y al día siguiente lo mismo. ¡Es hermoso! En cambio a nosotros, los viejos, un ministro nos jura por Dios y todos los santos, por su padre y por su madre, que acepta la cartera para trabajar por el bien del país, sin pensar en lucrarse... y no lo creemos. ¡Es horrible!

Esta confianza inquebrantable en la bondad del Universo es lo que nos hace felices en la infancia. La mía ha sido particularmente dichosa por una disposición de circunstancias que el lector apreciará si se digna seguir leyendo.

Mi infancia y mi adolescencia se pasaron en dos medios bien diferentes, en las ásperas montañas de la más abrupta provincia española y en las riberas del mar. Esta ventaja de alternar la vida campesina con la marítima es inapreciable, porque da variedad a la

vida y desarrolla en nosotros pensamientos y aptitudes diversas. Sabido es que nada refresca tanto el cuerpo y el espíritu como el cambio de ambiente y de costumbres. Además, fui educado con una libertad que pocos niños han disfrutado en la clase a que yo pertenezco. Nadie me ha obligado jamás a estudiar. Yo lo he hecho siempre cuando quería y como quería. Mi padre era un escéptico irreducible en lo referente a educación; se encolerizaba cada vez que oía decir que la educación puede mudar poco o mucho nuestra naturaleza. Tal vez arrastrado por su tendencia a la paradoja, fuese demasiado lejos en este punto.

Después de que salíamos de la escuela he discurrido siempre a mi antojo, por la villa o por el campo, en compañía de otros niños, hasta que sonaba el Angelus en la iglesia, en cuyo instante estábamos obligados a restituírnos a casa sin pérdida de tiempo. Nada de ayas o vigilantes, nada de colegios particulares y aristocráticos que no he pisado jamás. He ido siempre a la escuela pública, y más tarde, al instituto. No maldigo de colegios y academias que no conozco; pero opino que es mejor para un niño beberse el aire en la calle y recibir algunos sopapos de los hijos de los carniceros. Acaso por esto en las pequeñas poblaciones no existe ese odio irreconciliable entre burgueses y proletarios que observamos en las grandes ciudades.

Laviana, con sus ingentes montañas; Avilés, con sus vergeles, con la belleza y alegría de sus mujeres incomparables, con sus habitantes selectos, apasionados del arte; Oviedo, ciudad rebosante de ingenio y cultura, fueron los dorados pórticos donde corrió mi infancia. El cielo me concedió una madre solícita y tierna, un padre sensible, noble, ilustrado; parientes afectuosos, amigos de extraordinario despejo, que fueron más tarde honor de nuestra nación. En verdad que no debo quejarme de mi hado. Hay sujetos que pasan su vida lamentándose de cuanto les rodea, de su patria, de su familia, de sus amigos, de su profesión y hasta del siglo que les vio nacer, del tiempo y del espacio. El hombre es un ser que quisiera siempre estar en *otra parte*. Yo no he aspirado a moverme de la mía. Padres, deudos, vecinos, amigos, compañeros, han sido genios propicios para mí. He hallado en mi camino hermosas almas a las cuales soy deudor del corto talento que he podido desplegar en este mundo. Mis días se han deslizado dulces, serenos, perfumados por el amor y la amistad, turbados solamente por la huida de seres muy queridos a otra región más alta. Ignoro lo que la suerte me reserva. Aunque me resta corta vida, para el dolor puede ser muy larga. Pero si Dios me invitase a repetir la que hasta ahora he llevado, no vacilaría en aceptar el convite.

ADAN EN EL PARAISO

Habíamos llegado a Entralgo la noche anterior; un día entero caminando en diligencia hasta entrar en Sama de Langreo. Allí nos esperaba nuestro mayordomo Cayetano con los caballos necesarios. Montó mi padre en un caballo blanco, izaron a mi madre sobre otro negro provisto de jamugas, acomodaron a las criadas sobre pacíficos asnos y a mí me puso Cayetano delante de sí en su propio caballo *Gallardo*, más brioso que Bucéfalo y más juicioso que Rocinante. Nos servía de espolique José Mateo.

Seguimos la orilla del río y cuando llegamos a Entralgo era ya noche. Yo estaba medio dormido. Sólo me di cuenta de que había unas montañas muy altas, muchos árboles, un río, una gran casa con balcones de madera y delante de ella unos cuantos aldeanos y aldeanas que nos acogieron con alegría. Dos de ellos llevaban sendos candiles en las manos con los cuales alumbraban mientras nos apeábamos. Recuerdo que una mujer vieja y gorda, mejor vestida que las otras, me tomó de los brazos de Cayetano en los suyos y me besó con efusión, diciendo en voz alta que parecía un clavel. Era Manola, la noble esposa de Cayetano. Después manifestó, en voz más alta aún, que parecía un botón de rosa, y recuerdo que estos símiles me gustaron mucho y me hicieron formar buena idea de las facultades discursivas de esta señora.

Mi padre dijo:

—Acostad a este niño inmediatamente.

Mi madre respondió:

—Le daremos antes de comer.

Mi padre replicó:

—No es necesario. Ha comido muchas golosinas.

Y no recuerdo más. Cuando a la mañana siguiente abrí los ojos estaba en el paraíso terrenal.

Por los cristales de mi balcón se veía el sol nadando ya por el cielo azul. Frente a mí se alzaba una alta, hermosa montaña cuya crestería semejava la de un castillo fantástico. Sobre esta montaña venían a posarse algunas nubecillas arreboladas que el viento empujaba suavemente. El balcón abría sobre un corredor guarnecido de una magnífica parra cuyos pámpanos caían como espléndido cortinaje, ocultándome a medias el paisaje.

En aquel mismo cuarto, hacía seis años, el de gracia de 1853, había yo visto por vez primera la luz del día.

Mi padre me contó más tarde las circunstancias de mi nacimiento. Mi madre se hallaba en manos de la portera, de Manola y de otras tres o cuatro mujeres expertas. Mientras tanto él, agitado y temeroso, paseaba por el salón de la casa en compañía del notario don Salvador, del abogado Juncos y del señor cura de Lorio. A estos personajes fui presentado inmediatamente después de nacer, con las solemnidades de rúbrica. No hacía memoria mi padre de lo que había dicho en esta grave ocasión don Salvador, el notario, ni el señor cura de Lorio, pero sí recordaba perfectamente que el abogado Juncos,

mirándome fijamente y extendiendo su mano sobre mi cabeza, profirió con acento severo estas memorables palabras:

—¡Dios le deje llegar al solio pontificio!

El lector tendrá ya noticia seguramente de que los deseos proféticos del abogado Juncos no se han verificado. Me consta que mientras vivió nunca pudo consolarse de esta amarga decepción que le hizo experimentar el Sacro Cónclave Romano.

Poco después de nacer yo se trasladó mi familia a Avilés, la villa marítima que todo el mundo conoce. Y mis padres tuvieron el mal gusto de pasar seis años sin poner los pies en Entralgo, lugar de celestiales delicias enclavado en la montaña.

Osadamente me vestí, sin llamar a la chacha, y mi audacia llegó al punto de deslizarme por la casa sin conocerla. Encontré una escalera, bajé por ella y salí al campo. ¡Oh, qué hermosa huerta se extendía delante de mí, toda llena de ciruelas, cerezas y otros frutos deliciosos! Apenas di unos cuantos pasos tropecé con José Mateo, aquel criado moreno, fornido, de cabellos rizados, que nos había servido de espolique la tarde anterior.

—José Mateo, alcánzame una ciruela.

José Mateo obedeció inmediatamente.

Después vi un cerezo cubierto de cerezas y ordené con el mismo imperio:

—José Mateo, alcánzame cerezas.

Y con igual sumisión, José Mateo se encaramó en el árbol y me entregó una rama cuajada de ellas.

—¿Dónde vas? —le pregunté.

José Mateo me enteró de que iba en aquel momento a ordeñar las vacas y me preguntó si quería hacerle el honor de acompañarle. Se lo otorgué generosamente. Fuimos al establo y delante de él había unos cuantos hombres y mujeres arrancando patatas, que me acogieron con júbilo y me vitorearon como a un emperador. Yo apenas correspondí a esta calurosa ovación porque tenía prisa de hallarme frente a las vacas. Había cinco o seis: la *Salía*, la *Cereza*, la *Garbosa*, la *Morueca*, etc. Las contemplé con respeto y simpatía, pero mis ojos y mis sentidos todos se dirigieron inmediatamente a los terneros que se hallaban amarrados lejos de sus madres a un pesebre mucho más bajo. Acometido súbito de fervoroso amor me precipité hacia ellos para abrazarlos y besarlos. Me acogieron con notoria ingratitud, brincando y retorciéndose para esquivar mis caricias.

—José Mateo, móntame sobre una vaca.

José Mateo me montó sobre una vaca y me sostuvo todo el tiempo que yo quise. Después tomó su colodra y se puso a ordeñar. Los que arrancaban las patatas vinieron un momento a reposar y siguieron tributándome los mismos homenajes. Pero yo estaba atentísimo a la operación que realizaba José Mateo. Sin saber cómo, en mi mente nació un pensamiento ambicioso, el de ordeñar yo también a uno de los terneros. En cuanto significué la proposición obtuve un éxito inesperado. No sólo José Mateo, sino todos los que allí había, lo mismo hombres que mujeres, la aprobaron fuertemente y manifestaron del modo más ostensible su satisfacción. José Mateo buscó un zapito más chico y me lo entregó. Acto continuo me puse a la obra...

¿Por qué rien aquellos mastuerzos? ¿Por qué rien tanto? Reían hasta desternillarse, apretándose las costillas como si fuesen a estallar. Pero el ternero brincaba, coceaba, se retorcia, y por más que yo, diligente y enardecido por los gritos de entusiasmo que los arrancadores de patatas lanzaban al aire, no cejaba en mi tarea, nunca pude extraer de él una gota de leche. Para resarcirme de esta dolorosa decepción, José Mateo me ofreció su zapito rebosante de ella. Bebí hasta que me harté, con viva satisfacción del concurso, el cual prorrumpió en gritos de entusiasmo al verme con las narices teñidas.

En cuanto salimos del establo, lo primero que encontramos, ¡oh, dicha!, fue un asno.

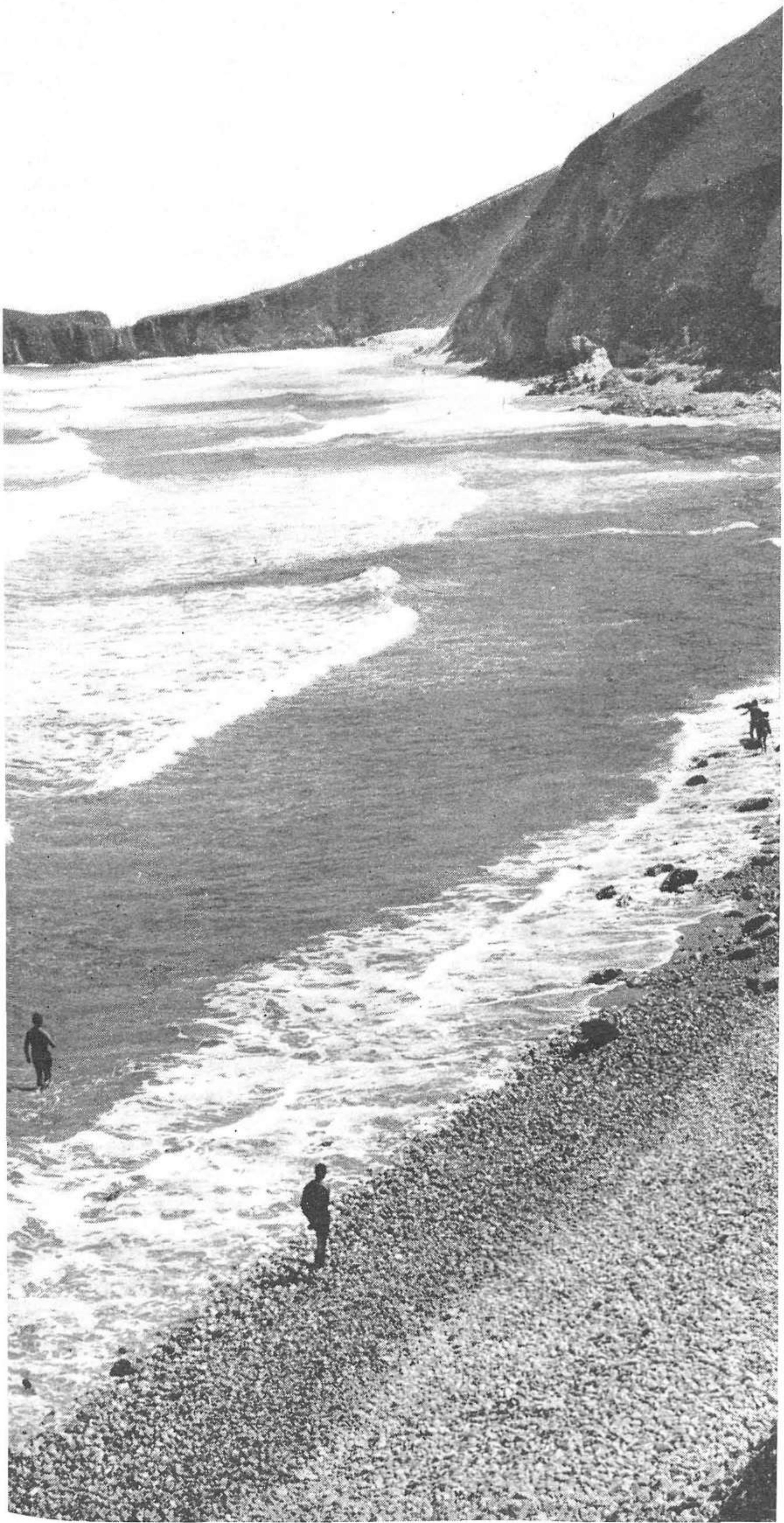
—José Mateo, móntame sobre ese burro.

José Mateo obedeció, y todos los demás le ayudaron a izarme y me pasearon largo rato por mis dominios hasta que me llamaron a tomar el chocolate. Y apenas tomado, subí de nuevo al cielo, esto es, monté en el asno y seguí paseándome, sirviéndome de palafreneros una muchedumbre de hombres y mujeres por aquellos parajes encantados donde todo era placer, dicha y amor.

Cuando llegó la hora de comer, Manola y su digno esposo Cayetano, que ocupaban los bajos de nuestra casa, me invitaron a su mesa. ¡Oh!, esta mesa era el artefacto más ingenioso y admirable que jamás se haya visto. Nos sentábamos en un gran escaño de madera ennegrecida, delante del lar; se soltaban unas clavijas y de pronto bajaba una gran tabla a colocarse delante de nosotros. A pesar de mis canas, todavía no puedo recordar esta mesa sin que mi corazón salte de alegría.

Mientras comíamos, una gata maravillosa vino a posarse sobre el hombro de Cayetano y a comer las cobras de su plato. Mi sueño en aquel momento sería que se montase también sobre mi hombro y comiese conmigo. Pues bien, este sueño ambicioso se realizó antes de llegar al final de la comida. La *Miconá*, aquella gata majestuosa, madre de tres generaciones de gatos guerreros, me hizo el honor de subirse a mi espalda y meter el hocico en mi plato. Yo permanecí tan confuso y agradecido que me apresuré a darle todo lo que había en él, y si no hubiera sido por Manola, me quedo con hambre.

Después salgo al campo otra vez, y mis pies recorren los deliciosos senderos de la aldea, los bosques de avellanos, las calles estrechas entre setos de zarzamora y madreSelva. Un sentimiento de inmortal felicidad invadía mi espíritu, lo tenía suspenso y extasiado. El aire embalsamado penetraba en mis pulmones embriagándome, los pájaros gorjeaban sobre mi cabeza bendiciones, las hojas de los árboles susurraban a mi oído promesas de dicha. De pronto, en una de las



revueltas del sendero, tropiezo con una gran cerda que llevaba en pos de sí ocho o diez cerditos. Jamás he visto una aparición más celestial. Aquellos animalitos bulliciosos, sonrosados, cautivaron inmediatamente mi corazón.

Y como yo estaba persuadido de que me hallaba en el paraíso y que todas las criaturas de Dios debían obedecerme y acatarme, en cuanto vi a un paisano cerca le ordené que me diera uno de aquellos cerditos. Sin pérdida de tiempo me lo entregó y yo lo besé con transporte en el hocico. Pero aquel animalito no debía estar acostumbrado a esta clase de expansiones amorosas, porque la tomó como una ofensa, se puso a chillar y a forcejear hasta que logró desasirse y escapar con sus hermanos.

Un poco más lejos vi algunos carneros pastando, y el pastor, que era un chico de catorce o quince años, me invitó a que me sentara a su lado. Me trató igualmente como a rey y señor, me regaló una flauta con la cual distraía sus ocios y los de los carneros, me enseñó a hacer jaulas de mimbre para los grillos, me adiestró en la caza de éstos, revelándome algunos procedimientos de invención, y, por último, me hizo saber que aquellos carneros me pertenecían y estaban a mis órdenes. Por tanto, no tenía más que pedir a mi papá que me hiciese construir un carrito de madera y él se encargaría de enganchar los dos más fuertes y domarlos hasta que pudiera pasearme por todo el concejo y llegar a Sama si fuera necesario. Yo pensé que me volvía loco de alegría. Me fui a casa, y haciendo irrupción en el despacho donde se hallaba mi padre con algunos señores, le signifiqué a boca de jarro mi pretensión. Todos aquellos señores la encontraron muy razonable y la apoyaron con todas sus fuerzas, de modo que mi padre dio inmediatamente las órdenes oportunas para que se construyese el carro.

Pero, ¿qué es lo que veo? Un perrito negro con un redondo lunar blanco en la frente, que empieza a brincar en torno mío solicitando mi valiosa protección. Me apoderé de él, le tomé en mis brazos y nuestra amistad quedó sellada. Este perrito era una perrita, se llamaba *Peseta* a causa de la forma y tamaño del lunar, que semejaba la moneda de este nombre, y pertenecía al médico don Nicolás, uno de los señores presentes. Como es lógico, le pedí en seguida que me la regalase, y, como es lógico también, me respondió que desde aquel momento era mía.

Salí con ella en los brazos y la paseé triunfante por la aldea, mostrándola con orgullo a todo el vecindario. El respeto a la verdad me obliga a confesar que durante las dos o tres horas que la llevé sobre mi pecho, aquella linda perrita me dio pruebas inequívocas del más fino amor. Me decía cosas tiernas al oído y me lamía la cara, acaso más a menudo que lo que hubiera aconsejado la decencia. ¿Por qué, pues, aprovechando un descuido mío, saltó al suelo y emprendió una carrera vertiginosa sin escuchar mis anhelantes llamamientos? Nunca he podido comprenderlo. El corazón femenino es un abismo de contradicciones y misterios.

Cuando venía hacia casa, mohíno y entristecido, tropecé con don Marcos, aquel famoso capellán que había perdido su fortuna en franquichelas y sobre el tapete verde.

—¡Don Marcos—le dije con acento dolorido—, se me escapó la *Peseta*!

—¡Ah, hijo mío, cuántas se me habrán escapado a mí!—me respondió sonriendo.

Yo no entendí el equívoco y creí de buena fe que había tenido muchas perritas y se le habían escapado. Y le compadecí sinceramente.

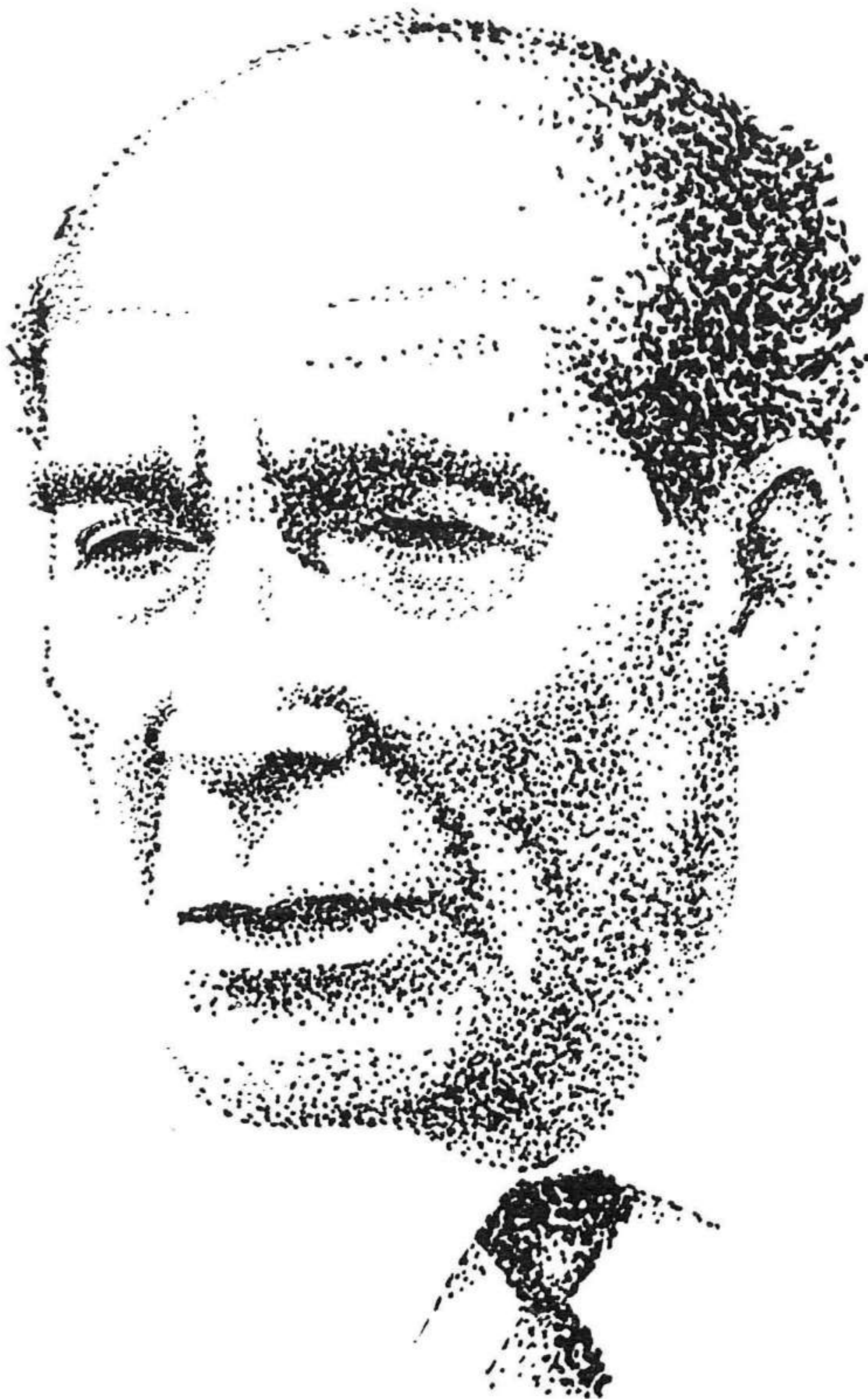
Pero cuando llegué a casa, el *Muley*, el obeso perro de caza de Cayetano, vino a mí y me consoló de la traición de aquella pérfida. ¡Qué honradote era aquel *Muley*! ¡Qué gracioso! ¡Qué buen carácter tenía! Aunque me montase sobre él, aunque le tirase de las orejas y del rabo, jamás le he visto enfadado. Lo único que hacía era sustraerme bonitamente el pan de la merienda. Pero lo ejecutaba con tal gracia y destreza que se lo perdonaba de todo corazón. Aquella tarde me hizo feliz y se tragó tres buenos cachos de pan y un gran pedazo de queso.

Por la noche, después de cenar, me recosté en el gran sofá del comedor, cerca de mi madre, que ocupaba el otro extremo. Más de una docena de mujerucas de la aldea vinieron a hacernos la tertulia. Como no había sillas bastantes, muchas de ellas se acomodaron en el suelo. Mi padre, en un ángulo de la estancia, fumaba un cigarro puro y charlaba con el señor cura, el notario don Salvador, el abogado Juncos y Cayetano. Las mujerucas hilaban y mi madre hilaba también, sirviéndose de una preciosa rueca con incrustaciones de marfil que le había regalado mi abuelo. Sus dedos de hada torcían el hilo tan fino, que las mujerucas no se hartaban de admirarla. De vez en cuando posaba en mí sus grandes, hermosos ojos negros y sonreía dulcemente.

Los míos se entornaban ya, a mi despecho, para dormir. Sentía perder de vista por algunas horas el paraíso en que la Providencia me había colocado. A mis oídos llegaba, sin embargo, la conversación que sostenía mi padre con aquellos señores. Se hablaba de unas cosas espantosas, del robo que se había cometido hacia pocos días en casa del señor cura de Pelúgano, de la ferocidad de los ladrones, de los tormentos que habían infligido al buen sacerdote y a su ama de gobierno para hacerles declarar dónde estaba escondido el dinero. Pero todo aquello no era más que una horrible pesadilla. Yo estaba en el paraíso, me hallaba absolutamente convencido de ello, y ansiaba despertarme para gozar nuevamente de sus alegrías inmortales.

ARMANDO PALACIO VALDES

(De *La novela de un novelista*.)



UN GRAN DRAMATURGO Y POETA ASTURIANO

ALEJANDRO CASONA

Por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

EL HOMBRE

Alejandro, hijo de don Gabino Rodríguez Álvarez y de doña Faustina Álvarez García, nació en Besullo, pueblecito vaquero y artesano de Cangas de Onís, provincia de Asturias, el 23 de marzo de 1903. Alejandro fue el tercer hijo de los cinco que tuvieron sus padres. Su bautizo se celebró el 25 de marzo, en la iglesia parroquial de San Martín de Besullo. Don Gabino y doña Faustina fueron maestros nacionales. Y sus cinco hijos obtuvieron el mismo título. Alejandro vivió en Besullo hasta los cinco años. A los tres años ya sabía leer y escribir y soñar a la perfección. Hasta los diez años vivió en Villaviciosa. Y en el Instituto «Jovellanos», de Gijón, aprobó los primeros cursos del Bachillerato. En Murcia vivió Alejandro, entre 1917 y 1922, según confesión propia, «los mejores años de mi vida», aprendiendo música en el Conservatorio e iniciando su enorme vocación literaria, inclusive actuando como actor en varias compañías de aficionados, que actuaban en pueblos próximos a la capital.

En 1922 ya estaba Casona en Madrid, habiendo ingresado en la Escuela Superior del Magisterio. En 1926 alcanzó el grado de inspector. En 1928 contrajo matrimonio con la guipuzcoana Rosalía Martín Bravo, que había sido su compañera de estudios. Y juntos marcharon a regentar la escuela del pueblo de

Les, en el valle de Arán. En este mismo año quedó finalista, con su obra *Otra vez el diablo*, en un concurso organizado por el diario madrileño *ABC*. Su trabajo de fin de carrera, presentado en 1926 en la Escuela Superior del Magisterio, tuvo como tema *El diablo en la literatura y en el arte*, en el que se adelantaba, con algunas de sus afirmaciones, a las de Papini en su obra *El diablo*. En el mismo año publica su primer libro de poemas: *El peregrino de la barba florida*, que aún firma como Alejandro Rodríguez Álvarez.

Su apasionada y constante vocación teatral le hizo fundar en Les un teatro para niños, «La Pájara Pinta», para el que escribió algunas deliciosas piezas con temas tradicionales.

En 1931 fue nombrado inspector de escuelas en Asturias, pero poco después ganó la plaza de inspector provincial de primera enseñanza en Madrid, logrando en seguida el decreto fundador del Patronato de Misiones Pedagógicas. Y este Patronato le nombró director del «Teatro del Pueblo» y del «Teatro Ambulante», a los cuales se encomendaba llevar a los pueblos más humildes la alegría y la pedagogía del más hermoso teatro español. Y de Casona son las siguientes noticias: «Durante los cinco años en que tuve la fortuna de dirigir aquella muchachada estudiante, más de trescientos pueblos (en aspa desde Sanabria a la Mancha y desde Aragón a Extre-

madura, con su centro en la paramera castellana) nos vieron llegar a sus ejidos, sus plazas o sus porches, levantar nuestros bártulos al aire libre y representar el sazonado repertorio ante el feliz asombro de la aldea. Si de alguna obra puedo enorgullecerme de haber hecho en mi vida, fue aquella; si algo serio he aprendido sobre pueblo y teatro, fue allí donde lo aprendí. Trescientas actuaciones al frente de un cuadro estudiantil y ante públicos de sabiduría, emoción y lenguaje primitivos son una tentadora experiencia.» Para este teatro ambulante escribió Casona varios de sus mejores entremeses: *Sancho Panza en su isla*, *Entremés del mancebo que casó con mujer brava*.

En 1932 ganó el premio nacional de Literatura con su libro *Flor de Leyendas*, recopilación de algunas medievales, españolas y extranjeras. Y al siguiente año envió su comedia *La sirena varada* al concurso premio «Lope de Vega», fundado por el Ayuntamiento de Madrid. Habiendo ganado el premio, su obra fue estrenada en el teatro Español de Madrid, en la noche del 17 de marzo de 1934, por la compañía de Margarita Xirgu y Enrique Borrás, obteniendo un éxito tan grande y definitivo, que su nombre quedó incorporado al de los autores teatrales más insignes, a muchos de los cuales excedió en universalidad, puesto que *La sirena varada* se tradujo en seguida a varios idiomas y alcanzó el

mismo éxito sensacional sobre todos los escenarios de Europa. Este éxito quedó ratificado en el mismo teatro y por la misma compañía con su obra *Otra vez el diablo*, y en el teatro Reina Victoria de Madrid, con su obra polémica *Nuestra Natacha*, representada por la compañía Díaz-Artigas el 6 de febrero de 1936.

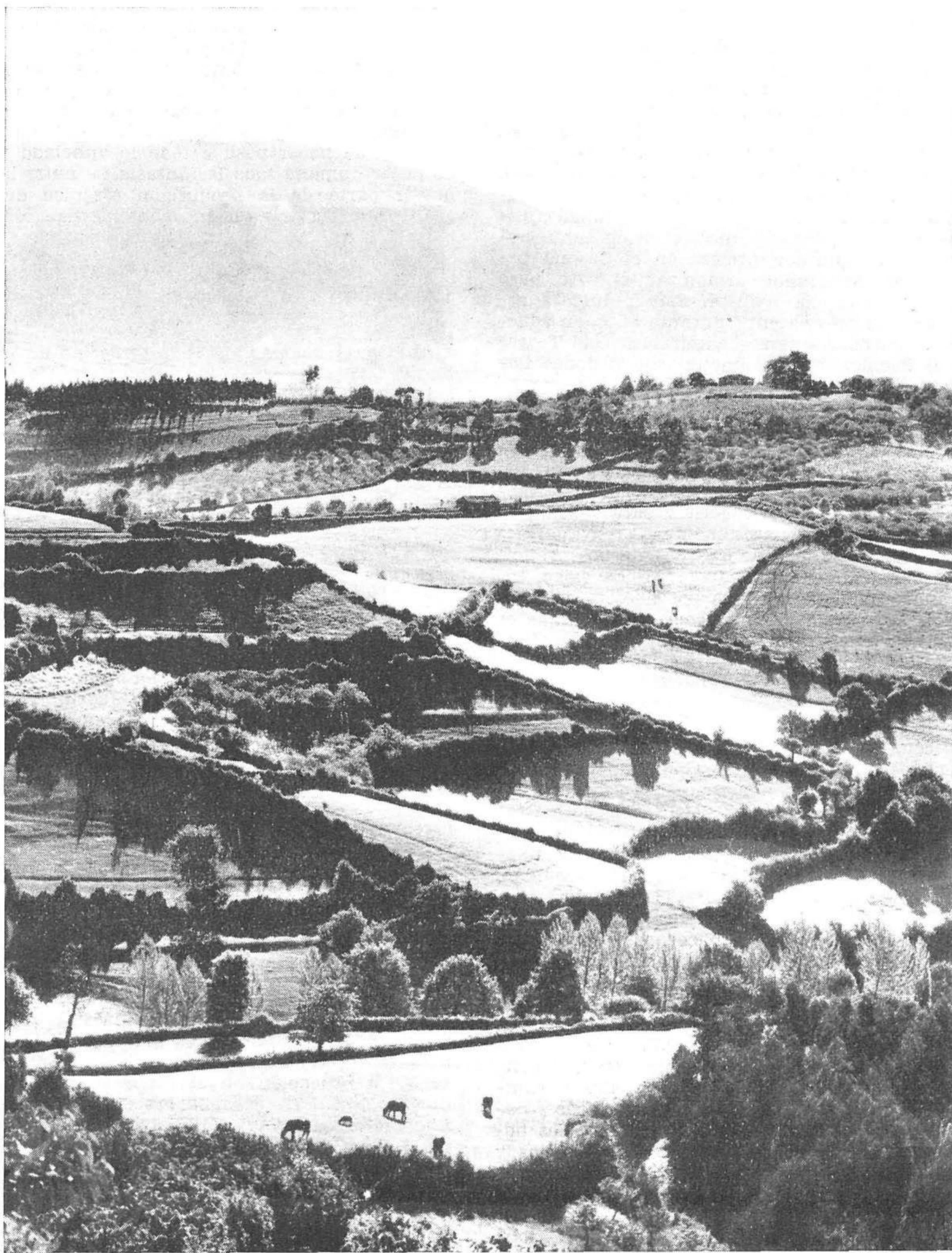
Al estallar la guerra civil española de 1936, luego de permanecer algunos meses en Barcelona, Casona, con su mujer y su hija, unidos a la compañía de Pepita Díaz y Manuel Collado, marcharon a distintos países de Hispanoamérica, estableciéndose definitivamente en Buenos Aires. En esta ciudad, y en su bella finca de recreo en Punta del Este (Uruguay), bautizada con el nombre de «La Sirena», Alejandro Casona escribió todas sus restantes obras escénicas, a excepción de *El caballero de las espuelas de oro*, ya terminada en Madrid en 1963. Pero en los casi veintitrés años que vivió fuera de España hubo de trasladarse con frecuencia a distintos países de América, de Europa y de Asia para asistir al estreno —siempre triunfal— de cada una de sus obras, y aun al de alguna de sus felicísimas adaptaciones de obras de Lope de Vega y de Shakespeare.

En 1961 ya estuvo algunos días Casona en Madrid. Y al siguiente año decidió residir en Madrid, donde se iniciaron los estrenos de muchas de sus obras, con las que obtuvo éxitos sensacionales, pasando él a ocupar el puesto de excepción en el escalafón de nuestros autores teatrales. Y no encontró reparos de bulto en la crítica más exigente y suspicaz. El 1 de octubre de 1964 estrenó en el teatro Bellas Artes, de Madrid, su comedia *El caballero de las espuelas de oro*, primer estreno auténtico de una obra de Casona después de 1963; obra, pues, desconocida en el extranjero y acogida jubilosamente en toda España, hasta el punto de haber sido representada más de mil veces sobre distintos escenarios. Pero esta inmensa alegría de encontrarse en España, de saborear sus grandes éxitos españoles, este encontrarse en la cima de la popularidad inspirando ensayos y tesis doctorales y crónicas en incontables idiomas, viéronse acibarados por la acentuación de una ya antigua dolencia: estrechez de válvula mitral, que le originaba con frecuencia desfallecimientos, ahogos, desmayos... Decidió operarse, y la operación, un poco a vida o a muerte, le fue practicada en un sanatorio madrileño el 13 de julio de 1965. Aun cuando pareció que el resultado de ella ofrecía esperanzas, luego de permanecer mes y medio en su casa hubo de ser recluido nuevamente en el sanatorio y operado de nuevo. Alejandro Rodríguez Álvarez, universalmente conocido como Alejandro Casona, murió a las dieciséis horas del viernes 17 de septiembre de 1965. Su cadáver fue trasladado al vestíbulo del teatro Lara (escena de su último estreno, de éxito aún flamantísimo), preparado con severa y delicada escenografía. Y muchos miles entre sus admiradores pasaron y rezaron ante él.

EL DRAMATURGO

Alejandro Casona es un extraordinario innovador teatral, y si no ha revolucionado la técnica es porque prefirió imponer su táctica. Podría ser definida la táctica como «la interacción personal de la técnica». La técnica es lo suficientemente elástica para admitir diversas tácticas, todas ellas eficientes. La táctica de Casona es una de las más felices adaptaciones del tecnicismo ortodoxo a un procedimiento escénico francamente revolucionario por peculiar. Sin que pueda afirmarse que Casona arrumbe las más felices consecuencias de la técnica, asombra cómo utiliza tales consecuencias en sus posibilidades últimas, o en las más ignoradas. La táctica teatral de Casona tiene este límite: la audacia colmada en su intención, jamás decidida a deshumanizarse. Y tiene este método: sorprender, aprender, conmover, prestar alas ligeras, crear mundos más allá de la realidad. La táctica teatral de Casona tiene esta eficacia: provocar una reacción conmovida, sin pensar que ella le pueda o no ser favorable. Y tiene esta justificación: su constante y noble afán de originalidad, de conceder a las criaturas humanas parcelas de felicidad que la vida jamás les concede.

A mi juicio, los valores del teatro de Casona son éstos: ponderación de lo real en lo irreal,



y viceversa: colocación lógica de personajes reales en un mundo irreal y de personajes irreales en un mundo real; armonía de posibilidad entre la fantasía, «que quiere tomar cuerpo», y la verdad, que quiere permanecer aún dentro de lo fantástico; idealización lógica de impulsos, pasiones y ensueños; quintaesencias de lo poético aprovechadas para dignificar lo plenamente desprovisto de poesía siquiera elemental; la ternura y el humor batiéndose en un silencioso y casi púdico juego; la exaltación constante de la llamada «pedagogía del alma»; odio y reticencias contra los valores negativos del espíritu: rencor, pesimismo, egoísmo, envidia, hipocresía, etc.; protagonistas constantes, ya en un primer plano, ya en contrapunto obsesivo; combinaciones entre el lenguaje real y el lenguaje poético. Casona no rehúye la realidad; pero no está conforme con una realidad *a palo seco*, sin garantías para las fugas hacia lo ideal, sin aspiraciones por lo sobrenatural, en cuatro palabras: una realidad sin alas. Que la carne exija cautividad al espíritu, tolerable; pero intolerable que le exija hallar en su cautividad el gozo de su sino y la fatalidad de su destino. El hombre puede sentir respeto y hasta amor por su cárcel corpórea, pero no la puede —ni le debe— sacrificar las grandezas de sus ilusiones. Casona —y conviene la insistencia— no quiere relacionarse con irrealidades *desligadas de la posibilidad humana*, que sería como manipular con efímeros y peligrosos fuegos artificiales. La realidad que surge de todas las obras de Casona no es una *irrealidad inventada*, sino una *irrealidad encontrada y enganchada* en los más hondos resortes humanos. La atmósfera y el climax en algunas de las más importantes producciones de

Casona es... la de esta irrealidad —licita, posible, humana—, nombre inadecuado dado provisionalmente a la *vida gloriosa mortal* de cada criatura, que no extraña sino en pugna con la de los demás. En este plano de superación de la cotidianidad se mueve el dramaturgo asturiano con asombrosa soltura.

Posiblemente Casona siempre dio en su teatro más importancia a la *reacción* que a la acción. Que ninguno de cuantos me leen interpreten el vocablo reacción en su primer sentido académico: acción que se resiste, que se opone a otra. La reacción a la que yo me refiero en el teatro de Casona es esa que surge impensadamente, al ir hallando y casando sucesos y anécdotas que al principio parecían ajenos entre sí. A esta magia de que la acción escénica nazca de la ya aludida *realidad extraordinaria* es a la que llamo *re-acción*. ¿Tiene mucha trascendencia este procedimiento escénico de Casona? Extraordinaria, y por varias razones. La re-acción exige en el público unas entendederas más ágiles y alerta. La re-acción permite el planteamiento de una obra con franca soltura, en la que parece triunfar *el capricho* más seductor. La reacción guarda las sorpresas mejores para el desenlace, sí, para esa moraleja que suele sobrar en la acción ortodoxa. La re-acción provoca en los espectadores con más fuerza el asentimiento o la disconformidad. La re-acción no permite, ni a los espíritus más avisados, presumir siquiera qué es lo que va a ver, lo que va a saber. La re-acción jamás falla en el interés, como tantas veces sucede en la metódica acción, ya que el interés de ésta debe desarrollarse encadenadamente, y en cuanto un eslabón se suelta, el interés queda truncado en definitiva y sin compostura po-

ACTO PRIMERO

En un lugar de las Asturias, de España. Sin tiempo. Planta baja de una casa de labranza que trasluce limpio bienestar. Sólida arquitectura de piedra encajada y maderas nobles. Al fondo, amplio portón y ventana sobre el campo. A la derecha, arranque de escalera que conduce a las habitaciones altas, y en primer término del mismo lado, salida al corral. A la izquierda, entrada a la cocina, y en primer término, la gran chimenea de leña ornada en lejas y vasares con lozas campesinas y el rebrillo rojo y ocre de los cobres. Apoyada en la pared del fondo, una guadaña. Rústicos muebles de nogal y un viejo reloj de pared. Sobre el suelo, gruesas esteras de sogá. Es de noche. Luz de quinqué. La Madre, el Abuelo y los nietos (Andrés, Dorina y Falín) terminan de cenar. Telva, vieja criada, atiende a la mesa.

ABUELO.—(Partiendo el pan.) Todavía está caliente la hogaza. Huele a ginesta en flor.

TELVA.—Ginesta y sarmiento seco; no hay leña mejor para caldear el horno. ¿Y qué me dice de ese color de oro? Es el último candelal de la solana.

ABUELO.—La harina es buena, pero tú la ayudas. Tienes unas manos pensadas por Dios para hacer pan.

TELVA.—¿Y las hojuelas de azúcar? ¿Y la torrija de huevo? Por el invierno, bien que le gusta mojada en vino caliente. (Mira a la Madre, que está de codos en la mesa como ausente.) ¿No va a cenar nada, mi ama?

MADRE.—Nada. (Telva suspira resignada. Pone leche en las escudillas de los niños.)

FALÍN.—¿Puedo migar sopas en la leche?

ANDRÉS.—Y yo ¿puedo traer el gato a comer conmigo en la mesa?

DORINA.—El sitio del gato es la cocina. Siempre tiene las patas sucias de ceniza.

ANDRÉS.—¿Y a ti quién te mete? El gato es mío.

DORINA.—Pero el mantel lo lavo yo.

ABUELO.—Hazle caso a tu hermana.

ANDRÉS.—¿Por qué? Soy mayor que ella.

ABUELO.—Pero ella es mujer.

ANDRÉS.—¡Siempre igual! Al gato le gusta comer en la mesa y no le dejan; a mí me gusta comer en el suelo, y tampoco.

TELVA.—Cuando seas mayor mandarás en tu casa, galán.

ANDRÉS.—Sí, sí; todos los años dices lo mismo.

FALÍN.—¿Cuándo somos mayores, abuelo?

ABUELO.—Pronto. Cuando sepáis leer y escribir.

ANDRÉS.—Pero si no nos mandan a la escuela no aprenderemos nunca.

ABUELO.—(A la Madre.) Los niños tienen razón. Son ya crecidos. Deben ir a la escuela.

MADRE.—(Como una obsesión.) ¡No irán! Para ir a la escuela hay que pasar el río... No quiero que mis hijos se acerquen al río.

DORINA.—Todos los otros van. Y las chicas también. ¿Por qué no podemos nosotros pasar el río?

MADRE.—Ojalá nadie de esta casa se hubiera acercado a él.

TELVA.—Basta; de estas cosas no se habla. (A Dorina, mientras recoge las escudillas.) ¿No querías hacer una torta de maíz? El horno ya se estará enfriando.

ANDRÉS.—(Levantándose, gozoso de hacer algo.) Lo pondremos al rojo otra vez. ¡Yo te ayudo!

FALÍN.—¡Y yo!

DORINA.—¿Puedo ponerle un poco de miel encima?

TELVA.—Y abajo una hoja de higuera para que no se pegue el rescoldo. Tienes que ir aprendiendo. Pronto serás mujer... y eres la única de la casa. (Sale con ellos hacia la cocina.)

ACTO SEGUNDO

PEREGRINA y ABUELO

ABUELO.—Muy pensativa te has quedado.

PEREGRINA.—Mucho. Más de lo que tú piensas.

ABUELO.—¡Mala noche para ti, eh! Te dormiste en la guardia, y se te escaparon al mismo tiempo un hombre en la barranca y una mujer en el río.

sible; mientras el interés de la re-acción va surgiendo por *estados* o por *aspectos*, y el que uno de éstos falle no afecta a los restantes. Casona, en la mayoría de sus obras, se atiene a la re-acción, sumando a su audacia por lo *distinto e irreal normal* una seguridad total en que los aplausos le asistirán con los últimos sobresaltos de los espectadores.

Alejandro Casona se enorgulleció siempre de haber sido en su juventud maestro de escuela con apasionado celo apostólico. Al principio de su labor escénica, el dramaturgo novel ya influía con firmeza en el Casona pedagogo, intentando armonizar el arte puro con la docencia realista. Esta seductora armonía se hizo patente, durante años, en aquellos sus dos esfuerzos admirables del «Teatro del Pueblo», de las ambulantes Misiones Pedagógicas y de *La Pájara Pinta*. Por ello no es de extrañar que cuando Casona decidió abandonar el Magisterio para dedicarse por entero a la literatura escénica no quisiera —o no pudiera— prescindir de enhebrar en sus obras el áureo y finísimo hilo de la moraleja. Teatro para sugerir y para enseñar es el de Casona. ¡Peligrosamente atractiva la «pedagogía del alma» de Casona! Se nos presenta con un lenguaje seductor. Nada exige. Insinúa. Inquieta. Se filtra por nuestra emoción con una tranquila insistencia. Diríase que es su enseñanza como la súbita iluminación fantástica de una noche bajo cuyas precedentes tinieblas discurriamos removidos por los miedos y reconcomidos por las dudas.

Resultaba imposible que en una producción escénica de aliento universal como la de Casona pudiera concebirse el mundo sin contar con la colaboración permanente y decisiva de DIOS, la MUERTE y el AMOR. Porque, en resumidas cuentas, el hombre mientras vive por y para el Amor se olvida de la Muerte, amasando motivos y méritos para la Eternidad. Y por el AMOR y la MUERTE se aproxima a DIOS. Todo, todo lo hacemos, mientras alentamos, o lo dejamos de hacer, preocupados por aquellas tres tremendas palabras con iniciales mayúsculas. En los problemas trascendentales del hombre apuntan siempre su exigencia, más o menos inmediata, Dios, el Amor y la Muerte. Casona, como español excepcional, sabe que los estímulos apremiantes en la conciencia de los españoles excepcionales de cualquier época —más en épocas románticas y barrocas que en las clásicas— han sido los obsesivos de someterse al imperio del Amor y de la Muerte para cumplir lo estipulado por Dios, meta definitiva a la que no llega la Muerte, pero siempre el Amor.

Es fácil señalar en las obras de Casona otros protagonistas que también merecen la mayúscula para su nombre: Bondad, Poesía, Ilusión, Verdad... Pero todos estos protagonistas —y qué bien lo sabe Casona!— sólo pueden vivir y desvivirse en relación constante, concreta y subordinada con Dios, el Amor y la Muerte; porque son estos tres los únicos océanos donde todas las corrientes vivas han de entregarse; porque, y mayor verdad aún, los océanos Amor y Muerte no son sino como los brazos del océano Dios; los brazos con los que el océano Dios cuida y se atrae a los protagonistas del gran teatro del mundo. Sometido al sino y al designio de esos tres océanos, Casona no escribe ni una obra en la que falte el impulso, el sencillo mandato, la influencia casi tangible y visible de uno de los tres, de dos de los tres, de los tres. Contra lo que hoy parece lógico, el trato continuado con esos tres grandes protagonistas no ha dado al teatro de Casona frutos ácidos o ásperos, como lo ha dado en todos los grandes dramaturgos sus contemporáneos: Tennessee Williams, Sartre, Camus, O'Neill, Anouilh, Giraudoux, Kayser... Estos universales dramaturgos luchan inconformes, inclusive adversarios de los tres grandes protagonistas. Pero Casona, acaso por ser español —los españoles llevamos desde hace siglos en la sangre hirviente la imperiosa necesidad del apasionamiento crudo, del misticismo y de saber la vida sólo como posada en el camino de la mejor vida que nos dará la Muerte—, Casona ha llevado a su producción esencial un espíritu esencialmente esperanzado, fecundo, gozosamente poético. No hay que luchar con la Muerte, con el Amor, con Dios, nos viene a enseñar en todo su teatro, sino sonreírlos con cierta melancolía...

Como nota esencial, como *constante* en el teatro de Casona, se observa cumplidamente la idealización de las pasiones, el sentido

inexorablemente humano con que se capta y ciñe lo poético. El ser poeta —y gran poeta— y el ser paético —y un fenomenal apasionado— no consiguen obligarle a dar vigencia y trascendencia puramente sensual a sus pasiones, ni a destilar con exclusivismo ensueños y lucubraciones fantásticas. En la magia sensorial de hacer posible todo lo anhelado y de hacer humana toda la fantasía, se nutre la mayor parte de la producción escénica del gran dramaturgo asturiano contemporáneo.

LA OBRA

a) Obras no teatrales: *El peregrino de la barba florida*, poemas, Madrid, 1926. *La flauta del sapo*, poemas, Valle de Arán, 1930. *Flor de Leyendas*, Premio Nacional de Literatura, Madrid, 1933. (Se conservan inéditos más de cien guiones escritos para la radio y la televisión de países hispanoamericanos.) *El Diablo. Su valor literario*, Madrid, Aguilar, en el tomo II de O. C., 1965. *Las mujeres de Lope de Vega*, Madrid, en el tomo II de O. C., 1965. *La vida de Francisco Pizarro*, Madrid, en el tomo II de las O. C., Aguilar, 1965. (Estas tres últimas obras fueron añadidas a las O. C. precisamente en la edición ampliada de 1965.)

b) Obras teatrales: *El crimen de lord Arturo*, Zaragoza, 1929. *La sirena varada*, Madrid, 1934. *Otra vez el Diablo*, Madrid, 1935. *El misterio del «María Celeste»*, Valencia, 1935, adaptación de una novela breve de Hernández Catá. *Nuestra Natacha*, Madrid, 1936. *Prohibido suicidarse en primavera*, Méjico, 1937. *Romance en tres noches*, Caracas, 1938. *Sinfonía inacabada*, Montevideo, 1939. *María Curie*, Buenos Aires, 1940, en colaboración con Francisco Madrid. *Las tres perfectas casadas*, Buenos Aires, 1941. *La Dama del Alba*, Buenos Aires, 1944. *La barca sin pescador*, Buenos Aires, 1945. *La molinera de Arcos*, Buenos Aires, 1947. *Los árboles mueren de pie*, Buenos Aires, 1949. *La llave en el desván*, Buenos Aires, 1951. *Siete gritos en el mar*, Buenos Aires, 1952. *La tercera palabra*, Buenos Aires, 1953. *Corona de amor y muerte*, Buenos Aires, 1955. *Carta a una desconocida*, Porto Alegre (Brasil), 1957, escenificación de una novela corta de Stefan Zweig. *La casa de los siete balcones*, Buenos Aires, 1957. *Tres diamantes y una mujer*, Buenos Aires, 1961. *El caballero de las espuelas de oro*, Madrid, 1964.

Retablo jovial comprende las obras breves: *Sancho Panza en la insula*, *Entremés del mancebo que casó con mujer brava*, *Farsa del cornudo apaleado*, *Fablilla del secreto bien guardado* y *Farsa y justicia del corregidor*.

Teatro infantil: *¡A Belén, pastores!* y *El lindo don Gato*.

Adaptaciones: *La Celestina*, de Fernando de Rojas; *El anzuelo de Fenisa*, *Peribáñez o el comendador de Ocaña* y *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega; *El burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina; *Ricardo III* y *El sueño de una noche de verano*, de Shakespeare.

Señalar las traducciones a distintos idiomas de las obras de Casona exigiría un espacio del que no dispongo. Ni una de ellas ha dejado de serlo a tres o cuatro, y de estrenarse en teatros de Europa, América y Asia. En número exacto, son *ciento quince* las traducciones al inglés, italiano, francés, alemán, ruso, portugués, checo, hebreo, yugoslavo, búlgaro, holandés, flamenco, griego...

BIBLIOGRAFIA DE URGENCIA

RODRIGUEZ RICHART, J.: Vida y teatro de Alejandro Casona. Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1963.

BOLETIN DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS: Homenaje a Alejandro Casona. Oviedo, año XX, número LVII (1966), 206 páginas. (Contiene monografías de Victoriano Rivas, Manuel Ruiz Lagos, Néstor Astur Fernández, Manuel F. Avello, Manuel Antonio Arias, Luciano Castañón, Antonio García Miñor, Angeles R. Arango, Juan Santana, Rodríguez Richart.)

SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos: Estudio Alejandro Casona: el hombre, la obra. Al frente de las Obras Completas publicadas por E. Aguilar, de Madrid. 300 págs.

PLANS, Juan José: Casona. (Biografía.) Oviedo, Edit. Richard Grandio, 1965.

La dama del alba »



Representación de «La dama del alba», en Atenas, en el año 1957

mismo me llamarías. Y que ese día bendecirás mi nombre. ¿No me crees todavía?

ABUELO.—No sé...

PEREGRINA.—Pronto te convencerás; ten confianza en mí. Y ahora, que me conoces mejor, despideme sin odio y sin miedo. Somos los dos bastante viejos para ser buenos compañeros. *(Le tiende la mano.)* Adiós, amigo.

ABUELO.—Adiós... amiga... *(La Peregrina se aleja. El Abuelo la contempla ir, absorto, mientras se calienta contra el pecho la mano que ella estrechó.)*

ACTO TERCERO

PEREGRINA Y NIÑOS

DORINA.—¿Por qué llora Adela?

PEREGRINA.—Porque tiene veinte años... ¡y hace una noche tan hermosa!...

ANDRÉS.—En cambio, tú pareces muy contenta. ¡Cómo te brillan los ojos!

PEREGRINA.—Es que no acababa de comprender la misión que me ha traído a esta casa... ¡y ahora, de repente, lo veo todo tan claro!

FALÍN.—¿Qué es lo que ves tan claro?

PEREGRINA.—Una historia verdadera que parece cuento. Algún día, cuando seáis viejos como yo, se la contaréis a vuestros nietos. ¿Queréis oírla?

NIÑOS.—Cuenta, cuenta... *(Se sientan en el suelo frente a ella. El pequeño, en sus rodillas.)*

PEREGRINA.—Una vez era un pueblo pequeño, con vacas de color de miel y pomaradas de flor blanca entre los campos de maíz. Una aldea, tranquila como un rebaño a la orilla del río.

FALÍN.—¿Como ésta?

PEREGRINA.—Como ésta. En el río había un remolino profundo de hojas secas, adonde no dejaban acercarse a los niños. Era el monstruo de la aldea. Y decían que en el fondo había otro pueblo sumergido, con su iglesia verde tupida de raíces y sus campanas milagrosas, que se oían a veces la noche de San Juan...

ANDRÉS.—¿Como el remanso?...

PEREGRINA.—Como el remanso. En aquella aldea vivía una muchacha de alma tan hermosa, que no parecía de este mundo. Todas imitaban su peinado y sus vestidos; los viejos se descubrían a su paso y las mujeres le traían a los hijos enfermos para que los tocara con sus manos.

DORINA.—¿Como Angélica?

PEREGRINA.—Como Angélica. Un día la muchacha desapareció en el remanso. Se había ido a vivir a las casas profundas donde los peces golpeaban las ventanas como pájaros fríos. Y fue inútil que el pueblo entero la llamara a gritos desde arriba. Estaba como dormida, en un sueño de niebla, paseando por los jardines de musgo sus cabellos flotantes y la ternura lenta de sus manos sin peso. Así pasaron los días y los años... Ya todos empezaban a olvidarla. Sólo la madre, con los ojos fijos, la esperaba todavía... Y, por fin, el milagro se hizo. Una noche de hogueras y canciones, la bella durmiente del río fue encontrada, más hermosa que nunca. Respetada por el agua y los peces, tenía los cabellos limpios, las manos tibias todavía y en los labios una sonrisa de paz... como si los años del fondo hubieran sido sólo un instante. *(Los niños callan un momento, impresionados.)*

DORINA.—¿Qué historia tan extraña!... ¿Cuándo ocurrió eso?

PEREGRINA.—No ha ocurrido todavía. Pero ya está cerca... ¿No os acordáis?... ¡Esta noche todos los ríos del mundo llevan una gota del Jordán!

PEREGRINA.—El hombre, sí. A ella no la esperaba.

ABUELO.—Pero la tuviste bien cerca. ¿Qué hubiera pasado si Martín no llega a tiempo?

PEREGRINA.—La habría salvado otro... o quizá ella misma. Esa muchacha no me estaba destinada todavía.

ABUELO.—¿Todavía? ¿Qué quieres decir?

PEREGRINA.—*(Pensativa.)* No lo entiendo. Alguien me ha propuesto anticipar las cosas, que deben madurar a su tiempo. Pero lo que está en mis libros no se puede evitar. *(Va a tomar el bordón.)* Volveré.

ABUELO.—Aguarda. Explicame esas palabras.

PEREGRINA.—Es difícil, porque tampoco yo las veo claras. Por primera vez me encuentro ante un misterio que yo misma no acierto a comprender. ¿Qué fuerza empujó a esa muchacha antes de tiempo?

ABUELO.—¿No estaba escrito así en tu libro?

PEREGRINA.—Sí, todo lo mismo: un río profundo, una muchacha ahogada, y esta casa. ¡Pero no era esta noche! Todavía faltan siete lunas.

ABUELO.—Olvidate de ella. ¿No puedes perdonar por una vez siquiera?

PEREGRINA.—Imposible. Yo no mando; obedezco.

ABUELO.—¡Es tan hermosa, y la vida le ha dado tan poco! Sólo ha tenido un día feliz.

PEREGRINA.—Tendrá otros. Y, sin embargo, será ella la que venga a buscarme voluntariamente. Ni tú ni yo podemos evitarlo.

ABUELO.—¡No quiero creerlo! ¿Por qué tiene que morir en plena juventud?

PEREGRINA.—¿Crees que lo sé yo? A la vida y a mí nos ocurre esto muchas veces; que no sabemos el camino, pero siempre llegamos adonde debemos ir. *(Abre la puerta. Lo mira.)* Te tiemblan las manos otra vez.

ABUELO.—Por ella. Está sola en el mundo, y podría hacer tanto bien en esta casa ocupando el vacío que dejó la otra... Si fuera por mí, te recibiría tranquilo. Tengo setenta años.

PEREGRINA.—*(Con suave ironía.)* Muchos menos, abuelo. Esos setenta que dices, son los que no tienes ya. *(Va a salir.)*

ABUELO.—Espera. ¿Puedo hacerte una última pregunta?

PEREGRINA.—Dí.

ABUELO.—¿Cuándo tienes que volver a esta casa?

PEREGRINA.—Mira la luna; está completamente redonda. Cuando se ponga redonda otras siete veces volveré por el río. Pero no me mires con rencor. Yo te juro que si no viniera, tú



Alejandro Casona, con su esposa y su hija, en Buenos Aires, en el año 1950

LA ASTURIAS DE ALEJANDRO CASONA

PERIODISTA.—Señor Casona, ¿recuerda el día en que nació?

CASONA.—Me lo han dicho de niño en infinidad de ocasiones para que no lo olvidara. Porque, naturalmente, de lo que nunca tenemos ni la más ligera noción es del principio de nuestra propia existencia. Nos lo cuentan aquellos que estuvieron presentes. La emoción del nacimiento queda para los padres; el misterio del nacimiento, para nosotros. Nací el veintitrés de marzo de mil novecientos tres. Fue en Besullo, aldea de la que ya habló el labriego. Al principio de la primavera, cuando los campos se cubren de aroma y la fecundidad es reina. Besullo es una aldea humilde, de cuarenta vecinos. Se llegaba a ella a caballo, a dos horas de galopada desde Cangas de Narcea. Las casas tienen la techumbre de losa, y en mi niñez el centro de la vida familiar se hacía alrededor del hogar bajo de leña, que se llama «chariega».

PERIODISTA.—Esta pregunta que voy a hacerle es completamente rutinaria, como lo ha sido la anterior, pero necesaria en estas circunstancias. ¿Quiénes eran sus familiares?

CASONA.—Labradores, pastores y herreros. Aprendí a amar a la familia viendo el torso de los míos alumbrado por el resplandor del fuego en el momento de dominar el hierro. No llegué a conocer a mi abuelo, herrero de profesión, pero supe que tenía un mazo romano que aún existe. Si no le conocí lo imaginé así (*señala al viejo que golpea en un yunque*), siempre que correteaba por la fragua. (*El viejo se va.*) Me atraía el contemplar el chisporroteo de las llamas (*un encargado retira el yunque del escenario*), ver cómo los pesados martillos caían sobre los yunques.

PERIODISTA.—¿Se dedicó alguna vez a ayudar en la herrería a los suyos?

CASONA.—Desde luego. Soltaba y graduaba el agua de la presa, el «vanzado», que hace girar la rueda de aspas, verdes a causa del musgo. Contemplaba un espectáculo prodigioso, que es una magia verdadera; entraban lingotes de hierro y, trabajados al fuego, salían convertidos en hachas, candiles, aperos de labranza... Es un hermoso milagro, superior a toda la brujería.

PERIODISTA.—Vemos que usted, lo mismo que en su partida de bautismo, tiene los apellidos de Rodríguez Álvarez, pero que, en cambio, en la actualidad, firma Casona. ¿Cuál es la razón?

CASONA.—La casa donde nací y me crié es una vieja mansión solariega, la más grande de la aldea y que allí denominan «Casona». En las pequeñas aldeas, donde generalmente la mayoría de los vecinos o son parientes o tienen apellidos semejantes, se suele dis-

tinguirlos llamándoles por el lugar donde residen: «Los de la Fuente», «Los del Valle», «Los de la Cuesta»... Desde mis principios literarios adopté como seudónimo, el cual me ha quedado como apellido, el nombre con que se conocía a nuestra casa solariega.

PERIODISTA.—¿Existe aún?

CASONA.—Sí. «La Casona» está construida en lo más alto y rodeada de un pequeño muro. Un puente de madera la comunica con el hórreo. En ella estuvieron durante muchos años instaladas las escuelas. Conserva el escudo de los Llano Flórez, sus antiguos propietarios.

PERIODISTA.—El señor Casona, en cualquier charla, pocas veces deja de mentar a sus padres. Siente por ellos una especial veneración. Eran maestros de escuela. En otra de sus cartas me escribe: «Puede añadir que mi padre, magnífico maestro en todo...» Nunca lo olvida. Sabemos que usted, señor Casona, estuvo en Besullo hasta los cinco años. ¿Cuál era su vida en la aldea?

CASONA.—Besullo era para mí el paraíso total, como lo es ahora para el labriego que nos ha visitado. Libertad de monte, ríos salvajes y saltarines repletos de truchas, árboles frutales (cerezos sobre todo, rojos y negros), bailes al son de la gaita, cuentos y leyendas y caballos al galope montados a pelo. No tenía juguetes; nuestra condición era humilde. Pero gozaba del favor de uno muy grande y que la Naturaleza ofrecía sin reparos; era «La Castañeroña», un castaño que recuerdo como de tamaño colosal, de gigante. Me entretenía con otros amigos adentrándome por el tronco hueco, por el que nos deslizábamos los amigos después de que subíamos a sus ramas. Se hacía en Besullo una vida sencilla. Cuando finalizaban los trabajos, los de la aldea cantaban y recitaban melodías, en las que predominaba el tema de encantamientos. Eran romances. Lástima que se vaya perdiendo... Mi madre, que era leonesa, cantaba con una dulcísima media voz mientras laboraba. Yo la escuchaba conteniendo el aliento para no distraerla. Solía cantar viejos romances, como toda la aldea: *El paje Gerineldo*, *El infante Arnaldos*, *Fonte-Frida* y uno, antiquísimo y asturiano, que versa sobre un galán que desafía a un muerto a cenar en su casa, en el cual encontramos la más antigua semilla de la leyenda de Don Juan. Mi padre me enseñó a leer; mi madre, a cantar. Tuve cuatro hermanos: Teresa, que ahora es inspectora de Magisterio; Matutina, que ahora es pediatra; José y Jovita, que ahora son abogados. Nos queríamos (y nos queremos) mucho.

PERIODISTA.—Tengo entendido que en su aldea había una bruja siendo usted niño...

CASONA.—Es cierto. Todos la señalaban cuando pasaba. Sabía de curaciones con hierbas y cosas por el estilo. Más que miedo, se la tenía respeto. Los niños la queríamos y los mayores le tiraban piedras. Cuando murió, la enterraron debajo de un árbol, según ritual suyo. La bruja y sus actividades me hicieron pensar mucho. Ella vivía siempre en un mundo extraño en el que abrazaba la fantasía y la realidad. Una realidad que debía de sentir con más fuerza y dolor cuando los hombres lanzaban las piedras a su cuerpo. Pero no sólo de niño tuve ocasión de ver brujas por aquellos parajes. Las brujas existen siempre allí y en todas partes.

PERIODISTA.—Pasemos a otra etapa de su vida.

CASONA.—Después de estar en Besullo fui a Villaviciosa cuando tenía cinco años, y allí permanecí hasta los diez. Supongo que ésta es la segunda etapa a la que se refiere...

PERIODISTA.—Sí, le ruego que sea usted quien continúe.

CASONA.—Creo que es una edad importante. Abrimos de par en par los ojos como si fueran dos ventanas por las que ha de penetrar completamente la vida. Unas veces entendemos y otras no, pero estamos alerta. El alma despierta y clava sus raíces en una tierra, aferrándose a su paisaje. Mi padre era maestro de Villaviciosa, y en aquel viejo caserón en que convivían, como en una ciudad en miniatura, una iglesia, un hospital, un convento, una huesa, una escuela y una filarmónica, aprendí con cien niños de la villa las primeras nociones sobre el mundo y la vida. Mi padre, gran andarín y prodigioso contador de cuentos, solía narrarme historias y leyendas mientras paseábamos incansablemente por todos los caminos; unas veces, por la carretera que bordeando la escuela, se dirigía al cementerio, torciendo luego cuesta arriba entre sebes de pomarada; otras, por las curvas empinadas que subían a Miravalles; otras, por la recta tranquila que iba a Amandi, atravesando una alameda a par del río en la que colgaban viejas cadenas, y otras, finalmente, entre la doble fila de castaños de Indias que nos llevaba a la ría por donde un día llegó inesperadamente a Villaviciosa un emperador. Cuando el ocio y el tiempo lo permitían, íbamos hasta Tazones a respirar el mar. Un pueblecito de pescadores que es como una gaviota a la orilla del Cantábrico. Y un domingo hasta nos permitimos la hazaña de llegar a pie, por la carretera de Lieres, por donde pasaba el coche de línea, hasta el verde Valdediós, a visitar «El Conventin». De esa carretera recuerdo nitidamente, a poco de salir de la villa a la derecha, un palacete rodeado de verja y jardín, donde vi por primera vez un pavo real. Así escuchaba los cuentos de mi padre, que eran en realidad trozos deformados de la historia. Otras veces me explicaba cómo se transformaba la remolacha en azúcar, por qué existe la niebla o las montañas, por qué vuelan las aves... Yo preguntaba y preguntaba, y él no cesaba de contestar con una sonrisa. Le entretenía y le orgullecía apreciar que su hijo era avisado. Por lo menos, eso decía él. Por las tardes, a la salida de la escuela, toda la cuesta hasta la fuente de cinco caños era un hervidero de vocerío, carreras y juegos. Bajo los altos carbayos y frente al convento de las clarisas restallaban los gritos; en el mercado se oía de pronto una

voz que exclama una especie de fórmula mágica: «¡Lirilario!» Y había que agacharse para evitar que el trozo de palo que venía silbando por el aire le diera a uno en la cabeza; y por todos los rincones, las destrezas de peonzas, de bolas de cristal y de ágiles cuerpos saltándose unos a otros a la voz de «¡A la una, salta la mula!» Cuando la noche caía, los juegos entraban en la zona más peligrosa de la aventura, y, divididos en dos bandos, nos perseguíamos sin cuartel dentro de un territorio señalado, cuyos cuatro límites se acotaban de esta forma: «Entre Sol y Agua y los Dos Caños.» Los «Dos Caños» eran las fuentes extremas, y Sol y Agua, las dos calles centrales de la villa. Por cierto, que un día pregunté a mi padre por qué a la villa se la llamaba «viciosa». Y mi padre sonreía explicando: «El que la fundó era un Rey Sabio que entendía de leyes y estrellas. Era también poeta. Y en el lenguaje de su tiempo, como en el de nuestros labradores de hoy, "viciosa" quería decir fértil y abundante.» Andando el tiempo, cuando estuve en edad de leer y entender a Alfonso el Sabio, recordé la sonrisa de mi padre al poner los ojos en aquellas famosas palabras de la *Crónica general*, en que el rey poeta canta la belleza de su tierra como un amante la de su amada: «España, abundada de mieses, deleitosa de frutas, *viciosa* de pescados, sabrosa de leche, lozana de caballos, briosa de sirgo, folgada de pan, rica de sales de mar y de tierra, dulce de miel, cumplida de olio alegre de azafrán... ¡Ay, España, non ha lengua ni ingenio que pueda contar tu bien!...» ¿Cuántos recuerdos despierta en mí la sola palabra *Villaviciosa*, tan entrañablemente unida a mi ni-

Cudillero



ñez? Quiero destacar uno entre todos ellos: el día en que, por fin, pude tener el dinerillo suficiente para comprarme una capucha, una túnica morada y un cordón de borlas amarillo para ir como Nazareno en la procesión de Semana Santa. (*Se queda el escenario en completa oscuridad. Sobre el telón se sobreimpresiona la imagen de Cristo crucificado y se oye la voz de Casona en «off». La figura sobreimpresionada comienza a recorrer el telón de derecha a izquierda, y a su lado, el niño vestido de Nazareno. El niño camina pausadamente, casi con ritmo. La música de fondo es de Semana Santa, a ser posible una saeta. También se escucha el paso de los nazarenos. Sólo están iluminados, por detrás, el Cristo y el niño.*) No puedo olvidar nunca la emoción de aquel día, porque yo temblaba, pero no acierto a precisar nada ordenadamente. A mi alrededor iban muchos como yo, pero me parecía estar solo. Recuerdo como en una bruma confusa que la ceremonia se desarrollaba en dos lugares: en lo alto de la cuesta, en la iglesia vecina a la escuela, y en la plaza en que está la casa solariega de largo balconaje de madera donde pernoctó el emperador. En uno de estos lugares, no sé en cuál, se celebraba el pasaje litúrgico que más profundamente me impresionó: el *Descendimiento*. La gran imagen de Cristo era desclavada de la cruz, descendía en la sábana, recogida por los discípulos y llevada amorosamente al sepulcro por unos nazarenos cálidos de humildad y devoción, que manejaban los *símbolos sagrados* de la tenaza y la escalera, los clavos y el martillo, como figuras animadas de Van der Weyden. Aquella insólita mezcla de verdad humana y de teatro litúrgico, de carne popular y tallas de madera, me maravilló como el más prodigioso de los retablos. (*Desaparece la sobreimpresión y todo lo demás. Vuelve la luz hogareña.*) Nunca volví a sentir el patetismo del *Descendimiento* con tanta fuerza de sugestión, ni cuando lo vi desgarradoramente interpretado en Méjico por los indios Ixtapalapa, en la calzada de Hernán Cortés, ni cuando lo vi realizado totalmente en vivo en la murciana Semana Santa. En esos años cruciales, de los cinco a los nueve, la vida de un hombre queda prefigurada ya para siempre. Por eso pienso que si para escribir una comedia necesito pensarla paseando sin descanso, la culpa la siguen teniendo los caminos de Tazones y Miravalles, donde mi padre me contaba cuentos de maravilla. Y si considero la *Pasión* como el más patético y hermoso *Drama del Hombre*, la razón habrá que buscarla en aquel pequeño corazón que temblaba bajo su túnica de nazareno en una lejana Semana Santa de Villaviciosa.

PERIODISTA.—Señor Casona, usted había vivido siempre en los campos, en los valles, en las montañas. ¿Qué impresión le produjo el mar?

CASONA.—En Tazones me entretenía jugando entre las barcas, en el puerto, contemplando aquel Cantábrico unas veces manso y otras salvaje y violento. La montaña seguía atrayéndome más que el mar. El mar empezó a ser una tentación en mis años juveniles de Gijón, cuando El Musel era nido de aquellos campesinos con hatillo y lágrimas que salían para América. De este modo, América llegó a convertirse para mí en un sueño de aventura. Y un buen día fui yo también emigrante. El rastro sentimental de América se encuentra en muchos rincones de mis obras. El de la Argentina, en una gran parte de *La casa de los siete balcones*.

PERIODISTA.—Bien; pasemos, con ánimo de no fatigar a los presentes, a Gijón, en donde estudió los dos primeros años de bachillerato. Usted vivía en el barrio de pescadores, en Cimadevilla, un barrio que parece estar colgado sobre el mar, y cuyas calles huelen a sardinas fritas, salitre que roe las paredes, y por las que los hombres tienden sus redes. Corrían los años de 1913 a 1915...

CASONA.—Estudié el bachillerato, los dos primeros años, en el Instituto de Jovellanos. De mis profesores del instituto recuerdo el nombre de don Hugo Miranda, profesor de Matemáticas, asignatura que me costó muchos sudores sacar adelante; y el de Robles, profesor de Lengua y Literatura, excelente maestro a quien debo mucho. El me orientó en parte.

PERIODISTA.—Sigue existiendo la casa donde usted vivió en Cimadevilla. Y sigue existiendo el Instituto de Jovellanos, ya viejo y abandonado recientemente por las huestes escolares, que se han trasladado a uno nuevo, de magnífica y sana construcción. Quisiera saber qué hacía en Gijón a esa edad de los primeros años de bachillerato sobre las espaldas.

CASONA.—Mi gran ilusión en los tiempos de Cimadevilla era el cerro de Santa Catalina, con sus cañones escondidos y sus alambradas como al acecho de sabe Dios qué piratas imposibles. Todo mi amor al mar nació entre los peñascos pescadores de San Lorenzo y los arrecifes de la Providencia, que me parecían decorados maravillosos para una página de Emilio Salgari. La arena de la playa de Gijón, ancha como un arco tenso, es suave, pulida, dorada...

PERIODISTA.—Un lugar ideal para situar, mecida por las olas, a la «sirena varada».

CASONA.—Y un lugar ideal también para ver llegar una «barca sin pescador» en una de esas noches grises asturianas que anuncian una tormenta lejana sobre el Cantábrico, que brama furia rompiendo contra las rocas en miles de cristales de espuma. O un lugar maravilloso para que se asomase soñando la soñadora Genoveva... Gijón, un paisaje extraordinario que se abre hacia el mar en abanico, pleno de azul; un paisaje maravilloso que se abre hacia la tierra, pleno de verdor y de frescura. En Gijón yo era un simple niño. Jugaba y procuraba divertirme lo más posible. Aquel cerro de Santa Catalina era un lugar que cualquier niño apetecería para sí. Y enfrente, con el mar por medio, los

arrecifes de La Providencia, guarida del enemigo. Correteaba por la playa y por las calles de la ciudad. Me entretenía mucho ver pasar a los tranvías. Ir en uno de ellos era para mí como hacer un largo viaje pleno de emociones.

PERIODISTA.—Señor Casona: uno conoce muy bien esos lugares. Siguen siendo tan hermosos como en su tiempo, o, por lo menos, si esto es preferible, tan llenos de emociones para los niños fantásticos y para los jóvenes amantes. Gijón, aparte de esos dos años de estudio, sé que tiene un valor especial para usted. Allí supo de dos cosas muy importantes para lo que fue y es su futuro. ¿Puede usted decirnoslas?

CASONA.—No existe ningún inconveniente, ya que procuro dejarlo constar en cualquier parte del mundo donde me hacen una entrevista. Residiendo en Gijón, me interesé por la literatura. El libro que lei en esta ciudad fue *La vida es sueño*, mi primera lectura importante. Me entusiasmó Calderón de la Barca por su forma de narrar tan grandilocuente, tan subyugante. Yo veía, imaginando, pasar aquel príncipe encadenado por un valle sombrío. Creo que era uno de los valles de Besullo. Me sentí príncipe encadenado y soñé con lo que a él le había ocurrido. Sabía de memoria algunos poemas de la obra. Hasta entonces me pasaba el tiempo leyendo a Salgari y autores del mismo estilo. Pero Calderón me hizo tomar un nuevo concepto de las posibilidades literarias. Al fin y al cabo, él, como todos los demás escritores, nos estaba narrando lo que de jóvenes y aún niños definimos siempre como «aventura». ¡Pero lo hacía de una forma tan distinta de la de aquellos autores que habían pasado por mis manos! Y, junto con esta lectura, vi la primera obra de teatro. La representaba Anita Adamuz en el teatro Jovellanos, y se titulaba *Canción de cuna*, original de Martínez Sierra. El viejo teatro Jovellanos se hallaba al lado del instituto. Durante la representación me parecía estar en un mundo diferente. Me dolían casi los ojos de tanto querer fijarme en todo aquello que ante mí cobraba una especial vida y fuerza. Por la noche, apenas pude dormir. Bailaban en mi interior todos los actos y todas las escenas. Los personajes, el argumento, las luces, el escenario, el público aplaudiendo... Había descubierto algo nuevo, algo que, sin saberlo entonces,

comenzaba a madurar en mi mente, quedándose en estado de letargo durante una temporada. *Canción de cuna* no era, ni mu menos, una gran obra, pero la huella que dejó en mi espíritu era, principalmente, la de haber descubierto las extraordinarias posibilidades con las que contaba y cuenta el teatro.

PERIODISTA.—Señor Casona: creo que nos conviene un pequeño descanso. Lo mejor es bajar el telón durante unos minutos. Pero antes, ya que dejaremos Asturias en este *Juego*, quisiera que dijera algo de lo que esta provincia para usted. Recuerdo sus palabras, dichas al periodista Eduardo Zamacois, en Buenos Aires, en el año 1952: «Las obras más perdurables serán siempre las que más profundamente ahincaron sus raíces en el enigma. Savias telúricas, panoramas, leyendas, supersticiones, caracteres del agro nativo. Yo estoy cierto de que tan pronto me pongo a planear un argumento, comienza a despertarse en mi subconsciencia los tipos y parajes de la tierra donde mis ojos se abrieron a la maravilla de la luz: aquella Asturias lluviosa, nubosa, que en mis reminiscencias de niño huele a bosque y a herbazales mojados; la Asturias de las minas y del mar; de los derriscaderos ingentes, tajados a pico, y de las cumbres inaccesibles perdidas en el misterio gris de la niebla.» Ahora, que ha escuchado, después de varios años, las declaraciones suyas en Sudamérica, ¿mantiene lo mismo?

CASONA.—Todo lo que usted ha recordado es cierto. Yo lo he dicho a los de fuera con gran sentimiento, con gran amor. Asturias es para mí el lugar que nunca deja de estar en mis pensamientos. Después de haber dicho usted mis palabras, no puedo extenderme más. Volvería a expresar lo mismo.

PERIODISTA.—Sí; sí, señor; queda una cosa más que decir. Usted es famoso en todo el mundo. Otros, sin serlo, se han olvidado de ese pedazo de tierra que les vio nacer. Usted, no. Sigue amándole como si nunca se hubiera marchado de él. Por eso, quien le bautizó con el nombre de *asturiano universal* acertó plenamente. Por favor, bajen el telón.

(Del libro «Casona», de Juan José Plans.)

UN «RARO» DE NUESTRO TEATRO: VALENTIN ANDRES ALVAREZ

Por JUAN EMILIO ARAGONES

VALENTIN Andrés Alvarez nació en Grado en 1891. Y puede considerársele autor «raro» en las varias acepciones del vocablo, toda vez que raramente un autor que en 1929 obtuvo tan extraordinario éxito como el que lograra con la farsa «¡Tarari!» no vuelve a escribir teatro sino una sola vez—«Pim, pam, pum», fantasía humorística en un prólogo y tres actos—, y raro también por lo «insigne, sobresaliente o excelente en su línea». En fin, que la única acepción del adjetivo que no conviene al humorista asturiano es aquella del diccionario por la que le atribuye «poca densidad y consistencia», si bien la propia Academia añade la aclaración de que, en este sentido, «dícese principalmente de los gases enrarecidos».

¿Y no es igualmente raro que autor de tan corta producción—sólo dos obras teatrales—alcance infrecuente nombradía en la dramaturgia española contemporánea?

Con referencia al título de «¡Tarari!» escribiría el propio autor: «Como soy tan inconstante, no sé si este clarinazo fue una orden de marcha o un toque de silencio.» Y así ha actuado siempre. Después de haber dado fin, como con insuperable sentido del humor, dice él mismo en un apunte autobiográfico, «con gran provecho, a mis estudios se indarios y, con no menos apro-

vechamiento, a mis amorios secundarios», se fue a Madrid «con todo el bachillerato de la vida terminado, completamente graduado en adolescencia».

En la capital, le interesan tanto las clases de la Universidad como los bailes de Barbieri. Y a unas y a otros se aplica con parejo entusiasmo. Quiso ser astrónomo. A los veintiocho años, por consejo de don Blas Cabrera, director entonces del Laboratorio de Investigaciones Físicas, trasladó su residencia a París, resuelto a especializarse en Mecánica celeste... y volvió a Madrid con un libro de versos—«Reflejos»—recién publicado. El da a este cambio de trayectoria la más natural de las explicaciones: «Había ido a París a hacer un curso de Mecánica celeste e hice celeste mecánica.» ¿Acaso no hay en la explicación transcrita indicios de un humor entendido—según preconizara Pirandello—como «el sentido de lo contrario?»

Del humorista, del gran humorista teatral que es Valentin Andrés Alvarez ha escrito Mediano Flores que, para serlo como lo es él, «hace falta saber mucho y vivir mucho. Tomar en serio todo, entrar de lleno en ello y saber renunciar a todo, después de conocido, luego de haber adquirido en las cosas—sean ciencia o vida—la familiaridad que autoriza la broma. La cien-

cia y la vida le han mostrado a Valentin Andrés toda su verdad, y éste las trata de tú y se acerca a ellas con un nuevo afán, siempre deseoso de penetrar hasta el fondo íntimo de ellas, de encontrar su palpito emocional, pero se interpone—aunque parezca paradójico—ese escepticismo entusiasmado que constituye su ser de humorista».

Pero no nos engañemos: en Valentin Andrés Alvarez, el humorismo es un lujo. Y, dada su calidad, para España es un lujo en exceso costoso éste de tener un humorista tan inquieto y paradójico que sólo lo es en sus ratos libres. Si a la indudable vocación literaria de Valentin Andrés Alvarez fuera unida la plena dedicación, seguro estoy de que la escena hispana habría conocido muchos más éxitos tan excepcionales como el que le deparó con el estreno de «¡Tarari!», esa divertida e inquietante farsa en la que cuerdos y locos resultan intercambiables, o como el de la fantasía escénica titulada «Pim, pam, pum», estrenada en el Cómico por Cipriano Rivas Cherif.

Valentin Andrés Alvarez, astrónomo frustrado, licenciado en Derecho, catedrático de Economía en Oviedo y en Madrid, no ha dado al teatro y a la literatura todo lo que de su ingenio cabía esperar. Y no es reproche, sino simple constatación de un hecho.

LA ULTIMA GRAN FIGURA TEATRAL DEL SIGLO DE ORO

Por J. E. A.

EXPLICITA o implícitamente, así califican a Francisco Antonio de Bances Candamo tan eficaces tratadistas del arte dramático español como Valbuena Prat y Sainz de Robles. Epigono de Calderón, sus poemas—de los que en estas páginas se incluye un ejemplo—resultan enriquecidos por una depurada estilística barroca, que de igual modo se advierte en su dramática y por modo singular en la más famosa de las piezas que escribiera, El esclavo en grillos de oro, lógicamente adscrita a la escuela calderoniana.

Resulta curioso el hecho de que Asturias, siendo una de las regiones que cuantitativamente menos nombres ha aportado a la escena española, sea una de las primeras en cuanto a invención de nuevas fórmulas teatrales y en cuanto a cierre de las de mayor valía. Este axioma, que en su condición epilógica de nuestra dramaturgia clásica va como anillo al dedo a la producción

de Bances Candamo, produce en nuestros días ejemplos tales como Casona y Valentin Andrés Alvarez, que aquí cuentan con sendos estudios. Adentrarnos en las circunstancias motivadoras del fenómeno es algo que excede a la intención de estas líneas, que pretenden ser mera presentación del dramaturgo astur, pero, evidentemente, este es el lugar más adecuado para su consignación.

Francisco Antonio de Bances y López-Candamo—que tal es el nombre completo del dramaturgo—nació en Sabugo, municipio de Avilés, el 26 de abril de 1662, y fue a morir en Lezuza (Albacete), en 1704. Tan pobre le llegó la huesa que tuvieron que enterrarlo poco menos que de limosna, pues sus obras no vieron la luz sino póstumamente, desde los poemas y las piezas teatrales—1720 y 1722, respectivamente—hasta su ensayo Teatro de los teatros de los pasados y presentes siglos, que habría de permanecer inédito hasta hace sesenta y pocos años.

Al declarado influjo calderoniano van unidas ciertas reminiscencias de Góngora, lo que motivó que, muy acertadamente, fuese incluido por Gerardo Diego en su Antología poética en honor de Góngora, al constatar en alguno de sus poemas cierto «acorde fastuoso de tonalidades y centelleos».

Con todo, lo más positivo en Bances Candamo y en lo concerniente al teatro, es que la huella calderoniana no se advierte tanto en la estructura de las obras como—y esto es algo que muy agudamente resalta Valbuena—en lo que «se refiere al concepto poético y simbólico de la parte más original del teatro de Calderón», para puntualizar: «Bances ha interpretado, hasta las últimas consecuencias, el personaje de vida interior que goza de la soledad y dialoga consigo mismo.» Lo que se advierte no sólo en su pieza La piedra filosofal, considerada como la mejor y más personalista imitación directa de La vida es sueño, sino que también la obra cumbre de Bances Candamo, El esclavo en grillos de oro, es pieza plenamente original en la que sin esfuerzo advertimos lo que ahora denominaríamos la «marca de origen» calderoniana. En ella plantea con gran perspicacia, buen estilo y adecuado conocimiento de los contrastes anímicos del hombre, la disyuntiva entre la ambición del poder y la satisfacción de los sentimientos personales, corporeizada en Obinio Camilo, conjurado contra el emperador Trajano, y en la argucia de que se sirve éste para hacer que se confiese incapaz de sucederlo, declarándose un esclavo en grillos de oro.

Además de las mencionadas y de sus Obras líricas, Bances Candamo es autor de otras piezas dramáticas, tales como El español más amante y desgraciado Macias, El sastre del Campillo, La Virgen de Guadalupe, El desdén contra su dama y El vengador de los cielos. También escribió muy notables autos sacramentales: El gran químico del mundo, Las mesas de la Fortuna y El primer duelo del mundo.

Es muy satisfactoria esta oportunidad que otorga el Mapa literario de Asturias de LA ESTAFETA para dedicar un espacio a figura que, como la de Bances Candamo, «merece una atención—según asevera Sainz de Robles—que se le ha escatimado siempre». Estamos ante uno de los grandes preteridos de la lírica y de la dramaturgia hispanas.

Tres fragmentos poéticos del teatro de F. Bances Candamo

GUÁRDATE DE CUPIDILLO,
teme, niña, sus rigores,
porque da palos de ciego,
y nunca a quien dar escoge.
Cuidado, pastor,
no te engañe otra vez tu furor;
cuidado con el cuidado,
que es peligroso ganado
la hermosura y el amor;
cuidado, pastor.

(De «El esclavo en grillos de oro, I.)

INFELICE AUMENTA DIDO
a su fugitivo amante
las ondas con lo que llora
y con lo que gime el aire.
Diciendo entre quiebros
de dulces compases,
ráfagas te sepulten,
ondas te traguen.
Vuela la nave y las voces
revocan en lo distante
de los vientos los bramidos,
de las ondas los embates.
Diciendo entre quiebros
de dulces compases,
ráfagas te sepulten,
ondas te traguen.

La bellísima africana
con mil angustias mortales,
anega en el mar los ojos
por ir siguiendo la nave.

Diciendo entre quiebros
de dulces compases,
ráfagas te sepulten,
ondas te traguen.

(De «El duelo contra su dama», II.)

CON LA SANGRE DE MANRIQUE,
cuando del susto se quedan
descoloridas las rosas
se encienden las azucenas.
¡Ay qué dolor, qué rigor, qué pena,
traiciones vivas y lealtades muertas!
Dióle la muerte un traidor
cuando en un caballo vuela;
pues a una muerte alevosa
quien más huye más se acerca.
¡Ay qué dolor, qué rigor, qué pena,
traiciones vivas y lealtades muertas!
De León el Condestable
públicamente le reta,
para matarle la fama
ya que la vida está muerta.
¡Ay qué dolor, qué rigor, qué pena,
traiciones vivas y lealtades muertas!

(De «El sastre del Campillo», III.)

Las publicaciones Literarias de la Universidad de Oviedo



Don Fernando de Valdés-Salas, fundador de la Universidad de Oviedo

SON harto escasos los recursos económicos con que cuenta la Universidad ovetense para atender el capítulo de sus publicaciones y pese a ello la lista de las mismas—libros, folletos y revistas— resulta no desdeñable en número y valiosa en cantidad. Mencionaremos aquí solamente las publicaciones de materia más o menos literaria.

En 1946 apareció el libro de Adolfo Posada titulado **Leopoldo Alas «Clarín»**. Biografiado y biógrafo fueron entrañables amigos y compañeros de claustro durante bastantes años en la Facultad de Derecho de la Universidad de Oviedo, precisamente en los años de más intensa y brillante actividad universitaria en este centro. Posada, a base de los papeles y documentos que le facilitó la familia de Alas, a base de sus muchos y directos recuerdos de «Clarín», consigue ofrecer un fervoroso testimonio, muy rico en noticias de primera mano, indispensable, desde luego, para el cabal conocimiento de la personalidad y la obra de Leopoldo Alas.

En 1951 inició su vida «Archivum», revista de la Facultad de Filosofía y Letras, en curso de publicación, con ritmo anual, ofreciendo entregas de más de 400 páginas conteniendo trabajos de investigación—con claro predominio de lo literario y lingüístico—, notas y reseñas de libros. En su colección cabe destacar el número monográfico que dedicó a «Clarín» en 1952, en ocasión de su centenario; lo integran colaboraciones, entre otras, de Ramón Pérez de Ayala, Narciso Alonso Cortés, Melchor Fernández Almagro y Guillermo de Torre. En 1954 «Archivum» rindió homenaje al ilustre filólogo Amado Alonso; en 1956, a Menéndez Pelayo. Y, finalmente, en 1962, a don Jan Uría Ríu, catedrático de «Historia de España» y actual Cronista de Asturias; en la miscelánea asturiana que la revista preparó en su honor puede decirse sin exageración que colaboró la plana mayor de la investigación asturiana con artículos de asunto literario, lingüístico, histórico, geográfico, artístico y arqueológico.

1954 es el año de la creación e inauguración de la cátedra «Feijóo», que funciona en la Universidad de Oviedo, en el seno de su Facultad de Filosofía y Letras, gracias al generoso patrocinio del Ayuntamiento de la ciudad. La conferencia inaugural la pronunció el doctor Marañón y con ella, titulada, **Evolución de la gloria de Feijóo**, se preparó el primero de los Cuadernos de dicha cátedra. Acaba de salir el Cuaderno número 20, que recoge las comunicaciones presentadas a la «Primera Reunión de Lengua y Literatura españolas del siglo XVIII», celebrada en la primavera de 1966.

Dentro de la actividad de esta Cátedra sobresale el «Simposio» tenido en el otoño de 1964 para conmemorar el segundo centenario de la muerte del monje benedictino; las actas de tan importante y docta asamblea se han reunido en la obra de tres volúmenes **El Padre Feijóo y su siglo**, publicación asimismo de dicha Cátedra.

El folleto Homenaje a **Rafael Altamira en su centenario (1866-1966)** recoge las disertaciones de los catedráticos señores Martínez Cachero, Sela Sampil y Prieto Bances leídas en el paraninfo de la Universidad en noviembre de 1966. El crítico literario, el americanista e internacionalista, el maestro universitario que fue Altamira son documentada y fervorosamente evocadas en ellas.

Actualmente se prepara el Simposio «Valdés Salas» como homenaje al fundador de la Universidad ovetense—surgida en 1605—y para el estudio de su figura, capital en buena parte de nuestro siglo XVI, y de su obra. Las actas de esa reunión científica y una biografía de tal personaje histórico son las publicaciones proyectadas para semejante ocasión recordatoria.


M. C.

UNIVERSIDAD LITERARIA
DE OVIEDO

SIMPOSIO "VALDÉS-SALAS"

D. FERNANDO DE VALDÉS

Su personalidad. Su obra. Su tiempo.



OVIEDO
1968

En 1968 se cumple el IV Centenario de la muerte de D. Fernando de Valdés Salas, fundador de la Universidad de Oviedo.

La figura histórica de quien, en una hora de plenitud del Siglo de Oro español, mereció del Emperador y del Rey Prudente la confianza de las más grandes responsabilidades en la grandiosa construcción de la «Monarquía Católica» ovetense, data esta, no pocas veces dignas de estudio. La gran personalidad de Valdés, como prelado de seis diócesis, como Consejero real, como Inquisidor General, como promotor de importantes empresas benéficas y culturales, se presta en la coyuntura de su centenario, a la misma obra, sea que en su hora suscitara los propósitos y la naturaleza de la obra de España y de la Contrarreforma, a los que, en tanta medida, el arzobispo sirvió y encajó en gran parte, continuando los esquemas mentales y las experiencias de su época.

La Universidad de Oviedo, al convocar un Simposio en el que se analiza desde la perspectiva de la actual ciencia histórica los aspectos más significativos de la vida, la obra y el tiempo de su fundador, no pretende en modo alguno concebir un conjunto de simples paneles con los que componer su propia conmemorativa. Entendible y deseable que, al afrontarse con rigor y objetividad incluso los aspectos más polémicos que la intensa línea histórica del arzobispo Valdés suscita, se preste un servicio a la verdad histórica, y con él, el mejor homenaje a quien, como creador del alma mater ovetense, lo rinde en definitiva al cultivo y la búsqueda de la verdad científica en todos los órdenes.

El Simposio se proyecta para los últimos días de Septiembre o primeros de Octubre de 1968, con arreglo al esquema temático que sigue. Las aportaciones que por esta misma comunicación concierne a y sobre la Universidad de Oviedo de los historiadores en general serán objeto en su día de la oportuna edición.



Réquiem

Por ALEJANDRO NUÑEZ ALONSO

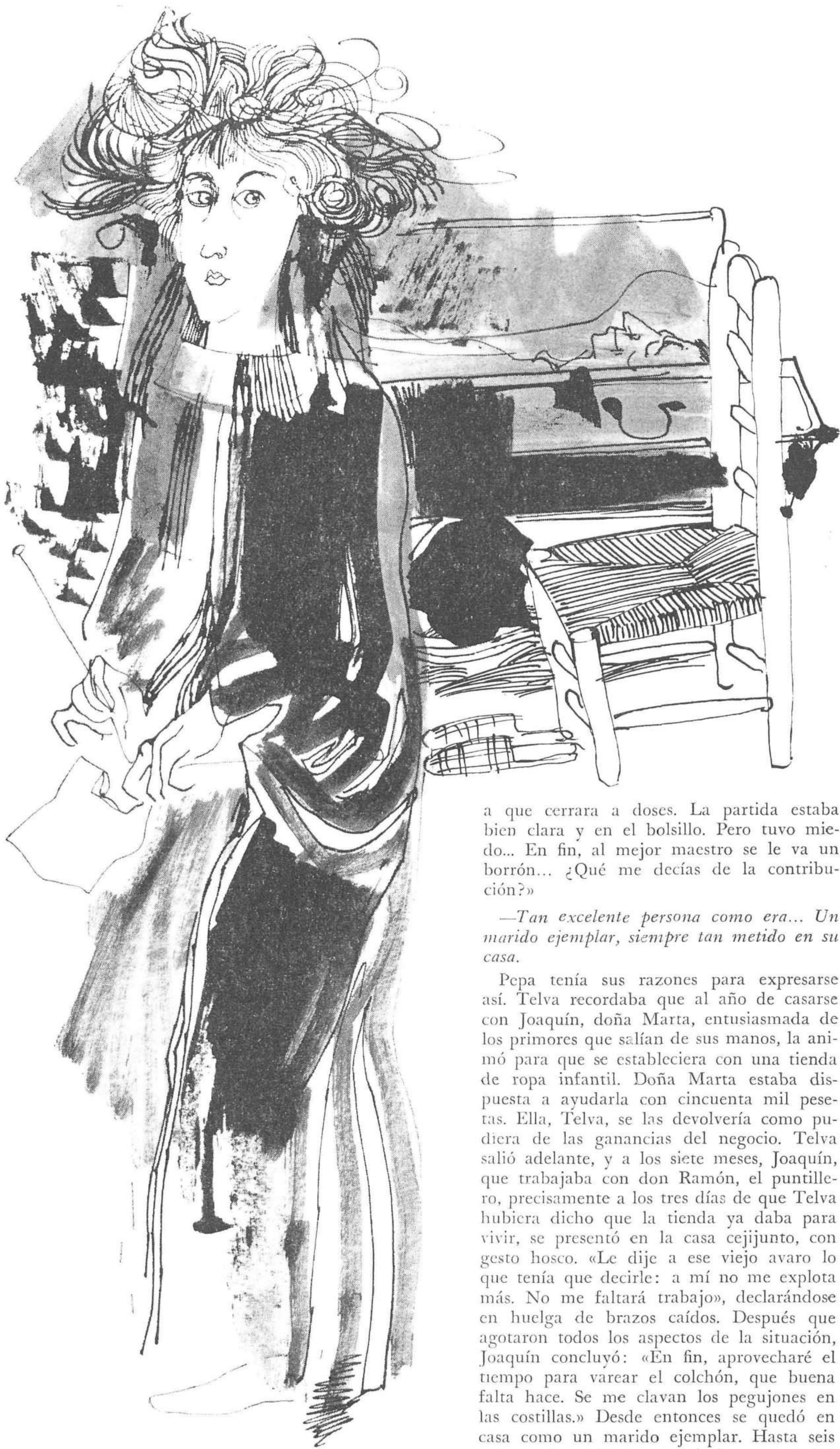
—**E**N fin, él ya descansó. Telva le hubiera preguntado de qué, pero prefirió callar y asentir con un gesto. Ponerlo en duda supondría aceptar un sentido irónico en las palabras de Socorro, y Telva no quería replicar «¿De qué descansó ese gandul?». Desde hacía tres años pasaditos, Joaquín no había vareado la lana del colchón. Y Telva no recordaba qué otro trabajo hacía su esposo fuera de varear, cada dos años, la lana del colchón. «Ahora que me alivie del reuma...» Pero Joaquín lo había dicho más que con propósito de promesa con el tono esperanzado de que el reuma se alargara un año y quizá otro más, sin pensar que padecía, en verdad, de reumatismo, de un reuma interno, crónico como su holgazanería. Por eso, cuando regresaba de ver al médico o de la farmacia con el paquete de medicinas, parecía otro hombre: feliz de saberse enfermo sin creer en su enfermedad; una holgazanería que llevaba en el tuétano de los huesos. A ella, a Telva, no la engañaba así como así. Ella sabía que Joaquín, estando enfermo, no lo estaba en el grado que éste quería hacerle creer con su holgazanería. Y por eso, por

andar con tapujos, por andar encubriendo a la holgazanería, Joaquín se había muerto sin saber de qué. Ni Telva. Ni los médicos. Cuando en septiembre, Telva le dijo: «Está muy duro el colchón», él se disculpó diciendo que tenía las articulaciones oxidadas. «Las tengo agarrotadas y doloridas.» Pero se iba muy campante al café a jugar cinco horas seguidas a deshacerse del seis doble. En su pecado tuvo la penitencia. ¡Cómo daba vueltas el desdichado en la cama cuando cayó en ella para no levantarse más! El colchón estaba duro como un empedrado y los pegujones se le metían en las carnes, baldándolo. Todo por no haber querido varear la lana.

—*Comprendo que es muy triste quedarse sola. Pero hay que tener resignación.*

No. Ella, Telva, no se quedaba sola. Mientras tuviera su tienda no se quedaría sola. Pero las palabras de Marina tenían una intención solapada, como esas palabras que se dicen y dichas quedan, sin responsabilizarse de ellas. Marina, con su plenitud conyugal, quería mortificarla haciéndola sentir, con hipócrita conmisericordia, su nuevo estado de viuda. Sola. Sí, en cierta forma. «Gas-

par me dejó hoy dos veces con el seis doble en la mano», mientras ella pensaba en el vestido de primera comunión de las Valdés, en el equipo de verano de las Robles... «No se le deja a un compañero el seis doble. Y Gaspar las dos veces sabía que yo lo tenía.» Durante el almuerzo y la cena, hablaban siempre de lo mismo, ella interiormente de sus preocupaciones, de sus tareas en la tienda, y él, en voz alta, de sus cierres a blancas, de los seises dobles y de Gaspar y de Fernando y de don Lucas. A veces, Joaquín cambiaba de conversación: «El mecánico me ha dicho que el carburador estaba sucio, pero yo creo que necesita calibrar las punterías...» Telva recordaba que a los dos años de casados, Joaquín habló de la conveniencia de deshacer el colchón y varear la lana. «Se lo mandaremos a Ramona», sugirió ella. «No—se opuso Joaquín—, no me gusta nada que mis colchones anden por la calle. Se roban la lana. Yo sé varear la lana.» Y desde entonces, primero cada dos años y después cada tres, Joaquín vareaba la lana. Pero ya hacía cuatro que no la vareaba. «¿No notaste el domingo que sonaban mu-



a que cerrara a doses. La partida estaba bien clara y en el bolsillo. Pero tuvo miedo... En fin, al mejor maestro se le va un borrón... ¿Qué me decías de la contribución?»

—*Tan excelente persona como era... Un marido ejemplar, siempre tan metido en su casa.*

Pepa tenía sus razones para expresarse así. Telva recordaba que al año de casarse con Joaquín, doña Marta, entusiasmada de los primores que salían de sus manos, la animó para que se estableciera con una tienda de ropa infantil. Doña Marta estaba dispuesta a ayudarla con cincuenta mil pesetas. Ella, Telva, se las devolvería como pudiera de las ganancias del negocio. Telva salió adelante, y a los siete meses, Joaquín, que trabajaba con don Ramón, el puntillero, precisamente a los tres días de que Telva hubiera dicho que la tienda ya daba para vivir, se presentó en la casa cejijunto, con gesto hosco. «Le dije a ese viejo avaro lo que tenía que decirle: a mí no me explota más. No me faltará trabajo», declarándose en huelga de brazos caídos. Después que agotaron todos los aspectos de la situación, Joaquín concluyó: «En fin, aprovecharé el tiempo para varear el colchón, que buena falta hace. Se me clavan los pegujones en las costillas.» Desde entonces se quedó en casa como un marido ejemplar. Hasta seis meses más tarde no vareó la lana, y empleó dos semanas en la operación. Pero, como un marido ejemplar, metidito en casa. Sólo salía en la mañana hacia las once, que daba una vuelta por el muelle y luego se metía en «El Alcázar» a tomar el aperitivo. A la una recogía a Telva en la tienda y se iban juntos a casa. Comían, y a las tres él salía para el café «Dindurra» a jugar sus partidas de dominó. En la noche, ya en la cama, es cuando podían hablar de cosas interesantes: que si las punterías, que si el cierre a blancas, que si era una bendición dormir con la lana vareada... Siempre igual. Y Telva se quedaba con sus palabras, las de sus problemas, las de sus tareas cotidianas en la boca, porque Joaquín repugnaba que se hablara de prosaísmos en las horas quietas, tranqui-

cho las punterías? Hay que calibrarlas... Pero el mecánico dice que es el carburador. Los garajes son una guarida de ladrones...» Sí, Telva se quedaba muy sola, vacía de fichas de dominó, de piezas de automóvil y de películas insulsas, pues Joaquín decía que bastante amarga era la vida para complicársela con películas trágicas. Lo decía él, que no tenía más problemas que los del dominó. «Es fastidioso que después de estar uno todo el día dándole vueltas para resolver los problemas de la vida, le pongan a uno películas como *Duelo al sol*. ¡Qué absurdo! Sí, una buena película, pero... Sobre todo el technicolor... pero ¿qué sacas con tantas tragedias?... ¡Ah, don Luis, ese sí sabe jugar... Se le escapó una: yo le invité

las del hogar. Sí, era un marido ejemplar, pues si bien ella, Telva, tuvo que tener un especial cuidado en la selección de la servidumbre, buscándose las criadas de físico más hostil al ojo de Joaquín, lo cierto era que...

—*No te pongas así, mujer, que la vida no acaba con un hombre.*

Se lo decía con la probada experiencia de sus terceras nupcias, Trini. Ciertamente. Tenía razón Trini: la vida no se acaba con un hombre. Pero sin Joaquín, la que iba a empezar, la que estaba empezando le parecía tan nueva, tan insólita, tan diferente que hacía pensar que la otra había acabado. Igual que había acabado su vida de soltera cuando se casó con Joaquín. Igual que había acabado su vida de madre cuando se le murió, en parto difícil, su única criatura. Tanto se apesadumbró Joaquín, que para huir de las malas ideas, se pasaba la tarde y la noche en el «Dindurra», pegando con las fichas de dominó con una fuerza tan grande como su pena. En la hojarasca de su holgazanería, Joaquín andaba muy metido en el silencio, paladeándose las palabras que no se atrevía a decir. Telva notó que Joaquín rumiaba un pensamiento engrabado, un pensamiento salpicado de inconformidades como si hubiese preferido que, de haber un muerto, lo hubiese sido ella, Telva, y no la criatura. Porque Joaquín no tuvo resignación para aceptar la voluntad de Dios. No. Y en esos días rumiaba quién sabe qué extrañas preferencias. Y Telva pensaba que Joaquín era así, y que en el caso de haberse muerto ella y salvado el hijo, Joaquín también hubiera rumiado quién sabe qué extrañas preferencias. Tenía razón Trini: la vida no acaba con un hombre. Pero tampoco empieza con otro, porque ella, Telva, nunca jamás sería madre.

—*Hay que tener resignación, Telva. Y rogar a Dios por su alma.*

No, no necesitaba la resignación que le deseaba Paula. Ella sentía muy conforme con la voluntad de Dios. La muerte de Joaquín la había tenido prevista a fecha fija, como las letras que le llegaban de las fábricas de Cataluña: que se las presentan a uno y hay que pagarlas sin más. Porque así es lo debido y lo lícito. La vida de Joaquín había sido una letra devuelta y vuelta a presentar y vuelta a devolver. Joaquín, engañado por su holgazanería, no acertó a ver que en esa letra le giraban contra su vida. Y la muerte se presentó y, ¡zas!, cobró. Lo justo. No creía Telva que en la letra de la muerte hubiera recargos de protesta ni de intereses... No; no necesitaba resignación, porque ella se había resignado a lo más, a lo que estaba por encima de Joaquín y de ella misma, a la pérdida de su maternidad. Y eso hacía ya mucho, mucho tiempo. Se había resignado a quedarse con las entrañas como un caracol vacío. Y después de eso, de verdad, no necesitaba resignación para quedarse sin marido. La resignación la necesitarían las punterías, el seis doble, las películas del oeste y la misma holgazanería que andaría ahora buscando un cuerpo muelle y flojo donde alojarse para continuar en otro individuo su juego de equivocaciones. Ella tenía su tienda y sus clientes, y de vuelta a la casa, seguiría hablando en silencio consigo misma de las tareas y los problemas cotidianos.

—*A pesar de los chismes, Joaquín siempre te quiso...*

Esas palabras, llenas de perfidia, eran de Inés. Porque Inés sabía que si Joaquín quiso a Telva nunca se lo había demostrado. Sólo le faltó decir: «A pesar del hijo, Joaquín siempre te quiso.» Inés, que era entremetida y chismosa, hubiera querido saber qué es lo que ella, Telva, había pensado hacer con el hijo de Joaquín, ese hijo natural, espurio... Pero Inés se quedaría con

las ganas. Ella, Telva, no le diría nada del hijo. Nada de todo lo que ella, día y noche durante seis años, había pensado y resuelto sobre el hijo de Joaquín, desde que Joaquín se lió con aquella *vacallorina* del Coto, de mucho perfume, de mucho tinte y de mucho nylon. Bien tonto había sido Joaquín. Pero ella, Telva, no podía esperar más luces de un hombre que a los tres años de casarse se había prestado a varear la lana del colchón. Para que Ramona no les robara lana. Siempre los hombres que se andan engañando con su dinero y su holgazanería, terminan muriéndose sin saber quién les ha robado de verdad y de qué enfermedad se murieron. Eso le pasó a Joaquín. Y después de liarse con la fulana del Coto, ésta le dio un hijo. Las amigas, con la peor intención, le contaron la «canallada» de Joaquín. Y ella, Telva, tuvo que defenderse defendiéndolo. Porque Joaquín podría tener raras, absurdas tacañerías; podría alentar una incurable zanganería, pero no era un canalla. Ella supo disculpar y comprender a Joaquín cuando sus entrañas se quedaron vacías. Si Dios le había negado la alegría de la maternidad, era disculpable que Joaquín hubiese buscado el hijo fuera de casa. Ella sentía con demasiada amargura el fracaso de su propia maternidad, para ponerse como un basilisco al enterarse de la paternidad fraudulenta de Joaquín. Pero el equivocado fue Joaquín, porque desde hacía tres años los amigos le metieron en la cabeza la torpe presunción de que su hijo no era suyo. Y ella, Telva, estaba segura que sí lo era. No había más que verle la cara al mocoso para darse cuenta de que era el vivo retrato de Joaquín. Se pasó cinco años con muchas ganas de conocerlo, pues las tres o cuatro ocasiones en que vio a la madre con la criatura paseándose por la playa, Telva, por el pudor de mujer legítima, no se atrevió a mirar a la amante de su marido ni al niño. Pero cuando le dijeron que el niño iba a la escuela de Cabrales no fueron pocas las veces que Telva, escondida en el coche, vio salir al niño de la escuela. Joaquín, por las malas ideas que los amigos le habían metido rompió con la fulana del Coto, cosa que estaba muy bien; pero había abandonado a su suerte al hijo, cosa que estaba muy mal. Ahora, ella, Telva, resolvería el problema del niño y prestaría a la madre, a la fulana, la ayuda necesaria para que pudiera criar y educar al hijo. Porque ese hijo era, en cierta forma, un hijo suyo, nacido de su propia maternidad fallida. Sí, ella no se equivocaría como se equivocó Joaquín. Ella sabía su destino y su papel de trabajo, de laboriosidad, de abeja obrera. Sabía que Dios había dado a Joaquín la función de zángano. Y sabía más, que la fulana del Coto, la ociosa, era la abeja reina, la abeja del hijo. Pero, en definitiva, si todas las circunstancias habían coincidido en el hijo, el hijo espurio, es porque lo único que podía tener importancia era él, el hijo. Sí, al día siguiente, cuando Joaquín quedara ya en el cementerio, ella iría a ver a la fulana del Coto. Y le ofrecería lealmente su ayuda.

Telva sentíase un poquitín feliz. Era lo único inesperado que le ofrecía la muerte de su esposo. Descándolo, nunca pensó que tuviera la ocasión de gozarlo. Era un goce que entibiaba estimulante su corazón de madre fallida. Si la entrevista se desarrollaba con cordialidad—y ella pondría todo de su parte para que así fuera—, quién sabe si tendría ocasión de coger al niño entre sus brazos y besarle. Y sentía como miel en los labios.

Entró en el gabinete donde se había instalado la capilla ardiente. A un lado del féretro estaban don Lucas, Gaspar y Méndez; al otro, Fernando, Miró y Prendes: los amigos de Joaquín. Y él, en medio, sin saber de qué se había muerto. La caja, con tanta negrura, parecía un seis doble.

La escombrera

Por MANUEL PILARES

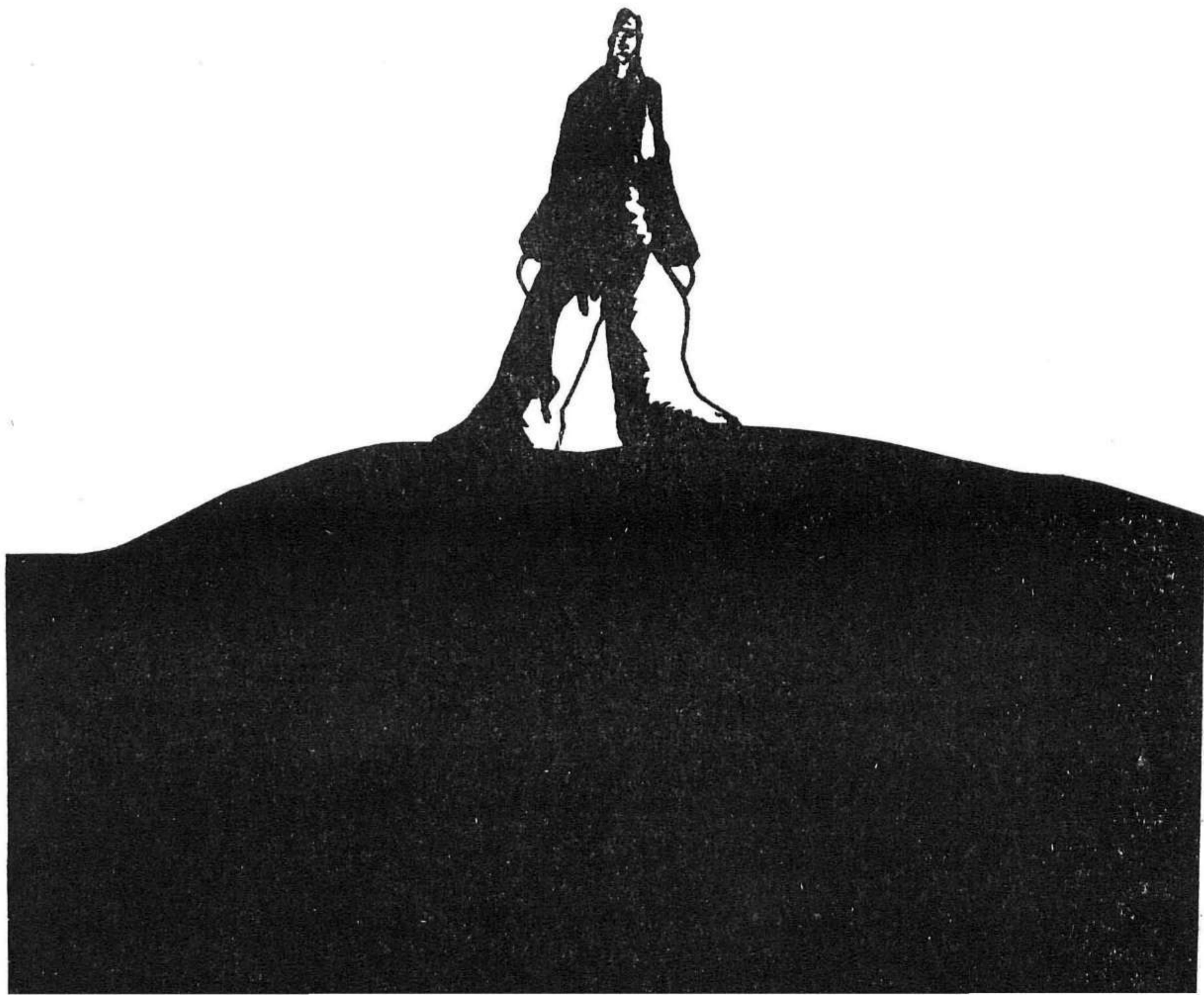
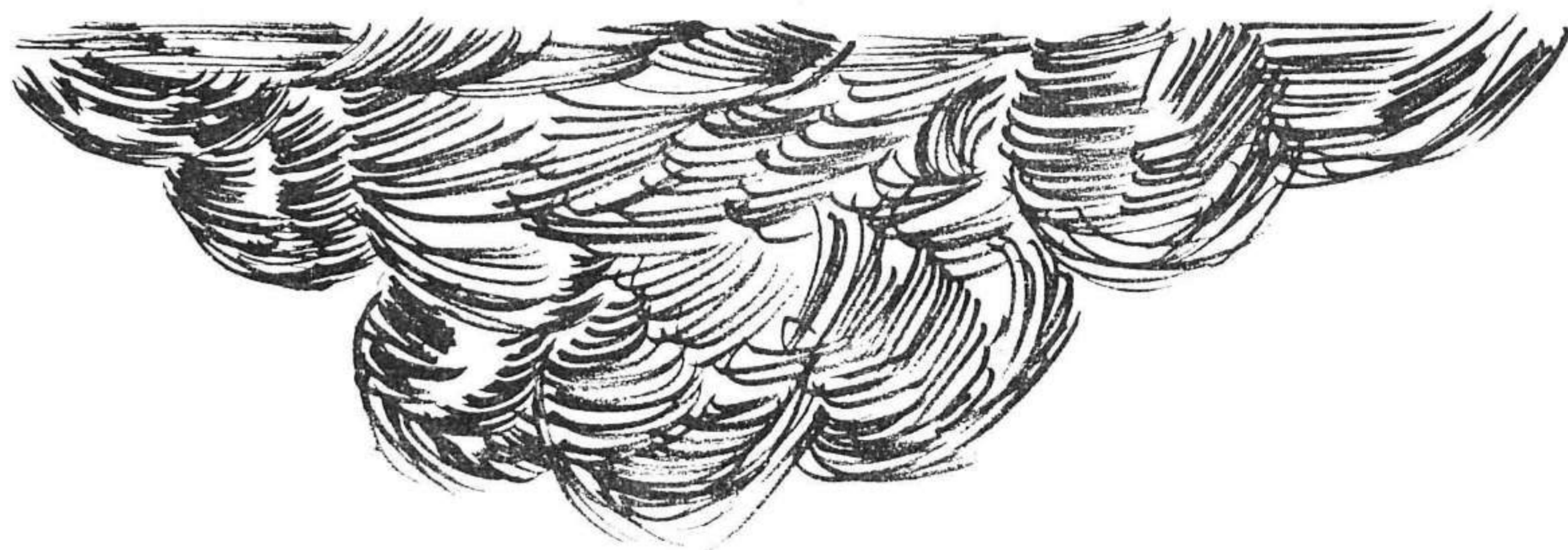
PARA el caso que voy a contar, yo soy como si fuera el padre de mi hermano Juan. Y mi hermano Antonio es como si fuera el padre de mi hermano Luis. Pero excuso decirles que tanto Juan como Luis, como los demás hermanos, todos somos hijos legítimos del mismo extraordinario padre.

Y vamos al caso.

Cuando nació mi hermano Juan éramos ya una docena de hermanos. Yo había nacido el primero. Padre trabajaba en la escombrera. Tenía a su cargo dos percherones y una larga fila de vagonetas. En las vagonetas se transportaba el escombro de los lavaderos de carbón. Recuerdo que cuando yo era muy pequeño, tan pequeño que sólo había en casa cuatro hermanos nada

más, yo solía escaparme a ver la escombrera que padre estaba haciendo. Padre es alto y fuerte: tan alto y tan fuerte que, la verdad, es preciso también oírle hablar, para darse una idea de lo alto y fuerte que es. Yo nunca oí hablar a nadie, con tanta propiedad, con tanta seguridad y al mismo tiempo con tanta naturalidad como a él. Ni los mismos percherones oyeron una voz igual. Tiene una voz incomparable, como hecha para hablar de tú a tú con las gentes más encumbradas. Los capataces la esquivan como buenamente pueden. En cuanto le ven abrir la boca ni parecen capataces ni parecen mandar nada. Pero voy a lo que iba.

Cuando nació mi hermano Juan, yo andaba por los catorce años. Fue el mismo



día en que cobré mi primera paga. Yo volví a casa haciéndome cuentas del dinero que entregaría y del que pensaba guardar para mis gastos. Y en cuanto atravesé el portal me encontré con los berridos del hermano número trece. No soy supersticioso. Nadie en la familia lo es. Nosotros únicamente pensamos en cosas de verdadera importancia: en el capitalismo, en el comunismo y en Dios; pongo por ejemplo. Sin embargo, cuando oí los berridos del número trece tuve una especie de amargo presentimiento.

Aquel día, padre, sin levantar la voz, me dijo sencillamente, dominando los berridos del recién nacido:

—Encomiéndate a Dios, pues vas a hacerte cargo del sostenimiento de tu nuevo hermano. Tú ya sabes que mi jornal fue suficiente hasta hoy para daros de comer y vestir a todos. Y que nunca nos sobró una peseta. Ahora que la familia aumentó y que tú empiezas a ser una persona mayor y a ganarte la vida, tienes que comprender que el único remedio que me queda es endosarte el crío. Así te irás entrenando para cuando te cases... Puede que en estos primeros meses te resulte ventajoso. Pagarás el bautizo y poco más...

Yo alargué la mano con el dinero que acababa de cobrar.

—No. Ese dinero es tuyo. No tienes que darme nada. Sabes que gano lo suficiente para mí, para tu madre y para doce hijos. Pero ha nacido otro y por lo tanto las cosas han cambiado. Guárdate el dinero para tus gastos y para el crío, que, desde este momento, en lo monetario, será como hijo tuyo. Tu madre te dirá lo que cuesta mantenerle.

Yo me quedé mirando a padre, sin saber qué decir. El sostuvo mi perpleja mirada y después me preguntó:

—¿Sabes de dónde vienen los hijos?

—Sí.

—¡Yo también lo sabía cuando tenía tu edad! Puedes comprender, además, que tu madre y yo somos jóvenes y fuertes. Es de esperar que la familia seguirá aumentando... Pero, descuida. El próximo que nazca se lo endosaré a tu hermano Antonio. Para esas fechas ya estará Antonio en condiciones de ganarse la vida...

Puesto que el niño dependía de mí, fui yo mismo el que le escogió el nombre de Juan y el que pagó al cura.

Al año siguiente, cuando nació el hermano número catorce, mi hermano Antonio se hizo cargo de él, escogió el nombre de Luis y también pagó al cura.

Antonio y yo trabajamos en la fábrica de briquetas. Y aquí viene lo amargo del caso: madre murió al poco tiempo de nacer Luis. Nos acordamos mucho de ella. Era casi tan alta como padre y tenía la voz más dulce que se puede uno imaginar. Estoy seguro de que los doce primeros hermanos jamás la olvidaremos. De Juan y de Luis, ¿quién se atrevería a decir lo mismo? Son muy chiquitines todavía. Pero daría algo bueno por que pudieran recordar aquella voz tan dulce. Si hubiéramos tenido una hermana... Todos nosotros somos varones y todos tenemos el mismo timbre de voz que padre...

Actualmente viene a casa una vieja criada para hacernos la comida y lavar la ropa. Y aunque padre sigue trabajando en la escombrera, las cosas han cambiado una enormidad. En vez de la pareja de percherones le han puesto a conducir un tractor que arrastra una fila mayor de vagonetas. Y padre habla lo mismo que antes. Pero los motores ni entienden las palabras ni tienen miedo a nada. Por eso, aunque el espectáculo de ver a padre transportar la fila de vagonetas y detenerlas al borde de la escombrera, y luego verle arrimar el hombro y volcarlas una a una de un solo tirón, es un espectáculo asombroso y hasta reconfortante, yo reconozco que ni siquiera es la sombra de lo que fue. Sólo me consuela el comprobar que la escombrera es cada día más larga, más ancha, más alta, más negra, más terrible.

Y me consuela porque pienso que en vez de una escombrera es una plataforma para que cuando Juan y Luis lleguen a la edad de ganarse el pan, nos reunamos los catorce hermanos en ella, y, a la voz de mando de nuestro extraordinario padre, digamos todos al mismo tiempo, con las cabezas alzadas hacia el cielo y con la mayor potencia posible:

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! ¿Dónde estás? ¿Por qué te escondes? ¿Qué has hecho de nuestra madre?

El ca



SUNTUOSA alcoba estilo imperio. Casi un salón. Es de noche. En la cama hay una muchacha dormida. Es Cristina. Entra Rosario. Tendrá alrededor de los cuarenta. Viste de negro, con brillos y lentejuelas, pero no traje de noche. Joyas. Brillantes enormes.

Rosario arropa a la muchacha, le muelle la almohada, se queda unos momentos contemplándola, la besa en el pelo y vuelve hacia la puerta. Justo cuando entra Ricardo.

Ricardo es ya cincuentón. Viste el uniforme de gala del regimiento de Húsares de Pavía. Muy condecorado. Impresionante.

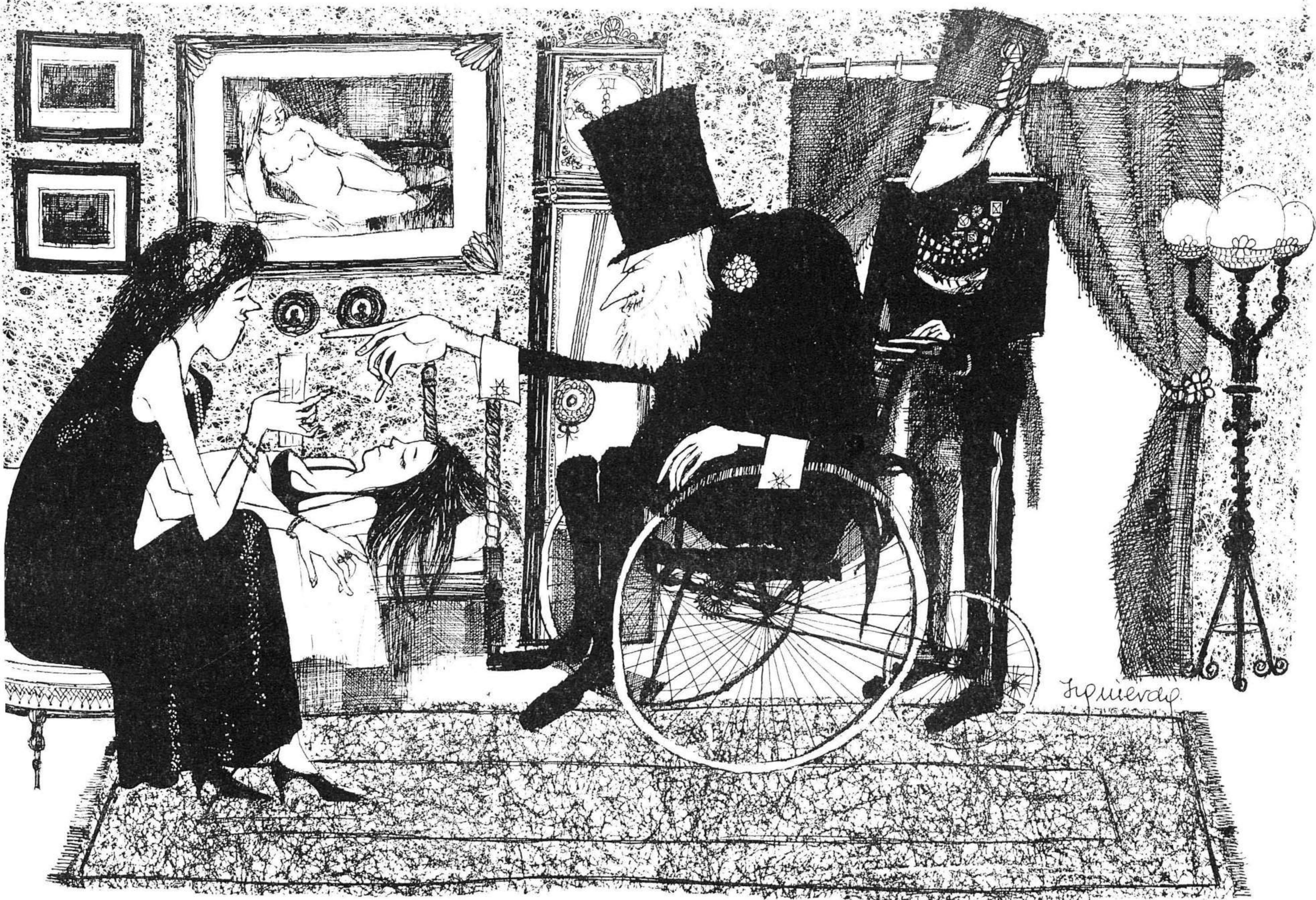
RICARDO.—¿Lista?

ROSARIO.—Sí.

RICARDO (después de contemplar un instante a Rosario).—Perfecto. (Da media vuelta y sale.)

(Rosario se pone en pie, se arregla la diadema ante el espejo y va junto a la cabecera de Cristina, donde permanece inmóvil y compuesta.)

(Entra Ricardo empujando una silla de ruedas. En la silla viene un señor ya viejo, calvo y con barba casi blanca. Es el señor Cadafell. Viste de chaqué,



vitalismo, ¿es pecado?

SITUACIONES DE LUJO

Por JULIAN AYESTA

con una flor blanca en el ojal, y entra con la chistera puesta.)

(La silla es tipo triciclo con propulsión a manivela. El húsar la empuja por pura cortesía.)

CADAFELL (quitándose la chistera).—Buenas noches, marquesa.

ROSARIO (a Cadafell).—Buenas noches, canalla.

RICARDO (a Cadafell).—¿Whisky, coñac, anís? (abre el mueble bar).

CADAFELL.—Nada. Gracias. (Señalando a Cristina.) ¿Está dormidita?

RICARDO (mientras se sirve un whisky).—Como un leño.

CADAFELL.—Menos mal.

(Silencio. Cadafell contempla a Cristina.)

(Ricardo sirve un whisky y se lo entrega a Rosario. Rosario bebe medio vaso de una sentada.)

RICARDO.—No bebas así que te va a hacer daño.

ROSARIO.—Mejor (se bebe casi el resto).

RICARDO (quitándole el vaso).—Bastó.

ROSARIO.—¿Por qué?

(Con una risa falsa y estridente trata de recuperar el vaso. Pero Ricardo se lo impide.)

RICARDO.—¡Rosario!

ROSARIO.—¿Qué?

RICARDO.—Eres mi mujer y grande de España. ¡Valor!

(Rosario vuelve a reírse. Ricardo, cariñoso, la lleva hasta un sillón, donde Rosario queda riéndose. Poco a poco se calma, levanta la cara y se queda mirando a Cadafell, que sigue admirando a Cristina en silencio.)

ROSARIO (a Cadafell).—¿De veras se va a casar?

CADAFELL.—Si señora.

ROSARIO.—¿Cuándo?

CADAFELL.—En cuanto abran las iglesias.

(Rosario suelta de nuevo la carcajada, pero ya no tan estridente. Se levanta del sillón y se acerca a la cama.)

(Ricardo, un poco al margen, enciende un cigarrillo y contempla la escena con mucho «self-control».)

ROSARIO (poniendo la mano sobre el pelo de Cristina).—Mírela. ¿Se da cuenta?

CADAFELL.—¿De qué?

ROSARIO.—De lo que va a hacer.

CADAFELL.—Si señora.

(Silencio. Rosario se sienta en la cama y sigue acariciando, muy dulcemente, el pelo de su hija. Cadafell sigue la escena con ternura.)

ROSARIO.—¿Cree que, a su edad, se puede comprar esto? (descubre un poquito a Cristina y vuelve a tajarla).

RICARDO.—Déjala así.

ROSARIO.—No, que coge frío.

CADAFELL (a quien la pregunta de Rosario ha dejado meditabundo).—Miri, señora.

RICARDO.—Marquesa.

CADAFELL.—Bueno. Pues miri, señora marquesa. No sé si su esposo le habrá informado que, además de industrial soy comerciante. Así que sé lo que compro. Aunque me duela, miri.

ROSARIO.—Me temo que esta vez no.

CADAFELL.—Escúcheme bien. Lo único que voy a pedir a su hija es... que me deje quererla. Que ella me quiera a mí... pues miri... dicen, verdat, que lo último que se pierde es la esperanza.

ROSARIO.—Pues vaya perdiéndola. Lo único que a usted le espera es sufrir, verla sufrir... y morir.

CADAFELL.—Pues ya es bastante, miri. Ya es bastante.

(Silencio.)

RICARDO (acercándose a Rosario).—No lo desmoralices.

CADAFELL.—No me desmoraliza, no. ¡Al revés!

ROSARIO.—Sádico.

CADAFELL.—¡Sesenta y pico de años soñando este momento! De noche, de día, en la fábrica, en la tienda, en el polo, en la cama... ¡en todos lados! Y, miri, ya llegó. (Acercándose a la cama a marcha lenta.) ¿Puedo darle un besito?

ROSARIO.—¡No!

RICARDO.—Déjalo. (A Cadafell.) Pero muy suave. Y en el pelo. No la despierte.

(Cadafell, inclinándose fuera de la silla con un gran esfuerzo, besa un mechón de Cristina que está escapado sobre la almohada.)

(Rosario se tapa la cara con las manos.)

CADAFELL.—¿Despertarla? Quisiera casarla dormida, llevarla dormida a Barcelona... y tenerla junto a mí, dormida, siempre, siempre... hasta morir.

RICARDO.—Que la despierten para su entierro, vamos.

(El matrimonio se ríe.)

CADAFELL.—Cuando tengan mi edad, aprenderán lo que es el amor.

ROSARIO.—El suyo, no.

RICARDO.—Te advierto que la quiere con una gran pureza.

ROSARIO (levantándose).—Eso no es pureza, Ricardo. ¡Eso es vicio! Lo que pasa es que, a su edad, ya no puede tener otros (a Cadafell). Dígame la verdad. No me asusto ya de nada. ¿Para qué quiere a esta criatura? ¿Es usted vampiro, telépata, pediatra... qué?

CADAFELL (grave).—Señora: soy un hombre que teme a la muerte.

ROSARIO.—Y piensa que casándose con una niña...

CADAFELL (interrumpiéndola).—Pienso, verdad, que casándome con esta niña, la muerte no va a dolerme pensando en lo feliz que va a quedar.

(Silencio.)

(Rosario va hacia el mueble bar. Ricardo la alcanza.)

RICARDO (sujetándola).—No bebas más.

ROSARIO.—¡Suéltame!

RICARDO.—¡Que no bebas más, te digo!

ROSARIO.—Suéltame o llamo a la policía.

RICARDO.—¡Eso! Llama a la policía. Y mañana yo en la cárcel y tú y la niña pidiendo limosna (suelta a Rosario, va a la cama y destapa dramáticamente a Cristina. Cristina está preciosa, ovillada como un gatito en baby-doll). ¿Cuánto crees que hubiera durado esto pasando el platillo? Con esta cara, este cuerpo... y acostumbrada a todos los caprichos. ¿Dos días? ¿Dos horas? ¿Dos minutos? (pausa). Y de casarse, nada. (La tapa.)

CADAFELL (a Rosario).—Y yo me caso, eh. Me caso.

(Rosario se sirve tranquilamente un whisky y va hacia Cadafell.)

ROSARIO.—¿Se ha visto usted al espejo?

RICARDO.—Bueno, Rosario, ¡ya está bien!

ROSARIO.—¡Es que es un monstruo, Ricardo! ¡Un monstruo!

RICARDO.—Conforme. Pero tiene un corazón así (separa los brazos). ¡Así!

CADAFELL.—Y muy herido, miri. ¡Muy herido!

ROSARIO (a Cadafell).—¿Ha pensado en el de ella?

RICARDO.—¡Ella tiene una vida por delante, Rosario! Este señor es viejo, está enfermo...

ROSARIO.—¿Qué tiene?

CADAFELL (señalándose el corazón).—Corazón.

RICARDO.—Dos golpes ya. Y el último, un mes en la tienda.

CADAFELL.—En la de oxígeno.

(Silencio. Rosario mira a Cadafell.)

ROSARIO (a Ricardo).—Vete. Déjanos solos.

RICARDO.—De acuerdo.

(Ricardo va al mueble bar, recoge la heladera e inicia la salida.)

(Sale el marqués.)

(La marquesa va a la cama y arregla el embozo de Cristina. La besa con ternura. Cadafell contempla la escena en silencio.)

CADAFELL.—Duerme muy bien, ¿verdad?

ROSARIO.—Es que la pobre está rendida.

CADAFELL.—¿Hace deporte?

ROSARIO.—Preu.

CADAFELL.—¿Estudia bien?

ROSARIO.—Muy bien.

(Silencio. Rosario bebe.)

CADAFELL.—Para una mujer no hay como la belleza.

ROSARIO.—Y la juventud.

CADAFELL.—¿Y el dinero, eh? El dinero.

ROSARIO.—También.

(Nuevo silencio. Rosario—que ya terminó su whisky—se echa otro. También solo y abundante.)

CADAFELL.—¿Por qué bebe tanto, eh?

ROSARIO.—Porque estoy muy contenta.

(Silencio. Cadafell rueda hasta la cama y acaricia el pelo de Cristina que cae sobre la almohada. Rosario lo está observando con mucha atención.)

CADAFELL.—¿Qué bonita es, miri! ¡Pero qué bonita! (silencio largo). Parece un ángel.

ROSARIO.—¿No le da lástima?

CADAFELL.—Mucha, mucha, mucha.

ROSARIO (acercándose a él). ¿Y la va a comprar?

CADAFELL.—Pues miri. Si me gusta y la venden, verdat...

ROSARIO.—¿Pero quién la vende, Cadafell? Un pobre imbécil, incapaz de hacer nada que no sea beber, cazar, divertirse, jugar... y perder. ¡Una basura!

CADAFELL.—Pero padre, miri. Y con la patria postead.

ROSARIO.—Y usted se aprovecha.

CADAFELL.—Pues hombre... Todos tenemos derecho a hacer lo que más nos convenga mientras no vaya contra la ley.

ROSARIO.—¿Pero qué ley, cretino! ¿Qué ley? (señalando a Cristina). ¡Mírela! (empujando a Cadafell frente al espejo). ¡Y véase! (Cadafell aprovecha para arreglarse un poco la corbata.) ¡Y dice que la quiere!

CADAFELL.—Y cuanto más me veo, más.

(Silencio breve.)

ROSARIO.—Escúcheme. Me doy cuenta de todo... porque, aunque soy su madre, soy humana. Y he sufrido también. Pero, por favor, ¿no hay otra solución?

CADAFELL.—¡No! Porque la quiero.

ROSARIO.—¿Pero no comprende que si la quiere de verdad?...

CADAFELL (interrumpiéndola).—Miri, miri señora, no me embolique. Yo quiero a esta niña, verdat, con toda mi alma, toda mi ilusión, ¡toda mi vida! Pero para mí, ¿me comprende?, ¡para mí!... No para otro.

ROSARIO (tras un silencio, cambiando de táctica).—Muy bien. ¿Y ha pensado lo que va a ser dormir noche tras noche con una persona que sólo sueña con verlo muerto?

CADAFELL (ya más en su terreno).—A mi edad, señora, hay placeres secretos.

ROSARIO (cortando un camino peligroso).—No se haga el gracioso porque voy a llorar (pausa). Ni usted mismo se cree (pausa, se acerca más y baja la voz). ¿Por qué no es hombre, ¡hombre!, y tiene la hombría de vivir con su edad?

CADAFELL (tras una brevísima vacilación, en la que parecía que iba a decir otra cosa).—Mi edad es tan triste, miri... que no puedo.

ROSARIO.—Sí puede. ¡Inténtelo!

CADAFELL (ya verdaderamente angustiado).—¡No quiero, verdat! ¡No quiero!

(Hunde la cara entre las manos.)

ROSARIO (cada vez más felina).—¿Por qué?

CADAFELL (descubriendo la cara en todos los sentidos de la expresión).—Porque no quiero morir sin haber sido alguna vez feliz. ¡Pero feliz, feliz, feliz, feliz! ¿Me comprende? ¡Feliz!

(Besa una mata de pelo de Cristina.)

ROSARIO (con ternura de hiena).—Cadafell, por favor, escúcheme. No llore (pausa larga. Rosario se sienta en la cama y pone su mano sobre la de Cadafell, que, a su vez, la tiene sobre el mechón de Cristina). Cada edad de la vida tiene su felicidad. Hay, primero, la de los niños: los dulces, los ju-

guetes, las vacaciones... Viene después la felicidad de la juventud: el amor, la aventura, los ideales... Más tarde llega la de la edad madura: el dinero, el poder, la fotografía. Y, por fin, la felicidad de... de su edad: la seguridad, las medicinas, la piedad... sobre todo, la piedad. Piedad de los demás... y de uno mismo. De uno mismo sobre todo.

CADAFELL (magnífico).—¡Pero es que yo, yo, yo no quiero tenerme piedad, cullons! (pausa, se derrumba). Porque tendría que ser una piedad tan grande, miri, tan grande... que no me alcanza, miri, no me alcanza.

ROSARIO.—¡Pues vaya porvenir industrial! ¡Vaya porvenir!

(Silencio largo. Rosario queda pensativa. Se levanta y bebe un trago. Cadafell sigue inmóvil. Después deja el mechón de Cristina sobre la almohada y mira a Rosario.)

CADAFELL.—No quiero morir sin haber vivido.

ROSARIO (suelta una carcajada lo más hiriente posible, pero corta).—¡Qué frases! ¡Sin haber vivido! ¿Y hasta ahora qué hizo? ¿Soñar?

CADAFELL.—Esperar y sufrir.

ROSARIO.—Pues tan vida es sufrir y esperar como gozar, ¡o más!

CADAFELL.—Puede, verdat. Pero no me conformo.

ROSARIO.—¡Pobre industrial!

CADAFELL (tras un breve silencio, más seguro).—Miri, señora: mientras me quede, aunque no sea más que esto de esperanza (junta el pulgar y el índice), ¡esto!... he de luchar, y luchar, y luchar!

ROSARIO.—¿Pero luchar por qué, pobre imbécil? ¿Por qué? No se ha enterado todavía que esa felicidad que busca para usted ya se acabó?

CADAFELL (herido).—Eso, miri, habrá que verlo.

ROSARIO (implacable).—¿Pero ver qué, Cadafell de mi alma? ¿Ver qué? ¿No está ya visto y requevesto? (tratando de volverlo a colocar ante el espejo). ¡Pero, mírese, mírese! (Cadafell se resiste y echa el freno a la silla). ¡No frene! (pero es incapaz de moverlo). Rosario baja el tono). ¿Le da miedo, verdad? (lo contempla un momento en silencio). Y buscando una felicidad ya imposible, va a destrozarse la de esta pobre niña, ¡que esa sí que sería segura, si fuera usted un hombre hombre y la quisiera de verdad! (silencio. Cadafell va a decir algo pero se calla. Rosario toma un tono docente). Un poco de cabeza, por favor. Nada más que cabeza. ¿No comprende que la única felicidad que puede quedarle sólo puede venir de la de ella? (lírica). Ella es su sol, señor, y usted su luna, ¡brille con su luz!

CADAFELL.—La luz de la luna es triste, miri.

ROSARIO.—Pero es luz. Y, de noche, alumbraba (pausa). Y en su vida, pobre industrial, hace ya tiempo que la noche ha caído.

CADAFELL (con sonrisa melancólica).—Cadafell by night.

ROSARIO.—Cadafell by night, marqués by night, marquesa by night..., ¡todos by night! (besando a Cristina). Menos ella (silencio. Cadafell parece muy impresionado. Rosario le mira largamente). Acérquese (Cadafell arrima la silla). Bésela. (Cadafell la besa dulcemente en el pelo y queda inmóvil sin separar sus labios del pelo de Cristina. Rosario se pone en pie, con cierta solemnidad de sacerdotisa). Hagamos un trato. Tiene el papel encima, ¿verdad?

CADAFELL (levantando la cabeza, alarmado).—Sí, ¿por qué?

ROSARIO.—Porque va a romperlo sobre la niña ahora que está dormida. Y, después, cuando despierte, se lo cuento todo. ¡Pero todo! (más fascinante). Y cuando ella sepa lo hombre que es usted, su tremendo dolor, su amor tan desesperado, tan hondo, tan imposible... estoy segura—y se lo dice una mujer y una madre—, estoy segura que va a quererlo con un amor tan dulce, tan hermoso, tan grande que va a usted a ser el hombre más feliz de la tierra.

CADAFELL (no tan escéptico como pudiera parecer).—¿Usted cree?

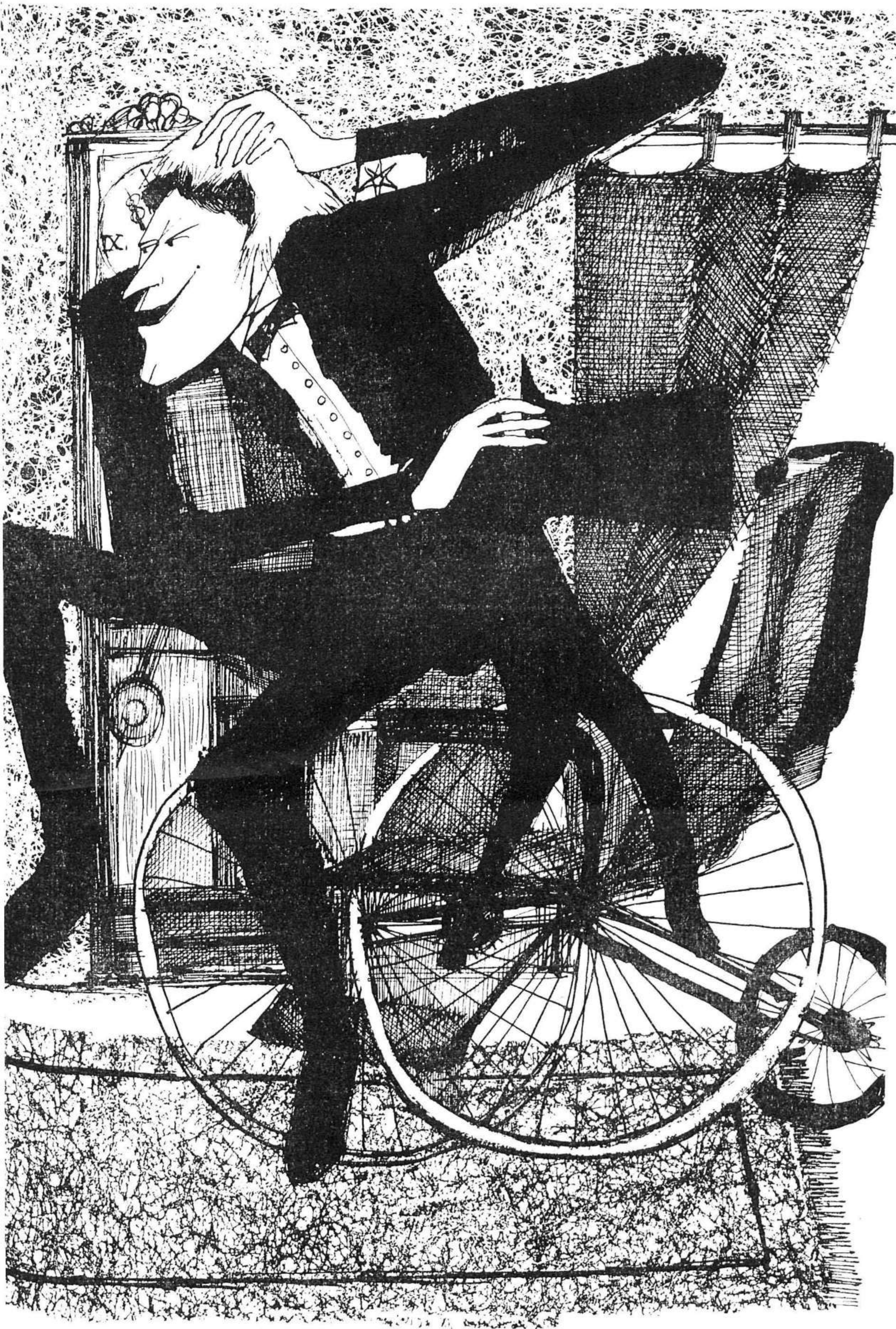
ROSARIO (lanzada al gran teatro).—¡Ay, industrial! Cristina es una niña tan misteriosa, tan extraña, tan sola, con tanta vida interior; es como si tuviera mucha más edad por dentro que por fuera (apretando la mano de Cadafell). ¡Tenga fe, Cadafell! ¡Tenga fe! ¡Verá qué amor!

(Cadafell contempla a Rosario dudoso. Su lucha es perceptible en su gesto. ¿Cree? ¿No cree? Por fin puede más la esperanza.)

CADAFELL.—Miri, que no pido pasión, ¿eh? Ni casi amor. Sólo cariño... ¡cariño nada más!

ROSARIO.—No; ¡tendrá amor! ¡Un gran amor! ¡Su gran amor! Acerque más la silla..., cuidado con el manillar, no vaya a darle un golpe en la cara y la despierte. Así, muy bien. Y ahora saque el papel y hágalo pedacitos, aquí, que caigan sobre ella (descubre totalmente a Cristina), sobre todo su cuerpo (bajando la voz). Como Danae y Júpiter.

CADAFELL (que no puede quitar los ojos de Cristina).—¡Cuánta hermosura, miri! ¡Pero cuánta hermosura!



ses largos y voluptuosos desde la cabeza hasta los pies). ¡Mírela! ¡Entera, toda! ¡Toda para usted..., para un viejo..., para un inválido!... ¡Para usted!

CADAFELL (muy excitado).—No.

ROSARIO.—Sí. ¡Fe, Cadafell! ¡Fe! El papel. ¡La Juventud otra vez, la Ilusión, la Belleza, la Salud! Más alto.

(Cadafell trata de llegar con el papel encima del centro del cuerpo de Cristina, pero no alcanza.)

CADAFELL.—Levánteme.

ROSARIO.—¿Pero puede?

CADAFELL.—Si me ayuda, sí (con grandes esfuerzos Rosario lo levanta de la silla). Así (pero es muy difícil porque Cadafell pesa mucho. Se escurre. Está a punto de caer sobre Cristina).

ROSARIO.—¡Cuidado!

CADAFELL.—¡Sujete por aquí, por aquí! ¡Agarre fuerte!

ROSARIO.—Ya (Cadafell queda medio arrodillado sobre la cama. Rosario lo mantiene por debajo de los hombros). El papel.

CADAFELL.—Un momento, miri.

ROSARIO (jadeante por el esfuerzo).—¡Fe, fe! ¡Mírela, mírela cómo le sonrío en sueños!

CADAFELL.—No.

ROSARIO.—¡Sí! Ya empieza a quererlo. ¡No desprecie su amor!

CADAFELL (gritando).—¡Cristina!

ROSARIO.—¡No la despierte ahora! Levante más los brazos.

CADAFELL.—¡No llego!

ROSARIO (en un supremo esfuerzo para correrlo hacia el medio de la cama).—¡Sí puede! Lo puede todo, ¡todo!

CADAFELL.—¡No!

ROSARIO.—¡Sí! Vamos, levante el papel (con manos temblorosas Cadafell levanta el papel). ¡Así! Sobre su vientre... sobre su vientre...

(Y de un zarpazo de pantera agarra el papel y suelta a Cadafell que se derrumba sobre Cristina. Todo es muy rápido. Mientras Rosario rompe furiosamente el papel en pedacitos, Cadafell cae de la cama abrazado a Cristina y ruedan por el suelo. Cadafell—que la abraza frenético—descubre que está fría. Mientras Rosario traga, ayudada por unos sorbos de whisky, Cadafell palpa nervioso a Cristina, la besa, separa bruscamente los labios de los de ella, le abre los ojos, le desgarran el baby-doll y queda inmóvil, tirado en el suelo, riéndose como un loco.)

(Cristina es una muñeca de goma o de plástico, tamaño natural. Cadafell le da un manotazo y Cristina resbala por el suelo hasta debajo de un armario de luna, donde queda despatarrada y medio desnuda.)

(Cadafell sigue riendo con estertores cada vez más demenciales. Grand guignol.)

ROSARIO (llamando).—¡Ricardo!

(Entra Ricardo en bata y zapatillas.)

RICARDO.—¿Qué tal?

ROSARIO (con tono y gestos de actriz que ya ha terminado la representación).—Muy bien, Pero estoy muerta.

(Durante estas líneas, Cadafell, cuyas carcajadas habían cesado a la entrada de Ricardo, se ha sentado en el suelo y se está quitando la calva y la barba...)

(El matrimonio lo contempla en silencio.)

(Cuando termina, Cadafell arroja la peluca y las barbas bajo el armario y se pone en pie.)

(Es un muchacho joven de aspecto tímido y delicado.)

(Ricardo se le acerca.)

RICARDO.—¿Contento!

CADAFELL.—Sí.

(Saca la cartera; de la cartera saca unos billetes y se los entrega a Ricardo que los recibe con mucha discreción.)

RICARDO.—Muchas gracias.

(Cadafell inicia la salida con paso todavía un poco vacilante.)

ROSARIO.—¿Y para mí qué, salao?

(Cadafell le lanza un billete y sale.)

(Rosario recoge el billete.)

(Ricardo se pone a recoger a «Cristina» la peluca y la barba. Aire muy natural.)

(Rosario empieza a hacer la cama.)

ROSARIO.—No. Cierre los ojos. Purifique la mente. Saque el papel.

(Con mucha vacilación, y después de mucho mirar y remirar la cartera, Cadafell saca un papel. Rosario no lo pierde de vista.)

CADAFELL.—¿Y si lo rompo, usted me garantiza, verdat, que va a quererme?

ROSARIO (con voz de expresar lo inexpresable). Va a quererlo... (cierra los ojos). Va a quererlo como nadie nunca ha querido jamás, ¡cuerpo y alma!

CADAFELL.—Pues, firmeme algo.

ROSARIO (desagradablemente sorprendida).—¿Algo? ¿Pero qué «algo»?

CADAFELL.—Pues, hombre, algo. ¡Que es mucho dinero, eh! ¡Pero mucho dinero!

(Un silencio penoso. Pero Rosario no ceja, aunque se nota que ya está un poco cansada.)

ROSARIO (con lirismo creciente).—Querido Cadafell: no le estoy proponiendo un negocio (baja la voz). Esto es un exorcismo, una propiciación, un rito misterioso, secreto, sagrado. Hay que hacerlo con fe, no con cálculo (mientras acaricia a Cristina con pa-

En las brañas

Por DOLORES MEDIO

MANUEL saca el mechero, lo frota repetidas veces hasta encender la mecha y lo acerca a la colilla que le tiembla entre los labios.

Nada. No puede encenderla. El frío y la humedad la han convertido en un papel mojado.

Escupe la colilla.

—Mecá... Lo que me faltaba. ¡No te joroba!

Cachazudamente lía otro cigarrillo, se lo coloca en la boca y hace un nuevo intento para encenderlo.

Ahora sí, ahora la llamita prende el papel y Manuel aspira con fuerza para convencerse de que está encendido.

Un gruñido de satisfacción. Otras dos chupaditas más profundas. Una nubecilla de humo. Y Manuel carga al hombro la valija, reanudando su marcha.

Delante de Manuel, camina la vieja. Baila más que camina. Que si tú me lo diste, que si no me lo das, que si tú me lo diste, camino de San Blas. Camino de San Blas, donde te conocí, que si tú me lo diste, que si yo te lo di... ¡Zas!, una zapateta y las faldas de la vieja vuelan por los aires, enseñando la bajera roja. También enseña la boca, monda de dientes. La vieja se ríe, se ríe... Anda, ríete, Manuel. Canta, Manuel. Baila, Manuel. ¿Es que no quieres nada con las viejas? ¡Zas!, otra zapateta. Otra vez la bajera roja y las puntillas almidonadas de los calzones. Unos calzones de los tiempos de Maricastaña.

—Mecá, la vieja... Y ahora, mira... No somos nadie.

Manuel quiere caminar aprisa, pero no puede. Cuesta arriba y contra el viento, no se puede correr más, aunque las piernas de Manuel sean ágiles y estén acostumbradas a medir la sierra. A ver quién es el valiente que sube El Bachancho en menos tiempo que lo sube Manuel, cargado, casi siempre, como una bestia. Y peor que peor cuando el invierno se le echa encima y tiene que luchar contra la nieve, contra la lluvia o contra el viento.

—Jolín, da gusto cuando está el cielo claro. Uno va y se detiene en cada revuelta para mirar el valle... Uno sube y el valle se queda abajo, cada vez más hondo... La tierra negra, abierta, esperando el grano... Que si tú me lo diste, que si no me lo das... Y cuando empiezan a salir las plantas y todo se pone verde... Mecá, qué verde... Si hasta da risa de gusto, ver el campo verde... A coger el trébole, el trébole, el trébole, a coger el trébole, la noche de San Juan... Después, el campo amarillo, el maíz, el trigo, las hojas secas... Pero no hay fiestas... Ahí, a la vuelta, agazapado, anda el invierno, y va, y se te echa encima...

La vieja ya no baila. Chilla ahora como una corneja. Anda, Manuel. Corre, Manuel. Dame la mano, hijo, que no quiero irme. Corre, Manuel.

Manuel quiere correr, pero no puede. Hace un esfuerzo, pero la valija le pesa mucho.

Un hombre desconocido camina ahora delante de él. Sólo le vio una vez en su vida. Hala,



Manuel, toma la valija, que ya eres el cartero de Las Colinas. Tienes dieciséis años, pero tu padre ya no puede con los calzones, y para subir todos los días desde Castañedo hay que tener reaños.

Manuel hace un esfuerzo y sigue caminando contra el viento.

—Reaños, sí tiene uno. Y ágiles piernas. Pero cuando el invierno se te echa encima, cuando el tiempo se cierra en banda, como dice padre, ni agilidad, ni reaños, ni el sursum corda... Tira, chico, antes de que la noche se nos eche encima... Camino de San Blas, donde te conocí, que si tú me lo diste, que si yo te lo di... Ya voy, ya voy, tía Silveria, aguarde usted una miaja.

El paso lento del abuelo le corta el suyo. Pueblo de viejos, dice el abuelo. Eso somos. Un pueblo de viejos. Como entonces. Otra vez como entonces, cuando los hombres se iban a hacer la Habana. Pero entonces se quedaban las mujeres. Y ahora, ni eso. Todos a Francia. Todos a Suiza. Todos a Alemania. Eso cae más cerca, mucho más cerca. Ahí a la vuelta, después de pasar los últimos montes de España. Más cerca, pero no vuelven. Nos quedamos sólo los viejos... Hala, Manuel, coge la valija, que tu padre ya no puede con los calzones.

—Nadie puede en el pueblo con los calzones. ¡No te joroba! Un pueblo de viejos, eso somos, un pueblo de viejos.

Manuel sigue caminando, valija al hombro. La verdad es que el correo no pesa mucho. Cuatro cartas y un paquete de periódicos para el maestro. Pero en la valija van también los encargos que los vecinos le han hecho: utensilios de cocina, clavos, herraduras, una badila para el brasero del cura, unas tenazas para el carpintero y hasta un cerrojo para el corral de Venancia que tiene una puerta desencajada, y con el viento, danza y gime como alma en pena. ¡Ah!, y las medicinas para la vieja.

—Estas sí que pesan, con no pesar nada... Ya voy, ya voy, tía Silveria... Que si tú me lo diste, camino de San Blas, que fue al subir el puerto, que no, que fue al bajar.

La valija pesa lo suyo, y por si esto fuera poco, el viento helado que sopla desde las cumbres le impide caminar y las ráfagas de nieve, cada vez más frecuentes y más espesas, le ciegan y le cortan el resuello.

Manuel se ajusta el impermeable, apretándolo contra el cuerpo.

—Mecá, qué tarde. La que va a caer. Mañana un metro de nieve.

Las botas de Manuel empiezan a hundirse en el suelo blando del camino. Las botas de Manuel empiezan a pesarle más que la valija.

—Mañana no hay quien baje a Castañedo. Mañana no hay correo. Que se chinche la gente. A ver si por una carta o por un fierro... Que no, jolín, que uno no se mete en la nieve hasta la barriga... ¡No te joroba!

El padre camina ahora al lado de Manuel. Pues ya ves tú, Manuel, durante cuarenta años, cuarenta años son cuarenta años, coño, durante cuarenta años tu padre subió El Bachancho, calzando los escarpines de lana prensada que le hacía tu abuela, y unas almadreñas... Eran otros tiempos, padre... Otros cuernos. Las almadreñas se quedaban a veces enterradas entre el barro o la nieve... Eran otros tiempos... Otro cuento, que tenéis mucho cuento, que entonces la gente no se ponía todas esas cosas que ahora os ponéis vosotros para bajar a la carretera. Una manta agujereada como un colador, que lo mismo servía para la cama que para echarse al camino... Menudos inviernos, con la nieve hasta las rodillas, y hala, hala, cuesta arriba... Y uno, ¿qué? ¿No sube también uno esta maldita cuesta con calor y con frío, anda que te andarás, cargado como una bestia?... Coño, es que ahora recicáis con tantos perendengues como os ponéis encima, que todo se os vuelve comprar botas y abrigos y meter en las casas camas y armarios de esos de espejo, que ahora las cabañas de los campesinos, más parecen po-

sadas de trajinantes y de mujeres perdidas... Que son otros tiempos, padre, que son otros tiempos, que ahora en las ferias y en los mercados se venden bien las cosas y corre el dinero... Corre el dinero, corre el dinero, pues mira tú, eso lo trajo también la guerra. Tiros por aquí, tiros por allá, y que si mato a éste porque no me gusta lo que dijo aquel día, que si este otro hizo tal y cual y le voy a quitar del medio. Yo, con la guerra, pero mira tú, que también trajo esto... Que no fue la guerra, padre, que los tiempos cambian... ¡Coño!, con los tiempos. Y esa cosa que canta y hace títeres y que dicen que viene por el aire, como las brujas... Que son otros tiempos, padre, que la radio y la tele son inventos, lo dijo el maestro... Inventos, inventos. Así me parta un rayo si lo entiendo. Como eso de ir a la luna. Menudo cuento. Mira tú, eso no lo creo... Pues iremos a la luna... ¿Tú a la luna? Je, je... Tira, Manuel, a ver si puedes subir El Bachancho. Mira tú, eso debían inventar los sabios, una carretera al monte y una camioneta para subirlo... Pues debe ser más fácil ir a la luna... Deja la luna quieta, Manuel, y mira el camino. Si la noche te coge en medio del campo...

Manuel mira el camino. Poco puede ya abarcar con la mirada. El cielo está tan oscuro, que parece que la noche se le va a caer encima antes de llegar al pueblo. Hoy no puede ver el valle, ni mucho menos el mar. Ese mar que se ha llevado a tantos hombres que nunca regresaron a la aldea... Hoy no se ve el mar, ni el valle. Apenas el bosque. El horizonte se va estrechando, estrechando, hasta quedar reducido a los árboles más cercanos. El viento sacude furiosamente sus ramas.

—Quieto, quieto... Déjame andar... Mecá, con el viento este... Tú también, ¿eh?... Hala, sopla, revuelve la nieve.

Manuel aprieta los labios para evitar que la nieve le entre en la boca. Cada vez cae más espesa y cada vez se arremolina más con el viento. Y entre el viento y la nieve, danza la vieja. Que si tú me lo diste, que si tú me lo das, que si tú me lo diste, camino de San Blas... Anda, Manuel, baila, Manuel, canta, Manuel... Una zapateta. Un revuelo de faldas coloradas y de puntillas blancas de los tiempos de Maricastaña.

—Jo, con la vieja, qué buen humor... A ver si se muere... Hay que ponerle pronto esto. Antes de la noche, Manuel. El médico sabe bien lo que dice... Tira, Manuel.

Pero Manuel camina a cada paso más lentamente. Cuanto más se acerca a la cumbre y se aparta del abrigo de la ladera, más tiene que luchar contra la nieve.

Todos los vecinos danzan entre la nieve. Tira, Manuel. Sube, Manuel. ¿Qué me traes, Manuel? Manuel, ven a echar un trago, ya eres un hombre, Manuel. Manuel, tengo que encargarte... Manuel. Manuel. Manuel...

Manuel sonríe, orgulloso. Y aprieta el paso.

—Tira, Manuel.

Casi ha cerrado la noche, cuando aún debía andar el sol por el cielo, pero el tiempo se ha cerrado en banda y la cosa se pone fea.

—Si me coge la noche en el camino... ¡Mecá!

A Manuel le entra un temblor por las piernas y se le afloja el vientre. No, la verdad, no le gustaría que la noche le cogiera en medio del bosque. No es por nada, ¿eh?, no es por nada. Nunca le ha tachado nadie de cobarde, pero caminar de noche, entre la nieve, luchando contra la nieve, no lo ha hecho ni su padre.

Otra vez a su lado el padre. Cuidado, Manuel, que la sierra es muy traidora. Si la cosa se pone fea, nada de atajos. Tú, tira siempre por el camino real. Bueno o malo, te lleva al pueblo. Y si no puedes caminar, no olvides que antes de coronar la sierra, está el Calero. Derecho al Calero. La de veces que dormí yo en el Calero... Bueno, lo de dormir, es un decir. Hay que estar con el ojo abierto y el fuego encendido. Pero es buen refugio.

Manuel calcula:

—Mecá, el Calero... Menudo refugio... Y ahí, al lado, como quien dice... A un tiro de piedra... Bueno, algo más de una pedrada. Pongamos dos... Tres o cuatro vueltas del camino... Manuel, al Calero, y mañana saldrá el sol por donde pueda... A ver si la noche se me viene encima...

Luchando contra el viento, contra la nieve, Manuel, el carterillo de las Colinas, acelera el paso con la esperanza de alcanzar pronto el Calero. Se acabó el miedo. Menudo refugio.

—Lo que yo y los otros chicos jugamos en el Calero... Y está ahí a dos pasos. Tira, Manuel.

El maestro se acerca ahora al carterillo. Manuel, recuerda siempre lo que te he dicho. Sabes bien a lo que me refiero. A aquello del deber. ¿Qué me dices de lo que le prometiste a la tía Silveria?

—Jolín, con la vieja... Ya voy, ya voy, tía Silveria. Aguarde usted una miaja... Mecá, la vieja... Por mí no dejarás de bailar en las romerías... Que si tú me lo diste, camino de San Blas... Ya voy, ya voy, tía Silveria.

Dos kilómetros, pedrada más o menos, se ataja echándose al campo. Antes de llegar al Calero, precisamente, está la saltadera que, desde el camino, abre el atajo del pueblo, del primer pueblo de las Colinas, donde agoniza la tía Silveria, aguardando la medicina que puede salvarla.

Cuando Manuel llega a la saltadera, se detiene sin decidirse a entrar por el atajo. Apenas se ve el atajo. El campo empieza a borrarse bajo la nieve.

Manuel vacila:

—Que no, que no. ¡Jolín! A ver si se queda uno en medio del campo... Al Calero, Manuel, que allí estás seguro... Mecá, si ya no se ve la mano ante los ojos... Tira, Manuel.

Manuel vuelve al camino. El médico de Tresvías se aparta a un lado, dejándole paso. Manuel, sigue, Manuel. ¿Por qué retrocedes? En el pueblo te aguarda la tía Silveria. No quiere morir. Tú le llevas la medicina que puede salvarla. Manuel, Manuel... Yo he subido desde Tresvías con un tiempo de perros, para recorrer las cuatro colinas, visitando a los enfermos. Y soy viejo, Manuel. Tú eres un muchacho.

La tía Silveria no tira ya zapatetas. La tía Silveria no canta. La tía Silveria grazna como una corneja. Manuel, corre, Manuel... Manuel, por el atajo... Si te quedas en el Calero ya no veré amanecer mañana. Me gusta tanto ver amanecer... Manuel, corre, Manuel... Dame la mano que no quiero irme.

El maestro del pueblo le mira severamente. Manuel, recuerda aquello del deber cumplido. Una mujer se muere. Es una vieja. Pero es un ser humano. ¿Vamos, Manuel? Vamos, maestro, vamos.

El padre le detiene. Manuel, que la cosa se pone fea. Vete al Calero. La de veces que pasé yo la noche en el Calero. La sierra es muy traidora.

Ya está aquí el cura. Lo que faltaba. Hisopazo va, hisopazo viene, y Dominus vobiscum. Apártense todos. ¿No ven que esta mujer se está muriendo? Fuera todos de aquí, déjenme con ella. Hay que prepararla para su viaje... Largo, Manuel. ¿Por qué te quedas con la boca abierta? Vete ya, Manuel.

La vieja grita. No, no te vayas. Yo no quiero morir. Morir es muy triste... Manuel, corre, Manuel. Te estoy esperando. Después del invierno viene la primavera. Manuel, anda, Manuel... Volvemos a bailar por la primavera. Es tan hermosa la primavera... Manuel, ven por el atajo. Manuel, corre, Manuel. Manuel, me ahogo. Manuel. Manuel. Corre, Manuel.

Manuel. Manuel. Manuel.

Manuel se engalla. Sube a la saltadera y se

tira al atajo. Todavía puede llegar al pueblo antes de que la noche cierre por completo.

El padre dice: Manuel, cuidado. Manuel, cuidado. La sierra es muy traidora. Devora a sus hijos.

La vieja tira una zapateta. Hay un revuelo de refajos rojos y de calzones con puntillas blancas. La vieja canta. Que si tú me lo diste, que si tú me lo das, que si tú me lo diste, camino de San Blas. Camino de San Blas, donde te conocí. Que si tú me lo diste, que si yo te lo di. Manuel, que es hermosa la primavera. Hasta los huesos viejos tienen savia nueva y retoñan los árboles añosos... Cuatro hojitas, madre, tiene el arbolé, la una en las ramas, las dos en el pie, con el airecillo jaleábanse, meneábanse, dábanse al aire... Otra zapateta.

—Jolín, con la vieja, que aquel le tiene a la vida... Condenada vieja.

Corre Manuel cuanto le permite la carga que lleva al hombro.

—Ya voy, ya voy, tía Silveria. Aguarde usted una miaja.

El viento cesa. No se mueven las hojas de los árboles. Pero la nieve sigue cayendo sobre el campo enfangado. Las botas de Manuel se hunden en el fango. Manuel tropieza y cae. Se levanta.

—Nada más que no se hayan roto las medicinas. Mecá, lo que faltaba.

Sigue caminando. Camina casi a tientas. Cuando el tiempo está claro, a lo lejos se ven las luces del pueblo. De todos los pueblos de las Colinas. Manuel puede orientarse, aunque la noche cierre. Pero hoy, apenas se ven los árboles que le rodean y los setos que separan las tierras de los vecinos. A ver si puede llegar en seguida al álamo blanco. Después del álamo

blanco, que nadie sabe quién lo plantó, ni por qué vive aislado en medio de los campos, está el pilón donde el ganado abreva, cuando vuelve al establo. Sí, allí... Detrás del álamo blanco.

Pero hoy son blancos todos los árboles. ¿Dónde está el álamo?

Manuel desanda el camino andado. No hay ningún álamo solitario por aquí. Debe ser por el otro lado. ¿Por qué lado?... Por otro lado. Por aquí no es. Aquí no hay ningún álamo solitario.

Andar y andar, y desandar lo andado. Manuel se cansa. A Manuel le duelen las piernas. Le duele el cuerpo. Empieza a caminar como un autómata, hasta caer rendido.

La vieja se ríe a gritos. Levántate, Manuel. Dame la mano. Vamos, Manuel.

—Ya voy, ya voy, tía Silveria.

Vamos, Manuel... Vamos a coger el trébole, el trébole, el trébole, a coger el trébole, la noche de San Juan. A coger el trébole, el trébole, el trébole...

El médico se le acerca. Antes de la noche. ¿Sabes, Manuel? Antes de la noche. Mañana será ya tarde.

Apártense, apártense todos, que la vieja ya no resuella. Vamos a prepararla para el viaje, concho. Aquí ya no se respeta al cura.

Manuel, Manuel, que el deber está sobre todo. ¿Sobre la vida, don Leonardo? Sobre la vida, Manuel.

Manuel, toma la valija, ya eres un hombre. Para subir El Bachancho hay que tener reaños. Tu padre ya no puede con los calzones.

Somos un pueblo de viejos, Manuel, un pueblo de viejos. Antes, cuando los hombres se iban a hacer la Habana, se quedaban las mu-

jerres en el campo. Unos, volvían con mucha plata, otros no volvían. Ahora no vuelve ninguno. Y se nos van hasta las mujeres. Un pueblo de viejos, Manuel, un pueblo de viejos.

Que si tú me lo diste, que si no me lo das, que si tú me lo diste, camino de San Blas. Camino de San Blas, donde te conocí, que si tú me lo diste, que si yo te lo di.

Manuel, Manuel, ¿qué me traes?

Manuel, ven a echar un trago, ya eres un hombre.

Manuel, ven aquí, Manuel. Quiero encargarte algo.

Manuel, cuidado, Manuel. La sierra es muy traidora.

Manuel, tú eres ahora el único enlace que tenemos con la carretera.

Manuel...

Manuel...

Manuel...

El carterillo de las Colinas escucha atónito todas las voces. Mira aturdido a los que danzan en torno suyo. Si apenas puede ya verlos. Está tan oscuro...

La vieja corneja grita. Manuel, Manuel, que no quiero irme. Volveremos a bailar por la primavera. Vamos a coger el trébole.

Manuel hace un esfuerzo para contestarle:

—Ya voy, ya voy, tía Silveria. Aguarde usted una miaja.

Si no pesara tanto la valija. Si las piernas no le pesaran como dos troncos secos. Si pudiera levantarse y correr, correr...

Ha cesado el viento. Ni se mueven las hojas de los árboles. La nieve, mansa y copiosa, va cubriendo el cuerpo del carterillo.



-Sourcil y Colado



El horno está encendido

Por MAURO MUÑIZ

DAMASO Fernández abrió la puerta y encontró en el suelo los granos de maíz. Los cogió y se quedó mirándolos allí, en medio de la puerta, frente al día que se venía encima con ruidos, niebla y luces. La tierra echaba sus primeros vahos y aún no se habían callado las llamadas de las fábricas y los pozos. Como todos los días. Vió las chimeneas, a lo lejos; los grandes bloques de casas, los espigones del puerto; y más allá del descampado, que estaba en lo alto, en las afueras, pudo ver también las casitas bajas de los «co-

reanos» y las chabolas que se metían unas por otras.

—Maizos...— se dijo.

Y comprendió que aquel despertar no era ya como todos los días, porque los granos estaban allí, delante de sus ojos, insultándole, retándole, diciéndole lo que tenía que hacer, pidiéndole una respuesta.

Entró en la casa y, aún en camiseta y alpargatas, se sentó en la mesa. Cogió la botella y echó vino en un vaso. Después se metió el negror por el cuerpo y, más tarde, abrió la mano izquierda, que

había tenido cerrada y por entre los dedos, sobre la madera, cayeron, duros, pequeños, con los vientres blancos y jugosos, los granos.

—Maizos, ¿qué queréis? —se preguntó de ojos adentro, de corazón adentro...

Pero él sabía de sobra lo que aquello significaba, sin tener que preguntárselo. Le vino, de pronto, el silencio de las noches. Todas las puertas se cerraban pronto. Hombres y mujeres sabían que tenían que dar una respuesta. Y se acostaban y estaban juntos, mirando a la oscuridad

preguntándose si aquello iba a terminar pronto. Y Dámaso notaba a su lado, en mitad del silencio, el hormiguillo de la hembra, su inquietud.

—¿Oyes algo?

—No, nada. No oigo nada.

Ni una pisada. Ni las blasfemias y canciones de los borrachos. Ni siquiera el ladrido de los perros. Nada. Y desde la nada y el silencio les habían tirado, al pasar, el maíz. Los granos. (Cuando los hijos eran pequeños, la mujer les contaba: «Era una gallinita que encon-

tró unos granitos de maíz en la tierra: ¿Quién va a llevar estos granos al molino? Yo, no, dijo el pato. Yo, tampoco, dijo el pavo...)

Pero ahora los maizos decían:

—¡Dámaso, gallina! ¡Dámaso, gallina!

Y estaban allí, frente a sus ojos. Le daba el frío de la madrugada, todavía metido en la tierra y las paredes, puñaladas en los riñones. Oyó el gotear del grifo sobre el bañal. Fueron apacentándose sus ojos por sobre cada cosa de la cocina: el calendario con la fecha, dos de setiembre, y con una mujer en bikini anunciando una bebida; el horno, donde estaba la tartera con bacalao, desde la noche anterior; la chaqueta, colgada de la pared; el cajón con herramientas para los arreglos caseros; la cesta con el carbón. La mujer estaría ahora en la duermela.

—¡Dámaso, gallina...!

Y también los habrían puesto a la puerta de la fábrica, y en el camino. Y a la entrada de los chigres donde tomaban, antes de entrar, orujo y se cruzaban con los de turno de noche, ya de regreso. «¿Qué —preguntaban— alguna novedad?» Y veían los ojos cansados, el gesto oscuro y de rencor de los que volvían buscando el sueño. Ahora habían cerrado las tabernas, para impedir que los trabajadores formasen grupos, y al caminar, de madrugada, se cruzaban con las sombras medio ocultas, casi rígidas, como las chimeneas, de los guardias.

Bebió de nuevo. Y volvió a coger los granos tiernos y duros, con el viento de la costa en la piel y los vientres blancos. Dámaso, gallina. Y también los compañeros del turno. El Perón, Alfredo, Julián, El Rubio, Dionisio, Antelso... Gallinas, gallinas, gallinas. Los granos. Diciéndolo.

Hacia muchos años. En la costa. Le viene el recuerdo a la sangre, con el maíz. Eran también ellos, en aquel tiempo, jóvenes, duros, jugosos como panajas, se tumbaron. Los tallos de las plantas les protegían los costados.

—¿Nos ve alguien?

—No puede vernos ni Dios...

—Ese sí —contestó la mujer.

Arrancó de cuajo un fruto y fue quitándole hojas hasta que aparecieron los granos, pegados al tronco.

—¿Te gusta el maíz?

—¿Crudo?

—Crudo.

Para evitar el grito, el desgarrar, oculos en plena cosecha ella mordió los maizos. Después, al regreso aún llevaba algunos entre los dedos, entre los dientes.

—¿Sabe bien?

—Dulce y amargo. Así sabe.

Tenía que levantarse. Envolver la tartera en un periódico. Coger la media botella de vino y la chaqueta y salir. Se oían desde allí, desde la cocina, con la puerta entreabierta, ya más apagados, los pitidos de los trenes, las sirenas de las fábricas llamándolos, los cercanos ruidos de los motores de camiones y coches, el vaho de los inmensos gasómetros de algunas fábricas, el latido de los cables, el corazón de los pozos, apuñalados por las piquetas... El cansancio, los años, le habían hecho ya como una cosa perteneciente a todo esto, como uno más en el coro, la tuerca llamada Dámaso, picachón Dámaso, cable Dámaso, motor Dámaso, carbón Dámaso... Y ya, desde el despertar, parecía oír su nombre en todas las cosas. Pum, pum, pum, pum, las vielas; ras, ras, ras, los picos; fu, fu, fu, las llamas del horno. Y la sangre se le iba incorporando a la vida y ya se sentía así metido, vivo, como una pieza más...

—¿Qué has puesto?

—Bacalao. Como siempre...

Miró el horno. El bacalao. Como siempre. Habían pasado muchos años. Habían pasado los hijos, el estar juntos, el trabajo, la guerra... Y siempre era como siempre. Y los sábados, el jornal. Y después la muerte de Enrique, el primero de los hijos. Y después el accidente. Y Ana, la otra hija, levantándose temprano para ir a la fábrica. Y los nietos. Y el rencor de Herminio, el último, allá, en el suburbio, con la prole y la mujer siempre con el vientre lleno. Y su voz, hacía todavía unos días, preguntándole:



—«Padre, ¿vais o no vais a la huelga?»

Y mirándole, como con una navaja en los ojos.

—«¿Vais o no vais?»

Y ahora los maizos:

—Dámaso, gallina. Dámaso, gallina.

Y lo mismo a El Perón, a Dionisio, a Antelso... Gallinas, gallinas, gallinas.

Y él, Dámaso:

—Entonces, ¿apagamos el horno?

Y se repite ahora: ¿apagamos el horno? El turno de conservación, ¿apagamos el horno? Oyó la voz de la mujer, desde la cama:

—¿Estás ahí?

Le dio el cuerpo un sobresalto.

—Sí, estoy aquí.

Y luego ella, mientras daba la vuelta en la cama y se subía la ropa, para evitar la luz:

—Hoy no llegas, Dámaso.

Podría ir allí, a la habitación. Enseñarle los maizos. Y contestarle: «no, hoy no voy». Y añadir: «Ni hoy, ni mañana, ni pasado». Se levantó. Sintió retortijones en el vientre y se metió en el retrete. Al pasar vio el bulto, arrebujado, como desvalido, de la mujer. Se sentó. Y el frío del ventanuco le dio en la nuca. Cogió un papel de periódico y leyó un titular que hablaba de conquistas espaciales. Sí, dulce y amargo, había sido todo. Como los maizos. Dulce y amargo. La vida. Y estaban allí, todavía. «Parecía mentira», decía la mujer en la oscuridad. «¿Mentira?» «Sí, que no nos haya pasado nada. Que no estemos muertos.» Y les venían las voces de los hijos. Un día él dió el jornal y cuando estaba el dinero sobre la mesa, apartó unos duros. «Para los fondos.» «¿Qué fondos?» «Los de la huelga, mujer.» Ella se encrespó: «La huelga la tienes aquí en casa. En la necesidad. Dílo en el sindicato.» Y él

no se atrevió y se acostaron. Y, en mitad de la noche, ella se levantó y volvió a la cocina y estuvo allí algún tiempo; y después, otra vez en la cama: «Ya lo he apartado, Dámaso.» «¿El qué?» Y contestó: «Lo de la huelga.» Y él supo que se lo había quitado de la sangre de ella, de los hijos, del sudor, de las horas de trabajo. Y no le contestó nada. Y siempre así. Se decían:

—«¿Tú crees que cederán?»

Y ella:

—«Entonces, qué va a pasar, ¿el paro para siempre?» Y esperaban. Y volvían. Algunas veces ganaban y avanzaban; otras tenían que humillar la cabeza. Y nunca cambiaban, en el fondo, las cosas.

—Dulce y amargo. Eso ha sido la vida —se dijo, mientras contraía el vientre y crispaba las manos.

Y hacía unos días, el hijo:

—Padre, ¿vais o no vais a la huelga?

Y se le ponían los ojos de sospecha, de rabia, al preguntarlo.

—Yo iré, como todos. Pero no apagaremos el horno.

Y el otro, golpeando con el puño sobre la mesa:

—¡Todo! Hay que apagarlo todo. Para que no enciendan más puros...

Tenía la mujer, con la mirada mansa y el vientre abultado, y los hijos jugando por allí, por el desmonte. Y el padre comprendió. Pero dijo:

—Siempre hay un turno de conservación. No se puede apagar el horno, Herminio.

Le cogió del brazo:

—Ni en la huelga, ¿me oyes?, ni en la huelga.

Quedaron en silencio. Después señaló lo que había dejado sobre la mesa:

—Tu madre, que cojáis esos ajos...

Y salió de la casa. Y desde lejos, mientras caía ya la sombra, y las casas bajas se iban encendiendo una por una y salía el olor de humo y fritanga y se mezclaba con la tierra, oyó todavía la voz del hijo:

—¡El turno de conservación sois un turno de esquirolas! ¡De esquirolas!

Y el Dámaso se subió la mano a la boca y se la mordió fuerte y despacio. Hasta humedecer la sangre.

—¡De esquirolas. Un turno de esquirolas!

Se levantó y salió a la cocina. El ruido del agua le trajo como nostalgia de un tren o madrugadas de la guerra. Le parecía que todo había cambiado desde hacía unos minutos, desde que se había levantado de la cama y salido a la puerta. Desde que había cogido, del suelo, los maizos.

—¿Oyes algo? —le había preguntado la mujer, por la noche.

—No. Nada. No se oye nada.

Pero estaban pasando —un hombre, un muchacho, un compañero— que traía bajo la camisa, la tierna carga de los maizos; otro como él, quizá Herminio, el hijo, comisionado para hacer aquel turno furtivo contra los que todavía iban al tajo. Ahí, en esa puerta. En la de Dámaso Fernández, turno de conservación de hornos.

Quedó de pie, en mitad de la cocina, mirando la chaqueta, colgada de la pared, la tartera, la media botella de vino, el vaso, la muchacha del calendario son-

riendo, un anuncio, invitándole a pasar unas lejanas y hermosas vacaciones en algún sitio con sol, rocas, con palabras llenas de suavidad...

—Como si yo no fuera de los vuestros —murmuró...

Mirando a los maizos.

Una vez había cegado hasta la última boca de los hornos. Arrastraron sacos de arena. Y comenzaron a palear, los del turno, cuando ya no había nadie en la fábrica:

—¡Esta por la empresa...!

—¡Esta por el ingeniero...!

—¡Esta por los pagadores...!

Hasta que las llamas quedaron asfixiadas. Echaron un cigarro:

—¡A ver quién es el guapo que lo enciende ahora!

Los del turno se miraron.

—¡De todos modos, parece que da pena! —dijo el Remigio.

Estuvieron, aquella vez, seis meses sin trabajar. Y en mitad de la huelga nació el Herminio. No tenían. Se miraban la mujer y el hombre. Y allá, al fondo, desde la casa, las chimeneas apagadas. Cosieron sacos para los barcos. Y, de noche, los huelguistas tuvieron que robar en los maizales de la costa. Dámaso miraba a la mujer y a los hijos. No tenían.

—Que no les pasen estas cosas —dijo.

Empezó a envolver la tartera en un periódico. Comían en unos barracones, en los alledaños de los talleres. Dámaso cada vez comía menos. El estómago estaba propicio a la bebida, pero no a lo demás. Veía a los hombres nuevos de la fábrica, a los jóvenes. Hablaban poco y solían ser rápidos a la hora de la salida. Ya no se paraban en los chinguiritos cercanos a las fábricas, ni cantaban. Eran gente más lista y experta que los viejos y a Dámaso le parecía también que más fría y como despegada de todo aquello. Los que podían se marchaban y cuando reclamaban algo no lo hacían hablando por todos sino cada uno por sí. Sus mujeres no tenían que ir a esperarlos a la salida del tajo, los sábados, para recoger el jornal, porque ellos llegaban a las casas puntualmente, sin pararse en los naipes o en la botella. Y cuando hablaban de la profesión lo hacían con irritación y ansiedad. Un día Dámaso se dió

cuenta de que luchaban no sólo, como habían hecho ellos, por el justo rencor de la justicia, por lo suyo, sino por dejar para siempre todo aquello: talleres, fábricas, humo, ropa, producción. No querían sólo más, lo de ellos, sino dejar para siempre aquello. Y a los viejos les dolía.

—«¡Cómo ha cambiado todo!» —decía Dámaso.

Y se quedaba, en el horno, delante del fuego. Y veía, en las llamas que se retorcián frente a él, los años de su vida, los hijos, la mujer, las penas, las alegrías. Un dulce sopor le entraba y se quedaba dormido, como si ya solo fuera rescoldo y, bueno o malo, no tuviera más que aquello, que estar así. Comprendía al horno encendido, y la vida —decía— no es más que eso, estar encendido, tener las llamas quemándonos la sangre y calentándonos...

Se echó, antes de envolver la botella, el último vaso.

—¡Dámaso, gallina! —gritaron, desde la mesa, los maizos.

Supo, una vez más, en aquel momento, que tenía que decidir él. Dámaso Fernández, turno de conservación, peón calificado, por todos. Que toda la historia de la sangre, de la vida, de la lucha, de los jornales, estaban en él, allí, en la cocina, antes de salir o quedarse, sin ver las caras de El Perón, Alfredo, Remigio, Julián, sin tener a nadie apoyándole. Sabía que la ciudad, desde hacía una semana, dos, estaba echando un pulso: los obreros por un lado, los patronos por otro. Que, por las noches, las mujeres, preguntaban, mirando a la oscuridad: «¿Cuándo va a terminar eso?», y que el miedo iba entrando en todos los seres y que el coraje se leía en los ojos: y ya no se cruzaban por las calles sin verse, sino que sí, se veían, y sabían si estaban a favor o en contra, y eran como gente en guerra; y que las sirenas —¡uuuuu!, la de la fábrica del gas; ¡ohhhh!, la de la fábrica de aceros; ¡iaiahiahia!, la del pozo grande de la mina —no llamaban como otras veces, sino como animales enfermos y solitarios; y que, todos, los que encendían los puros y los que tenían el coraje, iban matando despacio la ciudad y encendían otra hoguera más grande y silenciosa...

—¡Dámaso, gallina!

Comprendió que cada trabajador que decide o no decide ir a la huelga, decide también la historia del mundo y que es él mismo el que tiene el poder de que nazca o no nazca la vida.

—¡Dámaso, gallina!

A dos metros de la puerta, mientras la mañana, con el vaho y los ruidos empieza a producir, y la mujer está todavía calentando el desvalimiento en la cama...

—¡Dámaso...!

Algún muchacho, corriendo de noche, robándolos en la costa, en los maizales, los habría tirado en la puerta, mientras otros pondrían también algunos billetes en las de los más necesitados.

—¡Gallina. Dámaso!

Los maizos.

Salió y empezó a caminar hacia la fábrica. Por el camino de siempre. Mira, allí está la casa de Genaro; la de Hortensia; el chinguirito de Poncio.

Le golpea en la cara el viento de setiembre, el que inclina los maizales, el que les dobla el espinazo.

—Dámaso Fernández, peón calificado —decía el carnet del Sindicato.

Turno de conservación.

Había todavía, a pesar de la huelga, humo. Venía de lo lejos y se mezclaba con el vaho de la niebla. Se habría arrancado el corazón por los hijos. Por Enrique, el que murió lejos, de emigrante; por la hija que madrugaba para ir a la fábrica; por el rencor del Herminio. Por todos. Y por los compañeros. Por todos. Por el Julián, el Remigio, El Poncio, por Juan...

—«Padre y vosotros —le había dicho el hijo — ¿vais o no vais a la huelga?»

Y después, cuando ya se estaba alejando por el descampado:

—«¡Los del turno de conservación sois unos esquirolas...!»

Y los maizos:

—¡Dámaso, gallina...!

Caminaba solo. Con la tartera debajo del brazo. A lo lejos, saliendo ya del descampado, vio las altas figuras de las chimeneas y los paredones que circundaban los talleres.

Todavía echaban humo.

Vio también las sombras que surgían de la tierra y que venían de otras casas. Las siluetas de los guardias, rígidas, vigilando el camino. Y volvió a mirar a la chimenea. El humo. Las llamas. El trabajo. No tenía otra cosa.

—El horno está encendido —se dijo.

Sacó los maizos del bolso y se los echó a la boca. Y empezó a comerlos.

Sabía dulce y amargo.

Y siguió caminando.

La nave de las semillas

Por JUAN JOSE PLANS

LA constelación de árboles entrelazaba las ramas con las vírgenes —rosahímen, rosado-virgo— del amanecer. El aliento de la tierra olía a hierba niña y el viento inhalaba cúmulos de abrigado calor que abrazaban las gotas del rocío, desintegrándolas en invisibles simétricos cristales de plata. Las es-trellas eran granos de polen que se volatilizaban suspendidas en el velo azul del día. La ciudad se desperezó, y de cada una de sus células volaron los sueños con sus misterios para esconderse en los estigmas de las flores hasta que la noche regresara lamien-do lentamente los valles, pintando de negro el calidoscopio de la naturaleza. La luz se

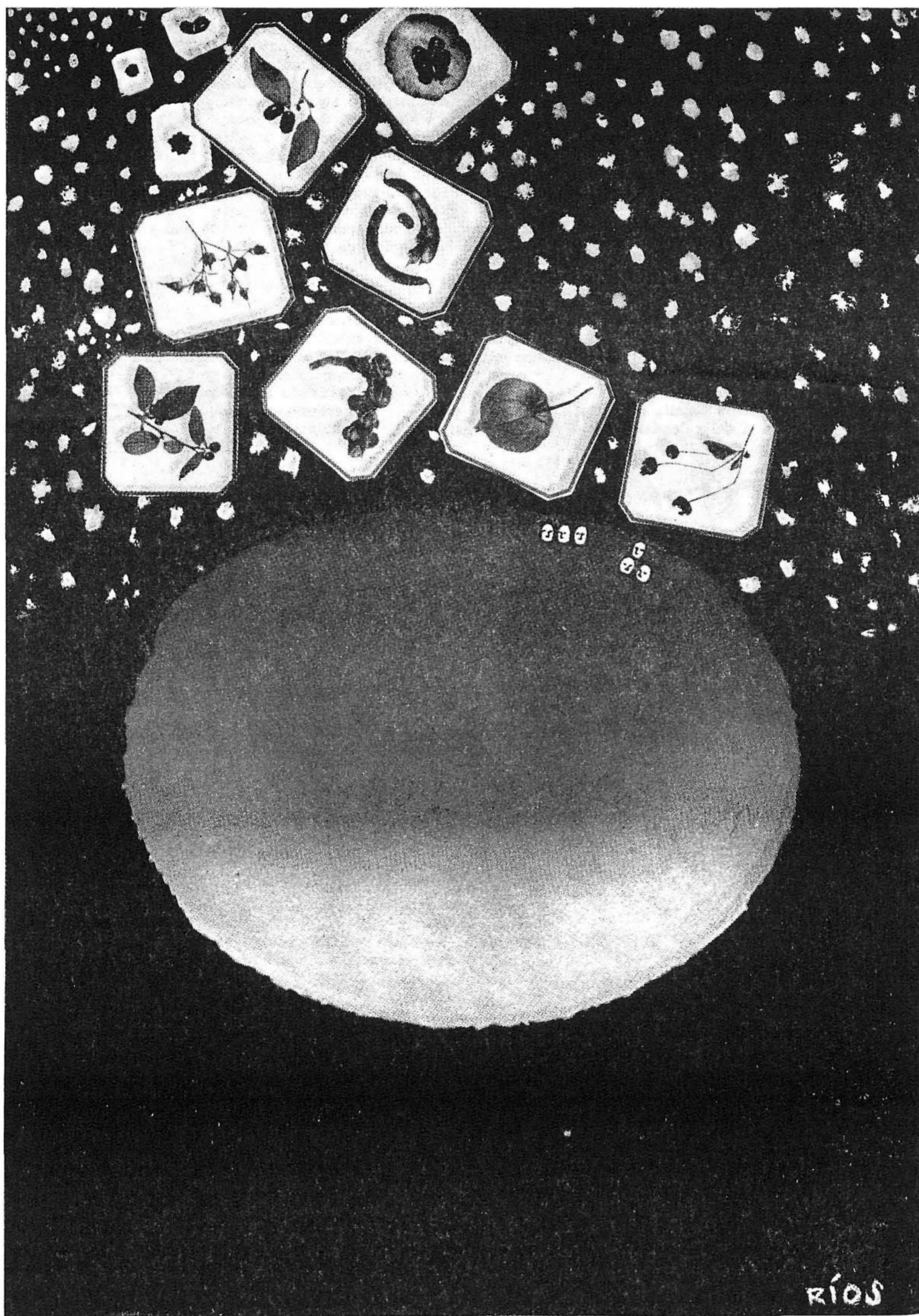
erguía absorbiendo las grises oscuridades que intentaban refugiarse por los rincones. Magnon ordenó a los párpados que dejaran de besarse, y los ojos se detuvieron en la lámpara que pendía del techo de la estancia. Resultaba un inútil y grotesco invento de vientre hinchado ante la claridad que penetraba espumeante por la ventana circular. Apoyó la cabeza en las manos y las pupilas retrataron al gorrión que se había posado encima de la mesa. El pájaro dio unos pequeños saltos de tentempié, cambió de posición y observó detenidamente los pedazos de pan. Hasta que, aprisionando uno de ellos con su pico cónico, extendió las alas

pardas. Los pies de Magnon tomaron contactos con las losas de piedra, y los poros se bañaron en una tenue frialdad. Trazó un cuadrado en la frente con el polvo de la humildad y se asomó a la ventana. Por entre los eucaliptos, con sus copas balanceándose juguetonas, vio la campana del templo. Y esperó a que de ella manara el sonido intermitente. Las frondas pecloladas de los helechos cubrían aquellos edificios que estaban abandonados y en ruinas. Una nube, como un enano tostado y de gigantescos brazos, cruzó el círculo de la ventana. El pájaro retornó por otros pedazos de pan, y Magnon, al escuchar los primeros ta-

ñidos, vistió su cuerpo con una túnica blanca y salió a un ancho y paralelepípedo pasillo. Mientras caminaba iba pensando en que algún día le pediría al pájaro que le enseñara a volar. Así podría hacer piruetas en el aire, sobre los bosques y los mares. Así podría convertirse en un gozoso saltimbanqui, peregrino de los aires y de las aguas, de las tierras y de las arenas. Movi6 los brazos como el pájaro las alas y corri6 un breve trecho, ya que, repentinamente, se sonroj6 al pensar que cualquiera de sus compañeros podría aparecer por el pasillo. Y entr6 en la última de las estancias. En ella se hallaba el anciano, tendido sobre el lecho, totalmente rígido. Apenas se notaba en su pecho desnudo el sube y baja del mecanismo de la respiración. Sus ojos, cerrados, habían sido dibujados con bondad. Magnon se sent6 en el suelo y aguard6 a que el anciano volviera del más allá. Magnon se pregunt6 c6mo podía encontrarse tan pacífico de espíritu si aquel sería su gran día. Tal vez la razón de su tranquilidad era la sensación de paz que siempre le donaba su maestro. Las manos del anciano comenzaron a moverse, y sus dedos crujieron, como si hubieran estado fosilizados, como si volvieran de un pasado perdido en el tiempo o de un futuro interrogante, lleno de preguntas que únicamente pueden ser respondidas con exactitud en ese devenir nunca en un presente que ata las mentes a su instante. Sus músculos se tensaron y de la piel desaparecieron las arrugas (arrugas-llanuras-quemadas, arrugas calcinadas y paralelas hasta el horizonte, arrugas desafiando las leyes de la bioquímica). «He ido a las lunas —dijo—, y en cada una de ellas había una rosa verde. ¿Sabes lo que significan las rosas verdes? Felicidad. Felicidad... ¿Qué es? ¡Ah, ese éxtasis de los sentidos, ese oasis capulino, ese soplar de los jugos y ese deslizarse de la espuma de la savia del ser! Felicidad, hoy, es que triunfes en tu misión. Discípulo, no envidies a la nube que lleva en sus entrañas a un espíritu. La nube, aunque en el aire, está condenada a girar alrededor del planeta. En cambio, tú, podrás viajar por los espacios, atravesar las luces y las tinieblas del universo, poseer el goce del estar y del no estar.» Ante la triste pura mirada de Magnon, el anciano sonrió: «Sé lo que en estos momentos circula por tu cerebro. No es necesario que me digas nada porque te leo telepáticamente. ¡Eres joven aún, Magnon! Te gustaría atravesar los espacios como el pájaro va de árbol en árbol. ¿Y qué es ir de árbol en árbol? Fatiga. Porque a cada rama sigue otra rama, a cada árbol otro árbol, a cada bosque otro bosque. Es una rueda sin principio ni fin. Porque el fin está en el principio, porque el principio está en el fin. Eso son pequeñas distracciones infantiles. Trata de desalojar de ti tales deseos porque estás por encima de ellos. Es hora de meditar». Y Magnon ayud6 al anciano a colocarse la túnica. En el templo, con aquellas primeras claridades, Magnon sentía en su nuca el peso de todos los ojos de sus compañeros. Aquel amanecer, teñido de diamante y que penetraba horizontal por entre las columnas graníticas, le embriagaba los sentidos. Era como un vino suave, como una cascada de aromas, como un torrente de esencias. Por sus mejillas comenzaron a resbalar cálidas lágrimas que trazaban caminos de esperanza. Retrocedió en el tiempo y, en su cerebro, las imágenes de los primeros días de su aprendizaje se proyectaron diáfana-mente. Habían pasado varios años desde que le fue revelado el lugar al cuál debía dirigirse. Allí le sería enseñado todo lo necesario para llevar a cabo la misión que le había asignado la Hermandad. Magnon contempl6 su cuerpo adolescente, cubierto tan sólo por

una débil túnica, correr por las montañas y los campos que rodeaban a la ciudad. Centenares de horas estudiando y profundizando en las más primitivas enseñanzas le había destacado entre sus discípulos. La voz del anciano reson6 en su interior como si hubiera penetrado con fuerza por los oídos: «Tu destino está más allá de los planetas de nuestro sistema solar. Es una hermosa misión la que recay6 sobre ti». Magnon se recre6 en el recuerdo de aquel anciano que parecía poseer una sonrisa eterna. Unos pasos interrumpieron la meditación: «Hermano, el Maestro te reclama». Magnon recorri6 un pasillo del color de las magnolias hasta llegar a una puerta dorada. Dio un golpe de gong y las hojas se abrieron dejando ver, al final de la estancia, al Maestro envuelto en incienso. Magnon se arrodill6 ante él. «No es de extrañar que haya en ti ciertos temores en estos momentos. El temor no es signo de debilidad sino demostración de que la persona desea llevar a cabo con perfección lo que le ha sido encomendado, que es responsable de sí misma. Magnon, antes de emprender el largo camino, aún puedes decidir. Nadie te obliga, eres libre.» «Estoy dispuesto», contest6 de inmediato. «No esperaba

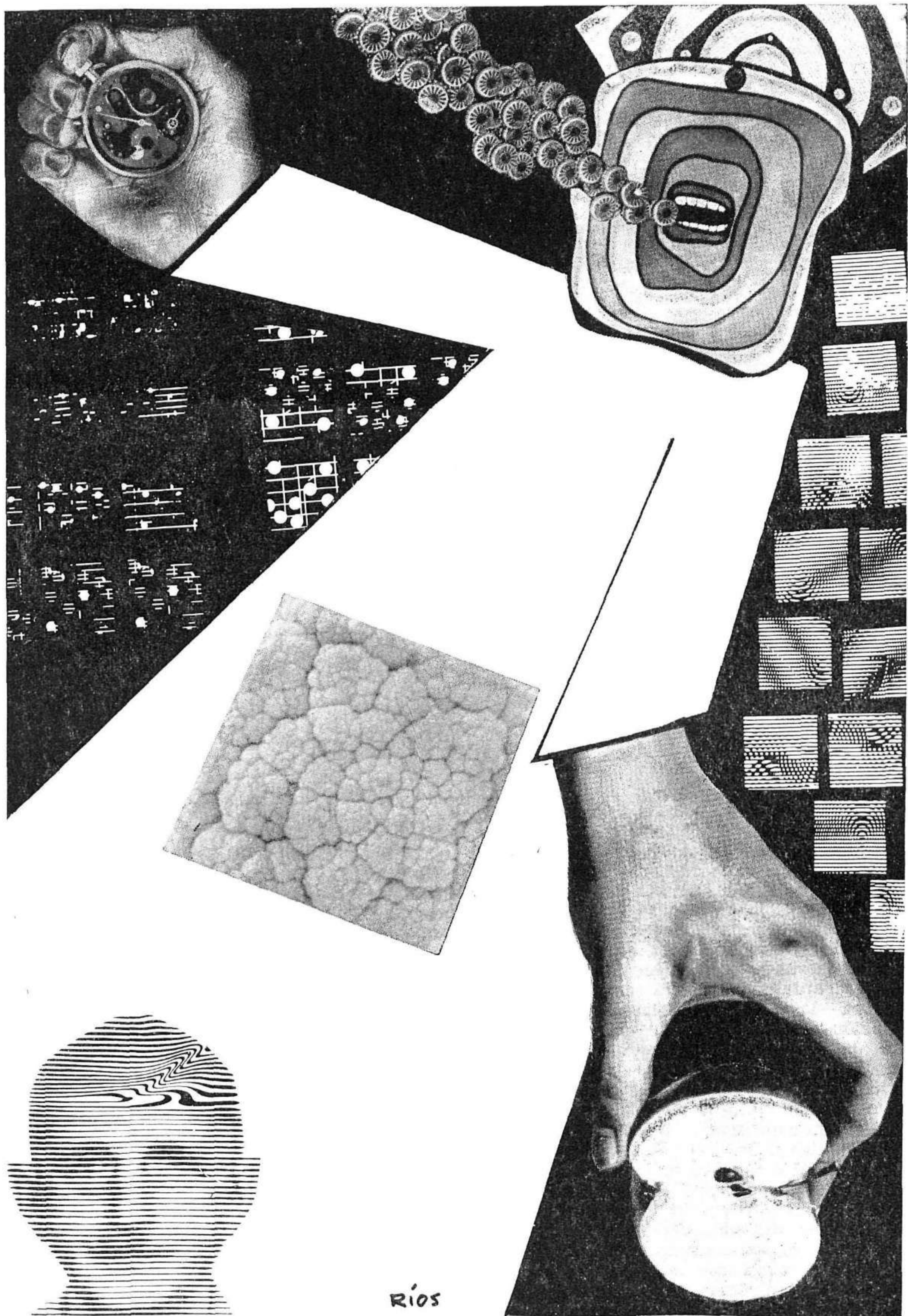
menos de ti. Toma el aliento del amanecer en mi compañía. Después, iremos a la Sala. Allí todo está preparado.» Magnon bebi6 la sopa de savia de árboles jóvenes mientras el Maestro le observaba detenidamente. «Discípulo, sólo me queda desearte que retournes con el mismo entusiasmo que ahora posee tu corazón. Esas lágrimas que han surcado tu rostro son fiel símbolo de que nuestros esfuerzos no han caído en tierra estéril.» Magnon inclin6 la cabeza y el Maestro pas6 por ella el dedo pulgar, trazando un cuadrado con el Polvo de la Humildad. Los dos se levantaron en silencio. En la Sala, una gigantesca nave temblaba. Magnon se acerc6 al anciano, que le tom6 de un brazo haciendo presión de él con las yemas de los dedos. «Anciano, ¿seguirás poniendo pedazos de pan en mi mesa?» «Lo haré. De seguro que el gorri6n, de saber la empresa que vas a acometer, se sentiría orgulloso de ti.» Magnon abraz6 a sus compañeros y penetr6 en el interior de aquel ingenio, que era toda una maraña de aparatos. Se sent6 delante de ellos y puls6 un botón. Las luces se encendieron formando un arco iris y, a los pocos instantes, el amanecer se hizo mañana, la mañana se hizo tarde y la tarde se cubri6



de tinieblas y llegó la noche del Universo mientras un pájaro revoloteaba y el capullo construido por los motores se esfumaba. Magnon llegó hasta una cámara blanca y sus ojos admiraron el contenido. Por medio de una potente lente, un conglomerado de prótidos se reflejaba en sus pupilas. Pasó con cuidado las manos por la lente, como si aquel leve contacto pudiera dañar el motivo de su misión. «Llevarás la vida. Y el lugar asignado, ahora muerto, será fecundado. Es la copulación del Universo. Esa es la misión, gran riqueza, que nos corresponde a todas las civilizaciones cuando alcanzamos el grado suficiente para tal menester. Pero la empresa no ha de ser motivo de orgullo. Siempre hemos de tener presente que, así como nosotros lo hacemos ahora, otros lo hicieron por nosotros. El Universo es lo que ha de unirnos porque formamos parte de él. Magnon, tú eres uno de los predestinados para, como las abejas recogen el polen de las flores en los pelos de sus extremidades, germinar lo no germinado, lo que espera. Magnon, ten la sencillez de quien nos ha creado y creó este todo que es el Cosmos, con su infinita y maravillosa sabiduría.» Consultó los instrumen-

tos y percibió en las pantallas que la segunda fase había dado comienzo. Una vez salidos de los límites de su sistema solar, la nave y todo lo que había en su interior, con la perfección de un laser, se convirtió en luz para poder así recorrer el espacio a incomprensibles velocidades, siempre secreto para las inteligencias. Cuando Magnon notó que su cuerpo volvía a tener tres dimensiones, suspiró aliviado. ¿Qué haría su amigo el pájaro de haberse hallado en idéntica situación? La nave, suavemente, se deslizaba por la superficie de un planeta. «Alrededor de un sol hay nueve astros. Será en el tercero de ellos en el que depositarás el conglomerado de prótidos. Comprueba, ante todo, que el lugar esté completamente endurecido.» Así lo hizo Magnon palpando el suelo, tomando unas piedras. Y sacó de la nave la pequeña cámara blanca. Una superficie verde y azul rompía con la tonalidad rojiza en la que había descendido. Magnon penetró a través de aquel elemento, notando las caricias de las olas en sus pies. Abrió la cámara y el conglomerado de prótidos se hundió en el agua. «La misión no es tan fácil como parece en un principio. Hemos de someteros a los pre-

destinados a infinidad de pruebas para estar seguros de que responderéis. Hay que adiestraros en una moral estricta que os impida el robar el principio de la vida.» Magnon mojó sus sienes con gotas mientras sobre él parecía como si un gigantesco órgano tocara sus propias piezas interpretando un canto abrumador. También en aquel planeta había amanecer. Un cielo que deseaba rasgar las últimas negruras brillaba parpadeante por encima de aquella interminable raya horizontal. «¿Cuándo volarán aquí los pájaros?» Y Magnon regresó a la nave. Y la nave tembló. Miles de kilómetros más allá, volvería a ser luz. Magnon retornaría a su planeta, a su ciudad, a su célula, a su celda. Y el gorrión le saludaría con el color rosado. Los prótidos dejaron paso a las multimoléculas y a las bacterias. Después, las amebas, los volcanes, las algas azules, los radiolarios, los flagelados, las ovas y los espongiarios recorrerían el mar. Aparecerían los arácnidos, los ammonites, las salamandras... Hasta que un día la vida emprendió senderos por la superficie endurecida y por los aires. Y así, una vez concluido el ciclo primario, un ser se maravilló de cuanto le rodeaba: el Hombre.



GEOPOESIA DE ASTURIAS: SU PAISAJE EN DOS PLANOS

(El paisaje natural y el literario y pictórico)

Por JUAN ANTONIO CABEZAS



El puerto de Pajares. Conducción del correo en tiempo de nieves. De «La Ilustración Gallega y Asturiana», año 1880.

EL cronista acaba de regresar de su Asturias. De esa tierra verde, antigua y plural desde el nombre (plurales y «ásperas Asturias»). Nombre de arcanos significados, para desesperación de historiadores y filólogos. Todo empieza allí antes de la historia. El romance fabuloso, los mitos silvestres, las aras mutiladas, las crónicas dudosas, se pierden en una oscura noche de niebla y de siglos. En las pantallas rupestres (cines del paleolítico) quedan —sangre y sombra— los dibujos—testimonio de una primaria y estática hominización—. Fue en el Gijón veraniego, «a la vera vera de la mar salada», del bravo y bronco Cantábrico, amansado, toreado, en ese medio coso de brillantes arenas que es la playa de San Lorenzo, donde el joven escritor gijonés Juan José Plans, me pidió un artículo para el número extraordinario que LA ESTAFETA LITERARIA se proponía dedicar a la región asturiana. El tema, sin mucha precisión, se refería al paisaje. Yo nací en la ribera del Sella, río de romance y de salmones (que aún no cambió su plata viva por el oro de los kilovatios). Esto equivale a estar empadronado en la geografía de una égloga de Virgilio, o tener una carta de silvestre vecindad entre los Picos de Europa y el mar Cantábrico, en el valle fluvial de Cangas de Onís (sinfonía de verdes húmedos). No podía negarme. Eso de nacer a orillas del Sella y «ser fiel a la tierra» (Pedro de Lorenzo) obliga mucho a la hora de valorar el paisaje de Asturias, para asturianos y los que no lo son.

Cada vez que el cronista cruza el Pajares, esa frontera abrupta entre León y Asturias, para entrar en el Principado por la puerta grande de Pola de Lena, se encuentra con la dificultad de resolver dos complejidades de principio, para la interpretación del paisaje natural (en directo y en crudo), a la vez vertical, con infraestructura geológica, y horizontal, con el colorido nuevo, según sale cada primavera de la paleta impresionista de Dios. O bien interpretar el paisaje astur, ya pasado por la mentalidad y la sensibilidad de artistas (escritores y pintores), que lo convirtieron en tema de arte y nos dejaron una inalterable visión de sus bellezas. Tal es la razón de enfocar esta crónica sobre el paisaje asturiano, en dos planos.

* * *

En Asturias el paisaje no es sólo piel, superficie, color y luz. Asturias tiene más de arcadía que de pastorela. En su paisaje importa, además del color, las formas, los relieves, la interna armazón de su arquitectura topográfica: sus montañas, rematadas en barrocas calizas escultóricas. El paisaje horizontal de sus vegas fluviales y forestales (verdes prados con manzanas y parcelas de sonoro maíz) halaga visualmente. Pero sus verticalidades rocosas, cañones de los desfiladeros («escobios» en el lenguaje del país) anonadan. La de Asturias es una belleza no sólo pictórica, sino arquitectónica. Es una estética

esencial y radical, telúrica, que tiende, según la concepción kantiana, tanto a lo bello como a lo sublime.

Cada montaña, cada plegamiento geológico de rocas, en que arraigan las hayas, los acebos y los laureles silvestres, es una vértebra colosal articulada en el gran espinazo de la cordillera, que culmina en el macizo de los Picos de Europa. Esas cumbres, cimas del mundo físico, tienen nombres propios, que conocen los pastores y los montañeros: Llambrión, Peña Vieja, Cornión, Urrieles, Torrecerredo, Naranjo de Bulnes, Peñas Santas de Covadonga. Piedras arquitectónicas que los asturinos consideran las catedrales góticas de su edad de piedra.

El hombre astur, pastor primero, agricultor de pequeñas parcelas, vive desde siempre pegado a las faldas verdes de sus queridas montañas. Sólo los habitantes de la faja costera, la ondulada cornisa cantábrica, viven del mar y de una agricultura más rentable. Y cuando el progreso industrial hace al campesino minero, es él quien perfora la montaña, se mete dentro de ella, para sacar el carbón, los bosques fósiles: esos depósitos de combustible sólido y negro que la montaña guardaba bajo sus faldas forestales, desde la prehistoria.

Esta veneración ancestral del hombre astur por sus montañas (ver-

Cantábrico, agua verde y riberas verdes, donde la lucha mar-tierra dura desde el «Génesis». El mar muerde incansable al flanco costero y babea salobres espumarajos sobre la accidentada orilla de hierba y cantiles.

Y entre la cordillera y el mar los tres paisajes perfectamente diferenciados: el montañoso y pastoril (único), en torno a los lagos de Covadonga y Somiedo (cielos sumergidos navegados de nubes y pájaros), donde los vaqueiros de alzada ejercen todavía hoy una profesión bíblica. Los de ondulados valles fluviales, donde la agricultura y la ganadería, sobre apacibles minifundios, desarrollan la todavía mayor riqueza y belleza del campo astur. Valles suaves, que simbolizó «Clarín» en el «prado Arén», cazadero de mariposas del gato de *Doña Berta*. Valles con intensos verdes, «verdor que casi es el mar» (García Nieto). Y entre la cordillera y los valles, la otra faceta, la de los paisajes mineros, tierras grises y negras, en las cuencas de los ríos Nalón y Caudal. «Paisaje bronce y negro» (Victor Alperi). Valles de Sama y La Felguera, de Lada y Sotrondio: de Mieres. Turón, Ujo. «Da pena decir Ujo y Ujo Taruelo» (Manolo Pilaes). Se necesita, la verdad, mucha comprensión, mucha alma, para ver la belleza en estos



Luanco



Puente viejo en el río Cares

ticalidades del paisaje) explica muchas cosas de Asturias: su particular mitología, con poéticos personajes anfibios, como las «xanas»; meteorológicos, como los nuberos; las supersticiones, las danzas seculares, religiosas, de origen druídico, y las músicas folclóricas, que también proceden de la montaña y se conservan en ella. Se explica ese fenómeno que detectó con tanta claridad Ortega y que calificó de «ruralismo asturiano» y definió como una capacidad especial que posee la tierra asturiana «de mantener al hombre en la campiña, ha influido hondamente en el alma del pueblo». Y agrega: «Yo encuentro, más o menos oculto, en todos los asturianos un fondo rural, que perdura.»

* * *

Para una interpretación personal del paisaje natural asturiano, si se busca en su compleja variedad, algo que sobrepase lo decorativo y lo utilitario (contemplación estética intelectual), lo que en decir de Sánchez de Muniain (*Estética del paisaje natural*) «puede ser elemento activo que influye en nuestra alma a través de todos los conductos del sentimiento», el cronista se encuentra, de entrada, con tres modalidades de paisaje inscritas en su diversa topografía, geopoética del Principado. El contorno, semejante a una paleolítica hacha de sílex (también esto puede ser simbólico), se alza y se encrespa entre dos llanuras: la meseta de Castilla la Vieja, al Sur, la cereal Tierra de Campos, seca y amarilla; al Norte, el «sendero innumerable», el bravo

valles mineros e industriales. Pero la tienen. Es la belleza de lo recio, lo bronco: del río negro, de la tierra negra, del carbón, del «oro negro», del humo negro, del escombro (ese otro elemento estéril) que tanto manda en las cuencas mineras, que tanto condiciona el paisaje. Es el mundo sórdido de los mineros, familiarizados con la fatalidad, que ante unos «culines» de rubia sidra, tratan a Dios de tú y a la muerte. Y cantan. Los mineros cantan para espantar el miedo: «Los mineros del Fondó / todos llevamos boina / con un letrado que dice / todo sale de la mina.»

Todo: el jornal y la tragedia, la vida y la muerte.

* * *

Y vamos con el paisaje astur, visto por escritores asturianos. Existen otros, pero los dos grandes cantores, narradores enamorados del paisaje y de la vida rural, son Leopoldo Alas «Clarín» y Armando Palacio Valdés. Pérez de Ayala es más de paisaje urbano. Aun el rural que aflora en sus obras, está intelectualizado, reelaborado, utilizado como simple escenario de sus lucubraciones filosóficas y pedagógicas. «Ramón Pérez de Ayala nació para ser hombre de letras. No se aprende impunemente el griego y el latín» (Paulino Posada).

Cada uno de los dos escritores canta con distinta melodía la sinfonía campesina de sus paisajes. Esta división está condicionada por los distintos temperamentos y los diversos escenarios de su infancia.



Puerto del Musel

Mientras el paisaje de «Clarín» tiene su geografía y geopoésia en los valles del concejo ganadero, agrícola y marinerio de Carreño (*La Regenta*, *El sombrero del señor cura*, *Doña Berta*, *Boroña*, *Adiós*, *Cordera*). El paisaje de Palacio Valdés tiene su eje geográfico en la cuenca alta del Nalón, en el concejo de Laviana, antes de la llegada del carbón, cuando el río llevaba aguas transparentes y las laderas de las colinas conservaban el verdor, antes de que la Arcadia rural se convirtiese en *La aldea perdida*. Paisajes de *El idilio de un enfermo*, *Sinfonía pastoral*, *José*, *Marta y María*.

Para «Clarín» el paisaje de Carreño es una parcela de mundo primario, silencioso, original. Suaves prados y manchas forestales con pinos y eucaliptos; colinas son como preñeces de montañas que no llegaron a nacer; laderas cruzadas por caminos rurales, con olor a hierba seca, a estiércol removido, a manzanas en sazón. Hay allí un silencio de primer día de la creación, en que el canto de un pájaro, el rodar de una nube sobre el paisaje, el aleteo de raso de una mariposa, el rumor húmedo de los pinos con nordeste, el áspero raspar de una chicharra o la monótona sinfonía de un grillo «Príncipe» (música con pauta cósmica); el correr de un pequeño arroyo—ovillo de espumas bajo el molino de piedra—adquieren allí, en la realidad y a través de la sensibilidad de «Clarín», un sentido profundo de principios de la mecánica universal.

A su paso por Carreño, anotaba Jovellanos: «terreno hermoso, fértil, bien cultivado y plantado». Pero eso es puro utilitarismo. El valle de Carreño, como todos los valles asturianos de la zona ondulada y marítima, es algo más de lo que vio Jovellanos y de lo que dice el Registro de la Propiedad rústica del partido de Gijón. Y es algo distinto por haberse convertido en el núcleo geográfico, rural y espiritual de la obra de Leopoldo Alas. Un prado, un camino, un seto, un maizal de Guimarán (guermantes del proust asturiano), nos dicen más de «Clarín» que todo lo que pudieran decirnos sus contemporáneos y amigos. Basta un poco de fervor y recorremos con el mismo paso lo terreno y lo eterno. Un camino rural del concejo de Carreño y otro no menos auténtico por la ficción literaria. Un viaje a Guimarán es un viaje al más puro paisaje asturiano por las páginas de «Clarín». Un paseo en ese vehículo de los poetas—la palabra—, que no necesita otro combustible que el pensamiento para enhebrar mundos.

Por la sugestión de su palabra, «Clarín» transformó el paisaje. Convirtió los caminos vecinales de Carreño en caminos de novela. Huidizos hacia las regiones incontrollables de lo lírico, en que el poeta verdadero tiene sus moradas, sus castillos de piedra y de luna. Sobre la sensación real de cada prado, bosque o parcela de labrantío, hay en la obra de «Clarín» una emoción de verdadero poema rural. Hay una sensación sublimada en cada piño de castaños que rematan una colina, en cada arroyo que corre por el valle con una ilusión de cielo dentro.

En Palacio Valdés el paisaje (sobre todo en *La aldea perdida*) no es la simple proyección lírica. Toma relieves de una dimensión social. En esa égloga novelada, romance en prosa, en que el escritor pretende honrar las tierras y las gentes de su tierra nativa, incorpora al relato unos cuantos seres, con categoría de héroes clásicos. El recogió de su paisaje lavianense no sólo el costumbrismo plebeyo, sino el drama campesino de la cuenca del Nalón, cuyos personajes, como los viejos robles y las rocas y las casas aldeadas, forman una síntesis étnica, con un alma colectiva, pródiga en sacudidas pasionales, de ruda violencia dramática y en matices de suave ternura. Sobre el tapiz del paisaje y las vidas de un núcleo racial puro, el novelista teje, con la trama de una realidad indispensable, el ingénuo y apasionado argumento de su novela.

La aldea perdida es, sobre todo, una exaltación apasionada de la asturiana Arcadia, a fines del siglo XIX, amenazada ya por la minería y la industria, que iban a destruir el paisaje. Palacio Valdés intuye, con temor de campesino, que se acercaba la rotura del equilibrio milenario, la pérdida de la arcádica paz. Detrás de aquel suceso—la llegada de la primera locomotora al valle de Laviana—celebrada con discursos y borracheras de sidra y entusiasmo, venía la invasión de elementos humanos de otra raza y otra mentalidad, como aquel

«Plutón», personaje de la novela, que anunciaba para pronto, «la rebelión de las masas» y todo lo que vino después, y el novelista intuyó entonces. No se puede detener la marcha del progreso, ni se puede decir con el personaje reaccionario de *La aldea perdida*, el señor «De las Matas de Auvín», que el progreso sea la barbarie. Pero si la novela falla en su tesis sobre el aspecto social-histórico, ¡que gran verdad sentimental encierra!

* * *

El otro paisaje asturiano incorporado a la cultura estética universal es el de los dos pintores gijoneses (por citar sólo los más representativos de esta modalidad, entre otros anteriores y posteriores) Evaristo Valle y Nicanor Piñole. Muerto el primero hace más de veinte años y vivo el segundo, que con sus noventa cumplidos aún sueña colores en su estudio de Gijón. Dos impresionistas, con la modalidad de que se llevaron a sus lienzos los suaves verdes, los grises difíciles y las transparencias de esas nieblas que permiten ver las formas del paisaje, como gustaba Hesíodo de ver las encarnaciones de los dioses: a través de un velo sutil, para no ser deslumbrado.

Pudiera decirse que entre Valle y Piñole existe una marcada, aunque sutil, diferencia, semejante a la que existe entre «Clarín» y Palacio Valdés. «Clarín» y Valle manejan mezclados, con elementos líricos, impresionistas y naturalistas, sutiles ironías, que consiguen un doble efecto: que su obra fluctúe entre la realidad y la farsa. Piñole y Palacio Valdés, son más directos por eso, no alcanzan los grados de calidad genial, pero su sensibilidad apacible, tenacidad y vocación irrenunciable, acercan sus obras. En el caso de los dos pintores paisajistas, presentan los rasgos comunes del impresionismo como técnica. En el de los escritores, el naturalismo, moda de la época.

En uno y otro de los pintores el paisaje está humanizado con figuras, no proyectadas, sino incluidas, fundidas en él, para conseguir una unidad temática, en que se valoran mutuamente los distintos elementos del cuadro. De Evaristo Valle se ha dicho que es un Solana asturiano. Pero se trata de un Solana más lírico y menos agrio. Quizá porque Valle, aunque salió físicamente de Asturias, no salió nunca como pintor. Toda su obra son grises de Asturias y de Evaristo Valle, en cuyos paisajes—verdes prados, azules montes, grises nieblas—instala unos seres irreales, con frecuencia enmascarados (campesinos, mineros, golfos, vagabundos), personajes de un drama difuso, confuso y tremendamente sugerente a fuerza de ser humano por dentro.

El crítico y biógrafo de Valle Enrique Lafuente Ferrari cree que los dos pintores gijoneses constituyen, desde el punto de vista de la crítica, la que ya se puede llamar «escuela impresionista asturiana».

* * *

Tal vemos a Evaristo Valle «vivo» en la obra magistral de Lafuente Ferrari, *La vida y el arte de Evaristo Valle*. Nos encontramos con otro «provinciano universal», con otro genio regional de honda y rural raíz biológica, incapaz de comprender y sentir una gran ciudad. Su espíritu responde plenamente al pensamiento orteguiano sobre la innata tendencia del astur hacia un ruralismo soterrano e integral.

El biógrafo, en un capítulo esencial, titulado «Valle y el espíritu asturiano», analiza la íntima inmersión sentimental, espiritual y estética de Valle en su paisaje. «Yo no pinto con los ojos», confesaba. Y Fernando Vela—el amigo y gran conocedor de la pintura de Evaristo, calificaba sus cuadros de «paisajes de recuerdo». Al hablar de la estética de Valle, anota Lafuente unas palabras del muy sincero y sugerente diario del pintor gijonés: «Yo iba a pintar—dice—, pero al llegar a la Lloreda, bien puedo decir que la naturaleza me emborrachó. Los paisajes jugaban con mis ojos. Con tanta fuerza y tanta belleza se me presentaban uno tras otro, que ya mareado de ver cerré los ojos, y en vez de pintar en el lienzo, pinté en la imaginación. ¡Oh, qué cuadros estos míos!» Y agrega el biógrafo: «Para él, como para los italianos del Renacimiento, la pintura «es cosa mental.» A continuación, el artista, vuelto el pensamiento hacia la película documental de sus años juveniles que le pasa por la pantalla de la

memoria, describe en sus recuerdos paisajes rurales que nunca llegaron a ser cuadros, pero que él recuerda con toda su rural y sugestiva belleza. De una sucesión de títulos se puede sacar la permanente temática de Valle: *Idilio campesino, La quintana, Caserío y maizales, Familia en la aldea, Pueblo de la costa*. Y así centenares de obras que trasladan al lienzo, no la realidad fotográfica del paisaje, sino «los paisajes de recuerdo», en que la sensibilidad de Valle eleva las categorías estéticas de distintos matices y realidades.

También anota sutilmente Lafuente, que de los plurales paisajes asturianos, Valle coincidió con «Clarín» en preferir «los valles suaves y limpios próximos al mar y cercados de suaves lomas y colinas con los verdes pastos y espesos maizales que reciben la humedad del Cantábrico; los valles desde los cuales, aun estando muy próximos, no se suele ver el mar hasta que un boquete se abre, y junto a los montes que descienden a dejar lamer sus bordes por el oleaje, se abre una concha breve y dorada de arena de playa». Se diría que Valle y «Clarín» vieron y sintieron los mismos paisajes que impregnaron de una atmósfera que está más que en la realidad paisajística, geográfica, en su propia sensibilidad.

* * *

También hay una Asturias dulce, varia, muy sensibilizada y recreada, en la obra abundante y valiosa de Nicanor Piñole. Don Nicanor, con sus noventa años vividos en la misma casa gijonesa de la plaza de Europa, una casa que guarda toda la vida, todos los sueños y afanes de este hombrecillo, del que dijo un escritor asturiano «que es hombre frío, silencioso, incommovible, inalterable» ¡Qué poco sabía el comentador de las procesiones que al Piñole deambulador, figura callejera y casi popular de la villa de Jovellanos, le andan por dentro! Mejor acertó el pintor Manuel Benedito, su compañero de juveniles afanes y andanzas, cuando dijo de él: «Piñole no habla porque va pintando.»

En 1964, el periodista gallego vecindado en Gijón (director de *El Comercio*), Francisco Carantoña, escribió un fervoroso y casi apasionado libro: *Piñole, vida, obra y entorno del pintor*. El Ayunta-

miento de Gijón, con gran acierto, costó una lujosa edición. En la obra se reproducen gran parte de sus obras en blanco y negro y algunos paisajes en color.

De Piñole, dice su biógrafo Carantoña: «pinta romerías entre roles añosos, bajo laderas casi latiendo como carne verde, con una piel de bruma. Muestra una Asturias integrada donde los mineros ya no rompen el círculo de la Danza Prima, como en la Asturias en transformación de Palacio Valdés». También asegura el biógrafo que «Piñole pertenece a la categoría de los pintores inclasificables, tumultuosos y diversos, como las figuras del agua del mar».

Desde el punto de vista de su aportación al paisaje pictórico asturiano, hay que decir que Piñole llevó paleta y pincel a todos los paisajes de Asturias. Se fue a los altos puertos de Cangas, Pajares, Somiedo y pintó los rizados horizontes de altas calizas con nieves y nieblas; altas majadas con pastores de Oseja, de Valdeón y Cain; los maizales con orbayo de los valles ribereños de Carreño y los valles negros de las cuencas mineras, donde también los mineros beben con los capesinos y danzan en la «Romería» al son de la gaita; y los paisajes urbanos de Gijón; y las escenas de pescadores en «El Muelle»; y la vida de «Los estibadores» del Musel; y los emigrantes que se van; y las mujeres enlutadas de los pescadores en Cimadevilla; y los pescadores que contemplan el mar en día de borrasca. Todos los paisajes de la plural Asturias están en la plural obra de Piñole. Esa obra del gran lirico, pintada con nieblas y orballadas. Esa obra con la que, en decir de su biógrafo Francisco Carantoña, «ocurre como con *La dama del Alba*, de Alejandro Casona: las inquietudes que la mina ha traído, los azares del trabajo en las entrañas de la tierra ha aportado al vivir asturiano, se convierten en un elemento tradicional, como los dolores que siguen a la galerna».

En la obra pictórica del anciano Piñole (obra que abarca una vida de noventa años), la tierra verde, la montaña y la ribera—la geografía y el espíritu—se mezclan y se complementan. Los ríos que van de la cordillera al mar, cantan romances de gesta y cuentan folclóricos milagros de Santa María de Covadonga, anteriores a Berceo; y en las pomaradas nacen cada primavera manzanas del Paraíso.

FERNANDO VELA

Por JOSE ORTEGA SPOTTORNO

MIENTRAS jugaba una partida de ajedrez en el café Pinín de su querido Llanes, ha muerto Fernando Vela.

La verdad es que Vela se dio por muerto intelectualmente al desaparecer mi padre, y aunque después escribió algunos artículos, pronunció algunas conferencias todavía excelentes, su vida—como él mismo ha dicho—«quiero decir la parte de actividad intelectual, literaria que puede haber en ella; en suma, mi vida está comprendida entre las muertes de dos grandes hombres: Leopoldo Alas «Clarín» y José Ortega y Gasset. Se abre con una y se cierra—virtualmente se cierra—con la otra».

Había tratado a «Clarín» en su niñez, y su temprana sensibilidad le había hecho percibir las grandes dotes de aquel hombre. Había descubierto a mi padre en su adolescencia cuando en Oviedo esperaban los jóvenes con ansiedad la llegada de los periódicos y libros de Madrid, que traían trabajos de los grandes hombres del 98 y de la generación posterior, encabezada por mi padre. «Todos los domingos—ha contado Vela—, día de llegada de las revistas a Oviedo, y los martes, llegada de los «Lunes» de El Imparcial, saltando de impaciencia nos dirigíamos a la estación para comprar allí mismo los diarios y revistas y no retrasar un solo minuto la lectura. Un día encontré en El Imparcial un artículo firmado por un nuevo nombre. Se titulaba «El poeta del misterio». Su autor, José Ortega y Gasset... Desde entonces, primero de lejos, después cada vez más próximo, acompañé el pensamiento de Ortega y la persona de Ortega en todo su desarrollo. Yo he visto nacer muchas de sus ideas con el tremor y la turgencia de las visiones pristinas.»

Fue, en efecto, Vela un discípulo extra-universitario de mi padre, con quien colaboró en todas sus empresas periodísticas y editoriales. Quizá pueda decirse que fue el hombre más compenetrado con él.

Para la Revista de Occidente fue Fernando Vela un secretario ejemplar que supo husmear—por las pistas que le daba mi padre—a lo largo de sus lecturas inglesas, francesas, alemanas y españolas, trabajos de primer orden que dieron a la revista las firmas que después se hicieron famosas en la literatura y el pensamiento universales: Kafka, Husserl, Simmel, Scheller, García Lorca, etc., fueron descubiertos por Vela.

Junto a su labor de buen sabueso intelectual están también sus propios trabajos, sus traducciones ingentes que realizaba con gran celo en cuanto tenía algún tiempo libre. La claridad de sus ideas y el ser un estupendo escritor no son fácilmente olvidables. «Al cabo de cuarenta años de actividad literaria—ha dicho Vela—no he podido libertarme de escribir al día. Escribir al día es idéntico a «vivir al día»; hay que renunciar a los grandes proyectos a largo plazo y dedicarse a lo inmediato, cotidiano, de fácil producción y pronta salida. El escritor-periodista asesina, desperdicia todos los días en sus artículos un tema, una idea—expresada acaso en un inciso—que, desarrollada, pudiera ser objeto de todo un libro: novela, cuento, ensayo literario, disertación política o filosófica. Pero ha de contentarse con apuntarla y ofrecer al lector únicamente el vislumbre, el relámpago primero.»

Vela quedó huérfano muy joven con toda su familia a su cargo. Esto le obligó a hacer una carrera rápida—la de Aduanas—



para poder obtener pronto ingresos, y esto le imposibilitó el acceso a la Universidad, donde hubiera dado grandes resultados. Estas circunstancias y su temperamento—más bien retraído—le dejaron más en la sombra de lo que merecía.

A los jóvenes que no le han conocido recorriendo la lectura de sus artículos, de sus conferencias, de sus libros, de sus críticas, que son un ejemplo de buena y cristalina prosa.

Para la Revista de Occidente Vela supone una gran pérdida, y para sustituirle no basta una persona, sino varias que complementen las dotes que en él estaban unidas.

(Del núm. 353 de LA ESTAFETA LITERARIA.)

LA COCINA DE ASTURIAS

Por JUAN PERUCHO

ASTURIAS, cuna y crisol de la reconquista hispánica, ha dado al mundo tres cosas arcaicas y divinamente misteriosas: sus iglesias prerrománicas, el bable y su cocina sin par. Las tres, nacidas en el alba de los tiempos, tienen algo en común que las define, y es su poderosa simplicidad expresiva, su majestad ruda y, al mismo tiempo, elegante. Es éste un elemento primigenio. Respecto a las primeras, Antonio Bonet Correa, en su reciente y documentado libro *La arquitectura asturiana prerrománica*, ha podido decir que «el arte asturiano nos parece hoy un milagro». En cuanto al bable, Angeles Villarta, asturiana por los cuatro costados, ha afirmado exaltadamente que «el gallego es el gallego, y el vascuence es el vascuence, pero el castellano es el bable». Pero si todo esto es antiguo, lo es más todavía la cocina, y así lo hemos de colegir del ya clásico Dionisio Pérez, padre de nuestra historiografía gastronómica, el cual señala la relación «horizontal» que existe entre la cocina asturiana y la cocina de Bretaña y la de Normandía y, aún, la de Irlanda en razón de sus raíces celtas. Por ello, no sería un desafuero imaginarnos al rey Arturo, a los caballeros de la Tabla Redonda y a todos los héroes del ciclo bretón, postrados a los pies de la Virgen, preguntando en bable por el Santo Grial, y comiendo fastuosamente la fabada entre eructos palatinos. Sólo en la iglesia de Santa María de Covadonga entonarían el latín en honor de Alfonso I, y lo harían a coro como los ángeles, cantando el salmo «Ecce quomodo tollitur justus», espiritualizados por la sidra y el viento helado de los montes. Luego, saldrían a la «esfoyaza» con los mozos y las mozas:

*La postrer nuiche ya d'octubre yera
y acabóse temprano la esfoyaza,
la xente veladora y placentera
de comer la garulla daba traza:
había de figos una goxa entera,
peres del fornu, gaxos de fogaza,
y tizaban el fuevu con tarucos
fartos de reblincar los rapazucos.*

Pero volvamos al tema inicial de la cocina diciendo que de la de Asturias no puede existir relación alguna que no empiece con la fabada. Se compone, como todo el mundo sabe, de grandes «fabes» (y ese nombre prueba la primacía etimológica del bable, sobre todo si lo comparamos con la «judía» o la «alubia», de raíz árabe), con la adición de chorizo, morcilla del país, lacón y un poco de tocino. Se ha convertido en un plato internacionalmente famoso, y hay muchos gastrónomos que la encuentran

superior al «cassoulet» tolosano. Efectivamente, éste aparece con un punto de exceso al paladar, y sus ingredientes son demasiado barrocos. La gracia severa e inconfundible de la «fabada» está en su morcilla, que corrige la opulencia de la «fabe». Dice Enrique Sordo en el *Arte español de la comida* que la fabada es comida que «por su fortaleza, es mucho más apropiada para los días crudos del invierno, días clásicos de niebla y frío de la tierra que para las jornadas de agosto. Es comida muy de hogar para tomarla cerca del fuego de la vieja chimenea de lumbre, una de esas chimeneas en donde acaso puede haberse cocinado la misma». Por consiguiente, es un guiso fuerte y los asturianos recomiendan comerlo desmenuzando previamente con el cuchillo los elementos cárnicos que contiene. Debo esta observación a mi querido amigo Fernández Canteli, perito en todo lo astur y presidente del Ateneo de Oviedo.

La «caldereta» es otro de los más conocidos platos asturianos, solíendose comparar a la «bouillabaise» provenzal, de la que se diferencia, entre otras cosas, por el no uso del ajo. Convento con Juan Antonio Cabezas en que es un plato estupendo. Los pescados que se emplean son todos de carne dura, criados en las rocas costeras, como el salmonete, el escorpión de mar, el tiñoso, el escamón y los barbudos; sien-



Queso de Cabrales en el mercado de Infiesto

do acompañados también por los langostinos y las lapas. Interviene en la composición del guisado el aceite, la cebolla, el pimentón, la pimienta en grano, el perejil, la guindilla, la nuez moscada y una copa de vino que se echa en el momento en que rompe a hervir.

Otro plato típico, muy propio de Gijón, son las sardinas «trechadas», exquisitas. Se cocinan abiertas como un bacalao y sin espinas, rellenándolas con cebolla, perejil y pan rallado. Después de fritas se ponen en cazuela con aceite, agua y vino blanco.

También son famosos los «pimientos rellenos al estilo de Avilés», cuya receta copiamos a continuación: «Poned a asar pimientos, despellejándolos después y quitándoles las semillas, pero cuidando no se rompan, pues han de servir para rellenarlos. Finalmente, ponédlos en un plato y dejadlos que se adoben en aceite, salpicando con pimienta negra y un poquito de sal. Aparte habréis puesto a cocer una mano de cerdo, debiendo hervir por lo menos dos horas, hasta que se pueda deshuesar. Para su condimento prepararéis un sofrito de cebolla y ajo, a los que agregaréis tomate, cortado a trozos y sin piel ni semillas. Luego agregad pimienta y vino y dejad que se reduzca un poco. Deshuesada la mano de cerdo, cortadla a trocitos y freídlos en el sofrito anterior, revolviéndolo bien para que le tome el gusto. Con estos trocitos y condimento rellenad los pimientos, los cuales se meten en el horno para que se doren un poco». El sin par *Post-Thebussem* dudaba que este plato estuviera en vigencia, pero nosotros podemos afirmar que lo está, como lo prueba la receta que acabamos de transcribir de un recetario popular firmado por Isabel de Trevis.

En Oviedo, y en compañía de Dolores Medio, Gaspar Gómez de la Serna, Ramón Solís, Alfonso Canales, Josep Melià, Dámaso Santos y otros escritores españoles, comí, por primera vez, la tortilla de merluza, enorme y deliciosa. Son también típicos los «huevos al estilo langreano», la «merluza con sidra» y la «merluza a la antigua asturiana», con puntas de espárrago y guisantes frescos.

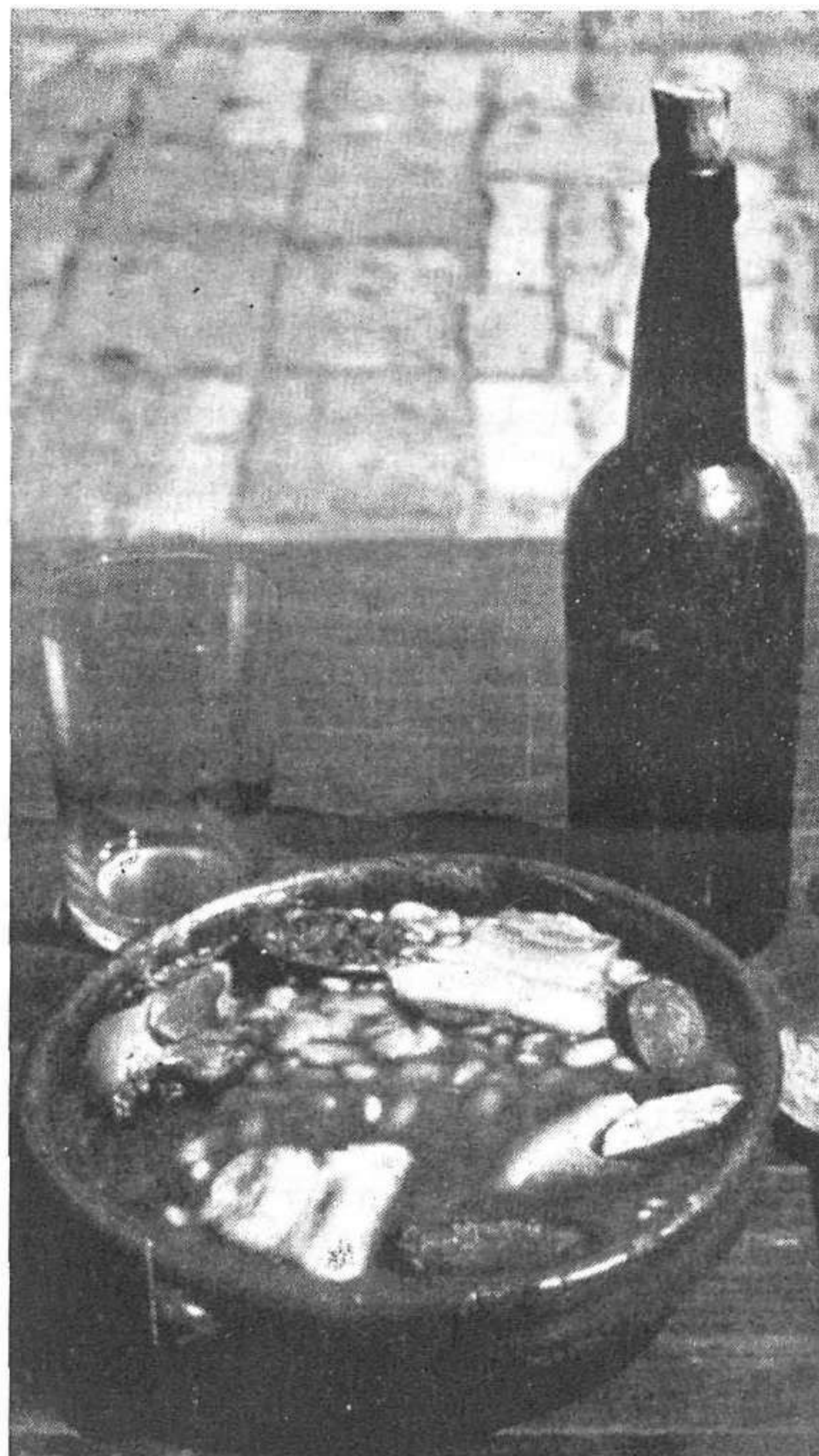
A propósito de guisantes, diremos que los mejores del mundo son los que, durante toda su vida, ha guisado la gran cocinera doña Eladia, de Cangas de Onís, a quien saludamos con devoción desde estas páginas en recuerdo del salmón que nos sirvió una noche hecho de alquimia y poesía. Son famosos los salmones del río Nalón, los reos, las truchas del Navia y del lago Eool, algunas de las cuales pesan más de cuatro kilos, cocinándose con grasa de cerdo ahumada o tocino de jamón rancio, lo cual les da un sabor delicioso.

Otro gran plato asturiano es el «estofado de bucy», al que se le añade mano de ternera, tocino, cebollas, zanahorias y nabos, finas hierbas, pimienta y vino; también merece mención los «callos al estilo de Oviedo», con tocino, sidra y coñac, y las «chuletas de ternera a la antigua», las cuales, después de asadas a la parrilla, se guisan en una cazuela con manteca de cerdo.

No seríamos justos si, en esta relación sumaria de la Cocina de Asturias, no mencionáramos las «fariñes» o «farrapes», llamadas así según se coman en el centro o en la parte oriental del Principado, consistentes en gachas de maíz mojadas con leche, pudiéndose hallar una variante en los «formigos». Según afirma Luis Antonio de Vega, es posible que las farrapes surgieran para evitar el mal de la rosa, producido, según dicen, por el maíz, en tierras donde no se consumían otros cereales. La leche, por el contrario, les suministraba vitaminas. Dícese en *La guía del buen comer español*, libro hoy inhallable, que según la traducción que Gómez Hermosilla hizo en el siglo pasado de la *Iliada*, este plato procede nada menos que de la cocina homérica:

... a los trabajadores la comida
aparejaban en ingentes ollas,
de blanca harina deliciosas puches.

Capítulo aparte merecen los embutidos de Asturias, empezando por la célebre «morcilla» (sin morcilla no hay fabada) que, si bien presenta



aspecto escuálido en seco, tórnase oronda y perfumada cuando se moja en la cocción. Tiene un aroma y un sabor muy particulares. Debemos también citar al «Choxcu» y el «botillu», hecho con la lengua y el solomillo del cerdo embutido en el intestino grueso. En Tineo es costumbre comerlo el día de San Roque.

En cuanto a los quesos de la región, existe uno catalogado como «grande de España». Nos referimos al Cabrales, parecido al de Rochefort, muy fermentado, envuelto en hojas de higuera. Su elaboración pasa del «arnín», junto al fuego, al «horru», donde adquiere el cardenillo. Luego se deposita al fondo de una oscura cueva continuando el proceso de fermentación. Otro queso importante es el de Beyusco, muy mantecoso, que se elabora en Los Beyos de Ponga, y el «Afuega pitu», de Morcín, que es un queso endiabrado por lo fuerte.

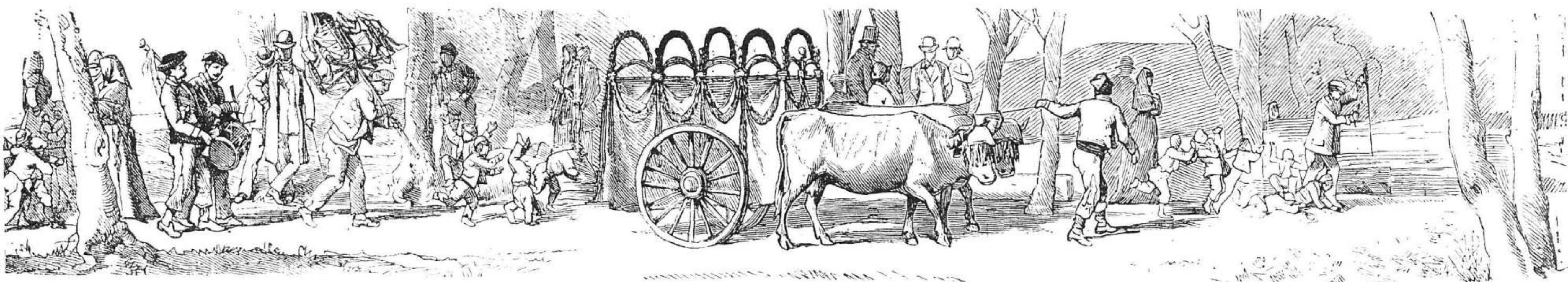
Respecto a la repostería popular de Asturias haremos mención de las «frixuelas», «marañuelas» y «casadielles», estas últimas dulces típicos de las fiestas del Carnaval. Daremos la fórmula de estas últimas sacada del recetario *Cocina regional española*:

«Se prepara primero el relleno. Se pone al fuego una cacerola con azúcar y un poco de agua, un poco de canela, corteza de limón, mantequilla y vino de jerez. Cuando todo está mezclado e hirviendo se vierte sobre una capa de nueces, que estarán molidas de antemano, removiendo bien hasta que la pasta quede bien mezclada. Se retira del fuego y se deja enfriar. Se prepara la masa de hojaldre del modo siguiente: se toma un trozo de mantequilla y se espolvorea de harina, se va golpeando con el rodillo durante un rato hasta conseguir dejarla completamente estirada y al grueso de un dedo. Si al golpear con el rodillo se pega la manteca, hay que espolvorear éste también. Se pone harina sobre la mesa, se hace un hueco en el centro y se echa una taza grande de agua fría con una cucharada colmada de sal, un huevo entero y una copita de anís; se mezcla todo, se va recogiendo la harina y se hace una masa que quede muy fina. Se deja descansar unos diez minutos y se extiende lo más posible con el rodillo.

En el centro se pone la mantequilla preparada y se dobla la masa sobre ella, tapándola toda y procurando que no se vea. Se espolvorea de harina y con cuidado se aplasta con el rodillo, doblándola como un pañuelo, se espolvorea de nuevo la masa, se vuelve a estirar con el rodillo. Se cortan trozos rectangulares y se pone un poco de relleno preparado, se doblan y se unen los bordes, untándolos con un poco de agua para que al freír no se les salga el relleno. En una sartén se pone a calentar aceite y mantequilla y se fríen las casadielles, espolvoreándolas de azúcar al sacarlas de la sartén.»

En cuanto a los vinos, podemos decir que Asturias es la única región en que la producción del vino es casi nula, pues apenas se cultiva la vid. Únicamente se produce una pequeña cantidad de vino que se consume «in situ» en el mismo año de su producción. Son vinos que tienen alguna acidez y no pueden conservarse. El *Diccionario de vinos españoles* asegura, en cambio, que «si bien la producción de vino es escasa, hay grandes manzanares, de cuyo fruto se saca una bebida fermentada llamada sidra. Esta bebida achampañada o espumosa ha tenido que sufrir el mismo tratamiento que se da a los vinos. La sidra se obtiene triturando las manzanas para sacar su zumo. Tiene una baja graduación, de 5 a 7 grados, y posee grandes cualidades diuréticas, tonificantes, digestivas y refrescantes. Podríamos decir que la sidra es vino de manzana».

La sidra hay que beberla en los «chigres», que son tabernas donde se despacha esta bebida. El sidrero deja caer desde muy alto un chorro de sidra en el vaso. Se bebe apurando la mitad de su contenido, y el resto se lanza al suelo con un movimiento de rotación que se imprime al vaso, para limpiar los bordes. El vaso está listo para ser utilizado por otro bebedor. Eso dicen, por lo menos.



FLORESTA DE ROMANCES Y CANCIONES DE ASTURIAS

Por PATRICIO ADURIZ

VAMOS a dedicar este artículo al noble pasatiempo de los cantares. De los cantares por excelencia: los populares. Aquellos que hemos recibido de nuestros mayores como un preciado legado de tradición y que, a estas alturas, son poco menos que sombra de recuerdos. Esos mismos recuerdos me llevan a recordar tiempos que, por suerte o por desgracia, para bien o para mal, han huido sin posible retorno. Hubo un hombre a quien, inicialmente, le debo este cariño por todas las cosas de Asturias. Me refiero al que fue prestigioso profesor, don Emilio Camps Cazorla, que impartía sus clases de arte en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Aquel hombre, sencillo, ponderado y ecuánime, ponía tal calor en sus palabras cuando a los monumentos arquitectónicos asturianos se refería, que, sin él apercibirse, nos electrificaba a todos. Eran los tiempos de las diapositivas; del arte románico; de capiteles y arquerías...

El, como embebido en sus pensamientos, se esforzaba porque entendiésemos el milagro en piedra que llevó a cabo el maestro de la Cámara Santa de Oviedo. Estas son sus palabras insertas en una de sus obras más logradas, *El arte románico en España*, cuando trata de enjuiciar el maravilloso conjunto escultórico de los doce apóstoles: «Cada uno de los apóstoles lleva en sus manos su correspondiente atributo, o un libro, o una larga banda en que consta su nombre, y las parejas se relacionan en agradable conversación, con actitudes pensativas y serenas, como si hablasen en voz baja, captadas por la solemnidad del lugar, musitándose las palabras al oído. Dentro de los límites impuestos por la semejanza absoluta de asunto, la variedad de actitudes es asombrosa, las manos se disponen con una elegancia perfecta, los plegados adquieren toda su fuerza y su volumen...» Y poco más adelante nos aclara: «Son todo un grupo de criaturas vivas que un milagro de arte inmovilizó en un momento de su existir. Sus pies se apoyan a veces en motivos vegetales, otras en repisas poco salientes, otras sobre grupos de animales, que también decoran las basas, con un sentido realista que culmina en un grupo pleno de observación naturalista en que un gato ase por el cuello, mordidiéndole, a un gallo...» Y, por último: «Los capiteles gemelos que coronan los fustes, en su mayor parte, de follaje vegetal tan naturalista, que resalta completamente destacado, como si tuviese existencia real. En otros se represen-

taron escenas completas, como la Anunciación, la Bajada a los Infiernos o la maravillosa escena de las Marías ante el Sepulcro...»

Pues bien, este exordio inicial, obligado, viene a cuento de los capiteles historiados. En ellos, como se acaba de ver más arriba, los artistas escultores daban suelta a su imaginación y a su arte. Se aprecian reminiscencias foráneas, estudio exhaustivo del natural, y, como trasfondo, inmortalizadas en piedra, criaturas caprichosas; monstruos; vegetales y flora inexistentes; objetos y animales de difícil identificación... Tal parece como si, junto al progreso de los nuevos tiempos, floreciese, enraizada en una tradición secular de paganismo e idolatría, la constante aún vigorosa de unas formas de vida que ya iban periclitando.

Sería interesantísimo el estudio por menudo de todos estos capiteles que exornan nuestros monumentos. Así, a no dudar, tal vez encontraríamos respuestas a muchos interrogantes que aún quedan por desvelar. Sabríamos de interdependencias entre unos y otros pueblos; del influjo de otras culturas muy distintas a las autóctonas; de cómo se interpretaban—maridadas como en una interminable pesadilla—las realidades circundantes y el espejuelo del modo de hacer de los demás. La indumentaria, los oficios, las costumbres, la vivienda y tantísimos otros conceptos como se podrían enumerar, aparecerían ante nuestros ojos con una nueva luz que, sin ser peyorativos, nos dejaría confusos.

Ahí, en los capiteles, uno, embebido en su contemplación, ve desfilar osos y jabalíes; caballeros a la grupa de nerviosos alazanes despidiéndose de sus damas; incongruentes representaciones fálicas, e incluso el instrumento musical por excelencia de las gentes de Asturias: la gaita.

Sí, a través de esas pétreas páginas de historia, cinceladas por las manos de artistas habilísimos, podremos, a no dudar, explicarnos muchos porqués que hoy nos tienen suspensos.

Y esto es válido por lo que se refiere a los romances tradicionales y a las canciones populares de Asturias. Estos cantares nacen del pueblo y revierten al pueblo. De él se recogen, decantados y quintaesenciados, por cuantos se dedican con arduo y generoso empeño al inestimable menester de engavillar estas reliquias que, de otra forma, se perderían para siempre. La música no es imprescindible, sino acceso-

ria; y los instrumentos musicales, tan reducidos, que, por nuestras latitudes, se bastan y sobran con el maridaje de gaita y tambor. A veces, incluso, la monorritmia ancestral de la gaita acompaña con su aire de melódica languidez, los versos, anónimos, transidos de los aromas del campo astur y del pulso, hondamente racial, de sus gentes.

Durante la época del renacimiento literario se desenterraron y comentaron muchísimas de las obras de antiguos escritores clásicos; sin embargo, por desgracia, se relegó al olvido toda la literatura popular que existió en todo tiempo para manifestar, en versos tan sencillos como sentimentales, los afectos de las clases más modestas y maltratadas por la fortuna.

Y esto es sintomático por lo que se refiere a los romances tradicionales y a las canciones populares de Asturias. Toda la vida comunal se desarrollaba en torno a las iglesias parroquiales. Así, pues, la trabazón que ejercía lo religioso en el rústico desenvolvimiento de los espíritus era, a no dudar, si lento, efectivo en grado sumo. En parte, no obstante, fue estéril la cristianización por cuanto que hasta el siglo XVIII perduraron estas prácticas de tradición pagana. Contra ellas y desde siempre se dejaba oír la voz de los obispos de Oviedo, que tanto desde el púlpito cuanto desde los cánones sinodales propugnaban la abolición de tales costumbres a las que sancionaban con una fulmínea e inapelable excomunión. Así, el obispo Agustín González Pisador, en sus Constitucionales Sinodales del año 1769, las prohíbe y comisiona al brazo secular para su cumplimiento. Hay más, en un rarísimo impreso que poseo, titulado «Providencias Generales del Ilustrísimo Señor Don Agustín González Pisador para el buen régimen y gobierno de el año de 1761», haciéndose eco de una constitución sinodal de su predecesor, el obispo Reluz, prohíbe nuevamente las contradanzas «o bayles de Hombres, y Mujeres assidos de las manos...».

De todo ello se infiere el marcado sabor pagano que obligaba a las autoridades eclesiásticas a reprimir tales prácticas. También las autoridades seculares se preocupan de su cumplimiento, hasta el punto de que, en carta dirigida al señor don Thomas de Valdés por el justicia Antonio Argüelles Meres, el año 1753, éste le hace notar cómo los vecinos de Barredo, en el concejo de Piloña, «contravienen a las órdenes expedidas para que no pongan lumbré a las cuestas por causa de los robles y castaños...».

Estas iglesias rurales, desperdigadas a lo largo y a lo ancho de profundos valles y estratégicas eminencias, venían a catalizar el quehacer común. Es curioso y notable que, a nada que se observe, se deduzca fácilmente la privilegiada ubicación de la mayor parte de los templos que a lo largo de los años han alcanzado el título de monumentos nacionales: San Juan de Amandi, Santa María de Lugás, San Salvador de Priesca, Santiago de Gobiendes...

Es por ello por lo que nuestros cantares, asentados en una gran parte en las viejas tradiciones latinas—como lo demuestran los monumentos de los que se acaba de hacer mención—se componen de versos que, como dice Tíbulo, debieron entonar los esclavos al son de las cadenas o los marineros al levantar y bajar el remo.

Las citas pueden ser numerosas y prácticamente ilimitadas. Plauto, por ejemplo, escoge como escenario el idílico runrún de la rueda del molino. Pero el tiempo pasaba y se esfumaron para la posteridad las invectivas de los soldados que seguían el carro del triunfador, y además los dichos y hechos de los bufones romanos, algunos de los cuales, como asevera Plutarco, fueron imitados por Cicerón.

Durante la Edad Media, nuevas canciones engalanan el firmamento popular de las nacientes nacionalidades: los «lieder» de los poetas alemanes; los versos populares de Burns, en Escocia; François de Villon, en Francia, y en España las maravillosas serranillas del marqués de Santillana, de las que no resisto copiar una estrofa:

*En un verde prado
de rosas e flores,
guardando ganado
con otros pastores,
la vi tan graciosa,
que apenas creyera
que fuese vaquera
de la Finojosa.*

Todos los siglos supieron de estos cantares, que en gran parte se pueden dar por perdidos; pero el nuestro los escucha y recoge con religioso respeto. Dadas las nuevas tendencias de la literatura, ya no se perderán en adelante los cantos populares, y así como al entonarse despiertan los ecos de las montañas, así también al recogerlos y estudiarlos, inspirarán a los eruditos y folcloristas en un estudio cada vez más exhaustivo. Las letras españolas tienen muchos y hermosos cancioneros; pero no colección de cantos populares, si se exceptúan los romances, poesía, ciertamente, más épica que lírica. Pero la poesía popular tiene formas propias, nacidas por verdadera generación espontánea de la imaginación y del sentimiento. Así, pues, siendo el romance demasiado largo para el canto, hubo de partirse en estrofas y cada una de éstas fue un poema aislado que dio lugar al cantar que hoy conocemos.

Estos cantares, empero, admiten una doble paternidad. Por un lado, el pueblo, que, ayuno de ciencia pero sobrado de intuición, los gesta a su aire sin cuidarse de la perfección formal de los mismos. Por la otra, los poetas, que, apoyándose en tradiciones seculares quintaesenciadas por el pasar del tiempo, espigan, pulen y dan vida a esos otros versos sueltos que corren de boca en boca y que, a impulsos de su quehacer y de su inspiración innegable, en-

tretejen la maravillosa arquitectura lírica de los cancioneros que han llegado hasta nosotros.

Es muy difícil recoger cantares verdaderamente antiguos; aunque en realidad lo sean, es más arduo conocer que lo son porque para fijar una época sólo contamos, en la generalidad de los casos, con esos mágicos cuatro versos de que están compuestos. También es posible que muchos de ellos—refiriéndonos a los pertinentes a nuestro principado—no sean verdaderamente asturianos; porque en todas direcciones y con toda clase de pendientes, puede un cantar abrirse paso entre las escabrosidades del puerto de Pajares, para buscar el camino de su floración en cualquiera de los vértices de la rosa de los vientos: Luarca, Llanes, Pola de Siero, Oviedo, Gijón... Porque sucede que en la montaña como en otros lugares nuestras canciones, las de raigambre netamente astur, son, en parte, descaradamente amoldadas al cancionero popular montañés y presentadas como canciones netamente montañesas. Verdad es que entre la una y la otra existen muchos puntos de contacto, pero no son éstos tan oscuros que no permitan precisar, al primer golpe de vista, dónde termina el cancionero asturiano y dónde comienza el montañés.

Sería una labor ímproba la de dar a conocer tal teoría de cantares. Escogeré, al acaso, aquellos de entre ellos que mejor expresen los sentimientos y hasta las preocupaciones locales de tal o cual punto. He aquí uno, entre los muchos citables, que resume en precisas palabras lo que es la emigración:

*¿De quién es aquel navío
que viene por altas mares?
Es la «Villa de Gijón»,
que viene de Buenos Aires.*

O este otro:

*Los pajaritos, madre,
que tan ingratos son,
los pícaros no tienen
de nadie compasión.
Yo también tenía uno,
el tuno me picó
y se marchó diciendo:
El pájaro voló.*

Otros, en cambio, encierran en lo disparatado de sus letras esa típica cazurrería asturiana en la que rebrillan, mordazmente, solapadísimas ironías:

*De un pegollu del orru
cayó mio suegra;*

*la llevaron los diablos,
nunca acá vuelva.*

*Las señoras de la villa
cuando van a la tertulia,
murmuran de las criadas,
cada una de la suya.*

*Una vieya y un vieyu
texen bayeta
cuando la vieya afluxa,
el vieyu aprieta.*

*Aunque traigo escapulariu
non soy cofrade del Carmen,
traígolu porque me vean
los listones en el aire.*

Pero como de gustos no hay nada escrito, les ofrezco a continuación los siguientes cantares entre amorosos y satíricos:

*Más quisiera, morena,
dormir contigo,
que tener la panera
llena de trigo.*

*Después de haber dormido,
quisiera tener
la panera con trigo
y a ti por mujer.*

*Coloradina y guapina,
arrímate a la fesoria,
porque tu padre non puede
mantenete de señora.*

Si nos fuéramos a dar gusto no habría suficiente espacio para albergarlos a todos. Y ya que estamos hablando de cantos populares, no podemos olvidar, siquiera de pasada, a la conocidísima danza prima, a la que se la concede, sin discusión, el decanato de nuestra música popular. Más arriba se aclaró la notoria disparidad existente, en ocasiones, entre letra y música; producida, a buen seguro, por el lento moldeo que los años imprimieron a una u otra. Como precisa Torner «todas estas incorrecciones, en fin, que con alguna frecuencia se encuentran en las canciones populares, hacen pensar que letra y música no fueron compuestas a un tiempo y conservadas fielmente con su primitiva forma, sino que una de las dos ha sufrido modificaciones, o que a una melodía dada se le ha aplicado una nueva letra de distinta acentuación rítmica.» Hablar de la danza prima es, por antonomasia, hablar del cantar cuyos versos iniciales son como sigue:

*¡Ay!, un galán desta villa
¡ay!, un galán desta casa,
¡ay!, de lejos que venía,
¡ay!, de lejos que llegaba...*



Toda Asturias era danza prima. Se vertió mucha tinta tratando de precisar sus orígenes, y los mejores ingenios—Jovellanos, Milá y Fontanals, Amador de los Ríos, Costa o Menéndez Pidal—no dudaron, con el esfuerzo de sus investigaciones, en proponer teorías que trataban de hacerla desde una ritual danza guerrera hasta descendiente, más o menos directa, de egipcios, griegos, romanos o visigodos... Tanto monta, monta tanto. Lo que sí es cierto es que allí donde una solemnidad cualquiera reunía a las gentes de la más diversa condición, surgía ella, la danza prima, nivelando todas las categorías sociales. De muchos de estos cantares, aliterados, se conoce el principio pero se ignora el fin, o a lo sumo resulta muy dudoso:

*Escampa, borrina, escampa,
qu'estan los llobos 'na campá
comiendo la cabritina
vera y blanca.
Cabritina vera y blanca
¿quién te amortayó?...*

Inútil decir que el cantar asturiano tiene su mejor expresión en el dialecto bable, cuyo parentesco con el latín es bastante mayor que el del castellano. Estos cantos, con o sin acompañamientos, se entonaban en aquellas solemnidades, romerías patronales, esfoyazas y filandones, en las que la gente moza, bajo la tutela y dirección de los patriarcas lugareños, dirimían sus pleitos y querencias al conjuro de los ensalmados versos que se transmitían de unos a otros por tradición oral.

Aquí, en Gijón, el escenario predilecto para estos desahogos multitudinarios resultaba, como no podía ser por menos, el que tenía lugar durante las fiestas que, bajo distintas advocaciones, se celebraban en cada una de las feligresías del concejo: Contrueces, Deva, Jove, Somió...

Con la llegada de la primavera y luego del verano, los espíritus de las gentes del campo se regocijan sobremedida y se entregan a la danza, al canto, a revivir, en suma, las ancestrales querencias de sus mayores. Toda ocasión es propicia: bodas, rondas, natalicios... El pueblo, aquí, rezumando donaire y picardía, se las arregla para identificarse con la efemérides a celebrar, sea ésta cual fuere. Así, por ejemplo, en el cantar dialogado que se ofrece a continuación:

- *¿Cómo vienes tan tarde,
majo, a rondarme
si me estoy desvistiendo
para acostarme?*
- *Si te estás desvistiendo
vuélvete a vestir,
que a pasar malas noches
vengo yo por tí.*
- *Si pasas malas noches,
majo, perdona,
que un día serás dueño
de mi persona.*

O en este otro, popularísimo, que impetra de los santos el remedio para los males de amor:

*¡Válgame el Señor San Pedro
y la Virgen Soberana!
Quién quiera danzar que dance,
que yo danzo hasta mañana.*

*A la gloriosa Santana
le pedimos muy de veras,
que nos dé buenos mocinos
a todas las casaderas.*

*Aire, que el día se acaba
aire, que se acaba el día;
las mozas de Cudillero
danzan con gran alegría.*

Fuera vano empeño seguir adelante. Estos cantos son venero de inspiración para cuantos

gustan cultivar la lírica popular. Yo mismo, modestamente, recojo e interpreto así, como sigue, una de las más tradicionales leyendas del folclore astur:

LA FLOR DEL AGUA

*Por buscar la flor del agua
me enamoré de una xana,
desde entonces mal de amores
me tienen robada el alma.*

*¡Ay, madre, que me advertiste!
¡Ay, madre, se me olvidara!
¡Ay, madre, que nunca más
podré ya dormir en calma!*

*La flor del agua no supe
que era tesoro de xanas,
vila, flotando a mi alcance,
rebrillar a luz del alba...*



*¡Ay, madre, que por cogerla,
me quedó el alma ensalmada,
ciega para luz de luna,
sorda al sentenciar del agua!*

*Bien quisiera que el olvido
la herida cicatrizara,
para después, nunca más,
buscar a la flor del agua.*

*¡Ay, madre, si tú supieras
del dolor de amor que pasa,
dejándonos por recuerdo
marchita la flor del agua!
¡La flor del agua!
¡Del agua!...*

La flor del agua es a San Juan lo que el día a la noche. Es un binomio indisoluble. El tema ha ejercido un inexplicable sortilegio sobre los espíritus. Uno, intuitivamente, tal parece como si calase en el meollo de un problema que tiene unas raíces tan oscuras como lo puedan ser las primigenias florestas mitológicas. Razón y sinrazón, o, si lo prefieren, sintetizando evocaciones fantasmales que impresionan nuestros sentidos. Y las preguntas, unas tras otras, se suceden solicitando respuestas que, en muchas ocasiones, son desconocidas. Pese a ello, repito, en alas de la intuición, se puede bosquejar un escenario ideal en el que confluyan los elementos dispersos del rompecabezas: Agua, Noche, Fuego...

Sí, hay que confesarlo, estos mitos tienen una dilatadísima vigencia. Son anteriores, incluso, al nacimiento de San Juan Bautista. La Iglesia, ante la imposibilidad de arrancar de raíz errores que habían adquirido vigencia de costum-

bres, opta por cristianizarlos. Se trataba del culto al fuego y hubo de conferirle otro carácter. Quizá fuera aquí o allá, en uno u otro país de los que se integran en ese crisol de culturas, que fue el Mediterráneo, donde apareciese por vez primera el fuego votivo, la hoguera, que venía a ser como un remedo de la magnificencia del sol.

Leamos esta descripción de Joaquín Costa, que viene inserta en uno de sus libros menos conocidos: «Introducción a un tratado de Política, sacado textualmente de los refraneros, romanceros y gestas de la Península»:

«Todavía se encontraban otras manifestaciones al culto del fuego: en torno de una hoguera, alumbrados por la luna nueva, danzaban los coros de los clanes entonando himnos en loor de Yun, el dios universal, el padre de los dioses. Todos los años, en el solsticio de verano, verificábase con gran solemnidad la purifica-

ción del fuego, renovado en lo alto de las montañas con ceremonias de que ciertas regiones de la Península conservan importantes reliquias todavía...»

Así, pues, el culto indígena se había transmitido al cristiano, con sus mismos caracteres, la costumbre de danzar y cantar. De la naturaleza de esos coros, podemos formarnos una idea por el pean de los griegos, que antes de ser himno de guerra fue himno religioso.

Que de aquí se infiere una directa conexión con las costumbres tradicionales de Asturias, es cosa evidente. Tenemos los cantos guerreros, rematados por el inenarrable «ixuxú», y, además, toda una gama de cantos religiosos nacidos con motivo de la celebración de tal solemnidad.

¿No les dicen algo, por ejemplo, los que siguen?:

*¡Señor San Juan!
Ya en la foguera non hay que quemar.
Viva la danza y los que en ella están,
¡Señor San Juan!*

O este otro, que resume sentires de asturianía:

*A coger el trébole, el trébole y el trébole,
a coger el trébole la noche de San Juan;
a coger el trébole, el trébole, el trébole,
a coger el trébole los mis amores van.*

¿Cómo se inspiraron y en qué se sustentaron estos cantos populares? Ya dije más arriba que hay soluciones para todos los gustos y que el misterio, pese a todo y a todos, sigue en pie. No cabe duda de que las influencias, interde-

pendencias y yuxtaposiciones son innegables. Hay más, de siempre se ha presentado a los astures como indómitos y reacios a todo diálogo, por aquello del absoluto aislamiento en que vivían. Y la verdad es muy otra. Ellos, como todos los estamentos sociales del resto del país, no podían permanecer ajenos a los aires innovadores que les venían de fuera. La ola de la cultura llegaba hasta sus playas, y aunque luego remitiera hasta anularse, querámoslo o no, impregnaba cada una de las células del patrimonio intelectual. En esta línea de pensamientos—acorde con la realidad constatada—no es raro que salgan a relucir matices que abonan nuestra suposición. Por ejemplo, ¿no son evidentes en todos los órdenes las influencias romanas y bizantinas? ¿Y la de los celtas? Mi buen amigo, el catedrático José Caso González, publicó una breve monografía en la que, a mi entender, se ponía el dedo en la llaga. Su título ya es sintomático: «El celtismo de la canción tradicional asturiana.» Y es que la línea melódica no es privativa de una sola región, sino que, en el caso que nos ocupa, se puede hacer extensiva a las regiones todas del norte hispano y del sur francés, con la salvedad de Santander y Aragón. Estos límites, incluso, me parecen un tanto reducidos por cuanto sería menester concatenarlos con el área de dispersión geográfica de la gaita. Ella, la gaita, podría facilitarnos pistas para esta búsqueda exhaustiva, por cuanto que, por ser común a numerosos países, disfrutó y disfruta de abundantes representaciones escultóricas, gráficas y pictóricas. Ya lo dice el cantar:

*A mí me gusta la gaita,
¡Viva la gaita, viva el gaitero!
A mí me gusta la gaita
que tenga el forro de terciopelo.*

Una de las acepciones que, para la gaita, tienen los franceses es la de *musette*. Y *musette* viene del verbo *muser*, es decir, divertirse, pindonguear; por lo que el primitivo valor bien pudiera haber sido el de un diminutivo muy significativo: «divertidilla».

Y es que era la alegría de las fiestas rurales por los ámbitos donde se desgranaban sus sonos...

Gaitas, cantares, romances: ¡Asturias!

Y si de los unos pasamos a los otros, es decir, a los romances, se ha de apreciar muy pronto una idéntica característica. Están sujetos a ciclos en los que se trasparenta una constante diversidad temática: religiosos, caballerescos, novelescos, históricos... Juzguemos por uno de los primeros:

*Mañanitas de San Juan,
mañanitas de oro y grana;
cuando la Virgen María
a la tierra se bajaba,
con un libro en las sus manos
bendiciendo estaba el agua.
La hija del rey vido
que a sus feniestras estaba,
y bajó de almena a almena,
bajóse de sala en sala.
—Bien venida la doncella.
—Vos sellades bien fallada.
—¿De quién es hija, mi vida?...
¿De quién es hija, mi alma?...
—Soy hija del rey, señora;
soy hija del rey de España.
—Para ser hija del rey
vienes mal acompañada.
—Para venir a la fuente
no necesito compañía.
—¿En qué lo has llevar, mi vida?
¿En qué lo has llevar, mi alma?...
—Helo llevar yo, señora,
en regozos de mi saya:
mi saya como es de oro,
gota a gota non manaba.
—Toma, niña, ese jarrito,
ese jarrito de plata:
que aunque pequeño lo vieres
lleva más de una ferrada.*

*—Agora dime, señora,
si he de ser monja o casada.*

*—Casadita, sí, por cierto
y a sabor afortunada.*

*Tres hijos has de tener:
dos han de ceñir espada;
uno ha ser rey en Sevilla,
otro ha ser rey en Granada;
el más chiquito de todos
ha decir misa cantada.
Una fija has de tener
que ha ser monja en Santa Clara;
y después de esto cumplido,
habrás la gloria ganada.*

Al respecto de los romances tradicionales de Asturias, José Amador de los Ríos se expresa así: «Tales caracteres convienen, generalmente hablando, con el estado y fisonomía especial de la poesía castellana en la gloriosa época de Alfonso X, cantor augusto de la Virgen, y de sus ilustres sucesores literarios. No sería, pues, gran maravilla el que dominando en la mayor parte de la nación y venido el antiguo Principado a la situación que determinan en él los monumentos arquitectónicos, penetrase en sus valles aquella suerte de tradiciones que, desarrollándose en los tiempos sucesivos, llegan, por último, a connaturalizarse en las montañas, suplantando los primitivos cantos heroicos...»

Es, sobre poco más o menos, lo que venimos queriendo decir. Y a ello podemos sumar muchos de los sucesos históricos ocurridos en otros lugares, como, por ejemplo, los romances alusivos al ciclo carolingio. Así nos lo corroboran y demuestran la autoridad de un Durán, de un Menéndez y Pelayo, y ya en tiempos más modernos, el magisterio inapelable de un Menéndez Pidal.

Entre los romances históricos de una mayor dimensión lírica, baste recordar, jugoso y lozano, como en los inicios de su gestación, el tan conocido de Don Bueso:

*Madruga don Bueso
mañanita fría
por tierras y montes
a buscar la niña.
Lavando fallóla
a una fontecilla:
—¿Qué faces ahí, mora,
fija de judía?...
deja beber agua
a mi caballo fría.
—Beba su caballo
y quien le traía:
que yo non soy mora,
fija de judía.
Soy una cristiana
que aquí está cativa,
lavando los paños
de la morería:
que los de oro y plata
los lava mi vida...
Montóla a caballo,
por ver que decía:
llevóla por prados
que ya conocía:
—¡Oh praditos, prados,
prados de mi vida!...
Cuando el rey mi padre
las flores tenía,
yo, que era rapaza,
las flores cogía.
Metióla en un cuarto,
por ver qué decía.
—¡Oh sayitas, sayas,
sayas de mi vida!
cuando ya marchaba,
nuevas os veía
y agora que vengo,
vos fallo enviejidas.
—Calla, fija, calla;
que otras te, echaría.*

Esta fue una de las varias versiones que existen sobre la popular figura de Don Bueso. Quizá la más arcaica. A través de los ejemplos

que se han ofrecido, resplandece, meridiano, un aire que podemos calificar de común a todos los ámbitos nacionales y que, a manera de membrana osmótica, cumplía menesteres de relación y aglutinamiento.

Este nuestro deambular por los predios históricos del Principado, fue, en síntesis, una toma de contacto con realidades que se ven melladas por el discurrir del tiempo. Pese a todo, hoy, como ayer, Asturias canta. ¡Toda Asturias es canción! Acaso se vayan olvidando tradiciones, cantares y romances; pero, soteradas, perviven en el espíritu y en la manera de ser de los asturianos, esas constantes que son bastante a definir un grupo étnico, lingüístico y temperamental. Del folklore musical de la Asturias de nuestros días podemos ofrecer múltiples pruebas, a las que no serán ajenos los Martínez Torner, Ruiz de la Peña, Sergio Domingo y tantos y tantos otros que se gozan en reverdecir viejos laureles regionales. A ellos, a todos, les debemos sorprendentes creaciones que se cantan en olor de popularidad. Como ésta de Eulogio Llaneza:

*No hay carretera sin barro,
nin prau que non tenga yerba;
nin mociquina de a quince
que non sea guapa o fea.
Adiós, rosina,
adiós, clavel.
Que te vengo a ver
de mañana y tarde.
De noche non puede ser,
que me rinde el amor
y me riñe mi madre.*

O como esta otra que, por obra del letrista José Ramos Martín y del compositor Federico Moreno Torroba, autores del libreto de *Xuanon*, vino a ser como el himno oficial de la sidra asturiana:

*Echa más sidra en mi vaso
que yo quiero beber más,
porque cuando estoy juma
las penas se me van...*

Es la nostalgia, la morriña, la saudade... Ya lo dijo Sergio Domingo en una bellísima romanza de la que hizo una creación Antonio Medio, y que tiene por título *Nostalgia Asturiana*:

*La nostalgia a la tierrina
ni se explica ni se cuenta.
Pero cuando uno está lejos
tan sólo piensa en la vuelta
y estrechar a quien se quiere
a lo largo de la ausencia.
Que crece más el cariño
cuando aquí el alma se deja
prendida en esa ilusión...*

Sí, nombres, muchos nombres de asturianos preclaros que pautaron para las generaciones venideras su devoción por la «tierrina»: Solar Quintes, Lavandera, Fidel Maya, Anselmo González del Valle, Martínez Abades, Benjamín Orbón...

Tiempos viejos y nuevos tiempos. Alfa y omega. Eterno devenir de las cosas y de los hombres.

Al norte de las tierras de España, entre nieblas, cantiles y cordales: ¡Asturias! La de las mil y una leyendas, la de los romances y los cantares, la de las gentes de pro que templan sus pulsos entre las embravecidas aguas del Cantábrico y en las profundidades de las mismas...

Un único y definitivo cantar para explicarlo todo:

*Asturias, patria querida,
Asturias de mis amores;
¡quién estuviera en Asturias
en algunas ocasiones!...*

Literatura Bable

Por CARMEN DIAZ CASTAÑÓN

PRETENDER que la literatura en bable puede ofrecer algún interés a los lectores españoles de hoy no tiene sentido. En un momento en que los libros nos agobian por su número, obligándonos tantas veces a darnos por contentos con una pequeña noticia de segunda o tercera mano, dedicar nuestra atención y nuestro tiempo a una literatura segundona y trivial, que reconstruye artificiosa y falsamente un dialecto totalmente mediatizado o sustituido por un «castellano mal hablado», parece anacrónico. Su vigencia actual debe aspirar sólo al ámbito oral provinciano—provinciano en el sentido más entrañable de la palabra—; en la tertulia casi familiar, en el diálogo con los niños, en el amor, el bable provoca una ternura pequeña y exquisita. Todos los asturianos hemos experimentado cómo gentes que se expresan en un castellano correcto, de pronto, al hacerse íntimos, cálidos, dejan que los términos del dialecto invadan su léxico, sin timidez, con naturalidad, como cauce por donde canalizar el torrente afectivo-sentimental. Recuerdo a este propósito las palabras finales del prólogo que don José Caveda ponía en 1839 a su *Colección de poesías en dialecto asturiano*, la primera antología del bable literario: «Nunca les negarán nuestros paisanos una favorable acogida, como un recuerdo de la memoria de sus mayores.» Y es que nadie pretendía ya, ni su propio editor, que fueran leídas sino como pura reconstrucción sentimental. Además de este valor subjetivista, les queda otro, que el mismo Caveda quiso resaltar, haciendo gala de una gran perspicacia: el de servir como «monumento de la lengua... a las investigaciones del historiador y del filólogo», lema que suscribimos, aun conociendo las limitaciones y los peligros que posibles adulteraciones de los textos ofrecen.

Desde este último punto de vista, el interés que ofrece la prosa en bable es muy grande: fueros, documentos, colecciones diplomáticas, nos ayudan a fechar y documentar el aspecto del romance en la Edad Media. En nuestra época, la prosa literaria, escasa y reducida a pequeñas muestras narrativas y dramáticas, casi no ha tentado a los babilistas: los artículos costumbristas de Amable González Abín (1863-1911); la colección de cuentos, cartas y narraciones históricas de Francisco Santa Eulalia (1850?-1901); las charlas gijonesas (1907 de Adeflor y los cuentos que en 1909 publicó Pachín de Melás (1877-1938) son una muestra de lo que venimos diciendo. A este último autor debemos entremeses, sainetes y hasta una zarzuela en bable. Citemos también, como pura curiosidad anecdótica, dos parodias del *Tenorio*: una, de Xuan de la Llosa, *El Tenorio asturiano*, publicada en México en 1944 por Angel Rabanal y Antonio Martínez Cuétara, y otra, de F. Pedrosa, *Padre, la afición me mata, o la fuga*

de *Donata* (1927). Recientemente, las comedias asturianas de José María Malgor (también autor de chispeantes cuentos «de la calle»), Eladio Verde, Fernando Sánchez Rodríguez, han llevado a la escena tipos y costumbres populares, cuyo mayor éxito radicó (tal es el caso, sobre todo, de Eladio Verde) en la expresividad de los actores.

Es el verso (no nos atrevemos a hablar de poesía) el que ofrece mayor número de autores y obras, quizá porque la artificiosidad—característica, repito, de la literatura bable—se aviene mejor con el cómputo rígido de las sílabas y con la obligada reiteración de la rima a que se sujetaban estos hombres cultos, que imitaban, no siempre con rigurosa exigencia de verdad, «la simplicidad y rusticidad de nuestros aldeanos». Después de la primera antología ya citada, en que Caveda recogía los poetas desde el siglo XVII a los primeros años del XIX, pronto agotada, por lo que Fermín Canella la reeditó con nuevas aportaciones en 1887; García Rendueles (1925) y Pedro Arias (1959) publicaron las suyas, enriqueciendo con nuevos nombres la nómina de los poetas babilistas.

De los siglos XVII y XVIII destacamos algunos nombres; nombres que en la Asturias de la Ilustración parecen un pálido reflejo de los divertimentos rústicos de las gentes «ilustradas». Son éstos los de Antonio González Reguera («Antón de Marirreguera»), que, nacido en Logrezana (cerca del cabo de Peñas) a principios del XVII, aún vivía en 1661; párroco y arcipreste del concejo de Carreño, las fábulas mitológicas, los acontecimientos contemporáneos y los diálogos festivos son sus temas preferidos. Francisco Bernardo de Quirós y Benavides, que vivió en los siglos XVII y XVIII y en el que se confunden hasta cuatro personalidades diferentes. Antonio Balvidares Argüelles (1751-1792), cuya vida salpicada de anécdotas curiosas se refleja en la inspiración animada y picaresca de sus poesías. Bruno Fernández Cepeda (h. 1750-1803), dómene, mestre de Gramática, temido de los estudiantes por la dureza y el rigor de sus castigos y cuyos restos se veneraron entre los devotos como auténticas reliquias, escribió poesías puramente circunstanciales, sin la gracia satírica de los dos anteriores. Y Josefa Jovellanos (1752-1807), promotora de obras sociales, que profesó, ya viuda, en el convento de religiosas recoletas de San Agustín, en Gijón, según nos cuenta su hermano don Gaspar en sus *Memorias familiares*, por deseo de su director particular, don Lucas Zarzuelo («sugeto de más celo y virtud que ilustración»), muestra la misma preocupación social en su poesía.

Siguiendo la idea de considerar la literatura bable como algo de importancia casi puramente histórica, creo que estos autores

son los que ofrecen para nosotros mayor interés. Destacaría en ellos algunas notas que hoy—tan en primer plano las interrelaciones de literatura y sociedad—mantienen con cierta vivencia la gracia de algunos versos: la burla anticlerical, la morosidad apicarada de ciertos pasajes amorosos, la crítica político-social.

Cuando Balvidares Argüelles, hidalgo ilustre, retirado en su casa solariega, nos habla del entierro del canónigo Reguero, «no hay vaca en toda Caceda / que pese tantu como elli»,

*que sin pelar la cabeza
con l'estudiu, vieno a ser
callórigu sin ver lletra,
a mio ver po los empeños
que non ye la vez primera
que en permediando les faldes
d'algún Osía o Condesa
lleva la capellanía
el que merez una andeza,*

ilustra una especie de danza de la muerte igualatoria y satírica:

*vienoi el so San Martín
como ha venir a cualquiera.*

Y antes de concluir su filosofía manriqueña,

*Compadre, ¿qué diferencia
hay del señor q'anda en coche
al mozu de la rabera
si ambos a ñada se vuelven
e na última llitera,*

alude socarronamente:

*el cura del mio llugar
aunque tampocu i da pena
la muerte del feligrés,
si el primer intierru dexa
canta parce mihi y requiem.
Con tal modu y con tal llercia
q'el que lu escucha ha dicer
que revienta de tristeza.*

Josefa Jovellanos, tan imbuida por las ideas de la ilustración, al describir las funciones con que la ciudad de Oviedo celebró la coronación de Carlos IV, escribe:

*Por fuxir de lla dotrina
q'el mio cura predicaba
de dir el domingo a Uviedo
tentóme lla mala trampa.*

En el dulzón regodeo amoroso destaca Antón de Marirreguera. Su versión bable de fábulas mitológicas acusa una tendencia clara a recrearse en las descripciones amorosas, a detenerse morosamente en el rasgo picantemente apicarado que tan bien encuadra la efigie, no sé si influida por el recuerdo del otro Arcipreste, que sus estudios parecen querer transmitirnos. La descripción que el padre de Dido hace a ésta de los peligros que acechan a su doncella es un muestrario de resabios celestinescos, que ocupan tres octavas reales, con versos como:

*Pide una mano y ya la mano dada,
Pruin i los pies, entama esperazase
y al abaxar los brazos del perezoso,
traí la mano a la ñeña pel pescuezo.*

Idéntico matiz en los consejos de la hermana de Dido sobre la postura que la heroína debe adoptar acerca de Eneas:

*falágalu, cariciálu y treveya
que sinon á pesáte en siendo vieya.*

En que los sintagmas no progresivos se gradúan para cerrar la estrofa con la experien-

cia y el refrán casero. El clima se intensifica cuando los enamorados llegan a la cueva. Reguera, como un antiguo juglar, abandona la expresión narrativa y se traslada a la perspectiva presente:

*¿Diremos era que por dir moyados
estarín ella triste y él severo?
Ello non sé; mas yo si allí me viera
muy pocu a pocu sé lo que fixera.*

Hero y Leandro se mueve en el mismo plano: alusiones mitológicas en un alarde de exhibicionismo, para terminar acercándose al público en las palabras de Leandro, que solicita los favores de la muchacha:

*y lo que fos razón solo faremos.
Con esto plaza pases d'onestica:
muches hay que lo entamen de pequeños*

*Que no lo fai por eso ye bien llano;
echar solo el gavitu así se llama*

La explicación del juglar acerca los personajes a su público en un constante cambio de perspectiva. La expresión se demora en la vergüenza de Hero:

*¿Qué ye de min?... Lleandro, ¡que me muero!
ysti ye de mio vida el fin postrero.*

El autor vuelve a la escena:

*y non fue tal que ñunca más contenta
con su amigu dormió a la pata llana.*

¡Y estas poesías circulaban en pliegos sueltos entre sus feligreses!...

La sátira político-social se halla ya en los diálogos de González Reguera sobre las

*¿Non fora bono embiar dellos
para Flandes y Milán
a vese con el francés
que bien menester será?*

Sin que falte tampoco la sátira a la imitación de las modas francesas. Pero la preocupación social por el bien del pueblo (nuevamente las ideas de la ilustración) se da sobre todo en Josefa Jovellanos. En la descripción de las funciones con que la villa de Gijón celebró el nombramiento del excelentísimo señor don Gaspar Melchor de Jovellanos para el Ministerio de Gracia y Justicia:

*meyor fora a la embaxada
un d'aquellos rellambíos
q'entamen facer figura
y d'ayeri acá son ricos.*

Y en las fiestas que se preparaban en Oviedo para celebrar la coronación de Carlos IV:

*De fame está la xente espavorida;
les llégrimes no más tien por vianda,
y non puede ya a cuestas co la vida.
Hay con todú Señora llevantada
que trai de plata y oru los pequinos,
y un gorru qie perez fuelle de escanda...*

Con alusiones muy concretas a personajes que ostentaban cargos importantes y no se ocupaban del pueblo. Tampoco falta la socarrona generalidad:

*q'agora n'a quisti siglu
dengún s'atreve a ser Santu
por non ser aborreciu
y si algún pretende selo
de vergüenza está escondíu.*

En el siglo XIX, la poesía bable deja de ser un documento histórico social, deja de relatar problemas vividos, para ser «literatura», mala literatura las más de las veces, que sueña una Asturias idílica y rústica: Caveda, con suaves pinceladas costumbristas; Teodoro Cuesta (1829-1895), quizá el único poeta de esta época, a pesar de sus muchas deudas, más o menos conscientes, con González Reguera.

Alfonso Camín, en el prólogo a su *Antología de Teodoro Cuesta*, publicada en México en 1940, señala cómo el verso en bable no tiene, después de Teodoro Cuesta, otra representación formal que la de Marcos del Torniello (1853-1938); si añadimos, al menos por la extensión de su obra, a Pepín de Pría (1864-1928), hemos acabado con los primeros años del siglo XX.

Hoy, salvo dos o tres nombres —Constantino Cabal, García Oliveros...—, la literatura bable ha quedado relegada al álbum festivo y al periódico local, e insiste, en el mejor de los casos con algo de gracia, sobre los mismos temas y los mismos tipos que se vienen arrastrando, cada vez más tullidos, desde el mismísimo setecientos.

Clarín escribía en 1896, prologando un poema de su amigo José Quevedo, *La batalla de Sao del indio*: «Me atreveré a suplicar a los prosistas del bable estático que se tomen el trabajo de abandonar antigüedades lingüísticas y estudiar un poco los últimos adelantos de la filología, ayudada por la antropología y otras ciencias; y se convencerán de que el empeñarse en cristalizar el bable en formas académicas, para evitar su corrupción, es lo mismo que querer fabricar queso de Cabrales y prescindir de los gusanos.» Si a esto añadimos que el bable, como instrumento lingüístico estructurado ha desaparecido ya de nuestra Asturias, quizá sería lo mejor limitarse a conservar de él un acento, unas palabras, unos matices, sin empeñarnos en emplearlo como vehículo literario, cosa que realmente no fue ni en sus mejores momentos.



*por saber de que modu el amor pica.
y fáncense más fresques y aguileños.
Non me lo querrás crer; ye cosa rica
velles andar alegres y risueños,
falatibles, folgueres, lliberales,
gasayoses, melgueres, fegadales.*

Donde la riqueza léxica estalla en la amalgama de los calificativos yuxtapuestos, todos, excepto los exigidos por el pareado, con diverso morfema derivativo. Tras la duda, la primera entrevista:

*Y el fiéndose que ha frío, diz ufano,
yo no to calentar fasta na cana.*

ocurrencias políticas de su tiempo, en que todos los males del pueblo se atribuyen a los grandes, nunca al rey, cuya única falta es el prestar oídos a los nobles. Asombra la actualidad de los problemas:

*Q'embarque lo que i asobre
un señor no hay q'espantar;
mas compralo po los erros
pa enriquecer, he maldá*

*¿Qué sirven tantos criados
tantu diablu folganzán
que comen como aveyones
la miel del so colmenar?*

algunos refranes asturianos

Por LUCIANO CASTAÑÓN

A PARTE de otros valores meramente curiosos o folclóricos, la conservación de los refranes asturianos—oral o escrito—tiene importancia por lo que suponen como sostén o mantenimiento del bable, al perseverar en ellos ciertas voces fidedignas, autóctonas. Además de las variantes respecto a determinados términos—que hacen persistir, no obstante, el mismo concepto en el refrán—, destaca la importancia de otras motivaciones filológicas—metátesis, aféresis, epéntesis, etc.—, sirviéndose de las mismas para señalar interesantes fluctuaciones dialectales en su distribución geográfica, con la particularidad de que tales variantes pueden producirse entre habitantes de caseríos o pueblos distantes apenas un par de kilómetros. En la recogida de refranes para evidenciar la existencia y conservación de tales diferencias lingüísticas es donde consideramos que este aspecto encierra importancia, pues sabido es que no existe un bable—viene denominándose así por tradición la «forma» de expresarse los asturianos—uniforme en la región, ya que aparte de amplias zonas o comarcas con rasgos más o menos afines, están luego los poblados, brañas o desperdigados caseríos rurales en los que sus habitantes utilizan peculiares pormenores dialectales que se diferencian gráfica y materialmente, identificando con ellos de manera neta al hablante. Como es lógico, los más asequibles medios de comunicación y difusorios—prensa, televisión, radio—influyen para que el bable decaiga, se difumine, y con él también los refranes, aunque éstos posean sobre la escueta palabra relegada cierta ventaja, y es la de su «unicidad como frase», ya que aun castellanizando el habla, cuando la situación lo exija, el asturiano pondrá su ejemplo con un pragmático refrán cargado de todo su valor eufónico y dialectal, mamado y bien aprendido, inmanente desde su esencia y existencia regionales.

Dada la proclividad viajera de los refranes—el individuo como vehículo transmisor—resultaría difícil catalogar los propiamente asturianos, aunque algunos lo sean de una manera auténtica e inexcusable. Sucede como con las narraciones, los cantares o los romances, que por desplazamientos de personas—obligadas o voluntarias migraciones—se confunden en cuanto a su origen, y del mismo modo las paremias, oscilando en el espacio, terminan en dudosos connubios, intercambios y mutuas donaciones. Pero dentro de estas vacilaciones cabe considerar como *asturianos* aquellos refranes en los que se dice alguna palabra bable, y, desde luego, los que se refieren a lugares propios de la región: monte, río, pueblo, playa. Existe, pues, cierta alternancia peninsular en el uso de los refranes, comunes en su sentido, resultando interesantes aquellos cuya vigencia y expresividad se concentra en una más reducida localización.

Discutido, o mejor, impreciso, es también el intento de saber o de precisar su origen. Se estima como fuente de su nacimiento la concretización de pareados felices, remates de cuentos, base de supersticiones, perogrulladas, frases de fabulistas, de autores griegos y latinos, históricas o literarias, e incluso sentencias del Antiguo y Nuevo Testamento; teniendo todas ellas, por acertadas, una fiel acogida comunitaria, hasta el punto de reiterarse su empleo y considerarlas anónimamente de dominio público. Pero, sobre todo, como verdadero progenitor de los refranes hay que considerar al mismo pueblo, que al impulso de alguna razón o capricho los emplea acomodándolos a su particular situación. El pueblo, que no repara y es licencioso cuando la ocasión lo exige, o crudo, o sagaz, o desvergonzado, y entonces el refranero recoge todas esas facetas en su bolsón para repartirlas racionalmente o dilapidarlas, para encajarlas al presuntuoso, al ruin, al avaro, al vago... La mayor parte de las paremias tienen su fundamento en algo concreto, son las que buscan la parte

pragmática de la vida en alguna de las tres vertientes que la economía asturiana tuvo—antes de su industrialización—: la pesca, la agricultura y el pastoreo. Así, el marinero, el labrador y el pastor inventan y disponen de sus refranes aludiendo a lo práctico que de los mismos pueda desprenderse: viento nordeste que perjudica, neblina sobre monte que presagia sol, receta curativa para res enferma. Es decir, siempre ligando la circunstancia vital a la argumental del refrán, en una interdependencia que sorprende se considere y estime tan ciegamente—aunque, por supuesto, se apoye tal credulidad en experiencias, ya ideológicas, ya empíricas—. Como muestra del normal nacimiento de algún refrán tenemos los que se refieren a las advocaciones religiosas, las cuales surgieron, como se desprende de las mismas, después que la Iglesia reconoció la canonización de tal santo, pudiendo entonces situarlos más o menos cronológicamente y dando pie a la sospecha de que una nueva advocación religiosa puede originar un nuevo refrán—ligándolo a la siembra, a la nieve, a la parvedad en el hablar, etc.

Cabe destacar, en el refrán, su ilimitada expansión filosófica, sentimental, meteorológica, sociológica, sentencial... Irrespetuoso, no repara en alcurnias para poner al mismo rasero—al ras vilmente humano—a personalidades egregias sólo por su título; él, con la desfachatez de su anonimato, acomete cuando se trata de demostrar nuestras limitacio-

vección—, vejez y casi muerte—semioivido—por, anacrónicamente, perder vigencia su anécdota.

En Asturias, en los largos, pinos y curvos caminos bien pisados—charco, polvo o cicatrizada tierra—, en los abundantes pueblos visitados y en las muchas personas entrevistadas, comprobamos el arraigo de los refranes a poco que se dialogara con tal intención prospectora, y la pervivencia de los mismos, sobre todo en las mujeres—aún con cocinas de llar—, quizá por su convivencia doméstica con madres y abuelas.

La bibliografía de refranes asturianos es más bien escasa. La riqueza de la bibliografía española se plasma en la obra *Catálogo Paremiológico*, por Melchor García Moreno, publicada en 1918, en edición de 350 ejemplares, y que dado el tiempo transcurrido necesita ya de una continuación, en obra independiente o refundiendo el catálogo con intención exhaustiva para actualizarlo, dadas las numerosas obras y trabajos aparecidos posteriormente. García Moreno, en el repetido catálogo, recoge 480 obras, aunque benévolamente incluye algunas cuyo contenido es dudosamente refranero, y eso por la tradicional controversia en cuanto a lo que estrictamente debe considerarse como *refrán*, por las distintas «frases cortas» que en sus variantes de: proverbios, apotegmas, máximas, sentencias, modismos, adagios, expresiones, giros y aforismos guardan concomitancias dudosas con



nes humanas. Aunque sabido es que las conveniencias personales suelen crear los llamados contrarrefranes, inventados para defender o fundamentar ciertos criterios, o bien por la adaptación a determinadas zonas, como puede suceder con los referentes al clima o clase de terreno, pues un refrán es idóneo—por la humedad que recomienda o por el hito religioso que impone—para una señalada comarca, pero no para otra que exige un cultivo diferente por su aridez. Existen, como próximos parientes a los contrarrefranes, los refranes con coda, aquellos que teniendo vida propia se les añade posteriormente palabras que lo hacen más verdadero o que matizan su contenido, conservando no obstante la línea de entonación, la frase cerrada y circular del refrán originario.

Aparte de algunos refranes surgidos por esporádica circunstancia, los más suelen tener larga vida, pudiendo concedérseles cierto estado biológico: nacimiento, desarrollo—pro-

aquel. Pudiera seguirse la definición que de refrán da Julio Casares: «Una frase completa e independiente que en sentido directo o alegórico, y por lo general en forma sentenciosa y elíptica, expresa un pensamiento a manera de juicio, en el que se relacionan, por lo menos, dos ideas»; aunque difícilmente en los refraneros publicados se sigue esta norma de manera rigurosa. Lo definen otros: un dicho popular, sentencioso y breve, de verdad comprobada, generalmente simbólico, y expuesto en forma poética (aludiendo al metro y rima), que contiene una regla de conducta u otra cualquier enseñanza.

Del *Refranero Asturiano*, publicado por el Instituto de Estudios Asturianos en 1962, he de decir que la mayor parte de los refranes los recogí *in situ*, de viva voz en los mismos pueblos, praderías, caminos, romerías; lugares tan distantes como Santa Eulalia de Oscos, Soto de Agues o Tielve, tres pueblos de marcadisima oposición dialectal en sus habitan-

tes. Y algunos de tales refranes con su son antiguo, remontándose a tiempos pasados hasta retrotraer a nuestra memoria los citados en autores clásicos—recogidos en su mayor parte en la obra *Refranes y frases proverbiales españolas de la Edad Media*, por Eleanor S. O'Kane, Madrid, 1959.

Ahora, entre los refranes asturianos ya publicados y los inéditos que conservamos, estimamos no queda nuestra región en desventaja respecto a otras, pues aparte de los refraneros generales recopilados por el marqués de Santillana, Juan de Mal Lara, Julio Cejador, Sbarbi, Rodríguez Marín, Gonzalo Correas, Fermín Sacristán y Martínez Kleiser, entre otros autores, y de los refraneros dedicados a un tema: el mar (Iturriaga), la caza, la mujer, el fla-

come. *De les vaques en comuña, lleva el amu hasta la uña*, refiérese a lo leonino que es el contrato de comuña—aparcería de ganado vacuno—, aún vigente en algunas zonas de Asturias. *En casa'l llabrador, cuantos más teyaos, mejor*, puesto que si tiene muchos tejados: de casa, de henil, de cuadra, de lagar, es señal de poseer tales inmuebles y por ello más capital.

HAMBRE

En Moreda y Caborana, quien non tien fame tien gana. ¿Pra ónde vas, fame? De Folgoso pa Villajane. Si vas a Pandenes, lleva pan,

vanderizos.» Abunda la literatura sobre el asturiano y el palo como consustancial al mismo en otras épocas; puede verse *El alarido y el palo en la cultura asturiana*, por José Luis Pérez de Castro, RDTP, 1961. *Asturiano, loco, vano y mal cristiano*, hubo y hay de todo: santos y herejes, presumidos y humildes, cuerdos y locatis. *Asturiano ni mulo, ninguno*, comenta Feijoo: «Si el adagio fuere verdadero, no viviría yo en Asturias.» *Asturianos: cortos de pies y largos de manos*, puede ser por ladrones o por pródigos, en este último sentido, *El asturiano tien la mano afuracá*, se le va el dinero por el agujero de la mano. Existen varios que nos relacionan comparativamente con los gallegos, *Gallegos y asturianos, por medio pan andan a las manos, Gallegos y asturianos, primos hermanos, Asturianos y gallegos, allá ellos*, y a veces incluyendo palabras no muy recomendables. Convendría demostrar la falsedad del criterio generalizado por el que se considera al asturiano como fanfarrón, voceras, rudo y toscos; algunas otras propiedades que lo caracterizan y se omiten, ignoran u olvidan, son: de ideas liberales, muy cariñoso cuando la amistad se hace entrañable, suavemente irónico, y sonriente más que carcajeante.

ECONOMIA

Lo mucho se gasta y lo poco abasta. Para recomendar la efectividad del ahorro. *Un granin y otro granin, faen un montonin*, y *A perrina y a perrina fizo mió güelu una casina*, el abuelo llegó a construir una casa reuniendo monedas de cinco céntimos—perrina—. *Axunta la ceniza y esparce la farina*, para quien ahorra en lo despreciable y malgasta lo de calidad. Aconseja la atención de lo propio, *Facienda, hacienda, que'l to amu t'atienda, y si non, que te vienda*.

ABRIL

El que'n abril vió nevar, creyó que nunca iba a parar, porque si nieva en dicho mes suele ser de manera continua y abundante. *En abril ábreme la puerta y déxame salir*, es el ganado quien lo dice, pues permaneció estabulado durante todo el invierno, y al llegar el buen tiempo quiere salir porque dispone de pasto en el exterior.

CASTAÑAS

Agostu sicu, morgaces y cistu, agostu moyeu, cistu colgueu, se advierten las inflexiones propias del concejo de Lena—sicu por secu, moyeu por moyau y colgueu por colgau—; si durante el mes de agosto hace mucho sol, habrá abundancia de castañas, se utilizarán *les morgaces* y el cesto que se llenará, pero si en agosto llueve, escaseará la cosecha.

RIQUEZA

Al gochu gordu, untai el rau, cuando se adula al rico. *Burru cargau d'oro, algámalo todo*, el dinero anula la torpeza, el rico consigue lo que desea. *Del fartucu al famientu non hay dolimientu*, el harto se despreocupa del hambriento. *Dineru llama dineru*—pero lo mucho a lo poco—, acumulación de capitales.

SIEMBRA

A siembra rala non hay cosecha mala, aconseja la siembra diseminada, y lo mismo, *El maíz ralo carga'l carru*, pues sembrándolo separado las mazorcas estarán más granadas. *El que semara por Santa Lluvia, dála al díañu si cosa coyería*, por estimar que es sementera tardía.

NIÑOS

Al mediu añu, fai el culo escañu (mueble asturiano, de asiento), porque a los seis meses ya al niño se le puede colocar en postura de sentado sin que ello le perjudique. *Dios da el rapacín, y con él el bocaín*, siempre se con-



menco, la música, las abejas, la medicina (Castillo Lucas y Soropan), la agricultura (Nieves Hoyos), los geográficos, los meteorológicos, los filosóficos (León Murciego) y los varios consagrados a las obras cervantinas, existían también algunos refraneros constreñidos a zonas o regiones: Huesca, Tortosa, Valencia, Murcia, los sefarditas..., a los que cabe añadir entonces los referidos a nuestra región.

Compendiadamente se relacionan a continuación algunos refranes asturianos como breve muestra, prescindiendo, por considerarlo en este caso innecesario, de todo aparato erudito de citas bibliográficas, comentarios, críticas..., y también espigando en algunos escasos conceptos, dentro de la frondosidad que de los mismos existe.

ABONO

El que cucha'n Octubre la tierra cubre, y el que lo haz en noviembre, tó lo pierde, aconseja como más positivo el abonar en octubre la tierra con estiércol. *Con cuatro cosas podrá'l aldeanu coyer mucho: cucho, cucho, cucho y cucho*. Dios y el cucho pueden mucho, pero sobre todo el cucho.

ASNO

Al burru vieyu, la mayor carga y el pior apareyu, claramente se advierte su correspondencia hacia las personas, como el de *Albarda nueva, cincha nueva, ¿y todavía tropieces?* Para zaherir a los que no prosperan intelectualmente aun desplazándose de la aldea a la ciudad, *Burru fó Perico a Uviedo, burru fó y burru vieno*. Y por achaques de la edad, *Burra vieya non ye caudal*.

INTERES

Para los que pagan los favores o las labores con simple palabrería, *Con «gracies» non se*

que cenes; y si non lo llesves, sin cenar te quedas, son numerosos los refranes aludiendo a pueblos y buscando su rima, que por obligada, a veces dan deducciones caprichosas. *Fame que espera fartura non ye fame*—hambre que espera hartazgo no es hambre—. *Fartures de memoria, barrigaes de fame*, por los ilusos.

MARINEROS

Al viento de Oviedo non le tengas miedo, como si el viento procedente del sur no debiera preocupar al marinero por no alterar el estado del mar. *La mar, pa los peques*, el mar para los peces, porque para las personas supone peligro. Contra la mujer, *De les moces y del viento hay que tar a barlovento*. *Espumeru, mar o tiempu nuevu*, si en el oleaje se forma «espumeru», habrá marejada o cambiará el tiempo.

METEOROLOGICOS

Cuando la garza vei pa la sierra, garra la bruesa (hacha) *ya veite a lleña; cuando la garza vei pa la mar, coi el llaviegu* (arado) *ya veite a llabrar*, la dirección del vuelo de la «garza» como señal del mal o buen tiempo. *Si el veintisiete llueve y el veintinueve non miente, así tará'l mes siguiente*. *Cercu de lluna non hincha llaguna; cercu de sol mueya al pastor*.

ASTURIANOS

El oso y el asturiano, para verlo lejano, no es justo, pues en el trato actual del oso con campesinos asturianos, la proximidad no implica pavor, lamentando sólo el daño que el animal produce en cultivos o ganado. *Al asturiano, vino puro, y lanza en la mano*, lo anotó ya así Hernán Núñez, en 1555, con la coletilla: «Por ser fría la tierra son amigos del vino, por ser fragrosa, desasosegados y

siguen los medios para criar un hijo más. *El neñu y el borrachu dicen lo que traen en papu*, que dicen lo que sienten, hablando sin cortapisas. *Neñin que pronto dentea, pronto hermaneá*, al dentear el niño, ya pasó tiempo suficiente para que la madre pueda serlo nuevamente de otro hijo. *La bilortina, de piquiñina*, así como la vara hay que doblarla siendo tierna para que conserve la curva deseada, así la educación debe iniciarse en la infancia.

MUJERES

Ena casa la perezosa, el agua, xelada ou roxa, por la pereza, la mujer no tiene el agua a punto, estará fría o caliente. *A la muyer y a la cabra non vos deis cuerda llarga*, porque pueden desarriarse, para evitarlo, *La muyer y la gallina, al escurecer ena cocina*, claro que, pese a las prevenciones, de *La muyer y la escarda, la que salga*. Por considerarlas más trabajadoras, *La muyer y la sardina, piquiñina*, o más sabrosas.

PRESUNCION

Eso, después de cocio, mengua, para el que habla hiperbólicamente de sí mismo, o sea, cuando uno *echa la llengua a pacer*, con autoponderación extremada; pudiera aplicársele lo de: *Alábate, boroña, que non hay quien te coma*, o también, *De picu tenía mió guela un xarru*, aplicable a los mismos que sólo tienen pico florido, crisóstomos del autobombo, de las falsas promesas, vanidad o mando orgulloso.

PERSONAS

Arbol trasplantau nunca dió resultau, contra los que cambian de residencia. *Vaca peleona siempre sal corniá*, para los aficionados a porfiar. *Besos y abrazos non faen rapazos, pero toquen a vispores*, insinúa posibles consecuencias por los retozos entre hombre y mujer.

Los refranes sintetizan la filosofía popular en sus plurales vertientes: moralidad, economía, sociología, medicina..., abarcan, en fin, la vida espiritual y material en cuanto entrañan estas dos últimas acepciones, y las más de las veces como voz consejera por ejemplar, preponderando los que se apoyan en lo experimental y escaseando los gratuitos. Seguidamente se mencionan algunos que utilizan su escalpelo más bien en los aspectos humanos, hurgando en los recovecos del fatalismo, la crítica, la prudencia, la opinión, el sentido sentencioso; refranes como jueces indiscriminadores, con estocadas hasta la empuñadura, sin paños calientes, implacables, o todo lo más utilizando una flexible ironía para que el impacto llegue sugerido o levemente perifrástico. *A tou gochín i llega'l so Samartin. Al perru flacu, mosques. Cuesta abaxo, calabaza roda. El mundu non tien portielles*—particulares puertas de heredades o fincas—, por la aventura de correr mundo, pero ignora el refrán que *les portielles*—las trabas e inconvenientes—se las ponen los hombres a sí mismos. *El que pa probe ta apuntau, lo mesmo i da correr que tar aparau. El que vive co la esperanza, muerre co la boca abierta. La razón tien tres caminos: tenela, pídila, y que te la dean. Por ser alcalde, creyó ser algo. Non hay miyor palabra que la que ta por decir*, aconseja prudencia en el hablar. *Andando p'alante, andando p'atrás, deprendió'l camín Colás*.

Que los refranes asturianos sirvan de pauta para realizar algún estudio filológico sobre el bable, debe entenderse calificando bien esta palabra, y no considerar como bable lo que se emplea en narraciones y sobre todo frecuentes versos en que se ramploniza con un castellano «asturianizado»—ambiguos y torpes términos que nada tienen de común con determinadas palabras asturianas auténticas, o típicas por reiteradas, o con su filiación latina, pero aquí arraigadas y perseverantes.

Y para terminar, un ejemplo en el que con palabras distintas se expresa un mismo concepto (la necesidad del trabajo para conseguirlo eficaz). Los benedictinos: «Ora et labora»; en castellano: «A Dios rogando y con el mazo dando», y en Asturias: *Pa con Dios hay que tener pol carru*.

En torno a Los VAQUEIROS de ALZADA

Por ANGELES VILLARTA

SOBRE mí ejercen curiosidad y afecto los vaqueiros de alzada, y creo que es fácil explicar este afecto y esta curiosidad porque mi cuna de madre de castaño fue mecida en el concejo asturiano de Belmonte de Miranda, al pie de la vaqueira braña de Modreiros, a la que, en ocasiones, me subió mi padre sobre su caballo, cuando aún nos decían a las nenas que nos llevaban a retratar que mirásemos el objetivo de la máquina para que viéramos salir el pajarito.

Los vaqueiros, un pueblo extraño que salta y se avecina en las brañas de Asturias, desde Somiedo, con sus lagos y las fantásticas historias de las xanas, sirenas de agua dulce, cantarinas y seductoras hacia Santa María del Puerto, y en lo alto de ese corazón de Belmonte, que es mi propio corazón, a uno y otro lado de las aguas verdes del Pigüeña.

Antes de que yo naciera, mi padre se vio en peligroso trance al despeñarse con el caballo cuando regresaba de visitar a un enfermo vaqueiro. Luego cuando por primera vez oí hablar de un crimen fue del de Corbatu, que conmovió a toda la grey vaqueira.

Evoca el sabor que en mi paladar dejara el Pan de la Braña que nos regalaban las vaqueiras, aderezándolo con harina de escanda, leche y huevos.

En la caracola del oído conservo ecos de las ásperas canciones vaqueiras, que ellas acompañan con el ritmo producido por el choque de la llave con la sartén, y de las narraciones que fueron embeleso de mi niñez, las de mi abuela doña Eufrasia, muy versada en el Antiguo y Nuevo Testamento, y las de Dolores, la de la fonda de Cela, que cuidaba al mismo tiempo de los hornillos y de mis cinco morenitos años, narraciones en las que, con frecuencia, hacía alusión a los vaqueiros que iban a Castilla con sus reatas de mulos, o en busca de otros pastos para sus reses vacunas.

Entre ellos destacaba por su hombría de bien y por su noble aspecto El Coronel, llamado así porque había andado por Melilla cuando lo del Barranco del Lobo y trajo muchas canciones garrotineras de la toma del Gurugú. Solía obsequiarnos con avellanas.

El tan ufano con su apodo como si en su zamarra civil las mozas vaqueiras hubiesen bordado estrellas militares en las bocamangas.

La vaqueira es una tribu sobre la que se han escrito muchas cosas, desde Jovellanos hasta Luis Antonio de Vega, que los situó entre las razas malditas más o menos en la línea de los agotes de Bozate, islotes raciales circundados por otros pueblos, el vasco en Arizcun, el asturiano en las brañas.

Este verano me sentí nuevamente arrastrada por este redondo misterio racial y pase quince días entre La Pola y el puerto de Somiedo.

La Pola—La Puebla—prestó su palacio del famoso economista Alvaro Flórez Estrada para ilustración de los billetes de veinticinco pesetas cuando todavía se imprimían billetes. Raíz de muchos nobles apellidos que rastreó expertamente el marqués de Ciadoncha.

La iglesia de Pola de Somiedo es pequeña como una ermita. Cerca de un pueblo de nombre extraño, Gua, hubo un convento de monjas pelayas. Del mismo concejo procedían los Caunedo que se hicieron famosos en la época de los Reyes Católicos. Antes lo habían sido con Alfonso VIII de Castilla en la batalla de las Navas de Tolosa. Su lema era: «Caballeros renombrados, estos de Caunedo son con sus cruces coronadas en las Navas bien ganadas.»

Como sucede en muchas localidades de Asturias, se encuentran aquí ruinas romanas. También aquí quedan restos de fortificaciones latinas que guardaban el paso del puerto, que avanzaba en zig-zag al oeste de La Pola, y en otra vertiente hacia el Valle de Saliencia, que procede de la legión romana Seleucia; y había otro castillo romano en el Valle de la Riera.

No falta quien asegure que, con posterioridad a Roma y de la invasión de los moros, se concentró en estas montañas un grupo de personas de caracteres distintos que los astures, que fueron conservando a través del tiempo, y que en la actualidad se les conoce por vaqueiros de alzada. Estas características contribuyeron a que viviesen aislados, hasta el punto de constituir un eslabón suelto y difícilmente encajable en la Historia de Asturias.

En Urria hubo, en tiempo de los romanos, una explotación minera de oro, que llevaban a La Pola.

Santa María del Puerto se encuentra a 1.500 metros de altura y destaca entre



Lago de El Valle, en los montes de Somiedo

verdes y grises. El Páramo con vacas, pastoreja, majadas y muchas leyendas. Collada de Ceregal, también a 1.500 metros, carbón, hierro y mercurio.

En la culinaria pastoril, el guisado, los cachelos, el escaldau, el cuechu y las papas.

En Santa María del Puerto quedan todavía algunas antañonas construcciones que las autoridades debieran hacer que se conservasen.

Al exterior sobresalen los tejados de rápida vertiente cubiertos de teito, una paja especial que abunda en estos montes asturianos.

Hace varios años un incendio destruyó la mayoría de las viviendas, que se han reconstruido con arreglo a cánones modernos que quitan todo encanto a lo peculiar y que hubiese hecho de Santa María del Puerto algo comparable a lo que es, en Italia, Alberobello, lugar al que acude tanta gente por estudiar, o simplemente por ver, sus extrañas viviendas, los «trulli» con tejados cónicos, recubiertos de pizarra negra y con extraños signos trazados en blanco.

Alberobello no sólo ha mantenido las viviendas con su antiguo carácter, sino que al construir un hotel lo hizo inspirándose en la vieja arquitectura local.

Santa María del Puerto conserva alguna, muy pocas, de estas edificaciones, en cuyo interior se perciben dos planos exclusivos, el de abajo reservado a los animales y el de arriba a las personas, con sus catres, su hogar, idéntica oscuridad y la misma atmósfera. Entre un plano y otro en ocasiones no existen escaleras fijas ni tabiques, pues estos vinieron después con trezados de varas de avellano, pero en un principio, como aquí, no los hubo.

Santa María del Puerto es localidad montada a la jineta entre Asturias y León, y sí es una delicia durante los meses anchos del año, cuando han subido los vaqueiros con sus recuas, con sus mujeres, con sus hijos, e inclusive con el maestro, que no suele ser maestro sino una maestría recién salida de la Escuela Normal de Oviedo.

No llevan sacerdote, pero hacen lo que ellos denominan un arreglo con un cura de los contornos, que también suele ser joven y que atiende las parroquias diseminadas a lomos de motocicleta como antes lo hacían a caballo, aunque en estos montes ni moto ni cabalgadura son apropiados y se impondría, más bien, el autogiro.

Santa María del Puerto deja de ser una delicia cuando asoma octubre por este retazo del Pirineo astur, que es cuando los vaqueiros regresan a sus pacíficos cuarteles de invierno, pero antes de marcharse sacan a subasta el puesto de «vecindeiro», que es un hombre que se queda solo y tiene a su cargo cuidar los bienes de la comunidad, y también, cuando la nieve ha borrado los caminos y las nieblas se espesan sobre el monte, anulando la visibilidad y la ventisca sopla, tocar la campana para que los posibles viajeros se orienten.

Lo más corriente es que el vecindeiro se quede solo. En pocas ocasiones le acompaña su mujer. El estipendio no es demasiado cuantioso, pues llegan a pagarle cerca de cuatro mil duros por hacer el Robinsón durante nueve meses sin haber naufragado previamente.

Hay una fuerza comunitaria en la tribu vaqueira que les mantuvo fuertes en el medio ambiente que, salvo excepciones, les tenía separados en las iglesias e incluso después de muertos, en los cementerios, y que les hacía estallar en coplas contra los otros habitantes del Principado.

Alzarunse tous de afeitu
los viechus ya lus muchachus
y éramus vaqueiros solus
nin siquiera un asturianu.»

En Pola de Somiedo hay ancianos que recuerdan la «colcha de los muertos», que se guardaba en el ayuntamiento y que servía de sudario para envolver el cadáver de las personas fallecidas en la impecuniosidad, cadáver que transportaban sobre unas parihuelas, las vacas llevaban esquilas de luto, y la gente ayudaba a la viuda y a los huérfanos prestándoles algunos trabajos.

El vaqueiro no es un pueblo triste. De porte severo y erguido. Todos están habituados a trepar a los picachos. Entre los riscos andan sus vacas que van por la mañana y por la tarde a «mecer», según el dicho de la región. Y no se concibe un vaqueiro o una vaqueira que no monte a caballo o no lleve una vara de avellano para apoyarse en las subidas y bajadas ásperas.

El cuidado de las vacas se lo encomiendan a San Antonio, como me lo cantó, en Saliencia, la vieja Salomé:

¿Qué tienes con San Antonio
que siempre le estás rezando?
Tengo vacas en el monte
y él me las está guardando.

Son muy aficionados a cantar y a inventar «trovas». Las cantan a los novios:

Esta calle está enramada
con ramos de perejil,
que la enramó el señor novio
cuando me vino a pedir.

Y en las encerradas:

Rosarina, Rosarina
no te cases con el Muerco
que el maíz de la Pinocha
comiólo todo el meledro (el zorro).

Dicen en sus canciones como la moza que desapareció por la Peñafurada y más tarde aparecieron sus corales por la parte de la fuente de la Vagua:

Ojos míos no lloréis,
lágrimas tened paciencia,
que el que ha de ser desgraciado
desde la cuna comienza.

Abundan las leyendas, las narraciones y las expresiones peculiares. En algunos casos, expertos folclóricos las rastrean, y se dieron casos de que profesores universitarios vinieran desde Alemania.

No sorprende, por lo menos a mí no me sorprendió, comprobar los vuelos de la fantasía vaqueira.

Ellos viven en paisajes bellos e inquietantes, por cuya sombra camina todavía el oso astur vinculado a nuestra historia y a nuestras leyendas, paisaje por el que saltan los rebecos y extienden sus alas los urugallos.

Sus lagos poseen una extraña fascinación, destacadamente el de la Calabazosa, de un azul profundo, en contraste con las vertientes donde el hierro enrojece la tierra, y parece lógico que lago y laderas se hallen poblados por imaginarios seres, buenos algunos, malos otros, que la astucia de los vaqueiros llega a sorprender, como ocurrió con el niño que salía del lago, tomaba el mejor caballo, cabalgaba en él y luego desaparecía en el lago hasta el día que a los vaqueiros se les ocurrió untar con pez el más hermoso.

De este modo el niño no pudo desprenderse del corcel, y como pasara el tiempo, se oyó una voz que decía:

—Barrabasin, ven.

El niño rogó a los vaqueiros:

—Dejaime, que me llama la mía mai...

Así en bable, que fue la lengua que se habló, hasta hace poco tiempo, en las brañas.

Una copla que sospecho llena de malicia y de picardía, como nos gusta a los asturianos y las asturianas, que sean nuestras canciones, aunque como la que oí a una vieja vaqueira, que con su sartén y su llave animaba el baile de los vaqueiros:

«Le dijo el fresno a la haya:
Quita allá, desventurada,
Si no fuera por vergüenza
yo ardería bajo el agua.»

Las mozas vaqueiras, que estaban bailando, se rieron mucho.

Aquella canción me preocupó.

Arder bajo el agua... ¡Qué cosa más bonita!

Y esta otra copla que la cantó otra vaqueira en la braña de Modreiros:

«Estoy ronca, y ya no puedo
entonar la mi tonada
Soy vaqueirina en el monte
y me cogió la rosada.»

Y esta otra:

«Vaquerina del rau pintu
y la oreya afuracada
comiste siete boroñes
con la leche de tua vaca.»

Los NOVELISTAS ASTURIANOS de HOY

Por DAMASO SANTOS

SI pretendiéramos hallar unos rasgos distintivos comunes a todos, o a casi todos los novelistas asturianos de hoy, tendríamos que señalar, en primer término, una característica que les hace dignos continuadores de los tres grandes maestros de su tierra, Clarín, Palacio Valdés y Pérez de Ayala: la concienzuda realización de su obra. Aun en lo más ajetreado de sus aventuras, peripecias y ocupaciones —por merecer aquello de que «en el cielo hay una estrella que a los asturianos guía»— construyen sus relatos a plena conciencia de los materiales de que disponen —experiencias, estudio, anotación de observaciones— y con un claro sentido de la trascendencia de la escritura y de la responsabilidad del escritor. Les guste o no les guste, aceptan el terreno de lucha que se les ofrece para el triunfo. Grande es el porcentaje de escritores asturianos que figuran como concursantes en todos los certámenes literarios. Y grande es también el número de los que alcanzan los primeros premios. Diré, para resumir, que el escritor, que el novelista, el narrador astur considera su oficio como un trabajo esforzado y serio, casi manual; no como un privilegio o un regalo, no como un pasatiempo o un placer solitario ni como un hallazgo de la inspiración. No todos han proseguido, ni todos producen tanto como cabía esperar de ellos; pero en las muestras de estos últimos late siempre la voluntad o el logro de la perfección, la absoluta seriedad del empeño.

No siempre en la temática predominan los problemas y el ambiente de la tierra propia; pero en los que a ella vuelven los ojos están por igual la ternura de *La aldea perdida* y el análisis implacable de *La Regente*. Hay también —y cuanto más lejanos, más— la nostalgia y la evocación, casi siempre a la busca del tiempo perdido en las arboledas o las playas de la infancia, cuando surge la ocasión.

PERIODISMO Y NARRACION

Una buena parte de los actuales novelistas y narradores asturianos son profesionales del periodismo, por vocación o por accidente; felices, como escritores dentro de él, o simplemente agradecidos a que esta profesión les permitió su entrada en la literatura para abandonar un día o para seguir remando a ella. El periodismo es un poco la versión del emigrante en asturiano con el gusanillo de la literatura dentro. En buen número de estos escritores, el periodista predomina y hasta prevalece. Pero no todos piensan, como ha declarado recientemente Mauro Muñiz, que el periodismo es una espantosa deformación. Periodista fue Alejandro Núñez Alonso, y del periodismo ha vivido Dolores Medio; lo son Juan Antonio Cabezas, Angeles Villarta, José Luis Fernández-Rúa, Mauro Muñiz, Juan José Plans; Manolín Pilares tiene algunos contactos con la profesión, y lo mismo Pedro Álvarez Fernández; Ricardo Vázquez Prada dirige el periódico *La Voz de Asturias*.

VALENTIN ANDRES ALVAREZ, UNA ESTRELLA FUGAZ

No hay comentarista de la literatura española de los años 20 que no dedique unas líneas a lamentar la brevedad de una incursión en ella por parte de un escritor bien dotado y pertrechado que se llama Valentín Andrés Álvarez. Hombre atraído por la ciencia —la Física, la



Valentín Andrés Álvarez

Astronomía, la Filosofía, la Matemática y, finalmente, la Economía, que le habría de ocupar la vida entera ya después—, lo fue al mismo tiempo por el baile, entretenimiento de juventud en que llegó a ser un virtuoso. Fueron las estrellas de sus estudios astronómicos y las luces de una bohemia parisiense quienes le llevaron a la literatura: una bella narración en *Revista de Occidente*, titulada «Telarañas en el cielo», dos piezas teatrales —*Tarari* y *Pin-pan-pum*— y una novela, *Sentimental-danzig*, que apareció en 1925. Estaban entonces en todo su furor los ismos europeos de entreguerras, y de ellos está contagiada externamente la obra de Andrés Álvarez. Digo externamente, y quizá lo hubiera estado más de proseguir, ya que en medio de ellos y de sus cultivadores se movía. Pero *Sentimental-danzig* es un relato tradicional, sencillo y fluido que revela un escritor sin dificultades, un narrador directo y espontáneo con propensión a la ironía y al humor para velar un hondo lirismo. Prosa de una difícil sencillez —como lo sería la de su coetáneo Rafael Sánchez Mazas— que tanto hubiera significado de proseguir en aquella generación de prosistas que a través de las vanguardias bus-

caba con afán la transparencia y la perfección de un neoclasicismo. *Sentimental-danzig* es ya en nuestra historia literaria una fresca ramita, una breve señal del árbol inédito de un novelista que se olvidó de sí mismo y que tal vez hubiera llegado a ser un logro, un eslabón acaso, una alianza entre experiencia humana y anhelo de perfección y novedad en que naufragaron como narradores aquellos extraordinarios prosistas...



Alejandro Núñez Alonso

DOS EXILIADOS: LUIS A. SANTULLANO Y LUIS AMADO BLANCO

De entre los mejores prosistas que se llevó la emigración tras la guerra de España figuran dos asturianos: Luis A. Santullano y Luis Amado Blanco, cuyas obras todavía no ha penetrado entre nosotros como está haciendo de manera masiva en estos momentos la avasalladora de J. Ramón Sender, cada día más la de Francisco Ayala y la de Max Aub. Santullano, erudito y ensayista, había publicado ya en 1933 *Pazarón o la fatalidad*, que después ha reunido en México con otros relatos como *Telva*; *Carroceros*, *labrador*, y *Bartolo o la vocación*, bajo el título de *El puro amor*, en los que campea el ambiente y el humor asturiano, una gran soltura técnica, una limpidez de estilo.

Luis Amado Blanco se encuentra en plena producción, y es muy poco lo que ha llegado a nuestras manos. Tiene un conjunto de cuentos o novelas cortas bajo el título de *Don Velorio* (nueve cuentos y una novola), cargados de unamunescas preocupaciones existenciales y

una novela de entrañable evocación avilesina titulada *Un pueblo y dos agonías*, escrita con ternura y desgarró.

Esperemos que pronto alguna editorial española recoja la obra narrativa de estos dos escritores que merecen figurar entre los nombres familiares de nuestra narrativa.

UN NOVELISTA DE PLENA DEDICACION: ALEJANDRO NUÑEZ ALONSO

Los mejicanos le tienen por suyo, y su nombre figura entre los grandes novelistas de Hispanoamérica. Allí fue, efectivamente, el despertar de su vocación, entre los distintos oficios de emigrantes que ejerciera hasta anclar en el periodismo, que nos lo devolvería a España como corresponsal. Allí publicó, *Konco*, su primera novela importante sobre ese tema de la alienación de los pueblos latinoamericanos en manos de los manipuladores de las grandes empresas norteamericanas y que han tratado también el guatemalteco Miguel Angel Asturias o el brasileño Erico Veríssimo. Hacia su otra patria mejicana ha vuelto recientemente con *Gloria en subasta*, que ha merecido el Premio de la Crítica.

Aquí se nos dio a conocer con *La gota de mercurio*, que, en su ya madurez humana, denotaba en seguida—por la mitad de los años cincuenta—esa vivacísima facundia de los novelistas hispanoamericanos y una organización personal de las nuevas técnicas que confirmaría con *Segunda agonía* y que llevó a colmo—con el tema de la obsesión sexual, tan próximo en esto a Henry Miller—en *Pecado original* y en la citada *Gloria en subasta*. Proust, Joyce, Faulkner, los grandes novelistas norteamericanos, los mejicanos de la revolución, los



Juan Antonio Cabezas

hispanoamericanos más importantes han operado sobre él en una asimilación personalísima a través de la cual los grandes temas del amor, de sexo, de la muerte, de la dignidad humana, de los falseamientos sociales—*Gloria en subasta* es una profunda crítica, al par que una obra perfecta, del «machismo» mejicano—, producen sus tremendas conturbaciones humanas en una vastísima galería de personajes concienzudamente dibujados o profundamente sumidos en tales problemas. Aunque la intencionalidad de novelista católico no aparece, el concepto del pecado llega en ellos hasta esas situaciones límite de los católicos Coccioni, Graham Greene o Maurois.

Desde hace algunos años viene empeñado el gijonés Nuñez Alonso en una vasta producción de novela histórica que ha tenido contradictorias estimaciones por la crítica. Si para Baquero Goyanes ella representa a la vez el despliegue feliz de uno de los mejores elementos del género, que es la aventura en el espacio y en el tiempo y la captura de los humanos a través de grandes perspectivas de visión, para otros, como Nora, o Torrente, parece un retro-

ceso al caz artesano de las formas tradicionales y la evasión de las fantasías históricas.

Yo entiendo que toda esa artesanía y toda esa imaginación son ciertas. Pero con ello no se agota la significación de *Benasur de Judea*—pentología constituida por *El lazo de púrpura*, *El hombre de Damasco*, *El denario de plata*, *La furia y el César* y *Las columnas de fuego*—y la otra serie en curso de tema babilónico que tiene ya los títulos de *Semiramis* y *Sol de Babilonia*. No hay nada gratuito ni evasivo en estas realizaciones de copiosa y succulenta factura. Las nuevas aportaciones de la historia, el mismo desarrollo novelesco con que grandes historiadores y arqueólogos han contado sus hallazgos en los rastros de las remotas civilizaciones, la moderna crítica histórica le han decidido a afrontar con rigor básico el vivir de aquellos pueblos en acabadas encarnaciones humanas que nos muestran, de una parte, lo que es idéntico en los hechos de los hombres de todos los tiempos y lo que es radicalmente diferente: diríase que por un lado el positivismo y la metodología marxista verifican la proyección y por otro la visión cristiana pone de manifiesto el contraste de la realidad paulina del «hombre nuevo» de la conciencia cristiana, con un realismo—a veces de vivacidad y proximidad de reportaje periodístico—impresionantes.

EL POLIPRAXICO JUAN ANTONIO CABEZAS

También emigrante en su juventud. También vanguardista en su momento, periodista, biógrafo, ensayista y novelista, es Juan Antonio Cabezas uno de los escritores de más acusada personalidad. Seguramente que en él todo deriva del periodismo como ejercicio enteramente profesional y como fuente inagotable de curio-



José Luis Martín Vigil

sidad y de experiencia, como imperativo de inmediata comunicabilidad. Roza las inquietudes vanguardistas—que coinciden con su periodo álgido de inquietudes ideológicas—sus primeras novelas, publicadas en los años treinta, *Perfiles de almas* y *Señorita 03*: el mundo del cine y de la trepidación urbana moderna. Su misma biografía de Clarín, que es ya una pieza clásica. Además de éstas ha publicado *Héroes de paz*, *La ilusión humana*, *Dos corazones con ruedas*, *La montaña rebelde* (premio «Gabriel Miró»), *La máscara del alma* (premio «Pedro Antonio de Alarcón») y últimamente *La casa sin cimientos* (premio «Antonio de Viana»). Quizá ninguna de ellas puedan figurar entre las primeras, las más significativas de nuestra novelística actual. Pero no solamente no pueden ser ignoradas en la parte más lograda del contexto histórico y crítico de ellas: en mi opinión diría que *La montaña rebelde* y *La casa sin cimientos* pertenecen a los mejores hallazgos dentro de la corriente, que no llega camino de agotarse, de la narración tradicional.

La montaña rebelde tiene la robustez de un crecimiento poético alimentado con las raíces

de su tierra asturiana, el idílico y hasta elegiaco sabor de canto a esa comunidad humana diferente de los «vaqueiros de alzada», que como los agotes pirenaicos, los maragatos leoneses, los pasiegos santanderinos, los chuetas mallorquines han cautivado la atención de historiadores, etnólogos, sociólogos y escritores. Juan Antonio Cabezas se ha adentrado profundamente en el alma de esas gentes sobre cuya remota concepción del mundo y de la vida ha resbalado buena parte de la historia.

La casa sin cimientos pertenece a una experiencia periodística, la del mundo de las barracas de feria, elaborada con la atracción barojiana por los seres de la aventura y con madrileñismo galdosiano, con una ternura y una minuciosidad exquisitas.

EL STAJANOVISMO DE UN NOVELISTA SOCIAL: EL P. MARTIN VIGIL

Pocos novelistas españoles de hoy son tan leídos como Martín Vigil. Un «nuevo cura» que se ha propuesto novelar todos los temas de la «mala conciencia» social y religiosa de nuestro tiempo. Dotado de una facilidad, que pudiéramos llamar periodística, lanza sin parar títulos y más títulos de hiriente perfil polémico sobre los casos de conciencia que se plantean en la educación, el matrimonio, el estado sacerdotal, la medicina, el chabolismo, los «quinquis»... Sermones novelados de áspera diatriba y requisitoria social, ejemplos palpitantes y acusadores. He expresado más de una vez el temor de que pueda resultar un Corín Tellado de lo social, cuando justamente su intención es lo contrario; cuando esa novelista rosa utiliza los tópicos del conformismo y él los de todo lo contrario.

Le salva, sin duda alguna, esa facilidad de



Dolores Medio

animación, ese traslado vivo de personajes reales o su eficacia inmediata para elevarlos con suficiente entidad humana. Le pierde en parte su demasíadamente acusada intencionalidad polémica que «desnoveliza» y hasta «desrealiza»—por falta de una más ancha porosidad—lo que sin duda es sustancia novelística y lo que es realidad misma. La novela procede de la impureza y maleabilidad humana. No se aviene fácilmente con el sermón y la doctrina. Y, sin embargo, Martín Vigil, en todos sus títulos—pongamos sólo unos cuantos: *La vida sale al encuentro*, *Una chabola en Bilbao*, *Cierto olor a podrido*, *Alguien debe morir*, *La sociedad contra Miguel Jalón*, *Los curas comunistas*...—es novelista. Esperemos.

UN BAROJIANO: PEDRO ALVAREZ

Dos Pedro Alvarez dio la novelística de los años primeros de la posguerra: Uno zamorano y valleinclaniano, y otro barojiano y astur. Este es Pedro Alvarez Fernández, nacido en Oviedo en 1914, aunque vive desde niño en Madrid.

Cuando en 1946 todos poníamos anhelo y esperanza en una nueva promoción novelística apreció su *La paradójica vida de Zarraustre*, y ello potenció singularmente su llegada a las letras, que después se ha sostenido en segundo discreto lugar. Tenía de Baroja ese amor por los personajes atrabiliarios y absurdos y un también barojiano desprecio por la gramática; pero ocurría con Baroja que este desprecio no llegaba nunca a la impropiedad, sino que constituía un camino propio de naturalidad expresiva. Eugenio de Nora niega por esto a Pedro Álvarez «el grado mínimo de corrección exigible». No está exento, sin embargo, de dotes de narrador que podía haber enfilado con una autocrítica mayor, pues sabe observar, y tanto en lo costumbrístico como en lo social, como en lo pintoresco, ofrece tipos y situaciones interesantes—*Los desheredados*, *La espera*—en el conjunto de sus novelas de empleados, de especuladores en la Banca o en la Construcción, etc. Fue esperanza—como también su homónimo—, por el contrario, tan cuidadoso de la palabra y el estilo—que se ha frustrado en el camino y que con un poco de exigencia podría todavía volver a él y no quedarse de novelista barojiano en personaje—como novelista, se entiende— de Baroja.

DOLORES MEDIO, CON Y DESPUES DEL PREMIO NADAL

Los defectos que puedan ser achacados a los grandes premios literarios, se compensan en ancha medida con el descubrimiento, lanzamiento y base de compromiso de un novelista. Sin el premio Nadal, probablemente Dolores Medio hubiera continuado de maestría rural, o de maestra y periodista en la urbe, a la es-

pero también el depósito de gangas, pretensiones, de arrastres e influencias nocivas o mal digeridas, de intuiciones no depuradas que, afortunadamente, no pasaron ya más a sus otros libros más responsable y serenamente trabajados.

En sus novelas cortas *Patio de luces* y *Mañana*, que siguen al resonante éxito del premio, ya no hay lirismos ni evocaciones nebulosas, sino esa desnudez y esencialidad de su contemplación certera de un mundo doloroso, resignado, con pequeñas alegrías y pequeñas tragedias de los seres aplastados en la vulgaridad y el vuelo corto por la impecunia y las alienaciones sociales, que dará a Dolores Medio un éxito más consistente, un puesto seguro en la delantera de nuestra novelística con *Funcionario público*. Línea que se ha de seguir en *El pez sigue flotando* y en su última novela *Bibiana*, que inicia la trilogía de expresivo y revelador título, como es *Los que vamos a pie*. Narrativa que se ha llamado «social», mas este nombre solamente le conviene por la denuncia resultante, no por una determinación polémica de cualesquiera presupuestos ideológicos que la autora puede tener, pero que no aparecen deformadoramente; el único presupuesto visible es el del amor, la piedad—y una esperanza profunda de redención por los valores escondidos en ese mismo mundo—, para sus criaturas que protagonizan valerosa o tímidamente la continuidad de la vida en la vulgaridad.

Fuera de esta línea, y enlazada con el autobiografismo idealista de *Nosotros los Rivero*, está *Diario de una maestra*. Pero sin nebulosas, con una técnica rigurosa y eficaz, con una voluntad de testimonio histórico y social encarnado en una criatura humana tan llena de vocación e ilusiones como de heridas y frus-

UN PREMIO PLANETA: MARTA PORTAL

En la noche barcelonesa del fallo del premio «Planeta» di a una señora que se hallaba en la cena con su esposo y unos amigos la noticia definitiva del resultado, que yo había obtenido antes de que los altavoces pudieran comunicarlo al público. «Es usted Premio Planeta». La novela se titulaba *A tientas y a ciegas*. Una novela escrita con viveza y frescura, pero realizada con muchos elementos convencionales en torno a la esterilidad, el adulterio y la salvación. Se vendió como rosquillas.

Pero esta asturiana residente en Mallorca se dio cuenta en seguida de que un triunfo así, con una novela así podía incorporarla a la serie de novelistas de una sola primera novela o en una línea de producción y consumística de novela menor. Y se puso a trabajar como lo hacen los asturianos que se ponen a trabajar. Con entera dedicación. Y cuidó el lenguaje y la observación y la técnica. Y en seguida apareció *El mal muerto*, dos relatos elaborados sobre la meditación de dos noticias de periódico. No daban todavía para mucho ni los temas ni la urgencia de publicar. Pero el avance era decisivo. La objetivación, conseguida; el lenguaje, notablemente enriquecido. Y sin más descanso, otra novela larga: *Al ras de las sombras*. ¡Qué lejos ya lo de andar «a tientas y a ciegas»! Construcción rigurosa, observación meditada, ausencia de convencionalismos. No ya el «caso» resuelto con más o menos garbo y originalidad, sino el enfoque medido de un bullir vital en el mundo de los veraneantes extranjeros y sus relaciones entre sí y con los paisanos: el idilio de un imposible amor de dulce nativa con un protagonista desafortunado, a la deriva; mayor crecimiento y precisión todavía en el lenguaje.



Marta Portal



Angeles Villarta



Manuel Arce

pera de nuevas oportunidades, trabajando en el semanario *Domingo*, una vez que su novela corta *Nina* recibió el premio «Concha Espina». Pero el «Nadal» de 1952 con *Nosotros los Rivero* fue decisivo. Ya se habían confirmado otros nombres aparecidos con el mismo premio, y en esta novela se cifraba la segura promesa de uno más. Aunque una revisión crítica, como de casi todas las novelas de los premios, ha reducido después considerablemente su importancia, hace indudable la presencia de una escritora dispuesta a sacar a sus experiencias y peripecias toda la sustancia narrativa. Como señalaba Valbuena Prat, hay en ella dulzura y patetismo, equilibrio entre lo poético evocador y lo realista, «tiene la amenidad y el interés de la verdadera novela de acción, y una serie de recodos y apoyos donde pararse a meditar en actitud lírica». Yo diría que esta novela es a las posteriores—con alguna de ellas, como *Diario de una maestra*, estrechamente relacionada—lo que *La sombra del ciprés...*, de Delibes, es al novelista que hoy conocemos: el anuncio de un narrador poderoso

tración. Durante todo este proceso de novelas largas y cortas, de cuentos y narraciones breves, la prosa de Dolores Medio ha llegado a ser un instrumento perfectamente dominado por su mano para la eficacia expresiva, descriptiva, de directa comunicación. Este instrumento ha sido aplicado últimamente a la biografía, y con él Isabel II y su tiempo han quedado fijados en unos sencillos rasgos donde palpita la humanidad de la reina, prisionera de los errores, las ambiciones, las luchas políticas, los defectos institucionales.

Dolores Medio trabaja con un lenguaje muy sencillo y directo, con sabor popular y también el de la corrección de las clases medias cultas en el que se depura y fijan, camino de la Real Academia, los localismos rurales y los neologismos o nuevas aplicaciones de vocablos antiguos de origen libresco, técnico o viajero. A menudo su asturianismo desborda y pone en boca de personajes que no proceden de Asturias modismos que ella emplea en su conversación que no ha llegado a perder la huella del bable.

Un novelista moderno. Según mis noticias, ahora Marta Portal se va a las Américas en busca de horizontes. Bien. Levantemos con la mejor esperanza un pañuelo impregnado de esencias asturianas en su despedida.

UNA «XANA» PROFETIZO A ANGELES VILLARTA QUE ESCRIBIRIA EN LOS PERIODICOS

Nos cuenta ella en un delicioso libro sobre Asturias que en su infancia belmontina una «xana» le aseguró que escribiría en los papeles. Con esta profecía a cuestas llegó a Madrid y procuró que se cumpliera en seguida. Quizá sea Angeles Villarta el escritor asturiano a quien más se nota la asturianidad. Pero también el periodismo. En realidad sus novelas son reportajes que llegan a novelas por su intensidad: *Mi vida en el manicomio*, que obtuvo de una convivencia con los enajenados del manicomio de Oviedo: *Mi vida en la basura*, con

sus andanzas entre las basureras de Madrid; *Ahora que soy estraperlista*, buen testimonio de aquellos años españoles. Y cuando es narración pura, como su *La mujer fea* (premio «Fémina»), es la periodista que está allí, que está donde la novela que ella misma ha imaginado y nos la cuenta y describe. Prosa fresca, desenfadado y amor por todos los personajes, reales o inventados.

Otra «xana» debiera decirle que se entregara más de veras a la novela.

MANUEL ARCE: UN ASTURIANO DE SANTANDER

Lo mismo que Victoriano Cremer es burgalés, pero del León, donde reside, así es asturiano en su Santander Manuel Arce. Ninguno de los dos esconden ni olvidan el origen.

Manuel Arce pertenece a las primeras promociones de poetas surgidos en la posguerra. Hoy es fundamentalmente novelista que batalla por obtener una significación que rebasa la buena estimación que a sus libros otorga la crítica por su estilo sensibilizado en la poesía y en el arte y por sus preocupaciones actuales. Con *Testamento en la montaña*, que ganó el premio santanderino «Concha Espina», llamó en seguida la mejor atención. Un episodio de bandoleros en nuestra posguerra, localizado en la montaña asturiana de su infancia que lleva en su peripecia—aguardar un rescate—preocupaciones de la problemática existencial—la espera, la esperanza, la libertad—realizado con gran fuerza poética y cuidada técnica expositiva. No conozco sus relatos anteriores. Vino después *Pintando en el vacío*, escrita con amor y comprensión para las preocupaciones, diálogos, hallazgos y frustraciones

ASTURIANOS EN ASTURIAS: VAZQUEZ-PRADA, ALPERI Y CASTAÑÓN

Ricardo Vázquez-Prada es periodista, director de *La Voz de Asturias*, muy caracterizado por su polémica franqueza. Ha verificado dos incursiones en la novela rodeadas de un éxito local, sin duda alguna por el interés local del tema y la admiración regional al autor. La primera fue una novela de nuestra guerra—con antecedentes y consiguientes—, que apunta con viveza y pasión una documentación e interpretación interesantes al tema y que se titula *Dios va con ellos*. La segunda es *Ambrosio*, a través de la cual Ricardo Vázquez-Prada canta la tierra y los hombres en la figura del pastorcillo que sabe sobreponerse con energía y generosa espiritualidad a las sordideces del ambiente y las penosas circunstancias en que hubo de nacer y crecer.

Víctor Alperi pertenece a esa nueva oleada de novelistas asturianos de la que hablaré después y que está alcanzando en la dura carrera del finalismo y de los premios la más alta estimación. Después de algunas narraciones juveniles publicó, en colaboración con Juan Mollá las novelas *Sueño de sombra*, *Agua india* y *Cristo habló en la montaña*, que impusieron los nombres de ambos escritores, hoy cada uno por su camino, en nuestro mundo editorial: Mollá en un realismo sociológico y el asturiano en un realismo poético, en un transrealismo de ensoñación y de esperanza, de lucha entre las imposiciones temporales y los valores y derechos eternos de lo humano. Con *Dentro del río*—el río parmenidiano, pero continuo—está la Asturias eterna, simbolizan-

MANOLIN PILARES

Manuel Pilares siempre está en *El andén* de su novela corta premiada en uno de primeros «Café Gijón». Viendo pasar todos los trenes, interesándose por todos, de las corrientes y modas literarias, del acontecer, de amigos y de enemigos, cuyas impresiones recoge en un diario del que sólo algunos fragmentos publicara en el semanario *Juventud*. Fue de los primeros en instalarse en la pecera del café Gijón, de la vida literaria madrileña en la posguerra, tan lleno de suficiencias como de comprensiones, de cordialidad y de amistad como de crueles caricaturas. Poeta de la mina y de la rebeldía social podía haber nutrido y mejorado la canción protesta en boga. Pero ni en su literatura ni en su talante está servir a ningún propósito ajeno. En su obra narrativa hay muchos cuentos y novelas cortas publicados en revistas, y ese volumen *Cuentos de la buena y de la mala pipa*, donde recuerdos y situaciones sociales, bélicas, de pesca, de caza, de vivir y beber en su Asturias y otros lugares de España, se reflejan con una áspera ternura, una ironía trágica y un lírico humor.

Escribir los destajos del cine y gastar su prosa en la conversación—amén del periodismo—le han impedido realizar o publicar hasta la fecha una obra narrativa, a la que creemos tener derecho cuantos conocemos los registros, las dotes y las muestras de su personalidad de narrador.

NOVELISTAS INCIDENTALES

Por los finales de los años cincuenta desapareció de España José Luis Castañón, que había publicado un diario de guerra y una novela de recuerdos de la División Azul titulada *Moletu-Bolevá*, de prosa áspera y vital. Conste



Manuel Pilares



José María Jove



Julián Ayesta

de las juventudes atraídas por el arte en nuestro tiempo. Con una tercera, *Oficio de muchachos*, entra en esa mina rica, exploración social que es el mundo promiscuo—promiscuidad social, internacional, sexual—de las playas, que tanto viene interesando a novelistas españoles y extranjeros. Recientemente ha publicado *Anzuelos para la lubina*, influido sin duda por la visión del amor-hastío y pausexualismo de su amigo Alberto Moravia; diálogo-confesión entre una viuda y una muchacha en trance de suicidio, a través del cual surge, en la primera, una turbia pasión por la joven abandonada, una turbia pasión por el tema de la esperanza sentida como Leonardo Argensola dijera: como «fasificadora de moneda».

Con estar Manuel Arce—en estilo, técnica y elección de temas—muy por encima de una mayoría de cultivadores con éxito de la novela en España, su propia exigencia y lo que de sus condiciones exigimos, le tienen reducido a segundo término de espera en el que permanecerá hasta que una novela de impacto le sitúe en un puesto delantero revalorizando a la vez lo que lleva hecho.

do al hombre universal, concretándole en el clima, las circunstancias, los problemas de una familia asturiana. En *La batalla de aquel general*, la superposición de planos, de tiempos y lugares, el realismo casi asfixiante, proustiano, del pormenor, nos llevan a enlazar vivamente sombras y recuerdos lejanos con obsesiones y vulgares problemas de hoy

Digo de Víctor Alperi lo que he dicho de Arce: que está por encima de muchos y que un impacto sonoro le situará con lo que lleva hecho en el lugar merecido. La lejanía de la provincia—y otras lejanías del tráfigo propagandístico—imponen estas dilaciones.

De Luciano Castañón no sé sino por una novela publicada en 1962, *Los días como pájaros*: el fluir provinciano al hilo de las peripecias futbolísticas. (También el fútbol ocupa buena parte de otra novela asturiana, *Mientras llueve en la tierra*, de José María Jove.) Esperemos el futuro de este joven escritor que aquí se manifiesta con soltura, con emoción y melancolía.

aquí su recuerdo, porque no puede faltar de un cuadro asturiano quien escribió novelas de alguna calidad y valor. No sé si ha vuelto a publicar más.

De gran interés fue otro novelista que abandonó: José María Jove. En 1950 publicó *Un tal Suárez*; tres años más tarde, *Mientras llueve en la tierra*. Ambas, de la provincia. En la dos, el choque entre lo gris cotidiano y lo exótico. El aventurero, culto y prepotente Suárez no podía por menos de triunfar sobre el desmedrado y vulgar médico casado con mujer joven y hermosa. Esto es lo convencional; pero Jove sabe narrar y deslizar con morosidades su relato. Considerablemente avanza en *Mientras llueve en la tierra*. No hay convencionalismo alguno: el amor entre el profesor deportista y la extranjera largamente avencindada en la ciudad, aunque sea un pretexto, tiene naturalidad. Pero en realidad el verdadero exotismo no está en estos amores, sino en el discurrir de un joven y un viejo profesor entre los medios culturales de la ciudad, mientras llueven los días brumosos y se discute de fútbol y ocurren otros episodios, uno dramático, del suceder local. En

este libro Jove—como tiene personajes que lo permiten—muestra sus preocupaciones estilísticas e incluso roza un cambio, una asimilación de nuevas técnicas narrativas.

En ambas novelas aparecen nombres y frases de escritores extranjeros leídos por los años cuarenta, y antes, entre los que salen Hansunt, que no merece el ostracismo de hoy, y Mauricio Baring, entonces muy traducido aquí, y que ya nadie recuerda.

La breve novelística de Jove es una muestra ejemplar de una lucha esforzada por abrir horizontes en nuestra narrativa a través de aquellos años casi silenciosos, pero fervientes y anhelantes, de la posguerra. Breve, pero importante fue la incursión en la narrativa del diplomático Julián Ayesta, con *Helena o el mar del verano*, que se publicó en 1952, con una bella reedición años más tarde. ¿Por qué no ha vuelto este escritor, que en unas pocas páginas demostró tal poderío y seguridad? *Helena* es una proustiana, intencionada, directa búsqueda del tiempo perdido, en el mar asturiano de la infancia; un poema inefable de amor, del tránsito de la pubertad, en el que se funde el propio estallido de la naturaleza con la primera comunión con las especies escolares de la literatura. El hallazgo de la soledad, al cabo, tras el mordisco del amor y del arte, tras la crónica de un tiempo y de una sociedad en que se esperaba la llegada a Gijón del Príncipe de Asturias... Desde 1952 a hoy vaga en nuestra narrativa el fantasma de este nombre tan prometedor que nadie olvida incluir en la historia literaria de estos años, lamentando que no se haya materializado definitivamente en ella.

Nos hemos quedado sin la novela anunciada de Carlos Luis Álvarez—un capítulo apareció, si mal no recuerdo, en *Punta Europa*—que sin

batalla desde Mieres, en los ruedos centrales ganan trofeos, crítica y popularidad Héctor Vázquez Azpiri, Mauro Muñoz y Juan José Plans.

HECTOR VAZQUEZ AZPIRI

Con *Vibora*—que no recuerdo—, *La arrancada*, que es un emocionante relato de la pesca en Asturias, y con su biografía—que es una creación narrativa de *El cura Merino* (el regicida), Héctor Vázquez Azpiri, finalista de concursos, editado en prestigiosas colecciones, venía figurando en los pasados años dentro de los novelistas jóvenes más valiosos. Ahora con el premio «Alfaguara», por *Fauna*, le ha llegado el momento comprometido del espaldarazo.

Fauna pertenece al tipo de las novelas «anti» en que hoy están triunfando los escritores hispanoamericanos, donde pulverizan las anécdotas, las líneas del argumento tradicional, las ordenadas peripecias. Larga es ya esta carrera, cuyo desenvolvimiento en el mundo ha preocupado a críticos y lectores: al propio teórico marxista Lukacs no acaba de hacerle mucha gracia, por múltiples que sean las alusiones sociales, esta destipificación y ausencia de estructura lógica. Tanto en Vázquez Azpiri como en los hispanoamericanos Fuentes o Cortázar, lo principal del relato está en lo que el lenguaje logre extraer de absurdo, desconcertante, vital, misterioso o degradado del comportamiento, el monólogo, la disparada confesión surrealista de los realísimos, humanos—y demasiado humanos—personajes. Un «puzzle» vibrante y palabrero—lírico, procaz, deshumanizado en apariencia—por el que como en el más frío y geométrico «nouveau roman» francés, sea el lector quien construya la novela. Tan abundantes e indicativos son los rasgos que Vázquez Azpiri

protagonistas. En la novela, como lo es *La huelga*, constituyendo una crónica que integra todos estos rasgos individuales en la descripción de un hecho que afecta a todos de manera diferente y unívoca a la vez. Con un planteamiento ni tópico ni esgrimido con deformaciones propagandísticas, sino inserto por sí mismo—una huelga históricamente reconocible en la cuenca minera de Asturias— en la historia de la lucha social, aunque claramente anacrónico contemplado en totalidad de sus implicaciones.

Mauro Muñoz escribe por imperativos ineludibles de su tiempo, sus experiencias, sus cavilaciones y el hallazgo—feliz y doloroso—de sus propias dotes desde el día que vio publicado su primer cuento.

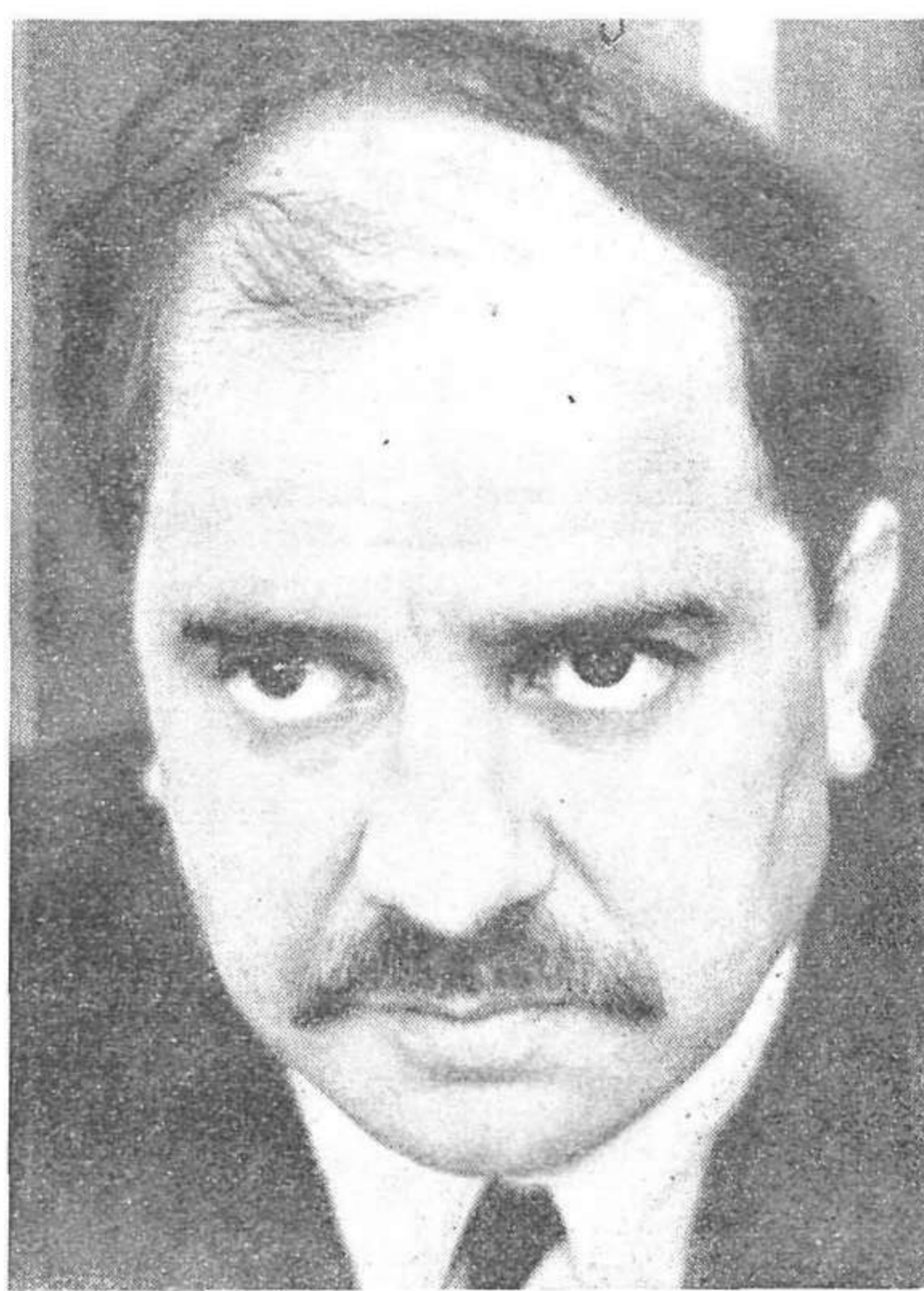
JUAN JOSE PLANS

El último llegado, Juan José Plans, que tiene veinticinco años, madurando por días en el cuento que escribe cada semana. Después de su primer intento, para mi fallido, pero experimentalmente interesante de su biografía teatral de Casona, se ha dado a conocer como autor de muchos relatos fantásticos y de ciencia ficción. No aludo a estos últimos—género en el cual es además un tratadista—, por mi escasa información en la materia. Me limito a nombrarlos, pues con dos libros de ellos ha obtenido el Primer Premio Nacional de Relatos de Ciencia-ficción y el del Ateneo Jovellanos de Gijón para novela corta: *El retorno y La gran coronación*, respectivamente.

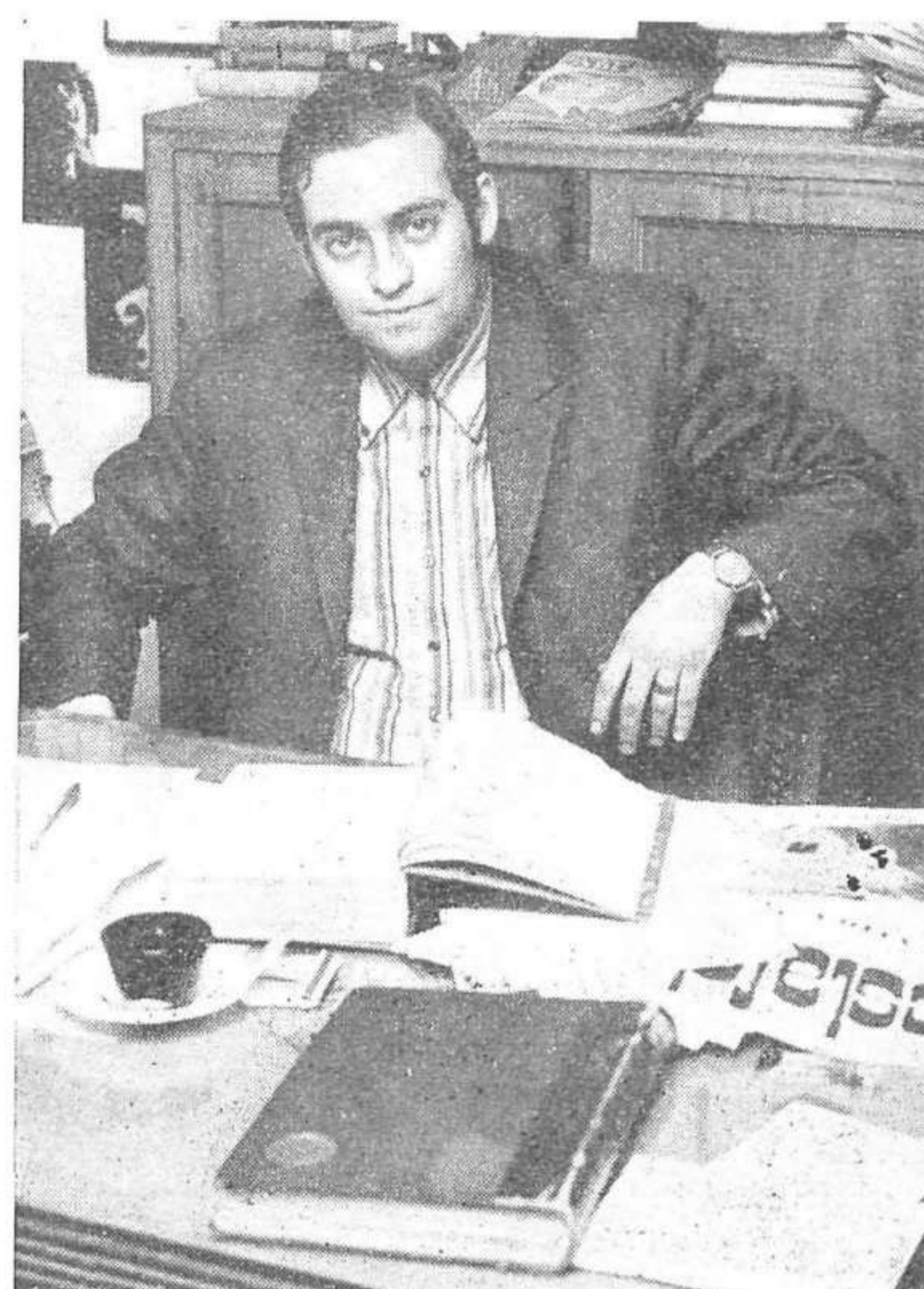
Hablo de *Las langostas*. A más de Alvaro Cunqueiro, que vive galaicamente dentro de las estructuras de la tradición mágica, de Juan Perucho, que acude al mundo mágico a través de la historia, de la cultura y el arte, del transe siempre alucinado de Francisco Alemán que



Héctor Vázquez Azpín



Mauro Muñoz



Juan José Plans

duda sería de gran interés. La personalidad de Carlos Luis Álvarez como articulista y ensayista tuvo su correlación en tiempo en la narrativa con cuentos que merecieron la más alta estimación. Retirado momentáneamente del artículo tras su brillantísima etapa en *ABC* con el archiconocido y aireado seudónimo de «Cándido», ¿volverá Carlos Luis a la novela, a aquella novela, a otras narraciones que revelen sus preocupaciones tan hondas y lacerantes, tan referidas a las contradicciones de nuestro tiempo, tan radicadas en el inconformismo?

También entre los incidentales es preciso mencionar a Pablo Villamar, atraído especialmente por el teatro, que ha publicado dos ágiles novelas de humor: *Una mujer psch...* corriente y *El acomodador*.

LA NUEVA OLEADA

No lleva camino de agotarse ni mucho menos el triunfo de novelistas asturianos en la narrativa nacional. Además del mentado Alperi, que

deja en los exabruptos de su protagonista narrador, que no es difícil—si uno no se asusta de entrada—armar el problema.

MAURO MUÑIZ

Mauro Muñoz no había publicado hasta ahora novela alguna. Acaba de ser editada, por ganar el premio «Elisenda de Montcada», su novela *La huelga*. Antes había publicado en revistas muchos cuentos, parte de los cuales han sido recogidos en un libro, *La paga*, título del cuento que mereció el premio «Sésamo». Mauro Muñoz, lo mismo que otro coetáneo suyo, Daniel Sueiro, no ha tenido demasiada preocupación por la creación de tipos psicológicamente acabados, sino por la obtención de rasgos escuetos y realistas capaces de revelar, al tiempo, una situación social representativa y simbólicamente humana según el caso puramente personal; en Sueiro, con amarga ironía; en Mauro Muñoz, con velada ternura. Cada cuento, un manojo de estos rasgos en uno o varios

vive siempre en «la otra literatura», otros escritores más jóvenes, como Pedro Sánchez Paredes van llenando este hueco en las letras modernas españolas. Ahora se incorpora Juan José Plans, quien se produce en dos vertientes: una en la que la realidad se ve asaltada por un suceso misterioso que guarda ignorado, inhallable simbolismo—cuentos como *La mancha*—, otros como el que da título al libro, sin conexión alguna con la realidad. También los hay que es difícil separar ambos planos y a menudo se introducen como reportero o como testigo el propio autor. No sería difícil hallarlos en autores extranjeros—desde Poe a Ionesco y Borges—quizá creyendo como este último que todas las historias fantásticas son igualmente válidas, que todas las otras explicaciones del mundo, porque ninguna es cierta: la realidad del mundo es inaprehensible.

La creación, la entrega de Plans a sus fantasías, auguran un escritor poderoso en este campo, dentro del cual se mueve con toda naturalidad y que ya se anuncia en la perfección de algunos de estos cuentos.

Variaciones sobre la POESIA VIVA ASTURIANA

Por LUIS JIMENEZ MARTOS

SI hay que ir a la montaña, mejor es que vayamos cuanto antes. Ahora la montaña se llama Asturias y me encargan que suba figuradamente a ella para —cosa muy natural— hacer un oteo sobre sus poetas vivos. ¿Cómo se ve la poesía desde allí? Esa es la cuestión, aunque, en este caso, no la antecede ninguna disyuntiva; tal vez algunas dudas... Intentaré ver, ya digo, poetas asturianos hayan o no escrito sobre su tierra. Bastará con que tengan localizada en la misma su partida de nacimiento. Intentaré ser una vez más panorámico, pero libre de detenerme en donde o en quienes crea que se impone dejar quieta la pupila.

Ligero de equipaje —como dijo Luciano de Samosata y glosó Antonio Machado— vamos para arriba.

CAMIN, UN MODERNISTA DEL MIL OCHOCIENTOS

En 1890, en La Peñuca de Gijón, vino a este mundo, un doce de agosto, Alfonso Camín, que, en 1967, volvió como a nacer al regresar de América luego de vivir muchos años en el continente de las emigraciones. Camín hizo la América no al modo de los que después, con buena suerte, se llaman indianos, sino al de un poeta buen sentidor al que nunca podría olvidársele el perfume de las manzanas.

La asturianeidad de este gijonés jamás fue transitoria, y todas las razones para demostrarlo son corazonales. El paisaje nativo se le impuso tempranamente, sin limitarlo a la naturaleza descriptiva. Cabe comparar el soneto *Occidente asturiano* y el poema *Las dos Asturias*. En los endecasílabos, lo físico se lleva la palma: *Doiras, la luz que en saltos de agua llega; / el Navia azul que de Galicia viene, / vuelve a Galicia y cuando le conviene, / retorna a Asturias y a la mar se entrega.*

A la hora de escribir en alejandrinos, canta esos dos rostros advertidos en su región: *La Asturias de los valles que mueven los molinos, / la que por mar y tierra se sabe abrir caminos, / y nunca olvida el cielo que baja hasta el Enol; / la Asturias de aquel mozo que marcha de emigrante / que opone al descabro sus músculos de Atlante / y lleva por el mundo su nombre de español.*

Esto mismo ¿no es lo que le ha ocurrido al poeta? ¿No conviven en él un practicante del modernismo —mundo ancho y vivido— y un terruñero desde cerca o a distancia? En la poesía de Camín se nota un suelo familiar y una tristeza por el desarraigo: *Padre, somos dos robles, pero mira mi fronda, / ya desgajada por las tempestades.*

Al volver, Alfonso Camín puso en paz las dos Asturias de sus ansias y dio enlace, con su nombre patricio, a los demás asturianos que brezan la poesía.

DE LA MISMA FAMILIA

Nacido en 1891, Valentín Andrés Álvarez tiene ese toque de inquietud que corresponde a la gente de más allá de Covadonga, con tradición milenaria de iniciadores, de rebelados. Así se comportó Valentín Andrés Álvarez al estrenar *Tarari* y publicar la novela *Sentimental dancing*, ya clásicas en relación con una entonces escandalosa ruptura con lo viejo.



Alfonso Camín



José García Nieto

Sin embargo, en poesía prefirió siempre ser tradicional por la vía modernista propia de su tiempo. *Reflejos* fue libro de juventud, muy vivo en un sentimentalismo de voluntaria ingenuidad. Salvo en algunas composiciones aisladas, no ha insistido Álvarez en intentos poéticos, sorbido sin duda por la cátedra, el ensayismo, la actividad académica del que un día fuera proclamado en París presidente de los dadaístas.

Siguiendo la bien segura pista de cuanto se adscribió —ahora sabemos que exageradamente— al nombre de Rubén, encontramos a poetas como Joaquín A. Bonet, gijonense de 1891, entusiasta de la tierra suya: *Asturias tiene abiertas las amadas entrañas; / y los hombres persiguen lo que en ellas encierra; / porque sus corazones dentro de las montañas, / vibran junto al inmenso corazón de la tierra;* a Casimiro Cienfuegos, de Cadavedo (Luarca); Marianela F. Martínez Corbalán y Pedro G.

Arias, que dice largamente de Oviedo y otros motivos regionales y es autor de una *Antología de poetas asturianos*, editada en 1963, de cuya extraordinaria utilidad y oportunidad de aparición sabrá todo aquel que se acerque a la poesía astur, empezando por el que firma.

EN ESTE SIGLO

No es nada extraño que en la biografía de los poetas de Asturias durante este siglo se lea: *Emigró a...* O le emigraron. Las facilidades actuales para cambiar de sitio han de acursarse. Pero esta circunstancia sirve, por contraste, al aumento del tema natal que apenas si encuentra equilibrio en otros, aunque los hay por supuesto.

El primer nombre que se nos ofrece de entre los nacidos a partir de 1900 es Secundino Díaz Jardón. Maldice de su siglo y no quiere ser cómplice de los crímenes tantos ni se priva de expresar su desconcierto. Es la veta agnóstica, de alguna raigambre geográfico-espiritual, menos frecuente que esa otra formada de fe y sencillez domésticas, recogida en el contorno más próximo; así, Jaime Masaveu, al hacer poema la muerte de sus padres y un poco más allá de las fiestas locales.

El arraigo y el desarraigo —dicho en terminología dámasoalonsina— alterna sus tirones lo mismo que el asturiano alterna la atracción por la tierra y la atracción por el mar. Al lado del terrible poema de Alicia Garcitoral que concluye *Morirás en Exilio... moriremos*, qué fuerte lanza hacia adelante el canto marino de José María Uncal, muy a lo grandioso, poniendo en sus versos la figura del pirata, y la asimismo vocación marinera de Miguel María Victorero —emigrante a Argentina por cierto—, quien confiesa: *4.400 singladuras: / (lo mejor de mi vida) / dado al mar: / ¡y aun la vista perdida / en un claro remanso de ternuras / al que nunca mi nave arribará!*, y la bella balada de Luis Amado Blanco, de igual quinta que Alejandro Casona, que tanto tuvo de poeta. En Amado Blanco, con solitario libro editado en 1928, se marca la inclinación hacia una poesía camino del popularismo fuertemente promocionada por Juan Ramón Jiménez y sus seguidores, Lorca y Alberti.

Lógicamente, en la poesía asturiana entró por entonces un soplo nuevo, y con ese soplo nuevo el ensombrecimiento de la anécdota costumbrista y de la anécdota en general, por ejemplo en Joaquín Gómez Bas, hoy en Buenos Aires, pero sin llegar a desaparecer. Porque a Sabino Alonso Fueyo, Concha Suárez de Otero, Néstor Astur Fernández —*Mar de niebla* es un poema de consideración—; Celso Amieba y Aureliano Ferreras se les trasparece, aunque algunos de ellos sean más bien poetas circunstanciales, esa humedad de alma, fiel a la geopoética. Y en Dolores Medio, la novelista Premio Nadal, asoma el humor negro de cuya presencia nunca vale extrañarse.

Debo detenerme en J. E. Casariego, que ejemplifica en su obra poética el impulso terrestre-marítimo; el primero, a golpes de sonetos, como el glosador de la Oviedo de *Clarín* y *La Regenta*; el segundo, al evocar los tiempos fabulosos de la mar, romanceando con ese aire que le aproxima a los Castroviejo, Cunqueiro, etc., a todos los que juntan océano y pasado.

Pero también se da el poeta amigo de los ríos: Juan Manuel Vega Pico, entusiasta de Lorca, gustoso de las giraldillas y las baladillas, Sur en el Norte.

GARCIA NIETO, PATETISMO Y ELEGANCIA

Como en 1914 comenzó en realidad y para tantos efectos nuestro siglo, resulta que el ovetense José García Nieto, nacido ese año, es el primer y considerable poeta asturiano de la centuria veinte. Vive en Asturias durante poco tiempo de su infancia; se recrea—se cria, mejor—en Castilla: Soria, Toledo, Madrid. Apenas si empezada la posguerra cuando planta su palabra como vispera. Tomando en cuenta que dirigió *Garcilaso*, revista confluida, y anduvo entre los de la *Juventud creadora*, fue fácil componer su ficha para las apresuradísimas historias e historietas de la poesía contemporánea donde suelen constar ambos antecedentes—el garcilacesco y el otro—poco menos que como antecedentes penales. Son las cosas del no querer, digo yo, porque la verdad es que en la obra poética de García Nieto la proporción de *Garcilaso* es mínima y creo que no me apunto al disparate asegurando que del poeta de Toledo, al que antes de la guerra homenajearon Alberti y Miguel Hernández, hay más huella en otros y en otras que a lo peor ni siquiera publicaron en *Garcilaso* sus versos.

Es preciso partir de esta base para reconsiderar a García Nieto, incluso a la hora de su giro de ciento ochenta grados, que no sé por qué resulta sorprendente cuando es tan natural como puedan serlo otros, y por supuesto trae seguido al *Caballero de rocío*, la revista juvenil, etc.

Entre nosotros, según afirma José María Pemán, las citas salen lo mismo que las cerezas y los reyes godos. A José García Nieto, por sus libros de ahora, le nombramos tal y como si se tratase de un converso, pero ocurre que su sustancia poética de hoy estuvo siempre en él, sólo que contenida.

A este espacio ha de venir también el poeta de *Hablando solo* en función de su asturianidad, todo lo lejano que se quiera y todo lo consciente. Ni una ni otra atenúan la emoción del encuentro con sus raíces, emoción vertedera en el soneto *Lastres* (Asturias) de *Geografía es amor*, Premio Nacional de Literatura 1957: *Amor del que nací, vuelve y empieza / de nuevo donde surge la belleza / y hace jugoso todo cuanto toca. / Corazón enredado, sal si puedes, / o besa entre los hilos de estas redes / la misma sal de aquella antigua boca.*

O en *Perlora desde lejos: Te pienso aquí y te sé en la tierra mía. / Era una vez... y nadie me creería. / Pero yo te he tenido, y te he tocado / tu piel que bajo el cielo se serena, / allí Candás, como un navio anclado.*

No trato de buscarle las cosquillas a ningún regionalismo poético, pero ¿cómo no decir que en la cuerda de lo asturiano distingue el humor su sonido? Quien tenga la suerte de conocer los versos para reír y sonreír que ha escrito siempre José García Nieto podrá formarse una idea del asunto. Desde aquella décima autobiográfica firmada por *El forastero*, que empezaba: *Alto, peinado, pulido. / Centro de algo que no gira, cuando girar no le asusta como no le asusta a nadie que sea auténtico. Pero el poeta lo piensa mucho antes de darle luz a esa zona de su poesía. Yo le pedí de ella para un número de Caracola y no me entregó nada. Alguna vez, supongo, esos versos irónicos y festivos completarán debidamente la personalidad de este gran lírico de Oviedo, cuya decisiva importancia se cifra entre otras cosas en haber juntado el patetismo y la elegancia, dos sentimientos, dos actitudes que suelen ir cada una por su calle. García Nieto, aficionado a usar de la partida de cartas en su poesía, jugó las suyas del humanismo vuelto hacia Dios, del tormento limpio y sereno por la belleza, del hervor en el que no acaba de deshacerse la armonía.*

CARLOS BOUSOÑO, DEL AMOR A LA CENIZA

Poetas profesores hubo en aquel grupo colocado en el candelero del primer cuarto de nuestro siglo; poetas profesores se dan hoy sin



Carlos Bousoño



Angel González

que antes ni después deba hablarse de poesía profesoral, y no quiera Dios que exista motivo para caer en la misma. Carlos Bousoño es catedrático de la Universidad de Madrid, autor de un texto tan sólido e importante como es *Teoría de la expresión poética* y de otros sobre estilística, Aleixandre, etc. Nació en Boal en 1923; vivió en México, y allí aparecieron dos muy primerizos poemarios que no figuran en su bibliografía: *Quebrando albos* (1940) y *Clamores de cielo y tierra* (1943).

El poeta conocido arranca de *Primavera de la muerte* y llega, de momento, a *Oda en la ceniza*. También podría concretarse su trayectoria de este modo: subió al amor—*Subida al amor* se titula su segundo libro—y descendió a la ceniza. Antes, el impulso romántico; después, el impulso de reflexión. La diferencia entre elevamiento, con algo de religiosidad, y descendimiento, con algo de escepticismo, aparece marcada en los poemas de este asturiano que ha ido cobrando complejidad y espesor desde la aérea delgadez del principio. Bousoño es antianecdótico, y sería inútil buscar en él referencias geográficas, aunque algunos atribuyan a un soneto suyo sobre tema de España la virtud de haber reactualizado toda una temática: *Amor limado contra tanta losa...*

La religiosidad, decía, de Bousoño en su primera etapa se hizo mística o al menos estéticamente mística: *Dime la cueva donde te alojaste, / donde tu olor silvestre allí dejaras. / Quiriendo olerte, Dios, desesperado / voy por los valles y montañas, mientras, a lo último, la metafísica parece volverse un tanto contra sí mismo e incluso busca la nota burlesca.*

El poeta de Boal ha permanecido sin dejarse meter en las vueltas y revueltas de una poesía a la moda. Es decir, manteniendo su orilla.

EL REALISMO IRÓNICO DE ANGEL GONZALEZ

Angel González, nacido en Oviedo en 1925, es el poeta que, dentro de un orden generacional, representa a la promoción de los niños de la guerra. Tras el empujón dramático, tremendo, en que se mezclara la metafísica y el ansia de lo real, vino otra ola más tranquila, vino otra tropa poética no tan obsesa por llamar al pan pan y al vino vino, precisamente porque se hallaba dispuesta a más importantes claridades.

En Angel González, el *Aspero mundo*—así se llama su primer libro—es visto con espejo irónico y, naturalmente, sin contemplaciones sentimentales. El tambor romántico se afloja aquí por completo, y entonces la preocupación social reconvierte los elementos más directos y prosaicos en una materia llena de filos, mentales sobre todo, pero no sin dejar de ser cordiales, propicia a que el poeta la mire *sin esperanza, con convencimiento*.

En su último libro, *Tratado de urbanismo*, hace crítica de una ciudad presente, arquetipo de la que nos rodea cada día, en tanto pone el corazón al descubierto cuando recuerda su ciudad nativa en guerra, los años niños en la cercanía de la madre: *Recuerdo / bien / a mi madre. / Tenía miedo del viento; / era pequeña / de estatura, / le asustaban los truenos, / y las guerras / siempre estaba temiéndolas / de lejos.*

Como no creo que la poesía social esté acabada (dicho sea con permiso de Vicente Aleixandre), sino más bien que no ha empezado a ser de verdad entre nosotros, juzgo que Angel González es dueño de algunas de las buenas cualidades para escribirla, para crear ese tipo de poema que es cosa de ayer, de hoy y de mañana, salvando la inclinación a confundir *social* con determinados sustitutos.

HABLANDO DE LA MINA

Si la mina es realidad muy asturiana, tendrá sus usadores en la poesía. Y si los tiene; anoto varios: Luis Aurelio Álvarez Martínez de Vega dice que *La mina es un poema / y el minero / un buscador de estrofas / en las negras entrañas del subsuelo*; Alejandro Fernández Zetta da aire al estribillo *Ay, déjame volver a la mina, / a la mina amarga; dramatiza de distinto modo Augusto G. Suárez: No me despides, no, que me despidas; / me voy, te dejo con tu yermo nombre / de Sociedad Anónima y Minera.*

Manuel Pilares está atento a la poesía de los oficios y del minero: *Desde que pico en la mina, / mi madre me habla con pena, / mi novia con alegría*, Pilares, de Pola de Lena, es de los muy escasos escritores actuales con sentido del humor, sea en verso o en prosa, sin acudir a la fórmula deformadora ni a la abstracta. El autor de *Poemas mineros, Sociedad Limitada* y tantos cuentos magníficos toma del costumbrismo lo que le interesa y sabe depurarlo con el filtro infallible de la ternura.

POR DISTINTAS VEREDAS

Va mejor referirse a veredas que a caminos cuando de poesía se trata, porque aquellas se hallan libres de tráfico, favorecen la soledad y así evitan el peligro de confusión. Vayan por delante las poetisas: María de las Nieves Echevarría de Noriega—su seudónimo es *Pumarín*—, propensa al clima campesino; Concepción Anciola, tan sentimental; Angeles Villarta, nombre firme en el periodismo, de versos asturianamente hilados: *Mi casona de Asturias parece una gran nave / encallada en la arena. Como el plumón de un ave / posee la blancura de los nevados montes*; María Antonia de Ibarra, fina y temperamental a lo Juana de Ibarbourou: *¡Hoy me siento más joven que nunca! / Embriagada de aromas y frutos, / de flores y savias, / ¡he tornado a mi casa, esta tarde / en un carro de hierba tumbada!*

En el tono de Aurora de Albornoz—su primer libro, *Brazo de niebla*—cunden vigorosas preocupaciones y una delicadeza expresiva

que la sitúan en muy estimable posición entre las mujeres que escriben.

Impregnación vegetal y melancólica se advierte en la poesía de José María Jove, novelista también y crítico de arte. Tal vez sea el poeta astur actual que ha interpretado con mayor fidelidad las posibilidades lírico-paisajísticas de su tierra: *El ciervo de las playas, incendiado; / como un prado de miel y en la ribera / mi rostro de seis años reflejado. / Y aquel sonar del mar en la escollera.*

Antonio Victor—*Mortal eterno, Poemas a mi perro*—busca la profundidad, se entrega a la comezón metafísica aunque conservando acertadamente una cálida temperatura. Otro tanto le ocurre a Paulino Posada, de acento muy desesperanzado. Un romanticismo puesto al día—al día, quiero decir, de los años cuarenta—es el del catedrático José María Martínez Cachero: *¿Qué primavera desbordada, / viento feliz, el bosque habita? / ¿Qué mansa luz estremecida / cálidamente lo ilumina?*

Dentro de una corriente humanística, muy sentimentalizada, van Gustavo Adolfo Pérez: *Silencio. Tierra y sombra. / No se puede saber nada. / Absorta plenitud maravillándonos, / olorosa ternura extraña*, Felipe Neri: *Sabes que así crecemos, / que cortamos los montes como islas, / que nos hacemos niños / como siempre / en el sueño del mar*, y Amancio Pérez Cernuda: *No escondas esas manos / ni me niegues la gracia, / que si no sé pedirte con los labios / puedes leerme Tú por toda el alma.*

En la coda de esta mi visión—desde la montaña, no se olvide—dos poetas jóvenes que habitan, como otros, distantes de su terreno de origen. A Manuel Arce se le tendría por santanderino y es de San Roque de Acebal (Llanes) y a Antonio Gamoneda se le tendría por leonés y es de Oviedo. Arce dirige *La isla de los ratones*, ha publicado con éxito varias novelas, y en su poesía, melancólicamente norteña, existe una palpación misteriosa: *Iluminadamente, detrás de los cristales, / que saben la paciencia de las gentes con tedio. / Alguien mira hacia afuera sin creer lo que piensa. / Alguien tiene empañados los ojos de Misterio.*

En cuanto a Antonio Gamoneda, cabe observar, en su libro *Sublevación inmóvil*, lo intenso de un temperamento siempre cerca del dolor de los hombres y su capacidad para no desbordarse. Gamoneda clava su poesía: *Esto es un pueblo: / el color, el volumen, / la humedad de la arcilla, / levantados en orden / a la vida.* Una gran exigencia consigo mismo le impide publicar con frecuencia, pero en sus poemas dados no hace mucho en revistas, este asturiano-leonés demuestra que su faena poética anda lejos de estancarse.

MIRANDO HACIA LOS MUERTOS

Aunque el título y la intención de esta panorámica recen sólo con vivos, los muertos mandan a veces que los recordemos. Allá en su siglo XIX, Ramón de Campoamor y Vital Aza; en el XX, hasta no hace mucho, Ramón Pérez de Ayala y Alejandro Casona. Maestros los cuatro, ¿cómo ha soplado su maestría sobre los poetas posteriores?

Lo campoamoriano—entre la metafísica y el humor, entre la montaña y el valle—está ahí en la tradición poética asturiana y no asturiana a modo de una ley. (Ley festiva la de Vital Aza.) Está la Asturias campesina y mágica de Alejandro Casona a través de su teatro. No tanto, la verdad, el interesante son épico y reflexivo del Pérez de Ayala poeta, pero sí su inquietud y su ironía.

A la vista de esta relación no es preciso esforzarse en demostrar que los poetas astures de nuestro tiempo han procurado afortunadamente estar en primera fila de la poesía y, por supuesto, no limitarse a repetir lo recibido. Que esto es lo que importa en cualquier circunstancia.

CRONICA de GENTES

Por FRANCISCO UMBRAL

SERENOS Y ESCRITORES

Dice Ramón Gómez de la Serna que Quevedo es el único sereno de día que ha habido en Madrid. Los serenos—asturianos casi todos, con notable quintacolumnismo gallego—son algo así como el ángel guardián de los escritores sin sueño, de los escribas noctámbulos, noctívagos y no-cherniegos. El sereno astur es un indiano de vuelo corto que sólo llegó hasta Madrid y que aquí se ha quedado, con el chuzo embotado de nostalgia, hablando bable con los últimos trasnochadores del siglo y muy persuadido de lo importante que es eso de abrirle el portal a un señor que sale en los papeles. Porque casi todos los señores de Madrid salen en los papeles.

El sereno ha dado mucho juego en nuestra literatura costumbrista. Los escritores de poca imaginación siempre se inventan un sereno gallego, pero el novelista o el dramaturgo de más fina observación sabe que el verdadero sereno literario debe ser asturiano, porque lo asturiano es una variante del tópico galaico con las mismas posibilidades que éste y con mucho menos uso. Todo el secreto de la literatura está en eso, en darle al tópico una pequeña variante para que suene al mismo tiempo a nuevo y a conocido, que es como deben sonar las cosas para gustar.

Había un sereno de la madrileña calle de Sacramento que le abría la puerta a don Eugenio d'Ors. Una noche en que los acompañantes del maestro se habían despedazado las manos haciendo palmas, sin que el sereno apareciese, don Eugenio sacó del bolsillo la llave del portal:

—Para estos casos tengo yo una llave—decía su voz temblorosa de énfasis y madrugada.

El sereno asturiano se fabrica un sueño pequeño entre la visera de la gorra y la lumbre de la colilla. El sereno asturiano, al vaso de vino le llama «mochuelo». Si tarda en llegar y usted le pregunta, cuando aparece, que dónde andaba, el sereno asturiano responde con su más dulce acento de Lluarca:

—En Madrid andamos todos.

Ramón Gómez de la Serna le dijo una vez a César González-Ruano:

—Usted no es más que uno de esos señoritos que se pelean con los serenos.

Y César, que no tenía pelos en la lengua ni en la pluma:

—Usted no es más que uno de esos serenos que se pelean con los señoritos.

Si hay algo injusto en este país es que todavía no se haya nombrado a Ramón, a título póstumo, sereno *honoris causa* de la noche madrileña. Sólo los escritores y los serenos—dos formas gatunas de lo humano—conocen bien la noche de Madrid, y sólo ellos han visto, a más de aquel pariente de Baroja, la Puerta del Sol completamente vacía, hacia las cuatro de la mañana. El escritor, como el sereno, suele venir a Madrid de la periferia, y aquí sienta plaza y hace carrera, pobre, pero honrada, trabajando de noche para que parezca que no trabaja. El escritor, como el sereno, se uniforma a sí mismo. ¿Quién le da su mandilón, su gorra y su chuzo al sereno? Nadie. Se lo compra él a su gusto o lo hereda de otro sereno más viejo que se retira a pasar sus últimos años en Avilés, de guarda nocturno de la Siderúrgica. También el escritor suele vestirse a imagen y semejanza de otro escritor ya desaparecido. También el escritor es responsable único de su gorra—su autoridad—, su chuzo—su pluma—y sus noches sin sueño.

El escritor es un sereno asturiano que vela por las esquinas de la ciudad cuando Madrid está sumergido en soledad y silencio, soñando con la provincia verde y maternal de la que no debió salir nunca. El sereno asturiano es un escritor que no

escribe, pero que se sabe mejor que nadie la novela de la noche madrileña, que es una novela barojiana y galdosiana por donde se mueve, como niebla, la vaga gallofa de los últimos noctámbulos.

Cuando el escritor ha publicado un artículo en la prensa de la mañana y cree que ese artículo va a hacer temblar el país, y nadie se lo comenta en el café, ni en el teatro, ni en el Ateneo, el escritor se va a casa diciendo aquéllo de «qué país» y sintiéndose fracasado por los siglos de los siglos. Pero en el último momento, cuando ya no espera nada de nada, después de un largo día de expectación, el sereno asturiano, al abrirle el portal, le dice de pronto:

—Muy apañadín eso del «ABC», don Fernando.

Y don Fernando sube la escalera escuchando en la voz del sereno la voz de su público y del país todo. «Muy apañadín eso del «ABC», le dicen las Cortes y la Academia y el Gijón. Ya sabe el escritor, por fin, para quién escribe: escribe para su sereno.

Porque no se puede escribir en el vacío. Hay que pensar en alguien, en un lector, cuando se está escribiendo, como pensamos en la amada cuando escribimos una carta de amor. Y mejor que pensar en el crítico, o en el compañero de café, o en nuestra tía de provincias, mientras escribimos, es pensar en el sereno del barrio. Queda más abstracto y más particular al mismo tiempo. El sereno es el pueblo, la gente, ese público virtual que el escritor nunca tiene, y es, por otra parte, el lector ideal, el lector que sólo nos lee a nosotros, porque somos de su vereda y porque le damos un duro.

Todo escritor un poco noctámbulo podría escribir un libro titulado «Conversaciones con mi sereno», porque el sereno es el Eckerman nocturno y con chuzo del pequeño Goethe que llevamos dentro. En la literatura española ha habido escritores con sereno y escritores sin sereno, que es como ser escritor con o sin ángel de la guarda. (Aparte está el gremio de los escritores-serenos: Quevedo, Lope, Cervantes y otros espadachines.) Escritor con sereno, sin duda, fue Larra, que de alguna parte tuvo que sacar—tan dandy—su conocimiento profundo del pueblo español. Escritores con sereno son Galdós y Baroja, y toda su literatura es una literatura serenaria, de muchos chismes y mucha entrevida madrileña, de ésa que sólo conocen y cuentan los serenos. Escritores con serenos son Gómez de la Serna, Cansinos-Assens y Ortega, todos ellos tocados de un casticismo y un noctambulismo que sólo se aprende de los serenos, aunque sean asturianos.

Sólo se me ocurre un poeta con sereno, que es Emilio Carrere, reencarnado más tarde, sin capa y sin chambergo, en Eduardo Alonso. Sólo los serenos del Viaducto sabían que Eduardo Alonso era la resurrección de la carne bohemia y nocturna de Carrere. Todos los demás poetas han sido poetas sin sereno, porque se han acostado pronto y han llevado una vida ordenada, desde Juan Ramón a García Nieto, pasando por toda la generación del 27, tan profesoral y tan puntual.

Ser sereno en Madrid es un poco como ser ciego en Granada, porque está uno condenado a no ver la ciudad de día, con sol, que es cuando está más hermosa. Ser escritor en Madrid viene a resultar algo parecido. Sólo que el sereno, si es asturiano, tiene el consuelo sentimental de mirarse dentro del pecho el Puerto de Pajares. Aunque Puerto de Pajares, lo que se dice Puerto de Pajares, por el frío y la intemperie, nada como la plaza de España a las cinco de la mañana de un día de diciembre. Esto lo saben bien los serenos. Sobre todo si son asturianos.

UNA PELEA DE GALLOS

Por JOSE GARCIA MERCADAL

SUELE ser en verano cuando los muchachos que en provincias sienten el escozor del sarampión de las letras, deciden volver la espalda al goce sentimental de su patria chica, resueltos ya de manera definitiva al intento de asalto a la celebridad, lo que les lleva, cuando octubre se acerca, a establecerse en pupillaje en alguna de las innumerables pensiones que la capital de la España grande les ofrece.

Francisco Navarro Ledesma, residente entonces en Toledo aunque en Madrid hubiese nacido, vino a la corte al comenzar el octubre del año 1895. Coincidió en la casa de huéspedes con un paisano mío, algo mayor que él, cuyos dos apellidos estaban destinados a sonar bastante en el campo de las letras, las ciencias y la política española. Su compañero de pensión se llamaba Luis Royo Villanova. Ambos jóvenes traían a Madrid ánimo decidido y ganas de pelea, porque en esa época se solía penetrar con ruido en la lucha por la fama. Costaba un triunfo obtener la publicación de un artículo en alguno de los órganos de la Prensa que entonces se disputaban el favor del público, no sólo madrileño, sino nacional.

Los dos, antes de llegar a la capital, tenían veladas sus armas en el palenque literario y periodístico provinciano. El primero, a orillas del Tajo; el segundo, a las del Ebro, donde sus *Manchas de tinta*, producción de estudiante, habían revelado a sus paisanos el abundante caudal de su retazona gracia y la fina delicadeza de su ingenio. Esa coincidencia hospederil provocó el que Tajo y Ebro mezclasen sus aguas en la fundación de un semanario satírico, destinado a vida triunfadora. En él iniciaron el cosquilleo de sus críticas contra políticos y escritores, artistas del pincel y del cincel, autores de obras teatrales, actrices y actores. *Gedeón*, tal era el nombre del semanario, apareció el 14 de noviembre de 1895, confesando de manera ostentosa ser «el periódico de menos circulación de España». A tal desplante respondió un éxito ya considerable a los pocos números de su salida, lo que dio a la seudomodesta declaración un carácter de graciosa jactancia humorística.

Aunque nadie firmaba en *Gedeón*, pronto supo Madrid que, además del tenido por toledano aunque en Madrid hubiese nacido, y del aragonés, formaban el grupo dos jóvenes más; un tal José de Roure, y otro tal, malagueño, Antonio Palomero, que usaría más tarde el seudónimo de *Gil Parrado*, y al que sus amigos decíanle Palomerín.

Allá en el lejano Oviedo, rebautizado *Vetusta* desde 1884, al

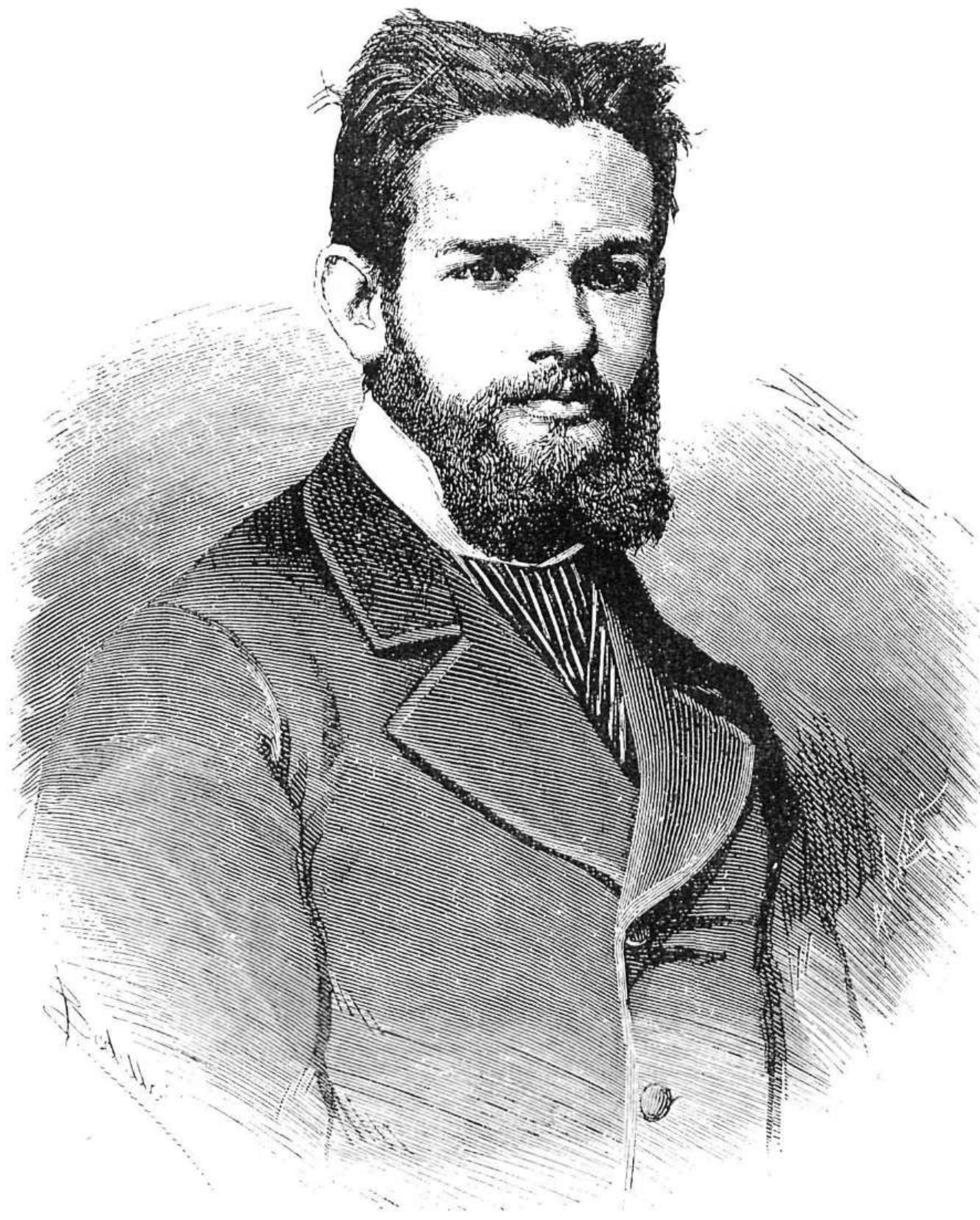
leer el autor de *La Regenta* los primeros números de *Gedeón*, sintió en la carne cierto recelo de temible competencia en el papel que tenía a su cargo de *gallito de pelca* en *Madrid cómico*. Descubrió en el nidal gedeónico un grupo enemigo, temiendo que los polluelos recién nacidos pretendiesen lozanear al margen de sus acreditados *Paliques*. Poco tardaría en ver confirmada la oportunidad de sus presentimientos.

Cuando Leopoldo Alas se lanzó en busca del renombre, desde el primer momento halló el camino lleno de facilidades. Desde las columnas de *El Liberal* se le saludó diciendo: «El señor Alas ha hecho su aparición entre nosotros hace poco tiempo. Es un joven estudioso e ilustrado, que revela felices disposiciones para la crítica literaria, y más aún, que ha conquistado entre los críticos de este periodo un puesto envidiable. Como escritor político ha incurrido en exageraciones que él mismo deplorará cuando llegue su talento a la madurez que el tiempo reserva para todos los frutos naturales, y como hombre de ciencia se abandona demasiado a las especulaciones metafísicas».

Esta opinión de don Francisco de Asís Pacheco, encargado de las «Noticias bibliográficas» al aparecer *El Liberal* en 31 de mayo de 1878, y cuando el grupo disidente de *El Imparcial* fusiló el 2 de junio los *Lunes* de aquel órgano de la prensa al que habían vuelto las espaldas, saludaba la aparición en libro de la tesis doctoral que Leopoldo Alas había llevado al editor Medina, con una dedicatoria a don Francisco Giner, el gran patriarca de la Institución Libre de Enseñanza, titulado, el libro, *El derecho y la moralidad*, acusando lo enterado que Asís Pacheco estaba de cuanto «Clarín» había dado a luz en las columnas de *El Solfeo* y en las de *La Unión*, prolongación de aquél.

El buen consejo del crítico de *El Liberal* no sería atendido, pero hay que tener en cuenta la violencia con que, desde el primer momento, la hueste satírica del *Gedeón* se lanzó a la pelea contra el veterano crítico de la España de ese tiempo.

Desde hacía bastante el catedrático de Oviedo venía regentando el papel de primer gallito en *Madrid cómico*. A los competidores de *Gedeón* les molestó dijese que si con su labor crítica



Leopoldo Alas, a los veintinueve años

se había procurado muchos enemigos, le compensaba de tal la buena amistad que le venían mostrando Galdós, Pereda, Campoamor, Echegaray y Menéndez Pelayo. A la hora de pinchar, a «Clarín» no le detenía consideración alguna. Lo mismo *tundaba* a doña Emilia, que declaraba «incongruencias alemaniscas» lo que escribía don Manuel B. Cossío, aconsejando a varón tan serio que, antes de molestar a los lectores con sus extravagancias, debía dedicarse a hablar y a escribir con propiedad y corrección.

Total, que el 21 de enero de 1897 Navarro Ledesma madrugó, y salió *de ojeo* para descargar su escopeta diciendo: «"Clarín" falta a la verdad diciendo que *Gedeón* y sus redactores tienen trapos que él puede sacar a relucir». Esto fue en el número 63 del semanario. En el 65 vuelve a la carga, y en el 69 Navarro Ledesma bate las alas contra el gallo, ya sin ocultar la travesura. Siguen las alas de N. L. batiendo en los números siguientes, y el 2 de abril se suelta el pelo N. L. y escribe: «Dé por recibido *de obra* cuantas injurias quiera dirigirme de palabra desde cien leguas de distancia, y hurtando *el físico*. Quiere probarlo, pues venga por acá, que yo no quiero ir a Oviedo, para volverme, como otros, con las manos vacías o con un acta entre ellas».

Y a continuación, N. L. inserta varios trozos escogidos del cuento «¡Adiós, Cordera!» (publicado por *El Liberal* el 27 de julio de 1892), extrayendo de su texto toda una sarta de necedades, la calificación es del artillero, que aún no se conforma con aquello, y le ha engargado al catedrático otra sarta de barbaridades: zamorano seco y patoso, psicólogo de tres al cuarto, payaso viejo, impotente envidioso, baratero de las letras, que padece degeneración «estercoraria». Había donde elegir, pero no se ofrecían para ello, sino que se remitían conjuntamente, en avalancha.

La cosa no para ahí. N. L. le dice «que sólo sabe insultar desde cien leguas de distancia y con seudónimo, es decir, escondiendo la cara como esconde el apellido, para lo cual tendrá sus razones».

El 22 de abril Navarro Ledesma deja de batir las alas para tomar tierra y se arroja a disparar unos cohetes Madrid-Oviedo, que pudiéramos juzgar como antecedentes, en la crítica literaria en España, de los actuales missiles.

Oído al parche: «Lleva "Clarín" su avilantez y su malicia hasta el extremo de calificarme varias veces de jesuita, ignoro con qué malvada intención, y eso, vive Dios, no se lo consiento a nadie, y menos a un ser de tan baja ralea. Esa calumnia hay que probarla, señor embustero, y ni usted ni nadie en el mundo es capaz de demostrar que yo he saludado en mi vida, a sabiendas, a un jesuita o he tenido el más leve roce con la Compañía esa, ni con ninguna otra sociedad religiosa, ni antirreligiosa, que pensara utilizar mi pluma pobre, pero tan independiente como la que más; desde luego mucho más que la de "Clarín" que escribe palabras pornográficas en los periódicos de ese carácter, y hace la impresión del santo y del franciscano en las revistas serias».

A nadie puede extrañar después de esto que en el primer viaje que Leopoldo Alas hizo a Madrid, luego de reunirse con los amigos

de su tertulia en la Cervecería inglesa de la Carrera de San Jerónimo, se encaminase al Ateneo, y al encontrarse en la calle del Prado con el pájaro que tan desafortunadamente le había batido el apellido desde las columnas de Gedeón, surgiese la pelea verbal, entre los contendientes, y a continuación viniesen los golpes. «Clarín» tenía cuarenta y tres años, Navarro Ledesma veintiséis. Tan lamentable suceso daría ocasión a que Angel Ganivet, gran amigo del joven, se desahogase epistolarmente contra el enemigo de su amigo, pero no se dejó en el tintero decirle que, a su juicio, no debía de haberse metido con él, lo cual era una suave manera de confesarle culpable de lo ocurrido.

Toda la prensa española se ocupó del altercado, hubo tras él un cambio de padrinos, por suerte gente sensata y amiga de la

paz, y por ello, Ganivet pudo de nuevo brindar al amigo un noble consejo: «No debes repetir la suerte en el porvenir, porque eso de los lances de honor es inconcebible en estos tiempos en que el honor no vale nada».

¿Se me permitirá, al pie de este recuerdo de tiempos pasados, aconsejar a los lectores la lectura de una gran biografía del gran biógrafo de Cervantes, publicada por «Alfaguara», y escrita con sumo acierto por una distinguida dama, residente en Nueva York, Carmen de Zulueta, con cuyo libro se inaugura una colección de «Estudios de Literatura Contemporánea», dirigida por el académico de la Real Academia Española don Alonso Zamora Vicente?

Y para terminar, declaremos que Navarro Ledesma fue, en el resto de su vida, a la sombra de Blanco y Negro y de ABC, el re-

verso absoluto de ese momento excepcional que inauguró su brillante carrera literaria, truncada por un destino aciago. El estrépito de la tormenta estallada entre «Clarín» y F. N. L. no dejó rastro en el noble corazón del gran madrileño, cuya labor periodística y literaria tuvo su consagración al celebrar Madrid el tercer centenario del Quijote. No sólo por la publicación de su gran libro *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes*, sino también por lo que su presencia en 1905 en el cargo de presidente de la sección de Literatura del Ateneo significó, en el homenaje que la «docta casa» preparó—dentro del programa de actos conmemorativos—una serie de conferencias, en las que se seleccionó para *baritonos* a los elementos más destacados de la juventud triunfante de ese tiempo. Y el discurso que cerró el desfile ofreció oca-

sión a Francisco Navarro Ledesma para proclamar como estudioso joven a un plantel de castaño asturiano, a Ramón Pérez de Ayala, y se hizo enjuiciador del pasado arrebatado, al decir que en Ayala parecía revivir el *espíritu egregio de su maestro* «Clarín». ¿Dónde quedaban ya aquellas impetuosas ferocidades desde la trinchera gedeónica disparadas de Madrid a Oviedo?

El sino aciago se mostró implacable con las letras españolas. Habremos de reconocer la gran pérdida que significó para ellas el que escritores como Ganivet, Navarro Ledesma, Enrique de Mesa y tantos otros más, se vieran arrebatados por la muerte, sin alcanzar las senectudes gloriosas y ampliamente refrendadas de los Cavia, Martínez Ruiz, Unamuno y Menéndez Pidal, de que deben felicitarse Aragón, Monóvar, Bilbao y La Coruña.

Un texto de Menéndez Pelayo sobre Covadonga

El profesor don Francisco Serrano Castilla, poseedor del autógrafo, cuya fotocopia y transcripción nos ha sido generosamente cedida por él para este número, opina como muy probable que el texto del manuscrito lo destinara Menéndez Pelayo para la segunda edición de la Historia de los heterodoxos españoles.

Lope de Rueda.
Prodiga.
Josephina.

Para lo de Covadonga

Cronicon de Alfonso el Magno (ó de Sebastian de Salamanca) describe largamente la batalla y trae el diálogo entre D. Ópas y Pelayo, á quien supone godo y de estirpe real. Dice q. murieron 124.000 sarracenos, y quedaron 63.000 q. se pusieron en huida hácia Liébana, y fueron sepultados por el monte cerca de Casegadia!

En la narración de Alfonso el Magno hay evidentes huellas de un canto épico, y tendencia á series monorimas pervolverunt, degerunt, miserunt &c.

El Cronicon Albeldense cuenta con mucha brevedad el exterminio de los infieles

y la caída del monte etc

Dice q. Pelayo era hijo de Veremundo y sobrino de Rodrigo, al paso q. el de Alfonso el Magno le supone hijo de Favila (Favilam ducis).

Dice la Gesta Roderici q. éste nunquam ab aliquo devictus fuit frase idéntica al de quo cantatur del poema de Almería. ¿Estará fundada la Gesta en algún cantar latino?

Aquí termina el texto castellano del autógrafo de Menéndez Pelayo, pero en la misma nota y cara, en sentido inverso, dice también de su puño y letra en latín:

Sacerdotium quorundam imputanda voluntas et infausta temeritas, sacrosancta sibi commissa altaris ministeria atque caetera Ecclesiae, non solum aliis tradunt pro suis nequissimis actibus abutenda, sed (quod pejus est) suis ea non perti (ojo no se entiendo) usibus adjungere insumenda.

LOPE DE RUEDA
PRODIGA
JOSEPHINA

PARA LO DE COVADONGA

Cronicon de Alfonso el Magno (ó de Sebastian de Salamanca) describe largamente la batalla y trae el diálogo entre D. Ópas y Pelayo, á quien supone godo y de estirpe real.

¡Dice q. murieron 124.000 sarracenos, y quedaron 63.000 q. se pusieron en huida hácia Liébana, y fueron sepultados por el monte cerca de Casegadia!

En la narración de Alfonso el Magno hay evidentes huellas de un canto épico, y tendencia á series monorimas pervolverunt, degerunt, miserunt.

El Cronicon Albeldense cuenta con mucha brevedad el exterminio de los infieles y la caída del monte. Dice q. Pelayo era hijo

de Veremundo y sobrino de Rodrigo, al paso que el de Alfonso el Magno le supone hijo de Favila (Favilam ducis).

Dice la Gesta Roderici q. éste nunquam ab aliquo devictus fuit frase idéntica al de quo cantatur del poema de Almería. ¿Estará fundada la Gesta en algún cantar latino?

Aquí termina el texto castellano del autógrafo de Menéndez Pelayo, pero en la misma nota y cara, en sentido inverso, dice también de su puño y letra en latín:

Sacerdotium quorundam imputanda voluntas et infausta temeritas, sacrosancta sibi commissa altaris ministeria atque caetera Ecclesiae, non solum aliis tradunt pro suis nequissimis actibus abutenda, sed (quod pejus est) suis ea non perti (ojo no se entiendo) usibus adjungere insumenda.

De los Supletorios, Cánón VI del Concilio XIII de Toledo.



Sebastián Miranda (a la derecha) al frente de su cuadrilla, con Alfonso Canella (a la izquierda), Fernando Casariego Acebal y otro, en Oviedo, hacia 1896

MEMORIAS DE MI INFANCIA

Por SEBASTIAN MIRANDA

EL recuerdo más remoto de mi vida data del año 1888, en Oviedo, mi ciudad natal. Tenía yo entonces tres años, puesto que nací el día de San Fermín, 7 de julio del 85. Me hallaba en un circo, en la Escandallera, lugar que hoy ocupa el teatro Campoamor. Sobre las rodillas de mi padre contemplaba un escenario que simulaba la Plaza de un pueblo con varias casas. En el tercer piso de una de ellas se abre un balcón y aparece una mona con una regadera. Mira hacia fuera con gran atención. Por una de las calles que desembocan en la Plaza aparece un mico con una faldeta colorada y dirige su mirada hacia la mona que está regando sus tiestos. Se hacen señas y el mico escala por la pared hasta llegar al balcón. Se abrazan tiernamente y desaparecen hacia el interior. A los pocos instantes irrumpe en la Plaza otro mico a quien abre el sereno la puerta principal. Llevaba faldeta azul y un gorro en la cabeza. Pasado algún tiempo me asusté al oír un disparo dentro de la casa. El balcón vuelve a abrirse y se descuelga, hasta ganar la calle, el mico que antes había escalado. Pone pies en polvorosa, pero el mico a quien había abierto el sereno sale de la casa empuñando una pistola y le dispara un tiro al que iba huyendo. Viene el sereno y varios guardias, micos

todos ellos, le desarman y le llevan detenido. Después, en una carroza fúnebre, se llevan a la mona del balcón. Detrás le acom-

pañaba otro mico que llevaba un candelero en cada mano. Al llegar a casa me preguntó mi madre:



Con sus dos hermanas, Luisa y Marichu

—¿Qué te gustó más de todo lo que has visto en el circo, Sebinés?

—El mico de los candeleros. —Y así me siguieron llamando algún tiempo en casa.

Ingresé después en el colegio del Santo Angel, situado en la plaza del Fontán, antiguo palacio en el que hoy viven los marqueses de San-Feliz, lindando con el teatro donde Clarín describe la intensa emoción de su Regenta al escuchar por primera vez el Don Juan Tenorio. De aquel caserón se trasladó el colegio poco después a la calle de Campomanes. Allí hice mi primera Comunión. Un cura con la nariz muy torcida y María Nespral de Velasco me prepararon para tan solemne acto. Me confesó el obispo Vigil, oriundo de Grado, como mi padre y que, por haber sido ambos en su infancia compañeros de juegos, se limitó a contarme las travesuras que discurrían.

Pasé de este colegio a la escuela de don Juan, situada en la misma calle, y fue donde mayor provecho saqué de la enseñanza. Permanecí allí dos años. A los condiscípulos que cometían una falta grave les obligaban a permanecer de rodillas hasta la hora de salida y delante de toda la clase, para que sirviese de escarmiento, los cogía por la entrepierna con la mano izquierda y, después de levantarlos a medio metro del suelo, les propinaba con una varita, semejante a una batuta, que llevaba en la otra mano, hasta una docena de palos en el nalgatorio que ponía carne de gallina a los que presenciábamos aquel suplicio. Los chillidos de la víctima eran tan terribles que se oían desde la calle. Jamás me infligió semejante castigo, quizá por no incurrir en falta grave o, pensándolo más tarde, porque mi madre le enviaba al maestro el coche para que se pasease durante alguna de sus convalecencias y también porque el día de su santo, el 8 de febrero, en vez del consabido cartucho de dulces que todos le llevaban, le regalaba una buena manta o algún otro objeto práctico y costoso.

Del colegio de don Juan pasé al Instituto que está en el mismo edificio que ocupa la Universidad. Debido a esta circunstancia nos reuníamos a la salida de las clases con los estudiantes de Derecho, logrando así entablar relación con algunos, pues siempre preferí unirme a muchachos que me aventajasen en edad y experiencia. Entre todos los que conocí entonces, bien fuese por instinto o por ese misterioso influjo que ejercen algunas personas sobre uno, me cautivó Ramón Pérez de Ayala, a quien escuchaba siempre con tanta devoción, simpatía y acatamiento que nos hicimos íntimos amigos y cuya amistad fue creciendo de día en día hasta su muerte. Indudablemente ha sido la persona que más favorablemente influyó en mi educación.

Otro de los estudiantes por quien sentí también gran afecto y admiración fue Antonio Flores de Lemus, a quien años más tarde servi algunos meses de lazareto en Berlín, cuando se quedó casi ciego por una terrible afección a la vista.

Por aquella época del Instituto se insinuaron en mí dos aficiones que más tarde perduraron para siempre. Un condiscípulo que tenía el asiento a mi lado se

entretenía, durante la clase, en hacer dibujos de toreros. Me parecía prodigioso. En el fondo de mi conciencia se despertó la afición al dibujo que fue poco a poco madurando.

El primer año del Instituto mis notas fueron sobresalientes, el segundo bajé a notable, luego buenos y aprobados, y si no me dieron ningún suspenso fue de milagro. Faltaba a las clases para jugar a las carambolas y divertirme.

En cierta ocasión me engatusó mi madre llevándome a casa de un dentista para que me arrancasen una muela que tenía dañada. El dolor fue tan espantoso que juré no volver a someterme jamás a semejante suplicio. Pasados algunos meses intentaron engatusarme otra vez. Rechazaba promesas y ofertas, hasta que mi madre, que conocía mi lado flaco, me dio un duro anticipado para comprar un borriquín. Acepté con la condición de no sentarme en aquella espantosa silla ni poner los pies en aquel gabinete lleno de instrumentos de tortura. Me sentaría en otra parte cualquiera y en otro lugar que no fuese aquél... No sé si sería por sugestión, pero el caso es que no me hizo tanto daño como la primera vez, o quizá la ilusión de adquirir un borrico que fuese mío ameniguó mi dolor.

Pocos días después pasaron por delante de mi casa unos gitanos que llevaban el más precioso pollino que vi en mi vida. Discutimos el precio y después de un gran rato de regateo me lo dejaron en 28 reales. Como una flecha fui a casa de la panadera y le dije:

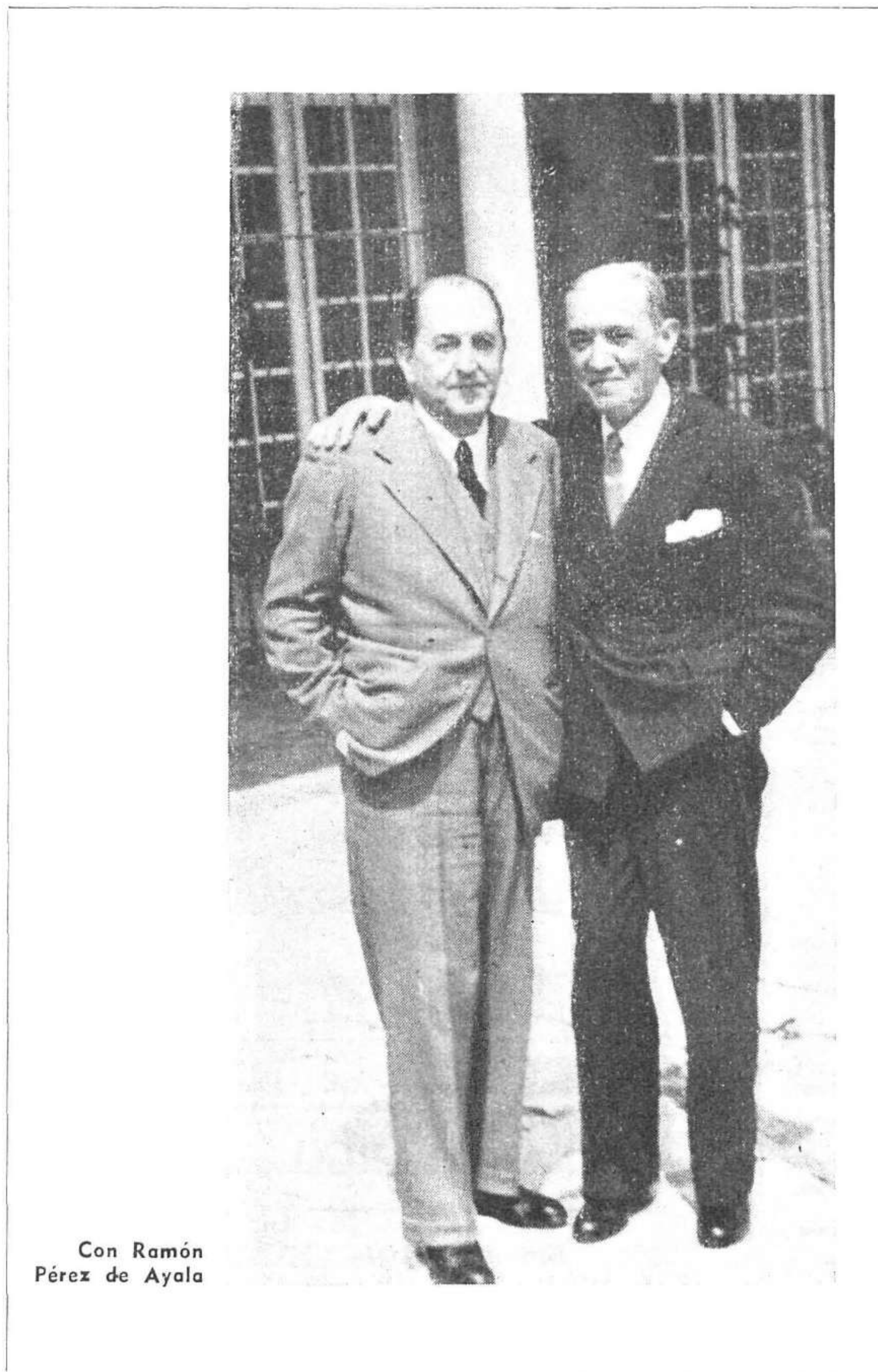
—De parte de mi madre, que me dé usted dos pesetas.

Me las dio en el acto y como una exhalación corrí a pagarle al gitano los 28 reales.

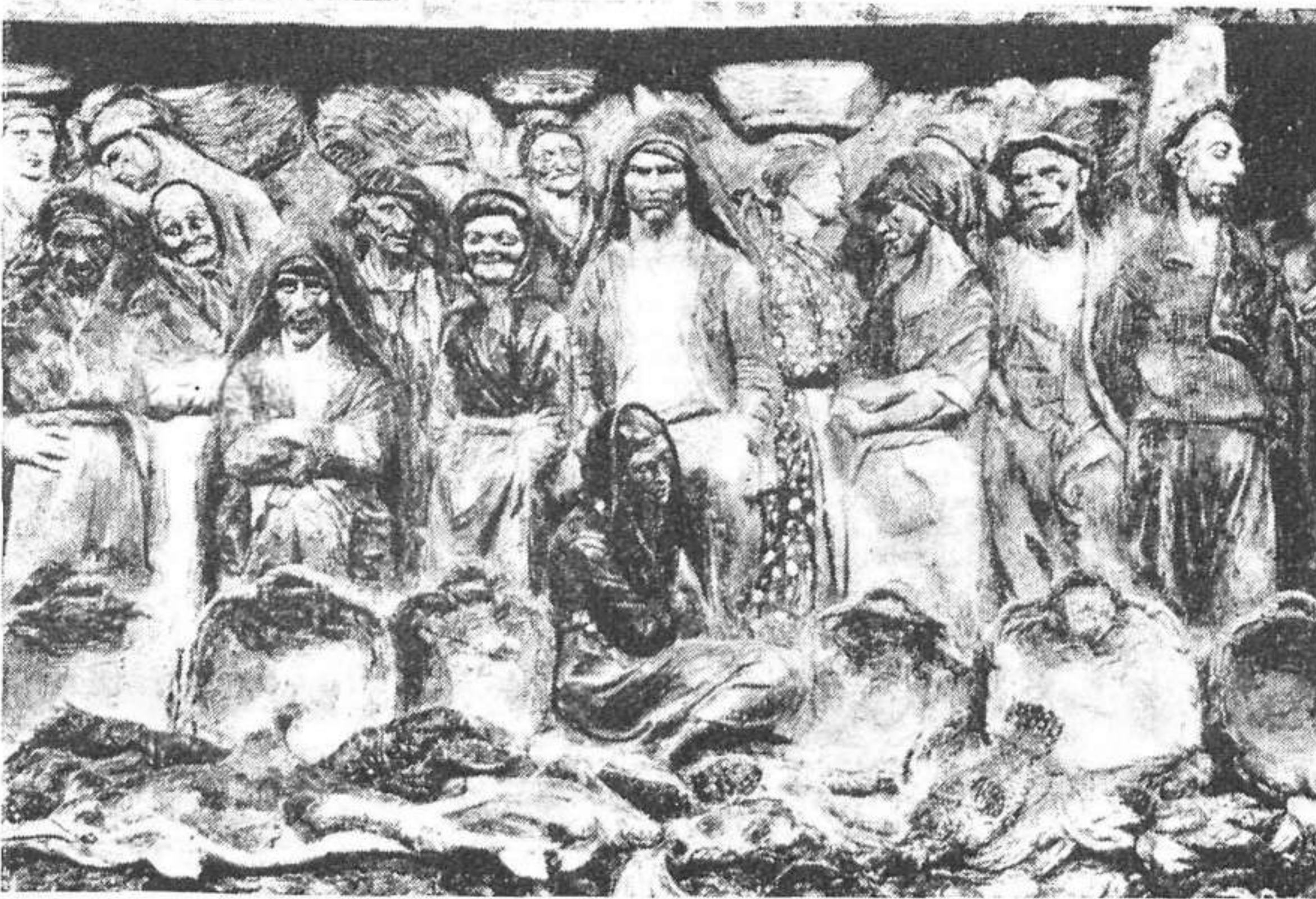
Cuando se enteró mi madre del nuevo huésped que metí en la cuadra al lado de la Pastora y de un corzo, y de mi trato con los gitanos y del préstamo con la panadera, lo celebró mucho. Sin embargo, un tío mío, muy respetable, que más tarde llegó a general, y que vivía entonces con nosotros, sentenció al enterarse de mi estratagema con la panadera:

—Ese hijo tuyo acabará en un presidio.

Cerca de nuestra casa había una fragua, de cuyo dueño, Pachín el de los Carros, me hice amigo. Solía ir con frecuencia a este taller porque me atraía ver cómo sacaban de la fragua los hierros candentes y los domeñaban con el martillo sobre el yunque cantarin. Me cobró afecto y, al enterarse de la compra de mi borrico y de mi proyecto de hacer un carrito pequeño para engancharlo, me regaló dos ruedas casi iguales y un eje que adosamos a una especie de cajón al que añadí dos asientos, trasero y delantero. En el primero llevaba a un criadito que yo tenía llamado Carelo, y delante iba yo, conduciendo a Perico, nombre que le puse al borrico. Por efecto de la desigualdad de las ruedas el cochecito se bamboleaba más de lo conveniente, pero a pesar de eso despertaba la envidia de todos los



Con Ramón Pérez de Ayala



Detalle de «El retablo del mar», de S. Miranda

chiquillos del barrio. La mayor parte de mis excursiones eran hacia la plaza de toros, entonces propiedad de mi madre, y allí me juntaba con otros camaradas del Instituto. Las travesuras que discurriamos eran incontables. Andábamos sobre la barandilla de los palcos de columna a columna, como consumados equilibristas, pero nuestra red eran los asientos de piedra del tendido, donde al menor fallo podíamos estrellarnos. Otras veces, cuando

había toros encerrados en los corrales, pasábamos de un burladero al opuesto jugando a las cuatro esquinas. Pero nuestra insensatez y audacia llegó un día a un extremo inconcebible. Aventura que relaté en un artículo de ABC titulado «Barrabasadas taurinas» con fecha 16 de diciembre del 64.

Otra de nuestras diversiones era torear a mi borrico, a quien enseñé a embestir, y a todos, excepto a mi, cuando lograba co-

ger a uno, lo dejaba malparado a mordiscos en sus vestidos. Allí nació mi afición al toreo, que fue «in crescendo» hasta convertirse en un vicio. Nunca tuve en mi infancia juguete que me haya divertido más y a quien yo haya querido tanto como a mi borrico. Ciertamente en la cuadra teníamos una yegua que me amparaba y protegía cuando, perseguido para castigarme por alguna trastada, buscaba el refugio de sus patas delanteras, a las que me agarraba. Echaba entonces sus orejas hacia atrás y volvía su noble cabeza a mi perseguidor, amenazando con sus patas traseras a quien se atreviese a acercarse.

A comienzos del verano nos íbamos a una finca cercana a Gijón, «La Bangada», propiedad de una hermana de mi madre, que generosamente nos cedía. Yo iba montado en mi caballito y, ocupando el coche, mi madre y mis dos hermanas, Luisa y Marichu. Para liberar a la noble Pastora de tanto peso se bajaban todos, incluso el cochero, en las cuestas muy pinas, y ella seguía sola su camino hasta llegar al alto, en que se paraba mirando hacia atrás, como diciendo, «ya podéis subiros otra vez». Sólo le faltaba el don de la palabra.

Todos mis ahorrillos los empleaba en comprar papel de seda para hacer globos. Pero no eran globos vulgares los que yo hacía, sino de formas variadas de animales y peces monstruosos. En vista del éxito se me ocurrió ensayar con personas, y como era indispensable que fuesen muy voluminosas, elegí al gordinflón del sacristán... Salió muy gracioso, pero el defecto que tenía era que en vez de subir derecho se tambaleaba a uno y otro lado, y esta circunstancia fue precisamente la que contribuyó al éxito, por suponer que lo había hecho de intento. Como gozaba fama de agarrar diariamente grandes cogorzas, iba siempre a su casa dando tumbos. Y el famoso cura de Cabueñes comentaba después de un culín de sidra:

—Arreniego pal pecao si non paez esi globu la propia figura de esi folgazán.

Terminado el veraneo regresábamos a Oviedo.

Inmediatamente que acabé el bachillerato en junio de 1900, me fui a Alemania en compañía de Fräulein Meuten, institutriz del único nieto de Sagasta.

Vine a buscarla a Madrid, que veía por primera vez. Pasamos en París unos días deliciosos, donde acababan de inaugurar la Exposición Universal de 1900.

Pocos meses después de quedar instalado en una modesta pensión de la capital de Turingia en la Alemania Oriental, me escribía mi madre con frecuencia. En una de estas anheladas cartas, creyendo que iba a llenarme de contento, me decía: «Hemos regalado tu borriquín, que al pasar engancharlo diariamente muy ufano por delante de la casa, tuerce la cabeza y mira hacia nuestros balcones con gran nostalgia porque te recuerda mucho».

A buen seguro que nada me hubiese dicho si sospechase el desconsuelo y el interminable llanto que me produjo la noticia.

SIGLO Y MEDIO DE PRENSA ASTURIANA

Oviedo es la provincia española que en proporción al número de habitantes tiene mayor número de diarios

Por JOSE ALTÁBELLA

Núm. 55.

413

GAZETA DE OVIEDO

DEL MIÉRCOLES 23 DE NOVIEMBRE DE 1808.

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA.

Albany 24 de Agosto.

Se dice que los Federalistas intentan una acusación contra M. Jefferson para cuando se reuna el Congreso.

Entre otros preparativos de guerra contra la Gran Bretaña, el Gobierno Americano ha hecho construir varias flotillas sobre los lagos que rodean el Canadá. Los partidarios de M. Jefferson pretenden persuadir que estos armamentos están destinados para emplearse contra los contravandistas, y que M. Jefferson quiere que continúe el embargo, hasta que se hace la paz en Europa. Pero si las hostilidades no cesan pronto mas allá del Atlántico, resultará probablemente una guerra civil en este país, en donde el pueblo está descontento y despreciado, y el Gobierno, despreciado y despreciable.

Los Demócratas que al presente se disputan entre sí la elección de un nuevo Presidente, cada día forman nuevos proyectos, y manifiestan aquí, como en Europa las infames intrigas de las facciones Democráticas, que baxo el velo de patriotismo son dirigidas por el egoísmo mas culpable y mas perjudicial.

Las revoluciones acaecidas en España, determinaron al Ministro de la Tesorería M. Gallatin a hacer diversos viajes á los principales puertos de mar, donde se hallan los depósitos hechos en el invierno último para la España

N. 1. MIÉRCOLES 16 DE MAYO DE 1821. 3 cuartos.

EL ARISTARCO.

NOTICIAS EXTRANJERAS.

Rusia. — Háblase mucho de las tropas que esta potencia parece dirigir hacia la Lombardia y sobre su destino: y se dice, que el ministerio inglés ha pasado una nota al emperador Alejandro por medio de su enviado cerca de aquel monarca, en la que reclama y protesta contra el paso de alguna escuadra rusa para el Mediterráneo por el estrecho de los Dardanelos, y se asegura que lo mismo ha hecho la Puerta. Los ingleses tienen un gran interés en que la Rusia, no tenga establecimientos en el Mediterráneo, pues si los tuviese, muy pronto el pabellón británico dejaría de dar la ley en estos mares.

Londres 18 de Abril.

Después de una larga discusión ha sido desechada en la cámara de los Pares la segunda lectura del bill ó proyecto de ley á favor de los católicos por 159 votos contra 120. Algunos obispos protestantes votaron á favor del bill y entre ellos el de Norwich dejó oír su debilitada voz en favor de la tolerancia. «La caridad mas liberalizada, dijo, es el deber de todos los que creen en Jesucristo. Si algunos católicos han defendido opiniones contrarias á este principio, nosotros que profesamos la pura y santa doctrina del Evangelio, no estamos por eso menos obligados á conformarnos con los deberes de la caridad... Debemos firmos de un católico como de otro cualquiera hombre de bien... Pero lo que confunde todas las ideas sobre este punto es el funesto abuso de dar á la Iglesia un privilegio político, prerrogativas y ventajas temporales &c.»

Italia. — Este hermoso país, es en el día la presa de los bárbaros del norte que en toda su estension le aniquilan y envilecen. Pero sobre todo Nápoles y el Piemonte son los que sufren mas los honores del despotismo extranjero; los asesinatos jurídicos, las proscripciones, las comisiones militares y las mas exorbitantes y violentas exacciones, son los medios de que se vale el emperador de Austria para contener el generoso impulso de estos pueblos hacia la libertad. Los amigos de esta, son fusilados y prescritos, se pegan precio á sus cabezas, y una delación infame basta para llevar á un ciudadano al cadalso. ¡Que el horror de este cuadro se pinte

plemento literario de El Faro—, El Porvenir de Asturias, La Joven Asturias, El Trabajo, La Revista Ovetense, El Anunciador, El Eco de Asturias, La Unidad, El Correo de Asturias y tantos otros que harían interminable esta lista. Importante para la cultura local fue La Revista de Asturias (1878-1882), semanario dirigido por Félix Aramburu y en el cual colaboraron los escritores más reputados de la región y algunos de fuera de ella: Ramón de Campoamor, Estanislao Sánchez Calvo, Atanasio y Armando Palacio Valdés, etc.

Los hachazos que derribaron un célebre roble centenario provocaron, en el último tercio del siglo XIX, el nacimiento del que fue el diario ovetense más popular y uno de los que más larga vida alcanzaron. Nos referimos a El Carbayón, fundado el 5 de octubre de 1879 y desaparecido en julio de 1936. Este periódico fue durante muchos años el decano de la prensa diaria de Oviedo, genuinamente ovetense y defensor de los problemas de la capital. Tuvo como director fundador al catedrático don Rogelio Jove y Bravo—primer historiador de la prensa asturiana y abuelo nuestro amigo el escritor don José María Jove, hoy subdirector general del Banco Ibérico—, al cual sucedieron en el cargo Marcelino Trapiello, el deán Maximiliano Martínez Arboleya, Constantino Corugedo, Constantino Cabal, Gonzalo de Merás y Nava-Ossorio, Mariano Sánchez Roca, Juan Antonio Cabezas, Eduardo Quiñones y otros.

Nuevos títulos van llenando de vida la prensa ovetense: Diario de Oviedo, La Democracia, La Libertad, La Cruz de la Victoria, El Liberal Asturiano, El Correo de Asturias, La República, La Opinión de Asturias, El Progreso de Asturias... En 1909, la prensa asturiana entró en la mayoría de edad corporativa con la fundación de su primera Asociación de la Prensa.

En el año 1923 nacieron los diarios La Voz de Asturias y Región, con una diferencia de tres meses. El 10 de abril de 1923 apareció el diario de la mañana La Voz de Asturias, sucesor de La Opinión de Asturias, y que llegó a ser, en su época, el diario más leído de la región. Entre sus directores figuraron Antonio J. Onieva, José Díaz González, Roberto Velázquez Riera, siendo dirigido en nuestros días por José Díaz Jácome, prestigioso periodista desprendido del centenario diario gallego Faro de Vigo, donde fue durante muchos años redactor-jefe. La Voz de Asturias tiene actualmente una tirada media de más de dieciocho mil ejemplares. El diario Región apareció en julio de ese mismo año de 1923, fundado por el gran periodista aragonés Francisco Aznar Navarro. El contenido, la confección y la orientación que Aznar Navarro supo dar al periódico hicieron que éste ganara en seguida gran prestigio. Después lo dirigieron sucesivamente Florentino Carreño, Constantino Cabal, Antonio Álvarez Solís, José María Guisasaola, José Simón Valdivieso, Francisco de Cáceres, Juan Uceros, Julio de Urrutia, Jaime Caldevilla, y hoy, desde hace ya varios años, está al frente de él Ricardo Vázquez-Prada Blanco, gran novelista y muy vinculado, por su abuelo, a la historia de la prensa astur, y por sus hermanos a la prensa española contemporánea. Hace algunos años, Región realizó reformas técnicas, instalándose en un moderno edificio.

Durante el asedio de Oviedo, y a muy pocos metros de la línea de fuego, se produjo el milagro periodístico del nacimiento de un rotativo, La Nueva España, que en el transcurso de los años se ha convertido en el órgano más importante de Asturias. Su redacción alternaba la pluma con el fusil. El primer número salió el 15 de octubre de 1936. Fue fundado por Francisco Arias de Velasco y Sarandeses, periodista, que fue uno de los más veteranos directores de diarios de provincias. Con La Nueva España se abre la etapa más contemporánea del periodismo asturiano. Actualmente, posee un nuevo edificio instalado con los adelantos técnicos más modernos. Lo dirige Luis Alberto Cepeda González y tiene una tirada media de más de cuarenta y siete mil ejemplares.

Al margen de la prensa de Gijón y Avilés—de la cual hablaremos más adelante—, la prensa provincial de Asturias ha estado igualmente representada por numerosos títulos, ya que han aparecido publicaciones periódicas en Aller, Arriendas, Barres, Boal, Cabraceda, Cangas de Onís, Castrillón, Castropol, Colunga, Covadonga, Cudillero, La Felguera, Figueras, Gobiendes, Grado, Infiesto, Laviana, Luanco, Luarca, Llanes—ciudad que ha celebrado re-

EN poco más de siglo y medio de vida el periodismo asturiano ha logrado una cifra que sobrepasa el millar de títulos. Si bien es cierto que, a causa de su emplazamiento geográfico, Asturias no tuvo prensa hasta comienzos del pasado siglo, también es verdad que en el curso de los años logró vencer esta desventaja cronológica con una floración intensísima de órganos, prueba evidente de su desarrollo cultural, social y económico. Y así ha llegado hasta nuestros días conquistando el título de provincia española que más periódicos diarios posee en relación con el número de habitantes. Seis rotativos mantienen hoy el espíritu periodístico del antiguo reino astur.

La primera publicación que registra la historia del periodismo asturiano es la Gaceta de Oviedo, periódico político de carácter oficial que comenzó el 24 de junio de 1808, poco después de iniciarse la guerra de la Independencia. El abría la larga teoría de títulos asturianos: Correo Militar y Político del Principado de Asturias, El Observador de Asturias, El Conciliador de la Nación y del Rey, El Ciudadano, Ensalada periodística, El Momo, El Cri-

sol, El Aristarco—donde hizo sus primeras armas el ilustre Pedro José Pidal—, El Ciudadano Cantaclaro, El Boletín Oficial del Principado de Asturias, etc. La primera revista importante fue El Nalón, publicación dominical de literatura, ciencias y artes surgida en 1842, que reunió a su alrededor a un grupo de jóvenes que alcanzarían con los años gran predicamento en la historia del periodismo y de la literatura: Juan Álvarez de Lorenzana, Cefirino Suárez Bravo, Ciríaco Miguel Vigil, Ventura Ruiz Aguilera, Antonio Neira de Mosquera y tantos otros.

Dentro de la tónica de fugacidad en que se desenvolvía la prensa asturiana de la época, puede decirse que alcanzó larga vida Faro Asturiano, sin duda ninguna el diario local de más reputación e importancia en el siglo XIX y uno de los mejores de su tiempo en España. Fundado el 5 de mayo de 1856, con periodicidad alterna, pasó a ser cotidiano en 1860 y desapareció en 1873. Fue fundado por Protasio González Solís, uno de los periodistas asturianos más calificados. En su época aparecieron publicaciones tan célebres como La Tradición, Revista de Asturias—fundada como su-

cientemente el centenario de su periódico semanal, El Oriente de Asturias, y que es uno de los órganos locales más antiguos de España—, Mieres, Muros de Pravia, Navia, Pares, Peñamellera Baja, Pola de Lena, Pola de Siero, Pravia, Proaza, Rivadesella, Riberas de Pravia, Sama de Langreo, San Esteban de Bustiello, San Esteban de Pravia, San Martín del Rey Aurelio, San Salvador de Cabañaquinta, Soto del Barco, Tapia de Casariego, Tineo, Trubia, Vegadeo, Vega del Ciego y Villaviciosa. Ha sido también importante la proyección periodística asturiana fuera de la provincia, pues se han publicado periódicos asturianistas en Madrid, Santander, Cuba, Argentina, Méjico y Uruguay. Muchos años editó el poeta Alfonso Camín su revista itinerante Norte. Hoy está en España, en visperas de un homenaje a su veteranía literaria.

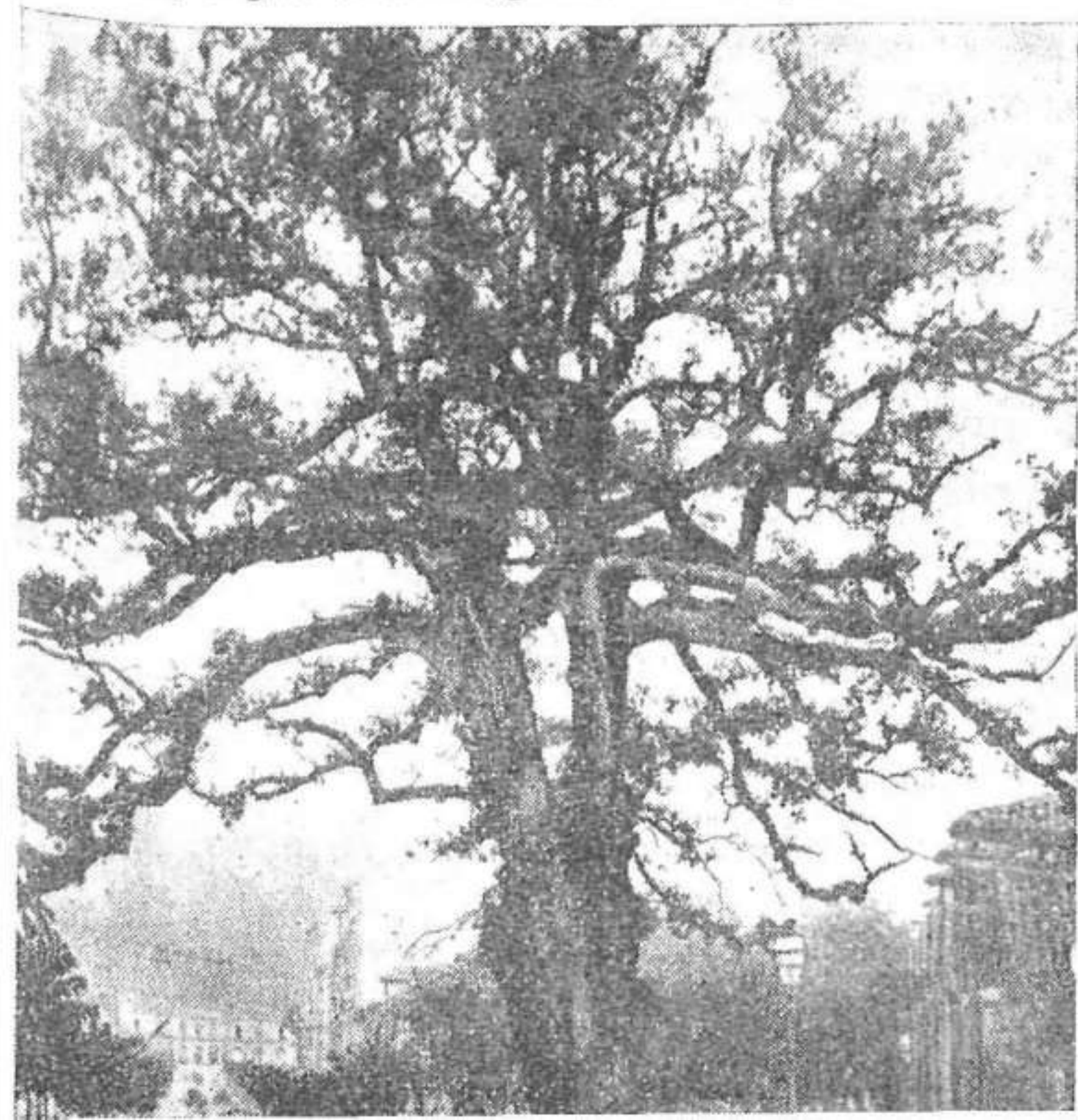
Después de Oviedo, Gijón ha representado siempre el núcleo periodístico más importante de la provincia. En la ciudad de Jovellanos se inició el periodismo a mediados del siglo pasado, con Archivo General de Gijón, fundado por el catedrático Juan Junquera Huergo en 1851. Siguiéron después El Gijonés, La Crónica de Gijón, El Norte de Asturias, La Opinión y otros, hasta llegar a El Comercio, periódico fundado el 2 de septiembre de 1878, y que por seguir publicándose en nuestros días ostenta el decanato de la prensa asturiana y es uno de los más antiguos de España. Fue su primer director José Sierra, al cual sucedieron Felipe Requejo González y Julián Ayesta Manchola. Durante más de cincuenta años llenó la vida de esta hoja provinciana el periodista Alfredo García García, que hizo popularísimo su seudónimo de Adeflor. Desde hace unos catorce años dirige este gran periódico Francisco Carantón Dubert, competente profesional, reciente biógrafo de un gran pintor local, Nicanor Piñole. El Comercio actualmente tiene una tirada media de más de catorce mil ejemplares.

El margen de los numerosos periódicos aparecidos en la bella ciudad gijonesa, hay que destacar tres diarios que tuvieron en su época notoria popularidad; nos referimos a El Noroeste, fundado en 1897; El Pueblo Astur y La Prensa. El 3 de noviembre de 1937 apareció Voluntad como diario del Movimiento, y del que han sido directores Seminario de Rojas, Luis Conde de Ribera, Enrique Prendes, Primitivo García Rodríguez, Joaquín Alonso Bonet, Francisco Villalgordo Montalbán, Francisco Javier Jiménez González y, actualmente, Federico Miraz Fernández.

En Avilés, segundo centro periodístico provincial, nació la prensa con El Eco de Avilés en 1866, al que siguieron El Noticiero Avilesino, El Diario de Avilés, Heraldo de Avilés, El Pueblo, La Verdad, hasta la aparición del hoy decano de la localidad, La Voz de Avilés, diario de la mañana fundado el 26 de enero de 1908 por Manuel González-Wes y Barrio, y que más tarde dirigió su hijo hasta la muerte de éste; actualmente lo dirige Ismael López Muñoz.

Esta es, en síntesis, la historia y evolución del periodismo asturiano que estudié con más extensión hace nueve años en un trabajo de unas ciento y pico de páginas publicado en el Boletín del Instituto de Estudios Asturianos, revista de erudición local. Allí ofrecí extensa bibliografía sobre el tema, siendo de destacar los desvelos y entusiasmos del escritor y periodista Manuel Fernández Avello, infatigable investigador de esta parcela historiográfica de la cultura asturiana.

El «Carbayón», árbol simbólico de la ciudad ovetense, según una fotografía de la época



Las REVISTAS LITERARIAS de ASTURIAS

(Núm. 1.º) Oviedo 19 de marzo de 1842. Precio 12 cuartos.

EL NALÓN
PERIÓDICO DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

A nuestros lectores.

A pesar de los grandes obstáculos que a la realización de nuestras promesas se oponían, principiamos hoy a cumplirlas, y no faltaremos a nuestro propósito, aunque para ello sean necesarios mayores sacrificios de los que hasta el presente hemos hecho.

A los interesantes artículos de historia, amena literatura y demás que en nuestro prospecto ofrecemos, añadiremos, con otras materias de utilidad general, los Boletines bibliográficos que más puedan interesar al público de quien lo esperamos todo; y ya que por ahora no nos sea posible alornar con viñetas esta publicación, la amenizaremos con variadas noticias y descripciones artísticas.

Retenidos solo decir dos cosas: 1.º Que en este periódico hallarán cabida cuantos escritos se nos remitan con el objeto de secundar nuestras nobles intenciones. 2.º Que nos aprovecharemos agradecidos de los consejos con que la crítica juiciosa y bien intencionada pueda guiarnos; al paso que miraremos con el debido desprecio las mordaces diatribas, digna ocupación de aquellos que no pueden tener otra.

GUERRA DE LAS COMUNIDADES.
Siglo XVI.

Entre los gravísimos acontecimientos que en el siglo XVI, siglo fecundo

ARO L. Oviedo 19 de Julio de 1853. NÚM. 6.

EL FICARO

NOVELISTAS EMERENTES.

Académico novel y hombre de perfecta historia, cómo nada para el el menagerio más fiel para el templo de la gloria.

Buete Pérez Galdós.

DESDE El Nalón a Trébole, por poner dos límites a la cronología historiográfica de las revistas literarias asturianas, el Principado ha tenido una magnífica floración de títulos periodísticos, como palestra inicial de vocaciones literarias, como expresión impresa de las corrientes artísticas y como hito representativo en la biografía de sus mejores figuras. Siempre hubo un impresor con ideales románticos, un editor con sueños de perennidad o un grupo de amantes de las letras dispuestos a dejar su huella en esa vida volandera, efímera para el tiempo y perenne para el afán hemerotequístico de los eruditos.

Este artículo no puede ser más que una pura síntesis, la panorámica vertiginosa de cientos de títulos—sí, cientos—, invocados al conjuro de este número monográfico dedicado a la Asturias literaria. Otra cosa no cabe. Que para eso están ahí los trabajos, estudios y bibliografías de un Máximo Fuertes Acevedo, un Ciriaco Miguel Vigil, un Fermín Canella y Secades, un Protasio González Solís y Cabal, un Rogelio Jove y Bravo, un Constantino Cabal, un Antonio L. Oliveros, etc. Y ya, en nuestros días, la tarea entusiasta de José María Martínez Cachero, Joaquín A. Bonet, Manuel Fernández Avello—con su propio nombre, o con el seudónimo de «Jesús Ochoa»—, Antonio García Oliveros, José Luis Pérez de Castro, y tantos y tantos más, que harían prolija esta lista, representa una vigencia enamorada de lo vernáculo y una pasión gustosa de ese pasado impreso, hecho ficha, monografía, ensayo, hallazgo y fervor.

La revista literaria que rompe el fuego en el pasado periodístico astur es El Nalón, «periódico de Literatura, Ciencias y Artes», aparecido en Oviedo en 1842, y duró poco, como un símbolo primigenio del destino fugaz de estas empresas del espíritu. En paginación correlativa, y en dieciséis páginas en cuarto, salió todos los domingos, desde el 19 de marzo de 1842 hasta el 17 de julio del

mismo año. Sus propios redactores se resistían a morir. Y en el último número aparecido, ese instinto de conservación que tienen muchos órganos periodísticos—y más si son producto del ímpetu juvenil—, en vez de decir «adiós» definitivamente, sólo dijeron «hasta luego».

Fue un soplo inflamado del Romanticismo español, cuyas llamas encendieron todos los rincones de España. Fruto de la exaltación entusiasta de un grupo de escritores mozos, en El Nalón se dieron cita, y años después llegarían a conquistar justa celebridad como periodistas y literatos, Juan Alvarez de Lorenzana—uno de los más preclaros editorialistas del periodismo español—, Ceferino Suárez Bravo, Ciriaco Miguel Vigil, el salmantino Ventura Ruiz Aguilera y el gallego Antonio Neira de Mosquera. Otros colaboradores fueron José María Albuérne, José Arias de Miranda, Enrique Fernández Poja, Rafael González Llanos, Plácido Jove Hevia, Miguel Menéndez Arango, Gabriel Ortiz, J. B. Posada, Silverio Palacio, Sabino Armada y otros.

El impacto de El Nalón en aquel Oviedo isabelino queda como autorreflejado en estos versos, aparecidos, con masoquismo entre ingenuo y delirante, en sus propias páginas:

En Oviedo un setentón
a otro tan viejo decía:
—Hombre, me gusta El Nalón.
¿El punto de suscripción?
—La calle de la Herrería.
—¿Quiénes son los redactores?
—El mayor es un chiquillo...
—¡¡¡Chiquillos!!! ¡Uf...!, habladores...
Lo copian de los autores,
dinero, vuelve al bolsillo.

Casi un decenio más tarde surgió otro semanario literario, con poco, sólo un poco más de vida, pues duró de junio a noviembre de 1853. Se tituló Album

de la Juventud. Fue dirigido por el profesor de Literatura de la Universidad de Oviedo, Juan Puente Villanúa, y su producto material (?) estaba destinado a los asilos benéficos. En aquella época en que la literatura no pasaba de ser miseria, botica y amor, el énfasis benefactor de aquellos jóvenes alevines de hombres de letras tiene raíces de anécdota becqueriana. Pero, así era la vida y la literatura. (¿Quién les iba a decir a aquellos bisoños plumíferos que un siglo después costaría más de un decenio intentar fundar un montepío para escritores? Y aún más que el intento, sigue siendo un deseo onírico, compartido por especialistas actuariales; ya que, naturalmente, uno cree, que el editor español es el primer adalid de esta esperanza social del escritor español.) En *Album de la Juventud* está el primer antecedente asturiano, vivo y actuante, de cómo donde está un profesor de Literatura sensible, surge la semilla de la propia creación literaria.

Y aquí sí que nos vemos obligados a dar un quiebro a la pura cronología para hacer un paréntesis grande, lleno de homenaje, tembloroso de respetuosa admiración al maestro Gerardo Diego. Pues una publicación literaria pura, ya entroncada en la historia de la literatura española, fue *Carmen* (1928-29), «revista chica de poesía española», que empezó a publicarse en Gijón, en diciembre, y de la cual aparecieron siete números, el último (6-7) en junio de 1929. En ella colaboró Miguel de Unamuno con una carta en prosa y verso, firmada con el seudónimo de «Un poeta enigmático y solo» y que tiene el interés bibliográfico de ser el único escrito que de él se publicó en España durante su destierro, a causa de su actitud, negándose a someterse a la censura. En las páginas de *Carmen* publicáronse trabajos de Vicente Aleixandre, Alvarez Piñer, Max Aub, Luis Cernuda, Cossio, Gerardo Diego, Federico García Lorca, Larrea, Martín, Prados, Romero, Adriano del Valle, Villalón y otros. Juntamente con esta revista salió *Lola* (1928), «amiga y suplemento de *Carmen*», de tono burlesco y de sátira contra los ataques a la poesía; en sus dos primeros números, *Lola* publicó la crónica del centenario de Góngora. Ambas revistas estuvieron dirigidas y animadas por el académico Gerardo Diego, a la sazón catedrático del Instituto Jovellanos. *Carmen* se imprimió en Santander y *Lola* en Sigüenza, pero ambas tuvieron su sede creacionista en el Real Instituto de Gijón.

Entornando otra vez los ojos sobre el pasado secular de la prensa literaria asturiana, veremos resucitar el título romántico de *El Nalón*, pero como un homenaje al primitivo título, convertido ahora en suplemento de *El Centinela de Asturias* (1854-56), con bellas litografías y grabados. Otro suplemento de tono serio la *Revista de Asturias*, que Protasio G. Solís regalaba mensualmente a los suscriptores a *El Faro Asturiano* (1858-59). Años después llegaría *La Revista Ovetense*, semanal, a la que seguiría *El Apolo* (1866), fundada por jóvenes estudiantes de la Universidad Literaria.

Punto y aparte merece *Juan Ruiz*, periódico dirigido, redactado y escrito a mano por Leopoldo Alas, y que duró de 1868 a 1871; en él dio «Clarín» —quien tomó el seudónimo a su paisano Dionisio Arruti y Pola— las primeras pruebas de su espíritu cáustico y su vena satírica.

Bajo el título de «Correspondencia», enviaba sus crónicas desde Madrid a *Ecos del Nalón* (1877-78) Armando Palacio Valdés. Esta publicación literaria ilustrada se vería continuada después por *La Revista de Asturias* (1878-82), semanario de ciencias, literatura y artes, dirigido por Félix Aramburu, y en el cual colaboraron los más distinguidos literatos y hombres de ciencia de la región y algunos foráneos. Esta revista tuvo una segunda época, de 1886 a 1889.

A imitación del *Gedeón* madrileño, apareció *Leño, candidato a concejal de Oviedo* (1901), semanario satírico al que dio título un popular mozo de cuerda de la capital del Principado, pintoresca hoja fundada por Ramón Pérez de Ayala, en colaboración con Ramón Alvarez y Benito Alvarez Buylla.

Como un eco provincial del ultraísmo, en 1919 surgió *Ultra*, hoja quincenal de literatura, que empezó a publicarse en noviembre, dirigida por Augusto Gullart, y en la cual colaboraron el pontífice de aquel movimiento poético, Rafael Cansinos-Assens, Gonzalo de Alvar, Joaquín de la Escosura y Luis Zubillaga. Tres años más tarde se haría memorable *Vetusta* (1921), editada por J. A. Vega, de la que fueron colaboradores, entre otros, Ramón Pérez de Ayala, Alfonso Camín, Leopoldo Alas Argüelles, Alfredo Alonso, Eduardo M. Torner, Ramón de las Alas Pumarino («Tomás Crespo»), Joaquín Mier y Vigil-Escalera, Ricardo Tamargo y otros.

Al paso de los años vendrán después la *Revista de la Universidad de Oviedo* (1940-19...), semestral; el *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* (1947-19...); la *Revista de Letras* (1950), de la Universidad ovetense; *Archivum* (1951-19...), de la Facultad de Filosofía y Letras, etc.

Si de Oviedo pasamos a Gijón, la nómina también es, sobre larga, fecunda: *Revista Universal* (1856); *La Comedia Gijonesa* (1889), versión local del *Madrid Cómico*, de Sinesio Delgado y Cilla; *Alma Asturiana* (1911); *Verba* (1926-27), revista mensual de ciencias, arte y sociología, dirigida por Torner, etc.

Dentro del Principado hay que recordar *Trébole* (1949), conjunto poético, aparecido en Villaróil (Navia), dirigida por Adolfo Gustavo Pérez.

Como dato curioso, señalaremos que en *El Porvenir de Laviana* (1890-93), periódico quincenal, fundado en aquella localidad por Eladio García Jove, y en el cual colaboró el canónigo Maximiliano Arbolea, editó don Ramón Menéndez Pidal, patriarca de las letras españolas y gran maestro de historiadores y filólogos, el primer trabajo de su vida; al borde del venerable centenario de su autor, es grato recordar que, como folletín de *El Porvenir de Laviana*, el 31 de agosto de 1891 comenzó a publicar don Ramón «Cuentos Populares de Asturias», trabajo que se terminó en el número del 25 de octubre de 1891; hallazgo venteadado hace nueve años por nuestro buen amigo Manuel Fernández Avello.

Fuera de Asturias—pero con el alma de la región en el tuétano de sus corondeles—habría que citar más, desde *La Ilustración de Galicia y Asturias* (1878), hasta ese Norte itinerante del viejo poeta Alfonso Camín, quien recorrió sus páginas por Madrid, Cuba y Méjico, desde que la fundara en 1929, la evocación del número de títulos de la prensa literaria asturiana aparecidos por diversos lugares del mundo harían inacabable este trabajo.

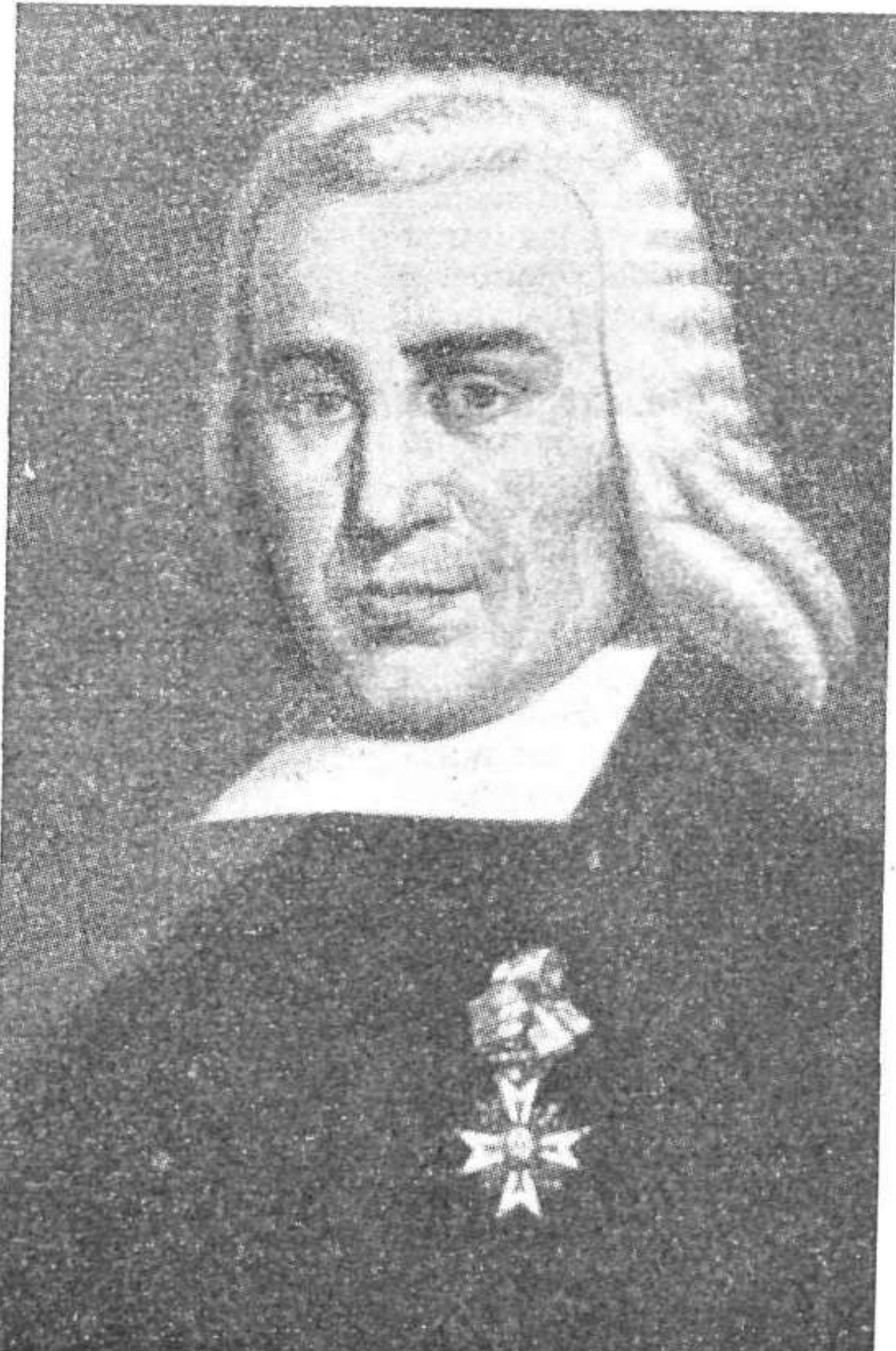
Trabajo de síntesis, repetimos, ya que en los ficheros de mi biblioteca me ahogan de espacio mil fichas detalladas de títulos, junto al material de las demás provincias españolas, varias docenas de libros, algunos centenares de recortes y la nostalgia de un ya viejo trabajo publicado en *Idea* bajo el título de «Nuevas aportaciones a la historia del periodismo asturiano», hace ya casi dos lustros.

DOS ASTURIANOS FRENTE A FRENTE en los UMBRALES de la ESPAÑA CONTEMPORANEA

Por JOSE NAVARRO LATORRE



Abate del siglo XVIII



Campomanes

ESTAMOS en el reinado del abúlico Fernando VI. Su falta de vocación gobernante—en la que tanto ha gravitado una niñez y juventud apesadumbrada por el egoísmo desbordante de su madrastra, Isabel de Farnesio—se acrecienta con la difícil perspectiva de la abierta rivalidad internacional que protagonizan Francia e Inglaterra y por la sorda y dura pugna interior entre los grupos de sus colaboradores más cercanos.

Es el 20 de julio de 1754. Silenciosamente, en la madrugada, un grupo de soldados de la Guardia Real rodean el palacio del hasta entonces omnipotente Marqués de la Ensenada, sito donde hoy radica el Ministerio del Ejército. Los oficiales que mandan el destacamento conminan a don Zenón de Somodevilla a levantarse del lecho, a entregarles las llaves de la casa y a que se vista rápidamente para acompañarles. Llevan una orden real de detención y destierro... Cuando los coches cruzan hacia la carretera que conduce a Granada al famoso ministro de Hacienda, de Indias y de Marina, las calles del polvoriento y caluroso Madrid están casi desiertas. Muy pocos se hallan en el secreto de este ruidoso «golpe de Estado» fraguado por el inteligente y rencoroso XII Duque de Alba, ejecutado por su protegido, el ministro de Estado don Ricardo Wall, y esperado con complaciente impaciencia por los embajadores de Portugal y de Inglaterra. Especialmente, el representante de S. M. Británica, Keene, tiene pronto en sus manos un breve mensaje, garrapateado en mal inglés por el propio Wall, en el que le refiere este gran triunfo político...

Toda Europa se conmueve al conocer la «desgracia» del Marqués de la Ensenada. Mientras la Corte de Londres se frota las manos creyendo ya segura la beligerancia del Imperio español a favor y en contra de Francia, el embajador de Luis XV en Madrid, el joven, presun-

tuoso y atolondrado Duque de Duras, apenas trata de explicar a Versalles su inexplicable inadvertencia de aquella intriga maestra. Están próximas a dialogar, por tierra y por mar, las armas galas y británicas y el disputado apoyo español puede ser decisivo. (Pero no llegarían a su colmo las esperanzas inglesas, pues la sangre familiar borbónica y la suspicacia indecisa del buen Fernando VI impedirían que el «partido inglés» alcanzara todos los frutos deseados de la espectacular caída del francófilo Ensenada.)

En este famoso suceso político van a clavar las raíces de sus respectivas trayectorias personales—decisivas, cada una por su lado, para la vida española transcurrida de doscientos años a esta parte—dos asturianos, casi coetáneos y casi vecinos de nacimiento: es el uno, Isidro López, nacido en Santianes de Pravia—a caballo del curso del Nalón—el 15 de mayo de 1721. Y es el otro, Pedro Rodríguez Campomanes, que vio la luz el 1 de julio de 1723 en Santa Eulalia de Sorriba, muy próxima aldea a la confluencia del Arganza con el Narcea. Ambos cursarán parte de sus estudios en Oviedo. No hay constancia de que se traten personalmente en su juventud. Pero sus caminos quedarán pronto fijados en vías paralelas cuyo entrecruce violento contemplará una enconada pugna político-doctrinal que dejará huellas indelebles en los «dos Españas» que los tienen como portavoces en la segunda mitad del XVIII, y, como símbolos, a lo largo del XIX y del XX.

Isidro López será pronto un jesuita famoso. En la órbita y con el mecenazgo de Ensenada, ampliará estudios en París (incluso pensó en él para crear en Madrid una Academia de Ciencias al estilo de la francesa). Pero su trayectoria en tal sentido quedó bruscamente truncada con la caída de su protector y amigo. Los acontecimientos se precipitaron y tras varios años de docencia en diversos Colegios de la Compañía, en abril de 1765, el Padre Isidoro López fue designado «Procurador general de la provincia (jesuítica) de Castilla», en la Corte de Madrid. Inteligente, habilísimo, con grandes dotes personales de penetración humana, pronto fue personaje destacado de la Corte de Carlos III, con amplias influencias y prestigio entre varios de los colaboradores domésticos del monarca, entre círculos de la nobleza y en los extensos ambientes sociales penetrados del prestigio de la Orden ignaciana. Sus cartas nos revelan un carácter agudo e imperioso a la vez, contaminado sin lugar a dudas por la fuerte preocupación política de muchos «abates» dieciochescos y manejándose con destreza y soltura inigualables en los ambientes madrileños de la alta sociedad de su época. Por si estas dotes evidentes no fueran de por sí suficientes, cuando Carlos III vino a España en 1759—¡oh la continuidad...!—levantó el destierro a Ensenada y el P. Isidro López pudo gozar de la estrecha amistad con el ex ministro, lo cual trabó entre ellos una íntima relación de alianza, de identidad de puntos de vista y de mutua y confesada admiración.

Más conocido es quien había de ser su enemigo irreconciliable: Pedro Rodríguez Campomanes ha tenido una juventud difícil en la que ha sabido abrirse paso a golpes de tenacidad y de estudio. Huérfano de padre, con estrechuras económicas, gana paso a paso su acceso a la Universidad en calidad de estudiante «manteísta»—es decir, de escolar pobre, frente al privilegio de los «colegiales» o miembros de los Colegios Mayores de signo clasista—pasando por las aulas de Oviedo y Sevilla. Abogado en Madrid desde 1746—año inicial del reinado de Fernando VI—, pronto encontrará su amparo en el poderoso don Fernando Álvarez de Toledo, XII Duque de Alba, que cuenta como juristas de su casa a hombres tales como el zaragozano don Manuel de Roda—ministro de Gracia y Justicia que será de Carlos III—y al murciano don José Moñino y Redondo, más tarde Conde de Florida-Blanca. Con tan poderoso tutor, Campomanes, además de ejercer con notorio éxito sus prácticas forenses y sus trabajos históricos, alcanzará puestos «oficiales». Precisamente, el primer cargo de su carrera política será el de asesor del Juzgado de Correos, que le otorga el ministro Wall en el año de 1755, inmediato al de la destitución de Ensenada...

Pronto su bufete y su despacho se hacen famosos en Madrid y en toda la Europa ilustrada. Sólidos informes, concienzudos trabajos de investigación y una dedicación apasionada al estudio van convirtiendo su figura en una de las más destacadas de la Corte. Y en toda su labor trasciende un fervor «regalista»—esto es, de defensa de las prerrogativas de la Corona frente a otros poderes, como el de la Iglesia (que defienden con singular celo, entre otros, los jesuitas)—, hasta el punto que, tanto por gratitud a sus protectores—Alba y Wall—, como por convencimiento doctrinario, se convertirá, en frase de Deforneaux, en el «capitán de la Ilustración española».

No ha salido de España como su paisano el P. López. Pero en su vertiginosa actividad se relaciona con juristas, historiadores y «filósofos» de más allá de las fronteras y poco a poco se convierte en primera figura intelectual del país. A Nápoles—donde Carlos reina esperando la inevitable sucesión de su hermanastro Fernando VI—llegan los ecos de esta fama. Y ya rey de España, el hijo mayor de la Farnesio y de Felipe V, hará de Campomanes el cargo más significativo—ya que no el más elevado—de su curriculum: fiscal del Consejo de Castilla (1762).

En los seis primeros años del gobierno de Carlos III, los dos asturianos van a conocerse como rivales enconados. Sus encuentros no son abiertos y fronteros, pues se valen, a veces, de partidarios comunes. Así, en la tremenda e inacabada polémica sobre las «Manos muertas»—es decir, del derecho real a la «desamortización», especialmente de la



Carlos III



Fernando VI

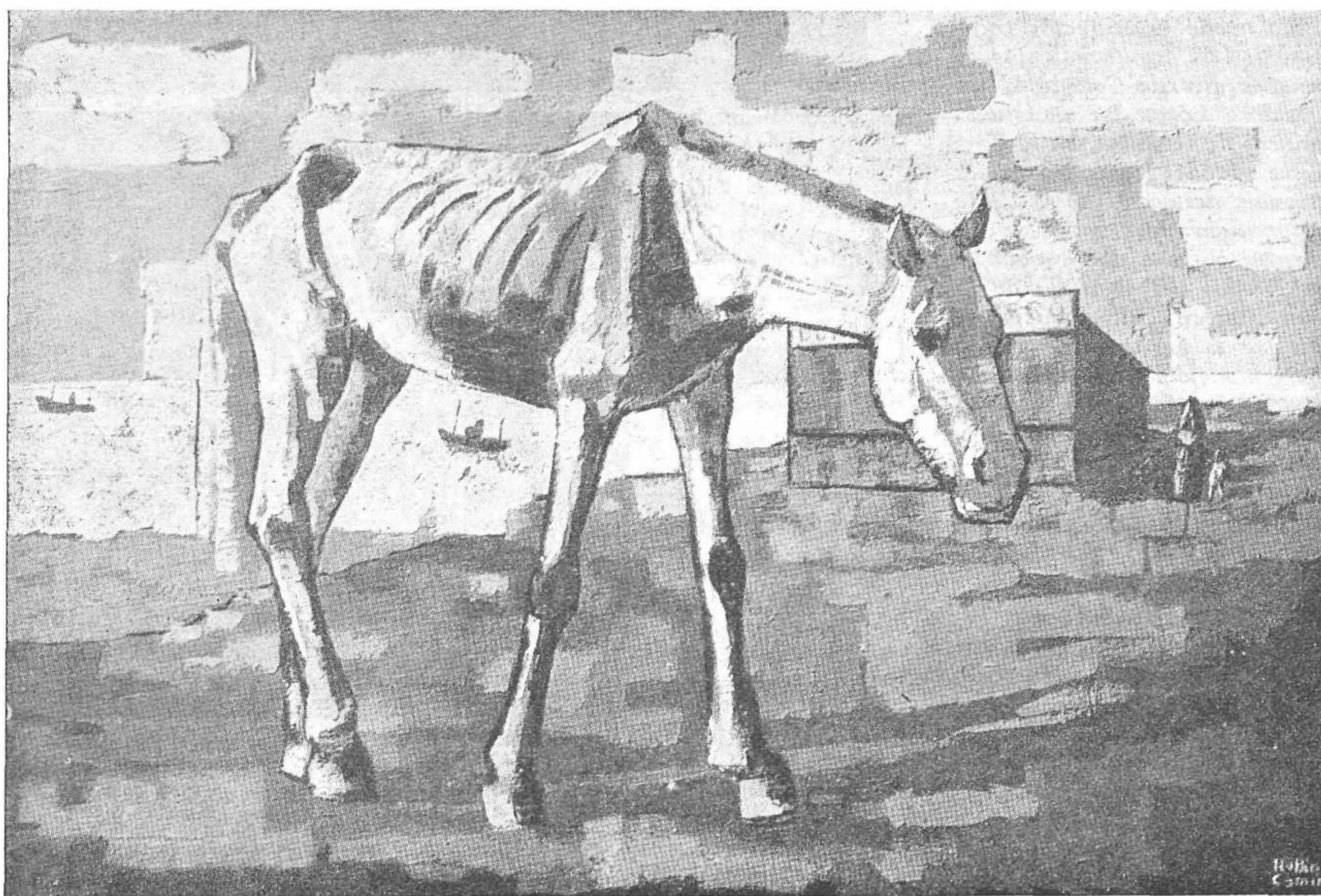
eclesiástica—los escritos y publicaciones de Campomanes son puestos en solfa por amigos personales del P. López, como serán el fogoso abate santanderino Padre Gándara y el jurista venezolano Hermoso de Mendoza... Ya los choques son directos, y por una y otra parte se dibuja una oposición de puntos de vista, de actitudes doctrinarias—y, como derivado de todo ello—de partidismos políticos cuyo estallido se siente cercano en el cargado ambiente cortesano de 1765 y 1766.

En la Semana Santa de este último año explota en las calles de Madrid el «Motín de Esquilache». Lo que comienza como una algarada popular contra una política de abastos y de extranjerismo (dos resortes emocionales constantes de nuestras agitaciones populares), se transforma en una rebelión abierta contra el Gobierno. Carlos III huye—tras humillarse ante los amotinados—a Aranjuez, con la familia real y acompañado de Esquilache. El poder se halla en el suelo. Ante el balcón de Palacio, la tarde del lunes santo, 24 de abril de 1756, gritos de la multitud han increpado al asustado monarca pidiéndole que vuelva Ensenada al Ministerio... La energía y buen hacer del conde de Aranda conseguirán más tarde establecer el prestigio de la autoridad política y el regreso del rey a Madrid...

Pero hay que buscar a los culpables de aquella clamorosa humillación de la persona y gobierno de Carlos III. Y he aquí el momento culminante y decisivo para la historia de España, que pone cara a cara a los dos asturianos. Quién acusará al P. Isidro López, como jefe y animador de la sublevación del pueblo madrileño, deseoso de influir en el ánimo indeciso de Carlos III para que su íntimo amigo, Ensenada, tornara al Poder; quién le hará responsable de la incitación e intento de beneficiarse del Motín—implicando además a todos los religiosos de la Orden a la que pertenece—; quién señalará como sus principales cómplices a Gándara, a Hermoso (y a Velázquez, marqués de Valdeflores), amigos notorios y estrechos del procurador general de la provincia de Castilla...; será el fiscal del Consejo Extraordinario, y máximo ponente del proceso o pesquisa secreta que siguió a la algarada madrileña, el manteísta del Narcea, Pedro Rodríguez Campomanes, vencedor, en este trance pleterico de consecuencias, del religioso del Nalón, el jesuita Padre López, quien, a no transcurrir un año, verá a su Compañía y a él mismo en el amargo destierro de Italia. Dos asturianos, casi de la misma edad, han abierto la honda trocha de las «dos Españas»...

LA PINTURA ASTURIANA ACTUAL

Por A. M. CAMPOY



«Paisaje con caballo», de Rubio Camín



«El farallón», de Joaquín Vaquero

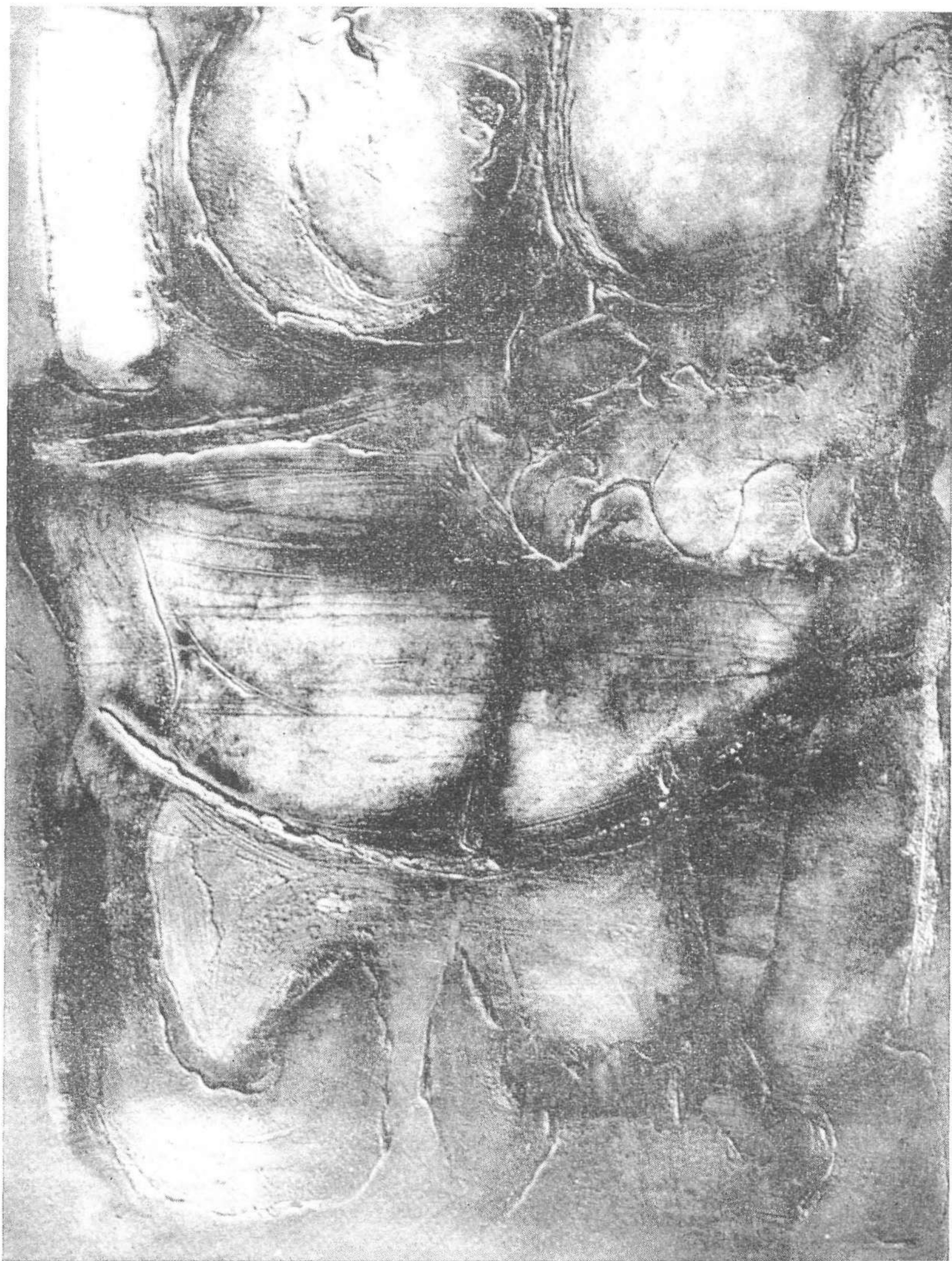
NO puede hablarse, cuantitativamente, de una pintura asturiana actual en la medida que podemos hacerlo de la pintura catalana o andaluza, gallega o castellana. Asturias, ciertamente, tiene hoy varios pintores importantes, muy significativos dentro del panorama de nuestras artes, pero la nómina de éstos es más bien reducida, diríamos que limitada, y así como es difícil hablar de abundancia de pintores asturianos es difícil también aludir a algo aproximado a una escuela, a la manera que podríamos hacerlo respecto de Barcelona o Madrid, lo cual, en cierto modo, es natural, pues estas ciudades han aglutinado una pintura que realmente sólo les pertenece por la adscripción del nombre. Hay, sí, una pintura vasca y una pintura madrileña, y Olot, Valencia y Almería tienen su propia pintura. Asturias, decididamente, no la tiene.

A lo largo de más de veinte años de visitante de exposiciones son escasos los pintores asturianos que yo pueda recordar, y en las obras panorámicas de Gaya Nuño, Larco, Sánchez-Camargo, Camón Aznar, Faraldo, Areán, Moreno Galván y tantas otras, no será fácil entresacar muchos nombres de pintores asturianos. Dejando aparte a Darío Regoyos, que, aunque nacido en Ribadesella, es un indudable pintor vasco, para componer una visión de la pintura asturiana actual tendríamos que partir de Evaristo Valle y de Nicanor Piñole, misterioso pintor el primero y muy mal conocido hasta hace poco, y cuya personalidad atrayente nos ha sido revelada por Lafuente Ferrari en un libro ejemplar Creo

que para estudiar la proyección ensoriana en España —quiero decir la del expresionismo alemán en su vertiente más costumbrista— será indispensable acudir a la obra extraña y brillantemente colorista de Evaristo Valle.

Nicanor Piñole, nacido en Gijón el año 1878 (al que Francisco Carantoña ha dedicado una magnífica monografía), es hoy el que, con palabras adecuadas a su edad, podríamos considerar el patriarca de la pintura asturiana, pintor excepcional cuyo nombre une Lafuente Ferrari al de Evaristo Valle. Piñole, aunque tal vez sea principalmente un pintor intimista, es autor de grandes paisajes asturianos, silentes, impregnados de no se sabe qué recóndita poesía, de una poesía que trasciende la mera apariencia, casi siempre bien pormenorizada por el pintor, salvo alguna que otra vez, que es cuando, para mi gusto, cobran más contemporaneidad los paisajes de Nicanor Piñole, tal vez el más auténtico pintor de Asturias, ya que los otros que relacionaremos son meros nacidos en ella, circunstancia que no es posible identificar en las obras que hacen.

Con la excepción posible de Paulino Vicente, en cuya pintura literaria y neoimpresionista sí es obligado encontrar referencias regionales. Yo, admirando su obra de gran formato, su vigoroso pulmón de colorista, dominador de amplios espacios, me inclino con todas mis preferencias hacia esos pequeños cuadros de lírico impresionismo en los que Paulino Vicente ha retenido, con el



«Composición», de Antonio Suárez

encanto de un momento de sosiego, el prestigio argentado de la luz. Son paisajes de reducidas dimensiones, sueltos de pincelada, aprehendidos en un dibujo menos inflexible, pintados con dicción leve y risueñamente definidora: muy sensible visión de rincones de España y de Italia. Gerardo Diego cree que más de un paisaje de Paulino Vicente puede parangonarse con los literarios de Pérez de Ayala, tan sensible al paisajismo natural y artístico.

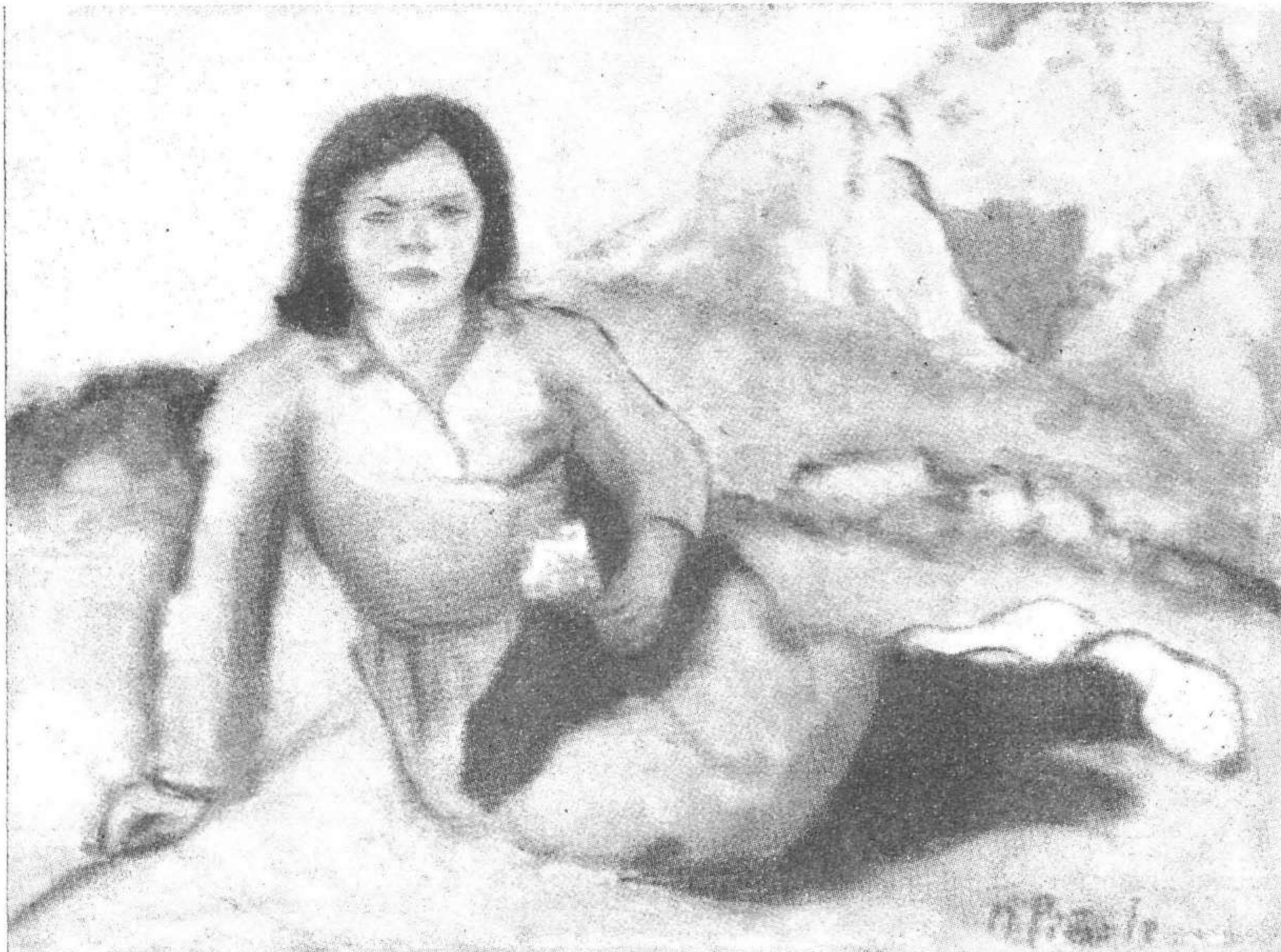
Joaquín Vaquero (Oviedo, 1900) es, aparentemente, otro paisajista, pero su coloreada geología ya no tiene que ver con su tierra natal. Joaquín Vaquero es pintor de más universales dimensiones, creador, no se olvide, de un nuevo orden estético en el paisaje. Camón Aznar ha definido nada menos que como un inédito espacialismo. Sus paisajes eran casi antropomorfos, pues aprovechaba las rugosidades de valles y montañas para fingir sobre ellos fantásticas figuraciones. En sus últimos cuadros, aunque conservando su vastedad esencial, la naturaleza se ha vestido de un caliente lirismo. Tras Joaquín Vaquero debe ir Antonio Suárez (Gijón, 1923), uno de los pintores más importantes que tenemos dentro de las estéticas que, provisionalmente, se han llamado de abstracción. Su penúltima obra, aunque racionalmente unida a la anterior, nos hace vislumbrar un Suárez sugeridor de morfologías más humanizadas, menos viscerales, como si el magma de sus texturas, hecho limo, alumbrara criaturas que, gradualmente, hubieran de consolidar su radiante belleza.

Joaquín Rubio Camín (Gijón, 1929), pasado en los últimos años a la escultura, ha sido —es— uno de los pintores de más delicada sensibilidad que hemos conocido, autor de paisajes y bodegones en los que la premeditada frialdad de los grises no conseguía nunca congelar el tibio encanto de su paleta. Y aquí tendríamos que hablar de un pintor que, aunque nacido en Santurce (1938), es vocacionalmente asturiano, por haber vivido allí parte de su vida y estar su pintura enraizada esencialmente en el folclore astur; pero hemos de pasar sin considerarlo por parecidas razones a las que nos hicieron no incluir a Darío de Regoyos, caso contrario, sí, pero observable en esta vertiginosa panorámica. Jesús Zuco (Sama de Langreo, 1928), puede catalogarse dentro de ese vago expresionismo abstracto que hasta hace muy poco se resistía a toda humanización.

Trinidad Fernández es una pintora asturiana cuya obra observé yo como un virtuosístico ejercicio de sutileza. Su casi infinita posibilidad de variar con los blancos puede ser, en efecto, el reflejo de un instinto pictórico delicadísimo, pero también es un puro oficio de pintar, al que ciertamente no le niegan nada ni las ingenuas grafías ni la obsesiva reiteración, ni es interferido por la poética invención que la pintora va nominando en sus composiciones. Trinidad Fernández es la pintora más significativa de las escasas pintoras asturianas que conozco.

PINTURA Y ESCULTURA DEL SIGLO XX EN ASTURIAS

Por CARLOS AREAN



«Pastora de Villamanín», por Nicanor Piñole



«Las cuidadoras de la pira», por Evaristo Valle

CON cuatro maestros venerables, ya desgraciadamente desaparecidos, los escultores Manuel Laviada, Víctor Hevia y Gerardo Zaragoza y el pintor Evaristo Valle, podemos iniciar esta panorámica del arte asturiano, e intentar luego, partiendo de la labor de éstos y otros anticipadores, definir en un momento intermedio sus características. Laviada poseía una concepción clásica de la forma, espiritualizaba la belleza del cuerpo femenino y procuraba en sus retratos pasar más allá de la forma y darnos un poco el espíritu del personaje. En sus mejores momentos tendía a una ordenación arquitectónica, con la que se anticipó, aunque fuese tan sólo a través de leves atisbos, a algunas de las preocupaciones de nuestra época. En el caso de Víctor Hevia conviene recalcar no sólo una dedicación similar a la de Laviada, sino que a él se debe, más que la reconstitución, la salvación de la Cámara Santa de la catedral de Oviedo, que supo tratar con el debido respeto, sin pretender sobreponer sus propias concepciones a las prerrománicas. En cuanto a Zaragoza, heredero de una estirpe asturiana de canteros que sabían atacar directamente el material, sin una previa maqueta en yeso, cabe destacarlo como autor de importantes retratos de impresionante vigor y rotundidad.

El pintor Evaristo Valle constituye tal vez, en unión del veterano Nicanor Piñole, tan prolífico en su fructífera ancianidad, el núcleo central y el origen de la nueva pintura asturiana. A ambos se debe el haber logrado recrear en dicha región un interés por este arte, y a ambos también la invención de un estilo que nos permite, aunque con reservas, hablar de pintura asturiana. Evaristo Valle conocía el posimpresionismo y había vivido largos años en París, donde sus predilecciones se inclinaban hacia la autonomía del color y hacia la fluidez libre del trazo. Cabe decir que su superación de los supuestos del impresionismo no se realizó desde dentro de la propia tendencia, sino afiliándose a la libre dicción de un Gauguin, aunque con menos preocupación por la pureza cromática. Su evolución lógica habría sido la de llegar a ser una especie de Matisse, pero tal vez el ambiente español de la época le impidió sobreponer enteramente en sus lienzos la supremacía de los valores cromático-caligráficos a las concesiones impuestas por el gusto imperante.

Antes de iniciar con la obra de Nicanor Piñole el estudio del arte asturiano todavía viviente, es de justicia recordar aquí que en una promoción anterior, era asturiano también el gran Darío de Regoyos, tan certeramente estudiado por Crisanto de Lasterra en una monografía reciente. Sabido es que Regoyos triunfó, tras sus estudios iniciales en Asturias, como pintor en Bélgica, en donde realizó una pintura fuertemente emotiva y de colores oscuros. Fue la época de su amistad con el gran poeta belga Emilio de Verharen. Fruto de la misma fue aquel

famoso viaje a España, del que salió el libro «La España negra», con textos de Verharen e ilustraciones de Regoyos. Cuando regresó a España, Regoyos fijó su residencia en el País Vasco, y es a esa región, o tal vez a Cataluña, donde también realizó parte de sus obras, a la que se halla más ligado. En Vasconia aclaró su paleta y evolucionó, primero, hacia el impresionismo puro y simple y, luego, hacia el neoespressionismo, modalidad en la que pintó algunos escasos lienzos, tal vez todavía más fragantes y limpios que los de Seurat. De todos modos, tal vez en esa constante de la madurez de Regoyos, consistente en su amor por los paisajes húmedos y las luces cernidas, haya un recuerdo permanente de su nativa Asturias, abandonada en su juventud, pero presente posiblemente en su alma y en su ideal estético, como añoranza y como sugerencia lumínica.

Entre los artistas asturianos todavía vivientes, es el gran maestro el ya citado Nicanor Piñole. Tal vez, como recuerda certeramente Lafuente Ferrari, no se ha hecho suficiente justicia a su obra, pero eso acaece muy frecuentemente en España con aquellos artistas que no han querido reñir a fondo la batalla en los grandes centros marchantes de Madrid, Barcelona o Bilbao. Piñole es un artista polifacético, que pinta tal vez más lienzos de los que puede absorber cualquier mercado normal, y que domina lo mismo los formatos inmensos que otros más bien reducidos. Se le suele elogiar principalmente a causa de sus paisajes y de sus retratos entre introspectivos y enternecidos, pero no deben ser olvidadas sus rápidas escenas callejeras, en las que capta con garbo la vida variopinta de su predilecto Gijón.

Entre los escultores veteranos, la máxima figura del arte asturiano actual es la de Sebastián Miranda, cuyo gracejo como conferenciante y escritor forma una entrañable unidad con su obra, buscadamente tradicional, pero trazado no obstante con esa soltura que parece constituir desde sus años mozos una constante en el autor.

A una generación intermedia pertenece Joaquín Vaquero, pintor cuyos paisajes antropomórficos arquean las formas dentro de una tensión a la que contribuyen grandemente su pincelada larga y bien cargada de materia perceptiblemente rugosa, pero no exageradamente avanzante.

Otros pintores notables entre los pertenecientes a nuestras promociones de anteguerra son Ignacio Lavilla, Manuel Medina, Mariano More, Luis Pardo, Casariego, Tamayo, Víctor San Juan, fallecido en plena juventud, y que habría podido llegar a ser una de las grandes figuras de nuestra pintura. Cualquiera de ellos sería acreedor, dentro de su pintura preocupada por la temática regional principalmente, a un estudio pormenorizado, el cual nos es imposible realizar aquí, debido a las dimensiones reducidas de este ensayo. Lo mismo cabría decir del escultor José Morán, perteneciente a esa misma generación, o de algún pintor del tipo de Purón Sotres, el cual, aunque no haya podido liberarse del academicismo, es serio y correcto en su pintura.

Llegados aquí, y antes de pasar a la obra de las nuevas generaciones, debemos hacer el antes anunciado alto en el camino. El gran arte asturiano hasta ahora estudiado, es, por su densidad, uno de los más importantes de España en este período, y se caracteriza, especialmente en lo que a la obra escultórica se refiere, por su tradicionalidad ma-

nifiesta. Artistas de auténtico garbo, como Nicanor Piñole, no quisieron quemar enteramente sus naves, dado que sentían un honesto respeto por la figura humana y por el objeto representado. Lo mismo cabe decir de Evaristo Valle, hermosa fusión de valores plásticos y líricos, pero que podría haber sido el verdadero creador del fauvismo español si cuando cansado de París y encerrado en Gijón hubiese considerado oportuno utilizar sistemáticamente el arabesco deformado y el color arbitrario que impusieron por aquellos mismos años en Francia sus compañeros de generación y tertulia.

Este tradicionalismo de la pintura y escultura asturiana se corta hacia 1948, coincidiendo con la gran renovación barcelonesa de Dau-al-Set y los Salones de Octubre. El milagro se debió a un grupo juvenil que frecuentaba en sus viajes a Madrid la tertulia de Eugenio d'Ors y que estaba decidido a defender a toda costa el derecho que tienen pintores y escultores a inventarse sus propias formas, en vez de inspirarlas en las de la naturaleza circundante, conquistándose así una autonomía estética similar a la que desde hace siglos se le ha reconocido a arquitectos y músicos. El gran pintor que rompe la marcha en esta nueva aventura es Antonio Suárez, sobre el cual no me extiendo aquí, dado que se le estudia por separado en otro artículo complementario de éste. Al lado de Suárez triunfaba entonces como pintor el hoy escultor Camín, cuyas formas en hierro o latón, violentamente expresionistas y ciclópeamente horadadas, constituyen buenos ejemplos de interpenetración entre el espacio interior de la obra y el que la individualiza en el exterior.

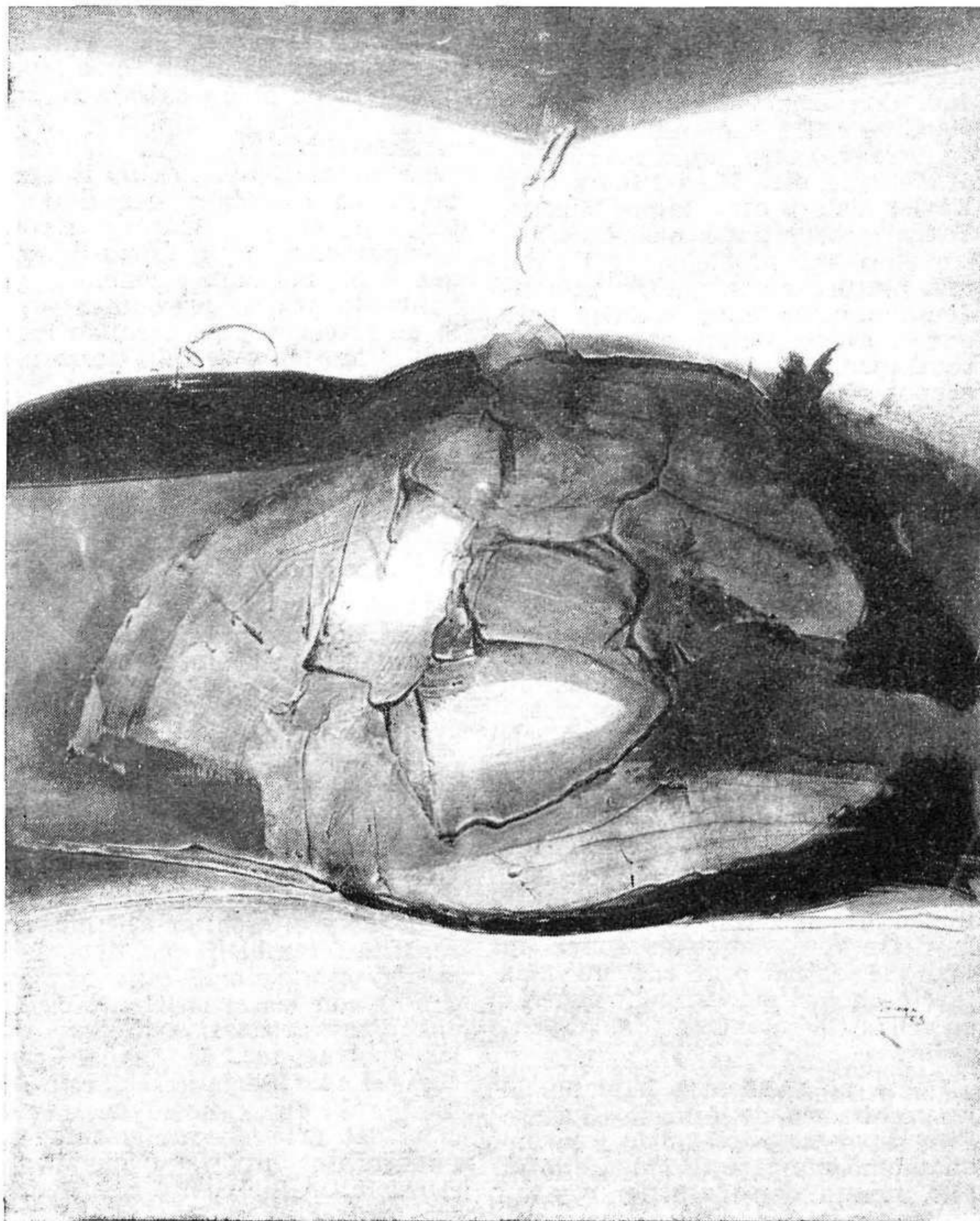
Recordemos también al grabador Adolfo Bartolomé, a los pintores Trinidad Fernández, casada con Camín, y a Ruperto Calabria, Barragaña y Magdaleno.

Como cierre de esta nota elegiremos un pintor y un escultor. Es el primero Orlando Pelayo, cuyos justísimos triunfos en París han llevado su fama a lo largo y ancho del mundo. Los leves cuadradillos entroncados con los que construye sus andamiajes de nueva figuración, son un buen ejemplo de riqueza cromática y factura rigurosa. Algo similar cabe decir, en lo que a rigor de la factura se refiere, del escultor César Montaña. Añadamos, de paso, que hacer nueva figuración en escultura es, debido a las dificultades del material, una empresa sumamente arriesgada, pero Montaña, adelgazando sus bronce u horadándoles con una medida llena de sabiduría, logra triunfar con pleno éxito en tan osada aventura.

Recordemos como moraleja final de este panorama brevísimo, que estos artistas que hoy pueden parecer más allá de las leyes heredadas en escultura y pintura, son en realidad los verdaderos tradicionalistas de nuestro momento. Un Suárez entre los pintores, un Bartolomé entre los grabadores y un Montaña entre los escultores están creando hoy las formas que tendrán vigencia en un futuro inmediato. Ellos se han asimilado todo lo que había de vivo en la herencia del pasado, pero lo han reestructurado a través de su sensibilidad actual. En dicho aspecto, su obra es clásica, sea cual sea la tendencia a la que se adscriban. Constituyen jalones importantes en ese gran río de la continuidad tradicional, y nos prueban, de paso, en cuán alta medida es fecundo y fructífero este arte asturiano de nuestro siglo, en el que se armonizan con raro equilibrio sabiduría heredada y capacidad innovadora.

La pintura de ANTONIO SUAREZ

Por ANTONIO DE CASTRO



«Castillo, 1963», por Antonio Suárez

ANTONIO SUAREZ es el más conocido entre los pintores asturianos del momento actual. Nació en Gijón en 1923, se estableció en Madrid en 1948, fue uno de los fundadores de *El Paso* en 1957 y se le galardonó con el *Primer Premio Internacional Mainichi*, en la *Bienal de Tokio* de 1960. Esta biografía esquemática nos permite ver cómo por una parte figura Suárez en esa plana mayor de nuestros pintores no imitativos que acaparó el cincuenta por ciento de los grandes

premios que se concedieron en bienales y grandes certámenes internacionales entre 1958 y 1963, pero nos hace ver, por otra, cómo no ha querido limitarse a la acción individual, sino que a través de su actuación conjunta quiso influir sobre los gustos del público y sobre la vocación de otros artistas durante ese decenio crucial que a partir de 1958 consolidó en España, bajo el signo de *El Paso*, las conquistas del decenio anterior, inaugurado plásticamente a tra-

vés de las anticipaciones de *Dau-al-Set* y de los *Ciclos Experimentales de Arte Nuevo*.

Comencemos, no obstante, con la labor del pintor. En 1946 abandonó Antonio Suárez sus estudios de perito industrial y decidió consagrarse exclusivamente a la pintura, vocación acuciante en él, pero que hasta dicha fecha había querido compaginar con su otra dedicación profesional. En ese mismo año 1946 realizó sus primeras exposiciones en Gijón, Oviedo y León. Era entonces Suárez un pintor relativamente tradicional, al que le preocupaba ya la expresividad de la materia y la densidad del empaste. Con acuchillados grandes y colores buscadamente turbios interpretaba unos paisajes asturianos en los que el verde infinito era sustituido a veces por unas tinieblas aborascadas que intensificaban la tensión y el forcejeo de las formas, en las que había ya una incipiente tendencia a las condensaciones centrales.

La etapa siguiente es la de París. Se extiende desde 1950 hasta 1954, pero durante ella Suárez no abandona definitivamente su radicación en Madrid y distribuye así estos cuatro años, pasando la mayor parte del tiempo en París, pero intercalando pequeñas temporadas en Madrid. Esta etapa de París es importante no sólo para Suárez, sino para una mejor comprensión de algunos fenómenos de la pintura española, cuya genealogía se oculta hoy cuidadosamente. Suárez vive su etapa negra en París, pero no es él el único pintor español que vive dicha etapa en esos mismos años y en esa misma ciudad. Con coincidencia absoluta y viéndose entre ellos muy a menudo, atravesó otra etapa negra Jordi Mercadé, otra Miguel Ibarz, otra Xavier Vals y otra Jaime Muxart. Todos estos artistas discutían entre ellos sus problemas y hacían una pintura en la que no pretenden denunciar lacras sociales, pero que la crítica posterior, cuando fue continuada años después por los grupos valencianos exaltados por Aguilera Cerni y Valeriano Bozal, decidió considerar como protestataria y juzgarla, por tanto, con valoraciones no pictóricas, sino extra plásticas. Lo que entonces hacía el grupo Suárez, Jordi, Ibarz, Vals, Muxart era simplemente pintar en negros, tal como había hecho Goya y Solana, pero multitonizar luego dichos negros o embeber en ellos matizaciones sumergidas en sepías o azules densos. Concretamente inicia aquí Suárez, en sus obras de este período, su contrastación entre zonas de materia raspada y otras en que el empaste avanza perceptiblemente en dirección al espectador. Suárez explica dicha factura contrastante indicando que tan sólo acumula la materia en aquellas zonas en las que desea provocar un más fuerte choque emocional y centrar en ellas la atención del espectador.

Hasta ahora hemos hablado de la prehistoria de Antonio Suárez. En 1954 regresó a Madrid y ya no abandonó nunca esta ciudad de la alta meseta, con luz hiriente y tonalidades cálidas. Sin dejarse influir por el ambiente cromático y lumínico de la ciudad, pero sí y muy profundamente por sus ideales plásticos, Antonio Suárez pasa a convertirse a partir de entonces en una de las figuras centrales de la *Cuarta Escuela de Madrid*, caracterizada por su no imitativismo y por la primacía absoluta que le concede a los valores plásticos y expresivos sobre los interpretativos.

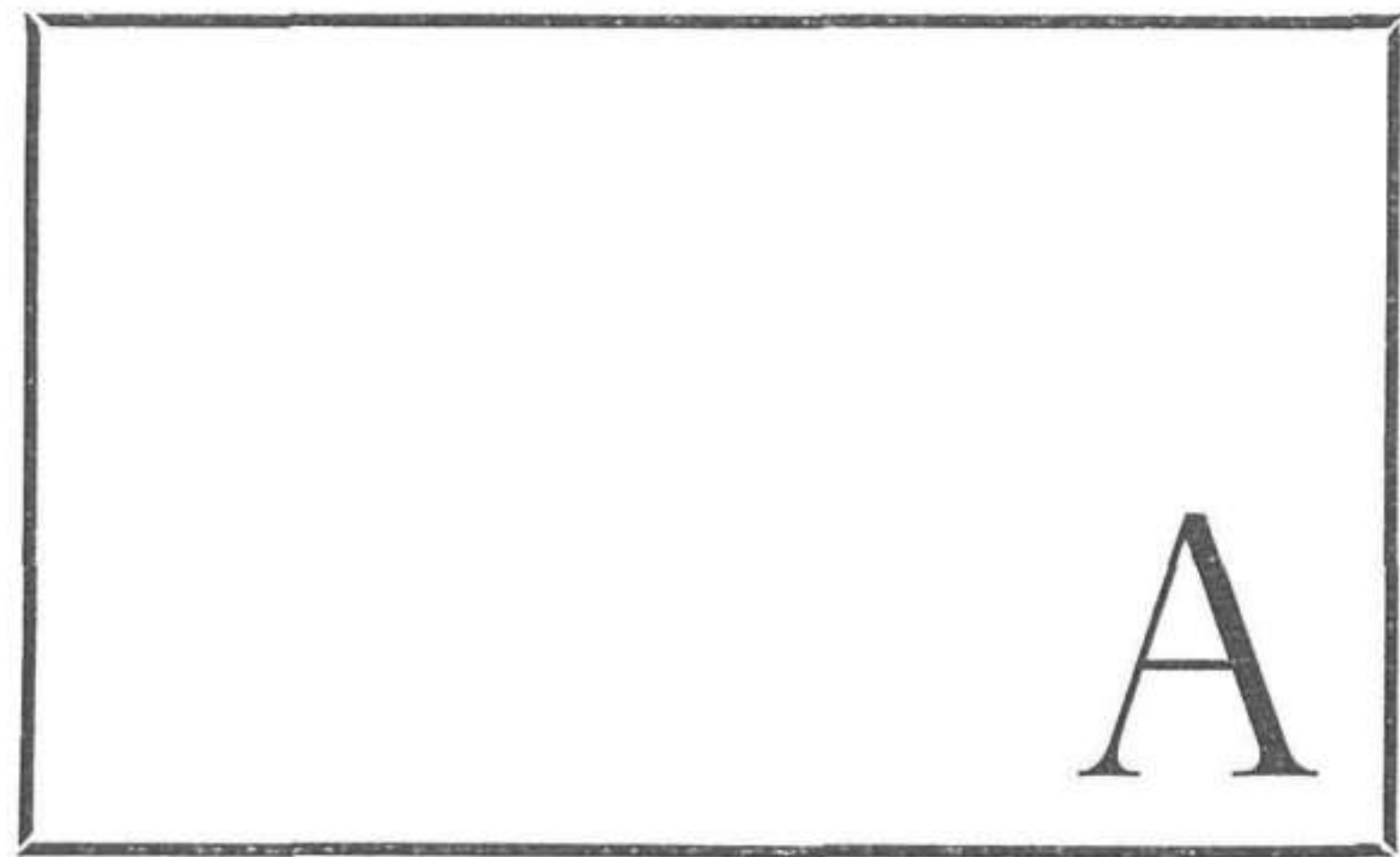
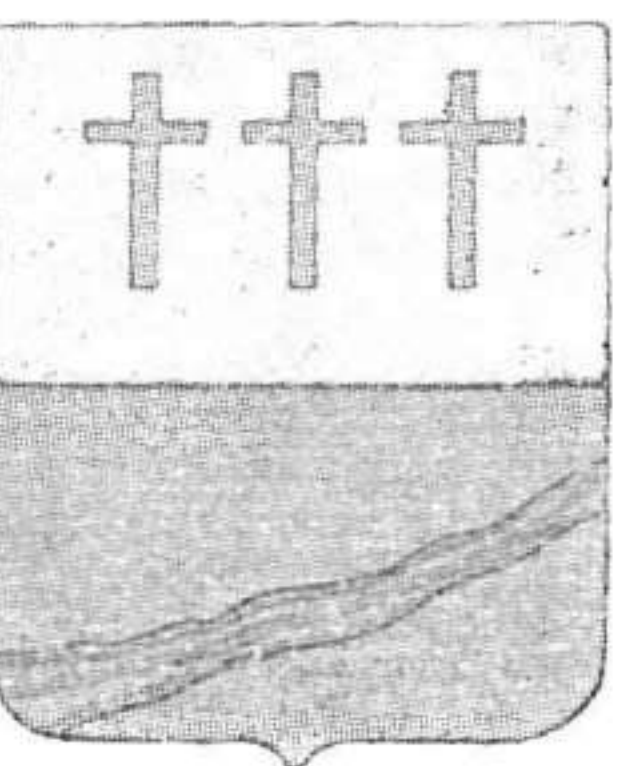
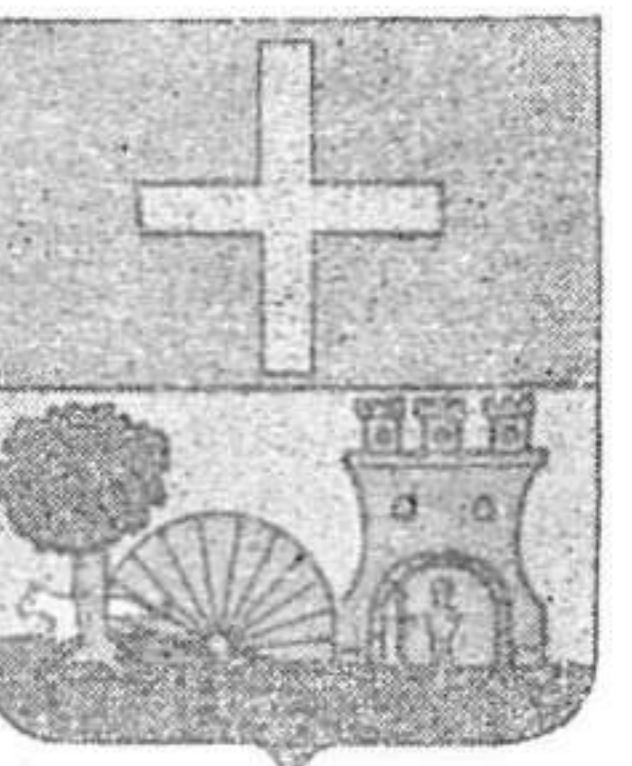
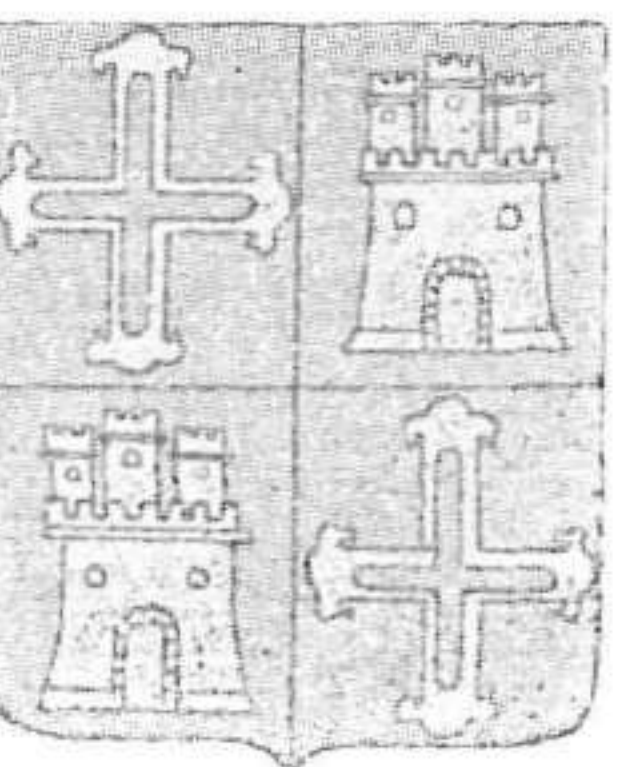
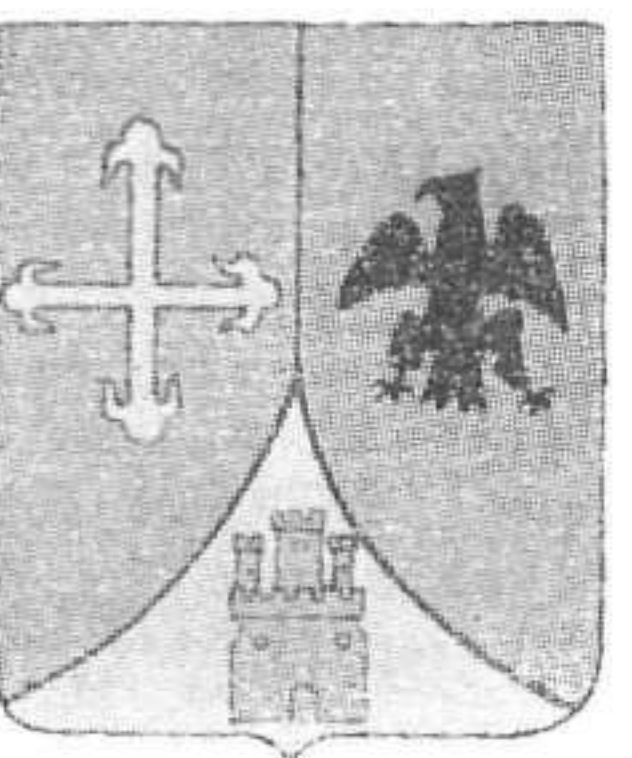
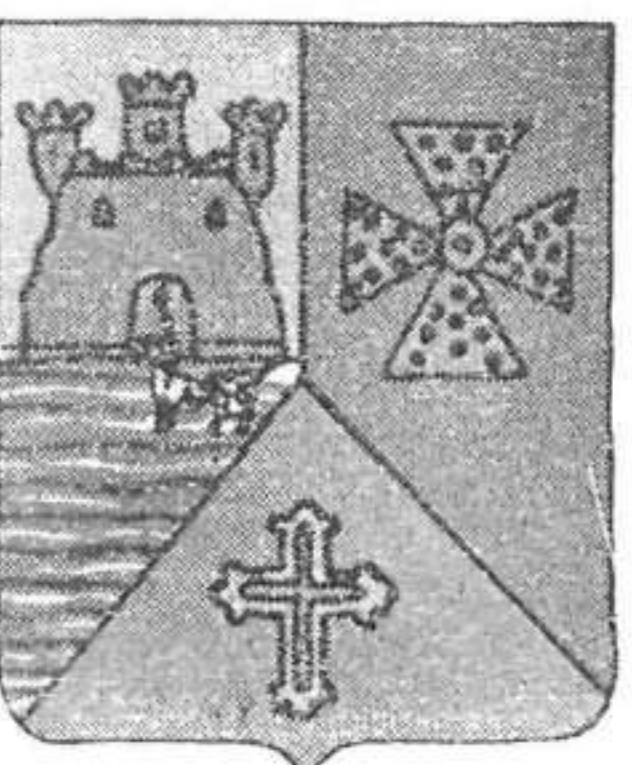
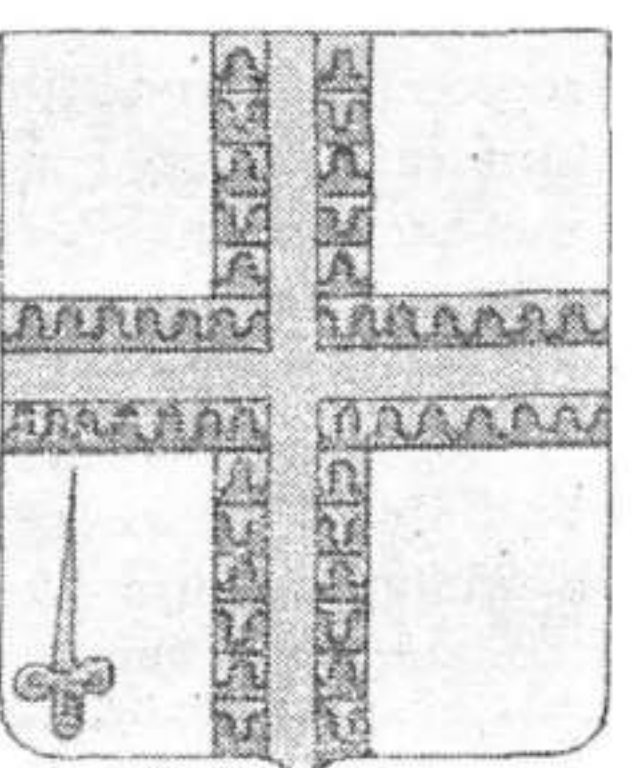
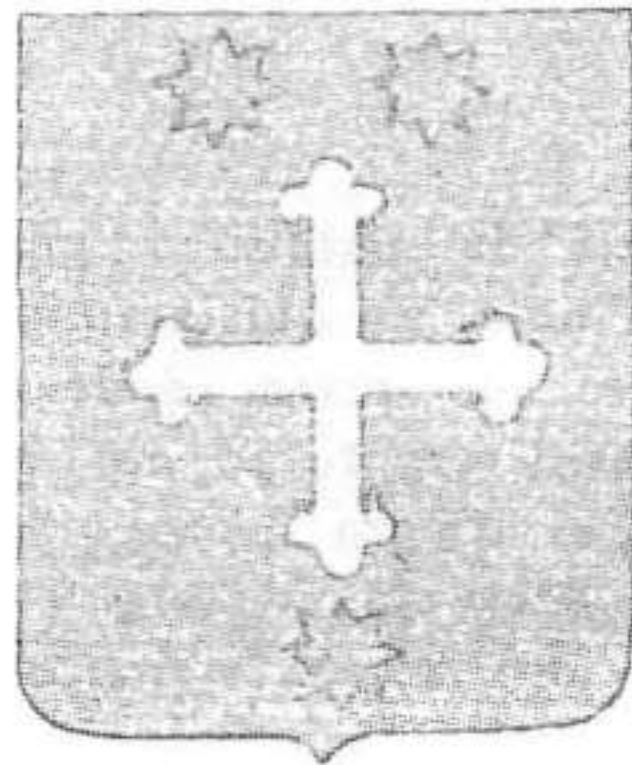
En esta ciudad de la luz infinita realiza Suárez una pintura monoluminica, y rodeado por este campo de sepías inacabables pinta exclusivamente en su nueva etapa, en blancos, marfiles, verdes estriados y sumergidos, negros emergentes y rojos de sangre. La ordenación de sus formas tiene un regusto fisiológico, con un recuerdo posible, más que de vísceras, tal

como alguna vez se ha pretendido, de una palpación de vida, con alusión a posibles seres o estructuras en gestación. En el aspecto estrictamente plástico realiza Suárez mucho más: pinta encadenando unos acuchillados inmensos, que no aplasta nunca íntegramente sobre el soporte. El entronque de estos acuchillados origina unas grandes superformas, con lo que Suárez, dentro de un encadenamiento de manchas fluctuantes, logra reinventar la primacía de la forma y dotar así, de nuevo, de rigurosa estructura a la pintura no imitativa, a la que el mal llamado informalismo había puesto en peligro de desintegración. Recordemos por añadidura que esta materia palpante de Suárez, estos acuchillados avanzantes, se abren en poros infinitos o aparecen rodeados por unas estrias como taludes, en los que el rojo y el negro se interpenetran. La fluidez cromática es así inacabable en Suárez, pero se halla puesta íntegramente al servicio de esta nueva invención de formas. Algo similar acaece con la factura, que aunque sea la más refinada con que hoy cuenta la Escuela de Madrid es tan sólo relativamente válida por sí misma, dado que su verdadera misión consiste en subrayar la elasticidad de las formas y en hacer visible esa palpación de vida que parece hallarse anclada dentro de ellas.

En el momento siguiente, que es el actual, Suárez no varía el encadenamiento de sus formas, pero aclara su paleta y toma como pretexto para el despliegue de sus acuchillados, cada vez más grandes, la estructura de algún torso femenino o la de algún paisaje acostado en lejanía infinita, que podría ser castellana en su amplitud si las resonancias verdes no le prestasen un nostálgico eco norteño. Llega así Antonio Suárez a la nueva figuración, de la única manera que a mí me parece viable, o sea habiendo pasado previamente por la abstracción y procurando luego que la alusión a seres o tierras sea algo así como un producto residual de su propia acción de pintar, pero no una decisión concreta, en la que a la anécdota se le hubiese concedido una indebida primacía sobre los propios elementos pictóricos de ejecución, cromatismo y composición.

Llegados aquí habríamos podido poner punto final, pero conviene recordar en seis líneas más al organizador que es Antonio Suárez y al hombre que desea poner su obra al servicio de la totalidad de un pueblo. De una reunión celebrada entre Saura, Millares, Ayllón, Rivera y Suárez surgió el grupo *El Paso*, en el que luego obtuvieron sus primeros justos triunfos esos pintores, así como Feito, Canogar y el escultor Chirino. Recordemos también que dentro de la trayectoria de *El Paso* hay que contar con las exposiciones de todos estos artistas, así como con las aportaciones de Juana Francés y Pablo Serrano. De esta labor de *El Paso* surgió la aceptación del arte de vanguardia por importantes minorías nacionales, y si existe un incipiente coleccionismo abstracto en Madrid, en Bilbao o en Córdoba, a esta semilla fructífera se debe en una medida nada desdeñable.

Recordemos también que Suárez compone grandes vidrieras, grandes murales y grandes mosaicos. Tiende así a lograr no sólo una integración de las artes en la arquitectura, sino también en la naturaleza y el urbanismo. Buen ejemplo de ello lo constituye ese inmenso mosaico suyo que cubre la totalidad del pavimento del *Parque de José Antonio*, en Oviedo, y que permite obtener una unidad estructural entre jardinería, red viaria y aportación personal del propio artista. Esta misión de servicio nos prueba la dignidad de Antonio Suárez en cuanto ser humano y corrobora su alta valía en cuanto artista.



ABAD QUEIPO, Manuel.—Nació en Santa María de Villarpedre el 26 de agosto de 1751. Ordenes sacerdotales hacia 1778. Murió a los setenta y cuatro años de edad. O. P.: «Representación sobre la inmunidad personal del Clero, reducida por la ley del nuevo Código...» (1799), «Representación a nombre de labradores y comerciantes de Valladolid de Michoacán...» (1805), «Escrito presentado a don Manuel Sixto Espinosa, del Consejo de Estado...» (1807), «Representación al Real Acuerdo de Méjico, como director del excelentísimo señor virrey Garibay...» (1809), «Exposición acerca de los intereses de España y Méjico» (1815) y otras.

ABASCAL, Fernando María.—Nombrado académico correspondiente de la Academia de la Historia el 20 de marzo de 1820.

ACEBAL, Francisco.—Nació en Gijón el 5 de abril de 1866. Escritor y periodista. Falleció en 1933. O. P.: «Aires de mar» (1901), «Huellas de alas» (1901), «De mi rincón» (1902), «De buena cepa» (1902), «Dolorosa» (1904), «Nunca» (1905), «El Calvario» (1905), «Rosa mística» (1909), «A la moderna» (1914), «El amigo Manso» (1917), «Los antepasados» (1920), «Ráfagas de pasión» (1924), «Penumbra» (1924).

ACEBAL DEL CUETO, Ricardo.—Ingeniero de Montes, escritor y dibujante. Nació en Gijón el 6 de febrero de 1849. Director artístico de «Revista de Asturias».

ACEBAL GONZALEZ, José.—Prosista y poeta. Nació en Pola de Lena en 1878. Falleció en 1904. O. P.: «Menestra. Versos y ripios» (1897), «Cuentos penales. Primera serie» (1900), «Cuentos penales. Segunda serie» (1901), «Roja y pinta» (1904).

ACEBAL Y GUTIERREZ, Juan María.—Nació en Oviedo el 8 de marzo de 1815. Poeta en bable y colaborador de periódicos. Falleció en 1895. O. P.: «Cantar y más cantar: Impresiones de Asturias» (1911).

ACEBAL Y MORAN, José Napoleón.—Nació en Gijón en 1806. Poeta en bable.

ACEBAL Y ROCHAMBEAU, David.—Poeta de mediados del siglo XIX. Nació en Cangas del Narcea.

ACEVEDO, Isidoro.—Nació en Luanco el 2 de enero de 1867. En 1905, director en Bilbao de «La Lucha de Clases», periódico. Periodista y escritor. O. P.: «Impresiones de un viaje a Rusia» (1923), «Ciencia y corazón» (1925), «Los topos» (1930).

ACEVEDO Y HUELVES, Bernardo.—Nació en Boal el 20 de mayo de 1849. Poeta, prosista y estudioso del folclore. Colaboró en periódicos. Académico correspondiente de la Historia y de la Lengua. Falleció en 1920. O. P.: «Dos poesías» (1883), «Últimos momentos de Jovellanos» (1891), «Los vaqueiros de alzada en Asturias» (1893), «Nociones de Derecho usual español» (1894), «Navia» (1901), «Vocabulario de las palabras y frases bables que se hablaron antiguamente y de las que hoy se hablan por el Principado de Asturias» (1898), «El romancero de los romances» (1915), «Vocabulario del bable de Occidente» (1932, prólogo de Menéndez Pidal) y otras.

ALARCOS, Emilio.—Nació en Madrid el 15 de enero de 1895. Se considera asturiano. Catedrático, conferenciante y escritor. O. P.: «Datos para una biografía de Gonzalo Correos» (1920), «El abate Marchena y Salamanca» (1925), «Meléndez Valdés en la Universidad de Salamanca» (1926), «Una teoría acerca del origen del castellano» (1933) y otras.

ALARCOS LLORACH, Emilio.—Eminente filólogo. Catedrático de Gramática Histórica en la Universidad de Oviedo. Autor de importantes obras sobre fonología, «Fonología española» (Madrid, 1950), de estudios sobre el «Libro de Alexandre», «La poesía de Blas de Otero» y otras.

ALAS, Jenaro.—Hermano de Clarín. Militar y escritor. Nació en Oviedo en 1845. Falleció en 1918. O. P.: «El darwinismo» (1887), «Memoria sobre la enseñanza popular» (1889?) y otras.

ESCRITORES ASTURIANOS

Fichas bio-bibliográficas

- ALAS, Leopoldo.**—Nació accidentalmente en Zamora el 25 de abril de 1852. Falleció en Oviedo el 13 de junio de 1901. Para su vida y obra ver los artículos publicados en este número. Reseñamos sus obras: «El Derecho y la moralidad» (1878), «Programa de Economía política y Estadística» (1878), «La literatura en 1881» (1882), «Solos de Clarín» (1882?), «Pipá...» (1883?), «La Regenta» (1884-85), «Sermón perdido» (1885), «Un viaje a Madrid» (1886), «Alcalá Galiano», «El periodo constitucional de 1820 a 1823», «Causas de la caída del sistema constitucional», «La emigración española hasta 1833» (1886), «Nueva campaña: 1885-1886» (1887), «Cánovas y su tiempo» (1887), «Apolo en Pafos» (1887), «Mis plagios», «Un discurso de Núñez de Arce» (1888), «A 0,50 poeta» (1889), «Rafael Calvo y el teatro español» (1889), «Benito Pérez Galdós: Estudio crítico-biográfico» (1913), «Mezclilla» (1889), «Su único hijo» (1890), «Museum» (1890), «Un discurso» (1891), «Alcance y manifestaciones de la instrucción de los trabajadores» (1891), «Doña Berta», «Cuervo», «Superchería» (1892), «Ensayos y revistas» (1888-92), «El señor y los demás son cuentos» (1892), «Palique» (1893), «Teresa: Ensayo dramático» (1895), «Crítica popular» (1896), «Cuentos morales» (1896), «El gallo de Sócrates» (1901).
- ALAS ARGUELLES, Leopoldo.**—Hijo de Clarín. Publicista y catedrático. Rector de la Universidad de Oviedo en 1934. Nació en Oviedo el 12 de septiembre de 1883. O. P.: «Proudhon» (1912), «Las fuentes del Derecho y el Código civil alemán» (1915), «De la usucapción» (1916), «De la prescripción extintiva» (1918), «Reorganización de nuestra enseñanza superior» (1922), «Derecho civil» (1929).
- ALAS PUMARIÑO, Armando de las.**—Nació en Oviedo en 1893. Abogado y escritor. Colaborador de periódicos. O. P.: «El engaño de las horas» (1913), «Las manifestaciones del regionalismo en Asturias» (1919), «Perspectivas asturianas» (1924).
- ALAS PUMARIÑO, Nicanor de las.**—Nació en Avilés el 29 de noviembre de 1870. Abogado, político y escritor. Falleció el 4 de julio de 1935. O. P.: «Verdadero regionalismo asturiano» (1918).
- ALAS PUMARIÑO, Ramón de las.**—Nació en Oviedo en 1879, probablemente. Escritor y colaborador de periódicos. Falleció en 1929. O. P.: «La hermana Esther» (1923).
- ALBORNOZ, Alvaro de.**—Nació en Luarca el 13 de junio de 1879. Abogado, político, escritor. Colaboró en periódicos, fundando algunos como «La Correspondencia de Aragón». Ministro de Fomento y de Justicia. O. P.: «No liras, lanzas» (1903), Individualismo y socialismo» (1908), «La libertad religiosa» (1910), «Ideario radical» (1913), «Estudios políticos» (1918), «El temperamento español: la democracia y la libertad». «El gran collar de la Justicia: Doctrina y polémica» (1930) y otras.
- ALBORNOZ, Aurora de.**—Nació en Luarca. Cultiva diversos géneros, de la poesía preferentemente. Profesora en la Universidad de Puerto Rico. O. P.: «Brazo de niebla» (1955), «Poemas para alcanzar un segundo» (1961), «Prosas de París» (1959), «Por la primavera blanca» (1962), entre otras. Gran estudiosa de la obra de Antonio Machado, ha dado recientemente para Editorial Losada de Buenos Aires la *Obra completa de Antonio Machado*.
- ALBUERNE, Daniel.**—Nació en Villanueva el 7 de noviembre de 1879. Poeta y prosista.
- ALBUERNE, José.**—Periodista. Nació en Teverga en 1883.
- ALBUERNE, José María.**—Nació en Oviedo, hacia 1823. Poeta y prosista. Colaborador de periódicos. Falleció en 1880. O. P.: «Los estudiantes del día», «Guirnalda real» (1844), «Asturias a su princesa» (1851).
- ALBURQUERQUE Y GONZALEZ, Alejandro Cándido.**—Nació en Pola de Lena. Falleció en 1895. Poeta y prosista. Usaba de varios seudónimos. En Francia, prosista de Jean d'Asturias. Corresponsal en España de la Academia Politécnica de París.
- ALCAZAR, Ricardo de.**—Nació en Villanueva el 17 de septiembre de 1884. Escritor residente en Méjico. Director de periódicos en ese país. O. P.: «Por el alma y por el habla de Castilla» (1922), «El cuental y la cuenta del oro de América...» (1927), «El tubo, las cruces y el caduceo» (1928), «Unión, futuro y confusión de la colonia española...» (1928), «Donaire» (1931), «Ofrenda al silencio» (1931), «Veinticinco minutos de silencio» (1932), «El libro en la mano» (1932), «Nuevo donaire» (1933) y otras.
- ALFONSO III.**—Nació en Oviedo en el 848 (otros apuntan el 849). Primogénito de Ordoño I y doña Nuña o Munia. Constantino Suárez: «Rey de Asturias en quien se puede decir que concluye la Monarquía asturiana... Alfonso III, el Magno, o el Grande, que también por este sobrenombre se le distingue, no sólo tiene en nuestra historia un puesto notable como caudillo victorioso e impulsador del progreso en su tiempo, sino, como ya se ha indicado, por el célebre *Cronicón* que lleva su nombre...» Falleció en Zamora el 19 de diciembre del año 912.
- ALONSO, Alfredo.**—Nació en Gijón el 9 de marzo de 1874. Poeta y prosista. Colaborador de periódicos. Fundó en Gijón la «Revista del Ateneo». Usó de varios seudónimos. Casi toda su labor permanece sin publicar. O. P.: «Los figos», «Pedrin, el marqués y el cura» (1923, novela corta). También se dedicó a la poesía, obteniendo numerosos premios.
- ALONSO, Eduardo.**—Nació en Murias de Aller en 1944. Premio Ateneo Jovellanos de Gijón 1967. O. P.: Chuso Tornos, peso pluma (1966).
- ALONSO, Fr. Enrique.**—Nació en Santa Eulalia de Manzaneda (Oviedo) el 10 de octubre de 1882. O. P.: «El conflicto religioso en México: Sus factores y su desarrollo» (1928).
- ALONSO BONET, Joaquín.**—Firma Joaquín A. Bonet. Nació en Gijón el 20 de octubre de 1891. Se ha dedicado a la poesía, al teatro y al periodismo. En 1914 fundó el «Gijón veraniego». Ha sido director de «El Comercio», «La Prensa» y «Voluntad». En la actualidad, cronista oficial de la villa de Gijón. O. P.: «Cantigas» (1921), «Don Guzmán de Castilla» (1931), «Momentos de Mallorca» (1932), «La noche de San Juan», «La flor de agua», «Carne mística» y otras. En el presente han salido dos tomos sobre la historia de Gijón y otro sobre las termas romanas de esta ciudad.
- ALONSO FERNANDEZ, Ceferino.**—Nació en Soto de Luiña el 10 de marzo de 1887. Investigador histórico. Falleció en 1920. O. P.: «Reseña histórico-descriptiva del monasterio y parroquia de San Pedro de Villanueva». Hoy monumento nacional (1915).
- ALONSO FUEYO, Sabino.**—Nació en Lada (Langreo) el 14 de enero de 1909. Abandona los estudios eclesiásticos en 1927. Catedrático de Filosofía y Letras. Ha dirigido varios periódicos, como «Levante» y «Arriba», donde ha realizado una gran labor en favor de los escritores por medio del suplemento literario. Actualmente se encuentra en Portugal. Ha publicado diversas obras.
- ALONSO RODRIGUEZ, Antonio.**—Nació en Montoto el 19 de octubre de 1877. O. P.: «El magisterio de la Iglesia y los estudios bíblicos» (1905), «Menéndez y Pelayo» (1912), «Batalla y santuario de Covadonga: Tradición, monumentos, historia» (1918). Cánigo doctoral.
- ALPERI, Víctor.**—Nació en Mieres en 1930. O. P.: «Como el viento», «Ruta y leyendas de Oviedo», «Dentro del río», «Anselmo, el pescador», «Los Papas del siglo XX», «Viejo retablo de titeres nuevos», «La batalla de aquel general». En colaboración con Juan Mollás: «Sueño de sombra», «Agua india» y «Cristo habló en la montaña».
- ALVAREZ, Carlos Luis.**—Nació en Oviedo el 14 de enero de 1931. Periodista que popularizó el seudónimo de «Cádido» en *A B C*. Uno de los mejores articulistas de la actualidad. Ha escrito numerosos ensayos literarios. Entre sus obras publicadas destacan «La rueda», «La India» y la recientemente aparecida, que recopila su sección de *A B C*, «Penúltima hora».
- ALVAREZ, Celestino.**—Nació en Villanueva el 11 de agosto de 1881. Escritor y periodista que residió desde su infancia en Cuba. O. P.: «Los balenses: Esbozos de su obra cultural», desde Cuba (1919).
- ALVAREZ, Fermín.**—Nació en La Carrera (Siero) el 16 de octubre de 1883. Residente en la Argentina. Escritor y periodista. O. P.: «Diario de un viaje a España» (1930).
- ALVAREZ, Fr. Paulino.**—Nació en Mieres el 14 de septiembre de 1850. Figura prestigiosa de la Orden de Santo Domingo. O. P.: «Santa Teresa y el padre Báñez» (1882), «Vida de la sierva de Dios sor Bárbara de Santo Domingo...» (1889), «Vida y martirio del V. Ilustrísimo Sr. Fray Melchor García Sampedro, obispo de Tricomía, protomártir asturiano» (1889), «Santa Catalina de Sena...» (1892) y otras.
- ALVAREZ, Lorenzo.**—Nació en Tineo el 23 de noviembre de 1891. Poeta y prosista.
- ALVAREZ, Melquiades.**—Nació en Gijón el 17 de mayo de 1864. Conocida figura política. O. P.: «Partido Republicano: Reforma de la enseñanza» (1905?), «El acta de Medina del Campo» (1907), «Discursos: Documentos parlamentarios» (1912), «Dictámenes sobre derechos, deberes y responsabilidad de los corredores de comercio» (1914), «Discursos» (1915), «Mensaje de la Corona» (1916) y otras.
- ALVAREZ, Nicanor.**—Nació en Oviedo el 26 de octubre de 1890. Pintor, pero también escritor. Su seudónimo es Alejandro Sirio.
- ALVAREZ, Ramón.**—Nació en Oviedo en 1840. Prosista y poeta. Estrenó en 1866 su obra de teatro «El corazón de un artista», en Avilés.
- ALVAREZ, Román.**—Hermano de Melquiades Álvarez. Nació en Gijón. Fundó con Ramón Pérez de Ayala y Benito Álvarez Buylla un periódico satírico: «Leño». Falleció hacia 1930.
- ALVAREZ, Valentín Andrés.**—Nació en Grado el 20 de julio de 1891. En 1925 fundó en Madrid, junto con Benjamín Jarnés y Guillermo de Torre, la revista «Plural». Estrenó obras de teatro. Novelista y poeta. O. P.: «Reflejos» (1921), «Sentimental-Dancing» (1925), «¡Tararí!» (1929), «Naufragio en la sombra» (1930) y otras.
- ALVAREZ ACEBAL, Cástor.**—Nació en Avilés en 1838. Profesor y escritor. Falleció en 1906. O. P.: «Programa de literatura preceptiva o lecciones de retórica y poética» (1871) y otras.
- ALVAREZ ACEBAL, Domingo.**—Nació en Avilés en 1846. Hermano del anterior. Matemático. Colaboró en periódicos. Poesía satírica. Falleció en 1924.
- ALVAREZ ACEVEDO, José María.**—Nació en Boal hacia 1890. Periodista. Fundó en La Habana la revista «Asturias».
- ALVAREZ ALBUERNE, Rodrigo.**—Nació en La Peña el 27 de abril de 1908. Colaborador de periódicos. Estrenó obras de teatro como «La prueba» y «Al son del roncón».
- ALVAREZ AMANDI, Justo.**—Nació en Oviedo el 28 de mayo de 1839. Catedrático. Colaborador de periódicos. Falleció el 19 de febrero de 1919. O. P.: «El martirio de Santa Eulalia de Mérida» (1877), «La elocuencia forense en Roma» (1878), «Apuntes histórico-literarios sobre la antigua Grecia» (1880) y otras.
- ALVAREZ AREBAS Y SECADES, Domingo.**—Nació en Oviedo en los primeros años del pasado siglo. Catedrático, juriconsulto. Falleció el 17 de abril de 1875.
- ALVAREZ BUYLLA Y GODINO, José.**—Nació en Oviedo en 1881. Abogado, político y escritor. O. P.: «Almas gemelas» (1907) y otras.
- ALVAREZ BUYLLA Y GONZALES ALEGRE, Adolfo.**—Nació en Oviedo el 1 de diciembre de 1850. Importante catedrático y político. Falleció el 27 de octubre de 1927. O. P.: «El socialismo de cátedra» (1879), «Elogio de Flórez Estrada» (1880), «La instrucción y la moralidad de las clases trabajadoras» (1881), «Economistas asturianos: Flórez Estrada» (1885), «Estudios sobre el concepto de la economía» (1887), «Derecho internacional» (1907), «¿Saint-Simon, socialista?» (1912) y otras.
- ALVAREZ BUYLLA Y GONZALEZ ALEGRE, Arturo.**—Hermano del anterior. Médico y publicista. Nació en Oviedo el 2 de junio de 1852. Publicó obras sobre su profesión.
- ALVAREZ BUYLLA Y LOZANA, Benito.**—Nació en Oviedo el 23 de febrero de 1879. Catedrático y escritor. O. P.: «Almas gemelas» (1907), «Una memoria y un cuento» (1918), «¿Preferiría usted ser animal?» (1923), «La pintura asturiana» (1924), «La música asturiana» (1925) y otras.
- ALVAREZ BUYLLA Y LOZANA, Plácido.**—Nació en Oviedo el 5 de abril de 1885. Hermano del anterior. Perteneció al Cuerpo consular. O. P.: «Estudios acerca de la hacienda de las corporaciones locales» (1911).
- ALVAREZ BUYLLA Y LOZANA, Vicente.**—Hermano de los dos anteriores. Nació en Oviedo el 4 de marzo de 1890. Perteneciente a la carrera consular y diplomática. O. P.: «La pintura contemporánea en España» (1922) y otras.
- ALVAREZ BUYLLA Y SAMPIL, Vital.**—Nació en Mieres en 1882. Colaborador de periódicos y escritor.
- ALVAREZ CASCOS, Fernando.**—Nació en Luarca el 29 de julio de 1889. Doctor en Derecho y escritor. Colaborador de periódicos.
- ALVAREZ CELLERUELO, Pedro.**—Nació en La Carrera (Siero) en 1782. Catedrático y magistrado. Presidente electo de la Academia Científica y Literaria de Oviedo.
- ALVAREZ CIENFUEGOS, Fr. Vicente.**—Nació en Villamejín el 29 de abril de 1863. Colaborador en periódicos.
- ALVAREZ DEL MANZANO, Faustino.**—Nació en Oviedo el 23 de noviembre de 1851. Catedrático y tratadista de Derecho mercantil. Falleció en 1916. Publicó diversas obras sobre su especialidad y fue académico numerario de la de Ciencias Morales y Políticas.
- ALVAREZ FERNANDEZ, Pedro.**—Nació en Oviedo el 19 de octubre de 1914. Novelista. O. P.: «Indecisión» (1944), «Mi hermano Emilio y yo» (1945), «La paradójica vida de Zorraustre» (1946), «Los Pimentel» (1950), «La espera» (1952), «Los desheredados», «El doctor Grijalbo» (1968) y otras.

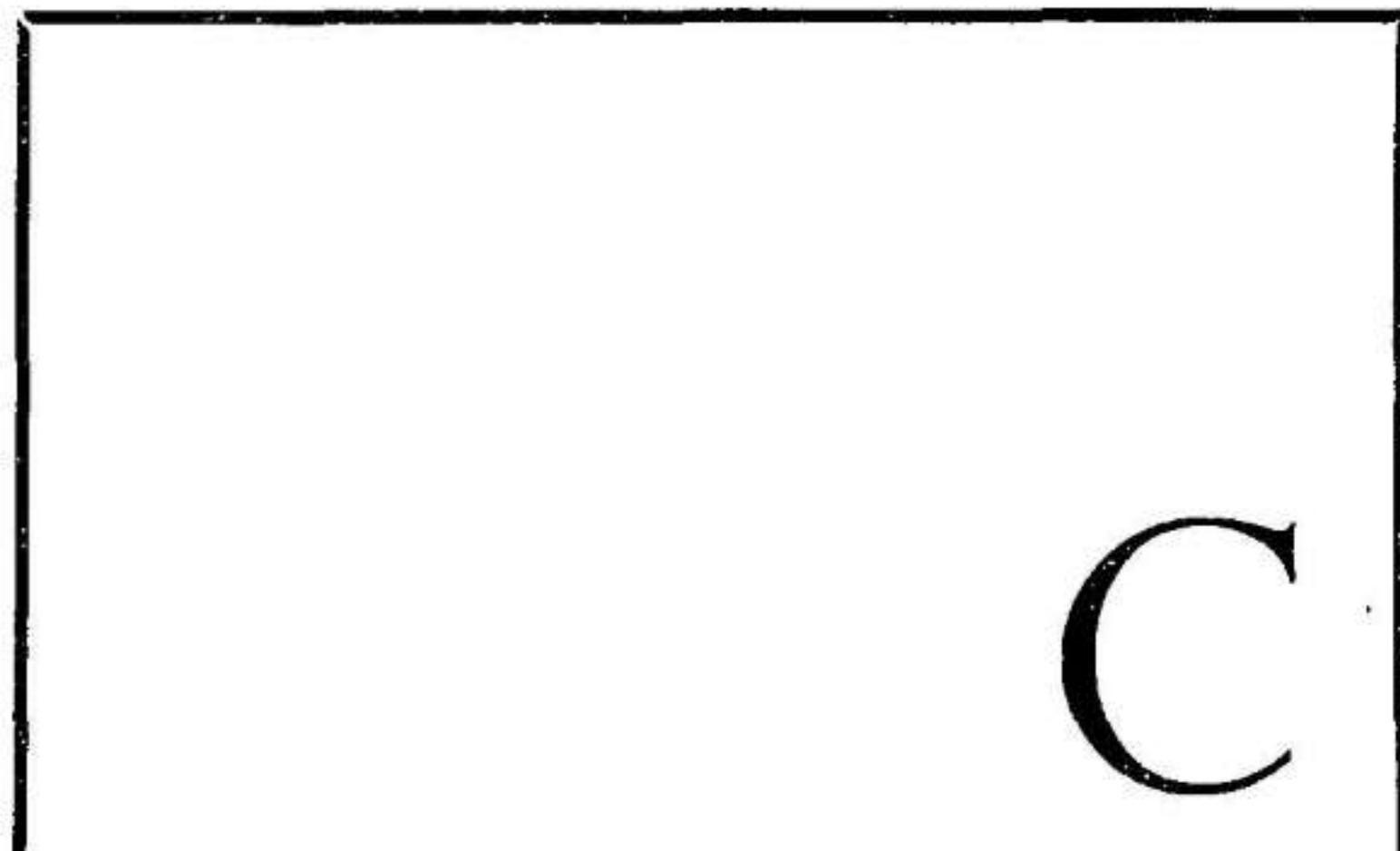
- ALVAREZ LORENZANA, Juan.—Periodista y político. Nació en Oviedo el 29 de agosto de 1818. Falleció el 15 de julio de 1899. O. P.: «Lorenzana y su obra» (obra póstuma que recoge artículos) y otras.
- ALVAREZ MARRON, Manuel.—Nació en Tineo en 1864. Escritor humorista. O. P.: «Burla, burlando» (1910); «Burla, burlando», segunda serie (1912); «Burla, burlando», tercera serie (1913); «Burla, burlando», cuarta serie (1920); «Burla, burlando», quinta serie (1925).
- ALVAREZ MARTINEZ DE VEGA, Luis A.—Aunque nacido en General Belgrano, provincia de Buenos Aires, el día 8 de marzo de 1916, se le considera asturiano. Poeta. O. P.: «Canciones de Asturias», «Trabajo y poesía», «Exaltación del trabajo en la lírica del bable» y «La mina, el taller y otras cosas».
- ALVAREZ MESA, Florentino.—Nació en Avilés en 1846. Periodista y político. Fundó el «Diario de Avilés», que desapareció en 1914. Falleció en 1926.
- ALVAREZ MESA, Horacio.—Hijo del anterior. Abogado y escritor. Nació en Avilés el 30 de noviembre de 1881. Fundó en Avilés una hoja semanal dedicada a literatura: «Los Domingos del Diario». Colaborador en diversos periódicos.
- ALVAREZ MONTEQUIN, Saturio.—Nació en Mieres el 19 de noviembre de 1831. Veterinario y comediógrafo. En 1849 fundó «El Eco de la Veterinaria». Falleció el 11 de junio de 1886. O. P.: «Prendas de amor» (1866), «Los hijos del vicio» (1866), «El huérfano» (1873), «La Virgen de Covadonga» (1874) y otras.
- ALVAREZ PERERA, Rodrigo.—Nació en Oviedo en 1798. Escritor satírico en prosa y verso. Falleció el 8 de enero de 1854. O. P.: «Calendario del año 1823 para la ciudad de Oviedo» (1823), «Palabras de un cristiano» (1839), «Ciencia de la vida o recreaciones morales en verso por un católico español» (1853).
- ALVAREZ-PINER, Luis.—Nació en Gijón en 1910. O. P.: «Gente alucinada» (1936), «Especie de esperanza» (1936).
- ALVAREZ-PINER, Luis.—Nació en Gijón en 1910. O. P.: «Gente alucinada» (1936), «Especie de esperanza» (1936).
- ALVAREZ QUINONES, Eduardo.—Nació en San Martín de Lónón el 29 de marzo de 1884. Autor de obras teatrales como «Tarde, mal y nunca» o «Portafolio cubano». Colaboró en periódicos españoles y cubanos.
- ALVAREZ ROBLES, Joaquín.—Nació en Mieres el 29 de julio de 1868. Poeta y prosista. Falleció en 1931. O. P.: «Episodios mineros o la odisea de un capataz» (1918) y otras.
- ALVAREZ SANCHEZ, Manuel.—Nació en Avilés el 7 de septiembre de 1869. Sacerdote y escritor. O. P.: «Leyendas avilesinas y curiosidades históricas de Avilés» (1902), «Impresiones de un viaje por Oviedo a Roma» (1913), «Una excursión por la isla de Cuba» (1921), «Avilés: Leyendas, apuntes de novela, anécdotas...» (1927), «Viñetas evangélicas» (1929).
- ALVAREZ SANTULLANO, Luis.—Nació en Oviedo el 8 de diciembre de 1879. Escritor y colaborador de periódicos. Tuvo diversos cargos políticos. O. P.: «Carrocera, labrador» (1926), «Hacia una escuela mejor», «La autonomía y la libertad en educación» (1927), «De la escuela a la universidad» (1930), «Los estudiantes» (1930), «Pinón» (1931), «Paxarón o la fatalidad» (1932), «Místicos españoles» (1934) y otras.
- ALVAREZ SANTULLANO, Manuel.—Nació en Oviedo el 23 de diciembre de 1844. Maestro, escritor y conferenciante. Obras sobre educación. Falleció en 1919.
- ALVAREZ VALDES, Ramón.—Nació en Oviedo el 17 de noviembre de 1787. Jurisconsulto y publicista. Falleció en 1858. O. P.: «Memorias sobre el levantamiento del principado de Asturias en el mes de mayo de 1808» (1899).
- ALVARGONZALEZ Y LANDEAU.—Nació en Gijón en 1854. Fue el primer director del diario «El Comercio», fundado en 1878. Falleció en 1910. O. P.: «La Escanda» (1908) y otras. Recientemente se editó «Excavaciones romanas en Gijón: Hallazgo y descripción de sus thermas en 1903», que estaba inédita.
- ALVARGONZALEZ LANQUINE, Romualdo.—Nació en Gijón el 7 de marzo de 1880. Político, escritor e ingeniero industrial. Publicó diversas obras de carácter industrial y económico.
- ALZUETA, Nemesio.—Nació en Trubia el 9 de julio de 1880. O. P.: «Galanterías» (1925), «En la edad del amor» (1925), «Nepe Zurbano: Niñez y adolescencia» (1931), «Nepe Zurbano en Buenos Aires» (1932).
- AMADO BLANCO, Luis.—Nació en Riberas de Pravia el 4 de abril de 1903. Personalidad científica y literaria. O. P.: «Norte» (1928).
- AMIEVA, Celso.—Nació en Cadexana en 1911. Profesor. Colaborador de periódicos. O. P.: «Los poemas de Llanes» (1955). Ha escrito también obras de teatro.
- ANCIOLA, Concepción.—Nació en Lluarca. En Argentina colaboró en varios periódicos y en la radio. O. P.: «Russalka».
- ANDRES ALVAREZ, Valentín.—Nació en Grado el 20 de julio de 1891. Ha sido catedrático de Economía de la Universidad de Oviedo. En 1925 fundó, junto con Guillermo Torre y otros, la revista «Plural». Humorista. O. P.: «Reflejos» (1921), «Sentimental dancing» (1925), «¡Tararí!», «Pim-pam-pum», «Naufragio en la sombra». Desde 1953, miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- ARAMBURU Y ARREGUI, Juan Domingo de.—Nació en Oviedo hacia 1802. Catedrático, jurisconsulto y escritor. Falleció el 9 de mayo de 1881. O. P.: «Manual histórico del Derecho español» (1860) y otras.
- ARAMBURU Y ZULOAGA, Félix Pío de.—Según Edmundo González Blanco, «Aramburu es, después de Jovellanos, el hombre representativo de la intelectualidad de Asturias». Nació en Oviedo el 5 de mayo de 1848. Fue rector de la Universidad de Oviedo en 1886. Ocupó otros importantes cargos en la vida cultural española. Falleció en Madrid el 30 de abril de 1913. O. P.: «Vida por honra» (1878), «Tres cuentos» (1879), «La nueva ciencia penal» (1887), «Monografía de Asturias» (1899), «Historia de pájaros que parecen de hombres» (1903) y otras.
- ARANGO, Benigno.—Nació en Santianes el 24 de marzo de 1883. Abogado y escritor. O. P.: «Amor y dolor» (1924), «Rosa María» (1930).
- ARANGO, Jesús.—Nació en Tirazo el 8 de mayo de 1869. Escritor, casi siempre en bable. Fundó «Eco de Cabranes», revista. Conocido por el seudónimo «Lin de Lon».
- ARANGO VALES, Antonio.—Nació en Cudillero en 1837. Poeta. Falleció en 1859. O. P.: «Ayer perdidos» (1859), «Suspiros del alma» (1859).
- ARBESUK, José.—Nació en Godos el 9 de febrero de 1877. Periodista.
- ARBOLEYA MARTINEZ, Maximiliano.—Nació el 9 de octubre de 1870 en Pola de Laviana. Canónigo y publicista. O. P.: «La misión social del clero» (1901), «Balmes: Enseñanzas políticas» (1909), «Balmes, periodista: Enseñanzas y ejemplos» (1914), «Cámara santa de la catedral de Oviedo» (1930) y otras.
- ARCE, Joaquín.—Nació en Gijón el 22 de julio de 1923. Catedrático de Lengua y Literatura Italiana en la Universidad de Madrid. O. P.: «España en Cerdeña» (1961. Premio Menéndez Pelayo 1956). Como especialista en literatura italiana ha publicado importantes trabajos acerca de Dante.
- ARCE, Manuel.—Nació en San Roque de Acebal el 13 de febrero de 1928. Reside en Santander. Dirige la revista de poesía «La Isla de los Ratonés». O. P.: «Llamada», «La Isla de los Ratonés», «Cualquier día de esta semana», «Carta de paz a un hombre extranjero», «Sombra de un amor», «Lettre de Paix a un homme étranger», «Testamento en la montaña» (premio Concha Espina 1955), «El anzuelo de la lubina» y otras.
- ARGÜELLES, Agustín.—«Una de las figuras más prestigiosas y venerables de todos los tiempos, que enaltece los nombres de Asturias y España ante el mundo. Como los de Campomanes, Jovellanos y algunos otros injustamente preteridos y olvidados, cual Flórez Estrada...», según Constantino Suárez. Nació en Ribadesella el 28 de agosto de 1776. Ocupó en su época cargos políticos de gran relieve. Falleció el 26 de marzo de 1843. El barrio de Argüelles de Madrid está dedicado a tan ejemplar persona. O. P.: «Catilinaria contra los reyes, papas, obispos, frailes, Inquisición, etc.» (1824. Según Fuertes Acevedo, esta obra es posible que se le atribuya indebidamente), «Apéndice a la sentencia pronunciada el 11 de mayo de 1825 por la Audiencia de Sevilla contra sesenta y tres diputados de las Cortes de 1822 y 1823» (1834), «Examen histórico de la reforma constitucional que hicieron las Cortes generales y extraordinarias...» (1835) y otras.
- ARGÜELLES INFIESTA, Julio Emilio.—Nació en Oviedo el 17 de octubre de 1855. Escritor y periodista. O. P.: «Biografía de los diputados asturianos de las Cortes de Cádiz» (1912), «Guía manual de Oviedo» (1913), «Guía municipal y descriptiva de Oviedo y su concejo» (1928), «Lazarillo asturiano» (1930), «Asturias en la mano» (1933), «Asturias descriptiva» (1934).
- ARGÜELLES PIEDRA, César.—Nació en Oviedo el 28 de mayo de 1843. Abogado y periodista. Falleció en 1920. O. P.: «Estatutos de la Unión Ovetense» (1880), «Crónica de la manifestación provincial contra la bajada de Pajares» (1881).
- ARIAS CARVAJAL, Pío.—Nació en Avilés el 6 de noviembre de 1873. Médico y escritor sobre temas profesionales y literato. Falleció en 1928. O. P.: «Lucecía Borgia» (1899), «Rigoletto, o el rey se divierte» (1899), «El barbero de Sevilla» (1899), «El trovador» (1899), «El desastre filipino: Memorias de un prisionero» (1899) y otras.
- ARIAS, David.—Nació en Avilés el 20 de enero de 1890. Abogado, poeta y novelista. O. P.: «Después del gas» (1935).
- ARIAS, Pedro G.—Conocido también por «El Cantor del Eo». Nació en Castropol el 24 de octubre de 1892. Poeta, colaborador de periódicos. O. P.: «El bajel de la felicidad: Poema del Eo-Asturias y Galicia» (1919), «María: Segundo poema del Eo» (1931), «Firmamento humano» (1950), «La estrella del Eo» (1952).
- ARIAS CAMPOAMOR, José F.—Nació en Figueras el 8 de abril de 1896. Marino y literato. O. P.: «Recelo» (1924), «La fragata rebelde» (1935).
- ARIAS Y FERNANDEZ VIÑAS, Enrique.—Nació en Lluarca en 1856. Falleció en 1930. O. P.: «Ocios de un artesano» (1895), «María Luisa» (1919), «Memorias de un novio viejo en sus bodas de oro» (1924).
- ARIAS IGLESIAS, Ana.—Nació en Avilés el 3 de agosto de 1900. Poetisa. O. P.: «Pájaro azul» (1932).
- ARIAS DE MIRANDA, José.—Nació en Grado en 1795. Falleció en 1890. O. P.: «Noticias de la guerra de Independencia en Asturias» (1863), «Exposición crítica del sistema colonial de España...» (1876) y otras.
- ARIAS VALDES, Nicanor.—Nació en Oviedo, probablemente después de 1840. Falleció en 1890. O. P.: «Cuadros de costumbres» (1890).
- ARIAS DE VELASCO, Jesús.—Nació en Sama el 27 de abril de 1868.—Catedrático, escritor y magistrado. Publicó obras de carácter profesional.
- ARMADA VALDES, Alvaro.—Nació en Oviedo el 1 de mayo de 1817. Varios títulos nobiliarios, entre ellos el de conde de Revillagigedo. Falleció en su palacio de Gijón el 23 de junio de 1889. O. P.: «Poesías» (1846), «Romances» (1864).
- ARMIÑAN, Concepción G.—Nació en Robledo en 1895. Escritora. O. P.: «El amigo traicionado» (1929).
- ARMIÑO DE CUESTA, Robustiana.—Nació en Gijón en 1821. Escritora. Falleció el 17 de junio de 1890. O. P.: «Poesías» (1851), «Flores del Paraíso, o educación de la infancia» (1852), «Fotografías sociales» (1861-63, dos tomos), «Las virtudes capitales: Contra soberbia, humildad» (1865), «El ángel de los tristes: Dramas de la costa» (1880).
- ASTUR FERNANDEZ, Néstor.—Nació en Gijón en 1910 (?). Poeta y colaborador de periódicos. O. P.: «Del silencio y el olvido» (1949), «Ronda de cantares» (1950), «Metal de voz» (1952).
- AVELLO CASTRILLON, Juan.—Nació en Lluarca el 19 de febrero de 1673. Obispo de Oviedo. Rector de la Universidad en 1713. Falleció el 30 de octubre de 1744. Publicó obras de carácter religioso.
- AYESTA, Julián.—Aunque nacido en Madrid—17 de agosto de 1893—, se le considera asturiano. Abogado, periodista y político. Dirigió «El Comercio», de Gijón, en 1919.
- AYESTA, Julián.—Hijo del anterior. Nació en Gijón en 1919. Diplomático. También se dedica al periodismo. Escribe obras teatrales. O. P.: «Helena, o el mar del verano» (1952).
- AZA, Bernardo.—Nació en Pola de Lena el 5 de febrero de 1887. Escritor y político. Fue vicepresidente de la Editorial Católica, de Madrid. Fundó en Oviedo, en junio de 1923, el diario «Región».
- AZA, Gerardo.—Hermano de Vital Aza. Nació en San Félix de Valdesoto el 4 de noviembre de 1855. Escritor y hombre de negocios. Falleció en 1917.
- AZA, Fr. José Pío.—Nació en Pola de Lena el 12 de junio de 1865. Religioso dominico, misionero y escritor. O. P.: «Vocabulario español-machiguenga» (1923), «Estudio sobre la lengua machiguenga» (1924), «Vocabulario español-huarayo» (1928) y otras.
- AZA, Vital.—Nació en Pola de Lena el 28 de abril de 1851. («Al despertar la mañana, — tras una noche serena, — y en fecha ya muy lejana, — nació en la Pola de Lena, — hermosa villa asturiana.») Falleció en Madrid el 13 de diciembre de 1912. O. P.: «Basta de matemáticas» (1874), «El pariente de todos» (1874), «La viuda del zurrador» (1874), «Desde el balcón» (1875), «El autor del crimen» (1875), «Aprobados y suspensos» (1876), «Noticia fresca» (1876), «Paciencia y barajar» (1877), «Calvo y Compañía» (1877), «Con la música a otra parte» (1878), «Llovido del cielo» (1879), «La ocasión la pinta calva» (1879), «¡Adiós, Madrid!» (1880), «De tiros largos» (1880), «La primera cura» (1880), «La calandria» (1880), «El hijo de la nieve» (1881), «Prestón y Compañía» (1881), «Parientes lejanos» (1881), «Carta canta» (1882), «Robo en despoblado» (1882), «Las codornices» (1882), «Juego de prendas» (1883), «Tiquis... miquis» (1883), «Pensión de demosiellas» (1884), «San Sebastián, mártir» (1885), «Parada y fonda» (1885), «Boda y bautizo» (1885), «Perecito» (1885), «La almoneda del tercero» (1885), «Coro de señoras» (1886), «Los tocayos» (1886), «El padrón municipal» (1887), «Los lobos marinos» (1887), «El sombrero de copa» (1887), «El señor gobernador» (1888), «El sueño dorado» (1890), «Su excelencia» (1890), «El señor cura» (1890), «El rey que rabió» (1891), «El oso muerto» (1891), «Todo en broma» (1891), «Militares y paisanos» (1893), «Villa Tula» (1893), «Zaragüeta» (1894), «Chifladuras» (1894), «Teatro moderno» (1894), «La rebotica» (1895), «La praviana» (1896), «Bagatelas» (1896), «Venta de baños» (1897), «La marquesita» (1898), «Ni fu ni fa» (1898), «La sala de armas» (1898), «Pamplinas... de Vital Aza» (1899), «El afinador» (1900), «Plutarquillo: Biografías festivas de personajes célebres» (1901), «Ciencias exactas» (1902), «Clavellina» (1903), «El prestidigitador» (1904), «Francfort» (1905), «Chiquilladas» (1905), «El matrimonio interino» (1907), «Frivolidades» (1909), «Broma y más broma» (1912).
- AZA, Vital.—Hijo del anterior. Nació en Mieres del Camino el 16 de junio de 1890. Médico. Publicó diversas obras sobre su profesión.

B

BADA, José Manuel.—Nació en Caravia la Alta el 28 de octubre de 1889. Periodista (de especial interés son sus entrevistas con Tagore y Conan Doyle) y literato. Doctor en Filosofía por el Oskaloosa College. Iowa.

BADA, Juan José.—Nació en Nueva (Llanes), el 28 de noviembre de 1888. Médico, colaborador de periódicos y autor de obras sobre su profesión.

- BALBIN DE RODRIGUEZ, María.—Nació en Caravia el 7 de marzo de 1877. Poetisa y prosista en bable y en castellano. O. P.: «Añoranzas» (1930).
- BALBIN DE UNQUERA, Antonio.—Aunque nacido en Madrid el 22 de abril de 1842 se le considera asturiano. Brillante personalidad científica. Colaboró en diversos periódicos nacionales. Falleció el 14 de octubre de 1919. O. P.: «Arqueología egipcia», «Andrés Bello: Su época y sus obras», «Reseña histórica de la Beneficencia en España» y otras.
- BALBIN DE VILLAVERDE, Francisco M.—Hijo del anterior. Cultivador de la poesía en bable. O. P.: «De la mió Asturias: Poesías» (1926).
- BALBIN DE VILLAVERDE, Rafael.—Hermano del anterior. O. P. «Peñas cántabras: Novela original asturiana» (1908).
- BANCES CANDAMO, Francisco Antonio de.—Nació en Sabugo el 26 de abril de 1662. O. P.: «Obras líricas» (1720), «Poesías cómicas» (dos tomos), «Sangre, valor y fortuna», «La inclinación española y musulmana nobleza, el imposible mayor en amor le vence amor», «La mística Monarquía». Destacó principalmente como poeta y dramaturgo.
- BANCES CONDE, Juan.—Nació en Pravia el 12 de octubre de 1863. Abogado y escritor. Colaborador en periódicos, publicó obras relacionadas con su profesión.
- BANCES Y VALDES, Antonio Juan de.—Nació en Riveras de Pravia hacia 1780. O. P.: «Noticias históricas del Consejo de Pravia» (1911).
- BANGO Y MOUTAS, Fernando V.—Nació en Pravia en 1830. Abogado y escritor. Colaboró en periódicos. Falleció en Pravia en 1911.
- BANGO PELLICERO, Fernando V.—Fundó en Oviedo el semanario festivo y satírico *El Bandú* (1897). Falleció en 1917.
- BANGO PELLICERO, Jesús V.—Hermano del anterior. Nació en 1870. En Oviedo fundó «La Tuna», periódico festivo. Se hizo cargo en Cudillero de «La Avispa». En 1907 fundó en La Habana la revista «Crónica de Asturias». Fue en Camagüey director del periódico «El Comercio». En 1925 fundó el semanario «Pravia». Autor de teatro (*El diputado que rabió, El rey que rabió, La verbena del estanco y Cosas de Oviedo*) y de piezas cortas en bable.
- BAQUERO, Arcadio.—Nació en Gijón el 27 de julio de 1925. Actualmente, redactor-jefe del diario *El Alcázar*, en donde también es crítico teatral. O. P.: «Don Juan y su evolución dramática» (1966, dos tomos).
- BARAS, Valentín.—Poeta. Residió en La Habana. O. P.: *Nocturno* (1913).
- BARBADO, Fr. Manuel.—Nació en La Cortina (Lena) el 17 de junio de 1884. O. P.: *Introducción a la Psicología experimental* (1928), obra traducida a diversos idiomas.
- BARCENA, Fr. Pedro de la.—Poeta de mediados del siglo XVII.
- BARCIA TRELLES, Augusto.—Hijo, como los dos a continuación reseñados, de Secundino Barcia Arango, gran orador y abogado. Nació en Vegadeo el 5 de marzo de 1881. Licenciado en Derecho y político. Colaboró en diversos periódicos. O. P.: «El pangermanismo» (1916), «La primera campaña parlamentaria» (1918), «El Tratado de Versalles y sus antecedentes» (1921), «La codificación progresiva del Derecho Internacional» (1921) y otras.
- BARCIA TRELLES, Camilo.—Nació el 15 de julio de 1888. Catedrático de Derecho internacional. Colaboró en periódicos. O. P.: «El imperialismo del petróleo y la paz mundial» (1925), «Francisco de Vitoria, fundador del Derecho Internacional moderno» (1928), «Francisco Suárez (1548-1617)» (1934), «Doctrina de Monroe y cooperación internacional» (1931) y otras.
- BARCIA TRELLES, Juan.—Ingeniero agrónomo. Nació en Vegadeo el 8 de mayo de 1878. Publicó diversas obras sobre su profesión.
- BERENGUER ALONSO, M.—«Las pinturas murales en las iglesias asturianas», «Arte románico en Asturias», «La pintura mural precorrománica», «Guía de Asturias» y otras.
- BARINAGA Y EGOICHEAGA, Fray José.—Nació en Oviedo el 25 de septiembre de 1847. Falleció el 2 de mayo de 1874. O. P.: «Constituciones de la Tercera Orden de Santo Domingo» (1872?).
- BARINAGA Y EGOICHEAGA, Nemesio.—Hermano del anterior. Nació en Oviedo en 1846. Crónicas festivas en periódicos asturianos. Falleció en 1919.
- BARINAGA Y EGOICHEAGA, Pedro.—Nació en Oviedo hacia 1855. Hermano de los dos anteriores. Médico. Se dedicó preferentemente a la traducción.
- BARRAS Y PRADO, Antonio de las.—Nació en Trubia en 1833. Falleció el 20 de junio de 1917. O. P.: «La Habana a mediados del siglo XIX: Memorias».
- BARREAL, Abelardo.—Nació en Campo de Caso a mediados del siglo XIX. Colaborador en periódicos regionales. En Filipinas ejerció de periodista, así como en la Argentina. Es posible sea el autor de *Una tarde en el Perú* (1905).
- BARREDO GUTIERREZ, Aureliano.—Nació en Villaviciosa el 16 de octubre de 1894. Residente en la Argentina. Periodista. Estrenó varias obras de teatro en bable y fue director de una compañía asturiana. *Entre dos rosas, La nieta de Pinín, El pobre tenía razón, La asturiana, Paxarines de papel, Pachín quier casáse, Camín de la romería*, son algunos títulos de sus obras teatrales.
- BARREDO GUTIERREZ, Osmundo.—Hermano del anterior. Nació en Villaviciosa hacia 1880. Periodista, poeta y compositor musical. En Buenos Aires fundó «El Eco de Asturias», «Nueva España» y «Heraldo de Asturias». Falleció en Gijón el 9 de diciembre de 1931.
- BARREIRO?, Fray Agustín Jesús.—Nació en Oviedo el 22 de noviembre de 1865. Académico de número de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en 1928. Fundador y presidente de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria. Corresponsal de la Academia Internacional de París. O. P.: «Estudio psicológico y antropológico de la raza malayo-filipina, desde el punto de vista de su lenguaje» (1910), «El origen de la raza indígena de las Islas Carolinas», «Los predecesores de la Antropología en España», «El Observatorio Astronómico de Madrid: Su fundación y desarrollo» (1932) y otras.
- BASCRISTOBAL DE DIEGO, Antonio.—Nació en Cangas de Onís el 28 de enero de 1888. Escritor y periodista afincado en la Argentina.
- BEATO, San.—Monje del siglo VIII sobre el que se tienen escasas noticias. O. P.: «Eterii episcopi uxamensis et Beati...» (1616), «Exposición de San Beato» (1770).
- BECENA GONZALEZ, Francisco.—Nació en Cangas de Onís el 1 de noviembre de 1890. Abogado. Colaborador en revistas especializadas y autor de obras sobre su profesión.
- BEDRIÑANA MARTINEZ, Manuel.—Nació el 1 de enero de 1869. Sacerdote y escritor. Dejó dos estudios críticos sobre Fr. Luis de León y sobre don Alejandro Pidal. Colaboró en periódicos cubanos y mejicanos.
- BELLMUNT, Octavio.—Médico, escritor y músico. Nació en Avilés en 1845. Falleció en Gijón en 1910. O. P.: «Asturias: Su historia y monumentos, bellezas y recuerdos, costumbres y tradiciones» (tres tomos), «Guía general del viajero en Asturias» (1899).
- BERJANO ESCOBAR, Daniel.—Nació en Oviedo el 3 de enero de 1853. Académico correspondiente de la Academia de la Historia en 1901 y comisario regio provincial de Bellas Artes en 1910. O. P.: «Costumbres jurídicas de Sierra de Gata» (1901), «Poetas placentinos contemporáneos de Lope de Vega» (1901), «Extremadura en las obras de Cervantes» (1905), «El pintor Luis de Morales, el Divino» (1918), «El pintor Juan Carreño de Miranda» (1925) y otras.
- BERJANO ESCOBAR, Gerardo.—Hermano del anterior. Nació en Oviedo el 3 de octubre de 1850. Jurisconsulto. Falleció en 1924. Publicó obras sobre su profesión.
- BERMUDEZ FIGUEROLA, César.—Poeta de fines del pasado siglo. Nació en Avilés. O. P.: *Maria* (1899).
- BERNARDO DE QUIROS, Francisco.—Se supone nacido en Oloniego. Poeta, dramaturgo y novelista del siglo XVII. O. P.: «Obras de don Francisco Bernardo de Quiros, alguacil propietario de la Casa de Corte de su majestad» (1656). Este libro comprende la novela «Aventuras de Don Fruela» y piezas teatrales como «El poeta remendón», «Mentiras de cazadores», «La burla del pozo», «Ir por lana y salir trasquilado...», y diversas poesías.
- BERNARDO DE QUIROS, Francisco.—Nació en Oviedo a mediados del siglo XVIII. Gentilhombre del infante don Francisco Javier y posteriormente del infante don Gabriel. Marqués de Camposagrado. O. P.: «Memorial de los servicios de la casa de Quiros, de las de Huego, Carreño y Alas, en ella incorporadas» (1774).
- BERNARDO DE QUIROS Y BENAVIDES, Felipe.—Poeta y prosista. Se le considera asturiano, aunque nacido en Madrid. Se supo que falleció posteriormente en 1686. O. P.: «Timbre asturiano», «Historia de la vida y martirio de la gloriosa Santa Eulalia de Mérida» (1672) y otras.
- BERNARDO DE QUIROS Y BENAVIDES, Francisco.—Poeta. Autor de *El caballo*.
- BERTRAND ESTEBAN INFANTES, Mario.—Nació en Gijón en 1942. Falleció en 1961. O. P.: «Cuaderno de versos».
- BLANCO, fray Antonio.—Nació en Pola de Lena el 15 de enero de 1865. O. P.: «Biblioteca bibliográfica agustiniana del Colegio de Valladolid» (1909) y otras.
- BLANCO, Luis Amado.—Nació en Riveras de Pravia el 4 de abril de 1903. O. P.: «Norte» (1928), poesías; «Ocho días en Leningrado» (1932).
- BLANCO, Ramiro.—Médico y escritor. Nació en Gijón el 31 de mayo de 1856. Falleció en 1913. O. P.: «Ser algo» (1880), «El cercado ajeno» (1882), «El estudiante de Medicina en la época de Calderón de la Barca» (1882?), «Versos» (1883?), «Las mujeres de lance» (1884), «Fábulas» (1884), «Estaba escrito» (1885), «Las humanidades futuras (1885?)», «La muerte en un beso» (1887), «La domadora de fieras (1889?)», «Un secreto de amor», «El pecado de Adán», «Con permiso del marido», «El filón de oro» (1889), «Los primos de mi mujer», «Don Jacinto» (1891), «La guerrilla» (1891), «El estuche» (1892?), «Cuentos plácidos. Tanda de cuentos» (1909) y otras.
- BLANCO BARTOLOME, Marino.—Nació en San Martín de Andrés (Siero) el 2 de septiembre de 1908. Colaborador en periódicos.
- BLANCO CAMBLOR, Gumersindo.—Nació el 3 de octubre de 1889 en Santa María de Blimea. Periodista que ha firmado generalmente con seudónimos.
- BLANCO LORENZO, fray Fernando.—Nació en Pola de Lena el 12 de mayo de 1812. Ocupó el obispado de Avila en 1857. Académico correspondiente de la Academia de Bellas Artes de Madrid. O. P.: «Sermón de la Eucaristía» (1859), «Pastoral».
- BLANCO DE LA VIÑA, Gerardo.—Nació en Ribadesella el 3 de octubre de 1865. Del Cuerpo Jurídico Militar. Publicó obras en relación con su profesión.
- BORBOLLA, Angeles.—Firma «Juana García Noreña». Nació en Llanes. Poetisa. O. P.: «Dama de soledad» (Premio Adonais 1950) y otras.
- BOUSONO, Carlos.—Nació en Boal en 1923. Poeta. O. P.: «Primavera de la muerte», «Subida al amor» (1945), «Seis calas en la expresión literaria española» (1951. En colaboración con Dámaso Alonso), «La poesía de Vicente Aleixandre» (1950), «Teoría de la expresión poética» (1952. Premio Fastenrath) y otras.
- BOVES, Félix Antonio.—Nació en Oviedo en 1747. Notable teólogo. Rector de la Universidad de Oviedo desde 1812 a 1814, año en que falleció. Publicó obras de carácter religioso.
- BRAVO, Agustín.—Aunque nacido en Madrid en 1861, se le considera asturiano. Junto con Jesús V. Bango fundó en 1925 el periódico «Pravia». Falleció el 5 de diciembre de 1927. O. P.: «Artistas de Cudillero» (1895), «La verdadera política» (1907), «A la concha de Artedo» (1925) y otras.
- BRAVO, fray Nicolás.—Poeta de la primera mitad del siglo XVII. O. P.: «La benedictina» (1604).
- BUSTAMANTE DE LAMA, Francisco.—Nació en Vi-diago (Llanes) el 19 de mayo de 1837. Colaboró en diversos periódicos mejicanos. Falleció el 8 de febrero de 1922. O. P.: «La batalla de Covadonga».
- BUSTO Y GARCIA RIVERO, Laureano.—Nació en Gijón hacia 1870. Militar de profesión. Colaborador en periódicos. Falleció en 1914. O. P.: «Notas de un viaje por Egipto, Palestina, Libia, Turquía, Hungría y Austria» (1898), «Viajes por Egipto...» (1903).
- BUSTO TOYOS, Ramón.—Nació el 22 de junio de 1910. Poeta y prosista. O. P.: «Geometría humana» (1932), crónicas y ensayos literarios.
- BUSTO Y VALDES, Ramón del.—Nació en Proaza hacia 1850. Eclesiástico. Deán de León y en Oviedo. Falleció en 1905. O. P.: «Parva poemata latina, sculudrica literaria» (1891), «El romancero de la Virgen, tomado de los Santos Padres y Doctores» (1900).
- BUZNEGO ALVAREZ, Luciano.—Nació hacia 1890 en Arroes (Villaviciosa). Periodista. Falleció en 1936.



- CABAL, Constantino.—Nació en Oviedo en 1884. Fue director del diario «Región». En 1930 es nombrado director de la Biblioteca Provincial y cronista de Asturias. Su principal labor ha sido la investigación histórica y folclórica de Asturias. Ha fallecido. O. P.: «Las memorias de un enfermo» (1904), «Del amor» (1907), «Covadonga» (1918), «El libro de cómo se hacen todas las cosas» (1919), «Del folclore asturiano: Cuentos, leyendas y tradiciones» (1923), «Los cuentos tradicionales asturianos» (1924), «La presa de las águilas» (1924), «Majestad» (1924), «Las costumbres asturianas, su significación y sus orígenes» (1925), «El individuo» (1925), «La mitología asturiana: Los dioses de la vida» (1925), «La mitología asturiana: Los dioses de la muerte» (1925), «La mitología asturiana: El sacerdocio del diablo» (1928), «Las costumbres asturianas, su significación y sus orígenes», «La familia, la vivienda, los oficios primitivos» (1931).
- CABEZAS, Juan.—Según González de Posada, natural de Aller, poeta festivo de la época de Felipe IV. O. P.: «Comedias del maestro Juan Cabezas», primera parte (1662).
- CABEZAS, Juan Antonio.—Nació en Margolles el 16 de marzo de 1900. Escritor y periodista. Actualmente, en el diario «ABC». Fue director del diario «El Carbayón», de Oviedo. Está en posesión de varios premios literarios y periodísticos. Ha escrito diversos guiones cinematográficos. O. P.: «Perfiles de almas» (1923), «Sangre sobre el ara» (1926), «La señorita 0-3» (1932), «Clarín, un provinciano universal» (1936), «Concepción Arenal o El sentido romántico de la justicia», «Rubén Darío» (premio Fastenrath 1945), «Cristo», «Héroe de paz», «El odio fue antes amor», «Nandú», «La fuerza moral», «Evasión», «La ilusión humana», «El secreto», «Cervantes», «El fin del mundo» y otras.
- CADAVIECO Y CALDERON, Camilo.—Poeta de la segunda mitad del siglo XIX. O. P.: «Album poético» (1877?).
- CALDAS, Francisco Antonio de.—Únicamente se sabe que publicó el libro «Poesías filosófico-morales, por el poeta ochentón...» (1860).

CAMIN, Alfonso.—Nació el 12 de agosto de 1890 en un barrio de la aldea de Rocas llamado la Peñuca (concejo de Gijón). Poeta, novelista y periodista. En 1915 funda y dirige en La Habana la revista «Apolo». En 1929 funda en Madrid la revista «Norte». Ha residido en Méjico y otros países hispano-americanos. En la actualidad se encuentra en Madrid. O. P.: «Adelfas» (1913), «Crepúsculos de oro» (1914), «Cien sonetos» (1915), «La ruta» (1916), «De la Asturias simbólica» (1917), «Quosque tándem?» (1920), «Alabastrós» (1921), «Hombres de España» (1923), «La moza del castañar» (1923), «Los conquistadores de América: El criollo» (1924), «El collar de la emperatriz» (1924), «La carcoma» (1926), «Carteles» (1926), «Los hombres y los días» (1927), «Entre volcanes» (1928), «Xochitl y otros poemas» (1929), «Antología poética» (1930), «Carey» (1931), «La danza prima» (1932), «La pregonada» (1932), «El gallo de Mateón» (1933), «Los poemas del indio Juan Diego» (1934), «Los poemas lozanos» (1935), «Pelayo» (1935) y otras.

CAMPILLO Y COSIO, José del.—Nació en Alles, capital del concejo de Valle Aito de Peñamellera. Sobre la fecha de su nacimiento se anotan distintos años, siendo el de 1692 el que parece más probable. Fue ministro de Felipe V. Político y escritor. O. P.: «Nuevo sistema de gobierno económico para la América...» (1789). Obra póstuma. El manuscrito está fechado en la Biblioteca Nacional de Madrid en 1743.

CAMPOAMOR, Ramón de.—Nació en Navia el 24 de septiembre de 1817. Falleció en Madrid el 12 de febrero de 1901. O. P.: «Las musas» (1837), «El castillo de Santa Marina» (1838), «Una mujer generosa» (1838), «Ternezas y flores» (1840), «La fuerza del querer» (1840), «El hijo de todos» (1841), «Ayes del alma» (1842), «Fábulas morales y políticas» (1842), «Los manuscritos de mi padre» (1842), «Historia crítica de las Cortes reformadoras de 1837» (1844), «El alma en pena» (1844), «Doloras» (1845), «Semblanzas de las Cortes reformadoras de 1845» (1845), «Filosofía de las leyes» (1846), «Obras poéticas» (1847), «El personalismo: Apuntes para una filosofía» (1850), «Colón» (1853), «El Belén» (1857), «El drama universal» (1860), «Pensamientos» (1861), «Polémicas con la democracia» (1862), «La metafísica limpia, fija y da esplendor al lenguaje» (1862), «Lo absoluto» (1865), «Guerra a la guerra» (1870), «El palacio de la verdad» (1871), «Don Luis González Bravo. Epístola necrológica» (1872), «Días irae» (1873), «Cuernos y locos» (1873), «Pequeños poemas» (1873), «El honor» (1874), «Química conyugal» (1874), «Dudas y tristezas» (1875), «Así se escribe la historia» (1876), «Los buenos y los sabios» (1881), «El amor y el río piedra» (1882), «Los amos de Juana» (1882), «Utilidad de las flores» (1882), «Poética» (1883), «El ideismo» (1883), «Cánovas» (1883), «Varias obras poéticas» (1884), «El amor o la muerte. Cómo rezan las solteras» (1884), «El tren expreso» (1885), «Dulces cadenas» (1885), «Glorias humanas» (1885), «Doloras», segunda serie (1886), «Don Juan» (1886), «Las tres rosas», «Dichas sin nombre» (1886), «Humoradas» (1886), «El trompo y la muñeca», «La gloria de Asturias» (1887), «Los pequeños poemas», I: «Los caminos de la dicha», «Por dónde viene la muerte», «El amor y el río piedra» (1887), «Los pequeños poemas», II (1887), «Los pequeños poemas», III (1887), «Los pequeños poemas», IV (1887), «El licenciado Torralba» (1888), «La metafísica y la poesía» (1891), «Nuevos poemas: ¡Qué bueno es Dios!», «El poder de la ilusión», «El amor de las madres», «El confesor, confesado», «Doloras y humoradas» (1892), «Los pequeños poemas», V (1894), «Cantares» (1935).

CAMPOAMOR DE LAFUENTE, José María.—Nació en Vegadeo el 18 de febrero de 1892. Poeta. O. P.: «Los poemas ingenuos» (1913), «Los caminos del cielo», I: «Las ramas verdes», «Nostalgia» (1922), «Los caminos del cielo», II: «Las hojas secas», «Melancolía» (1923), y otras.

CAMPOMANES, Amador.—Nació en Mieres hacia 1865. Novelista. Falleció en Méjico. O. P.: «Liba» (1912).

CAMPOMANES, Conde de.—Nació en Santa Eulalia de Sorriba en 1723. Político, diplomático y escritor. Murió en Madrid el 3 de febrero de 1802. O. P.: «Disertaciones históricas del Orden y Caballería de los Templarios, o resumen historial de sus principios, fundación, institutos, progresos y extinción en el Concilio de Viena» (1747), «Copia de una inscripción arábiga hallada en Mérida, con la versión castellana y su explicación crítica e histórica, hecha por orden de la Academia de la Historia» (1752), «Memorial del Principado de Asturias sobre los agravios que se le ocasionan en la regulación de la cuota correspondiente a la única contribución» (1757), «Itinerario de las carreras de postas dentro y fuera del reino, que contiene también las leyes y privilegios con que se gobiernan en España las postas desde su establecimiento» (1761), «Noticia geográfica del reino y caminos de Portugal» (1762), «Respuesta fiscal en el expediente que trata de la policía, relativa a los gitanos, para ocuparles en el ejercicio de la vida civil del resto de la nación» (1763), «Respuesta fiscal en la explicación y suplementos de las dos instrucciones pu-

blicadas para el recogimiento y útil aplicación al ejército, marina y obras públicas de todos los vagantes y mal entretenidos, en conformidad también de lo que sobre este punto tienen prevenido las leyes del Reino» (1764), «Respuesta fiscal sobre la abolición de la tasa, estableciendo el comercio de granos» (1764), «Tratado de la Regalía de Amortización...» (1765), «Memorial ajustado sobre el contenido de varias cartas del señor obispo de Cuenca, don Isidoro Carvajal Lancáster» (1768), «Memorial ajustado sobre los diferentes ramos de los abastos» (1768), «Juicio imparcial sobre las letras en forma de breve que ha publicado la curia romana...» (1769), «Discurso sobre el fomento de la industria popular» (1774), «Discurso sobre la educación de los artesanos y su fomento» (1775), «Avisos al maestro de escribir sobre el corte y la formación de las letras, que serán comprensibles a los niños» (1778), «Noticia de la antigüedad y situación del santuario de Santa María de Covadonga...» (1778), «Cartas político-económicas escritas por el conde de Campomanes al conde de Lerena» (1787-1790), y otras.

CANAL Y GOMEZ, Fr. Maximiliano.—Nació en Proaza el 10 de mayo de 1895. Investigador histórico. O. P.: «Manuscritos vaticanos de los teólogos salmantinos del siglo XVI» (1934), «El cancionero castellano de la Cosanatenense» (1934) y otras.

CANCIO VILLAMIL, Mariano.—Nació en Oviedo el 7 de noviembre de 1824. Político, hacendista y escritor. Falleció el 28 de julio de 1894. Publicó obras de carácter político y económico.

CANEL, Eva.—Nació en Coaña el 30 de enero de 1857. Falleció en La Habana el 2 de mayo de 1932. Cultivó diversos géneros literarios. O. P.: «Cosas del otro mundo» (1889), «De América» (1890), «Trápiticos al sol» (1891), «Manolín» (1891), «Asturias y los asturianos» (1893), «Oremus» (1893), «La mulata» (1893), «La Pola» (1893), «Magosto» (1894), «Las mujeres de mi tierra» (1894), «Réplica al norteamericano Sherman» (1896), «Album de la Trocha» (1897), «Agua turbia» (1899), «El regionalismo de los catalanes y sus relaciones con la patria» (1899), «Porvenir de la raza latina ante los sajones» (1899), «El desarme y la paz universal» (1899), «Los cantos del pueblo» (1899), «Reflexiones sobre la raza latina» (1899), «Destruyendo falsas leyendas contra España» (1900), «El feminismo» (1900), «La conciencia española» (1900), «Sajones y latinos» (1900), «La caridad moderna» (1900), «La educación y la ilustración de la mujer» (1902), «Ambiciones de los sajones de América y la necesidad de unión entre los latinos del Nuevo Mundo» (1902), «El divorcio ante la familia y la sociedad» (1903), «Las manos muertas» (1904), «Por los mares australes» (1904), «Fuera de la ley» (1904 ?), «La volatinera» (1905), «La abuelita» (1905), «Agua de limón» (1905), «De Herodes a Pilatos» (1905 ?), «Soy yo» (1906 ?), «Uno de valer» (1907), «Isabel y Colón» (1907), «Por la justicia y por España» (1909), «La independencia de España y la independencia de América» (1909), «La religión en el hogar» (1910), «Fruto sano» (1911), «Feminismo cristiano y feminismo ateo» (1913), «La cuna de Colón» (1913), «El divorcio ante la moral social» (1914), «Por España antes que por mí: Una polémica inconveniente y necia» (1915), «La conciencia española ante el Nuevo Mundo» (1915), «Puerto Rico español y Puerto Rico yankee» (1916), «España a través del continente americano» (1916), «Lo que vi en Cuba» (1916), «Cosas de mi tierra» (1925).

CANEL ACEVEDO, Pedro.—Nació el 1 de noviembre de 1763 en Orto. Falleció en 1840. Político y escritor. O. P.: «Wellington, caudillo de tres naciones sobre la antigua Mantua Carpetana» (1814), y otras.

CANELLA Y MEANA, Benito.—Nació en Soto en 1809. Catedrático, político y escritor. Falleció en 1882. O. P.: «La capilla de San Antonio, o el cura y los feligreses» (1876), «Memoria acerca del estado de la enseñanza en la Universidad de Oviedo...» (1861).

CANELLA Y SECADES, Fermín.—Nació en Oviedo el 7 de julio de 1849. Fue rector de la Universidad de Oviedo y perteneció a varias Academias españolas. Falleció en Oviedo el 22 de marzo de 1924. O. P.: «Noticias del pintor asturiano Juan Carreño de Miranda» (1870), «Origen, carácter y juicio crítico de las Cortes de Castilla» (1871), «Resúmenes de las actas y tareas de la Comisión de Monumentos Históricos de la provincia de Oviedo» (1871), «Historia de la Universidad de Oviedo...» (1873), «De Lena a Gijón...» (1874), «El Carbayón: Recuerdos históricos de Oviedo» (1880), «Guía de Oviedo» (1880), «El príncipe de Asturias: Apuntes históricos» (1880), «Emigración asturiana...» (1881), «Saber popular: Folclore asturiano. Ciencias y letras de la Quintana» (1884), «La iconoteca asturiano-universitaria» (1883), «Estudios asturianos: Cartafueyos d'Asturies» (1886), «Dos estudios sobre la villa de Jovellanos» (1886), «Asturias: Su historia y monumentos, bellezas y recuerdos, costumbres y tradiciones...» (1894-1900), «Historia de Llanes y su concejo» (1896), «Instituciones histórico-asturianas» (1902-1904), «Los gremios asturianos» (1903), «La torre enferma» (1911), «Noticias de la antigua Cofradía de los xastres o de Nuestra Señora de la Balesquida» (1915), y otras.

CANGA ARGÜELLES Y CIFUENTES, José.—Nació en Oviedo en 1770. Otros dicen que en Gijón. Político y escritor de fuerte personalidad en el gobierno. Falleció el 2 de diciembre de 1842. O. P.: «Gaceta de los niños o principios de moral, ciencias y artes» (1798), «El emigrado observador» (1825), y otras muchas.

CANTERO, Antonio.—Nació circunstancialmente en Veracruz el 20 de julio de 1880. Poeta y prosista. O. P.: «Crepusculares» (1910).

CANEDO Y DEL RIEGO, Ramón María.—Nació en San Tirso el 25 de noviembre de 1779. Escritor y economista. Falleció en 1837. O. P.: «Nociones de economía política» (1814), «Ensayo crítico sobre la naturaleza de las rentas provinciales...» (1816), y otras.

CARAMES, Francisco.—Nació en Presa el 4 de octubre de 1896. Escritor que colaboró en periódicos. También hizo piezas teatrales. Fundó en La Felguera el periódico «El Valle de Langreo».

CARBALLO, P. Luis Alfonso de.—Nació en Entrambasaguas hacia 1570. Uno de los primeros investigadores de los códices milenarios referentes a la historia regional. Falleció en 1630. O. P.: «Cisne de Apolo, de las excelencias y dignidad de todo lo que al arte poética y versificatoria pertenece» (1602), «Antigüedades y cosas memorables del Principado de Asturias».

CARREÑO VALDES, Pedro.—Nació en Avilés el 19 de octubre de 1821. Comediógrafo y poeta. Falleció en 1879. O. P.: «La restauración» (1852), «Más quiero que me sierren tablas» (1852), «Percances de la avaricia» (1855), «El industrial de nuevo cuño» (1854), «Pedro Crespo» (1856), «El diablo son los rapaces» (1859), «Viriato» (1866), «N. por R.» (1867), «Lorenzo el expósito» (1877), «Sócrates» (1877), «El hombre Diógenes» (1877), «El amor y el interés» (1877), «Tiberio Graco» (1878) y otras.

CARTAVIO, Angel Román.—Nació en Candás en 1857. Vivió principalmente en la Argentina. Falleció el 4 de noviembre de 1919. O. P.: «La estatua de Jovellanos» (1887) y otras de carácter mercantil, económico e industrial.

CASARIEGO, Jesús Evaristo.—Nació en Tineo en 1913. Periodista. Doctor en Derecho. Fue director del diario «El Alcázar». Singularmente estudioso de la historia de Asturias. O. P.: «El tradicionalismo como doctrina del derecho político» (1933), «Flor de hidalgos» (1938), «La ciudad sitiada» (1939), «La Unión Soviética contra Europa» (1940), «España ante la guerra del mundo» (1940), «La verdad del tradicionalismo» (1940), «Historia militar y política de Zumalacárregui» (1941), «Grandeza y proyección del mundo hispánico» (1941), «La ruta de la especiería en el siglo XIV» (1942), «¡Alerta Europa!» (1942), «Exaltación y estirpe de las cosas de España» (1943), «Jovellanos o el equilibrio» (1943), «El bolchevismo ruso contra Europa» (1943), «El mayorazgo navegante» (1944), «El marqués de Sargadelos o los comienzos del industrialismo capitalista en España» (1950), «Los vascos en las empresas marítimas de España» (1952), «Mares y veleros de España», «Con la vida hicieron fuego», «Romances modernos de guerra y toros», «Mares y veleros de España», «Navío y corcel» (1953) y otras.

CASARIEGO Y CANEL, Nicomedes.—Nació en Tapia el 15 de febrero de 1854. Periodista. Fundó en Oviedo el diario «El Principado». Falleció el 10 de octubre de 1908.

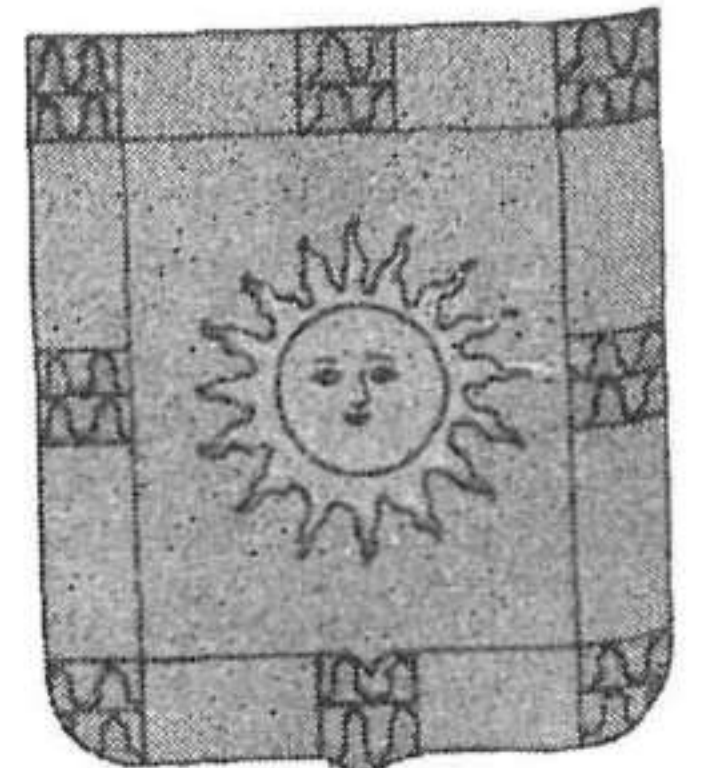
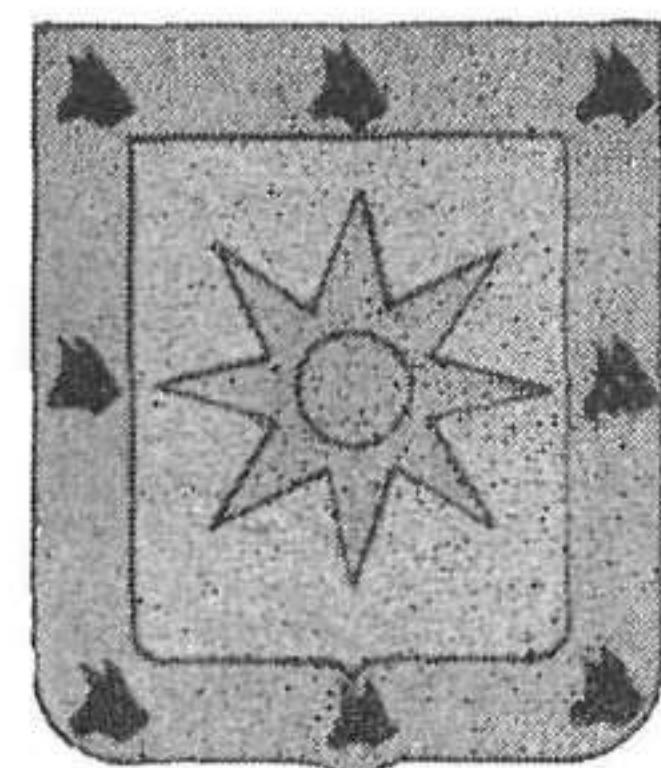
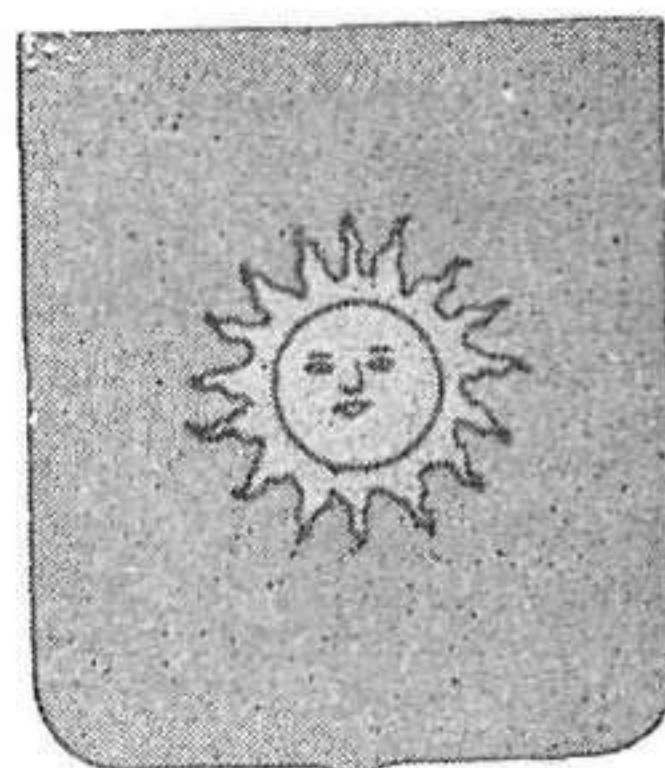
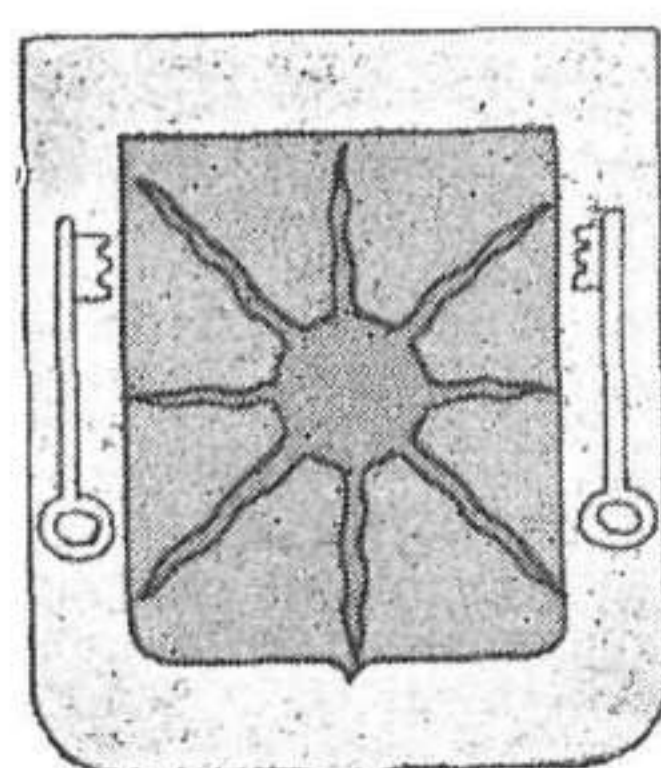
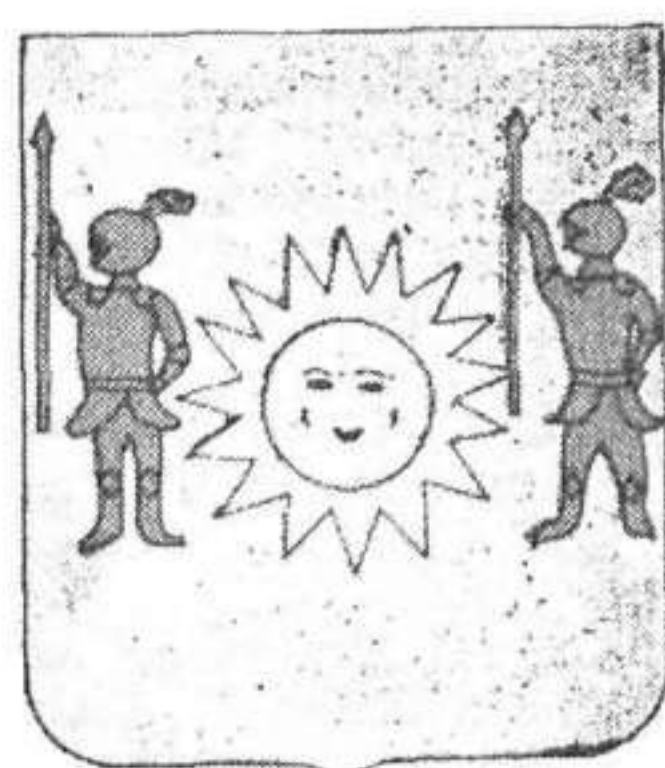
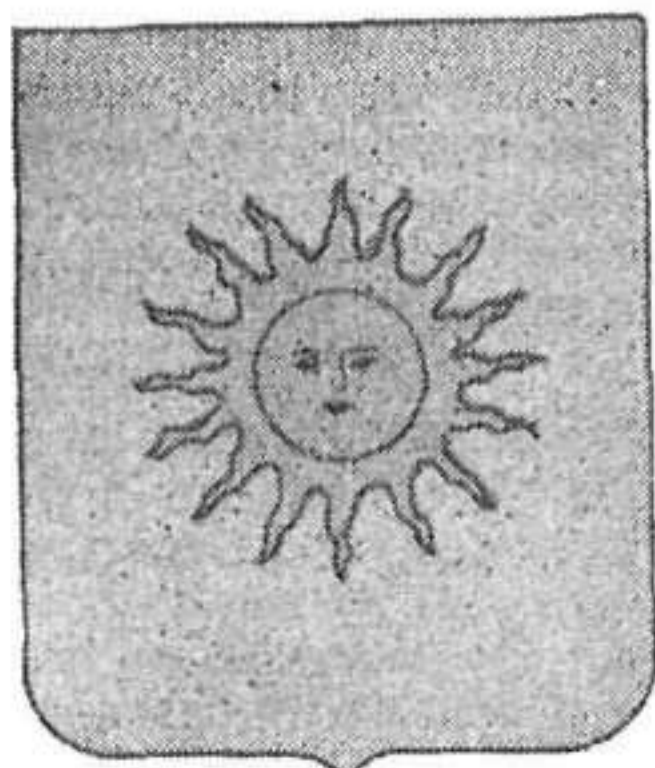
CASO, José Indalecio de.—Nació en Oviedo hacia 1830. Abogado y escritor. Colaboró en periódicos. Falleció en 1903. Publicó diversas obras sobre Derecho.

CASO GONZALEZ, José.—Nació en Cangas de Onís el 4 de febrero de 1928. Catedrático de Literatura Española de la Universidad de Oviedo. Director de la Cátedra Feijoo y Director del Curso de Verano en dicha Universidad. O. P.: «Edición crítica de las poesías de Jovellanos» (1961), «Reglamento para el Colegio de Calatrava» (1964), «El infamador de Juan de la Cueva» (1964), «Edición crítica del Lazarillo» (1967). En colaboración con Menéndez Pidal: «Romancero tradicional de las lenguas hispanas» (dos tomos. 1957-1963).

CASONA, Alejandro.—Remitimos a los trabajos de Federico Carlos Sainz de Robles y Juan José Plans.

CASTAÑO, Fr. Raimundo.—Nació en Mieres el 20 de agosto de 1865. Religioso dominico, predicador y escritor. O. P.: «Vida interior de la sierva de Dios sor Mariana de Santo Domingo Riosoto...» (1901), «Santo Domingo de Guzmán» (1909), «Monografía de Santa Juana de Aza...» (1912), «El Purgatorio» (1933) y otras.

CASTELLES, Ricardo Fabio.—Nació en Oviedo el 27 de septiembre de 1874. Escritor en prosa y verso. Delineante. Usó el seudónimo de «Pipa y Fabio». O. P.: «Poesías» (1898), «Mal de muchas» (1907) y otras.



CASTAÑON, Gonzalo.—Nació en Mieres el 2 de diciembre de 1834. Falleció el 31 de enero de 1870. O. P.: «El progreso en la penalidad» (1859), «Una ilusión menos, un engaño más: La Unión Liberal en 1861» (1861).

CASTAÑON, Luciano.—Nació en Gijón en 1926. Poeta, novelista y autor de teatro. Ha ganado diversos premios. También trabaja como investigador del folklore asturiano. O. P.: «El viento dobló la esquina» (1958), «Los días como pájaros» (1962), «Vivimos de noche» (1964), «Barrio de Cimadevilla» (1967), «De la mina y lo minero» (1968), «Refrano asturiano» (1962) y la obra de teatro «El detenido».

CASTELLANOS, María Luisa.—Nació en Llanes el 22 de noviembre de 1892. Colaboró en revistas y periódicos provinciales y nacionales. O. P.: «La leyenda de la Guía» (1913), «El poema de Mariposa» (1916), «Lulú la soñadora» (1918), «La mujer antes, en la guerra y después» (1919).

CASTRO GUIASOLA, Florentino.—Nació en Oviedo el 1 de agosto de 1893. Profesor, investigador y publicista. O. P.: «Sintaxis y estilística» (1920), «Cesio Baso: Sobre los metros (grecolatinos)» (1922), «El infierno en la Literatura» (1922), «Leyenda latina sobre el amor» (1923), «Literatas almerienses musulmanas» (1933) y otras.

CEPEDA, José Antonio.—Nació en Oviedo. Actualmente, en el diario «Región». Ha escrito varias obras sobre Asturias.

CAVEDA Y NAVA, José.—Nació en Villaviciosa el 12 de junio de 1795. A los veintidós años era nombrado académico correspondiente de la Academia de la Historia. Falleció el 11 de junio de 1882. O. P.: «Memoria histórica sobre la Junta General del Principado de Asturias...» (1834), «Reglamento para la administración de las fundaciones pías de la provincia de Oviedo» (1839), «Colección de poesías en dialecto asturiano» (1839), «Discurso sobre los monumentos de la Arquitectura» (1843), «La poesía castellana como elemento de la Historia» (1852), «Discurso sobre el desarrollo de los estudios históricos en España desde el reinado de Felipe V hasta el de Fernando VII» (1854), «Discurso de ingreso en la Academia de la Historia como académico de número», «Originalidad de la arquitectura árabe» (1859), «El grabado en España hasta los primeros años del siglo XVIII» (1865), «Recuerdos de la lengua asturiana...» (1878), y otras.

CAVEDA Y SOLARES, Francisco de Paula.—Padre del anterior. Poeta y prosista. Nació en Villaviciosa en 1760. Académico de la Historia. Falleció en 1811.

CEAN BERMUDEZ, Juan Agustín.—Nació en Gijón el 17 de septiembre de 1749. Miembro de número de varias academias. Pintor y escritor. Personalidad de la época de Jovellanos, de quien fue colaborador. Falleció en Madrid el 3 de diciembre de 1829. O. P.: «Cartas a don Gaspar Melchor de Jovellanos» (1795), «Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes de España» (1800), «Descripción artística del Hospital de la Sangre, de Sevilla» (1804), «Carta de don Juan A. Ceán Bermúdez a un amigo suyo sobre el estilo y gusto de la pintura de la escuela sevillana...» (1806), «Memorias para la vida del excelentísimo señor don Gaspar Melchor de Jovellanos y noticias analíticas de sus obras» (1814), «Diálogo sobre el arte de la pintura» (1817), «Colección de cuadros del rey de España...» (1826-28), «Noticia de los arquitectos y arquitectura de España...» (1829. Cuatro tomos), «Sumario de las antigüedades romanas que hay en España, en especial las pertenecientes a las Bellas Artes» (1882), «Ocios sobre Bellas Artes» (1870).

CELLERUELO Y POVIONES, José María.—Nació en Pola de Siero en 1840. Político y periodista. Fundó el diario «El Orden». Dirigió «El Globo». Falleció en 1911.

CEPEDA Y ALVAREZ, José Antonio.—Nació en Oviedo en 1884. Poeta y periodista.

CEPEDA Y TABORCIAS, Francisco.—Nació en Navia el 5 de mayo de 1845. Periodista. Fundó en Madrid la «Revista de las Antillas». Ejerció periodismo por Puerto Rico y Cuba. Falleció el 9 de julio de 1910. O. P.: «Catecismo autonomista» (1888), «Conferencias de Abuli» (1890), y otras.

CIENFUEGOS, Casimiro.—Nació en Cadavedo el 17 de noviembre de 1891. Poeta y prosista. O. P.: «Poemas de Asturias» (1929), «Benavente y la crítica» (1931), «A Jovellanos...», «Canto cívico-español», «Elegía de Asturias y otros poemas del dolor trágico de España».

CIENFUEGOS Y SIERRA, Alvaro.—Teólogo y cardenal. Nació en Agüerina el 27 de febrero de 1657. Falleció en Roma el 19 de marzo de 1739. O. P.: «La vida del V. P. Juan Nieto» (1693), «La Leopoldina o Historia de Leopoldo I de Austria» (1696), «La heroica vida, virtudes y milagros del gran San Francisco de Borja...» (1709), «Enigma theologicum...» (1717), y otras.

CON Y TRES, Elías José.—Nació en Mestas de Con en 1855. Médico militar. Escritor. O. P.: «La victoria de Covadonga: 1200 años después» (1919), y otras.

CONCHA Y GARCIA CIAÑO, Carlos de la.—Nació en Villaviciosa el 16 de enero de 1877. Médico y escri-

tor. Colaborador de periódicos. O. P.: «Ensueños y añoranzas» (1923).

CORTES LLANOS, José.—Nació en Cangas de Onís el 14 de septiembre de 1828. Abogado y escritor. Falleció en 1862. O. P.: «El arpa rota», «Cantos de Jorge» (1858).

CORTES LLANOS DE PENDAS, Antonina.—Hermana del anterior. Poetisa. Nació en Llanes el 17 de enero de 1823. Falleció en 1906. O. P.: «Romancero de Covadonga» (1899).

CORUJO, Angel.—Nació en Oviedo el 2 de agosto de 1865. Catedrático y escritor. O. P.: «Las dos rosas» (1896), «Soledades» (1897), «Cuentos naturales». Primera serie (1902), «Cuentos naturales». Segunda serie (1904).

COSO, Nicolás Cástor.—Se dice que nació en Gozón, San Andrés de la Cabaña, San Jorge de Heres o en Luanco. Acerca de su nacimiento también se barajan distintas fechas. Puede ser la de 18. O. P.: «Alfonso el Magno o el castillo de Gauzón» (1851), «Album de un viaje por Asturias» (1858), «Crónica de los príncipes de Asturias» (1858), «Discurso» (1868), «Esposa fiel y esforzada» (1873), «La cadena rota» (1873).

COTARELO, Juan.—Nació en Oviedo el 24 de marzo de 1814. Militar y escritor. O. P.: «Historia de la guerra de la Mancha» (1839), «Manual de la provincia de Madrid» (1846), «Biografía de Juan Sebastián Elcano» (1861) y otras.

COTARELO Y MORI, Emilio.—Nació en Vegadeo el 1 de mayo de 1857. Abogado. Colaboró en diarios y revistas. Ingresó en 1898 en la Academia de la Lengua. Corrieron a su cargo la ordenación y redacción del Diccionario oficial y del reducido, editados por la Academia. Falleció el 27 de enero de 1936. O. P.: «El conde de Villamediana: Estudio biográfico y crítico con varias poesías del mismo» (1886), «Tirso de Molina: Investigaciones bibliográficas» (1893), «Vida y obras de don Enrique de Villena» (1896), «Estudio sobre la historia del arte escénico en España. L. María Ladvenat y Quirante, primera dama de los teatros de la Corte» (1896), «Estudio...II», «María del Rosario Fernández, "La Tirana"» (1897), «Iriarte y su época» (1897), «El supuesto libro de "Las Querellas", del rey Don Alfonso el Sabio» (1898), «Don Ramón de la Cruz y sus obras: Ensayo biográfico y bibliográfico» (1899), «Traductores españoles de Molière» (1899), «Imitaciones castellanas del "Quijote"» (1900), «Exposición de retratos de Goya: Noticia de algunas personas retratadas por él» (1900), «Juan del Enzina y los orígenes del teatro español» (1901), «Estudios de historia literaria de España» (1901), «Revista española» (1901), «Estudios...III», «Isidoro Máiquez y el teatro de su tiempo» (1902), «El primer auto sacramental del teatro español y noticia de su autor, del bachiller Hernán López de Yanguas» (1902), «El supuesto casamiento de Almanzor con una hija de Bermudo III» (1903), «Las armas de los Girones» (1903), «Teatro español del siglo XVI: Catálogo de piezas impresas y no conocidas hasta el presente» (1903), «Sobre el origen y desarrollo de la leyenda de los Amantes de Teruel» (1903), «Bibliografía de las controversias sobre la licitud del teatro en España» (1904), «Efemérides cervantinas...» (1905), «Epístola a Mateo Vázquez» (1905), «Cervantes y el "Quijote"» (1905), «Examen de una conferencia acerca de Tirso de Molina» (1906), «Los grandes calígrafos españoles: I. Los Morantes» (1906), «Don Juan de Espina» (1908), «Migajas del ingenio» (1908), «Colección de poesías patrióticas del Dos de Mayo» (1908), «Ultimos estudios sobre "El burlador de Sevilla"» (1908), «Alberto Ganasas» (1908), «Fonología española: Cómo se pronunciaba el castellano en los siglos XVI y XVII» (1909), «Satisfacción a la Real Academia Española y defensa del vocabulario puesto a las "Obras de Lope de Rueda"» (1909), «Sobre el "Le" y el "La": cuestión gramatical» (1910), «Bosquejo histórico del entremés, la loa, el baile, la jácara...» (1911), «Don Francisco de Rojas Zorrilla» (1911), «El hijo del Conde Duque» (1912), «Herenio» (1912), «Diccionario biográfico y bibliográfico de calígrafos españoles» (1913-16. Dos tomos), «Don Diego Jiménez de Enciso y su teatro» (1914), «Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda: Indicaciones bibliográficas» (1915), «La descendencia de Lope de Vega» (1915), «El licenciado Sebastián de Horozco y sus obras» (1916), «Actores famosos del siglo XVII» (1916), «Don Juan Bautista Diamante y sus comedias» (1916), «Los puntos oscuros de la vida de Cervantes» (1916), «Luis Vélez de Guevara» (1917), «Orígenes de la ópera en España...» (1917), «Dramáticos españoles del siglo XVII: Alvaro Cubillo de Aragón» (1918), «Una opinión acerca del autor del "Diálogo de la Lengua"» (1918), «Dramáticos españoles del siglo XVII: Don Antonio Coello y Ochoa» (1919), «Dramáticos españoles... Los hermanos Figueroa y Córdoba» (1919), «Cuestión literaria: ¿Quién fue el autor del "Diálogo de la Lengua"» (1920), «Ultimos estudios cervantinos: Rápida ojeada sobre los más recientes trabajos acerca de Cervantes y el "Quijote"» (1920), «Homenaje a Joaquín Ibarra» (1923), «El tecnicismo de la Prensa» (1923), «Ensayo sobre la vida y obras de don Pedro Calderón de la Barca» (1924), «Un gran editor del siglo XVIII: Biografía de don Antonio de Sancha» (1924), «Los últimos amores de Larra» (1924), «Sobre quién fue el raptor de la hija de Lope de Vega» (1925), «Elogio biográfico de don Ramón de Mesonero Ro-

manos» (1925), «Un novelista del siglo XVII, imitador de Cervantes, desconocido» (1925), «Una tragedia real de la Avellaneda» (1925), «Varias noticias nuevas acerca del historiador Florián de Ocampo» (1926), «Algunas noticias nuevas acerca de Rodrigo de Cota» (1926), «Nuevas noticias biográficas de Feliciano de Silva» (1926), «Nuevos y curiosos datos biográficos de... Diego de San Pedro» (1927), «Discurso acerca de las publicaciones hechas por la Academia Española y catálogo de ellas» (1928), «Discurso en el Centenario de Tamayo y Baus acerca de este autor dramático» (1929), «La Avellaneda y sus obras: Ensayo biográfico y crítico» (1930), «Mira de Amescua y su teatro: Estudio biográfico y crítico» (1931), «Catálogo descriptivo de la gran "Colección de comedias escogidas"...» (1932), «Ensayo histórico sobre la zarzuela...» (1932), «Actores famosos del siglo XVII: María de Córdoba-Amarilis y su marido Andrés de la Vega» (1933), «Sobre el "Quijote" de Avellaneda y acerca de su autor verdadero» (1934).

COTARELO Y VALLEDOR, Armando.—Nació en Vegadeo el 28 de diciembre de 1879. Catedrático y publicista. O. P.: «Biografía del doctor don Francisco Codera» (1898), «La Exposición Rosales» (1902), «Fray Diego de Deza» (1902), «Una cantiga célebre del rey Sabio...» (1904), «La belleza femenina en las obras de Cervantes» (1905), «La leyenda de doña Estefanía y la Desdichada» (1907), «Don Melendo de Valdés...» (1908), «El teatro de Cervantes» (1915), «Vida militar, política y literaria de Alfonso III, el Magno» (1916), «Los cristianos españoles ante la invasión musulmana» (1919), «Argonautas gallegos» (1920), «El pazo» (1923), «Lubicán: Conto dramático de lobos e de amores, en tres cadros, en verso» (1924), «Histia» (1926), «Cantos de Nadal» (1927), «Teatro gallego: Beiramar» (1931), «Cancionero de Agulla» (1931), y otras.

COVIAN Y JUNDO, Víctor.—Nació en Colunga el 6 de marzo de 1848. Eminente hombre de leyes. Falleció el 26 de julio de 1927. Publicó diversas obras sobre Derecho.

CRUCES GONZALEZ, Alfredo.—Nació en Oviedo el 28 de abril de 1889. Escritor. O. P.: «Dictámenes de seis sabios» «Las grandes hembras», «Metafísica universal», «La vida y el hombre», «Cajal y... un rebelde», «Divino ramillete», «Pensamientos de un sabio», «Penología», «¿Qué es Derecho?», «El origen de las falsedades históricas», «El Sindicalismo ante la Historia y la Ciencia», «Don Miguel de Unamuno y un servidor», «Los videntes esquizoides».

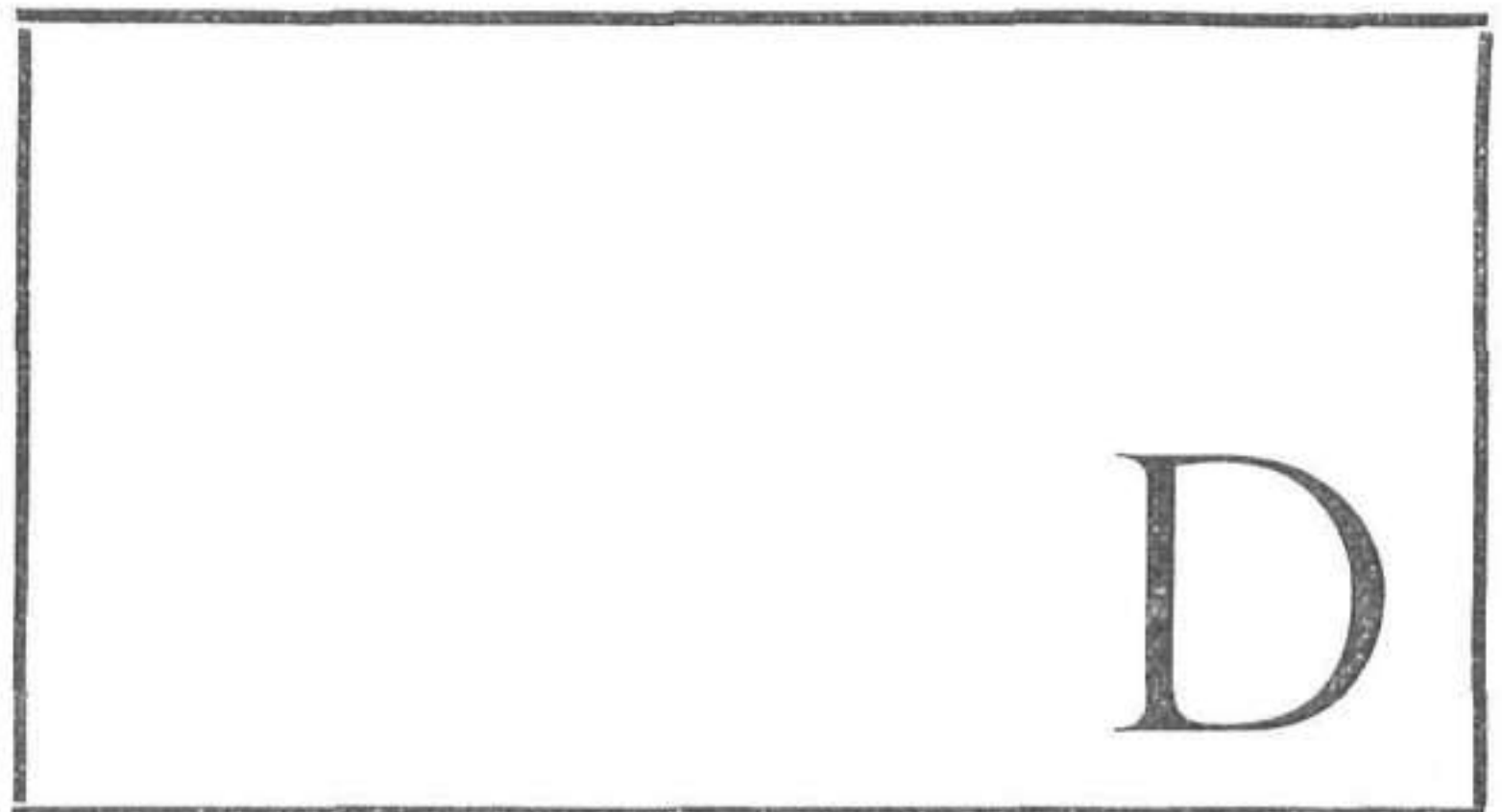
CUERVO ARANGO, Francisco.—Nació en Avilés el 4 de octubre de 1888. Investigador literario, poeta y catedrático. Falleció el 5 de enero de 1918. O. P.: «Don Francisco Antonio de Bances y López-Candamo: Estudio bio-bibliográfico» (1916).

CUERVO ARANGO, Fr. Justo.—Nació en Folguera el 6 de julio de 1859. Religioso dominico. Catedrático. Falleció el 28 de diciembre de 1921. O. P.: «Biografía de Fr. Luis de Granada...» (1895), «El monasterio de San Juan de Corias» (1898), «Fr. Luis de Granada y la Inquisición» (1915), «Fr. Luis de Granada, el verdadero y único autor del Libro de la Oración y Meditación» (1919), y otras.

CUESTA, Teodoro.—Nació en el barrio La Pasera de la villa de Mieres el 9 de noviembre de 1829. Poeta de gran repercusión por España y América. Trató con brillantez el bable. Falleció el 1 de febrero de 1895. O. P.: «Vida de aldea», «Programa en dialecto asturiano de las funciones...» (1873), «A la memoria del malogrado cuanto bravo general Concha» (1874), «Andalucía y Asturias» (1881), «Glorias de Asturias» (1891), «El protomártir asturiano F. Melchor García Sampedro» (1895), «Poesías asturianas» (1895).

CUESTA VILLANUEVA, Luis.—Nació en Gijón el 4 de julio de 1936. Poeta. O. P.: «Poemas del amor a solas» (1961), «Palabras devueltas» (1963), «Segundo universo» (1965).

CUEVA PALACIO, Francisco.—Nació en Granada el 16 de diciembre de 1859. Catedrático y escritor. En 1893 fundó en Madrid la «Revista de Derecho Mercantil». Falleció el 4 de abril de 1929.



DEHESA, Juan de la.—Nació en Oviedo en el último tercio del siglo XVIII. En la minoría de edad de



Isabel II, fue ministro de Gracia y Justicia. O. P.: «Método práctico simplificado para aprender por sí solo en poco tiempo el idioma inglés y traducir al español» (1821). Se dedicó a la traducción de obras inglesas.

DELBROUCK, Aurelio.—Nació en Ciaño Santa Ana el 27 de julio de 1865. En 1910 fundó en Sama la Sociedad de Instrucción Popular. Figuró entre los fundadores de la Sociedad «La Montería» (1912). Falleció el 27 de enero de 1929. O. P.: «Escuelas públicas de Langreo» (1905), «Conferencia en "La Juventud de Ciaño"» (1906), «Discurso en el homenaje a don Luis de Adaro» (1918).

DELBROUCK, Benito.—Hermano del anterior. Nació en Gijón en 1878. Fue director del diario «El Noroeste». Falleció en octubre de 1926. O. P.: «Motivos» (1909?).

DELGADO, Fr. Jesús.—Nació el 25 de diciembre de 1872. O. P.: «Las tres villas de la costa: Luarda, Tapia y Ribadeo» (1908), «Vida de Sor Melchora», «En plena política», y otras.

DIAZ, Cándido.—Nació en Vallín, de la parroquia de San Miguel de Serín (Gijón) el 8 de septiembre de 1875. El 31 de octubre de 1898 fundó junto con Florencio R. Velis el diario «La Correspondencia» en la villa de Cienfuegos. Falleció en París el 12 de julio de 1924.

DIAZ ALVAREZ, Miguel.—Nació en Villalegre, Avilés, en 1858. Último alcalde español en la Habana bajo la dominación española. Falleció el 30 de enero de 1928. O. P.: «Memoria...» (1897).

DIAZ BLANCO, Juan.—Nació en Infiesto el 1 de abril de 1881. Periodista. También se dedicó al teatro, «Pasiones», y a la zarzuela, «Por ella». Colaboró en diversos periódicos.

DIAZ BRAVO, Fr. Nicolás.—Nació a finales del siglo XVI. Monje de la Orden de San Bernardo. Falleció en 1848. Poeta y tratadista de cuestiones religiosas. O. P.: «La Benedictina», «Poema épico del patriarca San Benito» (1604), y otras.

DIAZ CASTAÑON, María del Carmen.—O. P.: «El bable del Cabo de Peñas».

DIAZ FAES, Francisco.—Nació en Pola de Lena el 3 de julio de 1878. Abogado y escritor. O. P.: «Hojas sueltas» (1908).

DIAZ JARDON, Secundino.—Nació en Prelo el 26 de septiembre de 1900. Poeta y prosista. O. P.: «Lágrimas del alma» (1918), «Gotas de sangre» (1921).

DIAZ MIRANDA, Jacinto.—Nació en Bayo a mediados del siglo XVIII. Eclesiástico. Académico correspondiente de la Academia de la Historia en 1782. Falleció a finales del mencionado siglo. O. P.: «Los doce libros del emperador Marco Aurelio» (1785).

DIAZ ORDÓÑEZ Y ESCANDON, Víctor.—Nació en Oviedo el 10 de diciembre de 1848. Catedrático. Falleció en 1932. Publicó varias obras sobre Derecho.

DIAZ ORDÓÑEZ Y VICTORERO, Víctor.—Jurisconsulto y catedrático. Nació en Oviedo. Falleció en 1864. O. P.: «Idea de las ciencias e importancia de los estudios de Filosofía, Cánones, Leyes y Teología» (1833), «De la elocuencia» (1834).

DIAZ DEL RIEGO, Edmundo.—Nació en Muros del Nalón en 1871. Periodista. Fundó en Oviedo el diario «La Opinión Asturiana». Falleció el 24 de septiembre de 1909.

DIAZ SARRI, José.—Abogado. En 1917 fue director del diario «El Carbayón».

DIAZ VALDEPARES, Fr. Avelino.—Nació en Cartavio el 6 de julio de 1876. Religioso dominico. O. P.: «De la piedad al heroísmo» (1922), «La empresa de Marruecos» (1924), «Santo Tomás de Aquino, doctor eucarístico» (1927), y otras.

DIAZ VALDEPARES, Julián.—Nació en Cartavio el 7 de enero de 1868. Eclesiástico y escritor. O. P.: «Teología pastoral» (1894. Dos tomos), y otras.

DIAZ VALDEPARES, José Ramón.—Nació en Cartavio el 1 de septiembre de 1862. Escritor y periodista. Fundó en Puerto Rico el periódico «El Heraldo Español». Falleció en 1907. O. P.: «Historia y guía de Puerto Rico» (1901).

DIEZ DE LA TORRE, Isidro.—Nació en La Torre, Ciaño Santa Ana, el 17 de septiembre de 1878. Escritor. Falleció el 18 de enero de 1917. O. P.: «Caxigalines» (1906).

DUQUE DE ESTRADA, Ricardo.—Nació en Pamplona el 11 de enero de 1870. Conde de la Vega del Sella, asturiano por linaje. O. P.: «La cueva del Penicual», «Asturias: Concejo de Llanes» (1914), «Las pinturas prehistóricas de Peña-Tu», «Asturias: Concejo de Llanes» (1914), «Avance del estudio del Paleolítico superior en la región asturiana» (1915), «Paleolítico de Cueto de la Mina», «Asturias: Concejo de Llanes» (1916), «La cueva de Buxu», «Asturias: Concejo de Cangas de Onís» (1918), «El asturiense: Nueva industria preneolítica» (1923), «Asturienses, caprenses y vascos» (1933), y otras.

Asturias». Falleció en 1896. O. P.: «Garibaldi y sus glorias» (1860), «Los soldados de la independencia italiana» (1861), «La Italia del siglo XIX» (1861-62), «Una expedición de Garibaldi» (1862), «El prisionero de Aspromonte» (1863?), «La España del siglo XIX» (1864. Cuatro tomos), «Recuerdos de Asturias» (1865), y otras.

ESCALERA, Regino V.—Nació en Noreña el 7 de septiembre de 1849. Escritor conocido principalmente por sus obras dramáticas. Falleció en 1915. O. P.: «Otro abrazo de Vergara» (1873).

ESCALERA Y BLANCO, Luis.—Nació en Pola de Siero el 28 de agosto de 1852. Falleció en Gijón en 1923. O. P.: «De Vidiago a la montaña», «Notas de verano» (1899), «Muñecos en la cabeza» (1901), «De mi tierra», «Manchas de color» (1902), «0,50 de tipos y tipadas» (1907. En colaboración con Adeflor).

ESCOBEDO, José.—Nació en Oviedo el 17 de febrero de 1892. Catedrático y publicista. Publicó obras sobre Derecho.

ESCOSURA Y LOPEZ DE PORTO, Jerónimo de la.—Nació en Oviedo el 19 de diciembre de 1774. Militar y posteriormente funcionario civil. Escritor. Falleció el 11 de noviembre de 1855. O. P.: «Compendio de la Historia de Grecia» (1830), «Compendio de la Historia de Roma» (1830), «Compendio de la Historia de España» (1839), «A mal tiempo, buena cara» (1853).

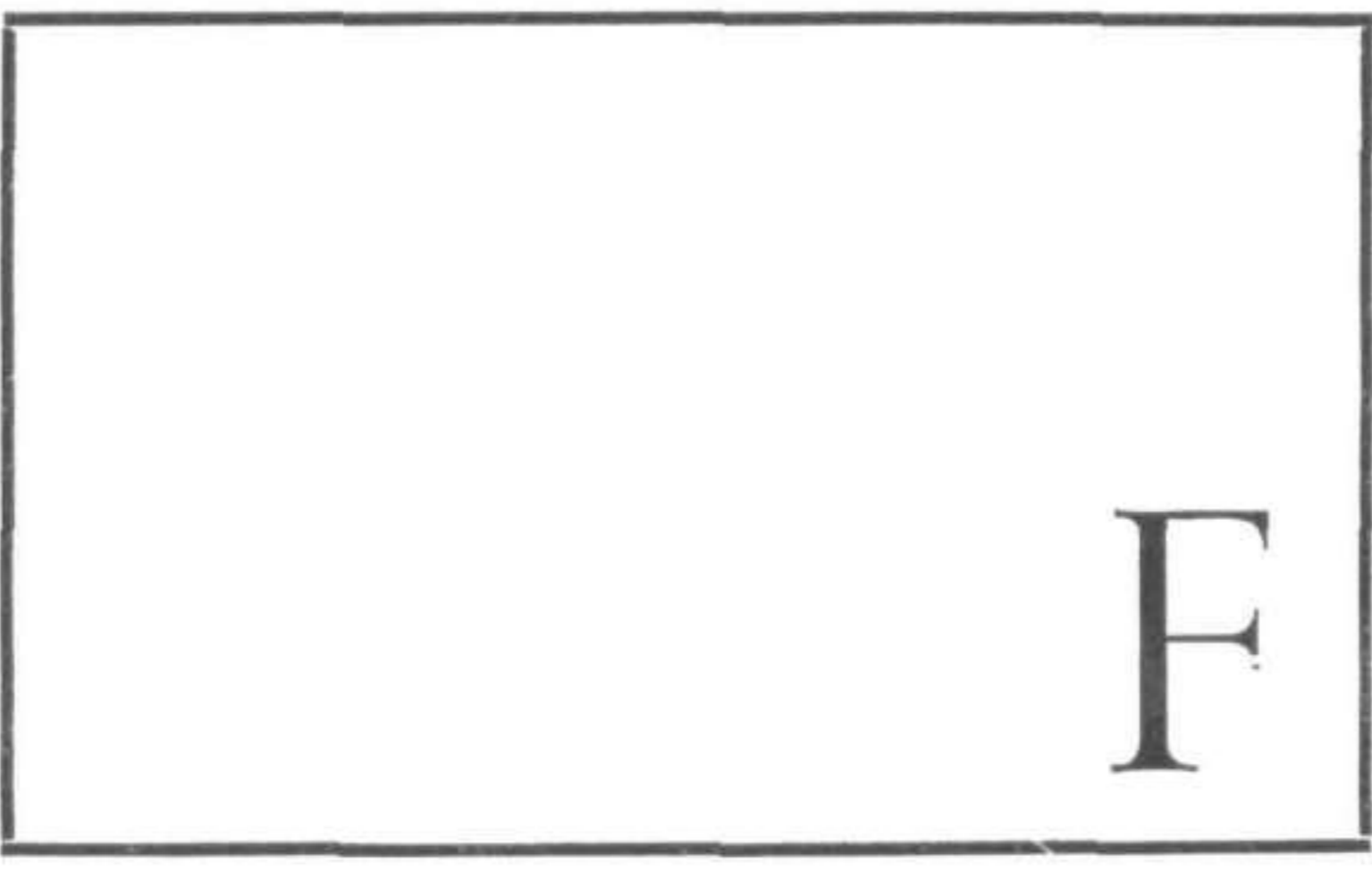
ESCOTE, Aureliano.—Nació en Oviedo en 1858. Decano del Colegio de Abogados. Falleció en 1891. O. P.: «Las emigraciones» (1880), «La cuestión social» (1890).

ESPINA, Eladio.—Nació en Mieres el 30 de enero de 1869. Sacerdote y escritor. O. P.: «Discurso acerca de la guerra de España con los Estados Unidos» (1898), y otras.

ESTRADA, Manuel.—Nació en Proaza en septiembre de 1881. Médico y escritor. Colaborador de periódicos. O. P.: «Para las madres».

ESTRADA NAVA Y BUSTAMANTE, Antonio.—Nació en Oviedo, probablemente en 1714. Escritor. Falleció en 1780. O. P.: «Vida del gran Theobando español...» (1741), «El asombro de Argel y mágoico Mahomed» (1742), «Vida de Thelesio y Argides, eremitas...» (1759 y 65), «Desengaño de los vicios y arrepentimiento del hombre...» (1763), y otras.

ESTRADA Y VILLAVERDE, Guillermo.—Nació en Oviedo el 23 de mayo de 1834. Catedrático. Falleció el 27 de diciembre de 1894. O. P.: «Pedagogía», «La novela», y otras.



FERNAN-CORONAS, O. M. I.—Nació en Cadavedo en 1884. Sacerdote. Poeta y estudioso del bable. O. P.: «Cantares floridos» (1914), «Diccionario del bable».

FERNANDEZ, Baldomero.—Nació en Oviedo el 26 de febrero de 1871. Músico, pintor y escritor. Falleció en 1934. O. P.: «Un día en Oviedo» (1912) y otras.

FERNANDEZ, Eduardo.—Nació en Oviedo. Falleció el 14 de enero de 1887. O. P.: «Menudencias» (1884), «Del agua mansa...», «La taberna», «Lucía la del Sain» (1886).

FERNANDEZ, Prudencio.—Nació en Corvera en 1889. Poeta. En Cuba fundó la revista «Carteles». Falleció el 21 de julio de 1933.

FERNANDEZ ALONSO, Rodrigo.—Nació en el concejo de Grado en 1853. Poeta. Falleció en 1896. O. P.: «Poesías» (1930).

FERNANDEZ ALVAR, Manuel.—Nació en Oviedo el 9 de julio de 1897. Escritor. O. P.: «Nicolás Alexandrovitch Romanoff...» (1931), «Técnica de la cinematografía moderna» (1932).

FERNANDEZ ARGUELLES, Alfonso.—Nació en Arenas el 22 de junio de 1868. Periodista. En Nueva York fundó la revista «España Nueva».

FERNANDEZ AVELLO, Manuel.—Nació en Oviedo el 7 de enero de 1924. Periodista. O. P.: «Vida y obra literaria de Juan Ochoa y Betancourt» (1955), «Reportaje a la Catedral de Oviedo y su torre» (1957), «Periódicos ovetenses» (1957), «Notas para una historia del periodismo ovetense» (1957), «Notas para una historia del periodismo ovetense» (1958), «Tomás Tuero» (1958), «El primer trabajo de don Ramón Menéndez Pidal» (1959), «Apuntes para la historia del periodismo ovetense» (1960), «Ramón Pérez de Ayala y el periodismo» (1961), «Pérez de Ayala y El Fontán» (1962), «Algo sobre Clarín y sus paliques» (1963), «Cara y cruz» (1968).

FERNANDEZ BARCIA, José F.—Nació en Gijón el 15 de marzo de 1887. Escritor. O. P.: «Andanzas» (1924), «Sonatina gijonesa» (1929).

FERNANDEZ BRAGA, Francisco.—Nació en Cabaleros en 1870. Escritor e industrial. O. P.: «Ingenuidades» (1910?).

FERNANDEZ BUELTA, José.—Nació en Ribadesella el 18 de marzo de 1894. Fundó el diario «Región».

FERNANDEZ CALZADA, Rafael.—Nació en Navia el 23 de enero de 1854. Abogado, político y escritor. Falleció en 1929. O. P.: «Galería de españoles ilustres» (1893), «Los republicanos españoles de Amé-

rica» (1907), «Narraciones» (1914), «La patria de Colón» (1920), «Katara: Recuerdos de Hana-Hiva» (1924), y otras.

FERNANDEZ CARAVERA, Eloy.—Nació en Avilés el 13 de julio de 1887. Escritor festivo. O. P.: «Telva» (1910), «Rosina» (1916).

FERNANDEZ CARDIN, Francisco.—Nació en Pintueles en 1811. Catedrático y escritor. Falleció en 1882. O. P.: «La sobriedad científica» (1858), «Sabiduría del humillado» (1861-62), «La razón cristiana levanta la inteligencia y salva la sociedad» (1864).

FERNANDEZ CORUGEDO ALONSO, Constantino.—Nació en Riberas de Pravia el 20 de enero de 1876. Abogado y escritor. Dirigió «El Carbayón». Falleció en 1933. O. P.: «Lo que papita» (1898), «El primado de honor y jurisdicción del Romano Pontífice» (1900).

FERNANDEZ CORUGEDO ALONSO, Emilio.—Nació en Riberas de Pravia en 1868. Escritor festivo, hermano del anterior. Falleció en 1935. O. P.: «Poesías» (1893), «La cuarentona» (1904).

FERNANDEZ CUE, Baltasar.—Nació en Llanes el 26 de septiembre de 1878. Escritor y periodista. O. P.: «Los españoles y el nacionalismo mejicano» (1917).

FERNANDEZ CUEVAS, Carlos.—Nació en Oviedo en 1808. Catedrático y jurisconsulto. O. P.: «De lo verdadero y de lo útil» (1836-37), «Las costumbres y la instrucción como fundamentos de las sociedades» (1850), y otras.

FERNANDEZ EGOICHEAGA, Eladio.—Nació en Oviedo en 1886. Político y escritor. O. P.: «Andalucía, la brava» (1920).

FERNANDEZ FERNANDEZ, P. Galo.—Nació en Cadavedo el 7 de agosto de 1884. Eclesiástico. O. P.: «Cantares floridos» (1915), «Un lirio del valle, o sea la vida de sor María Teresa Egullegor» (1924), «A Jovellanos...»

FERNANDEZ Y FERNANDEZ, Marcelino.—Nació en El Franco el 25 de febrero de 1866. Profesor y publicista. Falleció en 1932. O. P.: «El Franco y su concejo» (1898), «Cuestiones sociales de actualidad» (1921), «Las Casitérides» (1924), «Apuntes para la protohistoria de Asturias» (1926), «Vocabulario del bable de Occidente» (1932) y otras.

FERNANDEZ FIERROS, Francisco.—Nació en Ballota el 4 de octubre de 1887. Escritor y pintor. O. P.: «Tambor y gaitas» (1914), «La Casa de Dios» (1929).

FERNANDEZ GETINO, Teresa.—Conocida por «Marianela». Nació en Pola de Lena el 31 de marzo de 1899. Poetisa. O. P.: «Paisajes» (1949).

FERNANDEZ JARDON, José Alberto.—Nació en Boal el 6 de agosto de 1885. Catedrático y poeta. Falleció en 1919. O. P.: «La filosofía política del Renacimiento en España» (1913), «Las teorías políticas de Duguit» (1919).

FERNANDEZ JUNCOS, Manuel.—Nació en Tresmonte el 11 de diciembre de 1846. Fundó la Academia Antillana de la Lengua. Autodidacta que realizó gran labor en hispanoamérica. Falleció el 18 de agosto de 1928. O. P.: «Cuentos y narraciones» (1926), «Galería puertorriqueña. Tipos y caracteres» (1882), «Galería puertorriqueña: Costumbres y tradiciones» (1883), «Don Bernardo de Balbuena...» (1884), «Varias cosas...» (1884), «Habana y Nueva York» (1886), «De Puerto Rico a Madrid» (1886), «Semblanzas puertorriqueñas...» (1888), «Los primeros pasos en castellano» (1900), «Canciones populares» (1902), «La lengua castellana en Puerto Rico» (1903?), «Antología portorriqueña» (1907), «Lecturas escogidas» (1910), «La última hornada» (1929) y otras.

FERNANDEZ LADREDA, Manuel.—Nació en Trubia hacia 1838. Magistrado y escritor. Falleció el 8 de febrero de 1902. O. P.: «De Oviedo a Covadonga. Apuntes de viaje» (1878), «Páginas asturianas» (1884), «Estudios históricos sobre los Códigos de Castilla» (1896), «Páginas breves: Colección de artículos y cuentos» (1897), «El retrato...»

FERNANDEZ LUANCO, José Ramón.—Nació en Castropol el 14 de noviembre de 1825. Catedrático, investigador y tratadista de ciencias químicas. Dedicó parte de su tiempo a la investigación histórico-literaria. Falleció el 5 de abril de 1905. O. P.: «Ramón Lull (Raimundo Lulio), considerado como alquimista» (1870). Discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Naturales y Artes, «Don Juan Argell y sus trabajos científicos» (1897) y otras.

FERNANDEZ MAR, Benigno.—Nació en La Felguera el 18 de abril de 1893. Escritor. Colaborador en varios periódicos provinciales. O. P.: «Por murmurar» (1920), «Romanito Vega» (1921).

FERNANDEZ MENDEZ, José.—Nació en Avilés el 13 de noviembre de 1887. Sacerdote. Especializado como escritor en materias de prehistoria y arqueología asturiana. O. P.: «Apuntes para la historia del Arte: La basílica de San Salvador de Valdediós...» (1919), «Monumentos megalíticos descubiertos en Vidiago» (1923), «La necrópolis dolménica de la Sierra Plana de Vidiago...» (1925), «Monografía de arte e historia: Santa María de Llanes, siglo XIII» (1925), «La cueva del Pindal y sus pinturas rupestres» (1929) y otras.

FERNANDEZ MONTAÑA, José.—Nació en Santa María de Miudes el 8 de marzo de 1842. Eclesiástico y escritor. O. P.: «Nueva Luz y juicio verdadero sobre Felipe II» (1882), «El venerable maestro Juan de Avila...» (1889), «Los Covarrubias» (1935) y otras.

FERNANDEZ PRIDA, Joaquín.—Nació en Oviedo el 31 de marzo de 1863. Catedrático, político y tratadista de Derecho internacional. O. P.: «La paz armada» (1889), «Historia de los conflictos internacionales del siglo XIX» (1901), «El imperialismo desde el punto de vista del Derecho internacional» (1905), «La crisis del Derecho internacional» (1915) y otras.

FERNANDEZ RODRIGUEZ, José.—Nació en El Rellán (Grado) el 12 de diciembre de 1891. Colaboró durante su estancia en Cuba en la revista «Asturias» y en el «Diario de la Marina». Comerciante bien conocido por ser el artífice de Galerías Preciados

E

ESCALERA, Evaristo V.—Nació en Pola de Siero en 1833. Periodista y literato. Colaboró en revistas y periódicos españoles. En Gijón fundó «El Norte de

de Madrid. De siempre muestra una gran preocupación por la cultura.

FERNANDEZ ROSETE, Fernando.—Nació en Cangas de Onís el 9 de febrero de 1874. Procurador de los Tribunales y escritor. O. P.: «El tío Xuán» (1909), «Pelayo Covadonga» (1909), «La emigración» (1913).

FERNANDEZ SAN MIGUEL, Evaristo.—Militar que alcanzó la graduación de capitán general. Nació en Gijón el 26 de octubre de 1785. Uno de los generales de mayor prestigio de los reinados de Fernando VII e Isabel II. Político y escritor. En 1821 fundó el periódico «El Espectador». Falleció el 29 de mayo de 1862. O. P.: «Elementos del arte de la guerra» (1826), «De la guerra civil en España» (1836), «Las próximas Cortes» (1837), «Aristocracia» (1837), «Las Cortes de 1838» (1838), «Historia de Felipe II, rey de España» (1844-47), «La cuestión romana» (1849), «La cuestión española: Nueva era» (1850), «Instituto de la Real Academia de la Historia...» (1853), «Capitanes célebres antiguos y modernos» (1853) y otras.

FERNANDEZ SANTA EULALIA, Francisco de Paula.—Nació en Avilés hacia 1850. Escritor y periodista. Falleció el 3 de agosto de 1901. O. P.: «Andresin el de Raíces, o una promesa cumplida» (1883), «Peregrina del Rosal, virgen y mártir» (1888), «Pote asturiano» (1899).

FERNANDEZ USATORRE, Perfecto.—Nació en Oviedo en 1847. Periodista, escritor en verso y prosa (casi siempre en bable) y autor de piezas teatrales. Conocido por «Nolón». Falleció el 23 de enero de 1911. O. P.: «Camín de la romería» (1882), «Los quintos de la Manxoya» (1883), «El criado de don Pancracio» (1884), «Manin, el güerfano» (1884), «El a'calde de Llatores» (1884), «El primer jornal» (1885), «La vaca pinta» (1890), «Xuaquina» (1891), «La cruz de nácar» (1892), «Don Luis» (1894), «Veyures y caxigalines» (1906).

FERNANDEZ VALDES, Luis.—Nació en Gijón hacia 1880. Poeta festivo. O. P.: «Un kilo de versos» (1915).

FERRERAS, Aureliano.—Nació en Villacondide el 26 de agosto de 1911. Ha estrenado la obra teatral «Ensayo general». También se dedica a la poesía.

FLOREZ, Alejandro.—Nació en el barrio del Pozo, de Cudillero, el 29 de mayo de 1886. Poeta y prosista. O. P.: «Un libro de versos» (1916), «Estados de alma» (1921), «Cantando por esos mundos», «Espiritu y materia», «El naufragio», «Poemas» (1929).

FLOREZ ESTRADA, Alvaro.—Nació en Pola de Somiedo el 27 de febrero de 1766. Figura nacional e internacional bien conocida por su importante participación en la política y en el mundo cultural. Falleció en Noreña el 16 de diciembre de 1853. O. P.: «Constitución de la nación española...» (1810), «Instrucción para la historia de la revolución de España» (1810), «Examen imparcial de las disensiones de la América con la España...» (1811), «Constitución política de la nación española por lo tocante a la parte militar» (1813), «Representación hecha a S. M. C. el señor don Fernando VII en defensa de las Cortes» (1819), «Efectos producidos en Europa por la baja en el producto de las minas de plata» (1824), «Examen de la crisis comercial de Inglaterra» (1826), «Curso completo de economía política» (1828), «Sobre la enajenación de los bienes nacionales» (1836), «La cuestión social, o sea, origen, latitud y efectos del derecho de propiedad» (1839), «Contestación a las impugnaciones hechas a su escrito sobre el uso que deba hacerse de los bienes nacionales» (1836), «Contestación al artículo publicado en el número 194 de "El Correspondal"...» (1840), «Elementos de economía política» (1841), «Propiedad» (1843).

FLOREZ Y GONZALEZ, José María.—Nació en Cangas del Narcea hacia 1830. Pedagogo, arqueólogo y poeta. Falleció el 7 de agosto de 1890. O. P.: «Memoria relativa a las excavaciones de El Castellón, en el concejo de Coaña, Asturias» (1878), «Composiciones en dialecto vaqueiro» (1883) y otras.

FOLGUERAS Y SION, Luis.—Nació en Villavaler el 31 de diciembre de 1769. Obispo. Poeta. Falleció el 26 de octubre de 1849. O. P.: «Colección de fábulas» (1811), «Sátiras de Juvenal» (1817), «Carta pastoral acerca de doctrinas y libros dañosos con un catálogo de éstos prohibidos» (1829).

FOMBONA, Evaristo.—Nació en Luanco el 25 de octubre de 1817. Escritor. Falleció en Caracas en 1897. O. P.: «España y Venezuela» (1863), «Mis impresiones del 28 de octubre de 1872» (1873), «Elogio de Simón Bolívar» (1875), «Repúblicas hispanoamericanas» (1876), «Páginas literarias: Isabel la Católica, Bolívar, Fr. Bartolomé de las Casas, La religión de la patria» (1884).

FONSECA, Fr. Joaquín.—Nació en San Esteban de Aramil el 10 de noviembre de 1822. Religioso dominico, catedrático y escritor. Falleció en 1890. O. P.: «Oda gratulatoria» (1846), «Batalla de Lepanto» (1854), «Oda épico-gratulatoria» (1854), «La soledad» (1856), «El Rosario» (1856), «El bombardeo del Callao» (1865), «El mundo, el hombre, Dios» (1868) y otras.

FRIERA, Ataúlfo.—Nació en Gijón el 24 de febrero de 1864. Escritor. Falleció en 1918. O. P.: Manolita Gálvez» (1890?), «Los amores de un niño», «Mesas revueltas» (1907).

FUERTES ACEVEDO, Máximo.—Nació en Oviedo el 9 de diciembre de 1832. Hombre dedicado a las ciencias y a las letras. Falleció el 1 de julio de 1890. O. P.: «Noticias históricas de la prensa periodística de Asturias» (1868), «Homenaje a Calderón» (1881), «Moreno Nieto» (1882), «El darwinismo: Sus adversarios y sus defensores» (1883) y otras de carácter puramente científico.

FUERTES ARIAS, Rafael.—Nació en Oviedo el 19 de junio de 1861. Hijo del anterior. Militar y escritor especializado en temas históricos y militares. O. P.: Alfonso de Quintanilla...» (1909), «Batalla de Covadonga» y otras.

FURNIER, Cristóbal.—Nació en Gijón el 25 de septiembre de 1889. Sacerdote, profesor y poeta. O. P.: «Cisnes» (1919), «Sermón de la Santa Cruz» (1929).

G

GAFO, Fr. José Domingo.—Nació en Tiós el 20 de octubre de 1881. Redactor de «La Ciencia Tomista». Falleció el 4 de octubre de 1936. O. P.: «Polémica» (1923), «El momento social de España: Hechos e ideas» (1929) y otras.

GALAN Y PALICIO, Eustaquio.—Nació en Pravia el 20 de septiembre de 1835. Fundó el periódico «La Voz de Luarca». Falleció en 1904.

GAMAZO, Rufo.—Redactor jefe del diario «Arriba». Ha escrito varias obras.

GAMONEDA, Antonio.—Hijo de Antonio Gamoneda, también se dedicó a la poesía. Nació en Oviedo el 3 de mayo de 1931. Poeta. O. P.: «Sublevación inmóvil» (1959).

GARCIA, Alfredo.—Conocido popularmente por el seudónimo de *Adeflor*. Periodista, autor dramático y escritor costumbrista. Nació el 22 de mayo de 1876 en Gijón. En 1920 asume la dirección del periódico «El Comercio», donde hizo una gran labor. Ha sido el primer periodista al que se le concedió el título de «Periodista de Honor». Ha fallecido. O. P.: «Charlas gijonesas» (1902), «Lucha de clases» (1903), «Viaje a través de Galicia» (1906), «El concejal» (1907), «0,50 de tipos y tipadas» (1907), «La señora del palco» (1912), «Los rubianes» (1916), «Charlas populares» (1935).

GARCIA, José Benigno.—Nació en Avilés el 28 de noviembre de 1853. Popular poeta en bable conocido por el seudónimo *Marcos del Torniello*. Falleció en Avilés el 9 de febrero de 1938. O. P.: «Tambor y gaita» (1905), «La esfoyeta» (1906), «Colasón de la pata gorda» (1914), «Orbayos de la quinta» (1925).

GARCIA, Máximo.—Nació en Oviedo el 18 de noviembre de 1879. Escritor dedicado al periodismo. Usó el seudónimo *Gigara*.

GARCIA, Oscar.—Nació en Oviedo el 15 de diciembre de 1885. Residió en La Habana. Falleció en 1931. O. P.: «Nieva» (1924), «El libro del Centro Asturiano de La Habana» (1929).

GARCIA AZNAR, José María.—Nació en Cangas del Narcea el 29 de mayo de 1882. Sacerdote y novelista. Falleció en 1942. O. P.: «¡Allá... junto al mar!» (1930), «El medio del mar» (1932), «Confinado» (1934).

GARCIA BARZANALLANA, José.—Aunque nacido en Madrid hasta él mismo se consideraba asturiano. Nació el 24 de julio de 1819. Político y publicista. Falleció en 1903. O. P.: «Memoria leída en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid...» (1849), «Lecciones de legislación de Aduanas de España...» (1850), «Breves reflexiones sobre el comercio español y la renta de Aduanas» (1854), «La Liga Aduanera ibérica» (1862), «Estudios económicos y administrativos sobre Portugal» (1886), «La admisión de cereales extranjeros» (1870), «Los intereses materiales de España» (1870), «La población de España» (1872), «La Hacienda pública japonesa» (1898) y otras muchas.

GARCIA BARZANALLANA, Juan.—Nació en Naraval en 1779. Funcionario público y escritor. Falleció en 1845. Diversas obras sobre su profesión.

GARCIA BARZANALLANA, Manuel.—Marqués de Barzanallana. Nació el 17 de agosto de 1817. Abogado. Fue director del periódico «El Parlamento». Fue Ministro de Hacienda en tres diferentes periodos. Uno de los académicos fundadores de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Falleció en 1892. Publicó diversas obras sobre su profesión.

GARCIA DEL BUSTO, Valentín.—Nació en Oviedo el 14 de febrero de 1843. Jurisconsulto y colaborador en publicaciones madrileñas. Falleció el 14 de febrero de 1896. O. P.: «Situación económica de España» (1885).

GARCIA CACHERO, Manuel.—Nació en Santa Marina el 24 de octubre de 1892. Colaboró en diversos periódicos argentinos. También escribió piezas teatrales, como «La foguera de San Juan».

GARCIA DEL CANTO, Antonio.—Nació en Oviedo el 5 de febrero de 1823. Militar y escritor. Falleció el 26 de diciembre de 1886. O. P.: «Horas de melancolía (1850?)», «La capilla expiatoria» (1850), «La justicia de Dios» (1850), «La isla del amor, Poesías» (1853), «La calavera milagrosa» (1854), «Misterios de Filipinas (1858-59)», «Los tres hijos del crimen» (1861), «Candelas y los bandidos de Madrid» (1861), «España en la Oceanía» (1862), «Estudios históricos sobre Filipinas» (1862), «Los terremotos de Manila» (1863), «Aventuras de un cochera y memorias de un lacayo» (1863), «El huérano» (1863?), «La conquista de Joló» (1865), «Poeta y suegra en guerra», «Mujer de virtud y honor», «El misionero» (1873), «Los piratas de Filipinas» (1888), «Mis recuerdos» (1888) y otras.

GARCIA CARRIO, Angel.—Pintor y escritor. Nació en Gijón el 9 de diciembre de 1886. Publicó obras sobre dibujo.

GARCIA CASIELLES, Benito.—Nació en Oviedo el 21 de marzo de 1798. Abogado. Falleció en 1855. Publicó obras sobre su profesión.

GARCIA CAVEDA, Joaquín.—Nació en Villaviciosa el 14 de marzo de 1851. Fundó, junto con otros compañeros de estudios, el periódico «El Apolo». Profesor y escritor. Falleció en 1886. O. P.: «Ar-

tículos. Discursos. Viajes. Recuerdos» (1886, obra póstuma), «La virtud y la ciencia» (1877) y otras.

GARCIA CENAL Y FANJUL, Enrique.—Nació en Cangas de Onís en 1842. Falleció en 1915. O. P.: «El hombre. Novela metafísico-social: Polémicas de café» (1887).

GARCIA CIANO, Alvaro.—Nació en Villaviciosa en 1859. Falleció en 1885. Colaborador de periódicos. O. P.: «De Asturias».

GARCIA CIANO, Carlos.—Hermano del anterior. Nació en Villaviciosa en 1885. Escritor festivo en prosa y verso. Colaborador de periódicos. Falleció en 1925. O. P.: «Tipos y topes» (1885), «Cantares» (1888), «El castillo de Yuros» (1893), «Los saltimbanquis» (1889), «Recién llegado» (1904), «La vieja historia» (1909), «Locura» y otras.

GARCIA CIENFUEGOS, Fr. Cayetano.—Nació en San Claudio de Herías el 8 de noviembre de 1835. Filósofo. Falleció en 1900. O. P.: «Los seis domingos de Santo Tomás» (1888), «Reseña histórica de la vida y martirio de los venerables señores Sanz y Serrano...» (1893) y otras.

GARCIA DIAZ, Fr. José.—Nació en Santa María de Parana el 20 de agosto de 1880. Profesor y escritor. Falleció en 1936. Diversas obras religiosas.

GARCIA DIAZ FIGAR, Fr. Antonio.—Nació en Levinco el 30 de noviembre de 1880. Colaborador de periódicos y revistas. O. P.: «La mujer moderna» (1926), «Poemas de juventud» (1927), «Por la escondida senda...» (1932) y otras.

GARCIA DINTEN, Manuel.—Nació en Avilés el 8 de noviembre de 1873. Colaboró en diversos periódicos. Falleció en 1945.

GARCIA Y FERNANDEZ CASTAÑON, César.—Nació en Cabañaquinta el 18 de agosto de 1898. Doctor en Derecho y escritor. Obras sobre su carrera. Miembro del C.S.D.I.C.

GARCIA Y FERNANDEZ CASTRO, Luis.—Nació en Avilés el 16 de junio de 1888. Colaborador de periódicos y revistas. También se dedicó al teatro. Estrenó «Villa Amparo».

GARCIA Y GARCIA, Fr. Celso.—Nació en Pola de Laviana el 26 de junio de 1884. Falleció en 1936. Hizo diversas traducciones y publicó diversas obras, como «El duque de Alba» (1925), «Pelayo» (1925), «Stanley» (1928), «Nelson» (1929), «Juan Sebastián Elcano» (1924), «Pizarro» (1923), «Gonzalo de Córdoba» (1924).

GARCIA GONZALEZ, Adolfo.—Nació el 8 de marzo de 1878 en Cangas de Narcea. Magistrado y publicista. Diversas obras sobre su profesión.

GARCIA GONZALEZ, Marcelino.—Nació en Castropol el 4 de diciembre de 1866. Sacerdote y poeta. Falleció en 1929. O. P.: «Composiciones poéticas» (1898), «Interferencias» (1906), «Peregrinación» (1921) y otras.

GARCIA GONZALEZ, Ramón.—Nació en Castropol el 14 de julio de 1870. Hermano del anterior. Poeta en bable. Falleció en 1938. O. P.: «Amarguras d'un viaxe» (1920).

GARCIA GRAIN, José María.—Nació el 24 de agosto de 1883 en Parlero. Diversas obras de carácter religioso.

GARCIA INFANZON, Enriqueta.—Nació en Tineo el 9 de marzo de 1888. Colaboró en periódicos asturianos y madrileños, en los que firmaba «Eugenia Astur». Falleció en 1947. O. P.: «Memorias de una solterona» (1919), «La mancha de la mora» (1929), «Riego: Estudio histórico-político de la revolución del año veinte» (1933), «La roca Tarpeya» (1949).

GARCIA JOVE Y ALONSO, Eladio.—Nació en Pola de Laviana el 17 de diciembre de 1859. Médico y escritor. Falleció en 1925. O. P.: «Errores populares» (1891).

GARCIA JOVE Y FERNANDEZ LUNA, José.—Nació en Oviedo el 3 de junio de 1834. Escritor y artista. Falleció en 1855. O. P.: «Pedro I de Castilla. Reflexiones sobre el reinado de este monarca» (1855).

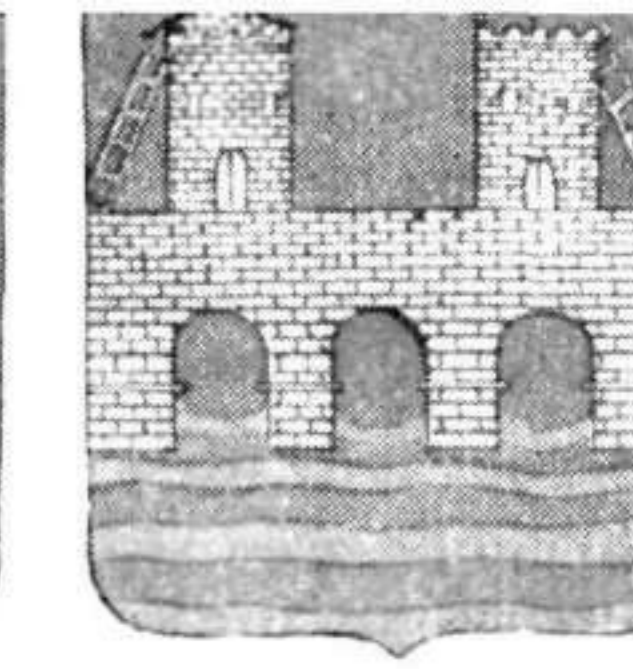
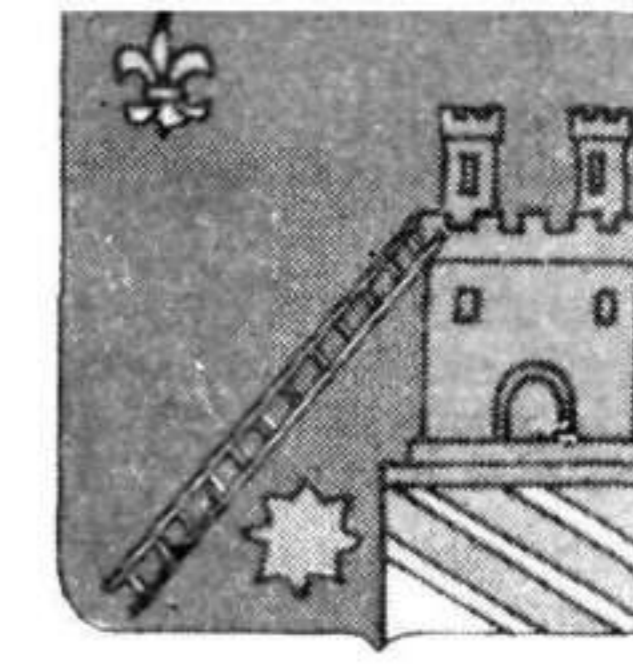
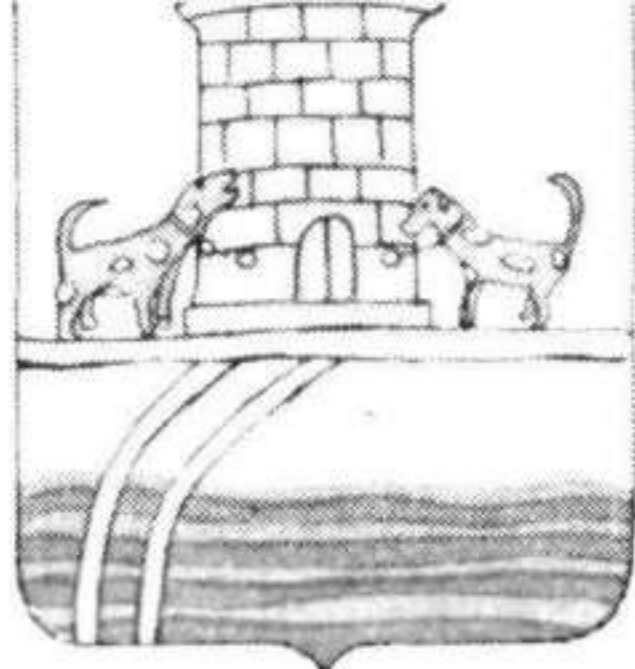
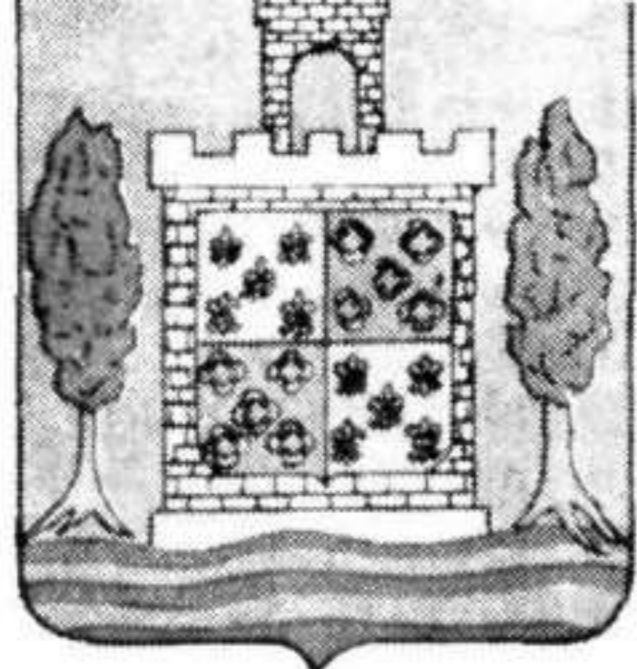
GARCIA JOVELLANOS, Juan.—Nació en Gijón en 1752 o en 1748. O. P.: «Riesgos del cortejo... (azote del cortejo, crítica contestación y métrico moral. Argumento a una dama, cortejada contra la voluntad de su esposo)» (1774), «Oda que, con motivo de haber S. M. nombrado embajador a la corte de Rusia, al Excmo. Sr. D. Gaspar Melchor de Jovellanos y luego Ministro de Estado...» (1798).

GARCIA MINOR, A.—O. P.: «De San Salvador de Oviedo a Compostela», «Xilografía y xilógrafos de ayer y de hoy», «El pintor Darío de Regoyos y su época» y otras.

GARCIA MONTOTO, Fernando.—Nació en Infiesto el 30 de marzo de 1905. Abogado y escritor.

GARCIA NIETO, José.—Nació en Oviedo el 6 de julio de 1914. Poeta fundador de la revista «Garcilasos». En la actualidad, director de «Poesía Española» y «Mundo Hispánico». De entre los muchos premios que le han sido otorgados destaca el Premio Nacional de Literatura y Premio Fastenrath de la Real Academia Española de la Lengua. O. P.: «Víspera hacia ti» (1940), «Poesía 1940-43» (1944), «Versos de un huésped de Luisa Esteban» (1944), «Tú y yo sobre la tierra» (1944), «Retablo del ángel, el hombre y la pastora» (1955), «Toledo» (1945), «Del campo y soledad» (1946), «Tregua» (1951), «Juego de los doce espejos» (1951), «Primer libro de poemas», «Segundo libro de poemas» (1951), «Sonetos para mi hija» (1953), «La red» (1955), «El parque pequeño» y «Elegía en Covalada» (1959), «Geografía es amor», «Palabra y tiempo» (1961), «Corpus Christi y seis sonetos» (1962), «Circunstancia de la muerte» (1963).

GARCIA PALADINI, Alberto.—Aunque nacido en Tucumán el 7 de noviembre de 1901 se le considera asturiano. O. P.: «Amor de novia» (1922), «El juramento» (1924), «El derrumbe de unas vidas» (1924), «El anónimo» (1925), «Polita» (1925), «Gollondrina» (1926), «Postales de Francia» (1931).



GARCIA PALADINI, Arturo.—Al igual que el anterior, su hermano, nació en Tucumán en 1907. Colaborador de periódicos y revistas. O. P.: «Para que hable la gente» (1925), «Hacia algo más nuevo y humano» (1929), «Don Juan, príncipe de Dinamarca» (1936), «Don Juan en el paraíso de las mujeres» (1954).

GARCIA DE PAREDES, Fr. Buenaventura.—Nació en Castañedo el 19 de abril de 1866. Fundó el diario «Libertas». Falleció en Manila. Obras de carácter religioso.

GARCIA DE PAREDES, Emilio.—Nació el 29 de febrero de 1872. Dirigió en Gijón «El Eco Nacional». Redactor de varios periódicos. Falleció en Oviedo el 5 de enero de 1942.

GARCIA PELAEZ, Angel.—Nació en Llanes el 19 de agosto de 1858. Sacerdote y escritor. Falleció en 1895. O. P.: «El pozo del Alloral» (1892), «A teya vana» (1893).

GARCIA PELAEZ, José.—Nació en Piñeres el 17 de octubre de 1864. Conocido por «Pin de Pria». Poeta en bable. Falleció en 1928. O. P.: «P'a L'Habana» (1895), «El díañu de los microbios» (1912), «Nel y Flor» (1926). También escribió diversas comedias y la zarzuela «La Llanisca».

GARCIA PEREZ, Aurelio.—Nació en Cazanés el 9 de julio de 1903. Poeta y prosista. O. P.: «Pétalos» (1934), «Alboradas» (1939).

GARCIA PULGAR, Manuel.—Nació en Pajares el 26 de octubre de 1894. Fundó en Argentina los semanarios: «Asturias», «La Voz de Asturias» y «Correo de Asturias». Falleció en 1943.

GARCIA PURON, Juan.—Nació en Cué el 20 de octubre de 1852. Sus obras para las escuelas elementales tuvieron gran repercusión en Hispanoamérica y en los Estados Unidos. Médico y escritor. Falleció en 1912.

GARCIA QUEVEDO, Julio.—Nació en Madrid pero se le considera asturiano. Poeta en bable y prosista en castellano. Colaborador de diversos periódicos y revistas.

GARCIA QUIROS, Gonzalo.—Nació en Avilés en 1884. Periodista. O. P.: «Augusto» (1913), «Huelga trágica» (1914?).

GARCIA QUIROS, Fr. Santos.—Nació en San Miguel del Río el 30 de octubre de 1864. Se sabe que falleció con posterioridad a 1936. Diversas obras de carácter religioso.

GARCIA DEL REAL, Luciano.—Se supone que nació en 1835, en Oviedo. Especializado en la narración histórica. Falleció en Barcelona el 7 de julio de 1902. O. P.: «Paloma y águila» (1875), «Aurora y Félix» (1876), «La marquesa de Campoalegre» (1885), «La maestra de Alboraya» (1887), «Artes y oficios» (1890), «Tradiciones y leyendas españolas» (cinco tomos publicados en diversas fechas).

GARCIA DEL REAL, Matilde.—Nació en Oviedo en 1856. Profesora y publicista. Diversas obras de carácter pedagógico.

GARCIA DEL REAL, Timoteo.—Nació en Puerto de Vega en 1827. Poeta y prosista. Falleció el 11 de mayo de 1907.

GARCIA RENDUELES, Enrique.—Nació en Gijón el 24 de diciembre de 1880. Presbítero y escritor. Falleció en 1955. O. P.: «Jovellanos y las ciencias morales y políticas. Estudio crítico» (1913), «Los nuevos bablistas. Las mejores poesías en dialecto asturiano de los poetas del siglo XIX» (1925) y otras.

GARCIA RENDUELES, Ricardo.—Nació en Gijón el 14 de enero de 1867. Poeta en castellano y en bable. Falleció en 1913.

GARCIA RENDUELES Y COFER, Luciano.—Nació en Gijón en 1830. Escribió cinco «Memorias» sobre el Instituto Jovellanos, del que fue director en dos ocasiones. Las memorias fueron galardonadas por el Gobierno con la Encomienda de Isabel la Católica. Falleció en 1887.

GARCIA ROBES, Francisco.—Nació en Avilés el 3 de diciembre de 1886. Escritor dedicado al periodismo. O. P.: «Memorias de un Curial» (1953).

GARCIA ROBES, Jesús.—Nació en Avilés el 22 de enero de 1873. Escritor costumbrista en prosa y verso. Notario. Usó el seudónimo «Pérez del Robledal». Falleció en 1935. O. P.: «Villagrís».

GARCIA ROBES, José María.—Nació en Avilés el 8 de septiembre de 1897. Poeta y prosista. Colaboró en periódicos y revistas. Falleció en 1934.

GARCIA RÖEL, Faustino.—Nació en Ceceda el 5 de mayo de 1821. Brillante eminencia científica. Miembro de diversas academias y corporaciones científicas españolas y del extranjero. Falleció en 1895. Publicó obras sobre Medicina.

GARCIA ROSALES, Carlos.—Nació en Oviedo el 10 de octubre de 1894. Poeta y prosista. Falleció el 2 de junio de 1946. O. P.: «Rimas sencillas» (1930), «Oviedo heroico y mártir» (1938).

GARCIA SAMPEDRO, Fr. Melchor.—Nació en Cortes el 28 de abril de 1821. Religioso dominico sometido a martirio en Tonkin (Indochina). Pio XII, el 29 de abril de 1951, le declaraba Beato. A la ceremonia de beatificación en el Vaticano asistió una nutrida peregrinación de asturianos. Escribió diversos trabajos sin formar volumen.

GARCIA SAN MIGUEL, Julián.—Nació en Avilés el 8 de marzo de 1841. Jurisconsulto, político y escritor. Falleció en octubre de 1911. O. P.: «¿Cuál es la extensión y efectos de la sociedad conyugal?»

Juicio crítico de la legislación aragonesa y castellana relativa a esta materia» (1865), «Avilés: Noticias históricas» (1897) y otras.

GARCIA SANCHEZ, Alfredo.—Nació en Boal el 10 de febrero de 1883. Escritor festivo en verso y prosa. O. P.: «...y pocas nueces...» (1902), «¡No hay más remedio! ¡Me suicido! Monólogo rápido cómico con vistas al drama, en verso» (1906), «La veleta» (1908), «...y salir trasquilado» (1908).

GARCIA TEJEIRO, Miguel.—Nació en Lois el 4 de noviembre de 1867. Escritor especializado en temas de arqueología e historia. Falleció en 1936. O. P.: «Monumentos megalíticos de Porcia, concejo de Tapia, Asturias» (1900), «Alzamiento del Principado de Asturias en 1808 y memorias del Regimiento de Infantería de línea de Castropol» (1908) y otras.

GARCIA TORAL, Alicia.—Nació en Gijón el 6 de octubre de 1902. Usó el seudónimo de «Garcitoral». Escribió asiduamente en periódicos de Madrid y Barcelona. Desde 1937 residió en América. O. P.: «Notas sobre Portugal. Política» (1928), «Oleaje. Amanecer de nuestro tiempo» (1929), «La fábrica» (1931), «Primera categoría» (1950), «Cinco historias de amor» (1951), «Vida humana de Jesús» (1952) y otras.

GARCIA VELA, Fernando.—Nació en Oviedo el 28 de octubre de 1888. Comenzó periodísticamente su labor en «El Noroeste» de Gijón. Fue director de «El Sol» y de «Diario de Madrid». Desde su fundación, secretario de la «Revista de Occidente». Cuenta con una excelente obra de traductor. Falleció en 1966. O. P.: «Fútbol Association y Rugby» (1924), «El arte al cubo» (1927), «El futuro imperfecto» (1934), «Mozart» (1943), «Talleyrand» (1943), «Estados Unidos entran en la Historia» (1946), «El grano de pimienta» (1950), «Circunstancias» (1952) y otras. Usó el seudónimo, en algunas ocasiones, de «Héctor del Valle».

GARCIA VELA, José.—Hermano del anterior. Nació en Oviedo el 5 de noviembre de 1885. Poeta. Falleció en 1913. O. P.: «Hogares humildes» (1909).

GOMEZ, Mario.—Nació en Cangas de Narcea el 23 de enero de 1872. Principalmente, humorista. Falleció el 26 de abril de 1932. O. P.: «Seiscientos sesenta y cinco reelutas: Estudios físico-psíquicos» (1903), «Recluta y reclutamiento» (1908), «De Bogayo: Literatura regional» (1915), «A. Pin el ajustador» (1916), «De Corripia» (1923) y otras.

GOMEZ BAS, Joaquín.—Nació en Cangas de Onís el 26 de mayo de 1907. Poeta. Se han publicado sus obras «Marejadas», «Faroles en la niebla», «Birlibirloque», «La tarántula ciega», «Anclado témpano», «Prisma urbano» y «Hogaño», «Barrio gris» y «Orc bajo».

GOMEZ GARZON, Angel.—Más conocido por el seudónimo «Gil Nuño del Robledal». Nació hacia 1885. Falleció con posterioridad a 1936. O. P.: «Solas asturiano» (1912), «Oviedo, ciudad humorística» (1925), «¿Por qué Oviedo se convirtió en ciudad mártir? Película de la revolución» (1935).

GOMEZ MORAN, Luis.—Nació en Oviedo el 17 de julio de 1897. Notario y publicista. Falleció en Gijón en 1951. O. P.: «Lo que no puede ser» (1918), «Alrededor de mí mismo» (1925?).

GOMEZ MORAN, Mario.—Nació en Oviedo en 1889. Hermano del anterior, colaboró con él en la comedia «Lo que no puede ser». Falleció en 1945.

GOMEZ SANTOS, Marino.—Nació en Oviedo. Periodista. O. P.: «Baroja y su máscara», «Crónica del café Gijón», «Diálogos españoles», «Españoles españoles», «Gregorio Marañón», «Mundo aparte», «La reina Victoria Eugenia de cerca» «Leopoldo Alas "Clarín"» y otras.

GOMEZ VALLE, José.—Nació en San Antolín el 27 de enero de 1884. Poeta. Falleció en 1928. O. P.: «Poesías» (1929).

GONZALEZ, Angel.—Nació en Oviedo en 1925. Poeta. O. P.: «Aspero mundo» (1955), «Sin esperanza, con convencimiento» (1961), «Grado elemental» (1962. Premio Antonio Machado) y otras.

GONZALEZ, Avelino.—Nació en Villameján hacia 1892. Médico. Ha publicado obras de carácter médico. Colaborador de periódicos.

GONZALEZ, Fr. Ceferino.—Nació en San Nicolás de Villoria el 28 de enero de 1831. Filósofo tomista del siglo XIX. El 10 de noviembre de 1884 fue investido de cardenal. Perteneció a diversas academias. Falleció el 29 de noviembre de 1894. O. P.: «La inmortalidad del alma» (1869), «Biblioteca de teólogos españoles» (1869), «Filosofía de la historia» (1870), «La antigüedad del hombre y de la Prehistoria» (1889), «La Biblia y la ciencia» (1891) y otras.

GONZALEZ, José Antonio.—Nació en Oviedo en 1886. Sacerdote. O. P.: «Diálogos y poesías en castellano y en dialecto asturiano para los Catecismos de las fiestas de Navidad» (1912, fecha de la tercera edición).

GONZALEZ, José María.—Nació en Oviedo el 18 de abril de 1880. Periodista. Conocido por el seudónimo «Columbia». O. P.: «El día de Colón y de la paz» (1930).

GONZALEZ ABIN, Amable Luis.—Nació en Nueva el 24 de agosto de 1863. Poeta y prosista. Falleció en 1911. O. P.: «Jueyines del mió güertín» (1911).

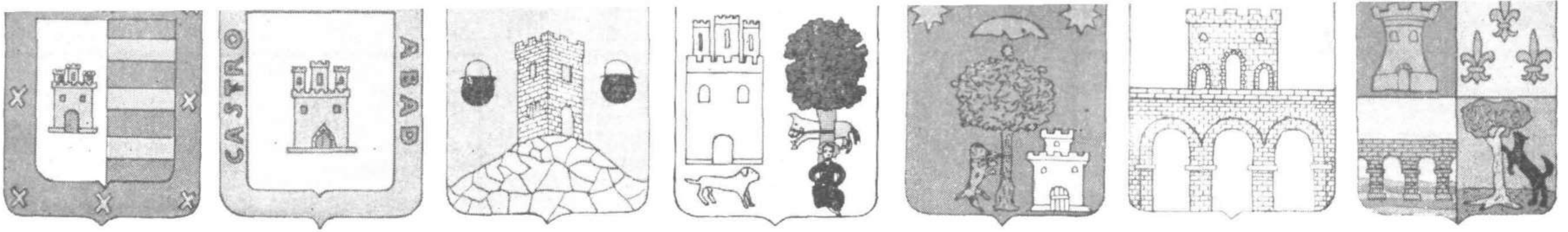
GONZALEZ AGUIRRE, José.—Nació en Santa Eulalia de Llamero en 1857. Escritor y periodista. Fundó y dirigió en La Habana el periódico «El Correo de Asturias». O. P.: «Asturias en Cuba» (1904) y otras.

GONZALEZ ALEGRE Y ALVAREZ, José.—Nació en Oviedo. Más conocido por «Pepe Alegre». Político y escritor. Fundó y dirigió el periódico «La Joven Asturias». Falleció en 1918.

GONZALEZ BLANCO, Andrés.—Nació en Valdecuna en 1838. Pedagogo y escritor. Falleció en 1895. Publicó obras de carácter pedagógico.

GONZALEZ BLANCO, Andrés.—Hijo del anterior. Nació eventualmente en Cuenca el 21 de agosto de 1886. Tocó todos los géneros literarios, y su firma figuró en importantes periódicos y revistas de Madrid y del extranjero. Falleció el 21 de octubre de 1924. O. P.: «Los contemporáneos» (1907-12, cinco tomos), «El amor de provincia» (1908), «Los grandes maestros: Salvador Rueda, Rubén Darío. Estudio crítico de la poesía española en los últimos tiempos» (1908), «El castigo» (1909), «El culpable» (1909), «Historia de la novela en España desde el romanticismo a nuestros días» (1912), «Dilido de aldeas» (1910), «El veraneo de Luz Fanjul» (1910), «Doña Violante» (1910), «Poemas de provincia y otros poemas» (1910), «La eterna historia» (1910), «Matilde Rey» (1911), «La hora del abandono» (1911), «Elogio de la crítica: Ensayos diversos» (1911), «Campoamor: Biografía y estudio crítico» (1911), «La rubia del paseo» (1911), «El pianista» (1911), «Marcelino Menéndez y Pelayo: Su vida y sus obras» (1912), «El misacanto» (1912), «Un drama en Episcopópolis» (1912), «La loca de la casa» (1913), «Las mejores poesías de amor» (1913), «Antonio de Trueba: Su vida y sus obras. Páginas escogidas» (1914), «Julieta rediviva. Las grandes figuras de la guerra» (1915), «El general Joffre» (1915), «Sir John French: El heroísmo del soldado inglés. La improvisación de un ejército. La personalidad del general French» (1915), «Tu marido lo sabe» (1916), «Brisas de Ultramar» (1916), «Rosita Fuenclara» (1916), «El paraíso de los solteros» (1916), «Un déspota o un libertador» (1916), «El Kronprinz; su ambiente, su familia, su juventud, sus amores, su vida en la Universidad de Bonn. La opinión europea ante el Kronprinz» (1917), «Yvonne la loca» (1917), «Serenata del estío» (1917), «Los dramaturgos españoles contemporáneos» (1917), «Escritores representativos de América» (1917), «Mademoiselle Milagros» (1918), «Alma de monja» (1918), «La sacrificada» (1918), «Larra» (1919), «Las frivolitas y las perversas» (1919), «Leopoldo Alas, "Clarín"» (1920), Armando Palacio Valdés (1920), «El fado de Paco d'Arcos» (1922), «La juerga triste» (1923), «Regalo de reyes» (1923), «María Jesús, casada y mártir» (1923), «Españolitas de Lisboa» (1924), «Ponchin I, "Rey de la casa"» (1924).

GONZALEZ BLANCO, Edmundo.—Nació en Luanco el 20 de noviembre de 1887. Escritor y polígrafo. Falleció en 1938. O. P.: «Etapas de una degradación» (1900), «Democracia y clericalismo» (1901), «Las iglesias del Estado: Cuestiones de Derecho social» (1902), «Muerte militar» (1902), «Historia general de la Literatura» (1904), «El feminismo en las sociedades modernas» (1904), «El descanso dominical, según la cronología y la historia» (1907), «El materialismo combatido en sus principios cosmológicos y psicológicos» (1907), «Discursos sobre la Filosofía de la Naturaleza» (1909), «Los orígenes de la religión» (1909-11), «La libertad de enseñanza» (1910), «Strauss y su tiempo» (1911), «El Socialismo, la patria y la guerra» (1912), «El Jurado en la picota» (1914), «Alemania y la guerra europea» (1915), «El hilozoísmo como medio de concebir el mundo» (1915), «Hindenburg y la campaña alemana en el Oriente europeo» (1915), «El placer de matar» (1915), «Jesús de Nazareth» (1915), «El origen de la guerra europea y la culpa de los aliados» (1916), «Iberismo y germanismo» (1917), «Voltaire» (1918), «Historia del periodismo desde sus comienzos hasta nuestra época» (1920), «Costa y el problema de la educación nacional» (1920), «El profesor Saldaña y sus ideas sociológicas» (1921), «Así conquistaba César» (1922), «La venganza del piloto» (1922), «Un militar insujeto» (1922), «Mi prima Consuelo» (1922), «Tragedia nupcial» (1923), «Mi primera conquista» (1923), «Mesalina. Novela histórica» (1923), «Rubio y Collantes» (1923), «El taller de modistas» (1924), «El filósofo y la cupletista» (1924), «Dos mujeres fáciles» (1925), «Don Cordero, espejo de rufianes» (1925), «Chantagismo amoroso» (1928), «Viaje sin rumbo» (1928), «Cinuenta españoles ilustres» (1928), «El universo invisible» (1929), «Más allá de lo humano» (1929), «La mujer, según los diferentes aspectos de su espiritualidad» (1930), «Angel Ganivet» (1930), «La familia: Su pasado, su presente y su porvenir» (1930), «Los sistemas sociales contemporáneos» (1930), «Menéndez Pelayo y sus ideas» (1930), «El amor en la naturaleza, en la historia y en el arte» (1931), «Nuevo ideal de humanidad» (1931), «El Sindicalismo, expuesto por Sorell» (1931), «El Anarquismo, expuesto por Kropotkin» (1931), «El Socialismo, expuesto por Marx» (1931), «El Comunismo, expuesto por Lenin» (1931), «Al borde del abismo» (1931), «Ideario de Cánovas» (1931), «La República española y los problemas nacionales» (1931), «El Federalismo, expuesto por Pi y Margall» (1932), «El Nacionalsocialismo, expuesto por Hitler» (1933), «"El Príncipe", de Maquiavelo, comentado por Napoleón Bonaparte» (1933), «El Fascismo, expuesto por Mussolini» (1934), «La civilización del antiguo Egipto» (1934), «Los evangelios apócrifos» (1934), «Historia de los grandes inventos» (1935), «Abisinia en su historia y en sus costumbres» (1935).



GONZALEZ BLANCO, Pedro.—Nació en Luanco en 1879. Escritor. O. P.: «De Porfirio Díaz a Carranza» (1916), «El presidente Machado, o la autoridad recatada, Inglaterra y su más antigua aliada» (1940), «Teresa de Jesús» (1944), «Martín Alonso Pinzón» y otras.

GONZALEZ DE BUSTOS, Francisco de Paula.—Se le considera nacido en el concejo de Gozón. Poeta y comediógrafo de la segunda mitad del xvii.

GONZALEZ CANDAMO, Bernardo.—Nació el 5 de enero de 1881 en París, pero se le considera asturiano. Colaborador de periódicos y revistas. O. P.: «Estrofas» (1900).

GONZALEZ CASTRO, Luis Vicente.—Nació en Figueras el 17 de junio de 1887. Residió principalmente en la Argentina. Falleció en Madrid en 1920. O. P.: «La verdad» (1914), «Cristo sonriendo» (1916, dos tomos), «En tardes de paraninfo: ¿Mañana? El alma del niño» (1917).

GONZALEZ DIAZ, Ovidio.—Nació en San Martín del Rei Aurelio el 28 de noviembre de 1909. Más conocido por «Ovidio Gondí». Periodista.

GONZALEZ DINTEN, Juan.—Nació en Avilés a fines de 1904. A partir de 1931 fue director de «La Voz de Avilés». Hijo de Manuel González Wes.

GONZALEZ GARCIA, Frabiciano.—Nació en Gijón el 27 de marzo de 1868. Profesor, abogado y escritor. Estrenó piezas teatrales, la mayor parte monólogos en bable. Periodista. Falleció en 1950. O. P.: «MUCHU GÜEYU con la xente de casa» y «Un alcalde de montera» (1925). Escribió muchos artículos sobre Jovellanos y su obra.

GONZALEZ GRANDA, Arcadio José.—Nació en Colunga el 27 de diciembre de 1898. Poeta y prosista. O. P.: «Sueño gris y rosa» (1924), «La senda de los poemas» (1932).

GONZALEZ LUDEÑA, Pedro.—Nació en Oviedo en 1877. Sacerdote y escritor. Colaborador de periódicos y revistas. Escribió obras de teatro en bable. O. P.: «Festeyemos la Navidad», «Hay que golver a los tiempos pasaos» (1952) y otras.

GONZALEZ LLANA, Félix.—Nació en Oviedo el 12 de mayo de 1850. Periodista y comediógrafo. Murió el 18 de julio de 1921. O. P.: «Fernanda» (1885), «El soldado de San Marcial» (1885), «Madapolán, hermanos» (1886), «El matrimonio de Olimpia» (1891), «El día memorable» (1892), «Blancos y negros» (1893), «El pan del pobre» (1894), «De Méjico a Villacorveja» (1895), «Los plebeyos» (1897), «El lujo» (1897), «El intruso» (1900), «Fedora» (1900), «Las vírgenes locas» (1902), «Los miserables» (1903), «Hamlet, príncipe de Dinamarca» (1903), «Edmundo Kean» (1903), «La Tosca» (1905).

GONZALEZ LLANA, José.—Nació en Madrid el 9 de septiembre de 1882. Magistrado y escritor. O. P.: «Torrijos» (1906), «El Estado-Provincia» (1924).

GONZALEZ LLANA, Manuel.—Nació en Oviedo hacia 1835. Político y escritor. Murió en 1911. O. P.: «La Italia del siglo xix» (1861-62), «Méjico histórico y descriptivo» (1862), «Crónica de la provincia de Sabalium de danzas» y otras.

GONZALEZ MAGDALENA, Secundino.—Nació en Oviedo el 21 de mayo de 1887. Sacerdote, compositor musical y escritor. Falleció en 1949. O. P.: «El teatro contemporáneo», «La música contemporánea española y el actual renacimiento español», «Album de danzas» y otras.

GONZALEZ Y MARTINEZ, Jerónimo.—Nació en Sama de Langreo en 1875. Magistrado y tratadista de Derecho. La Biblioteca Pública de Langreo lleva su nombre. Falleció el 9 de noviembre de 1946. Publicó obras de tipo jurídico.

GONZALEZ MENENDEZ REIGADA, Fr. Albino.—Nació en Corias el 18 de enero de 1881. Obispo de Tenerife en 1924. O. P.: «La cultura moderna y la filosofía tomista» (1915), «La ciencia del amor» (1925), «La libertad de pensamiento o la ciencia del bien y del mal» (1931) y otras.

GONZALEZ MENENDEZ REIGADA, Fr. Antonio.—Nació en Corias el 29 de noviembre de 1861. Hermano del anterior. Falleció en 1924. O. P.: «La inmoralidad del teatro moderno» (1899), «La estética del Rosario» (1910), «El mes de octubre» (1911), «Filosofía de la belleza» (1912), «Poesías líricas» (1919).

GONZALEZ MENENDEZ REIGADA, Fr. Ignacio.—Nació en Corias el 10 de agosto de 1883. Hermano de los dos anteriores. O. P.: «De dirección espiritual» (1934) y otras.

GONZALEZ POSADA, Adolfo.—Nació en Oviedo el 18 de septiembre de 1860. Profesor y tratadista de Derecho. Colaboró en periódicos y revistas de España y del extranjero. Falleció en 1944. O. P.: «La amistad y el sexo», «Cartas sobre la educación de la mujer» (1893), «Literatura y problemas de Sociología» (1902), «Socialismo y reforma social» (1904), «Un libro sobre el Estado» (1904), «Autores y libros» (1909), «Pedagogía» (1910), «La ciudad moderna» (1915, discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas), «España en crisis. La política» (1923), «Leopoldo Alas "Clarín"» (1946) y otras muchas obras sobre temas de Derecho y acerca de política.

GONZALEZ POSADA Y DIAZ, Carlos.—Nació en Oviedo el 1 de junio de 1890. Doctor en Derecho. Publicó diversas obras sobre Derecho.

GONZALEZ DE POSADA Y MENENDEZ, Carlos Benito.—Nació en Candás el 8 de agosto de 1745. Casi toda su producción permanece inédita en la Academia de la Historia, de Madrid. Falleció el 13 de

marzo de 1831. O. P.: «Ensayo de buena versión en prosa y verso de latín a castellano» (1775), «Memorias históricas del Principado de Asturias y obispado de Oviedo» (1794).

GONZALEZ, PRIETO, Francisco.—Nació en Gijón el 8 de noviembre de 1859. Escritor en prosa y en verso, en bable y en castellano. Falleció en 1937. O. P.: «L'antroxu» (1894), «A Roma» (1894), «Historia de Roma» (1895), «El quinto la xana» (1895), «Romances moriscos» (1900), «L'astur» (1904), «La crónica de Gijón: Cronología histórica de Gijón desde los tiempos fabulosos hasta los comienzos del siglo xx». «El sorteu» (1904), «Mis descubrimientos astronómicos» (1905), «El eclipse de Sol y los sabios» (1907), «Monografía de Jovellanos» (1911), «La vida asturiana en un ciento de sonetos» (1921) y otras.

GONZALEZ PUMARIEGA, Juan.—Nació en Calavero el 31 de diciembre de 1851. Escritor y orador. Falleció en La Habana en 1932. O. P.: «Impresiones de un viaje a Tampa» (1909), «Añoranzas» (1916) y otras.

GONZALEZ PUMARIEGA, Julio.—Nació en Oviedo el 22 de mayo de 1880. En Avilés estrenó piezas teatrales como «El crimen de los gemelos» y «Frigorífica».

GONZALEZ REGUERA, Antonio.—Nació en Logreza a comienzos del siglo xvii. Sacerdote y poeta. O. P.: «Romance de Santa Eulalia de Mérida» (1639).

GONZALEZ RIERA, Manuel I.—Nació hacia 1870. Abogado y escritor. Publicó la novela titulada «Invasión» (1949).

GONZALEZ RUA, Armando.—Nació en Oviedo el 15 de mayo de 1848. Catedrático y escritor. Falleció el 13 de julio de 1927. Publicó obras relacionadas con la carrera de Filosofía y Letras.

GONZALEZ RUBIN, Enriqueta.—Nació hacia 1835. Popularizó el seudónimo «La Gallina Vieja». Colaboró en periódicos. O. P.: «Viaxe del Tío Pacho el Sordo a Oviedo» (1875).

GONZALEZ SOLIS, Gumersindo.—Nació en Oviedo, probablemente en 1831. Fue director de «El Faro Asturiano». Falleció en Cuba posteriormente a 1880.

GONZALEZ SOLIS, Protasio.—Nació en Oviedo el 19 de junio de 1829. Periodista. Falleció en 1908. O. P.: «Unión Ibero-Americana...» (1888), «Memorias asturianas» (1890), «Avant-propos: Flaquezas de la Hacienda» (1900) y otras.

GONZALEZ TUNON, Rafael.—Nació a principios del siglo xix. Falleció en Gijón el 18 de agosto de 1886. O. P.: «Manual para la inteligencia de la lidia de toros» (1861) y otras.

GONZALEZ DEL VALLE, Emilio Martín.—Nació el 11 de noviembre de 1853 en La Habana. Pero se le considera asturiano. Político y escritor. En 1889 le fue concedido el título nobiliario de marqués de la Vega de Anzo. Murió el 27 de marzo de 1911. O. P.: «Un libro más» (1872), «Recuerdos de la juventud» (1874), «De la propiedad literaria» (1874), «Asturianos ilustres: Apuntes biográficos» (1879), «Renglones desiguales» (1882), «Páginas en prosa» (1882), «La poesía lírica en Cuba» (1882), «Los amores de Tesaida» (1884), «Ayer y hoy» (1905).

GONZALEZ DEL VALLE, Martín.—Nació en Oviedo el 25 de diciembre de 1882. Escritor. Segundo marqués de la Vega de Anzo. Falleció el 13 de enero de 1951. O. P.: «El general don Pedro Rodríguez de la Buriá» (1901), «Ocios de estudiante» (1902), «Don Pedro Armada Valdés, conde de Canalejas» (1907?), «El Instituto Nacional de Previsión» (1910), «Un episodio de la historia contemporánea: La concesión del Condado de Xauen» (1930).

GONZALEZ VALLEDOR, Baldomero.—Nació en Tineo el 1 de marzo de 1846. Médico y escritor. Publicó diversas obras sobre Medicina. Fue uno de los divulgadores en España y América de la escuela dosimétrica. Falleció el 11 de febrero de 1924.

GONZALEZ WES, Manuel.—Nació en Solía en 1873. Fundó en enero de 1908 el diario «La Voz de Avilés». Falleció el 27 de septiembre de 1936.

GRECIET, Esteban.—Nació en Oviedo. Periodista. O. P.: «Fábulas negras».

GUERRA RIVERA, Aurelio.—Nació el 25 de septiembre de 1888 en Puerto Rico. Se le considera asturiano. Maestro y escritor. Colaboró en revistas y estrenó piezas teatrales como «Pasiones humanas», también publicada en 1915. Se encargó del cuadro artístico «Liceo Asturiano», de Oviedo.

GUISASOLA Y MENENDEZ, Victoriano.—Nació en Oviedo el 21 de abril de 1852. Fue sacerdote y escritor. Llegó a arzobispo y cardenal primado. Falleció el 1 de septiembre de 1920. O. P.: «La vida cristiana» (1903), «Acción social del clero» (1910), «El librepensamiento: Doctrinas y hechos» (1912), «El Papa y la paz de las naciones» (1917) y otras.

GUISASOLA Y RODRIGUEZ, Victoriano.—Nació en Oviedo el 11 de agosto de 1821. Fue arzobispo. Publicó obras religiosas. Falleció en 1888.

GUSTAVO PEREZ, Adolfo.—Nació en Villaoril el 18 de julio de 1921. Funda y dirige en 1949 la revista poética «Trébole». O. P.: «A la vera, vera» (1945) y otras.

GUTIERREZ BARREAL, José María.—Nació en Filipinas pero considerado asturiano. Médico, escritor y conferenciante. Falleció en 1944. O. P.: «Neosalvarsanoterapia», «Bismutoterapia», «Recidivas de cálculos renales».

GUTIERREZ PALACIO, José María.—Nació en Santullano en 1854. Poeta dramático. Falleció en 1928. O. P.: «Sedición o duelo a muerte» (1908), «Contiendas de honor» (1912), «El único poder» (1913), «El anillo de Isabel» (1914), «Tinieblas y luz» (1917), «¿Ver?» (1918?), «Nuevo acto tercero del drama ¿Ver?» (1920), «Cuando el amor es amor» (1921), «El loco de las comedias» (1922), «El drama de un loco» (1922), «Amores difíciles» (1924), «La palmera y el girasol» (1924), «Matar a hierro» (1925?), «Ernesto!» (1925?), «El tributo de las cien doncellas» (1925), «Fruvolidades funestas» (1926).



HERNANDO BALMORI, Clemente.—Nació en Llanes el 14 de diciembre de 1894. Lingüista y filólogo. Reside en la Argentina. O. P.: «Observaciones para el estudio de los verbos deponentes» (1933), «El mundo céltico. Eburas y eboras en la Península Ibérica» (1944) y otras.

HERRERO, Carlos A.—Conocido por el seudónimo «Adriano Flórez». Novelista. Falleció el 27 de octubre de 1938. O. P.: «El herborista Acacio» (1929?), «La hoja verde» (1929?), «El retiro de Filemón» (1930).

HERERERO LOPEZ, Pedro Mario.—Nació en Oviedo en 1921. Escritor, periodista, director y guionista de cine. Ha publicado obras en las que recoge crónicas suyas; por ejemplo, las de Vietnam y las de Andalucía. Actualmente colabora en el diario *Ya*. De sus películas destacan «Ensayo general para la muerte» (guionista), «La barrera» y «Adiós, Cordera».

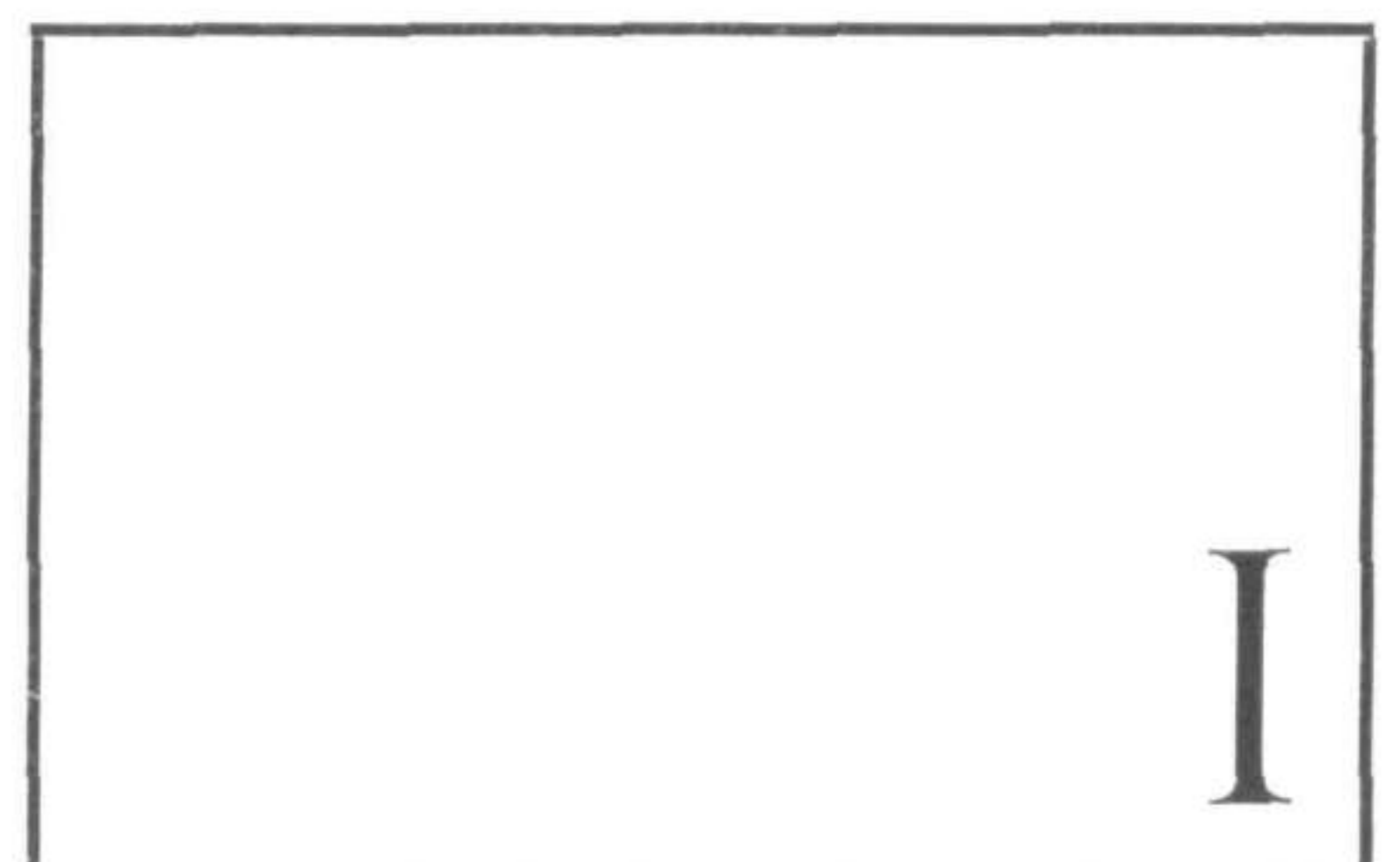
HEVIA CAMPOMANES, Fr. José.—Nació en Pola de Lena el 24 de marzo de 1841. Alcanzó la dignidad de obispo. Falleció en 1904. Diversas publicaciones de tipo religioso.

HEVIA Y PRIETO, Domingo.—Nació en Vega el 17 de noviembre de 1803. Eclesiástico, poeta y prosista. Falleció en 1885. O. P.: «La cuestión de vida o muerte para las naciones...» (1848), «Ciencia de la vida o recreaciones morales en verso» (1853), «Flores y espinas» (1862) y otras.

HEVIA TORRES, Antonio.—Nació en Gijón el 16 de junio de 1903. Poeta y prosista. Colaborador en periódicos. Falleció en 1946. O. P.: «Violetas» (1926), «Fontana de aldea» (1926), «Palomas blancas» (1928).

HUERTA NAVES, Luis.—Nació en Sobrescobio el 3 de marzo de 1889. Pedagogo y publicista. Muchas publicaciones relacionadas con su profesión.

HUERTA Y POSADA, Ramón de la.—Nació en Llanes el 29 de enero de 1834. Escritor en prosa y verso. Falleció en 1908. O. P.: «Amor, poesía e historia» (1864), «La mujer», «Ayes del alma», «Elvira y Osvaldo» (1882).



IBANEZ GASTON, Antonio Raimundo.—Nació en Ferreira el 17 de octubre de 1749. Hombre de negocios y economista reconocido en tiempos de Carlos IV. Fue marqués de Sargadelos y conde de Orbaiceta. Falleció el 2 de junio de 1809. O. P.: «Discurso político y apologético sobre el proyecto de las fábricas de hierro que ha propuesto a S. M. y tiene meditado establecer en los montes de Rúa» (1788).

INGUANZO Y RIVERO, Pedro.—Nació en la Herrera el 22 de diciembre de 1764. Cardenal del primer tercio del siglo xix. Falleció en 1836. O. P.: «Instrucción al clero y pueblo de la diócesis de Zamora» (1823) y otras.

ISLA MONES, José Joaquín.—Nació en Gobiendes el 6 de marzo de 1779. Jurisconsulto y escritor. Murió en 1859. O. P.: «Ordenanzas para la villa y jurisdicción de Valdeorras» (1815) y otras.

J

JOVE Y BRAVO, Rogelio.—Nació en Oviedo el 16 de septiembre de 1851. Jurista, catedrático y escritor. Fundó en 1879 el periódico «El Carbayón». Falleció el 17 de abril de 1927. O. P.: «Los foros de Asturias y Galicia» (1876), «La España heroica» (1875), «Horas tristes» (1871-74), «Los amores de la luna» (1877) y otras.

JOVE ARECHANDIETA, José María.—Nació en Ciaño-Santa Ana en 1920. Licenciado en Filología Románica y en Derecho. Colaborador en diarios y revistas. Como novelista ha publicado «Un tal Suárez» (1949), «Mientras llueve en la tierra».

JOVE Y HEVIA, Plácido de.—Nació en Villaviciosa el 7 de octubre de 1823. Escritor y político. Falleció en Madrid el 22 de junio de 1909. O. P.: «Historia de la poesía» (1846), «Las Leyes de la Partida» (1847), «Cantos de un peregrino». «Fuero de extranjería», «Una villa española hace cuarenta años» (1872) y otras.

JOVE Y HEVIA, Vicente de.—Nació en Gijón el 6 de abril de 1830. Prosimista y poeta. Por una de sus poesías le fue concedida la Medalla de S. S. Pío IX. Falleció en 1917.

JOVELLANOS, Gaspar Melchor de.—Nació en Gijón el 5 de enero de 1744. Falleció el 27 de noviembre de 1811. Veáanse los trabajos que sobre Jovellanos se publican en este número. O. P.: «Colección de poesías líricas» (1780). «Discurso pronunciado en Oviedo ante la Sociedad Económica de Amigos del País, de Asturias, sobre la necesidad de cultivar en el Principado el estudio de las Ciencias Naturales» (1782), «Elogio de las Bellas Artes pronunciado en la Academia de San Fernando» (1782), «El delincuente honrado» (1785), «Nueva relación y curioso romance del valiente caballero Antioro de Arcadia...» (1785), «Felicitación de la Real Academia Española al señor don Carlos III, con motivo del nacimiento de sus nietos, los dos infantes don Carlos y don Felipe» (1785), «Felicitación de la Real Sociedad Económica de Madrid a Carlos III, con motivo del doble desposorio de los señores infantes de España, doña Carlota Joaquina y don Gabriel Antonio...» (1785), «Discurso sobre el lenguaje y el estilo propio de un Diccionario geográfico» (1785), «Discurso para ilustrar la materia de un informe pedido por el Real y Supremo Consejo de Castilla a la Sociedad Económica de Madrid, sobre el establecimiento de un Montepío para los nobles de la Corte» (1785), «Oración pronunciada en la Sociedad Económica de Madrid, con motivo de la distribución de premios el 15 de mayo de 1785» (1785), «Carta al Ilmo. Sr. Campomanes» (1786), «Informe dado al Consejo por la Real Academia de la Historia en 10 de junio de 1783 sobre la disciplina eclesiástica antigua y moderna, relativa al lugar de las sepulturas» (1786), «Elogio de Carlos III, leído en la Real Sociedad de Madrid por el socio G. M. de Jovellanos, en la Junta plena del sábado 8 de noviembre de 1788, con asistencia de las señoras asociadas. Impreso de acuerdo de la misma sociedad» (1789), «Elogios pronunciados en la Real Sociedad de Madrid por el socio don Gaspar Melchor de Jovellanos en 1788 (1790). Reglamento formado por el señor don Gaspar Melchor de Jovellanos, del Consejo de Su Majestad en el Real de las Ordenes, para la dirección del nuevo monasterio de S. Spiritus, que se va a construir en esta ciudad de orden de S. M. y a consulta de dicho Real Consejo» (1790), «Informe de la Sociedad Económica de Madrid al Real y Supremo Consejo de Castilla, en el expediente de Ley agraria, extendido por su individuo de número, el señor don G. M. de Jovellanos, a nombre de la Junta encargada de su formación y con arreglo a sus opiniones» (1795), «Noticia del Real Instituto Asturiano, dedicado al príncipe nuestro señor por mano del Excmo. Sr. D. Antonio Valdés» (1795), «El agradecimiento» (1795), «Copia de la Representación hecha por don Gaspar de Jovellanos a la majestad de Carlos IV, desde su destierro» (1808), «Artículo dirigido al "Diario de Cádiz"» (1810), «Don Gaspar de Jovellanos a sus compatriotas: Memoria en que se rebaten las calumnias divulgadas contra los individuos de la Junta Central. Y se da la razón de la conducta y opiniones del autor, desde que recobró su libertad. Con notas y apéndices» (1811), «Alocución a los pueblos de Asturias para el restablecimiento del Real Instituto Asturiano» (1811), «Bases para la formación de un plan general de Instrucción pública» (1811), «Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas y sobre su origen en España» (1812), «Carta histórico-crítica sobre el edificio de la Lonja de Mallorca» (1812), «Memorias históricas sobre el castillo de Bellver, en la isla de Mallorca. Obra póstuma de don Gaspar Melchor de Jovellanos» (1813), «Pelayo» (1814), «Carta histórico-crítica sobre el edificio de la Iglesia Catedral de Palma de Mallorca» (1832), «Manuscritos inéditos de Jovellanos: Plan de educación de la nobleza, trabajo de orden del rey en 1798» (1915), «Diarios: Memorias íntimas 1790-1801» (1915), «Miscelánea de trabajos inéditos, varios y dispersos» (1931), «Colección de Asturias» (1947-49, cuatro tomos) y otras.

JOVELLANOS, Josefa de.—Nació en Gijón en 1745. Hermana de Gaspar Melchor de Jovellanos. Falleció el 3 de junio de 1807. Se han publicado, sin formar volumen, varios de sus escritos.

JOVE, José María.—

L

LAVANDERA CABAL, Felipe.—Nació en Oviedo hacia 1875. Fundó en 1897 el semanario festivo «El Bibe-rón». Falleció hacia 1920.

LILLO Y HEVIA, Valentín de.—Nació el 8 de enero de 1870 en San Félix del Pino. Sacerdote y escritor. En 1914 fundó en Vega el periódico «Heraldo de Aller». Falleció en 1952. O. P.: «Gontroda» (1904), «Ola negra» (1906), «Poemas de catequesis» (1963).

LOPEZ ACEVEDO, Ramón María.—Nació en Tapia el 5 de enero de 1785. Poeta y periodista. Falleció en 1826. O. P.: «Oda en la muerte del excelentísimo señor don Gaspar Melchor de Jovellanos» (1811), «Himno patriótico...» (1814), «El buen cura y los feligreses...» (1820).

LOPEZ ARANGO, Emilio.—Nació en Cudillero el 25 de mayo de 1893. Periodista. En 1916 fundó el periódico «El Obrero Panadero». En 1917, director del periódico «La Protesta». Falleció en 1929.

LOPEZ DEL CAMINO, Segundo.—Nació en Oviedo el 28 de enero de 1877. Periodista. Dirigió «El Carbayón».

LOPEZ DORIGA, José María.—Nació en Oviedo el 15 de junio de 1851. Médico, profesor y escritor. Falleció en 1890. Publicó diversas obras, preferentemente sobre tema médico.

LOPEZ GUTIERRES, Julián.—Nació en Avilés el 17 de febrero de 1854. Escritor y periodista. Fundó el semanario «El Cáustico» de carácter satírico.

LOPEZ RENDULES, Luis.—Nació en Gijón hacia 1895. Licenciado en Filosofía y Letras. Colaboró en nuestra revista. O. P.: «Diccionario biográfico asturiano» (Tan sólo la letra A, 1933).

LOPEZ DEL VALLADO, P. Félix.—Nació en Oviedo el 23 de abril de 1853. Jesuita y escritor. Falleció en 1918. O. P.: «El origen formal de la sociedad según la escuela» (1903), «Vida del estudiante», «Cartas del estoyu» (1908), «Santa María de Sionts» (1914) y otras.

LOPEZ VAZQUEZ, Gustavo.—Nació en Cuérego el 11 de febrero de 1908. Abogado y escritor. O. P.: «Locura» (1931), «Cain y el crimen de las Regueras».

LOPEZ VAZQUEZ, Juan Antonio.—Nació en El Alletto en 1886. Escritor especializado en historia asturiana. O. P.: «Cuentos y recuerdos de Asturias» (1916), «Cuentos de la tierra que fue de los Zares» (1920), «Problemas de la historia antigua de Asturias...» (1935).

LL

LLANO DE ROZA DE AMPUDIA, Aurelio de.—Nació en Valle el 19 de marzo de 1868. Especializado en temas arqueológicos y folklóricos. Falleció posteriormente a 1936. O. P.: «Hogar y Patria» (1906), «Ciencia vulgar» (1914), «La Iglesia de San Miguel de Lillo» (1917), «El libro de Caravia» (1919), «Del folklore asturiano» (1921), «Dialectos jergales asturianos: La xiriga y el bron» (1921), «Del folklore asturiano: Mitos, supersticiones, costumbres» (1922), «Vocabulario de la tixleira», «Dialecto jergal asturiano» (1924), «Cuentos asturianos recogidos de la tradición oral» (1925), «Bellezas asturianas de Oriente a Occidente» (1928), «Las pastorinas» (1936) y otras.

LLANOS Y ALVAREZ DE LAS ASTURIAS, Eduardo.—Nació en Corao el 12 de agosto de 1833. Falleció el escritor el 4 de marzo de 1927. O. P.: «Recuerdos de Asturias» (1902-1903), «Cuadros asturianos» (1907).

M

MALGOR, José María.—Nació en Avilés el 19 de diciembre de 1905. Abogado y escritor. Colaboró en periódicos y estrenó varias obras de teatro. O. P.: «¿Demasiado tarde?» (1941), «Veinticinco cuentos de la calle» (1946), «Tres comedias asturianas: Interdicto o pleitin d'aldea, ¡Capitán... yo!, Refranero y una propina» (1948), «Coses de Xilimbra» (1949), «"Marcos del Torniello", poeta avilesino» (1950), «Xilimbra sigue contando...» (1951).

MARTIN VIGIL, José Luis.—Nació en Oviedo. Sacerdote. O. P.: «La vida sale al encuentro», «La muerte está en el camino», «Tierra brava», «Una chabola en Bilbao», «La puissance et l'honneur», «Cier-to olor a podrido», «Sexta galería», «Réquiem a cinco voces», «Alguien debe morir», «Los curas comunistas», «Hablan los hijos», «Cincuenta amigos», «Un sexo llamado débil», «Muerte a los curas». También ha publicado obras de carácter religioso y la adaptación teatral de «Una chabola en Bilbao».

MARTINEZ, Emilio.—Nació en Pola de Laviana el 6 de octubre de 1878. Poeta. O. P.: «Nubes y rocío» (1912), «Sol de ocaso» (1928).

MARTINEZ, Faustino.—Nació en Pola de Laviana el 23 de enero de 1873. Religioso, poeta. Falleció en 1912. O. P.: «Sonrisas y lágrimas» (1899?), «A la Virgen de mi infancia» (1903), «Sol de ocaso» (1928).

MARTINEZ, Fr. Aurelio.—Nació en Pola de Laviana el 17 de octubre de 1879. Religioso agustino. O. P.: «Sobre el origen del alma humana» (1907), «Desde Aristóteles acá» (1908), «La ética científica» (1909), «La materia y la energía» (1910), «Determinismo y deterministas» (1923), «Vulgarización filosófica: El orden moral» (1927).

MARTINEZ, Fr. Graciano.—Nació en Pola de Laviana el 23 de marzo de 1868. Religioso agustino. Poeta y prosista. Falleció en 1925. O. P.: «Flores de un día» (1901), «Si no hubiera cielo» (1911), «Sembianza del primer superhombre, o Nietzsche y el nietzschismo» (1919), «De paso por las bellas letras. Críticas y critiquillas» (1921), «Regionalismo y patriotismo» (1923), «Libro de Santa Teresa» (1926) y otras.

MARTINEZ, Saturnino.—Nació en Vega en 1840. Falleció en 1905. Persona estimada por sus dotes intelectuales en Cuba. O. P.: «Poesías» (1866-67-68).

MARTINEZ ANTUÑA, Fr. Melchor.—Nació en San Juan de Arenas el 17 de abril de 1889. Especializado como arabista. Falleció en 1936. O. P.: «Aben-hayán de Córdoba y su obra histórica» (1924), «El polígrafo granadino Abenaljatib en la biblioteca de El Escorial» (1926), «La Corte literaria de Alha-quén II en Córdoba» (1929), «Sevilla y sus monumentos árabes» (1930).

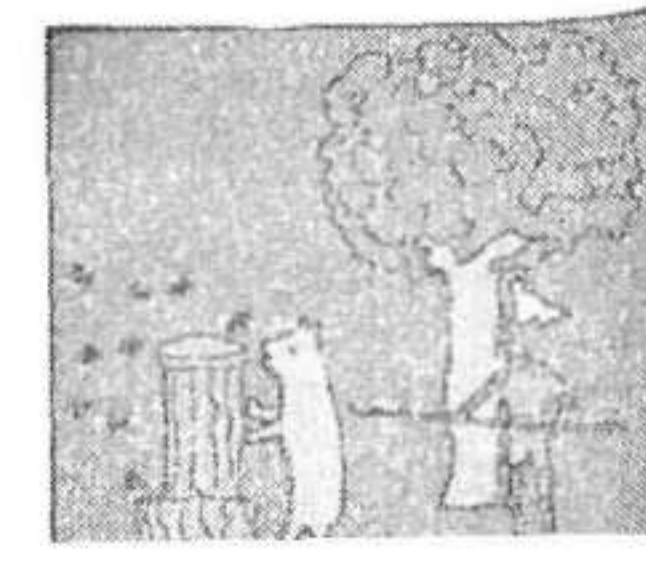
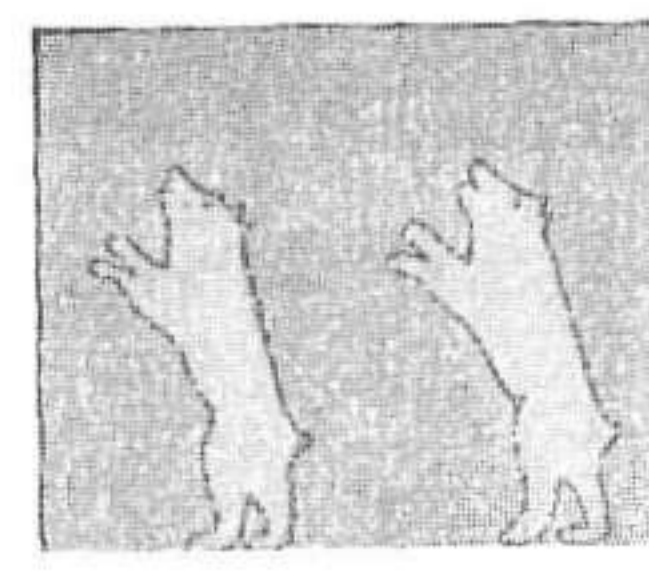
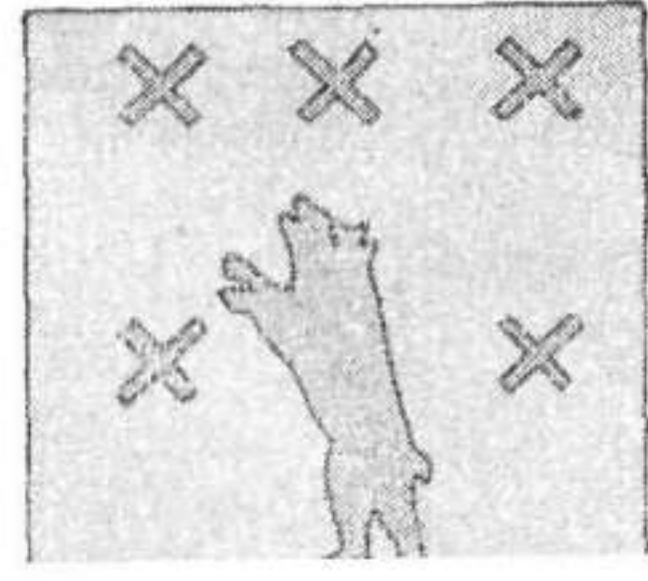
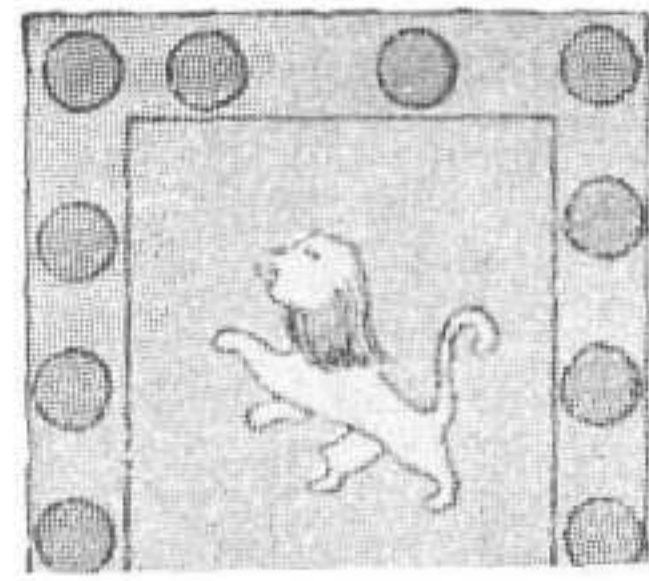
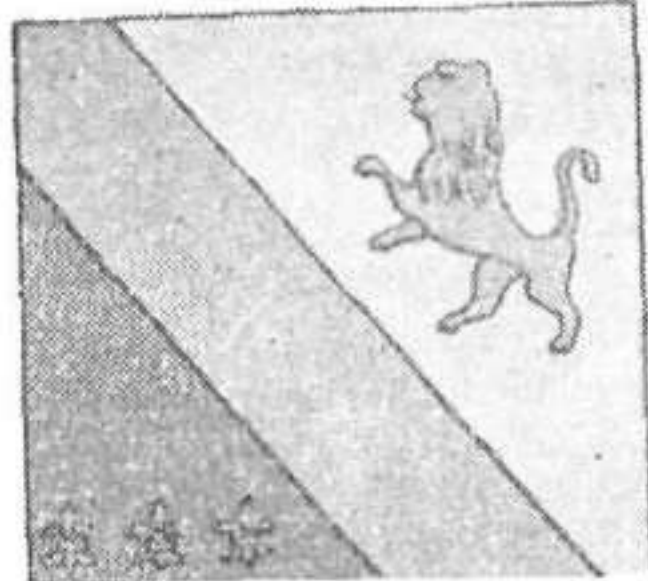
MARTINEZ CACHERO, José María.—Nació en Oviedo el 30 de marzo de 1924. Catedrático de la Universidad de Oviedo. Colabora en periódicos y revistas. Ha editado una «Antología de cuentos» de Clarín y se ha encargado de editar y añadir notas a los cuatro últimos volúmenes de «Escritores y artistas asturianos», de Constantino Suárez. O. P.: «Andrés González Blanco», «Una vida para la literatura, Alvaro Flórez Estrada: su vida, su obra política y sus ideas económicas», «Menéndez y Pelayo y Asturias» (en colaboración con Enrique Sánchez Reyes) y otras.

MARTINEZ CUETARA, Antonio.—Nació en Santa María de Junco en 1888. Ha sido fundador de la revista «Asturias». Periodista. O. P.: «Frente a la vida», «Flor de granado», «Calles y callejones», «El tenorio asturiano», «Gestas de la raza». Ha escrito más de treinta obras teatrales y cuatro guiones cinematográficos.

MARTINEZ FERNANDEZ, Ildelfonso.—Nació en Benía el 28 de abril de 1821. Médico y escritor. Colaboró en periódicos y revistas. Falleció en 1855. O. P.: «La filosofía médica» (1848), «Médicos perseguidos por la Inquisición española» (1855) y otras.

MARTINEZ MARINA, Francisco.—Nació en Oviedo el 10 de mayo de 1754. Investigador e historiador. Miembro de la Academia de la Historia y de la Academia de la Lengua. Doctor honorario por la Universidad de Oviedo. En 1822 Fernando VII le nombra canónigo de San Isidro. Falleció en Zaragoza el 25 de julio de 1833. O. P.: «Diccionario geográfico-histórico de la Real Academia de la Historia» (1802), «Ensayo histórico-crítico sobre la antigua legislación y principales Fueros legales de los reinos de León y Castilla...» (1808), «Carta sobre la antigua costumbre de convocar las Cortes de Castilla...» (1810-12), «Discurso sobre el origen de la Monarquía...» (1813), «Teoría de las Cortes...» (1813), «Juicio crítico de la "Novísima recopilación"» (1820), «Discurso sobre las sociedades patrióticas» (1820), «Historia de la vida de Nuestro Señor Jesucristo...» (1832), «Defensa del doctor don Francisco Martínez Marina...» (1861), «Principios naturales de la Moral, de la Política y de la Legislación» (1933).

MARTINEZ MARTINEZ, Carlos.—Nació en Avilés el 20 de julio de 1899. O. P.: «Crónica de una emigración» (1959), «Historia de Asturias» (1968). En folletón actualmente en el diario «El Comercio».



MARTINEZ NOVAL, Fr. Bernardo.—Nació en Valdesoto el 30 de abril de 1868. Obispo. Falleció el 25 de junio de 1934. O. P.: «La ignorancia religiosa y sus efectos en relación con la decadencia de los Estados» (1925) y otras muchas de carácter religioso.

MARTINEZ RIESTRA, Ceferino.—Nació en Orizón el 29 de julio de 1880. Escritor. Se dedicó al periodismo, a la novela y a la zarzuela. O. P.: «Los dos huérfanos» (1907?), «Productos de la afición» (1909), «A la vera de la muerte» (1915), «La gran plancha» (1917?), «El poder de una carta» (1920), «La mió tierrina» (1922?), «Amor y dolor» (1922?), «Se adoraban» (1924), «El hombre que no encuentra mujer» (1925), «Ella tuvo la culpa» (1928).

MARTINEZ TORNER, Eduardo.—Nació en Oviedo el 8 de abril de 1888. Compositor musical y escritor. Falleció en 1955. O. P.: «Temas folklóricos. Música y poesía» (1935), «Metodología del canto y la música» (1935), «La escuela activa: El folklore en la escuela» (1936), «Ensayos sobre estilística literaria española» (1933) y otras.

MARTINEZ VIGIL, Fr. Ramón.—Nació en Santa María de Tiñana el 12 de septiembre de 1840. Religioso dominico. Falleció el 17 de agosto de 1904. Publicó diversas obras de carácter religioso.

MASAVEU, Jaime.—Nació en Oviedo en 1900. Cate-drático de derecho penal. Poeta. O. P.: «Altoza-nos y hondonadas» (1959), «Contrauces del alma» (1960), «Tú».

MASES, José Antonio.—Nació en un pueblo cercano a Gijón en 1929. O. P.: «Los padrenuestros y el fusil» (1964), «La invasión» (1965).

MEDIO, Dolores.—Nació en Oviedo en 1917. O. P.: «Nina» (Premio Concha Espina 1945), «El milagro de la noche de Reyes» (1947), «Nosotros, los Rivero» (1953. Premio Nadal 1952), «Mañana (1954), «Com-pás de espera» (1955), «Funcionario público» (1956), «El pez sigue flotando» (1959), «Diario de una maestra» (1961), «Bibiana» (1963), «Andrés» (1967), «Isabel II de España» (1967). En 1956 fundó y dirigió la revista «Atica». Colabora en periódicos y revistas.

MELENDRERAS, José Ramón.—Nació en Oviedo, pro-bablemente hacia 1830. Abogado, periodista y no-velista. Falleció en 1882. O. P.: «Carolina» (1866), «El Jurado en materia criminal» (1880).

MENDEZ, Eitelvino.—Nació en Luarda el 17 de junio de 1875. Compositor musical y escritor. Fundó en Ribadeo el semanario «Ribadeo».

MENENDEZ VALDES, Pedro.—Nació en Avilés en 1519. Uno de los navegantes y conquistadores más famosos de la segunda mitad del siglo XVI español. Falleció el 17 de septiembre de 1574. Es intere-sante, históricamente, sus escritos acerca de sus viajes, sus conquistas y su labor en las tierras des-cubiertas. Su principal labor estuvo radicada en La Florida.

MENENDEZ BLANCO, Angel.—Nació en Pola de Lena el 1 de marzo de 1899. Poeta en bable. O. P.: «La excursión de "Anxelu" a Pravia», «Pa Marruecos, Celedonio», «De corazón sanu» (1932), «El divorciu de Segundo», «Les tres chaquetes de "Anxelu"» (1933), «La sentencia de Pachu», «A Tino no i gusta el vino», «Linón» (1933), «El tiru por la culata», «Un tratu sin condición», «Les conquistes de Rufón el Pintu», «En qué pensaría Xuaca» (1933), «Los consejos de "Anxelu"» (1933), «Recuer-dos de San Antón», «Pachón o la caza del gurrion», «La despedida de Pin» (1934), «Siempre contigo, Ma-riyina» (1934).

MENENDEZ PIDAL, Juan.—Nació el 31 de mayo de 1858. Poeta e investigador de temas histórico-litera-rios. Falleció el 27 de diciembre de 1914, el mismo año en que se le nombró académico de número de la Academia de la Lengua. O. P.: «El conde Mu-ñázan», «Leyenda asturiana» (1880), «Don Nuño de Rondaliegos», «Coplas del antiguo romance» (1881), «Aquí se contienen unas bien asonadas co-plas» (1882), «Poesía popular...» (1885), «Alcalá» (1890), «El pendón negro» (1893), «Tres poesías...» (1895), «Misiones católicas de Marruecos» (1897), «Leyendas del último rey godu...» (1906), «La demo-cracia cristiana» (1902), «Noticias acerca de la Or-den Militar de Santa María de la Espada...» (1907), «San Pedro de Cardeña...» (1908), «El bufón de Carlos V...» (1909), «Lux eterna» (1913), «Un opúscu-lo inédito del P. Jerónimo Gracián» (1913), «Don Luis Zapata, autor del "Carlo famoso"» (1915), «Vida y obras de Luis Zapata, escritor cortesano del si-glo XVI» (1915), «Archivo Histórico Nacional...» (1921).

MERAS ALFONSO, José María.—Nació en 1768, pro-bablemente en el concejo de Luarda. Poeta y dra-maturgo. Falleció en 1831. O. P.: «Pigmalión» (1788), «La virtud coronada» (1789), «Horruc Barbarroja» (1827) y otras.

MERAS Y QUEIPO DE LLANO, Ignacio.—Nació en Ti-neo el 27 de julio de 1783. Poeta. Falleció en 1797. O. P.: «La conquista de Menorca» (1797), «La muer-te de Barbarroja» (1797), «Obras poéticas» (1797) y otras.

MIGUEL VIGIL, Ciriaco.—Nació en Oviedo el 8 de agosto de 1819. Investigador de la historia de As-turias. Falleció el 20 de agosto de 1877. O. P.: «Pro-tvincia de Oviedo...» (1885), «Asturias monumental, epigráfica y diplomática», Datos para la historia de la provincia» (1887), «Colección histórico-diplomá-tica del Ayuntamiento de Oviedo» (1889), «Apuntes heráldicos. Heráldica asturiana» (1892), «Noticias biográfico-genealógicas de Pedro Menéndez de Avi-lés» (1892).

MIJARES DEL REAL, Emilia.—Nació en Oviedo en septiembre de 1835. Escritora. Falleció en 1909. O. P.: «Recuerdos y esperanzas» (1857).

MIRAVALLS, Heriberto.—Nació hacia 1860. Poeta y prosista. O. P.: «Granos de pólvora: Versos del siglo pasado» (1930).

MON Y MENENDEZ, Alejandro.—Nació en Oviedo el 26 de febrero de 1801. Político. Se podría decir que ha sido el fundador de la Hacienda española. Co-laboró en periódicos, principalmente en los madrile-

ños «El Faro» y «La Estrella». Falleció el 1 de no-viembre de 1882.

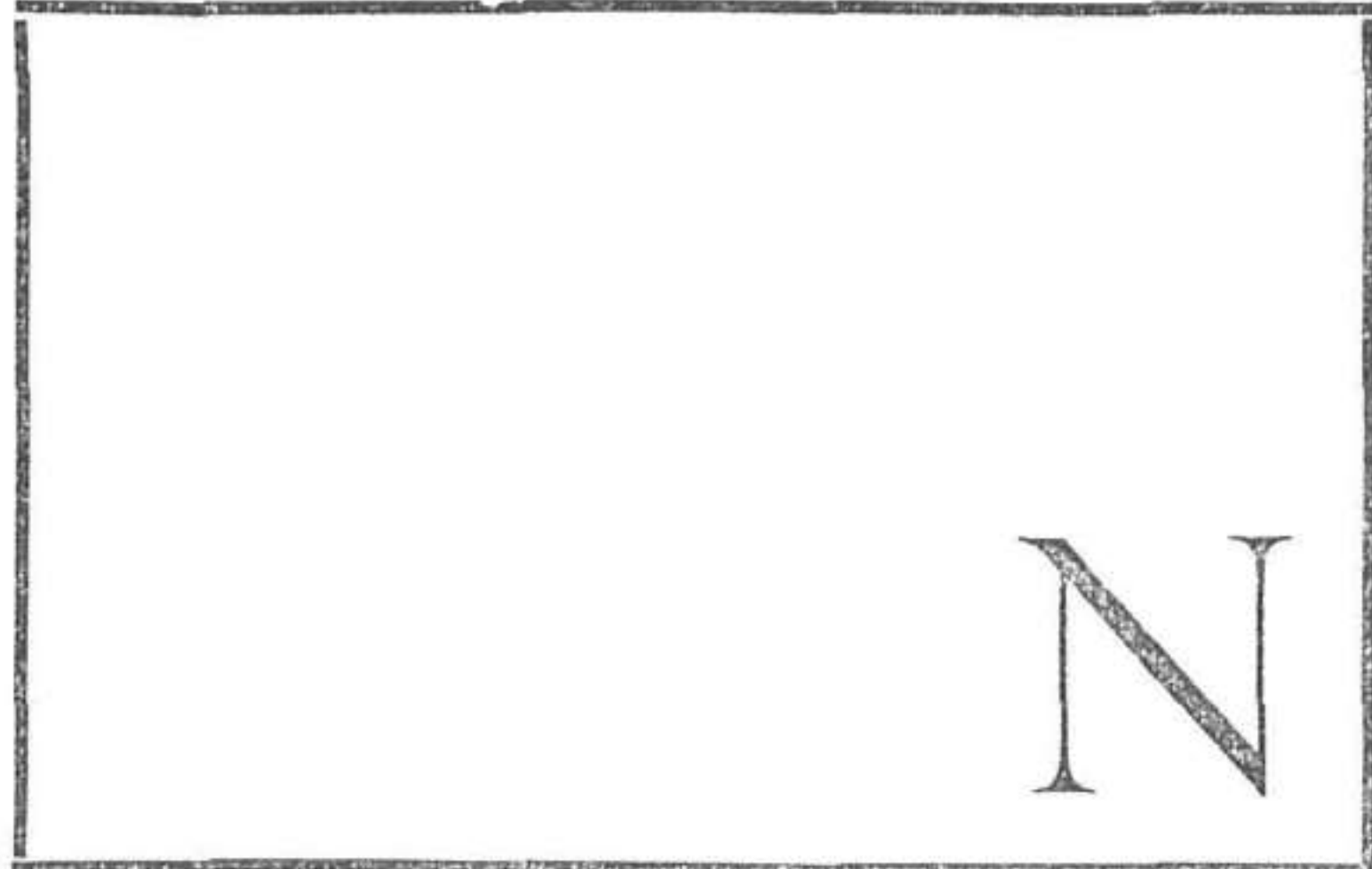
MUNIZ, Gabino.—Nació en Avilés el 18 de marzo de 1884. Poeta y prosista. O. P.: «N'el falar de la mió tierra» (1950), «O t'al diaño la ñavaya» (1951), «Tarronzos y Caxigalines» (1953).

MUNIZ, Mauro.—Nació en Gijón en 1931. Periodista y escritor. Ha ganado diversos premios de cuentos y el último Elitsenda de Montcada. O. P.: «La paga» (1963), «La huelga» (1968).

MUNIZ, Oscar.—Nació en Gijón. O. P.: «El general» (1968).

MUNIZ TOCA, Angel.—Nació el 25 de septiembre de 1903. Importante profesor y compositor musical. Es-criptor. Creó en 1939 la Orquesta Sinfónica Provin-cial, de la que fue director. Ha fallecido. O. P.: «Metodología del violín», «Iniciación en su estudio». También artículos sobre la música.

MUNOZ DE DIEGO, Alfonso.—Nació en Oviedo el 1 de abril de 1888. Abogado, político y escritor. Falle-ció el 28 de junio de 1956. O. P.: «Amor esclavo» (1907), «Amor triunfante» (1908), «Carnaval: El li-bro de los amores y de los odios» (1910), «Con la mecha encendida» (1921), «El enfermo mental ante el Derecho» (1933).



NACHON, José María.—Nació en Infiesto el 1 de julio de 1866. Sacerdote y novelista. Falleció en 1935. O. P.: «La Virgen de la Cueva» (1908).

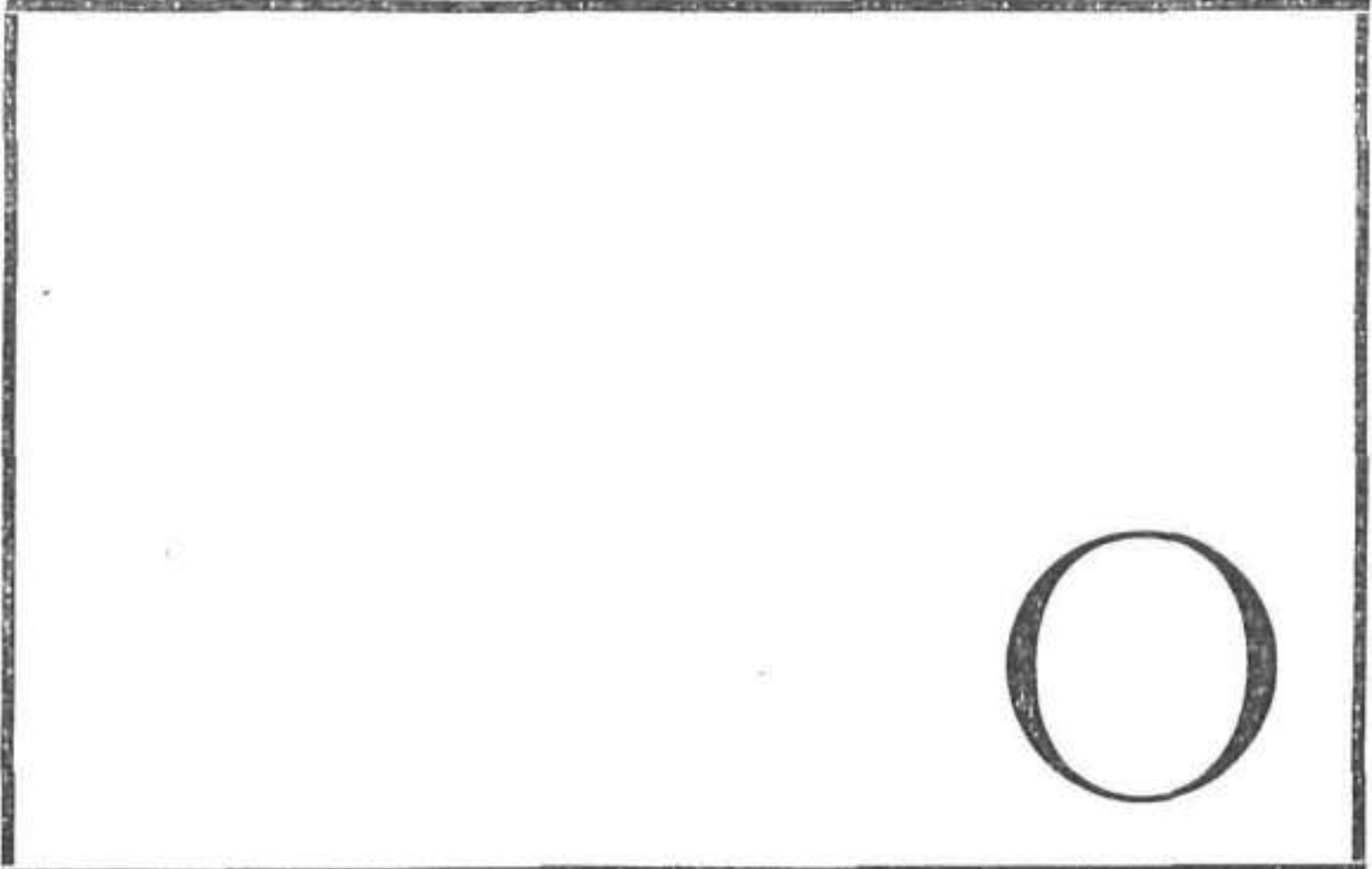
NAVA VALDES, Antonio de.—Nació en Gijón hacia 1875. Falleció en 1915. O. P.: «Nueva senda» (1909), «El cantor de las cumbres. Novela poemática de costumbres asturianas» (1910), «Centenario de Jo-vellanos: Amores de un magistrado» (1911), «Tu-rismo-Asturias» (1914).

NAVIA OSORIO, Alvaro de.—Marqués de Santa Cruz de Marcenado. Militar y escritor. Nació en Santa Marina de la Vega el 19 de diciembre de 1684. Fa-leció el 21 de noviembre de 1732. O. P.: «Memor-ial dirigido a S. M.» (1715), «Reflexiones militares» (1734-30) y otras.

NERI, Felipe.—Nació en Gijón el 9 de enero de 1928. Poeta. O. P.: «Las presencias» (1960), «Otras tier-ras» (1961).

NOVAL GUTIERREZ, Fr. José.—Nació el 4 de diciem-bre de 1861 en Valdesoto. Religioso dominico. Fa-leció en 1938. O. P.: «Programa de Historia crítica de España» (1890), «El concepto del Derecho» (1891) y otras.

NUNEZ ALONSO, Alejandro.—Nació en Gijón el 27 de junio de 1905. Residió largo tiempo en Méjico. En la actualidad, aparte de su producción nove-listica, ofrece en TVE la serie «Los encuentros». O. P.: «Konco», «Mujer de medianoche», «Días de huracán», «La gota de mercurio», «Tu presencia en el tiempo», «Cuando Don Alfonso era rey», «Gloria en subasta», «El lazo de púrpura» (Premio Na-cional de Literatura), «El hombre de Damasco», «El denario de plata», «La piedra y el César», «Las columnas de fuego», «Segunda agonía», «Pecado original», «Semiramis», «Sol de Babilonia».



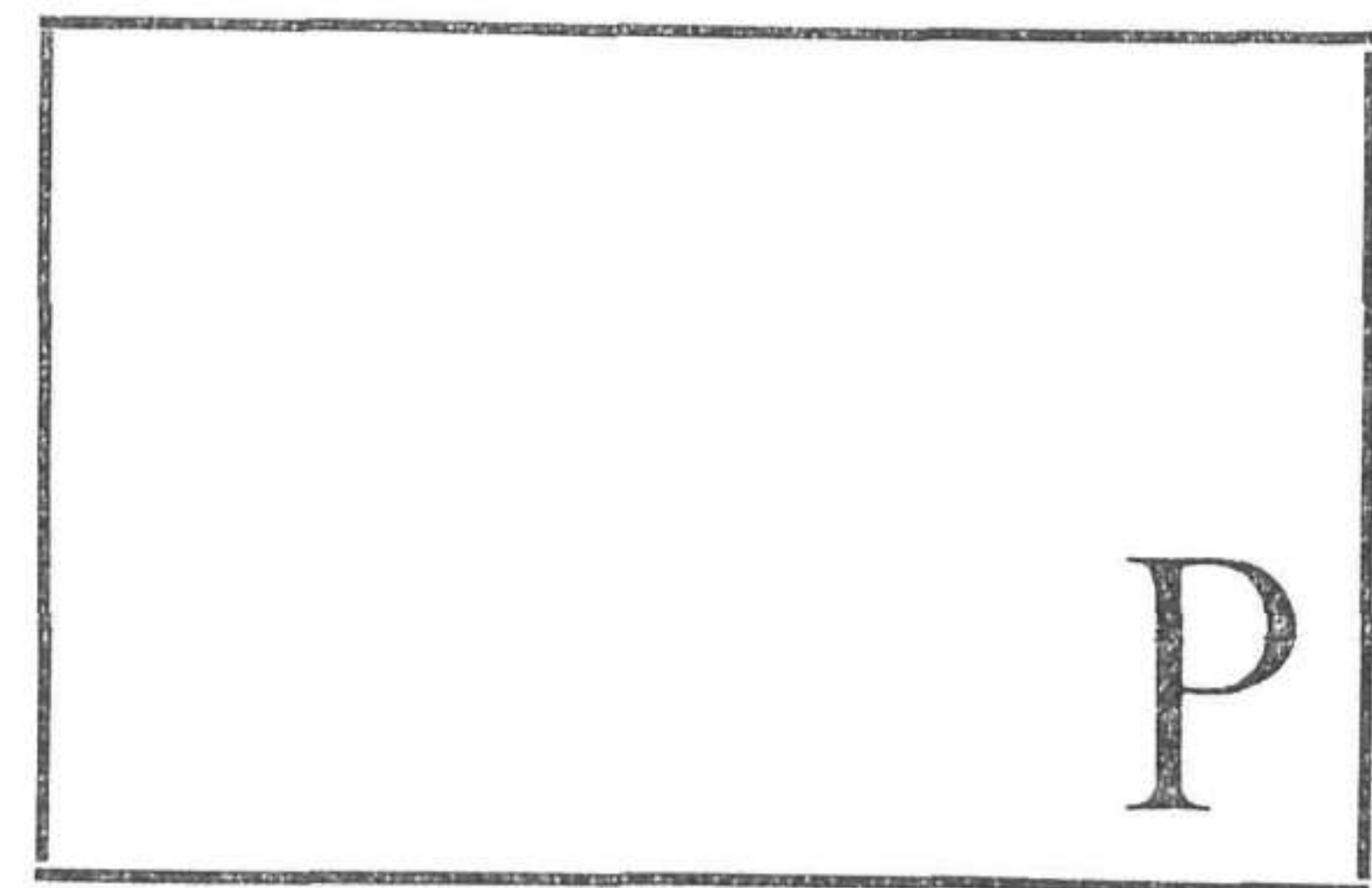
OCHOA, Juan.—Nació en Avilés el 4 de noviembre de 1864. Escritor. Falleció el 26 de abril de 1899. O. P.: «Su amado discípulo» (1894), «Un alma de Dios» (1898), «Los señores de Hermida» (1900).

OCHOA Y ALVAREZ, Rafael.—Nació en Villaviciosa hacia 1850. Médico. Colaboró en diversos periódicos. Poeta. Falleció en 1901. O. P.: «Poesías» (1901).

OLIVEROS, Antonio L.—Nació en Puerto de Vega el 5 de septiembre de 1878. Periodista. Fue director del diario gijonés «El Noroeste». O. P.: «Asturias en el resurgimiento español: Apuntes históricos y blo-gráficos» (1935), «Un tribuno español» (1943).

ORBON, Julián.—Nació en Avilés en 1875. Escritor. Falleció en 1936. O. P.: «Luchas de un alma» (1908), «Crónicas de la exposición» (1911), «Avilés en el movimiento revolucionario de Asturias. Octu-bre 1934» (1935), «Patriotismo y ciudadanía» (1935).

ORTEGA, Antonio.—Nació en Gijón el 13 de noviem-bre de 1903. Profesor y escritor. O. P.: «Alrededor de la tragedia» (1942), «Rooselvet, el hombre del destino» (1945), «Ready» (1946), «El caballito ver-de» (1956).



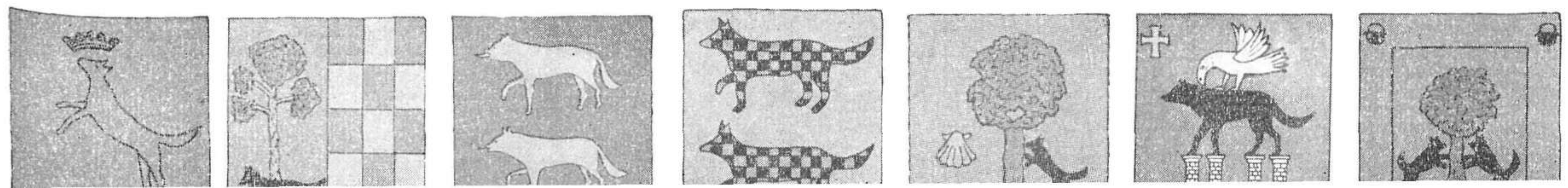
PALACIO VALDES, Armando.—Nació en Entralgo (Laviana) el 4 de octubre de 1853. Estudia en Ma-drid Leyes y Derecho y Administración. Elegido académico de número el 3 de mayo de 1906. En 1924. Presidente del Ateneo de Madrid. Falleció en Madrid el 29 de enero de 1938. En 1945 se tras-ladán sus restos al cementerio La Carriona en Avi-lés. O. P.: «Los oradores del Ateneo» (1878), «Los novelistas españoles» (1878), «Nuevo viaje al Par-naso» (1879), «Crócalus hórridus» (1879), «El se-ñorito Octavio» (1881), «La literatura en 1881» (1882), «Marta y María» (1883), «El idilio de un enfermo» (1883), «Aguas fuertes» (1884), «José» (1885), «Riverita» (1886), «Maximina» (1887), «El cuarto poder» (1888), «La hermana San Sulpicio» (1889), «La espuma» (1891), «La fe» (1892), «El maestrante» (1893), «El origen del pensamiento» (1894), «Los majos de Cádiz» (1896), «La alegría del capitán Ribot» (1898), «¡Solo!» (1899), «Se-ducción» (1900), «La aldea perdida» (1903), «Tris-tán o el pesimismo» (1906), «Papeles del Doctor Angélico» (1911), «La guerra injusta» (1917), «Años de juventud del Doctor Angélico» (1917), «Discurso de ingreso en la Academia de la Lengua» (1920), «La novela de un novelista» (1921), «El saladero» (1923), «La hija de Natalia» (1924), «Santa Roge-lia» (1926), «Los cármenes de Granada» (1927), «A cara o cruz» (1929), «Testamento literario» (1929). «El gobierno de las mujeres: Ensayo histórico de política femenina» (1931), «Sinfonía pastoral» (1931), «Tiempos felices: Escenas de la época. Es-ponsalia» (1933), «Los contrastes colectivos» (1936), «Album de un viejo» (1940).

PALACIO VALDES, Atanasio.—Hermano del anterior. Nació en Avilés el 2 de mayo de 1856. Falleció en Madrid el 14 de diciembre de 1919. O. P.: «La lealtad y el honor» (1880), «La Suegra de Timo-teo» (Comedia en colaboración con J. Alvarez Mi-jares, estrenada en el Teatro de la Comedia, de Madrid en 1899).

PALACIO VALDES, Eduardo.—Sobrino de Armando. Nació en Oviedo en 1884. Redactor de varios pe-riódicos: «La Región» (Guadalajara), «Diario de Avisos» (Segovia), «La Opinión de Asturias» (Ovie-do), «Diario de Avila» (Avila), y «La Epoca» (Ma-drid). O. P.: «Noche de ronda» (1921). Zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, en colabora-ción con José María Aracil y música de Severo Muguerza.

PALACIOS ALVAREZ, José María.—Nació en Gi-jón el 10 de noviembre de 1886. En 1924 fundó y dirigió en Luanco «La Crónica de Gozón». Sus escritos, publicados en folletos, son principalmente de temas agrícolas. O. P.: «La vida de Jovellanos, al alcance de los muchachos» (1917), «La Unión Patriótica vista a través de un modesto luchador por la cultura» (1925).

PALACIOS BRUGUERAS, Miguel de.—Aunque naci-do en Filipinas, su infancia transcurre en Gijón. Nació el 18 de mayo de 1860 ó 1863. Estudió Me-dicina. Se dedicó preferentemente al «género chico». O. P.: «Por una equivocación» (1879), «Pancho, Paco y Paquita» (1879), «La esclava del deber» (1880), «Modesto González» (1881), «Bocetos ma-drileños» (1881), «La cruz del valle» (1883), «Las dos pobrezas» (1883), «Flores y azahar» (1884), «Villa... y palos» (1885), «Solteros entre parénte-sis» (1885), «¡Quién fuera ella!» (1885), «La Pila-rica» (1885), «Tarjetas al minuto» (1886), «El Club de los Feos» (1886), «Miss Eva» (1886), «El zara-gozano» (1886), «¡Chin, chin!» (1886), «Los inúti-les» (1887), «Don dinero» (1887), «Madrid en el año dos mil» (1887), «Una señora en un tris» (1887), «El siete de julio» (1887), «Caralimpio» (1887), «Apuntes del natural» (1888), «Muebles usa-dos» (1888), «Certamen nacional» (1888), «La cruz blanca» (1888), «Las primaveras» (1889), «Liqui-dación general» (1889), «La de Roma» (1889), «Las tres BBB» (1889), «¡Al otro mundo!» (1889), «Las dos madejas» (1889), «Misa de réquiem» (1889), «Los belenes» (1889), «El diamante rosa» (1890), «Las alforjas» (1890), «¡El primero!» (1891), «En-trar en casa» (1891), «Amores nacionales» (1891), «Dos millones» (1891), «El cañón» (1891), «La sa-lamanquina» (1892), «El novio de su señora» (1892), «El cervicero» (1892), «La encerrada» (1892), «Re-tazos» (1892), «Las mariposas» (1893), «Las varas de la justicia» (1893), «El cornetilla» (1893), «El





abate San Martín» (1893). «Calar en un novio» (1894). «Los amigos de Benito» (1895). «El sábado» (1895). «Roberto el diablo» (1895). «El testarudo» (1895). «La maja» (1895). «Pedro Jiménez» (1896). «El gaitero» (1896). «Cuadros disolventes» (1896). «El saboyano» (1896). «Madrid de noche» (1897). «El petrolero» (1897). «Las españolas» (1897). «La batalla de Tetuán» (1898). «El seminarista» (1898). «Pepe Gallardo» (1898). «Bettine» (1899). «El clavel rojo» (1899). «El traje de boda» (1899). «El testamento del siglo» (1899). «La señá Frasquita» (1899). «El guante blanco» (1900). «El barbero de Sevilla» (1901). «El juicio oral» (1901). «La Soleá» (1901). «Enseñanza libre» (1901). «La manta zamorana» (1902). «La torre de Oro» (1902). «El morrongo» (1902). «La morenita» (1903). «El general» (1903). «La Camarona» (1903). «El automóvil, mamá» (1904). «El húsar de la guardia» (1904). «Bohemios» (1904). «Cascabel» (1905). «La libertad» (1905). «La favorita del rey» (1905). «Las granadinas» (1905). «El diablo verde» (1906). «El rey del petróleo» (1906). «La reina» (1906). «La venta de la alegría» (1906). «¡Libertad!» (1906). «Cine-matógrafo nacional» (1907). «La bandera coronada» (1907). «La cabeza popular» (1908). «Pepita López» (1908). «El doctor Mendoza» (1908). «ABC» (1909). «El pájaro» (1909). «Hay crisis» (1909). «Las mil y pico de noches» (1909). «Pepe el liberal» (1909). «La reina de los mercados» (1909). «El país de las hadas» (1910). «La corte de Faraón» (1910). «La reina Mimi» (1910). «El coche del diablo» (1910). «La tierra del sol» (1911). «El paraguas del abuelo» (1911). «La generala» (1912). «Las mujeres de don Juan» (1912). «La veda del amor» (1912). «Su majestad el cupón» (1913). «Los dioses del día» (1914). «Miss Australia» (1914). «La cadena» (1914). «La crisis del matrimonio» (1914). «El harén» (1915). «Las castañuelas» (1915). «El rajá de Bengala» (1917). «Las manzanas» y «El caso de hierro» (novelas). «Propias y ajenas» (novelas cortas). «Cómo sueñan los hombres». «Las tres cartas» y «Cómo sueñan las mujeres» (poemas).

PALACIOS MORINI, Leopoldo.—Nació en Oviedo, probablemente en 1878. En 1927, académico numerario de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. O. P.: «Instituciones industriales» (1901?). «Las Universidades populares» (1909?). «La Asamblea de Lugano» (1912). «La Fundación de González Allende, de Toro» (1915). «Programa de Principios de Derecho corporativo» (1929). «Los mandatos internacionales de la Sociedad de Naciones» (1927). «Las oficinas de colocación, principalmente en Alemania» (1928). «Programa de Nociones de Economía política y política social» (1929).

PANDO Y VALLE, Jesús.—Nació en Villaviciosa el 26 de marzo de 1849. Abogado. Uno de los fundadores del Centro Asturiano de Madrid. Dirigió «La Caridad», semanario de la Cruz Roja. Perteneció a diversas academias (la de Buenas Letras de Cádiz, las Sociedades Económicas de Amigos del País, de Jaén). Falleció el 24 de febrero de 1911. O. P.: «Poesías y cuentos» (1874). «Cuentos y leyendas» (1875). «Pequeños poemas» (1876). «Horas perdidas. Más versos» (1877). «La crisis agrícola» (1878). «Legítimas aspiraciones del comercio moderno» (1878). «Leyendas» (1880). «Los pósitos» (1880). «Los municipios y su influencia en el progreso» (1882). «La cuestión agrícola y los municipios» (1882). «El comercio y su importancia» (1882). «Galería de americanos ilustres: Biografía de don Francisco Javier Balmaseda» (1883). «Un programa de reformas: Apuntes sobre las crisis agrícolas en España y medios de combatirlas» (1887). «La utilidad de las Sociedades corporativas» (1891). «El Centenario del descubrimiento de América» (1892). «Discurso» (1894). «Misión trascendental: Estudio sobre la caridad, el problema social y la Cruz Roja» (1895). «Regeneraciones económicas: Croquis de un libro para el pueblo» (1897). «El impuesto de Consumos y su abolición gradual» (1905).

PARRA, José Manuel.—Nació en Gijón. O. P.: «La estatuaria de Asturias», «Museos de Asturias».

PARRES SOBRINO, José de.—Hijo del anterior. Nació en Llanes el 7 de junio de 1865 (la fecha que se da por más cierta). Colaboró en el «Heraldo de Madrid», «Nacional», «La Epoca», «El Mundo», «España», «La Correspondencia de España», «Diario Universal». En junio de 1913, Fiscal del Tribunal Supremo. Orador. Falleció en noviembre de 1917. O. P.: «Una carta sobre la historia de Llanes» (1897). «Italia política» (1900). «Cuestiones políticas y financieras» (1902). «Memoria elevada al Gobierno de S. M. en la apertura de los Tribunales el día 15 de septiembre de 1913, por el fiscal...» (1913).

PEDREGAL Y CAÑEDO, Manuel.—Nació el 12 de abril de 1831, en Grado. Una de las principales personalidades políticas de finales del xix. Con Castelar, Ministro de Hacienda. O. P.: «Memoria sobre los primeros pobladores de Asturias y su relación con los demás pueblos» (1868). «El poder y la libertad en el mundo antiguo» (1878). «Estudios sobre el engrandecimiento y la decadencia de España» (1878). «Unión aduanera entre España y Portugal» (1879). «Campomanes y su tiempo» (1880). «Nociones de Hacienda pública» (1881). «La cuestión agraria en Irlanda» (1881). «Concepto de la democracia: Resumen de la discusión sostenida en la Sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo, de Madrid, durante el curso 1881-82» (1882). «Curso de Historia universal» (1883). «El feudalismo» (1883). «Materiales para el Derecho municipal consuetudinario» (1885). «¿Existe el partido obrero?» (1885). «Postrimerías de la casa de Austria en España» (1886). «Sociedades corporativas»

(1888). «Gobierno local de los Estados Unidos de América» (1891). «Constitución política de Portugal» (1891). «Estado jurídico y legal de los indios» (1892).

PEDREGAL FERNANDEZ, Manuel.—Nació en Avilés el 30 de abril de 1901. Colaboró en periódicos como «El Comercio» (Gijón), «Heraldo de Madrid», «El Sol» y «La Vanguardia» (Barcelona). Relevante labor parlamentaria. O. P.: «Municipalización de servicios», «La Dictadura económica», «Antecedentes y obra financiera de la Asamblea Constituyente: 1876».

PEDREGAL GALGUERA, Vicente.—Nació en Llanes el 18 de julio de 1881. Colaboró en varios periódicos provinciales, nacionales y madrileños. Investigador. O. P.: «César Pariente» (1925). «Paleografía llanica: Colección histórica-paleográfica-diplomática-heráldica-musical del concejo de Llanes» (1926). «Quico el d'el Coteru» (1926). «Milagros la Nonnata».

PEDREGAL Y SANCHEZ CALVO, José Manuel.—Nació en Oviedo el 1 de diciembre de 1871. Regentó el Ministerio de Hacienda en 1922. Falleció en Avilés el 3 de enero de 1948. O. P.: «La prerrogativa regia y la reforma constitucional» (1919).

PELAEZ CUETO, Andrés.—Nació en Hontoria (Llanes) el 19 de julio de 1892. Periodista en España y en México. O. P.: «Nociones de Contabilidad mercantil» (1912). «Innovaciones a la Partida doble» (1912). «Las acciones del trabajo» (1916). «Sin patria», «El traje blanco» (1919). «La sirena ciudad» (1920). «Crónicas» (1920). «La gaita dormida» (1921). «Flor de misterio» (1922). «Panorama crítico» (1930). «Palabras perdidas» (1932).

PENZOL Y CONDE, Pedro.—Nació en Castropol el 24 de abril de 1880. Pintor y escritor. Colaboró en diversos periódicos madrileños y en revistas especializadas como «Clavileño», «Archivum». O. P.: «Las traducciones de Callia e Dimna» (1932). «Sobre el estilo de don Francisco de Quevedo» (1932). «Francisco Bances Candamo». De la comedia a la zarzuela, 1662-1709» (1932). «El P. Luis Alfonso de Carballo, historiador y preceptista» (1932). «Jovellanos, padre de la patria» (1933). «Un nuevo prólogo al "Fray Gerundio"» (1933).

PEREIRA, Antonio P.—Nació en Villapedre (Navia) el 17 de marzo de 1880. Poeta, conferenciante y predicador. Falleció el 3 de noviembre de 1946 en La Colorada (Navia). O. P.: «De varios colores» (1928). «Los hechos sobrenaturales» (1933). «Pronunciario apologetico de Formación Moral e Intelectual» (1944).

PEREZ, Florentino.—Nació el 13 de enero de 1892 en Madrid. Proclamado asturiano por ascendencia. Colaborador en periódicos de la provincia. En 1915 estrena «Los ojos de la esfinge» en el Teatro Dindurra de Gijón. Dramas y sainetes: «Los sembradores del mal», «El incendiario», «En Burdeos se armó la gorda, la verbera de la Soledad o los playos de Cimadevilla», «Los del sábanu o No hay pueblo como ésti». O. P.: «Poema de guerra» (1910). «Antología de poetas asturianos» (1925).

PEREZ DE AYALA, Ramón.—Nació en Oviedo el 9 de agosto de 1880. Estudió Leyes en la Universidad ovetense. Premio Mariano de Cavia en 1922. En 1928 es elegido académico de la Lengua. Falleció en Madrid en agosto de 1962. O. P.: «La paz del sendero» (1904). «Tinieblas en las cumbres» (1907). «Sentimental Club» (1909). «Sonreía» (1909). «A.M. D.G. La vida en los Colegios de Jesuitas» (1910). «La pata de raposa» (1912). «Troteras y danzaderas» (1913). «El sendero innumerable» (1916). «Tres novelas poemáticas: Prometeo. Luz de domingo. La caída de los limones» (1916). «Hernán encadenado» (1917). «Las máscaras» (1917-19). «Política y toros» (1918). «Monografías de arte: Miguel Viladrich» (1920?). «Monografías de arte: Julio Antonio» (1920). «Belarmino y Apolonio» (1921). «Cuarto menguante» (1921). «El sendero andante» (1922). «Pandorga» (1922). «Luna de miel, luna de hiel» (1923). «Los trabajos de Urbano y Simona» (1923). «El ombligo del mundo» (1924). «Bajo el signo de Artemisa» (1925). «Tigre Juan» (1926). «El curandero de su honra» (1926). «Justicia» (1928). «La revolución sentimental» (1929). «El libro de Ruth» (1930?). «Poesías completas».

PEREZ CERNUDA, Amancio.—Nació en Jarrío el 15 de abril de 1925. Poeta. O. P.: «Cuace íntimo», «Caminos», «Acuarela», «Los ángeles desnudos».

PEREZ COSTALES, Ramón.—Nació en Oviedo en 1832. Médico, escritor y político. Regentó el Ministerio de Fomento en tiempos de Pi y Margall. Tuvo la iniciativa de crear la Academia Gallega, idea que no fue realidad hasta 1906. Se le designó académico de honor. Falleció en La Coruña en enero de 1911. O. P.: «Memorias sobre Hospitales militares», «Reglamento de exenciones», «La verdad a las aldeas», «El señor Juan. Poema en ocho cantos», «Perucho. Poema en siete cantos» (1887).

PEREZ DE LA SALA, Pedro.—Nació en Oviedo el 29 de abril de 1827. Ingeniero. Falleció en Madrid el 14 de marzo de 1908. O. P.: «Estudio sobre las inundaciones» (1871). «La guerra en Italia de 1859» (1873) y varios libros relacionados con su profesión.

PEREZ VILLAMIL, Juan.—Nació el 1 de mayo de 1754 en Santa María de Vega (Navia). El 9 de noviembre de 1804 la Academia de la Historia le nombra académico de número. El 13 de noviembre de 1804 se incorporaba también a la de la Lengua, después de haber sido elegido en 1807 presidente de la otra mencionada. Falleció el 20 de febrero de 1824. En Móstoles hay una lápida en la que se reza «iniciador de la guerra de Independencia».

O. P.: «Doctrina. Doc. Antonii Gomezii es ejus addentis nopotes didaci Gómez Cornejo ad leges Tauri escude ata et in compendium re acta cum legib. concordant, recopil, in gratiam jurisp. juvent» (1776). «Disertación sobre la multitud de abogados. Si es útil al Estado o si fuese conveniente reducir el número de estos profesores» (1782). «Carta de un profesor de Alcalá a un amigo suyo en Madrid, sobre los sumarios de los cuatro primeros reyes de Asturias» (1786). «Elogio del rey don Carlos III, que esté en gloria» (1789). «Historia civil de la isla de Mallorca» (1790?). «Disertación sobre la antigua soberanía de la provincia de Cantabria» (1851).

PIDAL Y BERNALDO DE QUIROS, Pedro.—Marqués de Villaviciosa. Nació en Somió (Gijón) en 1870. Nombrado senador vitalicio por Eduardo Dato en 1914. Fue la primera persona que escaló el famoso pico Naranjo de Bulnes. O. P.: «Espiritualismo lógico», «¡Alerta, España!» (1898). «¡Español, edificate!» «Lo que piensa, quiere y puede el extranjero», «Instrucción pública (1912), «¿Quijotes o Celestinas? Violación de la España naciente» (1916). «Parques nacionales», «Lo que es un parque nacional y el parque nacional de Covadonga» (1917). «El naranjo de Bulnes. Peña Santa» (1919). «Política al alcance de todos» (1919). «Filosofía al alcance de todos», «El crimen político», «Fabricando menores y mujeres» (1922). «Liberalismo dictatorial y despotismo democrático» (1923). «Constitución católica, apostólica, cristiana» (1927). «Segundo y símbolo, no sustituto», «Apóstol de Cristo, no sacerdote del imperio», «Solución al problema religioso político de España» (1930). «Del paisaje a la política» (1931). «El caso de la fábrica de Mieres» (1933). «El caso de los parques nacionales» (1934).

PIDAL Y CARNIADO, Pedro José.—Primer marqués de Pidal. Nació el 25 de noviembre de 1799 en Villaviciosa. Compartió con Gervasio Gironella la dirección de la «Revista de Madrid» a partir de 1839. Diputado a Cortes por Asturias. Abogado. En el Ateneo de Madrid regentó la cátedra (1841-43) de Historia del Gobierno y de la Legislación de España. Perteneció a la Academia de Legislación y Jurisprudencia, que presidió desde 1840 al 43. Ministro de Gobernación en 1844-46. Ministro de Estado en 1856. Designado presidente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Embajador de España en Roma. Falleció el 28 de diciembre de 1865. O. P.: «Ocios de mi edad juvenil» (1818). «Discurso parlamentario sobre el restablecimiento del diezmo» (1838?). «Galería de hombres célebres contemporáneos o biografías y retratos de todos los personajes distinguidos en nuestros días en las ciencias, en la política, en las armas, en las letras y en las artes» (1841-46). «Colección de algunas poesías castellanas anteriores al siglo xv para servir de continuación a las publicadas por don Tomás Antonio Sánchez» (1841). «¿Tomé de Burguillos y Lope de Vega son una misma persona?» (1842). «Importancia del estudio de la Jurisprudencia y la Legislación» (1843). «Formación del lenguaje vulgar en los Códigos españoles» (1844). «Fragmento de un poema castellano antiguo» (1856). «Discurso» (1858). «Historia de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II» (1862-63). «Vindicación de un prelado de la Iglesia católica» (1866?). «Lecciones sobre la historia del Gobierno y la Legislación de España, desde los tiempos primitivos hasta la reconquista, pronunciadas en el Ateneo de Madrid en los años 1841-42» (1880). «Estudios literarios» (1890).

PILARES, Manuel.—Nació en Pola de Lena el 28 de agosto de 1921. Aparte de su obra poética y narrativa, es autor de varios guiones cinematográficos, como «La vida por delante» y «Milagro a los cobardes». O. P.: «Poemas mineros», «Sociedad limitada», «Historias de la cuenca minera», «Cuentos de la buena y de la mala pipa», «El andén».

PLANS MARTINEZ, Juan José.—Nació en Gijón el 28 de febrero de 1943. Premio Nacional de Ciencia-ficción y Premio Anteojo Jovellanos en 1967. O. P.: «Casona» (1966). «Las langostas» (1967). «La gran coronación» (1968). «Crónicas fantásticas» (1968).

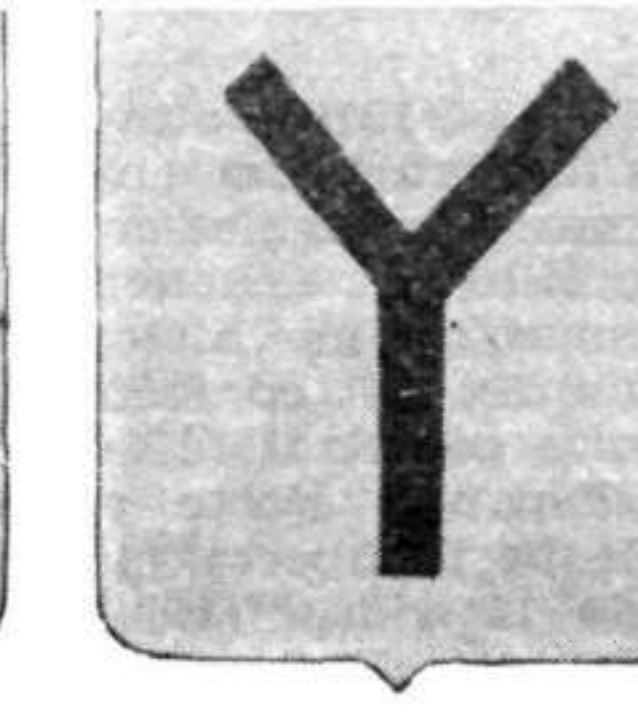
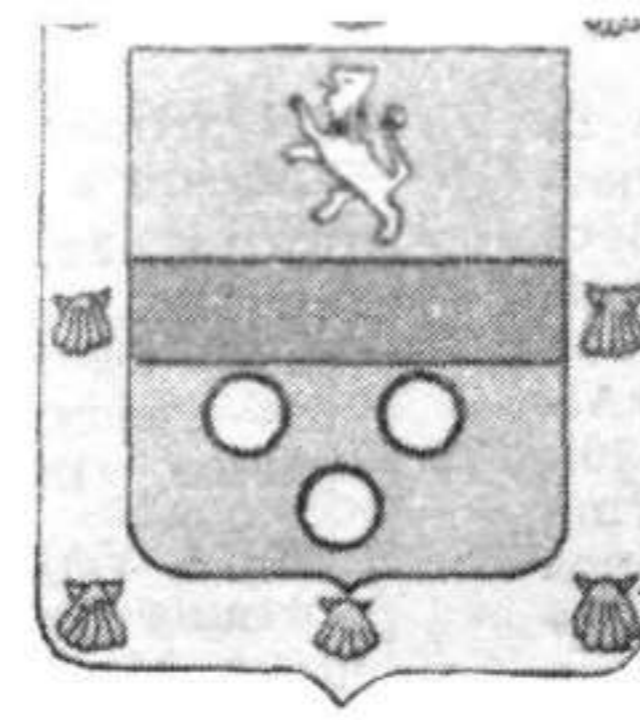
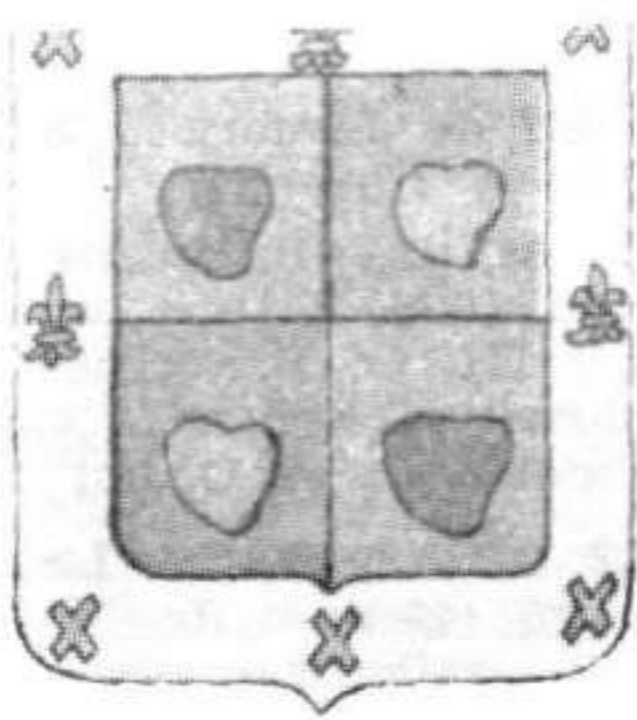
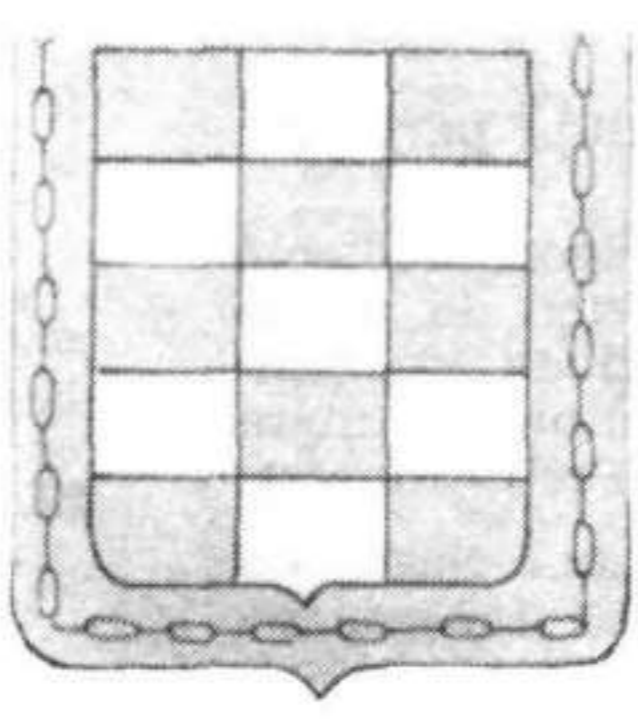
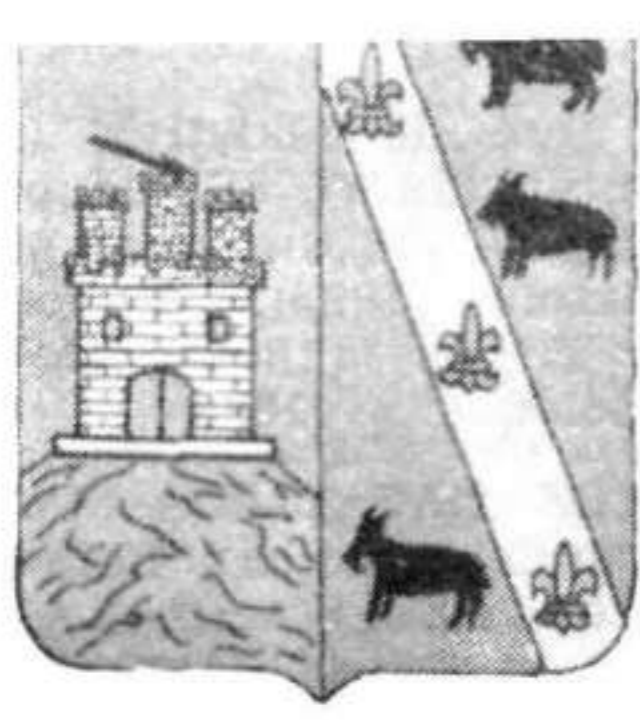
POLO Y ASTUDILLO, Claudio.—Se supone que nació y murió en Oviedo en el siglo xix. Profesor. O. P.: «Elementos de Retórica y Poética», «Poder y desarrollo de la ciencia», «Resumen histórico de la literatura española», «Apuntes para formar una estación agronómica en Asturias».

PORTAL, Luis.—Nació en Luarca en 1898. Falleció en 1931. O. P.: «Cuentos de pecado y edificación» (1917). «En su jardín murado», «Confesiones de Macrina, virgen enamorada y tística» (1919). «La conciencia propia» (1919). «El hijo» (1921). «Ataraxia» (1927).

PORTAL, Marta.—Nació en Nava. En 1966 consigue el Premio Planeta. O. P.: «A tías y a ciegas» (1966). «El malmuerto» (1967). «El noviazgo como noviciado» (1967). Apareció en el libro «Papeles sobre los novios y el noviazgo», junto con otros autores, «A ras de las sombras» (1968).

POSADA HERRERA, José de.—Nació en Llanes el 31 de marzo de 1814. Abogado e importante figura política de su tiempo. Llegó a ser Ministro de la Gobernación, Ministro de Gracia y Justicia, designado para presidente del Consejo de Estado cuando Sagasta. Falleció el 7 de septiembre de 1885. O. P.: «Lecciones de Administración» (1843). «Estudios sobre la Beneficencia pública» (1845). «Relaciones de la Legislación con la Política» (1864).

POSADA, Paulino.—Nació en Mieres el 25 de julio de 1921. Periodista. Ha publicado poemas en diarios y semanarios.



POSADA Y SOTO, Ramón de.—Nació en Onao (Cangas de Onís) en 1746. A los veintiocho años fue nombrado académico de honor y de mérito de la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Estudió Leyes y escribió libros sobre su profesión.

PRIETO, Carlos.—Nació en Oviedo en 1898. Compositor musical y escritor. El gobierno francés le concedió la Legión de Honor en 1951. O. P.: «La moderna escuela musical española» (1927), «El sueño de Cibola: Los asturianos en la conquista de Nueva España» (1933), «Los costos de producción y la industrialización de México» (1949).

PRIETO, Casimiro.—Escritor satírico del siglo XIX. En 1876 fundó con Rafael Carrillo en Buenos Aires el periódico «La Prensa Española». En 1880 fundó la revista «Almanaque Sub-Americano». Falleció en 1906. O. P.: «Viaje al infierno», «Colección de artículos».

PRIETO, Indalecio.—Nació en Oviedo el 30 de abril de 1883. Figura política sobradamente conocida de la que únicamente reseñaremos sus O. P.: Del momento: «Posiciones socialistas» (1935), «Dentro y fuera del Gobierno» (1935).

PRIETO BANCES, Ramón.—Nació en Oviedo el 27 de noviembre de 1889. Importante catedrático de Derecho. Colaboró en diversos periódicos de la provincia. O. P.: «¿El Ordenamiento de Montalvo tuvo la sanción real?» (1910), «La plusvalía» (1913), «Consideraciones sobre la guerra actual» (1916), «Plan de Historia del Derecho Español» (1922), «Apuntes para el estudio del Señorío de Santa María de Belmonte» (1928), «La explotación rural del dominio de San Vicente de Oviedo en los siglos X al XII» (1940), «El mensaje de la Cruz de los Angeles» (1956).

PUNTE, Luis.—Nació en Proaza el 21 de junio de 1898. Periodista. O. P.: «El eterno prejuicio» (1922), «Amor y dolor», «Fortaleza indómita», «Cruz García», «La coqueta».

Q

QUEIPO DE LLANO, José Joaquín.—Quinto conde de Toreno. Nació en Cangas de Tineo (Cangas de Narcea) hacia 1727. Falleció en 1796. O. P.: «Rasgos de valor, traición y hermosura. Semiramis, reina de Siria. Compendio de su vida y nacimiento» (1788), «Anécdota de crueldad y arrepentimiento de Zingha, reina de Sagas» (1788), «Trágica y dolorosa muerte de doña Blanca de Barbón, reina de Castilla y mujer del rey don Pedro» (1789), y otras.

QUEIPO DE LLANO, José María.—Séptimo poseedor del título de conde de Toreno. A mitad del siglo XIX, una de las personalidades españolas más eminentes. Nació en Oviedo el 26 de noviembre de 1786. En las Cortes desarrolló una relevante labor. Falleció en París el 16 de septiembre de 1843. O. P.: «Noticia de los principales sucesos ocurridos en el Gobierno de España, desde el momento de la insurrección en 1808 hasta la disolución de las Cortes ordinarias de 1814. Por un español residente en París» (1820), «Historia del levantamiento, guerra y revolución de España» (1832), «Discursos pronunciados en el Congreso de los Diputados, por... y otros señores en las sesiones de los días 27, 28 y 29 de enero de 1838» (1838), «Discursos parlamentarios» (1872), «Diario de un viaje a Italia en 1839» (1882).

QUEVEDO Y GONZALEZ LLANOS, José.—Nació en Ferrolles (Llanera). Estudió Derecho en Oviedo. Colaboró en periódicos. Poeta, hablador y escritor esencialmente estimado por Clarín. Falleció el 30 de enero de 1911. O. P.: «Batalla del Guadalete», «La batalla de Sao en Cuba, ganada por el general Canella» (1896).

R

RENDUELES LLANOS, Estanislao.—Nació en Gijón el 4 de mayo de 1839. Falleció el 24 de noviembre de 1870. O. P.: «Biografías de asturianos ilustres» (1866), «Historia de la villa de Gijón, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días... con un compendio de la de Asturias» (1867).

RICARDO ALONSO, Luis.—Nació el 9 de junio de 1929 en San Juan de Parres. En la actualidad, profesor de la Universidad de Miami. O. P.: «Territorio libre» (1967).

RICO, Eduardo G.—Nació en Oviedo. Crítico literario de la revista *Triunfo*. Ha publicado, en colaboración con otros, ensayos.

RIEGO Y FLOREZ VALDES, Miguel de.—Canónigo y poeta de la primera mitad del siglo XIX. Nació en Santa María de Tuña (Tineo) el 13 de junio de 1781. Falleció en Londres en 1848. O. P.: «Los doce triunfos de los apóstoles, hechos por el Cartujano profesor en Santa María de las Cuevas...» (1841), «Colección de obras poéticas españolas...» (1843).

RIERA SUAREZ, Rafael.—Nació en Pravia el 22 de junio de 1885. Falleció en Gijón el 22 de noviembre de 1926. O. P.: «Calor cordial» (1924), «Pomarrada asturiana. Ensayos y narraciones» (1926).

RIESTRA DE LA ROZA, Saturio.—Nació en Oviedo en 1890. Periodista. O. P.: «Los horrores de la guerra futura» (1933).

RIVERO, Atanasio.—Nació entre 1865 y 1870. Falleció en Madrid el 3 de enero de 1930. O. P.: «El mayrazgo de Villahueca» (1904), «Duelos y quebrantos» (1905), «Pollinería andante» (1905), «El crimen de Avellaneda» (1916), «El bien de España en Cuba» (1921)?.

RIVERO Y MUNIZ, Nicolás María.—Nació en Las Callejas el 23 de septiembre de 1849. Fundó en La Habana «El Relámpago». Después «El Rayo» y «La Centella». Más tarde: «El General Tacón», «El Pensamiento Español» y «El Español», «El Eco de los Voluntarios» y «El Eco de Covadonga». Falleció en La Habana el 2 de julio de 1919. O. P.: «¿Dónde está el padre?» (1884), «Retratos al minuto, o ecos del Castillo del Príncipe» (1884), «Virvir de milagro» (1886), «Recuerdos de viaje» (1904), «El Colorado. Excursiones por las Montañas Rocosas» (1905), «Recuerdos de Méjico» (1911), «Veinte días en automóvil por Francia y Suiza» (1913), «El conflicto europeo» (1916), «Actualidades 1903-1929» (1929).

ROBLES MUNIZ, Emilio.—Conocido por el pseudónimo «Pachín de Melás». Nació en Gijón el 4 de octubre de 1877. Fundó en 1911 la revista «Alma Asturiana», la «Biblioteca de Escritores Asturianos» en 1912 y la «Novela Asturiana» en 1916. Colaboró en diversos periódicos y se hicieron famosos sus cuentos y obras teatrales en bable. Falleció en Gijón en 1938. O. P.: «La Peñuca» (1906), «Gijonismo» (1909), «Veyures» (1909), «¡Hevia arreglu!» (1909), «Les veyurés de Pinón» (1909), «Mitos y supersticiones asturianas» (1912), «El tratu de Quicón el Magüetu» (1913), «Secadiella» (1915), «Na quintana» (1916), «Probe Melandru» (1918), «Los rapazos cantariegos» (1919), «La sosiega» (1922), «El último sermón» (1922), «El gaitero de Fondría» (1922), «Mal de cañas» (1923), «El filandón» (1924), «La herencia de Pepín» (1924), «Agudezas asturianas», «Pensatible» (1926), «Los malditos» (1926), «Regalín de aldea» (1928), «Xuaco busca un criado... y na más» (1928), «Los amores de Gorin» (1928), «Noche de Luna» (1933).

RODRIGUEZ, José María.—Nació en Villalegre el 13 de agosto de 1877. Falleció en Gijón el 19 de octubre de 1935. O. P.: «Poetas y bufones: Polémica Vasconcelos-Santos Chocano. El asesinato de Edwin Elmore» (1926).

RODRIGUEZ ALVAREZ, Jesús Salvador.—Nació en San Juan de la Piñera (Morcín) en abril de 1844. Sacerdote. Falleció en 1910. O. P.: «Cipriana y Osca, o señora pagana y esclava cristiana. Cuento de un cuento» (1896).

RODRIGUEZ FERNANDEZ CASAL, Luis.—Conocido por «Palique». Nació en Oviedo el 19 de agosto de 1868. O. P.: «De mi Asturias: Aires colados: Cuentos, cantares, epigramas y otras menudencias» (1904), «Polifacecias» (1917).

RODRIGUEZ SALAS, Manuel Antonio.—Nació en Infiesto el 24 de enero de 1882. Colaboró en periódicos de Asturias, Madrid, Barcelona. Fundó el semanario «El limbo» y la revista «Avila», en Avila. O. P.: «El caballero eremita» (1907), «La Obra Pía de Piloña» (1913).

ROLLAN, Jaime.—Nació en Gijón. Licenciado en Derecho. Tiene publicados tres libros de poesía.

ROMERO SARACHAGA, Federico.—Nació en Oviedo el 15 de noviembre de 1886. Escritor dedicado al género lírico teatral. O. P.: «La canción del olvido», «La sonata de Grieg», «Los fanfarrones», «Las delicias de Capua», «La serranilla, la rubia del Fart-West», «Doña Francisquita», «El dictador», «La severa», «La sombra del Pilar», «Blancaflor», «El caserío», «Las alondras», «La morería», «Los flamencos», «La meiga», «La rosa del azafrán», «La villana, la moza vieja», «Luisa Fernanda», «El talismán», «La labradora», «La tabernera del puerto», «Monte Carmelo», «Cuidado con la pintura», «Pepe Romero», «Loza Lozana», «Mambrú se va a la guerra», «Aquella canción antigua», «Mimí Pínson», «Peñamariana», «Los pájaros», «Por la calle de Alcalá».

RUIDIAZ Y CARAVIA, Eugenio.—Médico, topógrafo y escritor del XIX. Nació en Goviendes (Colunga) el 13 de noviembre de 1849. Falleció en Madrid el 13 de julio de 1896 siendo redactor-jefe de «La Unión Católica». O. P.: «La Florida: Su conquista y colonización por Pedro Menéndez de Avilés» (1893-94). (Obra premiada por la Academia de la Historia con el Premio Lombart.)

S

SALA Y GARCIA SALA, Mario de la.—Nació en Gijón el 18 de enero de 1833. Militar. Falleció el 1 de septiembre de 1909. O. P.: «Zaragoza. Romance descriptivo» (1888) y otras.

SALMEAN, Alejandro P. de.—Nació en Oviedo el 26 de febrero de 1850. Contribuyó a la fundación del Centro de Asturianos en 1881. En 1885 fue elegido presidente de Sección de la Academia de Legislación y Jurisprudencia. Estuvo al frente de la revista «Asturias». Colaboró intensamente en periódicos.

SAMPIL Y LABIADES, José Antonio.—Eclesiástico y escritor especializado en temas agrícolas. Nació en Mieres el 9 de septiembre de 1756. Falleció el 17 de septiembre de 1829. Colaboró en periódicos y publicó obras sobre su especialidad.

SAN JOSE, Fr. Eugenio de.—Nació en Mieres el 17 de junio de 1891. En Santiago de Chile le fue premiado su «Cervantes y la España de su época». En la mencionada ciudad dirigió «El Carmelo y Praga».

SAN ROMAN Y GONZALEZ, Marcelino.—Falleció en Madrid en marzo de 1915. Se desconoce la fecha de su nacimiento, en Oviedo. En 1903 fundó el diario ovetense «El Correo de Asturias».

SANCHEZ, Fermín.—Nació en Boal el 21 de mayo de 1905. Colaborador de varios periódicos.

SANCHEZ ALONSO, Carlos.—Nació en Villamayor (Piloña) el 15 de mayo de 1910. Fue director del semanario «Infiesto».

SANCHEZ BUSTILLO, Cayetano.—Nació en Llanes en 1839. Político y escritor. Colaboró en diversas publicaciones madrileñas. Falleció en 1908, siendo Ministro de Hacienda.

SANCHEZ CALVO, Estanislao.—Nació en Avilés el 6 de mayo de 1842. Falleció el 22 de mayo de 1895. O. P.: «Los nombres de los dioses» (1884), «Filosofía de lo maravilloso positivo» (1889).

SANCHEZ ESTEVAN, Ismael.—Nació en Oviedo el 5 de diciembre de 1879. Periodista. Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Instrucción Pública en 1922. O. P.: «La carrera de Aikamar» (1908), «Amor y amistad» (1909), «El último romántico» (1909), «Rita Luna» (1912, ensayo biográfico-novelesco), «Rita Luna» (1914, comedia dramática premiada por el Ayuntamiento de Madrid), «Figaro» (1919), «Fray Lope Félix de Vega Carpio» (1923), «Maria Guerrero» (1946), «Jacinto Benavente y su teatro. Estudio biográfico-crítico» (1954).

SANCHEZ GALLEGU, Román.—Nació en Llanes a principios del XIX. Fue director de «El Correo de Llanes». Estrenó una zarzuela de costumbres: «Llanes por dentro». Falleció el 11 de noviembre de 1897.

SANCHEZ GAMONEDA, Antonio.—Nació en Oviedo el 28 de marzo de 1887. Falleció el 28 de marzo de 1932. Poeta. O. P.: «Otra más alta vida».

SANCHEZ DEL REAL, Andrés.—Escritor del XIX. O. P.: «Emilio Castelar: Su vida, su carácter, sus costumbres, sus obras, sus discursos, su influencia en la vida democrática» (1873), «Cuadros contemporáneos. ¡A la horca los negros!» (1879).

SANCHEZ SOMOANO, José.—Nació en Nocedo (Ribadesella) o en Arriondas (Parres) entre 1840 y 1853. Colabora abundantemente en periódicos madrileños. En Méjico también colaboró en la prensa. Era profesor y tratadista de Gimnasia. O. P.: «Versos trasnochados» (1884), «Ensayos literarios» (1885), «Méjico a vista de pájaro» (1890?), «Notas americanas» (1891?), «Modismos, locuciones y términos mexicanos» (1892), «Costumbres yankees. Viajando por América del Norte» (1894), «El trigo» (1895), «El ciego» (1895), «El banco de piedra. Cuento dramático» (1898), «Pájaro sin nido» (1912).

SANDOVAL Y ABELLAN, Adolfo de.—Nació en Oviedo el 5 de julio de 1860. Perteneció a la Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, de Toledo. En 1929 la Sociedad Cervantina le confirió el título de presidente de honor. Falleció en Madrid en 1945. O. P.: «Estudios críticos de la Edad Media» (1889), «Catalina de Siena y su tiempo» (1888-90), «El Centenario de los impíos» (1889), «Estado actual de la cuestión romana: ¿Debe el Papa permanecer en Roma?» (1890), «Historia de San Antonio de Padua y su tiempo» (1892), «El siglo XIII», «El brazo de la raza», «El centenario de la Revolución francesa», «El Pontífice romano», «La definición de un dogma», «Páginas de historia de Italia en el siglo XIV», «Savaranoia y su tiempo» (tres tomos), «Paisajes espirituales», «A la sombra de la Catedral. Nuevos paisajes espirituales» (1917), «El libro de los recuerdos» (1918), «Ante todo lo amado» (1918), «La gran reveladora» (1919), «Rayo de

luna» (1919), «Importancia y trascendencia de la Cinematografía en todos los órdenes», «Toda hermosa», «Ángeles caídos», «Los amores de un cadete artillero», «Fuencisla Moyano», «Forjador de almas», «Una historia de amor. Beatriz Pacheco» (1929), «El corazón de un estudiante» (1929), «Almas gemelas» (1930), «El pobrecillo de Asís» (1930), «España: Norte y Levante. Acuarelas de Marins Hubert-Rubert» (1931), «Las supremas revelaciones de la vida» (1932), «Los bellos países: España» (1932), «El hombre que necesita España: Ensayo político-social» (1934), «La señorita de Altamira» (1934), «Trascendencia altísima de la misión del clero rural astur en la actual hora, y asistencias que deben prestársele» (1936), «Lo que quieren los españoles de buena voluntad», «Para ganar la paz», «¡Ahí va corazón!», «El último amor de Bécquer», «San Juan de la Cruz», «Bécquer redivivo y el encanto de Toledo», «Carolina Coronado y su época» (1944), «Menéndez y Pelayo» (dos volúmenes).

SANDOVAL Y ABELLAN, Arturo de.—Hermano del anterior. Nació en Oviedo. Académico correspondiente de la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Capellán del rey en 1915. Falleció en Oviedo el 23 de abril de 1941 O. P.: «Discurso», «Trabajos realizados en la Cámara Santa».

SANTOS MEDIANTE, Antolín.—Nació en Taramundi el 2 de septiembre de 1880. Colaborador de periódicos gallegos. Falleció en 1944.

SANTUARIO ROCES, Emilio.—Nació en Gijón el 18 de febrero de 1902. Autor de obras teatrales de ambiente regional: «¡Y es un tenorio, Lorenzo!», «El oro indianu», «El trigémimo» y «La modista».

SANTULLANO, Luis A.—O. P.: «Paxaron o la fatalidad», «Telva», «Carroceros», «Bartolo o la vocación», «El puro amor» y otras.

SARABIA BARBERO, Isaac.—Nació en Lugo de Llanera el 30 de diciembre de 1868. Falleció el 21 de enero de 1932. O. P.: «Al lado del carril», «Cosas mías», «De puertas adentro».

SARABIA BARBERO, Fr. Ramón.—Nació en Pola de Lena el 19 de diciembre de 1875. Falleció en Madrid el 17 de julio de 1958. O. P.: «La súplica perpetua» (1909), «¿Quién es Jesucristo?» (1910) y otras.

SARMIENTO, Angel.—Nació en Intriago (Cangas de Onís) en 1880. Fundó en Cangas de Onís el semanario «El Popular» y dirigió «La Voz del Labrador». Político. O. P.: «Memoria de la Sociedad "El Despertar"», «El seguro obligatorio del labrador», «Comentarios a la labor de un Sindicato sobre Previsión», «ABC del campesino asturiano».

SELA Y SAMPIL, Aniceto.—Nació en Santullano (Mieres) el 13 de septiembre de 1863. Rector de la Universidad de Oviedo en 1914. Eminentemente catedrático. Colaboró en diversos periódicos provinciales y de Madrid. Falleció el 9 de mayo de 1935. O. P.: «Educación física de la mujer», «Programa de Derecho internacional público», «Programa de Derecho internacional privado», «Memoria de la Institución para la Enseñanza de la Mujer en Valencia», «La educación del carácter» (1890), «Concepto de la Universidad» (1892), «La misión moral de la Universidad» (1893), «Oposiciones a Registros de la Propiedad: Derecho internacional privado» (1897), «Geografía popular de España: La provincia de Asturias» (1902), «Fin y organización de las Universidades» (1902), «Curso de Derecho internacional (1902), «Problemas de educación» (1904), «Viajes por España: Los Pirineos y la costa del Cantábrico» (1905), «La guerra ruso-japonesa» (1905), «Oposiciones al Cuerpo de aspirantes a la Judicatura y Ministerio fiscal: Contestación a las preguntas relativas a Derecho internacional» (1909), «Manual de Derecho internacional» (1910), «La educación nacional: Hechos e ideas» (1910), «Extensión Universitaria: Memorias correspondientes a los cursos de 1898-1909», «Derecho internacional» (1913), «Oposición a notarías: Derecho internacional privado» (1923), «La Sociedad de las Naciones» (1919).

SELA Y SAMPIL, Luis.—Hijo de don Aniceto. Nació en Oviedo el 1 de diciembre de 1899. Catedrático de Derecho internacional. Decano de la Universidad de Sevilla. O. P.: «La Comunidad Internacional».

SELGAS Y ALBUERNE, Fortunato de.—Nació en Cudillero el 27 de septiembre de 1838. Miembro correspondiente de la Academia de la Historia, de la de Bellas Artes de San Fernando y de la de Ciencias Históricas de Toledo. Falleció en Madrid el 7 de noviembre de 1921. O. P.: «Jovellanos considerado como crítico de Bellas Artes» (1883), «La primitiva basilica de Santianes de Pravia y su panteón regio» (1902), «San Félix de Játiva y las iglesias valencianas del siglo XVIII: sus diferencias con las asturianas» (1903), «Origen, Fuero y monumentos de Avilés» (1907), «Monumentos ovetenses del siglo IX» (1908), «La basilica de San Julián de los Prados—Santullano—en Oviedo. Estudio de las restauraciones efectuadas en 1912-15» (1916).

SEÑAS ENCINAS, Fernando.—Nació en Oviedo el 15 de junio de 1890. Miembro del Instituto de Estudios Asturianos. O. P.: «Asturias y los grandes imperios».

SERRANO, Enrique.—Nació en Oviedo en 1927. Actualmente, catedrático en California. Colaborador de periódicos y revistas. Ha publicado dos obras sobre estudios políticos y literarios.

SERRANO, Ramón.—Nació en Gijón en septiembre de 1886. Estrenó diversas obras de teatro en Hispanoamérica: «Alma asturiana», «La herencia del odio», «La tierra en armas», «El atajacaminos», «Ilirci», «Alma charra», «Amores charros», Virgencina de Covadonga» y «Cuentito de Navidad».

SERRANO DE PAZ, Manuel.—Catedrático y poeta del siglo XVII. Nació en Oviedo, Latinista, orador y escritor.

SIERRA, Fr. José de.—Nació en Cangas del Narcea a mediados del siglo XVIII. O. P.: «Lucero de Galicia. Vida de San Juan Bautista» (1749), «Martirio

del primer mártir de Jesucristo. Segunda parte del "Lucero"» (1868) y novenas.

SIERRA, Fr. Tomás de.—Nació en Oviedo. Falleció en Pamplona en 1622. Título honorífico de predicador de Felipe III. O. P.: «Discurso de los Santos Canonizados», «Desengaño cristiano. Primera parte», «Excelencias de la Orden de Predicadores».

SIERRA VALDES CIENFUEGOS, Lope de.—Nació en Llamas de Mouro (Cangas del Narcea), tal vez en 1690. Magistrado. Falleció hacia 1790. O. P.: «Dic-tamen», «Impugnaciones a los escritos de Campomanes y Jovellanos».

SILVA Y COLLAS, Micaela.—Poetisa. Falleció en Guadalajara el 20 de julio de 1884. O. P.: «Un novio a pedir de boca» (1863), «Emanaciones del alma» (1885).

SINERIZ Y TRELLES, Juan Francisco.—Nació en Sueiro (El Franco) en 1778. Falleció en 1857. O. P.: «Compendio de las artes y ciencias extractado del que se enseña en las academias y escuelas públicas de Inglaterra, escrito por Mister Turnes, traducido y acomodado por preguntas y repuestas a la inteligencia de la juventud española» (1830), «Nuevo plan de gobierno económico-doméstico, en el cual se dan lecciones para vivir sin empeñarse, como también reglas fijas para que cualquiera pueda reunir un capital de lo suyo propio, al cabo de cierto tiempo» (1831), «El amante de la nación española en el siglo XIX, o colección de varias materias y tratados escritos en el sentido correspondiente a la felicidad de España» (1833), «Compendio del Derecho Real de España...» (1833), «Originalísimo e ingeniosísimo discurso de Voltaire, traducido al español y aumentado con notas» (1834), «El Quijote del siglo XVIII, o historia de la vida y hechos, aventuras y fañazas de Mr. Le Grand, héroe filósofo moderno, caballero andante, prevaricador y reformador de todo el género humano. Obra escrita en beneficio de la humanidad y aplicada al siglo XIX» (1836), «Constitución europea...» (1839), «El Gil Blas del siglo XIX, cuyas aventuras comienzan en la guerra de la Independencia y continúan con la relación de lo principalmente acaecido en España hasta el presente año de 1844».

SOLIS DE MERAS, Gonzalo.—Escritor de la segunda mitad del siglo XVI. Se sabe que nació en Tineo. Cronista en la conquista de La Florida en 1565.

SOMOZA DE MONTSORIU, Julio.—Nació en Gijón el 23 de diciembre de 1848. Falleció en 1940. Miembro correspondiente de la Academia de la Historia, cronista de Gijón y cronista de Asturias. O. P.: «Catálogo de manuscritos e impresos notables del Instituto de Jovellanos, de Gijón, seguido de un índice de otros documentos inéditos de su ilustre fundador» (1883), «Cosiquines de la mió quinta» (1884), «Jovellanos. Nuevos datos para su biografía» (1885), «Noticias biográficas y bibliográficas de Máximo Fuertes Avecedo» (1885), «Las amarguras de Jovellanos: Bosquejo biográfico con notas y setenta y dos documentos inéditos» (1889), «Escritos inéditos de Jovellanos, dispuestos para la impresión» (1891), «Inventario de un jovellanista» (1901), «Gijón en la historia general de Asturias» (1908), «Cartas de Jovellanos a Lord Vassall Holland sobre la guerra de la Independencia» (1808-1811), «Documentos para escribir la biografía de Jovellanos» (1911), «Jovellanos: manuscritos inéditos, raros o dispersos» (1913), «Registro asturiano» (1927), «Diarios de Jovellanos».

SORIA HEREDIA, Florentino.—Nació en Gijón en 1917. Licenciado en Filosofía y Letras. Periodista. Profesor de la EOC, de la que fue subdirector. En 1962 fue designado subdirector general de Cinematografía y Teatro, cargo que ocupó hasta hace pocos meses. Ha escrito numerosos ensayos y críticas cinematográficas en diversas publicaciones y varios guiones cinematográficos.

SUAREZ, Constantino.—Conocido por «Españolito». Nació en Avilés el 10 de septiembre de 1890. En el «Diario de Avilés» comenzó sus actividades periodísticas y literarias en 1908. Falleció en Madrid el 4 de marzo de 1941. El 5 de marzo de 1952 serían trasladados sus restos al panteón familiar de Avilés. O. P.: «¡Emigrantes...!» (1915), «Oros son triunfos» (1917), «La Des-Unión Hispano-Americana y otras cosas. Bombos y palos a diestra y siniestra» (1919), «Ideas» (1921), «Doña Caprichos» (1921), «Vocabulario cubano», «Galicia, la calumniada» (1923), «La verdad desnuda» (1924), «Isabelina» (1924), «Sin testigos y a oscuras» (1925), «El hijo de trapo» (1926), «Galería de poetas cubanos: Floresta patriótica» (1926), «Rafael o la alegría de ser español» (1929), «Una sombra de mujer» (1927), «Ramonín» (1930), «Estanislaio Sánchez Calvo. Aportaciones biográficas» (1927), «Cuentistas asturianos. Antología y semblanzas» (1930), «Un hombre de nuestro tiempo» (1931), «Escritores españoles. Antología» (1933), «Escritores y artistas asturianos. Índice bio-bibliográfico» (desde 1936).

SUAREZ DE BARBON, Rosario.—Nació en Soto del Barco el 1 de mayo de 1891. Poetisa y cuentista, colaboró en periódicos.

SUAREZ BARCENA, Aquilino.—Nació probablemente en Oviedo en 1825. Fue director de «El Porvenir de Asturias» y colaboró en publicaciones madrileñas. Falleció en 1867.

SUAREZ BRAVO, Ceferino.—Comediógrafo, novelista y periodista del siglo XIX. Nació en Oviedo el 13 de diciembre de 1824. Falleció el 26 de julio de 1896. O. P.: «Un motin contra Esquilache» (1846), «Don Enrique III» (1847), «Amante y caballero o Gonzalo de Córdoba» (1847), «Hidalguía y lealtad» (1848), «¡Es un ángel!» (1848), «El Dos de Mayo» (1849), «El bufón del rey» (1849), «Los dos compadres, verdugo y sepulturero» (1850), «El lunar de la marquesa» (1850), «Las señas del archiduque» (1850), «El cetro y el puñal» (1851), «Mujer y madre» (1853), «La crisis» (1854), «La honra de Cádiz» (1870), «España demagógica. Cuadros disolventes» (1873), «Los fueros vascongados ante el derecho y la razón de Estado» (1876), «Cartas familiares del con-

de José de Maistre» (1877), «La mancha en la frente» (1877), «En la brecha. Hombres y cosas del tiempo» (1878), «Las armas reales», «Guerra sin cuartel» (1885), «Robespierre. Crónica dramática del Terror» (1886), «Colección de novelas cortas», «¡Soledad!» (1893).

SUAREZ CAPALLEJA, Víctor.—Escritor en prosa y verso del siglo XIX. Falleció en Madrid el 17 de marzo de 1904. O. P.: «Estudio sobre Longfellow: Vida y obras» (1883), «Odas religiosas» (1903) y otras.

SUAREZ CASO, Manuel.—Nació en Gijón en 1914. En la actualidad, director de *Gaceta Ilustrada*. Aparte de su labor periodística ha escrito varios guiones cinematográficos.

SUAREZ CORVIN, Diego.—Nació en Urbiés (Mieres) el 1 de mayo de 1552. Se supone que falleció en 1623 ó 1624. O. P.: «Romances en lenguaje antiguo, imitando el estilo y los romances apócrifos del Cid Campeador» (1607), «Historia del maestre último que fue de Montesa y su hermano don Felipe de Borja...» (1889).

SUAREZ DE LA ESCOSURA, Alfredo.—Nació en Oviedo. Falleció en Madrid en febrero de 1900. Periodista. O. P.: «Pensamientos» (1890).

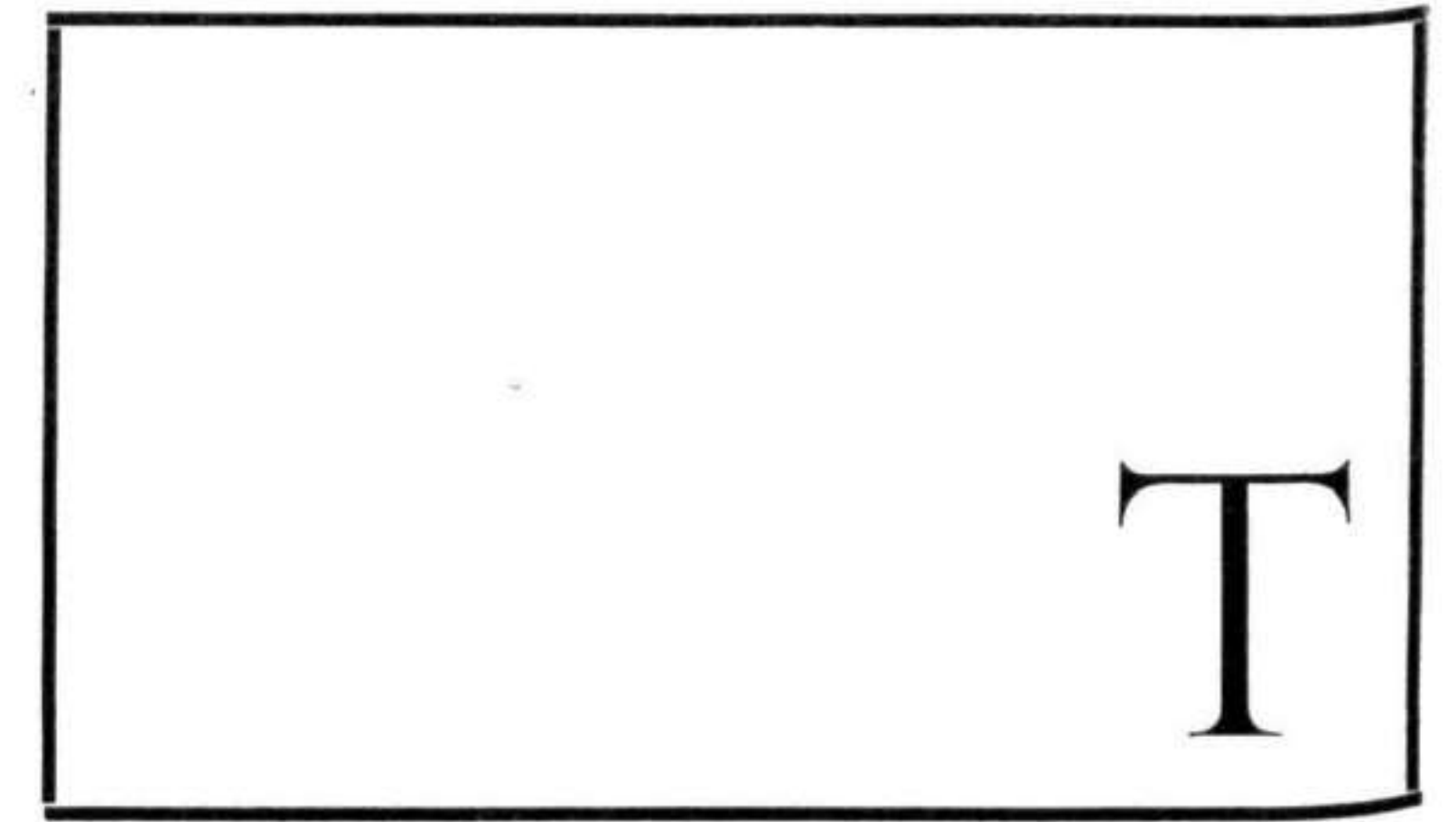
SUAREZ GARCIA, fray José María.—Nació en Oviedo el 11 de diciembre de 1857. Falleció el 4 de marzo de 1900 en Salamanca. O. P.: «Reseña histórica de la restauración de la Provincia de España» (1899).

SUAREZ INCLAN, Julián.—Nació en Avilés el 7 de enero de 1848. Militar. Académico de la Academia de la Historia. Falleció en Madrid el 9 de marzo de 1909. O. P.: «Las naciones ibéricas» (1884), «Liberación de París en 1850» (1900), «Guerra de anexión en Portugal durante el reinado de Felipe II» (1897-98, dos tomos) y otras.

SUAREZ INCLAN, Pio.—Hermano del anterior. Nació accidentalmente en Segovia el 5 de mayo de 1860. Militar. Escribió obras acerca de su carrera. Falleció en 1933.

SUAREZ DEL OTERO, Concha.—Nació en Luearca en 1910. Actual novelista y poetisa. Ha desempeñado la cátedra de Lengua y Literatura españolas en el Instituto-Escuela de Madrid. Ha colaborado en periódicos y revistas. O. P.: «Mabel» (1928, Premio Biblioteca Patria), «Vulgaridades» (1930), «Vida plena» (1949), «La vida en un día» (1951), «Mi amiga Andrée» (1954), «Satanás no duerme» (1958).

SUERO LLERA, Enrique.—Nació en Colunga en 1936. Conocido por *Javier de Montini*. Se dedica al periodismo. O. P.: «El descontento muerde la pipa» (1963), «La piel del diablo» (1966).



TAIBO, Francisco Ignacio.—Nació en Gijón. Firma Paco Ignacio Taibo. Periodista que actualmente se encuentra en Méjico. Novelista y autor de teatro. «El periodista» y «Juan M. N.» son algunas de sus obras publicadas.

TELLADO, Corín.—Nació en Viavélez. Reside en Gijón. Escritora de numerosas novelas del tipo romántico.

TINEO, Juan de.—Vivió en los últimos lustros del siglo XVIII y principios del XIX. Menéndez y Pelayo: «... sobrino de Jovellanos y fundador con Moratin de la Academia de los Acalófilos, o adoradores de lo feo, varón de inmensa lectura latina e italiana, pero nada imprimió fuera de un réplica a las observaciones de Quintana sobre "La mojigata"».

TINEO HEVIA Y FUERTES SIERRA, Gregorio José de.—Nació en Gijón hacia 1675. Rector de la Universidad de Oviedo en el bienio 1711-12. O. P.: «Al rey nuestro...» (1719), «Papel histórico legal...» (1724), «Antigüedades y grandezas de la Iglesia de Oviedo» (1724).

TORANO DE LA PUERTA, José Nicolás.—Nació en Candás, probablemente en 1730. Eclesiástico y escritor. Poeta en castellano y en latín.

TORRE, Secundino de la.—Nació en el concejo de San Martín del Rey Aurelio, probablemente en 1852. Abogado. O. P.: «Antiguas Cortes de Castilla» (1872).

TOVAR, Luis.—Teólogo y escritor. O. P.: «Triunfos de N. S. Jesucristo y de su gloriosa resurrección» (1589), «Poema místico de San Antonio de Padua» (1616).

TRAPIELLO, Marcelino.—Abogado y escritor. Nació en Tineo en 1856. Falleció en 1920. Fue director del diario «El Carbayón», decano de la prensa ovetense.

TRAPIELLO Y SIERRA, Francisco.—Eclesiástico y escritor. Nació en Cangas de Narcea en 1865. Falleció en 1924? O. P.: «Juan de Santo Tomás y sus obras» (1889), «Santo Domingo de Guzmán y su Orden» (1893), «La Eucaristía. Estudio teológico, histórico...» (1897) y otros.

TRELLES VILLADEMOROS, José Manuel.—Nació en Talarén (Navia) alrededor de 1685. O. P.: «Asturias ilustrada. Historia cronológica...» (1736-39, tres tomos), «Compendio genealógico-histórico...» (1755).



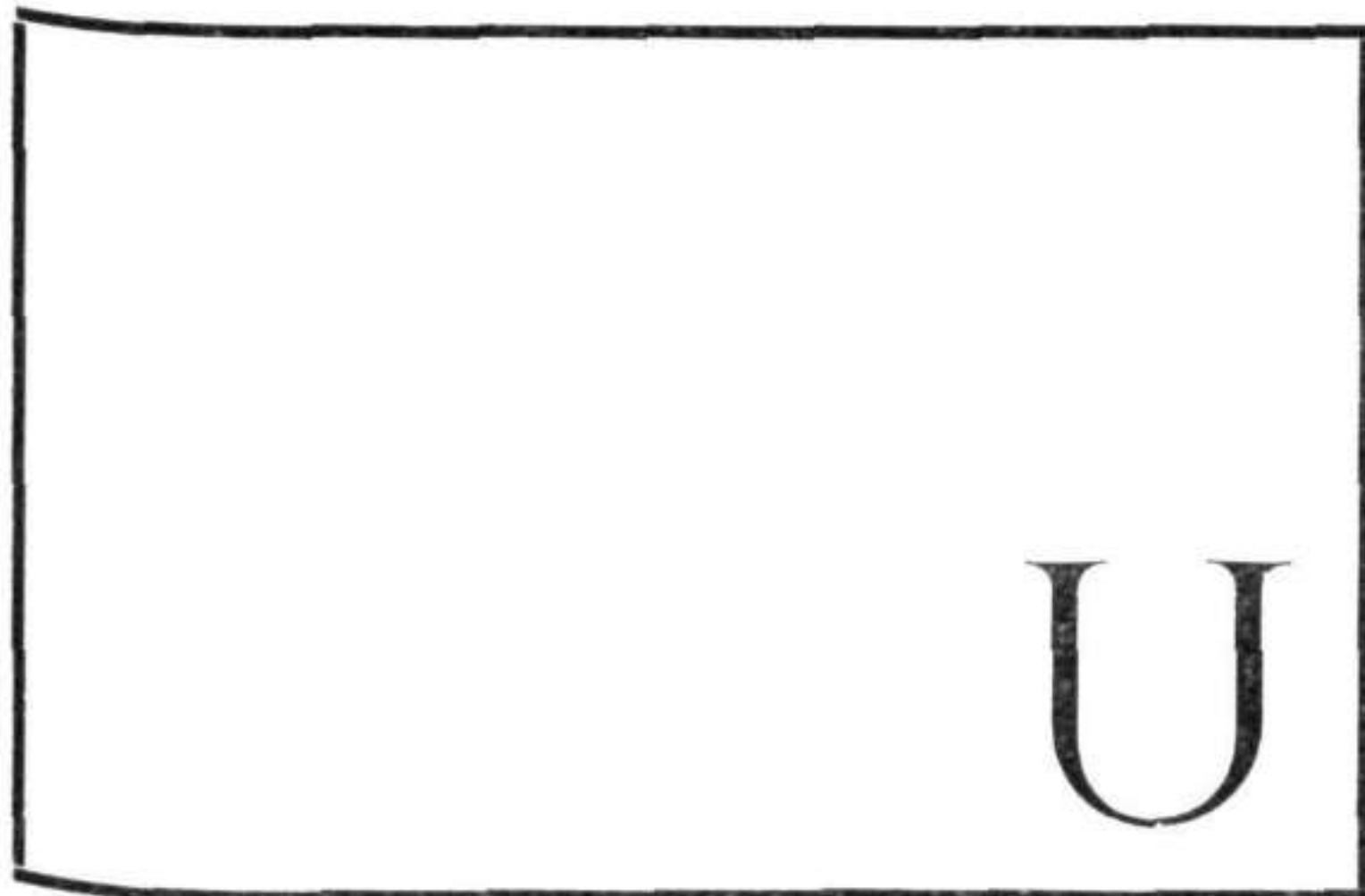
TRONCOSO Y SUAREZ, Manuel Nicasio.—Poeta del siglo XIX. Nació en Avilés hacia 1830. Colaborador de periódicos en Cuba. Falleció en 1890. O. P.: «Mis pensamientos» (1880).

TUERO, Tomás.—Nació en Arroes (Villaviciosa) en 1851. Con Clarín y Palacio Valdés fundó la revista «Rabagás». Los escritores mencionados resaltaron siempre sus grandes virtudes como escritor y periodista. «El Liberal», «El País», «La Iberia»... O. P.: «Fernanda» (1885, comedia).

TUNON, fray José María.—Nació en Piedraceda en 1872. Colaborador de periódicos: «El Noticiero» y «El Pilar».

TUNON ALVAREZ, Gustavo.—Nació en San Salvador (Teverga) en 1904. Poeta y prosista, colaborador en Cuba de periódicos.

TUNON Y QUIROS, Elías G.—Militar y escritor del siglo XIX. O. P.: «Teoría sobre la causa de la gravedad, comprobada por fenómenos físicos, astronómicos y geológicos» (1856), «Memoria sobre la guerra que los romanos hicieron en Asturias» (1858), «Memoria sobre las familias o razas humanas que se hallan establecidas actualmente en España...» (1871).



UNCAL, José María.—Nació en Caravia el 20 de mayo de 1902. Activa vida periodística en Cuba. O. P.: «Fronda silente» (1921), «Los poemas cantábricos» (1923), «Los argonautas» (1924), «Los rumbos soberanos» (1925), «El hombre de la pipa» (1925), «Barro» (1925), «La ruta de Cipango» (1930), «Umbrales rojos» (1930), «Diez velas sobre el mar», «Tajamar» (1949).

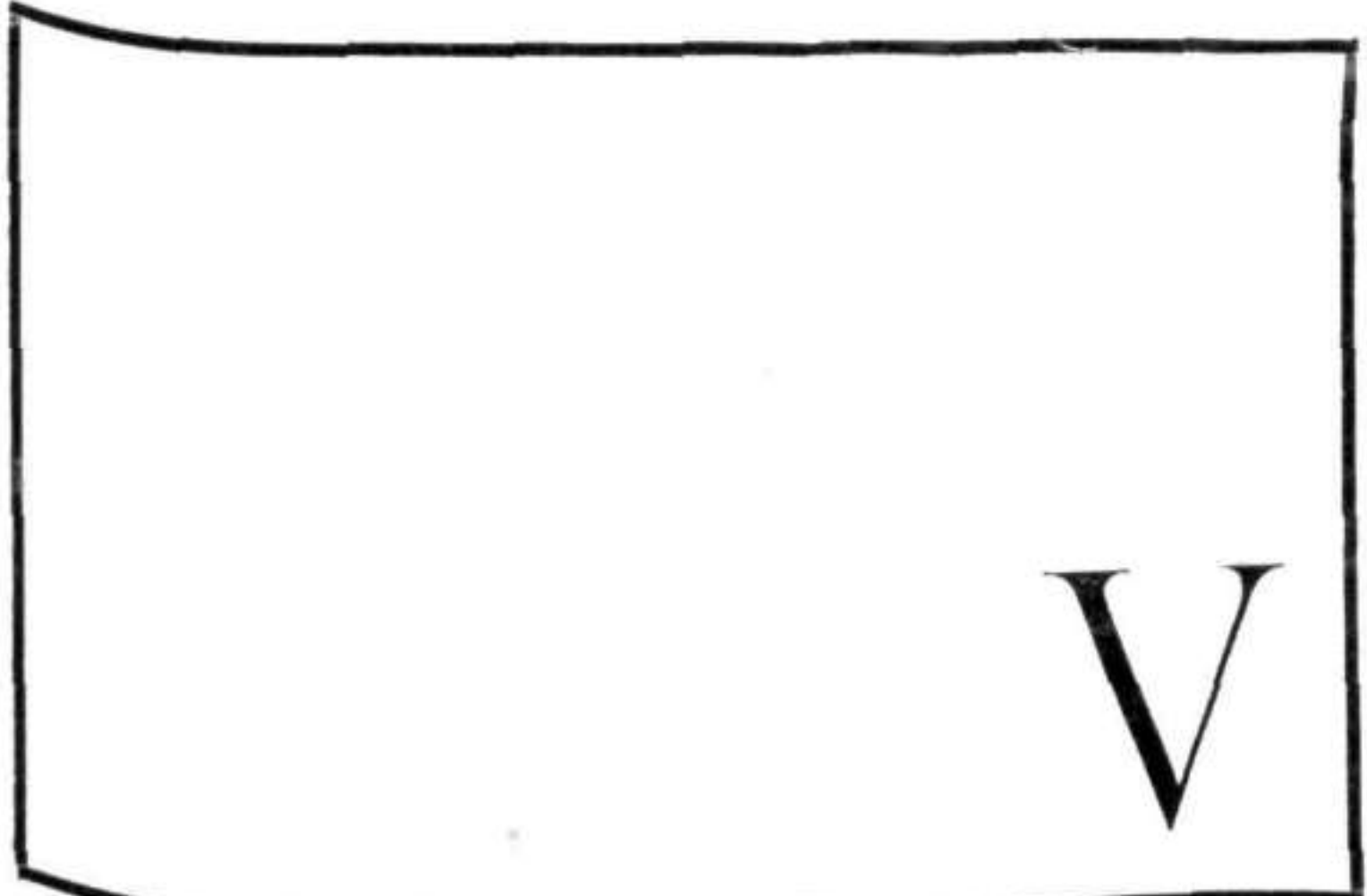
URIA Y REA, Enrique.—Nació en Oviedo, probablemente hacia 1840. Falleció en 1902. Fue director de «El Eco de Asturias». O. P.: «Almanaque para el año bisesto de 1860» (1859).

URIA Y RIEGO, José Francisco.—Nació en Santa Eulalia (Cangas de Narcea) el 16 de febrero de 1819. Durante el Gobierno presidido por O'Donnell fue director general de Obras Públicas. Político y escritor, colaborador en periódicos. Publicó obras relacionadas con su puesto. Falleció en 1862.

URIA Y RIU, Juan.—Nació en Oviedo el 7 de octubre de 1891. Hijo del pintor José María Uria y Uria. Dedicado a la investigación de temas históricos. Licenciado en Derecho y en Filosofía y Letras. El 2 de diciembre de 1940 fue nombrado director de la «Revista de la Universidad de Oviedo». En 1941, decano de esa Universidad. Colaborador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, correspondiente del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, correspondiente de la Real Academia de la Historia, miembro de la Comisión Provincial de Monumentos, corresponsal del Museo del Pueblo Español, miembro de la Asociación Española de Antropología. O. P.: «Cuestiones relativas a la etnología de los Astures» (1941), «Las peregrinaciones a Santiago de Compostela» (Premio «Francisco Franco» en 1954, tres tomos, en colaboración con Vázquez de Parga y Lacarra), «Orígenes de la villa y condado de Noreña» (1954).

URIA Y URIA, Rodrigo.—Nació en Oviedo hacia 1870. Colaborador de periódicos. O. P.: «Meditaciones de un impio. Estudios de moral» (1918), «El filántropo y los gorriones», «Un pájaro muerto y un ángel herido», «La revolución social y el socialismo sin sangre», «Ética capitalista», «La tragedia roja. Consideraciones» (1935).

URIA Y VALDES, fray Benito de.—Parece lo más cierto que naciera en Santa Eulalia de Cuez el 21 de febrero de 1730. Fue obispo de Ciudad Rodrigo. Falleció en 1810. O. P.: «Meditaciones para todos los días del año» (1908), «Introducción especulativa y práctica de las obligaciones de los monjes benedictinos...» (1785) y otras.



VALDES, Antonio María.—Nació en Avilés el 11 de agosto de 1872. Falleció en 1933. O. P.: «Llegar a tiempo» (1899), «Ligeros apuntes acerca del nuevo templo de Santo Tomás de Avilés» (1903), «Entre amigos» (1915), «El libriquín del señor cura» (1916).

VALDES, Facundo.—Nació en 1839, probablemente en Oviedo. Dirigió «La Joven Asturias». Escribió piezas teatrales como «La fortuna del juego» y «Camino de presidio». Falleció en 1898.

VALDES SALAS, Fernando de.—Una de las más importantes personalidades españolas de los reinados de Carlos I y Felipe II. Eclesiástica y civilmente llegó a los puestos más eminentes del Estado. Nació en la villa de Salas en 1483. Ha sido el fundador de la Universidad de Oviedo. Falleció en Madrid el 9 de diciembre de 1568. O. P.: «Censura generalis contra erroris» (1554), «Cathalogus librorum, qui prohibetur mandato Illustrissima» (1559), «Instrucciones del Santo Oficio de la Inquisición, que en todas las Inquisiciones se tenga y guarde un mismo estilo de proceder» (1612).

VALDES ACHUCARRO, Aureliano.—Nació probablemente en 1832, en Oviedo. Fue director en Gijón de la revista «Científica y Literaria». Colaborador de periódicos.

VALDES BANGO, Lorenzo.—Político y escritor del XIX. Nació en Pravia. Colaboró en periódicos. O. P.: «Zapatero y sacristán» (1853, zarzuela).

VALDES GUTIERREZ, Manuel.—Nació en La Felguera en 1880. Sacerdote y escritor. O. P.: «Las nuevas tablas de la ley, Iglesia y monasterio de Santa María de Veranes. Siglo VI. Abadía de Cenero. Gijón» (1922), «La tempestad, el relámpago y el granizo» (1931), «El libro de oro de Covadonga» (1956).

VALDES Y LOPEZ, Atilano.—Nació en Cangas de Narcea en 1863. Fundó en Cangas «El Eco de Oriente». Falleció en 1904.

VALDES PRIDA, José.—Nació en Gijón hacia 1870. Fundó la revista «El Cuento Asturiano» en 1911. Colaborador de periódicos. Fundó el diario «El Musel».

VALDES SIERRA, Jerónimo.—Nació en Villarín el 4 de mayo de 1784. Militarmente llegó a la categoría más alta, de teniente general. Conde de Villarín y vizconde de Torata. O. P.: «Observaciones del capitán general de Galicia a los discursos pronunciados en el Congreso de los Diputados por Pardo Montenegro y Calderón Collantes» (1839), «Exposición... al rey don Fernando VII sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú» (1895), «Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú» (1896-98, dos volúmenes) y otras.

VALVIDARES, Antonio.—Poeta bable de fines del siglo XVIII. Nació en Valvidares (Sariego) en octubre de 1751. Falleció en 1790.

VALLE, Evaristo.—Aunque su fama se debe a sus extraordinarias dotes como pintor, escribió la novela «Oves e Isabel» (1919) y «El sótano» (comedia).

VALLE Y VALLINA, Ramón del.—Nació en Villaviciosa el 27 de octubre de 1868. Abogado. Fundó y dirigió la revista «La Iberia», en Méjico. Falleció el 11 de mayo de 1913.

VALLEDOR Y RON, Menendo.—Nació en Tineo, posiblemente en el primer tercio del siglo XIX. Junto con Atilano Valdés publicó «El Occidente de Asturias». Falleció en Cangas en 1892.

VALLINA Y ARGUELLES, Faustino Luis de la.—Nació en Oviedo el 26 de abril de 1881. Profesor y escritor. Falleció en 1939. O. P.: «La historia: Su concepto y metodología» (1918), «El razonamiento es siempre mediato: las supuestas inferencias, inmediatas» (1921), «Personalidad filosófica de Santo Tomás de Aquino» (1928) y otras.

VALLINA Y SUBIRANA, Inocencio Faustino de la.—Nació en Oviedo el 27 de diciembre de 1848. Profesor y escritor. Falleció en 1910. O. P.: «Antecedentes y consecuencias de la revolución religiosa de Europa en el siglo XVI» (1880), «Crítica de la historia de la civilización ibérica por el historiador portugués Oliveira Martins y de su examen por el escritor señor Valera» (1888), «Apuntes críticos de historia de España» y otras.

VAQUERO, Joaquín.—Pintor, arquitecto y algunas veces escritor. Nació en Oviedo el 9 de junio de 1906.

VAZQUEZ AZPIRI, Héctor.—Nació en Oviedo el 28 de febrero de 1931. Colabora en diversas revistas, «La tranjeras. Traductor. O. P.: «Vibora», regicida» arrancada» (1965), «El cura Merino» (1968), (1965), «La navaja» (1965), «Fauna» (1965) y escritor cuya obra son hartos conocidos.

VAZQUEZ DE MELLA, Juan.—Nació en Cangas de Vidués el 8 de junio de 1893. O. P.: «La cuestión religiosa en España» (1906), «Contra el proteccionismo religioso en España» (1907), «Iglesia y proyecto de ley de supresión de la Orden de San Juan de los Ricos» (1915), «El ideal de España: Los tres pastores» (1915), «Filosofía de la Eucadogmas» (1928). Se han publicado sus «Obras completas» (23 tomos).

VAZQUEZ-PRADA, Ricardo.—Nació en Pola de Siero. Desde los veinticinco años, director del diario «Región», de Oviedo. Periodista y novelista. O. P.: «Dios va con ellos» (1962), «Ambrosio» (1963), «El loco de la montaña» (1966).

VEGA, Anselmo.—Nació en Luanco el 11 de febrero de 1892. Poeta. Falleció el 19 de enero de 1928. O. P.: «Peregrinación» (1917), «Horario» (1921), «Como el cáliz de una rosa» (1924).

VEGA INFANZON, Andrés Angel de la.—Catedrático, escritor y político. Nació en Sueiro en 1768. Falleció el 14 de octubre de 1813. O. P.: «Reglamento de la Regencia».

VEGA PICO, Juan Manuel.—Nació en Gijón el 2 de febrero de 1914. Periodista. Ha escrito diversos guiones cinematográficos y de televisión. Tiene publicadas las novelas «El secreto» y «Segundo interior derecho». Actualmente es redactor de «Blanco y Negro».

VEGA RODRIGUEZ, Manuel.—Padre del anterior. Nació en Gijón en 1887. Con Joaquín A. Bonet fundó «Gijón Veraniego». Periodista. Falleció en 1920. O. P.: «Corazón de playu» (1919).

VELAZQUEZ RIERA, Roberto.—Nació en Oviedo el 31 de marzo de 1915. Conocido por «Robín». Fue director de la revista médica «Yatros» y del diario ovetense «La Voz de Asturias». Obtuvo diversos premios periodísticos, de novela y de teatro. Falleció el 13 de noviembre de 1963. O. P.: «Parador nocturno», «Pasaje para la felicidad» y «La noche humillada» (1958), «Una calle en el infierno» (1961), «7 días para morir» (1963).

VERDE, Eladio.—Nació en Gijón en 1906. Ha escrito casi un centenar de obras de teatro de ambiente asturiano. Fue uno de los fundadores de la Compañía Asturiana de Teatro. Sus creaciones se han representado en España e Hispanoamérica, con sobresalientes éxitos.

VICTOR, Antonio.—Nació en Avilés en 1921. O. P.: «Mortal eterno» (1953).

VICTORERO, Miguel María.—Poeta y prosista. Nació en Ribadesella el 21 de julio de 1902. Colaborador en periódicos. O. P.: «Poemas de un emigrante» (1929).

VIGIL, Fausto.—Nació en Pola de Siero el 13 de octubre de 1873. Cronista de Siero. Correspondiente de la Academia de la Historia. Fundador de la entidad Siero Musical. Falleció el 15 de julio de 1956. Colaborador en periódicos. O. P.: «Notas para una bio-bibliografía de Siero» (1949) y otras.

VIGIL GONZALEZ, Jesús.—Nació en Oviedo el 17 de noviembre de 1869. Escritor y colaborador de periódicos. Falleció en 1896.

VIGIL MONTOTO, Manuel.—Nació en Gijón en enero de 1870. Orador y escritor. En 1896 fundó en Gijón «La Aurora Social», quincenario. O. P.: «Los mineros asturianos» (1901) y otras.

VIGON CASQUERO, Braulio.—Nació en Colunga en 1849. Académico correspondiente de la Academia de la Historia. Falleció en 1914. O. P.: «Antigüedades romanas de Colugna» (1894), «Tradiciones populares de Asturias» (1895) y otras.

VILLA Y GUTIERREZ, Antonio de la.—Nació en Mieres en 1881. Fue crítico teatral de «La Libertad». O. P.: «La revolución de Portugal», «La hazafia que conmueve al mundo», «Belmonte», «El nuevo arte de torear» (1928).

VILLALAIN, José de.—Nació en Navia en 1878. Médico, escritor festivo y humorista. Publicó diversas obras sobre su profesión. Colaboró en periódicos.

VILLAMAR, Pablo.—Nació en Oviedo. O. P.: «Una mujer psch...», corriente», «El acomodador» y otras. Actualmente escribe teatro y ha estrenado dos obras.

VILLAMIL, Fernando.—Nació en Serantes (Castropol) el 28 de noviembre de 1845. Marino que hizo un viaje de circunvalación mundial en el «Nautilius». Poeta. O. P.: «Viaje de circunnavegación de la corbeta "Nautilius"» (1885) y otras.

VILLANUEVA, José.—Nació en Oviedo el 22 de diciembre de 1878. Presbítero, profesor. Colaborador en periódicos. Fundó en Oviedo el semanario satírico «La Manga de Riego» y «Y... Vamos Tirando» (1923).

VILLANUEVA, Samuel.—Nació en Oviedo en 1893. trenó en Buenos Aires el monólogo «Carta al dre». Poeta. O. P.: «Nieve. Cielo. Sombra en bable» (1922).

VILLAR LOZA, Conrado.—Nació en 1873. Principalmente de enero de 1873. Principalmente de enero de 1873. Principalmente de enero de 1873.

VILLARTA, Angeles.—Nació en Villaviciosa el 19 de febrero de 1953, «Católica» (1954), obtenidos diversos premios literarios. Periodista. O. P.: «Una mujer» (1952) y otras.

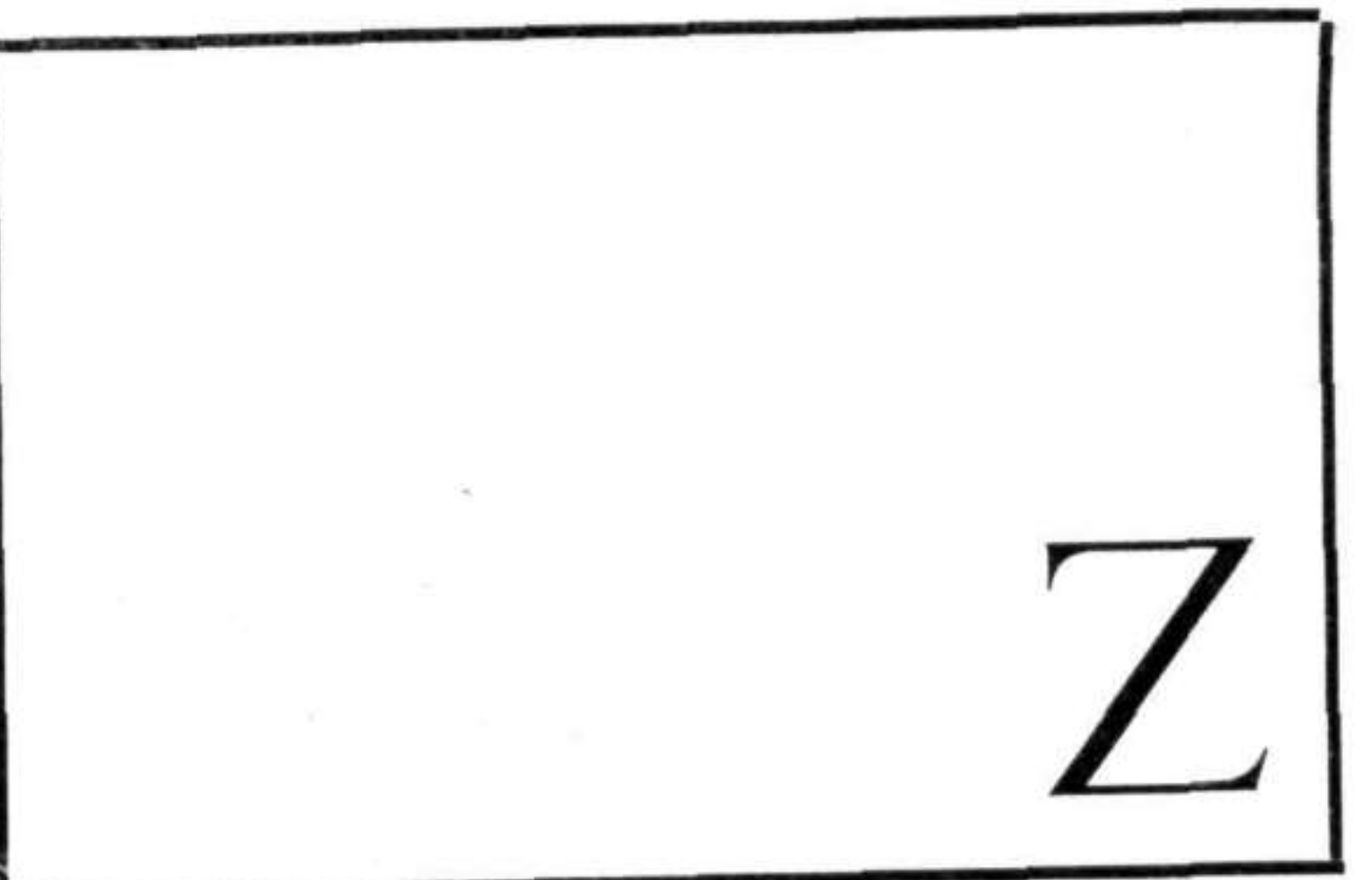
VILLARREAL, Juan.—Nació en Villaviciosa el 19 de febrero de 1953, «Católica» (1954), obtenidos diversos premios literarios. Periodista. O. P.: «Una mujer» (1952) y otras.

VILLAVARDE, Juan.—Nació en Torón en 1902. Millonario de Juan. Nació en Torón en 1902. Millonario de Juan. Nació en Torón en 1902. Millonario de Juan.

VILLAVARDE, Juan.—Nació en Torón en 1902. Millonario de Juan. Nació en Torón en 1902. Millonario de Juan. Nació en Torón en 1902. Millonario de Juan.

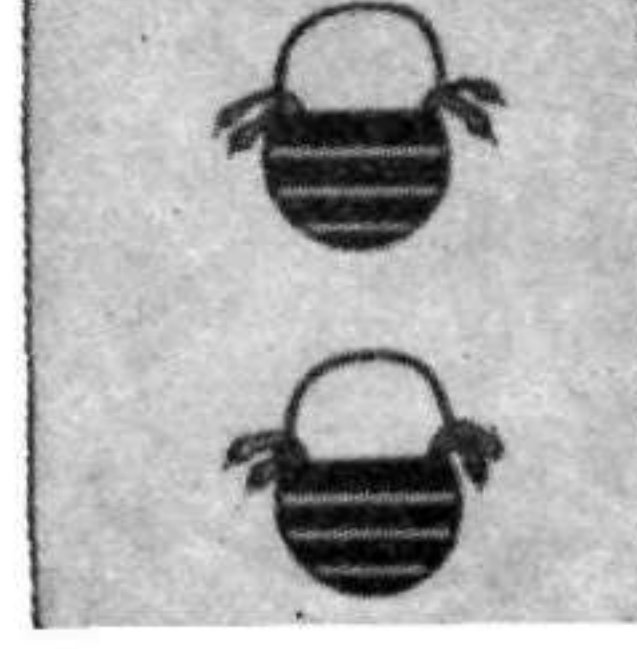
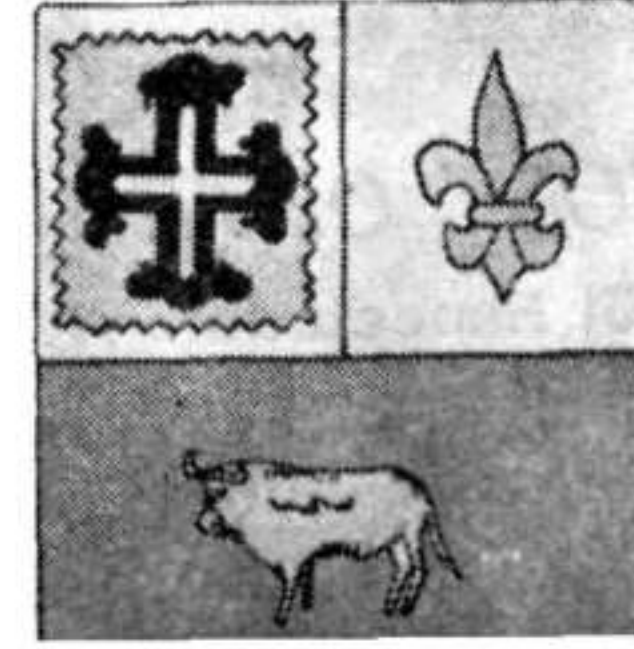
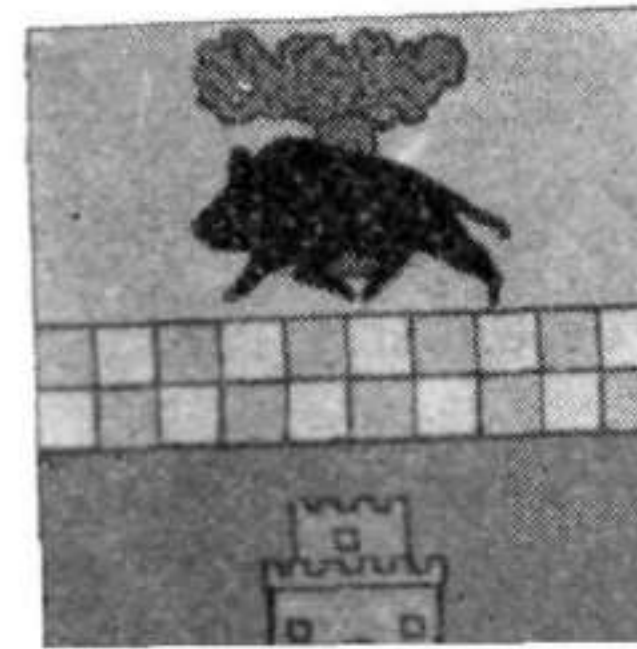
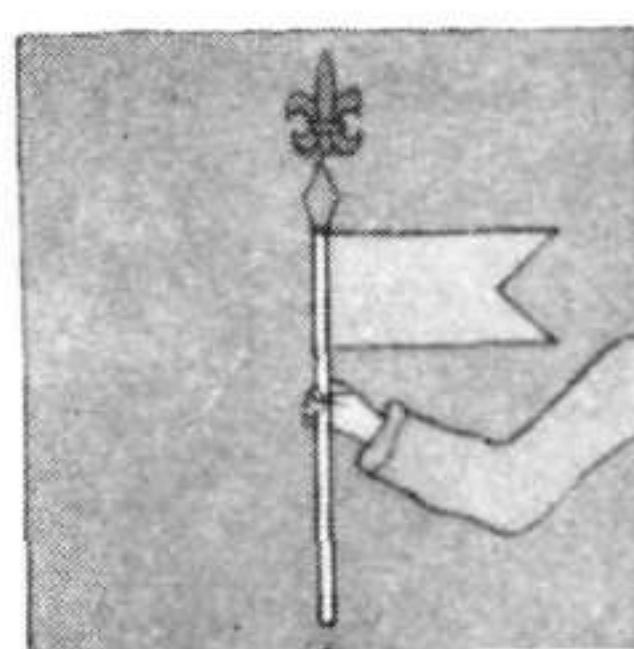
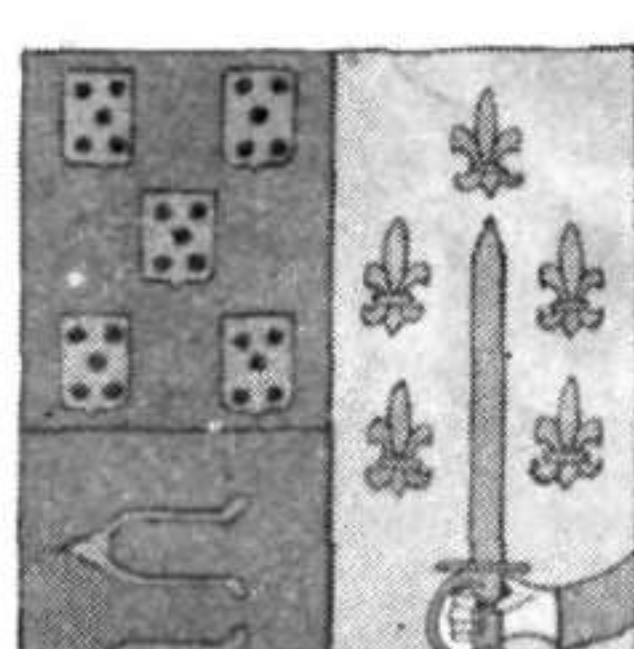
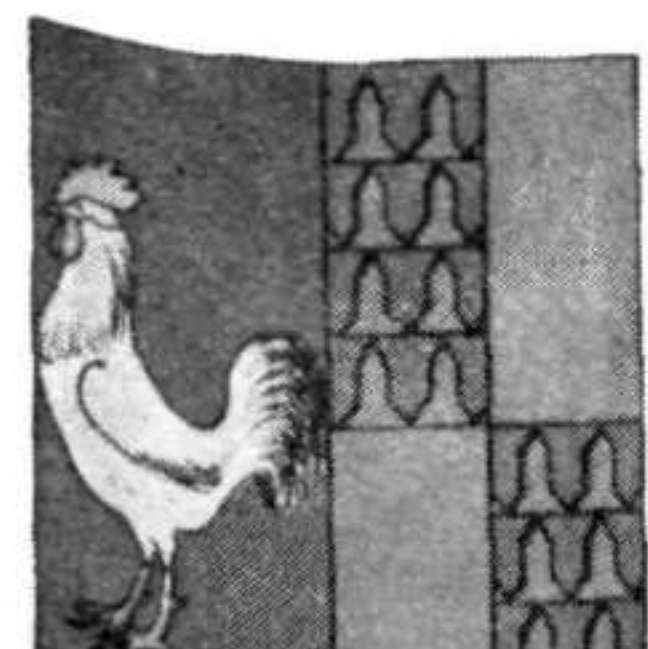
VINA, Mario Eduardo de la.—Nació en Gijón el 3 de julio de 1910. Colaborador en periódicos y autor teatral: «¡Se han fugado diez personajes!».

VINA, padre Santiago M. de la.—Nació en Grado el 19 de julio de 1876. Colaborador de periódicos.



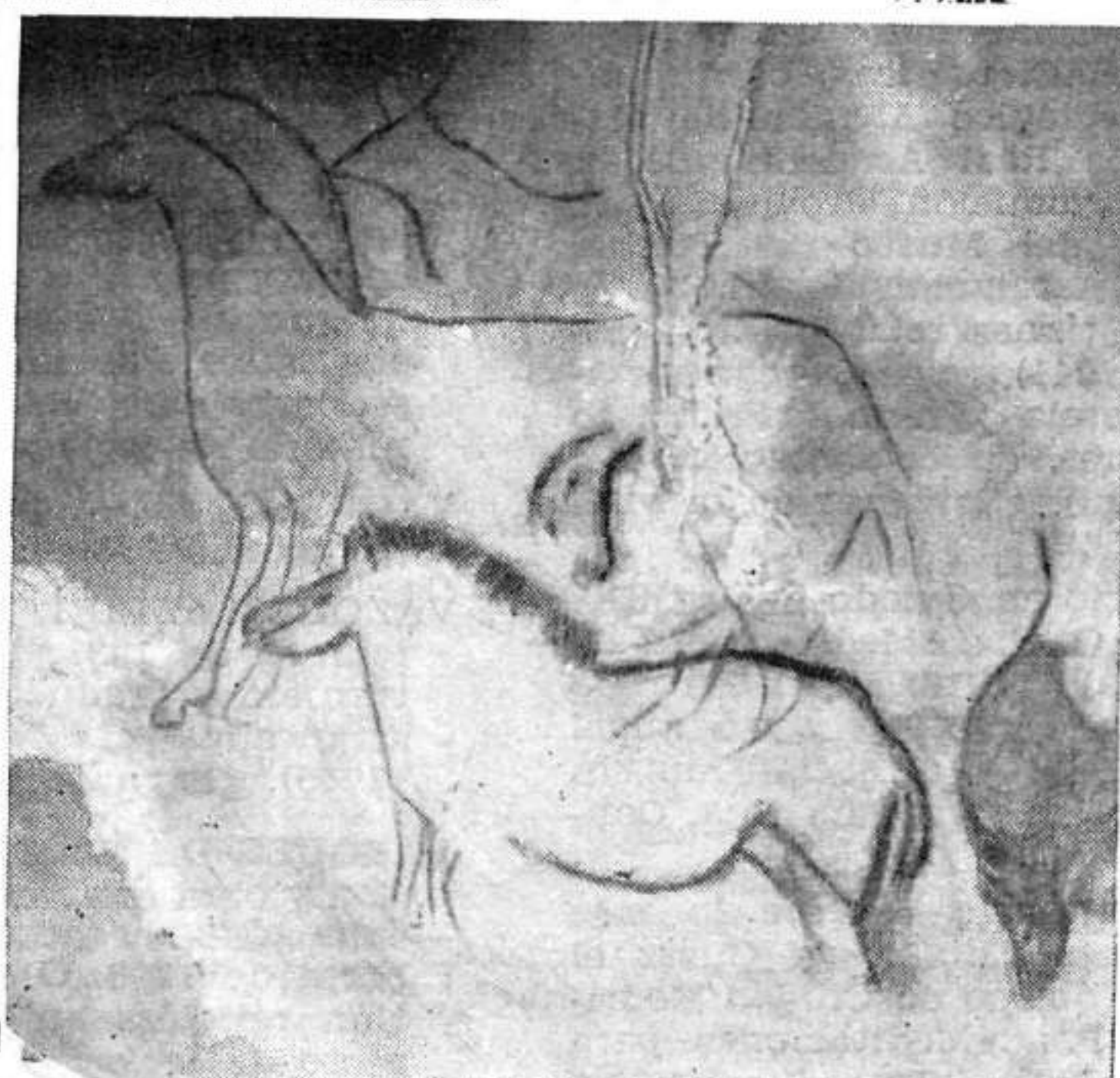
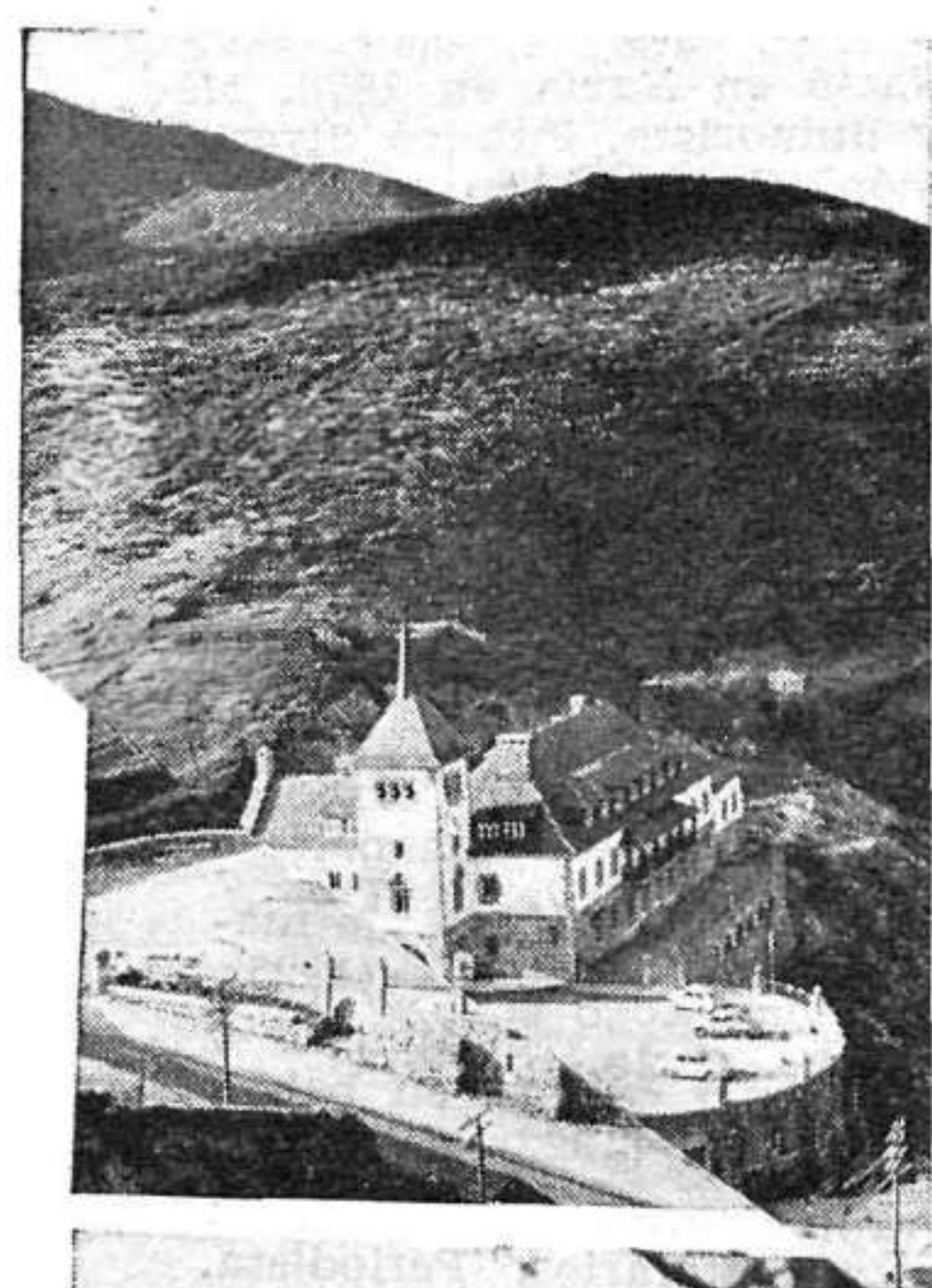
ZAMORA Y PEREZ DE URRIA, Rafael.—Nació en el concejo de Carreño en fecha desconocida. Falleció en mayo de 1908. Marqués de Valero de Urría. Fue el primer presidente de la Sociedad Filarmónica de Oviedo. O. P.: «Baudelaire y la métrica francesa» (1902), «Musica di cámara» (1904), «Crímenes literarios y meras tentativas escriturales y delictuosas perpetrados por el profesor O. Iscarlotes Val de Ur» (1906).

ZARDAIN, Claudio.—Eclesiástico y escritor. Nació en Tineo el 15 de marzo de 1869. Colaborador en periódicos. O. P.: «La Bula de la Santa Cruzada» (1905), «Discurso acerca de Cervantes» (1906), «La moral y la prensa» (1922), «El árbol y sus beneficios» (1931) y otras.



...para expresar el sincero entusiasmo que me infundió hallar en Asturias una raza de hombres capaces de intervenir en la vida contemporánea sin perder la solidaridad de espíritu con el campo nativo. «Este vuelve tan vaquero como se fue», oía yo decir en un colmado de Pravia a cierto comensal mientras designaba a un mozancón cuadrado y recio, de jocundo semblante pueril y, según las trazas, recién desembarcado de América.

.....



¡El valle, el valle húmedo, liento, con sus castaños densos en las laderas y sus vacas rubias que mugen en el prado, con su hórreo peraltado sobre cuatro espigones y la casina pintada de añil y sangre de toro!... Y junto a ella —no en la ciudad, junto al Gobierno civil—, la «villa» espléndida del emigrante que un día se fue y otro volvió, lo mismo que en los cuentos.

JOSE ORTEGA Y GASSET
«El Espectador» Notas de andar y ver